JESÚS ANSEDES – SANTIAGO DE OSSORNO – JAIME TASCÓN







Asociación de Huérfanos del Ejército

Historia de los Colegios de la Inmaculada, Santiago y Santa Bárbara y San Fernando

NOSOTROS LOS PÍNFANOS

AUTORES:
Jesús Ansedes Mouronte
Santiago de Ossorno de la Puerta
Jaime Tascón Casals

MAQUETACIÓN TÉCNICA Y FOTOCOMPOSICIÓN
Encarni Igeño González
Libros ENCASA
Ediciones y Publicaciones

REALIZACIÓN TÉCNICA
Libros ENCASA. Ediciones y Publicaciones
c/ Ferrándiz, 22 - Bajo A
29012 Málaga
www.librosencasa.es

Depósito Legal: MA-323-2025



Edita: Asociación de Huérfanos del Ejército

Los acontecimientos,
cuando no se escriben,
no se cuentan
o no se recuerdan,
es como si no hubiesen ocurrido

Anónimo

Jesús Ansedes Mouronte
Santiago de Ossorno de la Puerta
Jaime Tascón Casals

Antiguos alumnos

La edición de este libro ha sido posible gracias a la ayuda y aportaciones realizadas por la Asociación de Huérfanos del Ejército.

A todos los miembros de la Asociación nuestra gratitud y afecto.

Los autores ceden todos sus derechos a la Asociación de Huérfanos del Ejército

DEDICATORIA

En recuerdo y agradecimiento eterno a todas las personas e instituciones que, a lo largo del tiempo, hayan contribuido con su cariño, esfuerzo, dedicación, trabajo y aportaciones a que el hecho de ser huérfanos no fuera únicamente una desgracia.

A todos los directores, profesores, inspectores y empleados en general que nos educaron con manos firmes y enseñaron en unas condiciones que no siempre fueron las que ellos hubieran preferido.

A todos los alumnos que pasaron una parte importante de sus vidas en estos y otros colegios similares en busca de un futuro mejor.

A nuestros queridos padres, madres y hermanos de los que no pudimos disfrutar como a todos nos hubiera gustado.

LOS AUTORES

NUESTRO AGRADECIMIENTO ESPECIAL

A

Los antiguos alumnos en señal de amistad y cariño por las aportaciones realizadas en forma de experiencias, relatos, fotografías, dibujos y documentos, compartidos con la Asociación desde su fundación, sin las cuales este libro no hubiera sido posible

A

Los miembros de las diferentes Juntas Directivas de la Asociación por su dedicación y altruismo para intentar conservar nuestra historia

AL

Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra
por su labor abnegada, incansable y continuada en la protección de los huérfanos

A

Loli Izaga Fraga ((✞)), antigua alumna del colegio María Cristina de Aranjuez, por su entrega en la creación de la memoria gráfica de la Asociación, cuando preservar las fotografías significaba preservar nuestra esencia

A

Nicolás García Herrera y Encarni Igeño González, Libros ENCASA, por apoyarnos y acompañarnos en el proceso de edición y publicación de este y otros libros de Colegios y de nuestros Boletines anuales desde 2013

CONTENIDO

PRÓLOGO 11

PRESENTACIÓN 15

PÍNFANOS 19

RESEÑA HISTÓRICA DEL PAHUET 31

HISTORIA BREVE DE LOS COLEGIOS 37

COLEGIO DE LA INMACULADA 39
- APUNTES SOBRE EL COLEGIO 41
  - El palomar 41
  - Colegio de Huérfanos de Estado Mayor y Sanidad Militar 47
- LOCALIZACIÓN Y ENTORNO 51
- DEPENDENCIAS 55
- ESTUDIOS IMPARTIDOS 59
- PERSONAL DOCENTE 61
  - Profesorado 62
  - Sacerdotes 65
  - Inspectores 66
  - Personal auxiliar, no docente y otros 67
- RELATOS 69
  - Los matacabras 69
  - El duro de Don Joaquín 75
  - Chispazos de la memoria 79
- MEMORIA FOTOGRÁFICA 87
- EL COLEGIO EN LA ACTUALIDAD 97

COLEGIO DE SANTIAGO 99
APUNTES SOBRE EL COLEGIO 101
RECONSTRUCCIÓN (1) 107
RECONSTRUCCIÓN DEL COLEGIO (2) 111
LOCALIZACIÓN Y ENTORNO 115
DEPENDENCIAS 119
ESTUDIOS IMPARTIDOS 127
PERSONAL DOCENTE 129
Profesorado 129
Sacerdotes 138
Inspectores 139
Personal auxiliar, no docente y otros 140
SEMBLANZA DE DON DAVID DE FRANCISCO ALLENDE 143
HOMENAJE A JORGE FRANCO ROMEO 147
CUADRO Y CLAUSTRO DE PROFESORES 149
RELATOS 155
Recuerdos de los Carabancheles 155
Bellos recuerdos 163
El Numerillo 165
La galena 169
Agibílibus 171
Ingreso al CHOE 177
Lo cotidiano 181
Encierro estudiantil 195
DICCIONARIO BREVE 197
GASTRONOMÍA 203
EL PINFANARIO 207
MEMORIA FOTOGRÁFICA 215
EL COLEGIO EN LA ACTUALIDAD 227

COLEGIO DE SANTA BÁRBARA Y SAN FERNANDO 231
APUNTES SOBRE EL COLEGIO 233
ASOCIACIÓN DEL COLEGIO DE SANTA BÁRBARA Y SAN FERNANDO 237
RECONSTRUCCIÓN 239
LOCALIZACIÓN Y ENTORNO 245
DEPENDENCIAS 247
REGLAMENTO 251
ESTUDIOS IMPARTIDOS 257
PERSONAL DOCENTE 259

Profesorado 259
Sacerdotes 264
Inspectores 264
EL 716 267
RELATOS 269
Memorias del Viejo Trapillo 269
Preparando el ingreso 299
Mi periplo por los colegios 305
Fin del internado 313
ANÉCDOTAS 321
El Pínfano y el oso 321
El calabozo 322
El Platijo y su botijo 322
Aquellos libros 323
El Katanga 323
Deporte en el Alto 324
¡Una de veterano! 324
Milagro 325
Tocata y fuga 325
MEMORIA FOTOGRÁFICA 327
EL COLEGIO EN LA ACTUALIDAD 337

HEMEROTECA 339

EPÍLOGO 343

BIBLIOGRAFÍA 347

ANEXO 349
ASOCIACIÓN DE HUÉRFANOS DEL EJÉRCITO 349
ORFANATO NACIONAL 351
LA FINCA VISTA ALEGRE 355
LISTADO DE ALUMNOS 359

Prólogo



En la ciudad de Madrid, en la zona de los Carabancheles y por la calle Arturo Soria, se encuentran los tres colegios de huérfanos de los que trata este interesante libro: el Colegio de «La Inmaculada», el Colegio de «Santiago» (El Bajo) y el Colegio de «Santa Bárbara y San Fernando» (El Alto). Relatar la historia de estas instituciones ya aportaría un gran valor al contenido, pero añadir las vivencias y testimonios de los jóvenes que vivieron en ellas, cursaron sus estudios y se prepararon para ingresar en la Academia General Militar o residieron como alumnos universitarios, le otorga un valor extraordinario.

Como muestra del enorme interés que despierta la historia de estos colegios, basta con decir que fueron construidos a principios del siglo XX, pasaron por la devastación de la Guerra Civil, sufriendo grandes daños dejando de cumplir su misión de alojar y educar a los huérfanos, pero fueron reconstruidos y continuaron funcionando hasta hace pocos años.

En este contexto histórico tan especial de la historia de España, cabe destacar el periodo comprendido entre las décadas de 1940 y 1980, del cual este libro ofrece historias personales y testimonios directos de los huérfanos, ilustrados con entrañables fotografías de la época.

En la actualidad, los antiguos colegios se han transformado en su mayoría en Residencias Logísticas Militares, las cuales están a pleno rendimiento y prestan un apoyo fundamental a la movilidad de los miembros del Ejército de Tierra, así como a algunos huérfanos protegidos que aún se alojan en ellas.

Sin duda, los principales protagonistas de este libro son los huérfanos que vivieron y estudiaron en los colegios: los «Pínfanos». En su lectura, podremos encontrar definiciones precisas de lo que es un pínfano, de los «superpoderes» que se les atribuyen y de los «recónditos lugares» a los que llegaron los primeros. Conoceremos sus alegrías y sus penas, su ingenio inigualable y su capacidad de supervivencia extrema ante cualquier situación, especialmente en los años de posguerra, cuando la economía española no era la más boyante y la escasez era una constante.

Estos pínfanos, que en algunos casos saltaron de un colegio a otro, cambiando de ciudad y de amigos, pasaron incluso navidades sin recursos para viajar a sus casas. En ocasiones, a la tragedia de perder a un padre se sumaba el castigo de un largo internado. Sin duda, tiempos muy duros para ellos, que les forjaron un carácter genuino basado en el sacrificio y la esperanza, en un contexto en el que no había cabida para los trastornos que afectan a los jóvenes de hoy en día.

A medida que avanzamos en la lectura, nos metemos en la piel de un pínfano, nos ponemos su trapillo o el uniforme de paseo, nos jugamos la comida a los dedos, aprendemos su jerga «pinfanera», nos reímos a carcajadas con sus ingeniosas bromas y aventuras, o lloramos a escondidas cuando la disciplina, las carencias o la añoranza familiar los atacan.

Un capítulo muy interesante lo juegan los «choetanos», los «aspirinos» y los «virus», y otros personajes, que aportarán matices pintorescos en los últimos años de los colegios. Ya sabrán quiénes son en su momento. También es digno de mención aquellos que quisieron continuar la tradición familiar de sus padres, los aspirantes, preparándose en el Colegio de *Santa Bárbara y San Fernando* para ingresar en la Academia General Militar. Sus testimonios son realmente asombrosos al describir el devenir de su curso y, sobre todo, los días de exámenes en Zaragoza.

Muchos de estos aspirantes unieron su experiencia como pínfano a la intensa vida militar de oficial, forjando amistades que son difíciles de imaginar en los tiempos modernos. Estoy completamente seguro de que tanto los pínfanos «civiles» como los «militares», constituyen un ejemplo de valores para la sociedad y se les puede considerar como una especie única a extinguir, pues no creo ni imagino que en la actualidad se puedan vivir experiencias similares.

Además, es necesario reconocer la labor de aquellos responsables de los colegios y de la educación de los huérfanos: directores, profesores, inspectores, galonistas... Todos ellos jugaron un papel

fundamental en la vida de los huérfanos, con mayor o menor fortuna, más queridos o temidos, pero en el fondo, y a pesar de la estricta disciplina, siempre buscaron lo mejor para los huérfanos. A todos ellos se les debe rendir homenaje por el cariño y la dedicación que entregaron.

Como Director del Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra, es para mí un honor haber recibido el encargo de escribir el prólogo de este libro para la Asociación de Huérfanos del Ejército, que realiza una labor encomiable para preservar en el recuerdo la historia de los colegios y la vida de los huérfanos que vivieron y estudiaron en ellos.

Este libro es una invitación a adentrarse en la vida de los colegios de huérfanos de *La Inmaculada*, *Santiago* y *Santa Bárbara y San Fernando* durante una época difícil de nuestra historia. Sin duda, es una oportunidad única para compartir los sentimientos, las voces y los rostros de quienes formaron parte de ellos, y rendir un homenaje a la memoria de generaciones marcadas por la adversidad y el espíritu de superación.

General de Brigada Fernando Maté Sánchez
Director del Patronato de Huérfanos del ET.

«La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla»
Gabriel García Márquez

«El paso del tiempo no altera los hechos, se limita a presentarlos bajo un aspecto diferente»
Arturo Pérez Reverte

«La verdadera patria del hombre es su infancia»
Rainer María Rilke

Presentación

Uno de los primeros objetivos que se marcó la Asociación desde su creación en marzo de 2003, fue escribir y publicar en forma de libros las historias de los colegios que durante algún periodo de su existencia albergaron a huérfanos del Ejército.

Estos libros no deberían ser meros volúmenes repletos de datos históricos de un pasado cada vez más lejano –aunque resulta imprescindible conocer el origen de los diferentes colegios para darse cuenta de la importancia, trascendencia y visión de futuro que demostraron tener sus creadores–, sino que deben transmitir, con la mayor fidelidad y cercanía, las vivencias que los alumnos tuvimos en ellos, y en lo posible ser contadas por los protagonistas con sus propias palabras.

Hasta hace algunos años el exigente objetivo inicial se había ido cumpliendo, aunque obviamente cada vez resultaba más complicado poder acometer nuevos proyectos de este tipo, no solo por carencia de información o de voluntarios que quisieran liarse la manta a la cabeza, sino porque el tiempo no pasa en balde para nadie y los recuerdos acabarían borrándose de nuestra memoria vital en caso de no intentarlo pronto.

Antes de continuar, quisiéramos rendir nuestro particular homenaje a quienes se lanzaron a la aventura editorial antes que nosotros, pues gracias a su iniciativa, ejemplo y constancia pudimos encontrar el impulso necesario para decidirnos a plantear un nuevo proyecto a la Junta Directiva, la cual apoyó firmemente la propuesta desde el primer momento.

Los libros precedentes fueron los de los colegios de Nuestra Señora de las Mercedes de Madrid (publicado en 2007, autores Carlos Piserra Velasco y Tomás Gamero García), María Cristina en Aranjuez (publicado en 2012, autoras Marta González Bueno y Natividad Jaime Santamaría), Nuestra Señora del Pilar en Málaga (publicado en 2013, autoras Carmen Herrero Álvarez y Paca García Cortés) y La

Milagrosa de Padrón y Castillo de Santa Cruz (publicado en 2014, autores José Antonio González Carmona, Francisco Morales Izquierdo y Antonio Benéitez Ballesta).

Tras más de una década sin acometer nuevos proyectos, surgió la posibilidad de materializar un libro similar que recogiera la historia de tres colegios de Madrid por los que pasamos miles de pínfanos a partir de los años cuarenta, hablamos de los colegios Nuestra Señora de la Inmaculada (Chamartín), Santiago (el Bajo) y Santa Bárbara y San Fernando (el Alto).

Sabíamos que nuestra magnífica colección de libros quedaría incompleta sin contemplar la historia de los tres colegios mencionados y quisimos ponerle remedio; no se debe a la casualidad que los autores hayamos ejercido ininterrumpidamente como secretarios de la Asociación desde 2007 hasta el presente y que, desde nuestra señalada posición, siempre hayamos tenido presente que la AHE estaría en deuda con los alumnos que en ellos estudiaron si no conseguíamos hacerlo realidad.

Quedarían muchos otros libros por escribir, a lo largo de los años han sido 48, entre colegios y residencias, los centros que acogieron a huérfanos de militares, impartiendo todo tipo de enseñanzas, desde la educación primaria hasta la universitaria y por supuesto la preparación militar, y todos ellos serían merecedores de tener su propia historia plasmada en papel; no quisiéramos olvidarnos de ninguno pero, centrándonos en los más recientes y conocidos –sobre todo porque todavía quedan antiguos alumnos que podrían atreverse a escribirlos–, citaremos el colegio Santiago de Valladolid y María Cristina de Guadalajara.

Confiando en que cunda el ejemplo, desde estas páginas animamos a quienes estudiaron en ellos para que se decidan a dar el paso y se lo propongan a la Asociación, sin duda serían iniciativas muy bien recibidas y apoyadas unánimemente por todos sus miembros.

Volviendo al presente, en la Asamblea General Ordinaria de 25 de mayo de 2023, se aceptó la propuesta presentada por uno de los autores para escribir el libro del colegio de Santiago, ya que en principio el alcance de este se limitaría exclusivamente a dicho colegio.

«Se propone a la Asamblea la edición del Libro del Colegio de Santiago, manifestando contar actualmente con documentación abundante sobre el mismo, lo que aseguraría su viabilidad. Sometida la propuesta a la Asamblea, fue aprobada por unanimidad, dotándose de los recursos económicos necesarios para ello».

Enseguida se formó un equipo de trabajo, no solo porque la unión haga la fuerza sino porque trabajando en común podríamos acortar los plazos, a la vista de los manejados en los libros precedentes, sincronizar mejor las diferentes tareas a realizar y aliviar el esfuerzo repartiéndolas entre los componentes del equipo.

Todavía tuvieron que pasar algunos meses hasta que, tras la primera reunión de seguimiento, en febrero de 2024, los autores propusieran a la Junta Directiva (21 de marzo de 2024) la oportunidad, que tal vez sería la última, de ampliar significativamente el alcance del libro incluyendo a los colegios de la Inmaculada y Santa Bárbara y San Fernando, tras informar que habían iniciado los trabajos para su diseño, selección de contenidos y recopilación de información, en los que colaboraría el Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra, como así les había manifestado su General Director en una reunión mantenida días antes, 12 de marzo de 2024, el cual nos daría acceso a los fondos documentales

existentes directamente relacionados con dichos colegios, para poder reafirmar su historia y completar el listado de alumnos desde su inauguración hasta que cesaron en su actividad educativa.

Obtenida la autorización preceptiva de la Junta, pudo pedirse presupuesto económico a la editorial elegida para su edición, la malagueña Libros ENCASA que ya fue responsable de la publicación de dos de los libros existentes, Málaga y Padrón, con excelentes resultados por la extraordinaria calidad de su trabajo y también de los Boletines anuales desde 2017 en adelante.

Nuevamente el proyecto sufrió un pequeño parón debido, por una parte, a los meses de verano y por otra a que el Patronato nos pidió un compás de espera de tres o cuatro meses, pues estaban catalogando y digitalizando sus archivos y hasta no tenerlo terminado preferían esperar. No obstante, como ya se habían definido previamente el índice y los temas a tratar en el libro, los autores empezaron a trabajar por su cuenta en obtener una lista preliminar de alumnos por colegio para poder incluirla en el libro y una recopilación de documentos sobre la historia de dichos colegios, una parte de los cuales ya formaban parte de los contenidos de la página web de la Asociación, sobre todo relatos y fotografías, aunque también otros apuntes y documentos que se consideraron interesantes tras realizar las correspondientes investigaciones.

En paralelo, gracias en buena parte a la inestimable ayuda de Internet, se fueron localizando y clasificando nuevos documentos, que claramente habría que incluir en el libro por lo interesante de sus contenidos, junto con información histórica del PAHUET y otras fuentes solventes; de todos ellos se ha dado debida cuenta en el apartado de Bibliografía para reconocer su autoría, origen y procedencia.

A finales de noviembre de 2024, con toda la información disponible hasta ese momento, se generó una primera versión encuadernada en papel de lo que podría ser el libro futuro que fue sometida a análisis en la reunión de seguimiento del 4 de diciembre, siendo este el punto de inflexión en el que tomamos conciencia de estar en condiciones de estimar una fecha probable de publicación para no retrasarla demasiado.

Se pensó que una ocasión idónea para realizar la presentación inicial del Libro y poder entregar los primeros ejemplares sería durante la celebración de XX Día del Pínfano en Burgos, a mediados de mayo de 2025, a la que se espera puedan acudir un buen número de antiguos alumnos y familiares.

Por criterio de prudencia, la primera edición se ha limitado a una tirada pequeña de ejemplares, entre 100 y 125, que podría ampliarse en el futuro siempre y cuando hubiera suficientes peticiones y se dieran circunstancias económicas favorables.

Tras menos de dos años dedicados a trabajar todo lo referente a este libro, incluyendo una página web especial de apoyo y seguimiento del proyecto para que todos pudiésemos conocer en cada momento su estado real, por fin hemos cumplido el objetivo.

Esperamos que este libro sea del agrado de todos y cumpla las expectativas que en él se han depositado, pero, como en botica, en este tiempo ha habido un poco de todo, quizás el número de colaboraciones recibidas no han sido las esperadas por falta de movilización de los pínfanos, pero han sido suficientes para completar los contenidos ya disponibles. Todas las aportaciones recibidas han sido tenidas en cuenta y han quedado reflejadas de una u otra forma en las páginas del libro.

A todos los pínfanos que durante años pusieron su granito de arena para engrandecer la historia de los colegios y rememorar nuestro paso por ellos, les agradecemos su implicación, sin la cual no lo hubiéramos conseguido.

Por supuesto, reconocemos y agradecemos a la Junta Directiva de la Asociación por su aprobación y apoyo en el proceso, cuyo resultado final hoy tenemos el honor de presentar ante nuestros compañeros de entonces, un libro que se ha hecho esperar pero que hemos convertido en realidad.

Ahora, con la plena satisfacción del deber cumplido, nos gustaría pasar el testigo a otros pínfanos que se animen a recopilar y escribir sus propias experiencias, y sin más os dejamos seguir con la lectura.

Los autores

Pínfanos

Para todo huérfano, cualquiera que sea, sin distinción de origen ni circunstancias, los primeros años de su orfandad no son un camino de rosas, es algo que sabemos por experiencia propia los pínfanos y tuvimos que aprender a marchas forzadas, en cuanto poníamos un pie en los umbrales de los colegios que, hasta no hace tantos años, mantenía el Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra para acoger a los hijos de los miembros fallecidos pertenecientes a sus Armas y Cuerpos.

Conocer la palabra «pínfano» es la clave que nos ayudará a comprender las vicisitudes que tuvimos que pasar los que permanecimos, durante los mejores años de nuestra infancia y juventud, internados en aquellos colegios, tempranamente alejados de nuestras familias, aprendiendo a vivir por nosotros mismos en entornos que serían duros y difíciles de entender para cualquier joven de nuestro tiempo; sin embargo, es una palabra que todavía nos llena de orgullo al ser reconocidos como tales, a pesar del implacable paso del tiempo y de que convertirse en pínfano de la noche a la mañana estaba relacionado con una pésima noticia como era la muerte de nuestros padres, que en la mayoría de los casos implicaba una brusca separación del entorno familiar, pero con el tiempo acabamos aceptándola y aprendimos a ver el lado positivo de la situación.

Alguien ajeno se podría preguntar ¿qué es un pínfano? A menudo nos lo habrán preguntado al escuchar esa palabra y cada uno de nosotros lo habrá explicado a su manera, según le haya ido en la feria. Afortunadamente, en nuestra página web tenemos publicada una estupenda colaboración de Jesús Dolado Esteban, pínfano y vicepresidente de la Asociación Retógenes Amigos de la Historia Militar, en la que aclara el posible origen del término; con permiso expreso de su autor reproducimos el artículo que se publicó en «La Luz de Melilla» el 12 de noviembre de 2014:

APUNTES SOBRE EL ORÍGEN DE LA PALABRA PÍNFANO

«Hace tan solo unas horas que he terminado de leer la última página de un entrañable libro escrito por el coronel Vicente Torres Cunill: "Vivencias de un pínfano". Al leer sus vivencias vienen a mi memoria los versos de aquel hermoso tango: "Que veinte años no es nada…". Parece como si el tiempo no transcurriera entre los muros de aquellos austeros internados, las Mercedes, Padrón, el Castillo, la Inmaculada, Santiago "el Bajo", Santa Bárbara y San Fernando "el Alto"…

Hay momentos, y no son pocos, en los que al relatar sus vivencias me vienen a la memoria mil recuerdos, invadiéndome la sensación de que, con otros nombres y otras fotografías, cualquiera de los que pasamos por estos colegios podríamos ser los protagonistas de la historia. Reconozco que hace años que me rondaba la idea escribir sobre el origen de la voz pínfano. Pero, unas veces por obligación, otras por devoción y siempre por pereza lo he ido dejando hasta la lectura de su libro.

Si alguien busca el vocablo Pínfano, tan querido para quienes estudiamos en cualquiera de aquellos colegios, encontrará que no figura registro alguno en el Diccionario de la Real Academia. Si se recurre a internet, descubrirá definiciones como ésta:



Pínfano Vicente Torres Cunill



Pimpf, alumno de un Colegio Militar



Colegio de Huérfanos de Oficiales del Ejército 'Santiago'. Carabanchel Bajo, año 1975. Luciendo su impecable "trapillo" y de izquierda a derecha, Fernando Moralejo, Carlos Uria, Ramón González Torres, Jesús Dolado y Carlos Romay. Moralejo, Torres y Dolado eran hijos de divisionarios

Pínfano: Además de la flauta, también se denomina así a los huérfanos del Ejército y a los mosquitos de largas patas. Descartaremos al mosquito de largas patas por tratarse de un localismo de una pequeña parte de Extremadura y nos centraremos en una bella historia, casi leyenda, que nos contaban sobre el origen del vocablo. Del por qué a los alumnos de los colegios (entonces llamados CHOE[1]) se nos denominaba con este apelativo, el coronel Torres nos relata:

Me extrañó que me llamasen pínfano. El motivo de este nombre viene de lejos. De los tiempos en que los huérfanos de los Regimientos eran admitidos en ellos como educandos de banda. Era entonces el pínfano, un instrumento de las bandas de música. Una especie de flauta que tocaban estos educandos.

Parece coincidir con lo escrito por otro ilustre huérfano, el también coronel Carlos Piserra Velasco, en un artículo titulado "Nosotros los Pínfanos": *Con relación al origen del vocablo pínfano, no tenemos datos seguros. Creemos que pudiera tratarse de una deformación de la voz pífano, ya que esta palabra tiene un auténtico sabor militar. En el diccionario enciclopédico Espasa-Calpe, tomo 44, página 817, acepción de pífano:*

En el lenguaje militar recibió este nombre el individuo, generalmente un muchacho, que tocaba dicho instrumento y que acompañaba a la caja desde 1505. La Ordenanza de 1768 dio un carácter oficial a la voz, que antes recibía el nombre de pito

1. *Acrónimo de: Colegio de Huérfanos de Oficiales del Ejército.*

o pífano. Solían figurar durante los siglos XVI y XVII en número de dos o cuatro en cada compañía para tocar acompañados al tambor, siempre que se ponía a la cabeza de la tropa el capitán; pero no cuando el jefe era un oficial subalterno, de donde vino la frase "ese no toca pito", para dar a entender que una persona tiene poca significación.

Lo cierto es que la equiparación de los términos pífano y pínfano en ningún momento es utilizada por el más renombrado experto en música militar española, Ricardo Fernández Latorre, quien en su obra "Historia de la Música Militar de España" relata la introducción de este instrumento en nuestros ejércitos durante el siglo XV:

"...no era desconocido el pífano o pífaro, en nuestro país antes de la llegada de los helvéticos. En su aplicación no militar este instrumento figuraba en las bandas parroquiales o de ministriles desde muy antiguo, según nos dice Mateo Alemán, con el nombre de pito. Instrumento de poca monta en la familia aerófana, por su simplicidad y baratura, o porque quien lo tocaba estuviese considerado –a veces eran niños de diez años– como el último mono de las unidades de nuestra infantería, han quedado expresiones de aquellas gloriosas épocas como 'no vale un pito' o 'tomarle a uno por el pito de…'. Todavía se dice, de forma despectiva, y con clara alusión a las bandas de guerra, poco numerosas, de aquellos días: 'me importas tres pitos'.

Sobre su generalización y uso durante el siglo XVIII nos aclara:

"...Se ha dicho mucho, aunque puede tratarse de una invención cuartelera, pues no existe prueba documental que lo acredite, que Carlos III se refería a ellos diciendo "los tambores, pífanos y demás canalla de mis exércitos". Lo que si resulta cierto es que este monarca empezó por tamizar el ingreso en las bandas, al imponer, en sus famosas Ordenanzas, que los aspirantes tenían que venir a ellas "sin vicio indecoroso ni extracción infame, como gitano, verdugo, carnicero o mulato".

Sea o no sea la procedencia, a la historia le encaja a la perfección el dicho italiano: *"Se non è vero, è ben trovato[2]".* Lo que es una hermosa justificación que se pierde en el origen de nuestros Tercios y tiene en contraposición otra versión que otorga a este término una historia mucho más reciente y que seguro a muchos podrá extrañar, incluso incomodar, por su procedencia.

Cuando el domingo 22 de junio de 1941, a las tres y cuarto de la madrugada las Divisiones alemanas penetran en la Unión Soviética, el mundo contiene la respiración. Por razones conocidas uno de los países donde mayor impacto y alegría causó la noticia fue en España: *"La guerra Civil había sido, para quienes en ella habían vencido, una Cruzada contra el Comunismo, pero parecía condenada a no tener continuidad debido al antes citado maridaje germano soviético. Ahora, con la irrupción de la poderosa máquina militar germana en el territorio soviético, la Segunda Guerra Mundial en curso adquiriría para los españoles un sentido comprensible y asumible: La Cruzada española contra el comunismo iba a continuar, ahora como una Cruzada Europea. 45.000 españoles pasaron por las filas de la División Azul, 2.500 de ellos oficiales, de los que no pocos fueron protagonistas de primer orden durante el franquismo, la transición y primeros años del reinado de Juan Carlos I".*

Ya hace 10 años que recogimos un reto que daría como fruto una obra titulada "Revista de

2. *«Si no es verdad, está bien compuesto». Como figura del lenguaje, alude a algo que puede no ser verdad, pero está tan bien contado o narrado o es tan interesante o valioso que debería haber ocurrido.*

Comisario. El Cuerpo de Intervención Militar en la División Azul". Un modesto ensayo sobre el desarrollo, y adaptación al sistema alemán, de la función interventora en la División Española de Voluntarios. El resultado de aquel estudio fue algo más que un libro más o menos denso. Nos permitió conocer, en algunos casos de primerísima mano, la biografía de un buen puñado de protagonistas de la gesta divisionaria.



D. Maximiliano Amaro Lasheras en su época de capitán, recién llegado del frente ruso

Este fue el caso del coronel Interventor D. Maximiliano Amaro Lasheras, quien sirvió en la División Azul entre los años 1942-43, participando, encuadrado en una Compañía de Zapadores, en la batalla de Krasny-Bor en la que ganaría la prestigiosa Cruz de Hierro. Tuve la oportunidad de entrevistarme con él, en su domicilio en Madrid, en no menos de una docena de ocasiones. En la primera visita, hay que reconocer que, con cierta desconfianza, me sometió a un elegante interrogatorio del que salí airoso al contestar a una de sus preguntas que yo era pínfano.

Con mi respuesta cambió su gesto de desconfianza y cariñosamente me dijo: ¡Coño, un PIMPF! Extrañado le corregí, no mi coronel, ¡Pínfano!, a lo que volvió a contestarme de forma rotunda: "¡No, PIMPF!". Y entró en detalles relatándome: El trágico número de huérfanos que el transcurso de la guerra estaba ocasionando, unido a la sistemática campaña de bombardeos aéreos aliados, que desde 1942 arrasaba las poblaciones alemanas, obligó a evacuar de las ciudades amenazadas a casi tres millones de niños. Para ello se organizaron una infinidad de campamentos y albergues, más de 5.000, donde darles refugio. Los campamentos, organizados por sexo y edad, se concentraron principalmente en zonas rurales de Prusia Oriental, Silesia, Eslovaquia, Tirol y Baviera. Muy cerca de Hof, lugar de llegada y salida de los relevos divisionarios, existía uno. Según fue evolucionando la guerra, los muchachos entre 16 y 18 años, encuadrados en las HJ fueron movilizados en tareas auxiliares, contra incendios, defensa antiaérea y, no en pocos casos, como combatientes, por lo que los campamentos de acogida se convirtieron en auténticos centros infantiles llenos de niños a los que se les conocía por "pimpf".

La traducción literal del término es "poco pedo", siendo sus sinónimos los de crío, mico, niño revoltoso, renacuajo, pequeño bribón, lagartija o Barrabás. Si bien el término Pimpf fue usado en colegios y por todos los movimientos juveniles alemanes, es conocido por ser el nombre

dado por las Juventudes Hitlerianas a todos los niños pertenecientes a ellas entre los 6 y 10 años. Cumplida esta edad, y pasadas unas pruebas conocidas como "pim pfenprufung", ingresaban en la Deutsches Jungvolk, organización que encuadraba a los adolescentes entre los 10 y los 14 años. A partir de esta edad se ingresaba en las Hitler Juvend.

Paralelamente, en España: En el año 1943 se produce un cambio fundamental en la labor que el Ejército de Tierra estaba llevando a favor de sus Huérfanos. Carlos Asensio Cabanillas, ministro del Ejército, dispuso la creación de tres únicos Patronatos de Huérfanos en el Ministerio del Ejército: Oficiales, Suboficiales y sus asimilados y tropa, que sucedían a los antiguos de las Armas y Cuerpos y continuaban bajo la dependencia de la Dirección General de Enseñanza Militar.

La diferencia nominativa tenía tan sólo carácter administrativo, por cuanto en esta obra, de tanta trascendencia social y timbre de honor militar, el Ejército no establecía diferencias, sino que otorgaba una misma oportunidad para todos, ya que el provecho dependía exclusivamente del esfuerzo y rendimiento de cada huérfano, cualquiera que fuera su procedencia.

El 9 de abril de 1954 se dispuso, a propuesta del entonces ministro del Ejército y primer General de la División Azul, Agustín Muñoz Grandes, la creación de una Jefatura de los tres Patronatos, bajo la dependencia directa del ministro del Ejército, desligándola de la Dirección de Enseñanza Militar, bajo cuya tutela se encontraban los Colegios de Huérfanos de Militares hasta la fecha. Coincide el año de la creación del Patronato con el de la repatriación de la División Azul, volvieron los voluntarios, como cantaba su himno, con humo de combate y con nuevos cantos y paisajes. Y con ellos, según me relataba el coronel Amaro, el recuerdo de aquellos críos alemanes a los que cariñosamente los españoles llamaban "Pimpfanitos". No pocos fueron los divisionarios que dieron clase en el CHOE, especialmente en la primera promoción que, procedente del Alto, ingresó en la V promoción de la Academia General Militar en 1946. Sin duda, la máxima representación de la presencia divisionaria en las Instituciones de Huérfanos del Ejército fue el General Ricardo Villalba Rubio, héroe del Alcázar de Toledo y coronel del Regimiento de Infantería 263 de la División Azul entre julio de 1942 y febrero de 1943, y quien, según el coronel Amaro, siempre estuvo orgulloso de ser uno de los introductores del nombre de pínfano. Como me lo contaron lo cuento.



General Don Ricardo «papá» Villalba Rubio

Lo cierto es que, por más que he buscado, no he encontrado una sola referencia que llame pínfanos a los huérfanos de ningún colegio militar español antes de 1943. Guste o no, fechas y datos parecen coincidir. Con todo me quedo con la exactísima definición que hace otro coronel, Ramón Faro Cajal, en sus "Memorias del Viejo Trapillo", cuyo texto se publica íntegramente en este mismo libro:

"¿Qué es un pínfano?, casi nada. Pínfano soy yo. Cuando la Real Academia de la Lengua determine, por fin, la definición de pínfano, creo que dirá algo así: Pínfano: Animal mamífero y vertebrado, de la familia de los huérfanos, a quien con la transformación en el CHOE (fórmula secretísima) se le dota de superpoderes, como el de oler un duro a distancia, aprovechamiento de desechos, visión nocturna y supervivencia suma. Su hábitat lo resume la frase 'en donde menos piensas que hubo nada... ya allí un pínfano se fumó una pava'.

Estudios de la NASA han determinado que después del holocausto nuclear, de los pocos que quedarían con vida sobre la Tierra serían las cucarachas, algún chino (es imposible matarlos a todos), algún gallego (están en todos los sitios) y una gran parte de pínfanos.

Estos últimos están dotados de una capa exterior en la piel, muy poco permeable y resistente a las radiaciones, que se fue creando gracias al jabón Lagarto que utilizaban en la ducha semanal. Su aparato digestivo es a prueba de neutrones y capaz de digerir cemento armado (y si no, qué era aquello que le llamaban arroz con leche...), o someterse a dietas escasas y prolongadas (de eso sí que sabemos un rato largo). Su capacidad de aguantar sin moverse hasta pasados los efectos nucleares es ilimitada. El pínfano lo aguantaría estoicamente, no en vano ha sido capaz de estar seis horas de cualquier examen de sábado sentado en una silla, sin tener ni idea de lo que tenía delante y pegándose una pensada capaz de recorrer los más extraños vericuetos que dejarían chica la imaginación de Julio Verne…"».

Desde los primeros colegios en los que se acogieron a los huérfanos hijos de militares, los llamasen como los llamasen, una de sus características diferenciadoras fue la indumentaria, tanto la de diario como la de paseo, ya que la uniformidad era obligada y estaba reglamentada hasta sus últimos detalles, como es norma y costumbre en la milicia. Esto cambió a mediados de los setenta, cuando se permitió la utilización de ropa civil en los internados, perdiéndose, lamentablemente a nuestro modo de ver, la capa visible del alma de los pínfanos, su hecho auténticamente diferencial: «el trapillo».

En las fotografías de este libro podremos apreciar la evolución de los distintos uniformes utilizados a lo largo de los años, porque la moda nunca fue ajena a la milicia ni al espíritu militar y, en consecuencia, también afectó al alumnado de los colegios, debiendo adaptar los suyos a la influencia cambiante de cada época; los pínfanos no se quedaron anticuados en ese terreno.

Toda alma precisa mostrar un aspecto exterior formal y elegante y a nosotros nos tocó vestir el trapillo desde el primer día de ingreso en los internados, al menos en el caso de los chicos, porque las chicas de María Cristina en Aranjuez, La Unión, Nuestra Señora del Pilar en Má-

laga, Nuestra Señora de Luján en Churriana o María Cristina en Guadalajara, tenían una indumentaria propia y bien definida que puede consultarse en los libros que precedieron a este. Del trapillo también se salvaron los pínfanos del colegio Nuestra Señora de las Mercedes en Madrid, tal vez porque las Damas que lo sustentaban tuvieran gustos más refinados a la hora de vestir a los pequeños huérfanos.

Tan importante ha sido el «trapillo» en nuestra vida colegial, que el himno oficial de los pínfanos no podía por menos que reconocer su merecido protagonismo; la letra del Viejo Trapillo es cantada a coro una y otra vez en cuanto se produce una reunión de antiguos alumnos, sirvan como ejemplo las comidas del Adiós en los Días del Pínfano, en las que los chicos presentes nos ponemos en pie para cantar el himno en grupo bajo los acordes de algún valiente que se atreva a dirigirnos, porque hay que reconocer que desafinamos y a ratos incluso se nos olvida parte de la lírica, pero en cuanto a emoción y corazón se refiere no nos gana nadie y ponemos todo nuestro empeño en la interpretación.

El problema, lagunas mentales aparte, es que la letra ha ido sufriendo sucesivas adaptaciones, tantas o más como los uniformes, ni siquiera el trapillo ha permanecido inalterable, salvo quizás en su color, y a la hora de cantar tendemos a mezclar las distintas versiones, por lo que solemos repartir una chuleta para cantar todos la misma; menos mal que la música ha resistido inalterable el paso del tiempo y es la de siempre.

Tras «arduas investigaciones» sobre el origen real de la música, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que nuestro himno es una versión española de la composición «Vecchio scarpone, Vieja bota militar», del compositor italiano Carlo Donida, canción que quedó 3ª en el festival de San Remo de 1953 que luego adoptaron para sí los Alpini –una especialidad del Arma de Infantería de choque de montaña del Ejército Italiano–... y posteriormente los pínfanos; al parecer, aunque no podamos afirmarlo con rotundidad, la letra fue compuesta por el páter Cuevas, cuando estuvo destinado en el Alto.

Hace algunos años, nuestro compañero Carlos Piserra Velasco, escribió un homenaje al Maestro General Francisco Grau Vegara en reconocimiento al arreglo de la partitura de Viejo Trapillo, y queremos recordarlo en este punto.



«La Asociación lo tenía previsto desde hacía tiempo, pero por una serie de circunstancias no se había podido celebrar. En sus comienzos había llegado a oídos de nuestro primer presidente, José Antonio González Carmona, que el director de la Banda de Música de la Casa Real era natural de Bigastro, ciudad enclavada en el corazón de la Vega Baja alicantina, y en la primera ocasión que tuvo entabló relación con su paisano, el coronel Francisco Grau Vegara, sugiriéndole en el transcurso de sus conversaciones que pusiera música a nuestro "Viejo Trapillo".

Se sorprendió al saber que no solo conocía a la perfección el vocablo "pínfano", sino que

era el autor de una composición titulada "La marcha de los pínfanos", incorporando algún compás que recuerda al himno de Infantería, dedicada a un compañero de promoción que no hacía más que hablar de la vida y milagros de tan singulares personajes. José Antonio ve el cielo abierto e insiste en su petición al Maestro Grau, que acepta muy gustoso renunciando a cualquier tipo de remuneración por su trabajo.

Y así fue como los sones del himno "El Viejo Trapillo" se escuchan por primera vez en los jardines de Sabatini del Palacio Real el día 4 de mayo de 2005, quedando oficialmente inaugurado en presencia de varios miembros de la Junta Directiva y socios de la Asociación que asistieron al acto. La partitura fue presentada en el transcurso de la III Asamblea General celebrada en el Castillo de Santa Cruz de Lians el día 7 de mayo de 2005, siendo votada por unanimidad como himno de la Asociación, pudiendo ser escuchada actualmente en nuestra página web[3].

En diversas ocasiones se intentó rendir un homenaje al eminente compositor de nuestro himno, pero compromisos de una y otra parte lo impidieron, hasta que el día 24 de mayo de 2011 se celebró una comida-homenaje en la Residencia Militar Alcázar, con asistencia de algunos miembros de la anterior Junta Directiva y los actuales presidente y secretario de la Asociación.

En este tiempo, Francisco Grau había ascendido a general y cambiado de destino, con despacho en el mismo edificio del Patronato de Huérfanos, Hermandad de Veteranos de las FAS y GC, y Hermandad Legionaria, calle de San Nicolás núm. 11 de Madrid.

La comida transcurrió en animada conversación tratando diversos temas, destacando en lugar preferente todo lo relacionado con la música militar, en especial la compuesta por el Maestro Grau y, como no, del vocablo "pínfano", comentando que la Asociación ya había dado el primer paso para solicitar a la Real Academia de la Lengua Española su incorporación al Diccionario.

Se comentó que lo más importante sería determinar la definición que se haya de proponer a la RAE. Es entonces cuando Francisco Grau se nos revela como una persona gran conocedora del vocablo, recorriendo a lo largo del tiempo sus diferentes acepciones. Comentó que el concepto, hoy día generalizado, del huérfano que ha estado en un colegio, debería extrapolarse a los huérfanos cuyos padres se encuentren encuadrados en los Organismos encargados de la Defensa y Seguridad del Estado, con lo que se conseguiría dar al vocablo una mayor amplitud y capacidad de convocatoria.

Concretamente debería comprender a los huérfanos de los tres Ejércitos, lo cual redundaría en beneficio del colectivo. Con esta idea se manifestaron de acuerdo algunos asistentes, apuntando además que de otra forma no tendría objeto la propuesta, ya que actualmente no existen colegios de huérfanos en el Ejército de Tierra.

En el transcurso de la comida se le hizo entrega de la placa que se tenía preparada desde hacía tiempo, en agradecimiento y como reconocimiento a su labor:

Francisco Grau expresó con sencillas palabras que había sido un honor haber podido

[3]. *Recomendamos dedicar unos minutos a escucharla en distintas versiones: cantada a capella por pínfanos, la marcha sinfónica, cantada por un coro militar y, por supuesto, la original en la lengua del Divino Dante.*

realizar este trabajo para la Asociación de Huérfanos del Ejército, agradeciendo que se hubiera pensado en él cuando se planteó componer un himno sobre la letra del Viejo Trapillo, poniéndose a disposición de la Asociación para cualquier otro tema relacionado con la música.

Terminó el acto despidiendo al Maestro Grau con fuertes abrazos de los asistentes, deseándole mucho éxito en su nueva andadura».

La letra, ¡ay, la letra! Hay tantas versiones como alumnos y siempre ha sido objeto de intensos debates porque cada nueva hornada de «pinfanitos» la iba adaptando a su gusto y recuerdos, según lo que les fuera llegando de las promociones precedentes y añadiendo pequeños retoques al himno.

La versión que tenemos publicada en la página web fue consecuencia de una necesaria puesta al día, a base de ir preguntando a unos y otros y consultando las fuentes de información disponibles, aunque sin poder certificar ninguna de ellas como la original, la que dicen compuso el páter Cuevas, porque hasta en esto hay discrepancias, seguro que el autor fue un páter pero hay dudas de si pudo componerla él o algún otro; no sin dificultad conseguimos acordar una versión entente cordiale, que se parecerá más o menos a la que cada uno recuerde de la suya, pero que al menos nos ha permitido unificarla.

Viejo trapillo mi mejor compañero
Pronto presiento que te voy a dejar
Un uniforme muy fardón y elegante
Me espera en el Pilar.

Adiós mi viejo trapillo
Que aquí te quedas muy a mi pesar
Yo preferiría tener a mi lado siempre
Para recordar.

Siento en mi pecho ostentar los cordones
De la Academia General Militar
Cuando con ellos me presente a mi madre
Cómo voy a fardar.

CHOE elegante (o del alma)
De infinitos recuerdos
Con tus quimeras, tu morcilla y tu pan
Deja que llegue hasta ti un nuevo pínfano
Que ocupe mi lugar.

Adiós mi viejo trapillo
Que aquí te quedas muy a mi pesar
Yo preferiría tenerte a mi lado siempre
Para recordar.

Antes de terminar el presente capítulo, quisiéramos hacer una mención, tan breve como cariñosa y especial, para recordar a los llamados «aspirinos», alumnos a veces olvidados pero siempre queridos que, como nosotros, también eran hijos de militares pero que no habían fallecido en el momento de su ingreso en los colegios.

Hubo «aspirinos» en casi todos ellos, seguro que tú mismo llegaste a coincidir y hacer amistad con alguno, y a consecuencia de su singularidad familiar fueron considerados «aspirantes» a convertirse en pínfanos de pleno derecho en algún momento de sus vidas, dicho sea sin malicia, y por simple evolución lingüística acabaron siendo conocidos como «aspirinos», que entre nosotros es un título tan prestigioso como pueda serlo el de los pínfanos, porque en espíritu somos lo mismo.

Hay quien afirma que el origen del término nació en la Academia General Militar, allí se utilizaba este apodo para referirse genéricamente a los licenciados en Medicina que ingresaban en la Academia para seguir la carrera militar, pero no parece probable, no se ha podido demostrar y nosotros preferimos quedarnos con lo expuesto.

Imaginación y humor negro nunca nos han faltado a los pínfanos (ni a los aspirinos) y ambas facultades han sido parte importante de nuestro peculiar legado existencial.

Reseña histórica del Pahuet

Documento obtenido de la página web del Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra.

Huérfanos de militares, naturalmente, han existido en todos los tiempos, se puede decir que desde el mismo momento en el que se organizaron los primeros ejércitos.

Huérfanos también se cuentan, obviamente, en todas las demás profesiones y actividades. Pero es en los ejércitos donde la orfandad alcanzó siempre las expresiones más elevadas, pues además de las vicisitudes que afectan a los miembros de cualquier profesión –enfermedades, accidentes, desgracias, etc.–, el huérfano del militar, como tal, se puede decir que es una consecuencia natural de la actividad bélica del que combate por su Patria con las armas, misión esta encomendada fundamentalmente a la profesión militar.

Es normal por ello que su preocupación, en tal aspecto, sea también más acentuada, preocupación sobradamente justificada al ser sus huérfanos, el mejor legado, el mejor recuerdo que han podido dejarnos los que murieron heroicamente en acción de guerra, o cumpliendo con su deber en la paz o, simplemente vencidos por el infortunio, la enfermedad o la desgracia.

No se tiene noticia exacta del momento en que nuestros Ejércitos empezaron a proporcionar a sus huérfanos una atención y una protección oficial, colectiva y amparadas por las leyes, pues antiguamente los ejércitos no eran permanentes y sus tropas estaban entonces constituidas, en su gran mayoría, por levas y por mercenarios mezclados con aventureros. Así, los huérfanos de guerra lo eran a título particular, siendo sus familias y sus deudos quienes tenían que resolver sus problemas personales y los de su porvenir.

El interés por ellos empieza a manifestarse durante los siglos XVI y XVII, cuando España se ve involucrada en continuos conflictos bélicos, provocados tanto por la política interior, como por el juego de la diplomacia exterior. Esta situación bélica causa numerosas bajas en su Ejército y consecuentemente, produce cambios en la unidad familiar:

«*Con la muerte del militar en el campo de batalla, queda un hogar destrozado, una viuda que apenas cuenta con medios para subsistir y en muchos casos, dos, tres, o más hijos que alimentar e instruir».*

Con los hijos varones solía haber menos problemas, pues al cumplir la edad necesaria, ingresarían en las filas del ejército y seguirían la tradición paterna. Esto era lo frecuente



Teniente General Fernando Fernández de Córdova

en la época, pero el problema se planteaba con las niñas, no sólo había que proporcionarlas sustento y vestido sino igualmente darlas una formación mediante la educación y el aprendizaje, pues su eventual desamparo y pobreza pudiera llevarlas a buscarse la vida por medios indecorosos.

Por ello, durante los siglos XVI, XVII y XVIII se procedió a la creación de numerosos monasterios y conventos. La mayoría eran obras pías de fundación real donde ingresaban viudas, hijas de damas de la nobleza para dedicar sus vidas al recogimiento y la oración y donde también se acogía a las huérfanas de empleados de Palacio, miembros de los Consejos de Gobierno y oficiales del Ejército, con objeto de formarlas y protegerlas hasta que tuvieran edad de tomar estado.

Pero el origen del actual Patronato se remonta al último tercio del siglo XIX, cuando debido a las guerras Carlistas y las de Cuba y Filipinas, se vuelve a producir un elevado número de huérfanos y la conciencia nacional se ve nuevamente sacudida con este problema acuciante. Era natural que los primeros intentos de resolverlo surgieran en las filas de los propios ejércitos, concretamente en el seno del Arma de Infantería.

Es el Teniente General D. Fernando Fernández de Córdova, Marqués de Mendigorría, siendo por segunda vez Director del Arma de Infantería, cuando logra hacer realidad su «proyecto» que consistía en:

«A*segurar la suerte de los hijos de nuestros compañeros de armas, que mueren sin dejar otro patrimonio que su espada y su hoja de servicios, y lograr la fundación de un establecimiento que los pusiera al abrigo de la miseria y de la deshonra, proveyendo a su subsistencia decorosamente y abrirles un porvenir proporcionado a su nacimiento y a su primera educación, pro-*

curando posteriormente que ingresaran en el Ejército.

Las hijas huérfanas de los militares serían asimismo recogidas en un establecimiento específico donde recibirían una educación decorosa, proveyendo luego a su colocación y dotándolas modestamente».

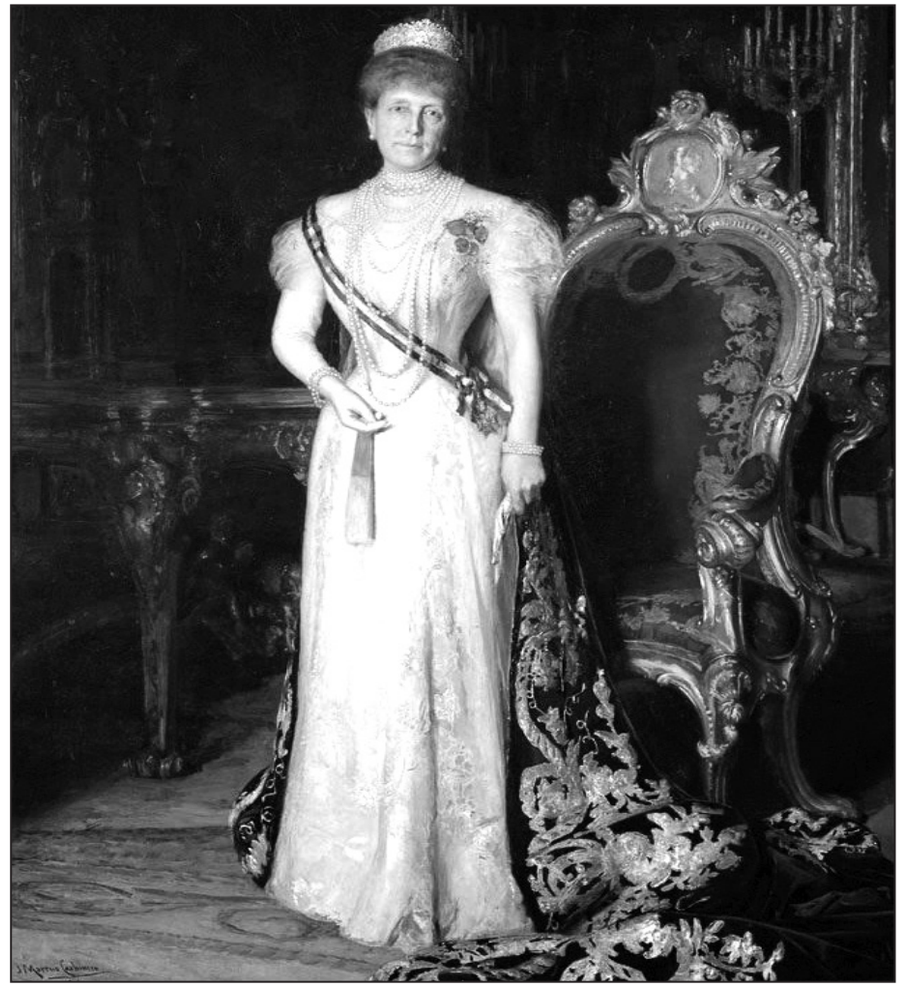
Este proyecto fue materializado mediante la publicación en la Circular 211 del 9 de junio de 1871, y difundido entre todos los componentes del Arma de Infantería. Una vez aceptado por las unidades como «bueno», el proyecto de constitución de la Asociación, el 14 de julio de 1871 fue remitido al Ministerio de la Guerra y el 2 de septiembre de ese mismo año quedó aprobado el «Proyecto de creación del Asilo de huérfanos de los militares procedentes del arma de Infantería», instalándose en Toledo, en el antiguo Hospital de Santa Cruz.

También se aprueba el reglamento provisional, el 2 de septiembre de 1871, en el que se ordena incluir que:

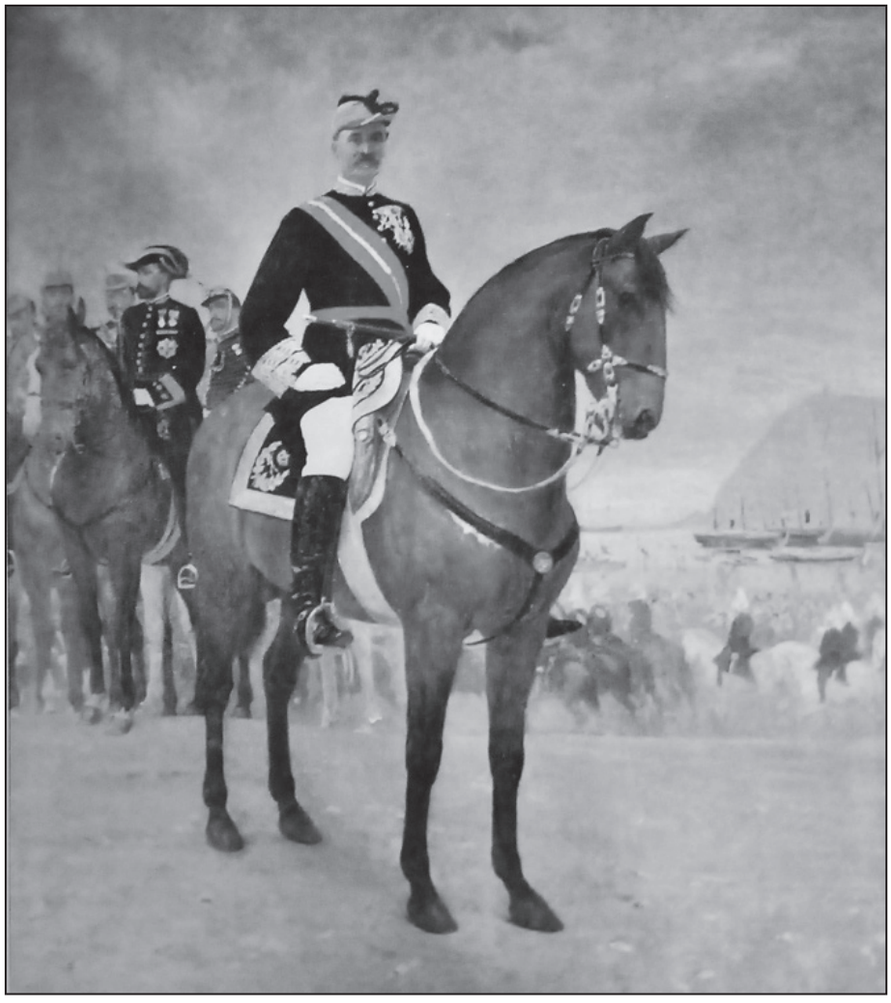
«*A todos los efectos y obligaciones, se adopte la fecha del 1 de octubre de 1871, como la fecha en la que empezará la suscripción de los asociados y la admisión de los huérfanos»,* quedando así recogido en su artículo 4º.

Debido a las obras de acondicionamiento y rehabilitación, no es hasta el 30 de mayo del año siguiente (1872), cuando se inaugura el Asilo de Huérfanos de Infantería, posteriormente denominado Colegio en 1879. En un principio se abre con solo tres plazas, pero pocos días después eran sesenta, a los tres meses seiscientos niños y cien niñas y muy pronto llegaron a los dos mil entre aspirantes e internos.

Años más tarde, el hospital de Santa Cruz se encontraba desbordado en su capacidad, no reuniendo las mínimas condiciones exigibles para su función docente y formación, lo que unido a las malas condiciones de habitabilidad y los costosos gastos empleados para su continua rehabilitación hacen que en 1881 se piense en trasladar el colegio a otra localidad.



Doña María Cristina de Habsburgo-Lorena



Teniente general de Caballería Don Luis de Prendergast y Gordon[4]

Informada la Reina Regente Dª María Cristina, siempre sensible a las necesidades de los huérfanos y protectora de estos, cede las Cocheras Reales de Aranjuez para habilitarlas como centro docente, inaugurándose el 29 de enero de 1887 con el nombre de Colegio de María Cristina para huérfanos de la Infantería. En Aranjuez permanece hasta 1895, aunque diversas razones hacen que los huérfanos varones vuelven nuevamente a Toledo, al antiguo Cuartel de San Lázaro, conservando el nombre de «Colegio de Mª Cristina para huérfanos de la Infantería» que ya tenía en la localidad madrileña.

Esta iniciativa de la Infantería fue secundada por las demás Armas y Cuerpos, de tal forma que a finales del siglo XIX se crearon los colegios de:

Colegio Santiago en Valladolid en 1892, para Huérfanos del Arma de Caballería. En 1909 cambia de edificio y en 1916 se traslada a las chicas a Carabanchel Bajo.

Colegio Santa Bárbara en Vitoria en 1906, para huérfanos del Arma de Artillería, al que luego, en 1909, se le unió el Colegio de San Fernando, para huérfanos del Arma de Ingenieros. En 1910 se traslada a Carabanchel Alto.

4. *El cuadro, procedente del Museo del Ejército en calidad de depósito para su exhibición, es obra del pintor D. Juan Planella y Rodríguez (Barcelona, 1849-1910), representa al propio Teniente General durante su cargo de Capitán General de Cataluña, que desempeñó durante los años 1879 a 1881. Fue el fundador del primer Colegio de Huérfanos del Arma de Caballería, precursor entre otros, de lo que es y significa actualmente el Patronato de Huérfanos. Así mismo, la estancia del retrato en la Sala Histórica situada en el edificio de la Residencia Logística Militar San Fernando, propiedad del Patronato, supone una significativa «vuelta a casa», al ser el edificio en su origen, el destinado a la estancia de las niñas alumnas huérfanas del propio colegio fundado por el Teniente General, en la ciudad de Valladolid.*

Colegio Santa Teresa en Madrid en 1911, para huérfanos de los Cuerpos de Sanidad Militar y Estado Mayor. En 1920 se les une el Cuerpo Jurídico Militar y un año más tarde, en 1921, lo haría el Cuerpo Militar de Veterinaria. Integrándose todos posteriormente en el Colegio de la "Inmaculada Concepción" de Madrid en 1924.

Todos estos colegios estaban regidos por *asociaciones benéficas de carácter particular* del Arma o Cuerpo correspondiente, constituidas por socios que aportaban una cuota para el sostenimiento de los respectivos colegios.

Ya en el siglo XX, la Guerra Civil (1936-1939) deja nuevamente gran cantidad de huérfanos, por lo que en 1937 se procedió a la creación de un Patronato de Huérfanos por cada Arma o Cuerpo, integrándose en ellos las antiguas Asociaciones. Estos Patronatos tenían su propia Junta Directiva, establecida en las provincias donde residían los colegios, y dependían por primera vez del Ministerio del Ejército y no del Arma o Cuerpo correspondiente.

En 1939 se crea la Dirección General de Enseñanza Militar, siéndole asignado, entre otros cometidos, la asistencia a los huérfanos, disponiendo, con el fin de centralizar los servicios, que todos los Patronatos se trasladen a Madrid.

El funcionamiento de estos patronatos, aunque centralizados, era estatutariamente distinto y su protección no se ejercía uniformemente por igual. Se imponía la necesidad de establecer un mismo criterio, por lo que, en 1943, se dispuso la creación de tres únicos Patronatos de huérfanos: de Oficiales, de Suboficiales y asimilados y de Tropa, que sucedían a los antiguos de las Armas y Cuerpos. La diferenciación nominativa tenía sólo carácter administrativo, otorgando a los huérfanos, independientemente de su procedencia, las mismas oportunidades.

Aunque la misión de los tres Patronatos era común, seguían actuando con independencia y sin conexión alguna, era preciso fijar un único órgano como enlace y coordinador de los anteriores, por lo que en 1954 se crea la Jefatura de Patronatos de Huérfanos de Militares que asume todas las funciones que con relación a esos huérfanos venía desempeñando la Dirección General de Enseñanza Militar.

Es a partir de 1957 cuando se impone la obligatoriedad de colaborar con una cuota para el sostenimiento de los huérfanos a todo el personal en activo y retirado.

Siendo ya la única diferencia entre patronatos la diferente cuantía económica de las cuotas para su administración, en 1981, por Real Decreto, se refunden en uno solo los tres Patronatos con el nombre de Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra, siendo aprobado su reglamento con fecha 25 de noviembre de 1982. El PAHUET, siglas del referido Patronato, continua actualmente con el mismo nombre.

Con el transcurso del tiempo, afortunadamente, fueron disminuyendo los conflictos bélicos y se va reduciendo el número de huérfanos protegidos, de tal forma que de los 21.000 huérfanos protegidos que había en el año 1946, se reducen a cerca de 1.400 a finales del 2019. Esto ha implicado igualmente la disminución paulatina en el número de colegios y residencias, contando en la actualidad el Patronato solamente con tres residencias: Las residencias de "La Inmaculada" y "San Fernando" en Madrid, actualmente cedidas a Dirección de Acuartelamiento (DIACU) como residencias logísticas militares (RLM) y la de Santiago en Valladolid, actualmente cedida a la Dirección de Apoyo al Personal (DIAPER) para su administra-

ción y gestión como residencia militar de estudiantes (RME).

Esta reducción de huérfanos ha permitido ir mejorando considerablemente las condiciones de vida de los que se encuentran actualmente protegidos, dotándoles de mejores ayudas y prestaciones, de forma que les permita prepararse y realizar los estudios que cada uno elija, incluido los de preparación para la carrera militar, y en los centros universitarios o docentes que deseen o puedan, sin que supongan una carga para su familia y sin necesidad de residir en uno de los citados colegios del Patronato.

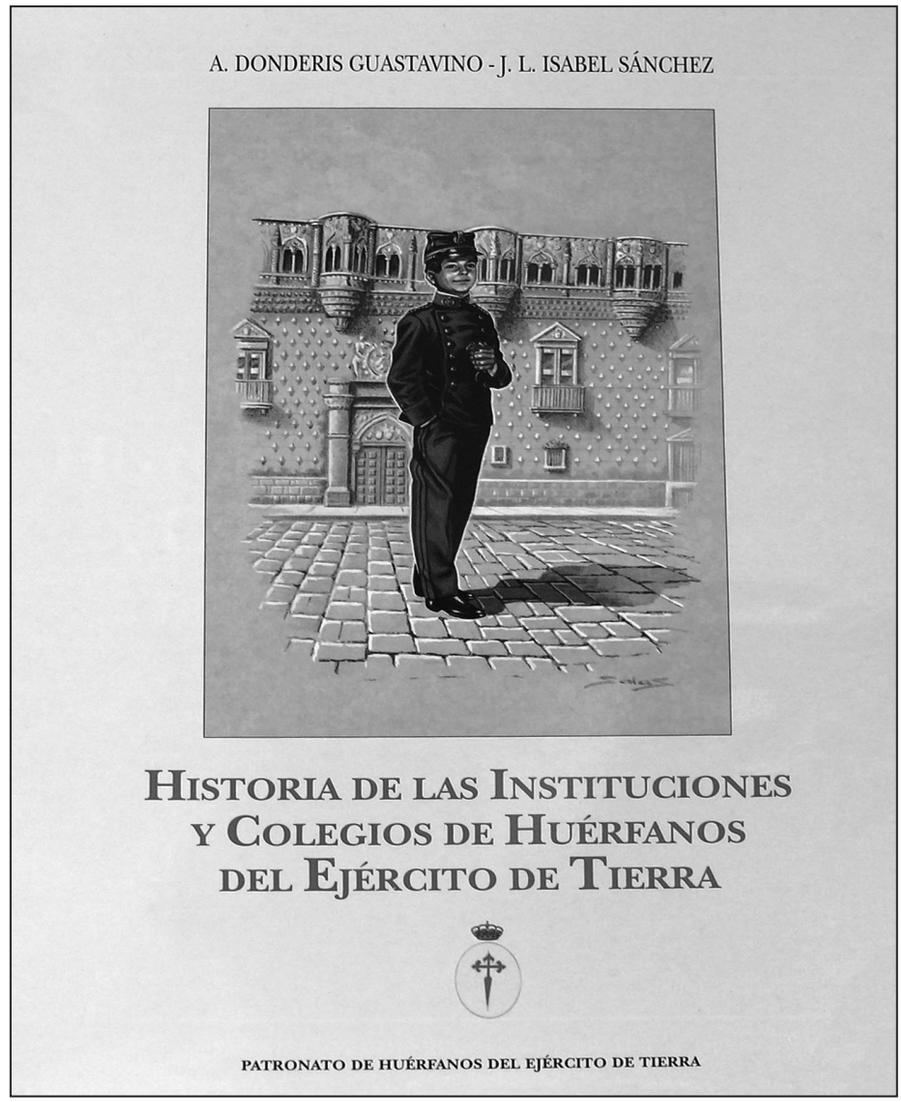
Hoy, el PAHUET, es una asociación benéfica particular, adscrita al Ministerio de Defensa y cuya finalidad es acoger bajo su protección a los huérfanos de militares del Ejército de Tierra y de los cuerpos comunes adscritos al Patronato, en orden a contribuir a su formación y sostenimiento en la forma y aptitud que se determina en el actual reglamento aprobado con fecha 27 de julio de 2010.

Aparte de considerar el siglo XVI, con el establecimiento de ejércitos con un carácter más o menos regular o de permanencia, la época en que se empieza a pensar en querer proporcionar amparo de alguna forma a los huérfanos de combatientes que dejaban las contiendas armadas, no debemos omitir antes de finalizar esta breve reseña histórica, que el origen que es formalmente considerado como de fundación del actual PAHUET se fija en el 1 de octubre de 1871, fecha de inicio del primer Colegio de Huérfanos de la Infantería en el seno del Ejército.

Historia breve de los colegios

El origen y devenir de los distintos colegios de huérfanos del Ejercito, desde su fundación hasta el cierre definitivo, ya ha sido profusamente investigado, documentado y publicado en el magnífico libro titulado «Historia de las Instituciones y Colegios de Huérfanos del Ejército de Tierra», editado por el Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra en 1996, obra de los autores doña Amparo Donderis Gustavino, huérfana y licenciada en Historia, y don José Luis Isabel Sánchez, coronel de Infantería.

Por tanto, no creemos oportuno iniciar una investigación adicional, a todas luces innecesaria teniendo en cuenta el amplio alcance y contenido del libro mencionado, lo cual solo nos llevaría a dilatar innecesariamente y en exceso la publicación de este libro en el plazo previsto.



No obstante, aunque demos por estudiada y conocida la historia, llamémosla antigua por haberse iniciado a finales del siglo XIX y comienzos del XX, de los colegios, por haber sido investigada previamente y tan a fondo por verdaderos entendidos en la materia, sí nos gustaría aportar, leyendo y tomando prestada información de dicho libro si fuera necesario y de otras fuentes, tal vez menos reconocidas, una breve introducción histórica de cada uno de ellos en forma de apuntes, teniendo en cuenta que no todos los interesados en conocerla tendrían fácil acceso al mismo[5], centrándonos en documentación publicada en nuestra página web y en la conseguida por los autores sobre los procesos de reconstrucción de los edificios originales que, tras finalizar la Guerra Civil, se acometieron con urgencia por la Dirección de Regiones Devastadas para permitir acoger de nuevo a los huérfanos brindándoles protección.

5. *Disponemos de un ejemplar del libro en la sede de la AHE a disposición para consulta de los asociados.*

Colegio de la Inmaculada

«CHAMARTÍN»



Apuntes sobre el Colegio

Documentación publicada en la página web de la Asociación.

El palomar[6]

Cuando se construye este Colegio, su solar se encontraba en el extrarradio de Madrid, ya que su parcela se sitúa en Chamartín de la Rosa, partido judicial de Colmenar Viejo, en el Camino de Hortaleza.

Su superficie era de 4.271,25 m^2 y no sólo comprendía el terreno sino, además, un edificio destinado a Academia-Pensión. La Asociación del Colegio de Huérfanos de la Inmaculada abonó por esta propiedad la cantidad de 250.000 pesetas.

En la actualidad, con el paso de los años, lo que en 1925 era puro extrarradio, con el enorme crecimiento experimentado por Madrid, es una zona superpoblada y muy bien comunicada.

A partir del año 1923 el Colegio lo constituían una sección de niñas y otra de niños.

La plantilla de Personal dependía del presupuesto del Ministerio de la Guerra y se procuraba que en ella estuvieran representados todos los Cuerpos asociados.

El nombramiento del personal militar se efectuaba según lo establecido en la legislación del momento para la provisión de cargos en los Colegios y Academias Militares.

La Asociación abonaba a las Escolapias 70 pesetas mensuales que incluían la alimentación, educación, enseñanza, limpieza y planchado de ropa. Además de la enseñanza primaria, las niñas recibían clases de labor.

Estaba dirigido por un coronel, auxiliado por los jefes de las secciones 2ª y 3ª, el jefe del Detall y de Servicio, un jefe de Estudios, un cajero, un habilitado, profesores y un capellán. Además, contaba con la ayuda de las Hijas de la Caridad. También había personal civil integrado por inspectores, escribientes y sirvientes que prestaban su servicio en el Colegio.

Los huérfanos, una vez admitidos en el centro, tenían derecho a permanecer en él hasta obtener el ingreso en la Academia Militar o un título universitario. Este derecho cesaba al cumplir los 23 años o como sanción por la pérdida consecutiva de tres convocatorias de ingreso en la Academia o dos cursos de bachiller o universidad.

La permanencia en el colegio daba derecho a la manutención, vestido y todo tipo de asis-

6. *Llamado así por los propios alumnos.*

tencia necesaria. Cada alumno recibía una dotación reglamentaria de prendas y utensilios que debían conservar y, en caso de deterioro o pérdida, reemplazar.

A pesar de los años transcurridos desde la creación de los distintos colegios de huérfanos y de la lógica evolución en las costumbres, la alimentación de los huérfanos de «la Inmaculada» era muy semejante a la de los demás Colegios, manteniéndose la costumbre del plato de sopa y el cocido madrileño. Con los alumnos comían el profesor de servicio y los inspectores encargados de cuidar el orden debido en las comidas.

Con anterioridad al año 1923, el servicio de vestuario no estaba debidamente atendido, faltaba personal suficiente para hacerse cargo de la confección, entretenimiento y recomposición de prendas; la reposición se hacía por compras directas en el comercio; el lavado de ropa se hacía fuera del Colegio, sistema caro que además ocasionaba el rápido deterioro de las prendas; la recomposición estaba a cargo de personas ajenas al colegio. Todo esto elevaba enormemente los costes del servicio.

A partir de 1923 se reorganizó completamente éste, basándose en criterios de economía y disminución de gastos. Pero el vestuario no mejoró hasta que comenzaron a actuar las Hermanas de la Caridad. Fue en ese momento cuando entró en vigor el reglamento para este servicio, en el que se detallaba la forma de llevarlo y la de efectuar las adquisiciones de prendas, de modo que el vestuario, ropas de cama, aseo y, en general, todo, excepto la ropa de paseo y calzado, se confeccionaron en los talleres del Colegio, bajo la dirección de las hermanas.



Manuel González Pérez «Pirulo»

El equipo personal de los alumnos consistía en:

–Un traje de paseo de paño azul con el emblema del Colegio, que comprendía las siguientes prendas: una americana, un chaleco, un pantalón, una gorra, un abrigo o capa, un par de zapatos, tres cuellos y una corbata.

–Un traje para el interior del Colegio, compuesto por dos batas, un jersey de lana, dos pares de sandalias, tres camisetas de invierno, tres calzoncillos, seis pares de calcetines y seis pañuelos.

Los párvulos llevaban como uniforme de paseo una marinera con el emblema del Colegio bordado en seda, un pantalón, una gorra marinera, una capa y un par de zapatos.

A cada alumno, al llegar al colegio, se le abría una hoja de prendas. El buen cuidado y la duración de éstas era premiado. Por el contrario, el mal cuidado y deterioro eran objeto de castigo.

El Colegio estaba equipado con todo tipo de mobiliario, modesto pero adecuado a sus necesidades. Las clases de dibujo, geografía y mineralogía poseían los accesorios necesarios para el estudio de estas asignaturas. El cuarto de costura estaba a cargo de las Hermanas de la Caridad. Tenía una máquina de coser y otra de hacer punto, con las que se confeccionaban las prendas de los huérfanos.

La llegada de donaciones económicas era aprovechada para realizar mejoras en el equipamiento. Así, gracias al



Ilustración de Zoyo

donativo de 2.000 pesetas del 5º Regimiento de Sanidad, se pudo equipar la biblioteca con armarios para la conservación de los libros, instalados hasta ese momento sobre tablas sueltas.

Los huérfanos podían estudiar, previo acuerdo de la junta facultativa integrada por los profesores del Colegio, cualquiera de las carreras civiles o militares, siempre en función de sus aptitudes y el deseo de sus familias.

La Asociación costeó a sus protegidos estudios como Medicina, Derecho, Arquitectura, Ingeniería, Telégrafos, Correos y el ingreso en las Academias Militares o en la Armada. Caso de no tener aptitudes, los alumnos eran encauzados hacia el aprendizaje de especialidades de formación profesional tales como mecánica, dibujo, etc.

Como en todos los Colegios de Huérfanos del Ejército existía una disciplina estricta y un orden riguroso. Era obligado el respeto y puntual obediencia a todos sus superiores. La conducta intachable y la aplicación en los estudios conferían el grado de galonista o subgalonista, con el distintivo de tres o dos galones en la bocamanga del uniforme, en cuya solapa también colocaban el distintivo del Cuerpo al que pertenecieron sus padres.

Ser galonista o subgalonista significaba ser jefe de filas,

dormitorio o estudio, con autoridad sobre los compañeros para amonestarles y la obligatoriedad de dar parte de sus infracciones.

El cargo de galonista se premiaba con diez pesetas mensuales en el año 1924, y con siete el de subgalonista. Estas cantidades se les ingresaba en una cartilla de ahorros hasta que alcanzaban la mayoría de edad.

Además, existían una serie de premios o recompensas. Cada mes se concedían medallas de oro, plata y bronce a los alumnos que hubieran obtenido las mejores notas durante el mes anterior También se les concedían salidas especiales y se les facilitaban entradas gratuitas a espectáculos.

Los alumnos con mejores calificaciones en las convocatorias de exámenes figuraban en un Cuadro de Honor y también se les concedían recompensas especiales por la realización de actos heroicos o distinguidos.

Obviamente existían alumnos que destacaban por su mala conducta. Para estos casos estaba establecida una gradación de castigos. Los de primer grado se sancionaban con reprensión pública o privada, el plantón en el comedor, clase o recreo y la privación de premios.

Los de segundo grado significaban la privación de vacaciones, la expulsión del colegio, la pérdida del cargo de galonista o subgalonista o la suspensión de la pensión, según el caso.

Las Hijas de la Caridad se hicieron cargo del colegio a partir del 1 de febrero de 1924. Ésta fue



1961. Izda. a dcha.: Borrallo Rubio, López Tapias y Luque

una idea afortunada, teniendo en cuenta que se estaban acogiendo huérfanos con edades comprendidas entre los nueve y los doce años, edades en que se precisa mucho el calor y cariño maternal.

La presencia de las Hermanas supuso enormes ventajas para el Colegio. No sólo auxiliaban a los profesores en sus tareas, sino que además se hacían cargo del lavado, composición y recomposición de las prendas de los niños y de la ropa de cama, con el consiguiente ahorro económico.

Las dificultades de alojamiento ya habían sido resueltas para los varones, faltaba ocuparse de las niñas. Éstas debían ser acogidas en otra institución distinta.

Las huérfanas de Artillería e Ingenieros llevaban bastante tiempo instruyéndose en el Colegio de las Religiosas Escolapias con gran satisfacción de la Asociación.

Por ello el Consejo de Administración del Colegio decidió, en sesión celebrada el 1 de mayo de 1923, enviar a las niñas al Colegio de las Escolapias de Alcalá de Henares. Más de un siglo de historia.

Los orígenes de la actual Residencia Logística Militar La Inmaculada se remontan a 1911, cuando se creó el Colegio para Huérfanos de los Cuerpos de Estado Mayor y Sanidad Militar.

Artículo de Ana Vercher publicado en Tierra Digital.

Para saber más sobre la historia de la Residencia Logística Militar «La Inmaculada» (Madrid) hay que remontarse hasta principios del siglo XX. Tal y como apuntan desde el actual Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra (PAHUET), esta residencia siempre ha estado muy ligada a dar ayuda y protección a los más necesitados del Ejército: los huérfanos.

Esta preocupación llevó al médico militar José de Lacalle a solicitar al ministro de la Guerra, en 1910, la fundación de un colegio para ellos. De la misma manera, se aprovechó la ocasión para establecer las bases para la creación de la Asociación Benéfica de Huérfanos de la Inmaculada Concepción. Así, un año después y por Real Orden de 31 de marzo de 1911, se creó el Colegio para Huérfanos de los Cuerpos de Estado Mayor y Sanidad Militar, establecido inicialmente en la casa «Villa Teresa» alquilada en la madrileña calle Bravo Murillo.

El sostenimiento económico de este centro, en el que tanto educadores como dirección y administración eran personal militar, se llevó a cabo gracias a subvenciones estatales, así como a las aportaciones de instituciones como la Escuela Superior de Guerra, la Academia Médico-Militar o la Brigada Obrera y Topográfica de Estado Mayor, entre otros.

En un primer momento, y por razones de escasez de recursos, los varones fueron instalados en Madrid capital, mientras que las niñas fueron trasladadas al colegio de las Escolapias de Alcalá de Henares (Madrid) para, posteriormente, reubicarlos a todos juntos en este colegio, donde podían permanecer hasta los 23 años.

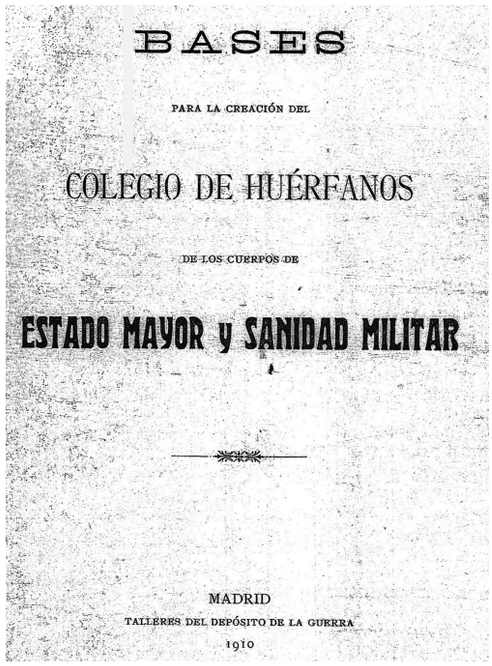
La gran demanda de solicitudes no hizo más que confirmar la necesidad real que existía en la sociedad de la época de un espacio como este. Tanto es así que se hizo necesario alquilar distintos locales, como los situados en la calle Bravo Murillo o en el paseo de María Cristina.

Por otra parte, en 1923 se adquiere la finca «Villa Guadalupe», en la calle López de Hoyos, a cuyas instalaciones se traslada el Colegio de Huérfanos, apunta Miguel Izquierdo, del PAHUET. El siguiente paso se daría dos décadas después, tras llevar a cabo las tareas de reparación necesarias debido a los daños producidos durante la Guerra Civil. Será entonces cuando se convierta en el Colegio «La Inmaculada Concepción» y se integre en el Patronato de Huérfanos de Oficiales del Ejército, que en 1981 se unifica en el actual PAHUET.

El centro continúa con su trabajo de acogida, apoyo y formación de todos esos jóvenes, hijos de militares fallecidos, hasta 1977. En ese año, deja su función docente y se reforma para convertirse en residencia universitaria femenina para huérfanas e hijas de asociados, bajo el nombre de Residencia de Estudiantes del Patronato de Huérfanos «La Inmaculada». Más de 20 años después, en 1998, se firma el convenio de transferencia de gestión de la residencia a la Dirección de Asistencia al Personal, integrándose en la red de residencias de estudiantes de esta.



Colegio de Huérfanos de Estado Mayor y Sanidad Militar



BASES

PARA LA CREACIÓN DEL

COLEGIO DE HUÉRFANOS

DE LOS CUERPOS DE

ESTADO MAYOR y SANIDAD MILITAR

MADRID

TALLERES DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA

1910

COLEGIO DE HUÉRFANOS

BASES PARA SU ORGANIZACION

1.ª Esta Asociación se constituye por la unión voluntaria de los Cuerpos de Estado Mayor y Sanidad Militar, pudiendo pertenecer á ella los Generales procedentes del primero y los Inspectores del segundo, tanto de la escala activa como de la de reserva, y los jefes y oficiales que pertenecen, ó han pertenecido á uno de los dos, y los de la Brigada Obrera y Topográfica.

2.ª El objeto de esta Asociación es el de amparar, acoger y educar á los huérfanos de los subscriptores, pudiendo solicitar sus enseñanzas los hijos de los socios, satisfaciendo económicos honorarios.

El Colegio, donde se han de dar las correspondientes enseñanzas, se establecerá en Madrid ó sus inmediaciones.

3.ª Ha de procurarse por la Asociación el acoger á los huérfanos desde el momento en que ocurra el fallecimiento de su progenitor, amparándolos hasta cumplir la mayor edad ó

terminar una carrera que le facilite medios de vida.

4.ª Los recursos con que cuenta la Asociación, son:

1.º Las cuotas individuales.

2.º La subvención consignada en el presupuesto del Ministerio de la Guerra.

3.º La cuota que, con cargo al fondo de material, satisfarán todos los Centros dependientes de ambos cuerpos, además de las Compañías, Ambulancias, etc., de Sanidad Militar y la Brigada Obrera y Topográfica de Estado Mayor.

5.º Honorarios de los alumnos que reciban enseñanza en el Colegio.

6.º Donativos que tengan á bien hacer los Centros, Cuerpos ó particulares.

ORGANIZACION DE LA SOCIEDAD

CONSEJO DE ADMINISTRACION

Presidentes honorarios:

SS. AA. RR. D. Carlos de Borbón, y
D. Luis Fernando de Baviera.

Presidente.—Un Capitán ó Teniente general procedente del Cuerpo de Estado Mayor.

Vicepresidente.—El Inspector Jefe de la primera región.

Secretario.—El teniente coronel ó subinspector de segunda, jefe de estudios del Colegio.

Vocales.—Un coronel, un teniente coronel, un comandante y un capitán de cada uno de los Cuerpos.

Este Consejo tendrá á su cargo la alta inspección de la Asociación, y vigilará para que la Junta de gobierno cumpla y haga cumplir todos los acuerdos de la general.

Se reunirá dos veces, por lo menos, al año, para que la Junta de gobierno le dé cuenta de la marcha de la Asociación, y presidirá las Juntas generales.

Para que los acuerdos adoptados sean válidos, es preciso que se tomen por mayoría y que á la Junta hayan asistido, por lo menos, la mitad más uno de los vocales.

En caso de empate decidirá el Presidente.

JUNTA DE GOBIERNO

Residirá en Madrid.

Presidente.—El Jefe de la Sección de Sanidad del Ministerio de la Guerra.

Vicepresidente.—El coronel director del Colegio, el cual pertenecerá al Cuerpo de Estado Mayor.

Secretario.—Un comandante ó médico mayor.

Tesorero.—Un teniente coronel ó un subinspector de segunda, jefe del Detall.

Auxiliares.—Un capitán de cada Cuerpo; los que además serán suplentes de los cargos desempeñados por jefes de su Cuerpo respectivo, en las ausencias ó enfermedades de éstos.

— 6 —

Este Consejo se ocupará de todo lo relativo al régimen y gobierno interior de la Asociación, y de la dirección en general de los asuntos del Colegio, tanto en lo referente á enseñanza y educación de los huérfanos, como á su marcha administrativa, recaudación y distribución de fondos, etc.

El nombramiento del personal se hará en la misma forma que el de los Colegios de los otros Cuerpos.

En todos aquellos cargos que puedan ser desempeñados indistintamente por los jefes de ambos Cuerpos, se procurará hacer una distribución, con objeto de que resulte aproximadamente el mismo número de representantes de uno y otro, y en los que son únicos, se establecerá un turno proporcional.

La Junta general estará formada por los socios residentes en Madrid, los que accidentalmente se encuentren en esta corte y los representantes nombrados por los de provincia. Para ser representante se requiere pertenecer á la Asociación.

En esta Junta se leerá y discutirá la Memoria redactada por la Secretaría del Consejo de Administración, dando cuenta de los actos y gestiones realizados por éste; de los acuerdos tomados por la Junta de gobierno y de la marcha y resultados obtenidos en el Colegio durante el año; se dará conocimiento del estado de fondos de la Sociedad presentado por

— 7 —

el Tesorero, aprobándose á continuación las cuentas generales formuladas por éste, previa la discusión necesaria; y, por último, se estudiará cuantas reformas, proyectos ó proposiciones hayan sido presentadas en la Secretaría del Consejo con la anticipación suficiente para ser anunciadas en la orden de convocatoria, con objeto de que todos los socios tengan conocimiento de los asuntos que en la Junta hayan de tratarse.

DE LOS SOCIOS

Se considerarán como socios fundadores, todos los que se inscriban en la Asociación antes de la inauguración del Colegio.

La Junta general podrá proclamar socios protectores á todos aquellos que, perteneciendo ó no á la Asociación, se hagan acreedores á ese título por medio de donativos importantes ó constantes, y por valiosos servicios que hayan contribuído de manera notoria á la prosperidad y engrandecimiento del Colegio.

Para tener derecho á las ventajas de la Asociación, es necesario hallarse al corriente en el pago de las cuotas individuales.

El que deje de satisfacer seis mensualidades en tiempo de paz, y diez en el de guerra, perderá todos sus derechos.

Cuando al ocurrir un fallecimiento se adeudasen algunas menos de este número, podrán los

— 8 —

huérfanos utilizar los beneficios del Colegio, siempre que sean satisfechas en su totalidad, poniéndose al corriente en los pagos.

Los hijos del socio que, por inutilidad física ó intelectual, sea dado de baja para el servicio militar no poseyendo más bienes de fortuna que su retiro, siempre que éste sea menor de 1.500 pesetas, serán considerados como huérfanos.

Todo socio tendrá derecho á visitar el Colegio cuando lo estime conveniente, á las horas fijadas para las visitas, teniendo derecho para poner en conocimiento del Director las deficiencias que pueda encontrar en cualquiera de los servicios establecidos.

Si su petición afectara á la modificación ó reforma de éstos, la presentará en forma de proposición á la Junta de gobierno, para que, una vez estudiada por ésta, sea discutida en la primera Junta general que se celebre.

A los oficiales de nuevo ingreso, se concederá un plazo de seis meses á partir de la fecha de su nombramiento de capitanes del Cuerpo de Estado Mayor ó de médicos segundos, para ingresar en la Asociación. Para los de la Brigada Obrera y Topográfica, se tomará como punto de partida su ascenso á oficiales.

— 9 —

DE LOS HUERFANOS

Se procurará que los huérfanos puedan ingresar en el Colegio en el momento que ocurra el fallecimiento de sus padres. Las edades máxima y mínima para el ingreso se determinará en el Reglamento.

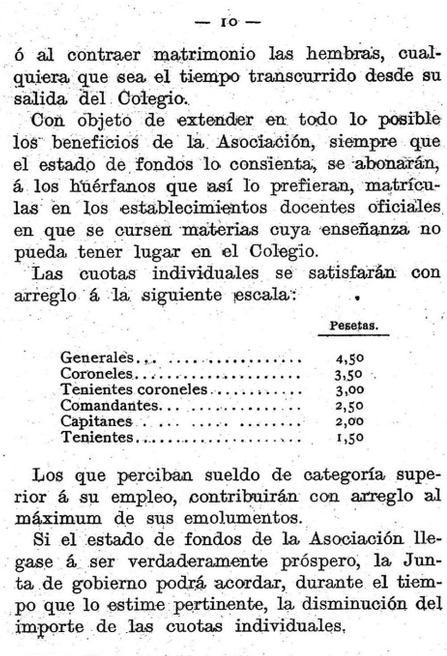
Si los recursos del Colegio no consintieran tenerlos á todos, se determinará el número máximo de ellos y se llevará un registro de solicitudes para que vayan ingresando por el orden en que hayan ocurrido los fallecimientos.

Tendrán derecho preferente los huérfanos de padre y madre.

Si por las condiciones de local no se pudieran acoger los de pocos años, se gestionará por la Sociedad su admisión en algún otro establecimiento análogo, ó se abonarán á las madres ó encargados pensiones que serán determinadas por el Consejo de Administración, en relación con el estado de fondos.

En caso de penuria, con objeto de hacer extensivos los beneficios del Colegio al mayor número posible de socios, se irán admitiendo uno ó dos huérfanos de cada familia, reservando á los demás el derecho á ingresar cuando mejore la situación económica del Colegio.

Si el estado de fondos llegase á una situación muy floreciente, se constituirán cartillas de dote á nombre de los huérfanos, que les serán entregadas al terminar su carrera á los varones



— 10 —

ó al contraer matrimonio las hembras, cualquiera que sea el tiempo transcurrido desde su salida del Colegio.

Con objeto de extender en todo lo posible los beneficios de la Asociación, siempre que el estado de fondos lo consienta, se abonarán, á los huérfanos que así lo prefieran, matrículas en los establecimientos docentes oficiales en que se cursen materias cuya enseñanza no pueda tener lugar en el Colegio.

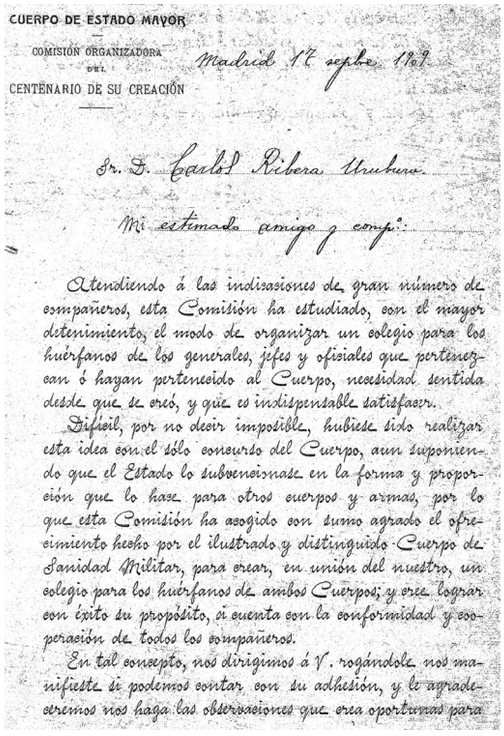
Las cuotas individuales se satisfarán con arreglo á la siguiente escala:

	Pesetas.
Generales	4,50
Coroneles	3,50
Tenientes coroneles	3,00
Comandantes	2,50
Capitanes	2,00
Tenientes	1,50

Los que perciban sueldo de categoría superior á su empleo, contribuirán con arreglo al máximum de sus emolumentos.

Si el estado de fondos de la Asociación llegase á ser verdaderamente próspero, la Junta de gobierno podrá acordar, durante el tiempo que lo estime pertinente, la disminución del importe de las cuotas individuales.

Carta remitida por la Comisión Organizadora a don Carlos Ribera Urruburu, padre de los hermanos pínfanos Carlos Félix y Miguel Ribera Berdugo.



CUERPO DE ESTADO MAYOR

COMISIÓN ORGANIZADORA DEL CENTENARIO DE SU CREACIÓN

Madrid 17 sepbre 1921

Sr. D. Carlos Ribera Urruburu.

Mi estimado amigo y compañero:

Atendiendo á las indicaciones de gran número de compañeros, esta Comisión ha estudiado, con el mayor detenimiento, el modo de organizar un colegio para los huérfanos de los generales, jefes y oficiales que pertenezcan ó hayan pertenecido al Cuerpo, necesidad sentida desde que se creó, y que es indispensable satisfacer.

Difícil, por no decir imposible, hubiese sido realizar esta idea con el sólo concurso del Cuerpo, aun suponiendo que el Estado lo subvencionase en la forma y proporción que lo hace para otros cuerpos y armas, por lo que esta Comisión ha acogido con sumo agrado el ofrecimiento hecho por el ilustrado y distinguido Cuerpo de Sanidad Militar, para crear, en unión del nuestro, un colegio para los huérfanos de ambos Cuerpos; y cree lograr con éxito su propósito, si cuenta con la conformidad y cooperación de todos los compañeros.

En tal concepto, nos dirigimos á V. rogándole nos manifieste si podemos contar con su adhesión, y le agradeceremos nos haga las observaciones que crea oportunas para el mejor desarrollo de tan útil idea; significándole que, siendo nuestras gestiones paralelas á las que hace el Cuerpo de Sanidad Militar, urge tener su contestación dentro del mes actual.

Queda de V. siempre afectísimo s. s. y compañero q. s. m. b.,

POR LA COMISIÓN
El Presidente accidental,
Juan X. de Sandoval

Localización y entorno

El colegio estaba situado en la calle López de Hoyos, número 317 de Madrid.

Chamartín de la Rosa fue una villa y municipio al norte de Madrid (España), donde hoy se encuentran los distritos de Chamartín, Tetuán y la parte norte de Ciudad Lineal, conocida como Pinar de Chamartín.

En 1948 se produjo la anexión del municipio Chamartín de la Rosa a Madrid, origen del distrito que sufrirá una gran transformación con el proyecto Madrid Nuevo Norte en los próximos años.

El distrito alberga referentes culturales como la Residencia de Estudiantes, el Auditorio Nacional o el Museo de las Ciencias, y deportivos como el Santiago Bernabéu o el Pabellón Magariños.

Tres cuartos de siglo han pasado desde que el entonces pueblo de Chamartín se anexio-



Imagen actual (Google Earth)

nase a Madrid y alrededor de una decena de centurias desde que el municipio de Chamartín de la Rosa surgiese como una aldea de repoblación en el contexto de la creación de la Comunidad de Villa y Tierra de Madrid. Una historia en la que se mezclan modificaciones de lindes, referentes culturales y cambios en el paisaje urbano. Sigue leyendo y descúbrela.

El distrito de Chamartín que hoy conocemos es algo diferente a lo que fue en origen esta zona de Madrid. Antes de su incorporación a la capital tenía una extensión de unos 12 kilómetros cuadrados y lindaba con los municipios –hoy algunos de ellos distritos– Hortaleza y Canillas al este y Fuencarral, al norte y oeste. El denominado Chamartín de la Rosa, como se llamó en origen lo que fue el término municipal, se correspondería a lo que hoy son parte de los distritos de Tetuán y el propio Chamartín.

El 14 de noviembre de 1947 un decreto del Ministerio de la Gobernación, que culminaría en 1948 con su incorporación definitiva a Madrid, cambiaría los destinos de este término y de sus barrios: Cuarenta Fanegas, Huerta del Obispo, Pinos, Progreso y Tetuán de las Victorias que hoy han sido sustituidos por El Viso, Prosperidad, Ciudad Jardín, Hispanoamérica, Nueva España y Castilla. Muchas cosas se han transformado desde entonces y han hecho de Chamartín un lugar de referencia en la capital. Hace unos días la junta municipal lo celebró con un acto festivo en el que recordó con palabras e imágenes los 75 años de su historia.

Actualmente Chamartín está delimitado por el paseo de la Castellana, la M-30 y la N-II y ocupa 919,57 hectáreas en las que puedes encontrar desde infraestructuras que son referente mundial en el deporte como el Estadio Santiago Bernabéu, que no hace tanto festejó también su 75 cumpleaños, o el Pabellón Magariños, sede del Estudiantes. Tampoco hay que olvidar sus importantes edificios con poso cultural histórico como la Residencia de Estudiantes, el Museo de Ciencias Naturales, con sus más de dos siglos y medio de anécdotas, o el Auditorio Nacional.

Precisamente, la Residencia de Estudiantes, fundada en 1910, fue el primer centro cultural de España de creación e intercambio científico y artístico en la Europa de entreguerras. Figuras como Federico García Lorca, Luis Buñuel, Salvador Dalí o Severo Ochoa fueron algunos de sus residentes más ilustres que vivieron sus mejores años en este distrito madrileño.

Origen de su nombre

Los chamartineros disfrutan cada año de sus fiestas patronales en honor a San Miguel, que celebra su onomástica el día 29, un hecho que pone en duda algunas de las hipótesis sobre el origen de la nomenclatura Chamartín. Quienes han escrito sobre ello reconocen incertidumbre en los orígenes del nombre, pero aventuran que tal vez se relacionaría con la abadía benedictina de San Martín.

Otras hipótesis más populares hablan de Chez Martin (Casa de Martín) una fonda regentada por un francés con ese nombre que habría estado situada en la localidad. «¡Vamos a Chemartín!» habrían dicho los parroquianos, lo que habría ido evolucionado al actual Chamartín. Otros afirman que el inicio habría sido la expresión «¡Echa, Martín!» que referían los clientes cuando querían que se les sirviese vino en este establecimiento hotelero.

Una teoría más es que su significado viene de sus primeros pobladores vascones y, por tanto, el etxe significaría «casa de Martín» o bien «aldea del capitán Martín». En cualquier

caso, el apellido «de la Rosa», que luego finalmente perdería de nuevo al convertirse en distrito, se atribuye a uno de los mayores propietarios de los terrenos que ocupaba, Francisco de Trejo, que quiso cambiarle el nombre por Villa de las Rosas, algo que finalmente se reduciría solo a Chamartín de la Rosa, denominación que tuvo hasta su anexión a Madrid.

De aldea a gran municipio

Sea cual sea su origen, lo cierto es que esta aldea fue evolucionando hasta convertirse en un núcleo de población que en cien años se multiplicó por 600, pasando de 116 vecinos en 1848, a casi 65.000 en 1940, un aumento que trajo la máxima urbanización de un municipio que finalmente terminaría anexionándose a la capital en 1948. La Ley de Casas Baratas en los años 20 terminaría de potenciar la colonización obrera de este lugar y provocaría asimismo el surgimiento de algunas de las más famosas colonias singulares que hoy se conservan como es el caso de Cruz del Rayo.

Chamartín es hoy un distrito en plena transformación gracias al proyecto Madrid Nuevo Norte que cambiará su parte septentrional y la propia capital. Zonas comerciales en los entornos de Clara del Rey, Corazón de María, Príncipe de Vergara, Estación de Chamartín y López de Hoyos; barrios con esencia como Prosperidad, la famosa Prospe; o la inolvidable Costa Fleming que retiene el poso de los artistas, cineastas, escritores y músicos que paseaban por sus calles en los 60, son otros referentes del distrito.

Otros paseantes fuimos los pínfanos que tomábamos las calles del barrio, en especial la de Arturo Soria y limítrofes, al asalto los días de salida libre, sábados, domingos y fiestas de guardar; muchos aprovechaban para ir hasta la Plaza de Castilla en el famoso tranvía 70 del que fuimos asiduos viajeros, siempre intentando no pagar el billete porque no teníamos un duro.



El tranvía 70: Entonces hacía la ruta Plaza de Castilla – San Blas, recorriendo entre otras las calles de Arturo Soria y García Noblejas

DEPENDENCIAS



Fachada en los años 50



Fachada en los años 60



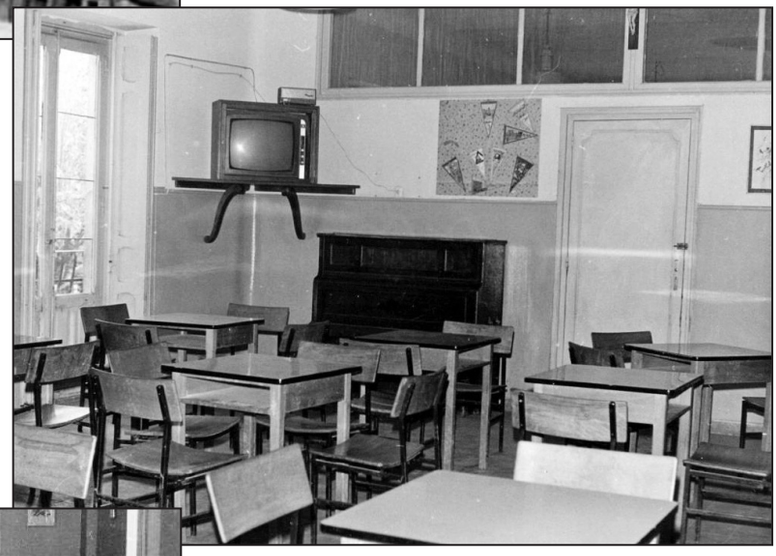
Capilla



Capilla en 1956



Vista parcial de dos de las aulas





Vista del comedor

Estudios impartidos



Claustro del instituto San Isidro

Plan de estudios de 1957 (extracto).
En **Tercero** teníamos ocho asignaturas:
Religión, Educación Física, Formación del Espíritu Nacional.
Latín, Matemáticas, Ciencias Naturales, Idioma Moderno, Dibujo.
En **Cuarto** teníamos ocho asignaturas:
Religión, Educación Física, Formación del Espíritu Nacional.
Latín, Lengua española, Historia, Matemáticas, Física y Química.
La **Reválida de Bachiller Elemental** constaba de tres grupos de asignaturas:

I.- Religión, Idioma Moderno, Formación del Espíritu Nacional y Educación Física.

II.- Latín, Lengua y Literatura españolas, Geografía e Historia.

III.- Matemáticas, Física y Química, Ciencias Naturales.

La temida reválida se realizaba por libre en el Instituto San Isidro de Madrid que se encuentra ubicado en la zona más antigua de la capital, en el llamado «Madrid de los Austrias». La cabecera del Rastro, la Plaza Mayor, la Plaza de Tirso de Molina, los barrios de Lavapiés, Latina y Embajadores son su entorno natural, un entorno urbano antiguo y castizo.

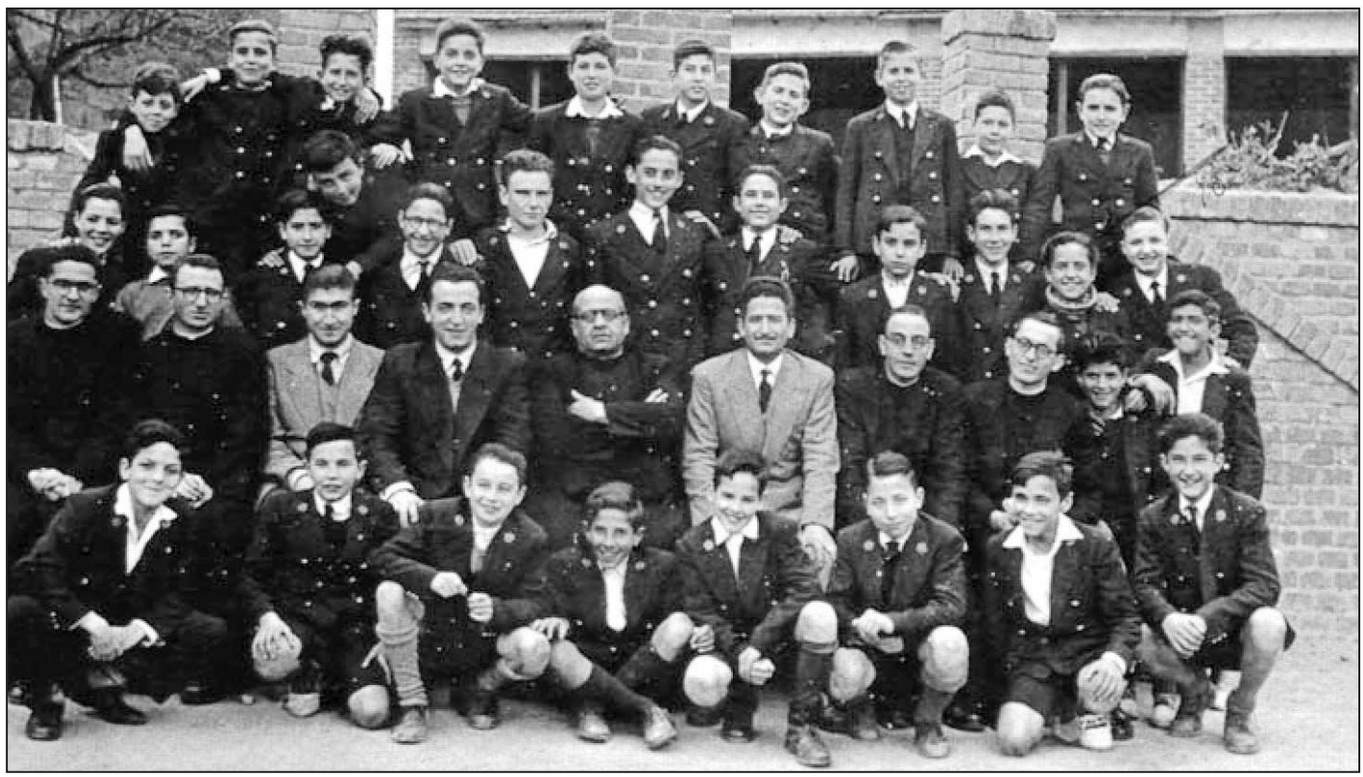
La historia de este instituto, el más antiguo de España, se comenzó a escribir el 18 de octubre de 1572, y ha cobijado entre sus paredes a ilustres plumas como las de Lope de Vega, Calderón de la Barca, Francisco Quevedo, Nicolás Salmerón, los hermanos Machado, José Canalejas, Jacinto Benavente, Juan de la Cierva, Eduardo Dato, Pío Baroja, Vicente Aleixandre, Camilo José Cela o el Rey Emérito Don Juan Carlos I.

Además, sus aulas han estado al servicio del Seminario de Nobles, la Academia de Matemáticas de Felipe II, la Facultad de Medicina, la Escuela de Arquitectura, la Facultad de Filosofía y Letras y la Facultad de Artes.

Una institución que forma parte de la historia de España, no sólo desde el prisma educativo, también desde la riqueza cultural, arquitectónica o artística. Su patrimonio puede dividirse en cuatro grandes pilares básicos: su edificio, su biblioteca, su archivo y los gabinetes de Historia Natural y de Física y Química.

Personal docente

Descripciones extractadas y adaptadas del documento «Historias de webfanos», generado coralmente por algunos antiguos alumnos. Estas descripciones reflejan los recuerdos de quienes participaron en su redacción, aunque no siempre fueron unánimes por lo que, en casos concretos, pertenecen a una sola persona a la que tal vez las experiencias vividas con alguno de los profesores no fueron como le hubiera gustado.



1949, 3º de Bachillerato. Sentados en la fila de profesores, vemos a don Antonio Salinas (tercero por la derecha) con traje gris. Sentado dos puestos a su derecha vemos a don David de Francisco Allende con traje oscuro

PROFESORADO

Don Antonio

Don Antonio Salinas García, alias el Sasa, mote impuesto por los alumnos porque a la hora de decir «sí, sí» él lo pronunciaba como «sa, sa», era profesor de Latín y Lengua Española y también ejerció como Director del colegio; se le consideraba un señor elegante, de trato exquisito y cortés; en clase contaba que había servido en la División Azul durante la Segunda Guerra Mundial y que con los soldados alemanes se entendían en latín, para él su asignatura no era una lengua muerta.

Nos hacía aprender de carrerilla las declinaciones: Rosa, rosae, rosa y la preferida por todos, tal vez porque nos sonaba a otra cosa: Puto, putas, putare, putavi, putatum.

De pelo gris cortado al cepillo y bigote a juego. Don Antonio era bastante justo, no todos los directores se enfrentan a un profesor en favor de un alumno.

¿Alguien se acuerda del pedo que se le escapó al Sasa en clase al agacharse a escribir en la parte baja de la pizarra? O tenía el culo flojo o tal vez lo hiciese adrede, porque en ocasiones se repetía la misma circunstancia en la esquina contraria del encerado.

Un día alguien le protestó por un castigo general. Su respuesta fue: «Sa, sa, tienes razón, pero también es verdad que con las injusticias se forjan antes los hombres del mañana».

Don Inocencio

Don Inocencio Abadía, alias el Pájaro, era el secretario del colegio, profesor de Francés y director del coro; su fama le venía por los tremendos capones que, al grito de «Venez Monsieur!», daba a destajo por cualquier quítame allá esas pajas; cuando, a principio de curso, quiso conformar el nuevo coro, nos reunió a los de tercero de bachillerato y uno por uno nos fue pidiendo que cantásemos, en función del tono iba asignando voces: primera, segunda, tercera y cuarta; al llegar mi turno decidió en dos segundos que el canto no era lo mío dejándome fuera del coro, diría que afortunadamente porque en algunos recreos reunía a los miembros del coro para ensayar y les fastidiaba el tiempo libre.

La letra de una de sus canciones decía: «El invierno ha llegado ya, que desolación, tan sombrío el paisaje está, solo y sin calor, hace frío y no brilla el sol, es triste y gris el día, el invierno nos ha llenado de melancolía» como veis no era una canción muy alegre.



En el centro don Inocencio con los brazos cruzados; a su derecha el inspector Rocha (el Mofletes). Excursión a Miraflores de la Sierra

El francés se me daba bastante mejor y en los dos años que estuve en el colegio me llevé muy pocos capones, cuando me los llevaba solían ser por hablar cuando no tocaba, porque siempre he sido de hablar por los codos, incluso en francés.

Recuerdo que, durante los ensayos en la capilla, cuando algo no le gustaba como sonaba, iba acercándose a escuchar de cerca a cada uno de los que cantaban para ver si identificaba al que desentonaba y el señalado salía disparado con algún capón hacia el estudio.



En 1964, don Joaquín detrás de sus bigotes, acompañado de Bienvenido, Bernabé, Carlos López Tapias, Esteban y Moruno (de izda. a dcha.)

Don Joaquín

Sin lugar a la menor duda, el profesor que más nos impactó, sobre todo a los novatos, y tal vez haya dejado una huella más profunda en todos nosotros, se llamaba don Joaquín Sánchez Revés, alias el Foca, profesor de Historia de la cual era un completo enamorado.

Retrato físico: Estatura media, pelo largo, canoso y peinado hacia atrás, frente ancha y despejada; ojos verdes y vidriosos; bigote blanco y exuberante, sin afeitar desde hacía años. Mandíbula prominente que le llevaba a presumir de parecerse a Carlos I, a quien admiraba. Tenía el brazo derecho encogido hacia arriba con la mano normalmente situada a la altura del hombro, lo cual le daba un aspecto peculiar, casi de paralítico. Puede que se le apodase el Foca por ese brazo y su gran bigote. Andaba con la cabeza inclinada hacia delante, mirando por encima de las gafas y cojeando levemente a causa de su edad que por entonces oscilaría entre los 65 y 70 años.

Vestía casi siempre trajes oscuros o negros, con la característica común de brillar gracias a las muchas manchas que tenían. Era solterón.

El pecho abombado a causa de la media docena de plumas estilográficas diferentes que solía llevar en el bolsillo interior de la americana y dos pares de gafas. Las plumas las probaba una a una y a veces ninguna

escribía. En invierno vestía una capa española antigua y negra, tan brillante como el traje, con la que se envolvía hasta el cuello y, como remate final, un sombrero cordobés de ala ancha. Portaba una gran cachimba que semejaba una pequeña chimenea.

Retrato psicológico: Carácter firme y romántico; muy galante y presumido. Se decía que durante la guerra había estado en el bando republicano, pero nadie se atrevió nunca a preguntárselo, era una persona entrañable por la que todos sentíamos gran aprecio.

Costumbres: Ir todos los días a clase durante 32 años, sólo faltaba por motivos excepcionales como funerales o entierros de su entorno.

Sus frases preferidas: «A mí, camelos, no», «Los chulos me caagggan». No pronunciaba bien la erre y, para usarlas, arrastraba mucho las sílabas.

Tenía por norma dar un duro de papel a quién sacase un diez en clase. Apenas un par de veces al año porque como se comprenderá no daba muchos. Cuando te faltaba una pregunta y levantabas la mano para responderla, hacía como que no te veía y finalmente cambiaba de tema. Recuerdo que uno de los dieces fue por saber el nombre del caballo de Carlomagno[7].

Antes de preguntar la lección de historia correspondiente, se pasaba varios días explicando a fondo el tema en concreto que tocase. Hacía las clases muy agradables porque convertía la historia en un mundo de aventuras ameno y entretenido. Nos contaba lo que no venía en los libros de texto.

El Foca durante todo el curso era perfectamente capaz de no repetir corbata ni un solo día, aunque las que llevaba no las había lavado ni planchado desde que se las compró en tiempos de Primo de Rivera. Era capaz de repetir en una hora 97 veces la palabra «Bueno» (que se las contábamos) y cuando se enfadaba afirmaba el «Bueno» con un golpe en la mesa de la que salían nubes de polvo; una vez salieron sus gafas disparadas a reacción por un cabreo algo más gordo de lo normal y fueron a parar a la última fila. El cachondeo fue mayúsculo, porque Rodolfo Ruíz Rosado se encargó de esconderlas y el pobre hombre pasó en segundos de un cabreo mayúsculo a la angustia por haber perdido las gafas.

Siempre había algún alumno que aprovechaba la clase para lanzarle pelotitas de papel intentando colárselas en el bolsillo de la chaqueta cuando estaba de espaldas.

Cuando nos castigaba te mandaba a la fila, que consistía en que a los que reprendía por cualquier cosa los ponía a su izquierda, de pie, durante toda la clase; a mí me mandó una vez porque le pregunté si Doña Urraca estaba buena, nos la estaba celebrando y se me ocurrió esa tontería.

Él mismo nos contaba que en su juventud había sido marino mercante y había tenido un accidente en el mar, de ahí que tuviera el brazo derecho medio encogido; al parecer hay un puerto en Brasil llamado Pelotas y cuando el pínfano de turno le preguntaba: «Don Joaquín, ¿es cierto que Vd. estuvo en pelotas varios días?», con la consiguiente carcajada del resto de la clase, el Foca se enfadaba y expulsaba de clase al osado.

Don Vicente

El Bisonte. Don Vicente Garralda. Administrador y profesor de Ciencias Naturales,

7. *Se llamaba Bayard, decimos el nombre para no quedarnos con la duda. La leyenda cuenta que Bayard era capaz de transportar a cuatro jinetes a la vez sin inmutarse.*

también dio Dibujo. A menudo le salía espuma por la boca y se le quedaban los labios blancos; en ocasiones le salía una pompa que, cuando estallaba, nos duchaba. Era un señor grandote.

Don Demetrio

Don Demetrio Álvarez Gómez, conocido como Pinto a secas, era profesor de Dibujo Técnico e inspector; tenemos buen recuerdo de él, era un tipo alto, delgado, con bigote y de carácter serio pero cercano; cuando el Pinto te regañaba se le hacía caso a la primera y la cosa nunca pasaba a mayores, pero si se te ocurría protestar…

Era un tipo de lo mejor, aficionado a las tonadillas; de pronto, sin venir a cuento, se arrancaba: «Vino amargo es el que beboooo». Como profesor de Dibujo, aún recuerdo como nos hacía aprender la construcción de un pentágono regular.

Don Carlos

También llamado «el polinomio», era el profesor de Matemáticas.

El Colle

El Colle, don Pedro Pérez Naranjo. Profesor de Matemáticas en 3º y 4º. Se le llamaba así por tener el cuello muy largo. Era más seco que un bacalao, al que nunca vimos sonreír. Una de las señoras que servía en el comedor también tenía este atributo de belleza, por lo que se le llamaba la Colle.

Don Mariano

El profesor de gimnasia era Don Mariano; un policía armado, en su labor estaba ayudado por Patricio Carreras.

SACERDOTES

Don Miguel

Era el único páter en aquella época que se permitía el lujo de regatear en el fútbol a Camblor, además de sacudirle algún que otro codazo o patada, para regocijo de la pinfanada y encima nos guiñaba un ojo; un tipo cojonudo, pero duró poco ya que se marchó dos años más tarde.

Don Manuel Vega

Alias el Memo, había nacido en Puebla de Sanabria (Zamora), capellán y profesor de Religión, era el que nos hacía estudiar el catecismo con preguntas y respuestas. Primero



Salvo error, el de la derecha podría ser don Demetrio

estuvo en el Bajo y después se cambió a la Inmaculada por el Ito.

Su única obsesión era que nos aprendiésemos el Catecismo de memoria de «alante p'atrás» y viceversa. También era el encargado en el comedor de bendecir la pitanza cotidiana (ahora que lo recuerdo era un sacrilegio bendecir aquella comida, claro que había quienes comían por aquellos tiempos mucho peor que nosotros).

El Ito

Capellán y profesor de Religión primeramente en la Inmaculada hasta que se cambió por el Memo a Carabanchel. Aquí duró poco y fue sustituido por don Vicente.

Don Carmelo

D. Carmelo Barrera Ortega. Era capellán militar, creemos que con grado de teniente. Luego estuvo en el campamento General Martín Alonso de Talarn (Lérida). Su estancia en el CHOE fue alrededor de los años 1965 a 1967.

Tenía cierto aspecto rústico, al parecer estaba estudiando Filosofía y Letras y quería terminar la carrera para colgar los hábitos porque, al parecer, no terminaban de dejarlo satisfecho.

XXX

De 1965 al 1967 en la Inmaculada había un capellán que era forofo del Bilbao. Cuando televisaban los partidos los domingos por la tarde y jugaba el Bilbao, lo veía con nosotros y arreaba unos gritos de no te menees, sobre todo si pitaban algo en su contra.

No me acuerdo de su nombre. Igual no era vasco... pero lo del Bilbao es cierto. Lo de arreglarme la cabeza también, sólo allí y posteriormente en la mili recuerdo curas que me hayan ayudado de verdad, ayudando a las personas con problemas. En la época de la Inmaculada, con trece años, los tenía a montones. Paseábamos juntos por el patio e intentaba «aclararte» la confusión de ideas que tenías. Otras veces te llamaba y te invitaba a galletas de esas rellenas de vainilla que a mí me sabían a gloria. Para mí fue una de las mejores personas que se han cruzado en mi vida. Recuerdo que tenía gafas, pero ¡no me acuerdo del nombre!

¡Lo encontré! Mirando el álbum de fotos de la página de nuestra Asociación, en el apartado Carabanchel, hay una foto de un equipo de baloncesto y en ella está el capellán que recuerdo con tanto aprecio. Si alguien lo identifica que responda y así saldremos de dudas. Alguien contesta al autor de estas líneas:

Por si te ayuda, en el curso 1967-68 y tal vez el siguiente, había un capellán joven, gallego, que estudiaba a la vez Derecho canónico y civil. Se llamaba Manuel Botana.

INSPECTORES

Don Antonio

Alias el Fosforito, a don Antonio Ochoa los hermanos Galán Oriol, cuando se fueron de la Inmaculada, le pusieron un ojo morado.

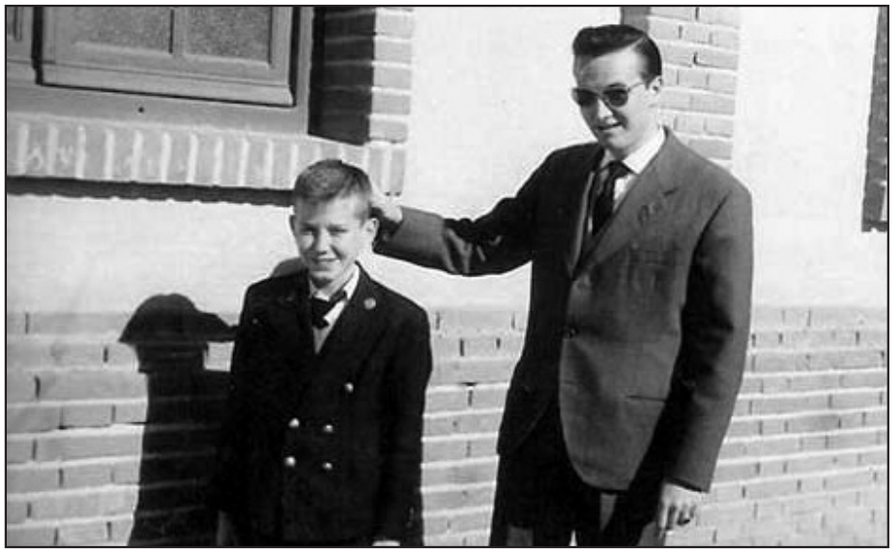
Don Carlos

Don Carlos Rocha. El Mofletes (sale en la foto de don Inocencio). Inspector en la Inmaculada a quien el Foca nos ponía siempre como ejemplo: «Alto, fuerte y guapo... como don Carlos Rocha».

Se rumoreaba que él y la Popotitos eran novios. Juro que un día los vi bajarse de un taxi a los dos juntos.

Don Vicente

Alias el Rápido. Don Vicente Talón era uno de los mayores especialistas en el Mundo Islámico. Escribía en el diario Pueblo, periódico de bastante prestigio en la época.



1960 – Luis Miguel Maza y don Vicente Talón

Don Roberto

Inspector, era alto y daba gimnasia, desconocemos sus apellidos, para los de mi tiempo (años 1954-55) era una hiena con ardores. Tenía la mala leche de una cobra, sólo decir que a mí me pilló fumando un Peninsular, y no se le ocurrió otra cosa que hacerme fumar todo el paquete hasta que caí semi inconsciente, casi no podía andar; entonces, por casualidad, pasaba por el patio Don Félix, el médico que había interno, y le conté el caso, me llevó a la enfermería y me dio una bebida a base de limón y unos polvos que no sé qué eran, pero me fui de vareta por lo menos durante una semana. Desde ese momento no volví a fumar y el tabaco me produce una repugnancia enorme a pesar de que han pasado 50 años.

Don Jesús Camiñas

Alias el Manazas, también conocido como el Suso o el Camuñas, era un gallego que tenía la mano bastante larga. En una ocasión me dio un tortazo, vuelto yo de espaldas, que me rompió el oído izquierdo y del cual aún padezco los síntomas.

PERSONAL AUXILIAR, NO DOCENTE Y OTROS

Benigno

El conserje, tenía un ojo de cristal. Estaba encargado de la despensa. La Popotitos coqueteaba con el baboso del Benigno (que además era bizco), rondándola y tirándole la caña.

El Abuelo

El señor cojo con su carrito en la verja vendiendo chucherías y bocadillos de anchoa a la hora del recreo. No recuerdo su nombre, pero sí que le compraba esos mazapanitos con forma de almendra y forrados de oblea que suelen comprarse ahora por Navidad (llamados almendrucos), y unos caramelos recubiertos de chocolate que me encantaban.

La Petruska

La rubia de la mercería de enfrente de la Inmaculada. Había una tiendita con su cristal a modo de escaparate y tras él se nos mostraba una guapa moza, sentada. Aguantaba nuestras miradas, quizá porque sabía que el recreo no era muy largo, o tal vez porque a ella también le agradaba alguno de los que veía.

Un día tras otro se repetía la misma escena, nosotros mirándola y ella cogiendo puntos a las medias. Pero tal vez por la distancia, por el cristal o simplemente porque la considerábamos como a uno de nosotros (sexo aparte), la respetábamos y nos comportábamos como seres civilizados, al menos por lo que yo pude ver. Me gustaría mandar un abrazo para ella.

La Simona

Cada noche de sábado limpiaba los zapatos de todos los que fueran a salir. Se comentaba que las albóndigas (plato no muy apreciado y sospechoso) eran amasadas por los sobacos de la ínclita Simona. Puede que el cociente intelectual de la pobre Simona, primitiva como ella sola, no fuera alto, pero era una de las pocas personas cariñosas que te encontrabas y también le daba para zurcir y coser nuestra ropa, parece que a la buena de Simona le tocaban los trabajos más humildes.

Por cierto, también recordamos que algunos cosíamos los botones con alambre, resultando un zurcido indestructible.

Relatos

Los matacabras

Autores: Antonio Hernández Navarro, Francisco Sánchez Navarro, Teófilo Jiménez Muñoz y Artemi García Robayna



Es esta una breve aventura acaecida por el mes de febrero de 1949, que protagoniza un grupo de siete muchachos, malos estudiantes pero buenos compañeros, alumnos internos del colegio de La Inmaculada, para Huérfanos de Oficiales del Ejército, en Madrid, «cariñosamente» llamado por todos «El Palomar». Tres de ellos, Antonio Hernández Navarro, Pacuco Sánchez Navarro y Teófilo Jiménez Muñoz, sesenta y dos años después ayudan a rememorar lo que ahora ven como una insensatez propia de la edad.

Bodega, Cardona (de los que sólo recuerdan sus apellidos), Ángel Sánchez Navarro y Antonio Hernández Navarro, los mayores, con una media de edad de 15 a 16 años, y Francisco Sánchez Navarro (Pacuco, hermano de Ángel), Fernando Solans Rodríguez y Teófilo Jiménez Muñoz, los pequeños, de 12 a 13, son los que en la tarde de aquel domingo de invierno abandonan el centro. Se escapan.

Lo hacen al regreso de la salida de ese día festivo, siguiendo un plan que venían fraguando desde unos ocho días antes, a iniciativa de Hernández Navarro, el cual había logrado contagiar al resto la idea de abandonar los estudios, que tan mal se les daba, e iniciar otra vida en la que no faltasen aventuras. Como lugar al que dirigirse propuso, y se aceptó, las orillas del río Júcar, entre Alcira y Cullera: una zona en la región valenciana de la que el profesor de Geografía había hablado en clase con tanto entusiasmo, y describió de tal forma, que Antonio quedó embelesado y decidido a conocerla.

La nota curiosa la aporta Teófilo, que, amigo de todos, sin embargo, no está al tanto de lo que se venía preparando, y cuando aquella tarde, también de vuelta de paseo, uno de los

compinchados le dice «nos vamos a escapar ¿te vienes con nosotros?», no lo piensa mucho y pasa a ser el número siete y el menor en edad de los fugados.

Los preparativos se limitan a unos bocadillos hechos el día antes, que guardan en el dormitorio. Llega el momento y Pacuco se presta a subir a por tan escasas provisiones, las cuales envuelve en su capa del uniforme, a manera de talego, pero surge el primer contratiempo. Cuando se dispone a bajar, ve a dos inspectores hablando en un descansillo, conversación que se prolonga y prolonga en exceso, lo cual trasmite desde la ventana del tercero a los que le esperan en el patio. Éstos, aprovechando que se estaba remodelando la fachada y los obreros usan una polea de la que cuelga una cubeta de goma, para la subida de materiales, le sugieren que se ponga de pie sobre la misma y ellos, desde abajo y con la cuerda, le descenderán.

Empieza el descenso y cuando va a la altura del segundo un gracioso da el queo (por entonces, voz de alerta entre maleantes para advertir de la proximidad de alguien que podría perturbar la fechoría en ejecución, y que, aunque ahora cueste creerlo, se usaba en el colegio). A la voz de «¡Queo, queo, el inspector!», Pacuco, en la seguridad de que los de abajo soltando la cuerda desaparecerían, como así fue, se dejó caer desde tal altura resultando con las manos quemadas por el roce con la soga.

Superado el trance sin más consecuencias, se inicia la escapada de los siete, vestidos con el uniforme del Centro, según volvieron del paseo, incluida la capa, pero sin la gorra, y lo primero que hacen es alquilar en un establecimiento próximo las seis últimas bicicletas que quedaban; una menos de las necesarias, de modo que uno de ellos tuvo que viajar en el cuadro mientras otro pedaleaba. Un gran inconveniente para los dos, fácil de entender, y para el grupo que hubo de marchar más lentamente. Así y todo, cruzan Madrid, llegando a eso de las diez de la noche a la carretera de Andalucía donde, tras esconder las bicis, empiezan el camino a pie.

Los siete marchan por el arcén de la carretera, por la que apenas circulan vehículos, ocurriéndosele, no recuerdan a quién, que podrían parar alguno que los llevase, y para ello nada mejor que usar la pistola. Sí, la pistola que Solans trae consigo, propiedad de su abuelo, general del Ejército, y que debió coger aquella misma tarde en el domicilio familiar. Tres o cuatro veces intentan disparar a las ruedas de otros tantos coches sin que el arma, por suerte, respondiera. El desconocimiento de todos de tener que montarla (tirar con fuerza de la corredera hacia atrás), una vez introducido el cargador, tal vez evitó una o más desgracias, con sus consecuencias, impensables para ellos en aquellos momentos.

Continúan la marcha, y el cansancio y el sueño les aconsejan buscar un sitio donde resguardarse y pasar la noche, para lo cual se van separando de la carretera, completamente desorientados, y a la vez acercándose a unas vías de tren que por allí pasan; y esa es su suerte, porque se encuentran con una caseta de Renfe abandonada, en mal estado. pero suficiente para que, tumbados en el suelo, procurándose el calor mutuo y con el abrigo de las capas, intenten descansar. Era la media noche.

Se despiertan al amanecer, con mucho frío y hambre, así que devoran lo poco que llevan de comer y reemprenden el camino. Ángel Sánchez, intrigado, pronto averigua lo de montar el arma, se efectúan algunos disparos de prueba a unos matorrales y la pistola se guarda hasta otra ocasión, que afortunadamente

no llega a presentarse. Pero lo que preocupa a todos es qué comer ese y los siguientes días, y en eso estaban cuando ven una cabra atada a una cuerda, sin nadie a la vista por los alrededores; Antonio Hernández se presta a sacrificarla, y lo hace golpeándola fuerte y repetidamente en la cabeza con un tornillo de rosca, muy grande, de los que se usan para la fijación de los raíles del tren.

No habiendo tenido la precaución de llevar una navaja o cuchillo con que despiezarla, ocultan el animal muerto y prosiguen la caminata sin haber resuelto lo del sustento. Más adelante, de un sembrado que bordean cogen unas coles, pero acaban por tirarlas ante la necesidad de prepararlas y no ser capaces de comerlas crudas. Ya es el mediodía y siguen andando, cada vez con más hambre.

Están entre Pinto y Valdemoro, de verdad, y de pronto la sorpresa: como saliendo de varios escondrijos en el suelo surgen tres o cuatro guardias civiles que les rodean al grito de ¡Alto, la Guardia Civil! Los fugados hacen un amago de dispersión y sin oponer resistencia se van entregando uno a uno. Todos no, porque Antonio Hernández sale corriendo con todas sus ganas y no por miedo, recuerda ahora, sino en un gesto de resistencia o rebeldía ante la adversidad y la frustración de la aventura soñada.

Fue una operación bien preparada por la Guardia Civil, sin el riesgo de confrontación alguna, dado quienes eran los buscados y por la procedencia de la orden de encontrarles, a través del Patronato de Huérfanos. Intervino además una pareja a caballo, en un primer momento oculta, puesto que un guardia «montado» salió después en busca de Antonio, ya algo lejos del lugar, y cuando lo alcanzó le dijo, exagerando, que casi agota al caballo.

Desde allí fueron llevados a la Casa cuartel de Pinto, en cuyo exterior, junto a la puerta, se encontraba el dueño de la cabra, al que le debió resultar fácil averiguar, si es que no lo vio a distancia, quiénes la mataron, tratándose de un grupo de siete muchachos e igualmente vestidos. El caso es que el pastor se había adelantado a dar cuenta a la Guardia Civil y allí estaba. Su reacción al verlos fue de una enorme violencia, obligando a los guardias a contenerle en sus repetidos intentos de agresión con el garrote, que no dejaba de blandir, junto con los justificados y airados reproches, porque la cabra que habían matado le proporcionaba la leche para una hija suya enferma.

No faltó tampoco, en medio de los gritos de queja del pastor, cierta ironía o guasa en una de las réplicas, precisamente del matarife, quién ahora reconoce que se atrevió a ello por la seguridad que los guardias le procuraban, así como lamenta que su inmadurez juvenil le impidiera disculparse ante aquel hombre sencillo. Y serenados un tanto los ánimos, parece ser, al prometérsele desde el Patronato una pronta reparación por lo sucedido, el asunto se resuelve por la vía amistosa (seguramente, en consideración a quienes eran, o a qué centro pertenecían). A lo largo de la tarde reciben, por parte de los guardias, un trato excelente, si bien superado por sus mujeres quienes, enteradas de lo sucedido y del hambre que traían, les prepararon una magnífica paella. Un gesto que al recordarlo de nuevo agradecen.

La segunda noche de escapados la pasan todos en un mismo cuarto de la Casa cuartel de Pinto, durmiendo en el suelo, cuyo frío vuelven a combatir con el mutuo «calor humano» y las capas por abrigo. Lo hacen resignados a ser devueltos al Colegio al día siguiente, y se preguntan cómo y qué pasará luego.

El que se lleva la gran sorpresa es Antonio Hernández Navarro, que es conducido por un guardia civil, esposado y al margen de los otros seis. Como un delincuente y, por si fuera poco, por un medio tan impropio y humillante como el autostop. El agente, tras varios intentos, consigue sitio en un camión con destino Madrid, cuyo chófer accede a llevarlos hasta el propio Colegio, y allí, en el momento de entregarlo al director, el agente le quita las esposas.

Tan duro trato debió serlo por su destacado papel sobre los demás, a manera de líder, mostrado en la idea de fugarse, la toma de decisiones, la autoría de la muerte de la cabra y la huida que emprende ante la Guardia Civil cuando les interceptan. De ser así, se deduce que aquella tarde hubo indagaciones sobre la actuación de cada uno de los siete; pero, tantos años después, no vale la pena hurgar en ello.

Los otros seis son devueltos en una furgoneta del Ejército, siendo llevados Teófilo Jiménez y Fernando Solans directamente al colegio de la Institución Divino Maestro, entidad que regentaba los colegios del Patronato en Madrid, la Inmaculada y Santiago, y cuyo director inspecciona o visita una o dos veces al año. Allí están unos tres meses como auténticos presos: encerrados en una habitación con unos colchones sobre una mesa de reunión, sin actividad alguna, sin cortarse el pelo y teniendo que avisar cada vez que necesitan ir al cuarto de baño; en estos casos venía una empleada a abrirles, la misma que a diario les hace la limpieza y sirve la comida.

Eso sí, pueden hablar con Antonio Hernández, que corre igual suerte en la habitación contigua, en la que ingresa un día después, tras pasar la noche de llegada en La Inmaculada. La única diferencia, no se sabe por qué, es que come con los demás alumnos del centro. Un ventanillo en lo alto en la pared medianera permite la conversación desde ambos lados, y hasta verse si se suben a la mesa. Pasado el período de unos tres meses de reclusión, el trío vuelve a La Inmaculada y allí se separan.

Antonio Hernández es baja en el Colegio y pasaportado para Las Palmas de Gran Canaria, donde se aplica en el estudio y en septiembre, por libre, aprueba el cuarto curso. La medida disciplinaria que se le aplica, sin embargo, no le impedirá un par de años después ser admitido en el Colegio de Santa Bárbara, de Carabanchel Alto, y seguir en él un curso preparatorio, en su único intento de acceder a la carrera militar. Solans, cuya familia, con recursos suficientes, reside en Madrid, al parecer causa baja a petición propia; de él se sabe que ha fallecido.

Y en cuanto a Teófilo, nada más reincorporarse a la Inmaculada es pelado al cero. En todas las clases, desde el comienzo, se le pone de cara a la pared, y en los recreos está permanentemente observado por el inspector de turno. Si éste le perdía de vista hacía sonar el silbato, paralizando todos los juegos hasta que era localizado. Un trato muy severo que el afectado aún no entiende, máxime cuando es el último en unirse a la fuga, el de menor edad y en nada se significó sobre los demás durante la escapada. Tal vez fuera el precio que pagar por permitírsele su continuidad en los colegios, en los que en los años siguientes gozaría de un extraordinario afecto por parte de todos los compañeros.

De los otros cuatros viajeros devueltos en el microbús militar a la Inmaculada, Cardona y Bodega, con familia o residentes en Madrid, causan baja de inmediato en el centro, y otro tanto pasa con Ángel Sánchez Navarro (también fallecido), al que se le pasaporta para Las Palmas de Gran Canaria, su lugar de resi-

dencia. Su hermano Pacuco, en cambio, siguió en el colegio e, incluso y contrariamente al trato recibido por Teófilo, no sufre medida sancionadora alguna.

Por las bicicletas abandonadas, y puede que, por la parte alícuota del coste de la cabra, las madres recibirían más tarde del Patronato un cargo, que se supone hacen efectivo, aunque también la hubo que se negó a pagar, alegando su modestísima e insuficiente paga de viuda y que, en todo caso, de la custodia y la responsabilidad contraída su hijo durante el tiempo de estancia en el Colegio responde la dirección del mismo.

Hoy día, Antonio, Pacuco y Teófilo, septuagenarios y residentes en Las Palmas de Gran Canaria, sonríen y les divierte recordar todo aquello; no tienen remordimiento por lo que sólo fue un pecado de juventud y llevan, como han llevado siempre, con gran sentido del humor que se les conozca por «Los Matacabras».

Pero se preguntan: ¿Por qué «Matacabras», en plural, ¿si sólo se mató una?

El duro de Don Joaquín

Por Francisco Antonio Álvarez López

Ni se te ocurra pensar que con esto quiero decir que D. Joaquín era un tipo duro. Ni mucho menos. Estarías muy equivocado si llegaras a pensar eso, pues D. Joaquín Sánchez Revés, el Foca, profesor de Historia en el Colegio La Inmaculada, era una persona sensible, quizás un poco gruñón, algo arisco y reservado, pero sin lugar a duda, respetuoso y amable; lo que se puede decir un perfecto caballero de capa, pipa y sombrero. Rematando su figura con un varonil bigote revirado en semicírculo en ambos sus dos extremos. Era, no cabe duda, un personaje singular; como de otra época. Evocaba recuerdos del pasado que cuando le veías saludando al cruce con una dama, tocando ligeramente el ala de su sombrero e inclinando la cabeza, no podías reprimir una sonrisa cómplice y pensar: Ya no quedan caballeros como este.

El cambio de colegio, de Padrón, un pueblo de La Coruña, a la capital de España, suponía una gran novedad para mí, a pesar de que mi hermano ya me había anticipado lo que me encontraría al llegar al nuevo colegio de Madrid, calle López de Hoyos 317, barrio de Chamartín de la Rosa, en Ciudad Lineal.

Al fin podría poner cara a todos aquellos personajes tan peculiares que estaba ansioso por conocer: El director, D. Antonio Salinas, el Sasa, profesor de Latín; el administrador, D. Vicente Garralda, el Bisonte, profesor de Ciencias Naturales que, si estabas cerca de él cuando explicaba la lección, acababas empapado de una fina lluvia salivar.

El secretario, D. Inocencio Abadía, el Pájaro, profesor de Francés; D. Luis Rejas, el triqui, de Literatura –que en cierta ocasión casi me parte el tímpano de un bofetón que me dio–, seguro que con bastante razón. El polinomio, de Matemáticas... etc. Y del personal no docente, destacando con mucha diferencia, la Manola, impresionante señora, morena de pelo largo, ojos negros, labios carnosos pintados siempre de rojo, con firmes y grandes senos. Modelo perfecta para que Julio Romero de Torres hubiera inmortalizado en uno de sus lienzos.

Al parecer viuda también de militar, era la encargada de las chicas de servicio. Su trabajo más conocido, al menos para nosotros, consistía en repartir el pan en el desayuno, comida y cena, con una pequeña cesta apoyada en su regazo, para quien quisiera repetir. Los más atrevidos le decían: «¡Dame un pico, Manola!». Y estirando la mano, con muy poco disimulo, le tocaban uno de los dos «pi-

cos» naturales que la Manola tenía. Si tuviera que recordar a otra persona del servicio, tendría que ser, sin lugar a duda a la inocente Simona; persona cándida, rayando lo infantil, con un corazón que se le salía del pecho. Jamás vi un atisbo de malicia en aquella excelente mujer. Lástima que siempre hubiera algún desalmado que, abusando de su buena fe, se mofaba de ella y la humillaba inútilmente.

Volviendo con D. Joaquín y tratando de describir un poco su figura y su persona, como dije en un principio, su indumentaria, sobre todo en tiempo frío, consistía en un traje de color indefinido, posiblemente el de su boda, si es que estuvo casado alguna vez; una pipa de espuma de mar siempre empuñada en su mano izquierda, hermosa capa española y negro sombrero de copa. Llegando la primavera, su cambio simplemente consistía en suprimir la capa y cambiar su viejo traje por otro un poco más claro, aunque no menos ajado que el de la temporada anterior. Su brazo izquierdo[8] era ligeramente más corto que el derecho y de ahí nació quizá la leyenda que año tras año y de boca en boca circulaba por el CHOE.

Se contaba que en otro tiempo, siendo capitán de barco, bergantín, tal vez goleta, capeando una dura travesía con mar gruesa y viento fuerte, sintiendo crujir un palo, trinquete, mayor o mesana –nadie supo precisar a ciencia cierta de que mástil se trataba– y para evitar que lesionara a uno de sus tripulantes o marineros, intentó parar el golpe interponiendo su mano izquierda, lo que supuso acabar con el húmero en dos trozos y subsanar la rotura con un aro de platino, teniendo ya para siempre el brazo un poco más corto. Es sumamente curioso y realmente siempre sospeché de esta historia, pues nunca le oí a D. Joaquín referirse a cualquier tema que hablase de barcos y travesías. A veces intentábamos en vano que nos contara sus aventuras marineras, pero nunca lo conseguimos y él siempre evadía ese tipo de comentarios.

D. Joaquín no pronunciaba la erre y fue por ese motivo que tuvo un fatal desencuentro con mi hermano, porque al tener el mismo defecto, en un principio pensó que pretendía burlarse de esa deficiencia suya, pero al cabo de algún tiempo, viendo que no fingía, reconoció su error y pidiéndole disculpas, tuvo para con él una sincera amistad, premiándole a fin de curso con una muy buena nota.

La primera media hora de clase, la dedicaba D. Joaquín a explicar la lección correspondiente, amenizándola siempre con curiosas anécdotas que, a mí personalmente, me gustaban más que la propia lección del día. La siguiente media hora, sacaba a tres o cuatro para decir la lección a pie firme frente a él. Cuando me sacaba a mí, siempre me mandaba sentar en una silla, pues el curso anterior me había roto la rodilla en clase de gimnasia y a pesar de que yo le decía que podía estar de pie, continuamente insistía que me quedara sentado. Esto demuestra, como mencioné al principio, sensibilidad, buen tacto y humanidad del querido profesor.

Aquel día soleado de los primeros de abril nunca se me olvidará, porque a la postre fue el primer dinero que gané gracias a mi trabajo, estudiantil, por supuesto. Y es que cuando respondías la lección correctamente, formulaba a los finalistas lo que se conocía como pregunta de diez, cuya respuesta acertada suponía que te daba un billete de cinco pesetas, en

8. *Siempre hay dudas, pero la única fotografía que tenemos del Foca aclara que era el brazo derecho.*

la jerga popular conocido como «duro». Cabe reseñar que, en aquel año de 1962, con cinco pesetas –tres céntimos de euro actuales– podías pasar tranquilamente la tarde de un domingo: el cine, tres pesetas; un refresco con milhoja, una con cuarenta, y te sobraban sesenta céntimos para comprar el lunes seis caramelos Saci a las once durante el recreo.

Los cuatro que habíamos respondido de forma correcta la lección completa estábamos expectantes esperando, casi temblando, la temida pregunta de diez; la premiada con el duro.

La pregunta fue la siguiente: «¿Quiénes fueron el bisabuelo y preceptor de Alejandro Magno?». Un tenso silencio se hizo dueño de la clase. Pero cuando todos pensaban que ese día no habría duro, recordé perfectamente aquella entretenida charla de hacía al menos un mes, en que nos había contado de una forma muy amena, como siempre, parte de la vida de Alejandro Magno, que bajo el nombre de Alejandro III de Macedonia, reinó durante trece años. Sólo yo levanté la mano y respondí con aplomo: «Filipo primero de Macedonia y el filósofo Aristóteles». Esbozando una ligera sonrisa y sacando su cartera me dice: «Aquí tiene usted su premio». Y me entregó entonces el muy preciado billete.

He recordado esta historia porque ordenando una vez más mi caduca biblioteca, apareció entre mis manos un libro que me había regalado D. José Hesse Murga, el Pepe, profesor de literatura en Carabanchel Bajo, hombre desaliñado en el vestir, fumador empedernido y un tanto supersticioso, pero, sin lugar a duda, una excelente persona y docto en la materia que con tanto cariño enseñaba.

Me contaba Carlos Justo, que un día antes de entrar en clase le dijo en voz baja: «Pídeme un cigarrillo con discreción», y poniéndose en medio del aula proclamó con toda energía: «Un cigarro pa D. José». Lo que después sucedió es fácil de imaginar... Gritos de D. José: «¡Pero, chico!, ¡Pero, chico, fuera de clase!». Y Carlos Justo al pasillo.

Después de imponer un ligero orden en la biblioteca, agrupando los libros por sus temas correspondientes, me senté plácidamente en mi sillón preferido dejándome invadir por aquel tiempo pasado. Imposible fue evitar la tentación de ojear nuevamente aquel libro titulado: «La literatura española en el siglo dieciséis».

Ver la dedicatoria que me hizo D. José, leer las primeras hojas y encontrar la gran sorpresa que me llenó de emoción pues, en medio de aquel tomo, se encontraba adormecido, estirado y con postín, un viejo billete verde: EL DURO DE DON JOAQUÍN.





Chispazos de la memoria

Por Santiago de Ossorno

Cursos 1966 a 1968

Si pasar de la noche a la mañana de Las Mercedes a Padrón significó una dura experiencia para la mayoría de nosotros, realmente traumática en ciertos casos, pasar de Padrón a Chamartín de la Rosa, «la Inmaculada» en el argot de los pínfanos, situado en la calle de López de Hoyos, número 317, de Madrid, iba a superar todo lo anterior.

Un cambio significativo en mi caso particular es que volvería a estar interno en Madrid, más cerca de mi casa, en la que podría pasar los fines de semana siempre que las notas fueran buenas y no hubiera tenido problemas de conducta, porque las notas escolares y el buen comportamiento eran las claves que determinaban si podrías hacerlo o no.

El segundo cambio lo notamos intensamente y a todos los niveles, especialmente en el régimen disciplinario; se acabaron las monjitas de la Caridad que tendrían sus cosas malas pero el trato que nos otorgaban siempre tenía su lado maternal; en la Inmaculada el profesorado y los inspectores eran señores mayores con bigote, algunos procedentes del Ejército o muy relacionados con la institución, poco o nada dispuestos a que los tomásemos por el pito del sereno y de mal genio pronto, allí te soltaban un sopapo en cuanto te descuidabas.

El cambio definitivo, que demostraba que habíamos llegado a lo más alto del escalafón de los pínfanos, era que recuperábamos nuestros apellidos familiares; también teníamos números asignados para casi todo, pero desde el primer día los profesores e inspectores nos llamaban por el apellido, dejé atrás el 76 de las Mercedes y el 48 de Padrón y recuperé la normalidad, desde ese momento pasé a ser Ossorno a secas o señor Ossorno, dependiendo de las circunstancias y de quién y para qué me llamase; los amigos, para no gastar saliva inútilmente, lo redujeron a Oso, pero sin duda era un adelanto.

Un cambio no menos importante que los anteriores era que los fines de semana y festivos nos dejaban salir de paseo solos, sin la vigilancia cuasi carcelaria de Padrón; durante esos días podíamos salir libremente del colegio; se formaban varios grupos, pequeños y grandes, y salíamos en tropel a descubrir mundo, la parte que menos nos gustaba era que teníamos que pasear de uniforme y se nos reconocía a la legua, lo cual no era ninguna ventaja porque con esa edad era habitual tener pro-

blemas y roces con las pandillas del barrio.

Durante algunos recreos nos tiraban piedras desde la calle y enseguida salían corriendo; como entre semana no nos dejaban pisar la calle, la única forma de vengarnos era esperar al fin de semana y buscarlos, algunas peleas fueron inevitables y ninguna de las partes las rehuía, aunque ellos más que nosotros porque los pínfanos éramos una piña.

Lo normal, cuando había dinero, era ver una sesión doble de cine en el Covadonga[9] en la misma calle López de Hoyos (antes de que se construyera la M-30 podíamos ir andando tranquilamente hasta el cine) o a otro que estaba casi al lado del colegio en la confluencia con Arturo Soria, puede que se llamase Ciudad Lineal, también desaparecido; pero nuestro cine preferido era el Covadonga porque pertenecía a la familia de un profesor del colegio, don Joaquín, el Foca, y



1979 – Enciclopedia Madrid Espasa Calpe – Cine Covadonga

la taquillera y los acomodadores tenían instrucciones de tratarnos bien, a veces incluso nos dejaban pasar gratis.

El entretenimiento más barato era coger el tranvía 70 que recorría todo Arturo Soria y llegaba hasta Plaza de Castilla,

9. *En la calle López de Hoyos 161, en el madrileño barrio de Prosperidad, se encontraba uno de los lugares más valorados por los cinéfilos, el Covadonga. Este cine, construido en 1952, era popularmente conocido como «El Covacha». Está relacionado con el Palacio de Perales, actual Filmoteca Nacional, y con el cine Doré, donde se proyectan sus archivos, ya que el Covadonga fue su sede entre 1975 y 1978. Contaba con un aforo de 480 butacas. No era un cine de especial belleza, aunque si tenía un aspecto singular, con su torre esquinera con un capitel escurialense y con arquería. Durante un tiempo fue uno de los más populares de la capital española, pero con el tiempo fue perdiendo fuelle. La empresa cinematográfica que lo regentaba intentó reconvertirlo en cuatro minicines para conseguir mayor viabilidad, pero no consiguió los permisos necesarios para ello. Tenía programas de películas «S» y sus últimos años abierto se convirtió en Cinestudio. Cerró sus puertas en 1989 y, desgraciadamente, el antiguo cine Covadonga fue destruido por un incendio provocado en 1991.*

un largo trayecto incluso ahora; una vez allí, lo mismo teníamos que volver andando por no tener dinero para el billete de vuelta, en cuyo caso intentábamos viajar agarrados a la plataforma exterior del último vagón, deporte sin duda peligroso, pero merecía la pena el riesgo de llevarte la bronca del cobrador en cuanto nos descubría con tal de ahorrarte el billete.

Comparados con los cursos previos, tercero y cuarto del Bachillerato Elemental también fueron palabras mayores, la única ventaja era que podías aprobar las asignaturas por curso en el propio colegio sin tener que refrendarlo con un examen final en algún instituto de la capital, porque el profesorado estaba colegiado y autorizado por el Ministerio para examinar directamente nuestros conocimientos y decidir si aprobabas o no cada asignatura.

Aunque no todo podía ser tan fácil, nuestro Plan de Estudios era el de 1957 que incluía una Reválida Elemental al acabar cuarto curso, sin aprobarla no se podía pasar a quinto; los exámenes de reválida se celebraban en el Instituto San Isidro situado en la calle Toledo, en pleno centro de Madrid; hasta allí acudíamos vestidos con el uniforme de paseo del colegio bajo la estrecha vigilancia de los inspectores y la mirada curiosa del resto de chicos que estudiaban o se examinaban allí.

Algunos fines de semana íbamos a pasear por la zona de la Puerta del Sol, una de las veces coincidió que eran fechas navideñas y se nos acercó una señora; estábamos un grupo de pínfanos arremolinados frente a las baldosas que marcaban el kilómetro cero de las seis carreteras nacionales y nos preguntó si éramos Niños de San Ildefonso, los que cantan la Lotería; divertidos, respondimos que sí para no quitarle la ilusión, pero cuando intentó pasarnos un billete de lotería por la espalda nos negamos y salimos a escape huyendo de la pobre señora.

Al llegar a Chamartín lo primero que comprobé es que había diferencias en los uniformes, tanto en el trapillo de uso diario como en el azul de paseo existía la opción de usar pantalón largo o corto; yo me ilusioné con poder llevar pantalones largos y así lo expresé a la hora del reparto, pero todavía no tenía pelos en las piernas y ese era el listón utilizado para poder llevar pantalón largo. Otros dos años más llevando pantalón corto, con el frío que hacía en invierno en la zona de Arturo Soria, era una contrariedad para alguien que se consideraba un veterano en internados, ya no era un niño pequeño y quería que me tratasen como a los mayores.

Ajo y agua, me gustaría traer a colación al poeta Rilke, el que dijo que la verdadera patria del hombre es su infancia, porque, con el frío que hacía en invierno, vivir la mía en pantalón corto no era precisamente el modelo de patria que yo hubiera querido con doce años.

Había un bar, de cuyo nombre no puedo acordarme, como diría don Miguel de Cervantes, en Arturo Soria en el que los mayores nos enseñaron a cambiarnos el uniforme por ropa de paisano; la llevaban en una bolsa y nada más salir de paseo se iban directos al bar, entraban al servicio y se cambiaban; a la hora de regresar al colegio volvían a pasar por el bar y se ponían de nuevo el uniforme, no sé cómo los del bar lo permitían, pero la rutina se repetía cada fin de semana y fiestas de guardar. Yo nunca lo hice, primero porque a mí no me importaba llevar uniforme y segundo porque mi ropa de paisano era anticuada para los gustos de entonces, normalmente heredada de los primos andaluces de la familia de mamá, que nos enviaban anualmente la que ya no querían ponerse, o de mis hermanos

mayores cuando se les quedaba pequeña.

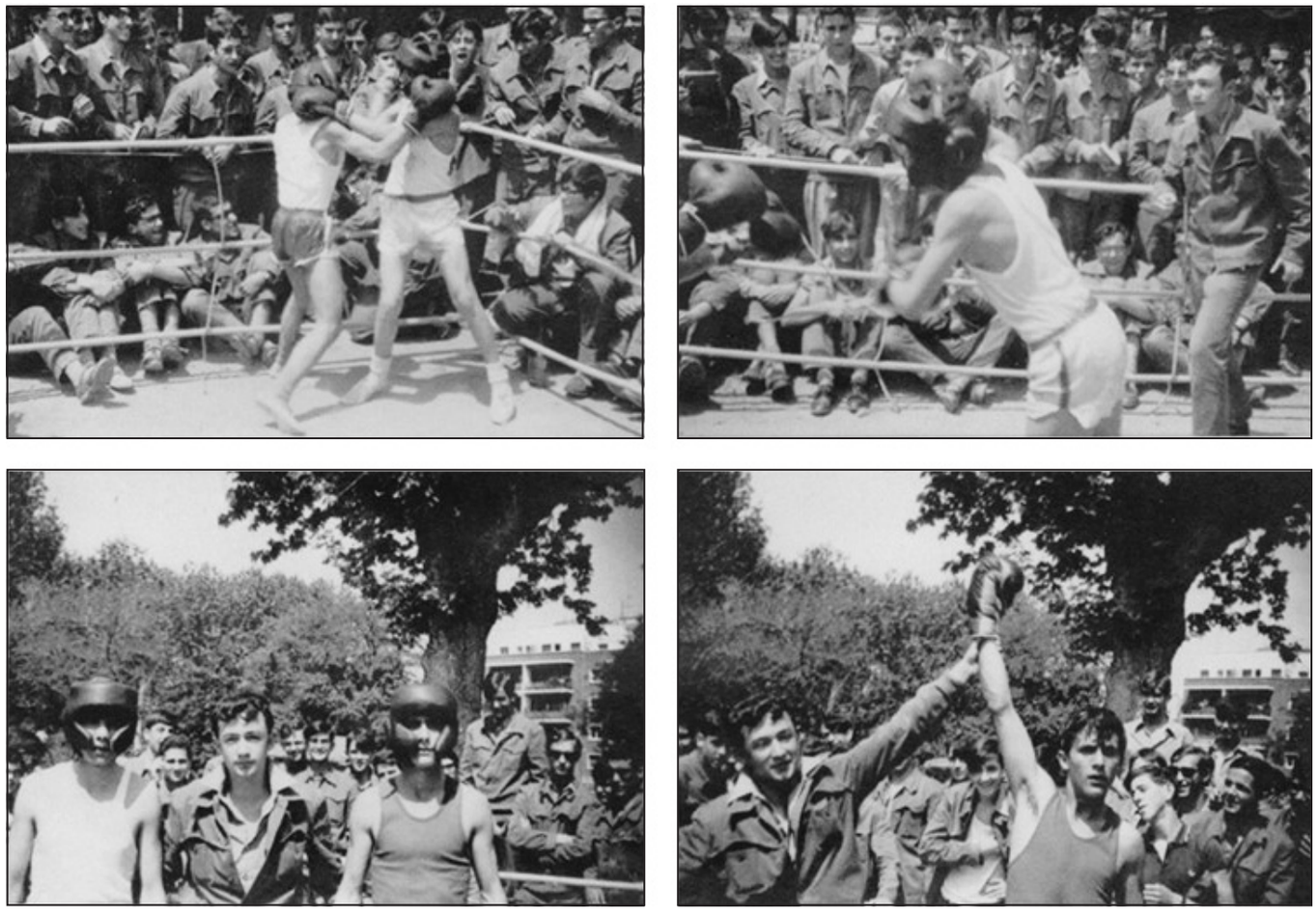
Al inicio del curso los pínfanos de cuarto nos gastaron novatadas a los recién llegados, pero no llegaba la sangre al río, al fin y al cabo, con casi todos ellos habíamos coincidido al menos un año en Padrón y existía un pacto tácito de no agresión, sin olvidar que entre nosotros también había chicos grandotes que no se dejaban vacilar, pero las novatadas eran una tradición largamente practicada y había que pasar por el aro para que se tranquilizasen cuanto antes y nos dejasen en paz. De hecho, no recuerdo ninguna de las que me hicieron, por lo que deduzco que no serían nada del otro mundo.

Esto me ha recordado Lucas de Mingo de su estancia en Chamartín: «Solo quería aportar algunos recuerdos de cuando me nombraron enfermero y tenía que poner inyecciones intramusculares de penicilina durante el invierno a muchos compañeros. El Médico Dr. Pedro Morales (creo recordar) me enseñó en 5 minutos. Pasados los años me lo encontré como vecino en Madrid, había hecho la especialidad de nefrología y trabajaba en la Clínica Puerto de Hierro. En la enfermería aprovechábamos para ojear sus libros de medicina, donde veíamos imágenes muy curiosas para nosotros, que teníamos entonces 13 o 14 años».

Lo que recuerdo sin demasiado agrado eran las clases de gimnasia, nuestro profesor era militar y le gustaba el boxeo; en el gimnasio tenía montado un ring y nos obligaba a pelear unos contra otros porque, según él, el pugilato era un arte que nos vendría bien a todos en general; a mí no me gustaba nada cuando me tocaba subir al cuadrilátero, nos emparejaba por tamaños para que no hubiera mucho abuso, pero creo que le daba igual, te ordenaba subir y liarte a guantazos con quien tocase; la primera vez mi contrincante fue Jaime Ruíz Rosado, un chico de Algodonales (Cádiz) que era de otra pasta, más alto, ágil, fuerte, valiente y decidido que yo; él no quería pegarme porque era consciente de su superioridad, pero si no lo hacia el profesor se cabrearía, así que nos pusimos en guardia y se dedicó a golpearme en los brazos una y otra vez, creo que no llegué a devolverle ni un solo golpe, tan solo me defendía de los suyos, tantos me dio en los brazos que se me cansaron y cuando no los pude mantener en alto y bajé la guardia, aprovechó para arrearme un directo a la mandíbula que me tiró a la lona (es una ironía, la lona era el duro suelo de terrazo), donde me hice el muerto dando por terminado el asalto y el combate; peleábamos con casco protector y algo nos protegería, pero recibir un puñetazo en la cara no resultaba agradable; al acabar la clase, Jaime se disculpó y aquí paz y después gloria.

Durante otra clase me tocó pelear con Francisco Javier Alonso Getino, un pínfano de León de complexión física similar a la mía, éramos los dos más bajitos de la clase, flacos, esmirriados, de débil punch, lo cual no evitó que mantuviésemos una fiera pelea que terminó en tablas y pudo ser mucho peor porque el profesor apreció tongo y nos descalificó por falta de combatividad antes de pillarse un buen rebote. Menuda patria, don Rainer, a hostia limpia.

Para hablar del profesorado tengo que tirar de mis fuentes de información, en ellas aparecen unos cuantos profes, aunque yo prefiero centrarme únicamente en aquellos que mi memoria permita; esta era otra de las grandes diferencias con los colegios anteriores, nada de sor Luisa esto, sor María lo otro, aquí los profesores tenían nombre y apellidos, aunque entre nosotros los conocíamos solo por sus motes.



Estas fotos son de alguna velada boxística en el Bajo

En cuestiones religiosas, a falta de monjas teníamos páter, militar por supuesto, en tercero volví a ejercer de monaguillo, seguramente ellas se lo soplaron al cura, pero no tengo suficiente memoria de aquellos días; lo que si me viene a la cabeza es que cuando se acercaba Semana Santa organizaba ejercicios espirituales tipo ladrillo que no había quien se los tragase, pero eran de asistencia obligatoria y nadie se salvaba de pasar tardes enteras en la capilla escuchando sermones y rezando avemarías sin parar, aquello lo recuerdo como una tortura; además con doce o trece años empecé a sentir la religión católica como otra imposición y dejó de interesarme.

Uno de los mejores días del curso era el 8 de diciembre, la fiesta de la Inmaculada, patrona de la Infantería española y de nuestro colegio; el día empezaba levantándonos una hora más tarde de lo habitual y disfrutando de un desayuno especial que incluía chocolate francés, bollos suizos y hasta galletas de nata o coco que eran mis favoritas; se organizaban actos para celebrar la patrona del colegio, pero sin duda era en el comedor donde se apreciaba de verdad la fiesta, ese día nos daban una comida de gala por todo lo alto.

En el comedor teníamos un gran casillero de madera, numerados los huecos para dejar las servilletas y las medicinas que tomase cada cual; a veces algún pínfano despistado dejaba comida que le hubiera llegado en el paquete de casa, chocolate, chorizo, galletas, leche condensada y cosas parecidas, las cuales duraban un suspiro en el casillero en cuanto alguien las descubría mal tapadas por la servilleta.

Otros recuerdos difusos

Para llegar al colegio desde mi casa tenía que coger la línea 20 (Sol – Estrella) y en la plaza de Cibeles cambiar a la línea 9 (Cedaceros – Arturo Soria) que me dejaba al lado del colegio, hora y media de trayecto porque no había tan buen servicio como ahora; mi madre me daba el dinero justo para el transporte, se ve que las cosas habían mejorado respecto al pasado, aunque algunos sábados volvía andando porque el importe me lo había gastado durante la semana en chucherías.

Al estar situado a pie de calle, en este colegio (hoy reconvertido, como tantos otros, en Residencia Logística Militar) manteníamos relaciones, podríamos decir de buena vecindad, aunque no siempre ni con todos, con nuestro variopinto vecindario.

Pegando con el patio había un edificio de ladrillo visto perteneciente a la congregación de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón; tenía varios pisos de altura, con rejas en las ventanas, al que llamábamos «la casa de las locas», porque albergaba en su interior un sanatorio mental para mujeres con las que intercambiábamos gritos, insultos y desplantes a menudo, aunque seguro que el ruido que montábamos nosotros jugando al fútbol en el patio sería más molesto que el que pudieran hacer aquellas desgraciadas mujeres que, como nosotros mismos, no estarían allí recluidas por su propia voluntad.

Un muro bajo de cemento y ladrillo coronado por una valla de rejas metálicas nos separaba de la calle López de Hoyos, lo cual nos permitía mantener contacto visual directo y permanente con el exterior, como también lo teníamos desde las ventanas de las clases y los dormitorios, aquel era un colegio con vistas; lo que pasa es que también permitía a los de fuera vernos a nosotros y los chicos de un colegio cercano, el Ramón y Cajal, cuando se aburrían se acercaban a tirarnos piedras mientras estábamos en el patio; la respuesta era inmediata y violenta, mientras una parte devolvía las piedras recogidas –con riesgo de darle a cualquier transeúnte que pasara por la acera o romper un cristal de las tiendas cercanas–, otros, los más decididos de entre nosotros, salían como fieras salvajes a la calle para perseguirlos y darles su merecido; por mucho que el inspector de turno quisiera evitarlo, no podía.

El patio tenía un portalón metálico que hacía las veces de portería en los partidos de fútbol, la portería contraria estaba pintada sobre un muro opuesto al otro lado del patio; esa puerta solamente se abría para que entrasen los vehículos autorizados cuando traían provisiones y materiales, por lo que la única salida posible era utilizar la puerta principal si estaba abierta, lo cual daba ventaja a los lanzadores de piedras, que, aprovechando el factor sorpresa, desaparecían de la escena antes de que pudieran atraparlos.

El barrio tenía un poco de todo, bares, cines, tiendas y hasta un cabaré que no sabíamos muy bien dónde quedaba, aunque por las noches la música se escuchaba perfectamente.

«Otro vecino ilustre, aunque poco conocido, fue el cabaré



La valla sigue existiendo, aunque reformada y modernizada



Vista posterior desde la calle Navarro Amandi, en el cruce con Arturo Soria está el colegio Ramón y Cajal

Villa Rosa, sala nocturna famosísima entonces, se encontraba saliendo del colegio hacia la izquierda, camino de Hortaleza, alguna vez salió en el NO-DO y en no pocas películas de la época.

Los mayores teníamos el dormitorio en el piso superior. Desde allí no solo la vista alcanzaba más, sino que, cuando llegaba el buen tiempo, desde primeras horas de la noche, una vez todo en silencio, se oían nítidas las notas musicales

procedentes de tan distinguida villa. Como podéis imaginar, para oírlas mejor, abríamos de par en par todas las ventanas que daban a ese lado.

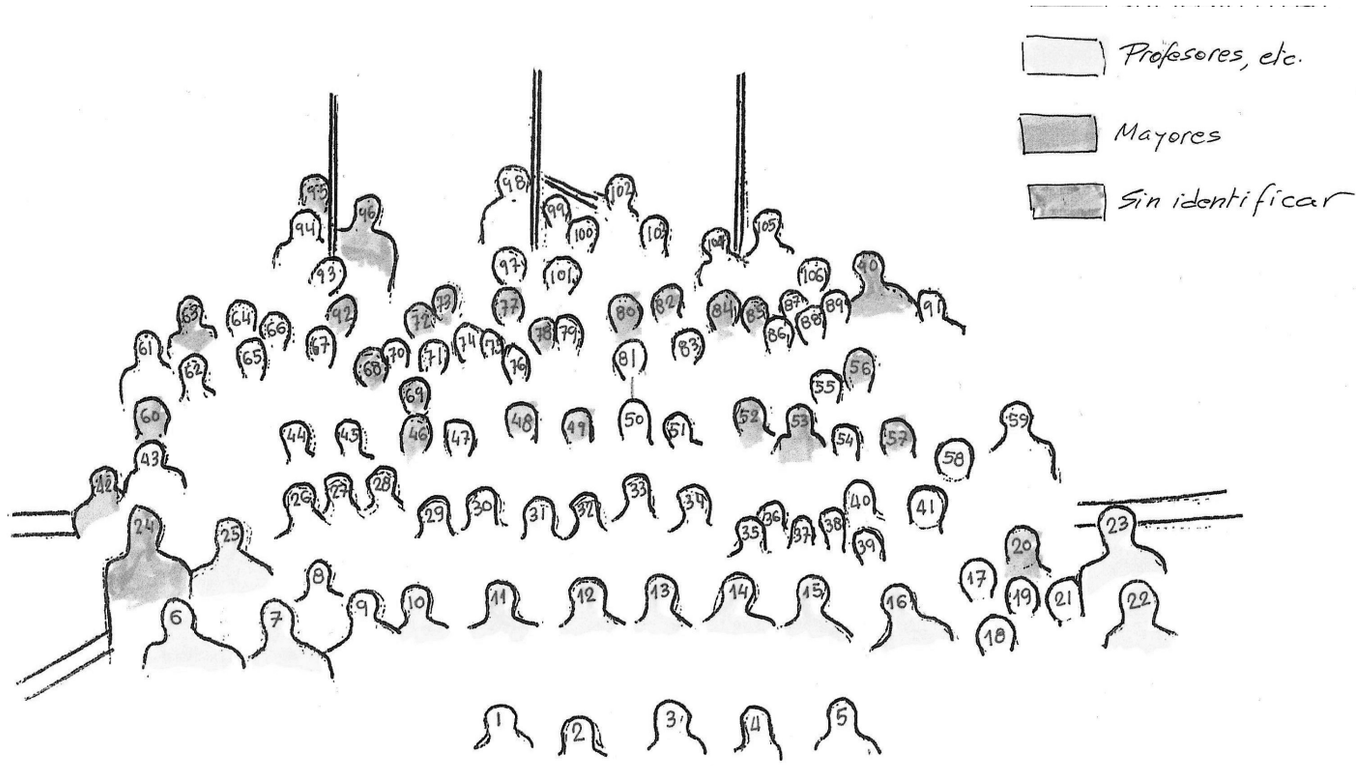
La música era preciosa y variada, de la mejor que podáis imaginar todos y cada uno de vosotros; las vocalistas eran la crema del momento, todo maravilloso. Todo esto, más las chicas que nos imaginábamos bailando, donde no había una fea, ni bizca ni tuerta, ni manca, ni coja, ni gorda, ni flaca. Todas rebosantes de salud con aquellos colores naturales tan bonitos. Podíamos imaginarlas como quisiéramos, metidas dentro de sus hermosos y volátiles vestidos, o sin más, allí mismo a tu lado oliendo a rosas, aunque ya hay que tener imaginación porque normalmente olíamos a choto».

Memoria Fotográfica



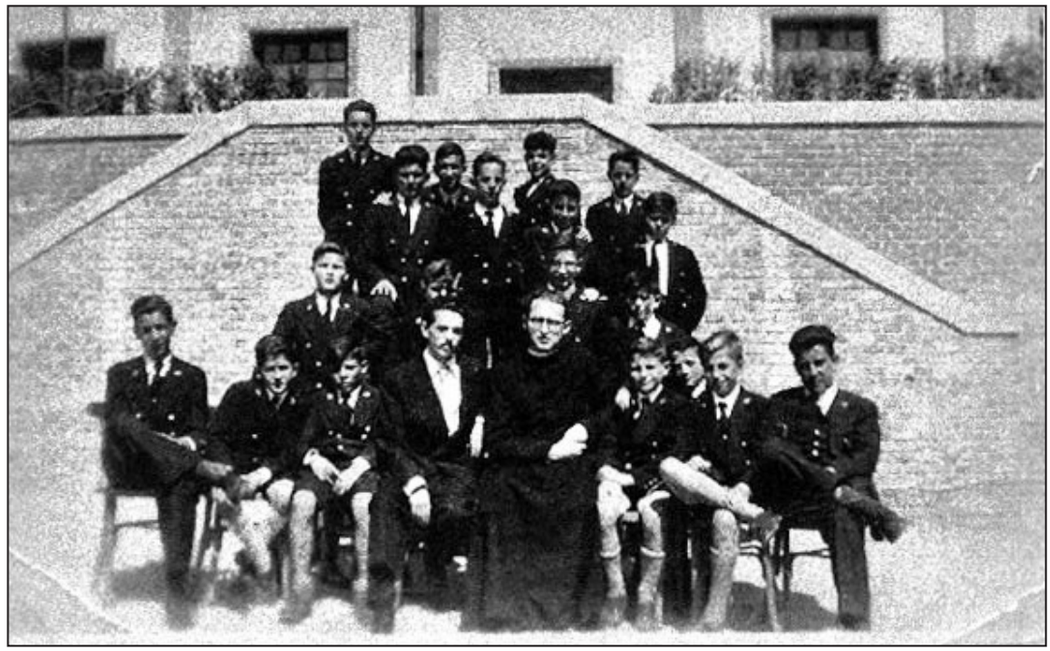
Alumnos y profesores al completo

Primeros años 40



Mapa de identificación

1	Vadillo	28	Robalcaba	55	Cisneros	82	Miró Vigueras
2	Gabino	29	Carlos Alfaro Campos	56	Bonal	83	Estruch
3	Aguilar	30	Cárdenas	57	Bernando Salceda Centeno	84	Quiroga
4	Manolín	31	Lizaur	58	Granados	85	Revenga
5	Cuchi	32	Gener Vitini	59	Rubalcaba	86	Carmelo Izquierdo Carreras
6	D. Víctor	33	Almirón	60	Serichol	87	Carranza
7	D. Valentín «el bolche»	34	José Luis Fernández Regueira	61	Paquito	88	Ramos
8	Molinero	35	Gayo	62	Molina	89	Méndez
9	Robles	36	Mesa	63	-	90	José Luis Escario Chapa
10	D. Juan Jesús	37	Gorín	64	Aranda	91	Sobrado
11	D. Andrés Ramiro (Director)	38	Alba	65	Alberto Sandoval Fontcuberta	92	Moisés
12	D. Mariano (Capellán)	39	Perico	66	Almirón	93	Mompeó
13	D. Manuel Cuesta del Muro	40	Manrique	67	Serichol	94	Garcés
14	D. David de Francisco Allende	41	Gallo	68	-	95	Carballo
15	D. Andrés	42	Cores	69	-	96	Mompeó
16	D. Valentín (Médico)	43	Adolfo Santaolalla Grau	70	Triviño	97	Hortelano
17	Reval	44	Montero	71	José María Vega Fernández	98	Mayoral
18	Maldonado	45	Jaimito	72	Carmona Ordoñez	99	Bengoa
19	Falo	46	Tomás Aguirre Arana	73	Bermudo	100	Forés M.
20	Julio	47	Ibarrondo	74	Laureno Fernández Vera	101	Forés A.
21	Romeo Rotaeche	48	Víctor	75	de la Lama	102	Gener Vitini
22	D. Alejandro	49	Montalvo	76	Mendía	103	Lizaur
23	D. Joaquín Camacho Morcillo	50	Cesáreo	77	Sánchez Carmona	104	Mayoral
24	Ángel Vega Fernández	51	Garcés de los Fayos	78	Velasco	105	Galdós (Cococo)
25	D. Luis Algar (Gimnasia)	52	Massot	79	Nieto	106	Checa
26	Franco	53	Galdós (Prusia)	80	Jorge de Reval García		
27	Checa	54	Aguilar	81	Cesáreo		



Años 40 - Detrás del grupo puede apreciarse la portería de fútbol (pintada en la pared)



Los hermanos José Luis y Arturo Gutiérrez de Terán Menéndez-Castañedo, en el año 1953 por la Gran Vía de Madrid

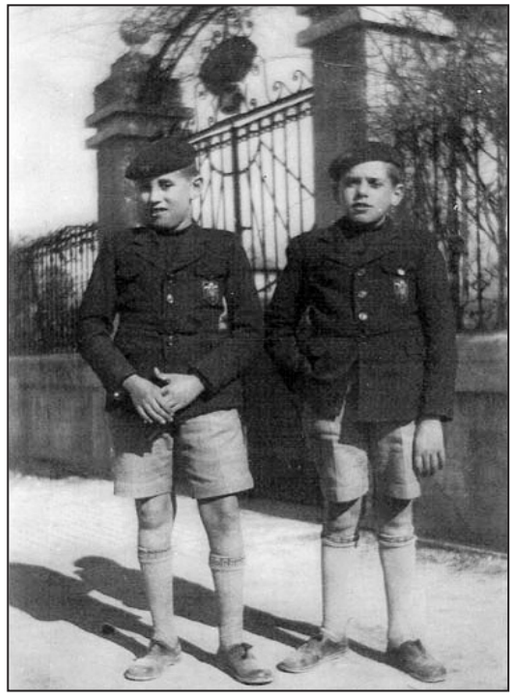
Uniformes de paseo



José Antonio Duarte Moreno (1953)



Curso 1959 – 1960: Javier Cánovas, Gregorio Fernández (Goyito) y Ortega Conesa



López Checa



Paseando por Santiago de Compostela (1957)

Traje chester de diario



Andreu y otros en el patio (años 60)



A principios del curso 1951-52



Ángel Vieira y José García Sánchez con Titanic (1957)



Tena, Guillén y González Carmona



De pie: José Ángel Carmona, Mateo Pieras Balle, José Mª Albalate Gómez; agachados: Guillermo Gallardo, Pedro Muñoz Agea (13 abril 1955)



Equipo de baloncesto (1956)



7-3-56 Baloncesto entre los CHOE de La Inmaculada 35 vs Santiago 40 (Peiras-Marticorena-Albalate)



1957 – Marceliano y José María Antolín



De pie: Moreno Jurado, Martín Ledesma y Justo Guisado
Abajo: Santana Carretero, Areste García y Gaspar Cebrián



Carlos, Bienvenido Sánchez (Cádiz), Delgado Almellones, Esteban (Madrid),
Carlos López Tapias, Bernabé (Segovia) y Puyó Gomara





(1964) De izda. a dcha.: Villanueva, Bienvenido, Bernabé, Alonso Diaz, Carlos López Tapias

Todos fumando, menos uno



1964 – De izda. a dcha.: Carlos Alonso, Adrada, Virto Manso, Redondo Saussol, Carlos López Tapias y Jenaro Pou Agachados: Carlos Pérez Gómez y Mayorga



José Mª Antolín Morón con una pierna escayolada a consecuencia de un encontronazo futbolístico con el pínfano Susu Osés. Foto hecha en el Hospital Militar "Gomez Ulla"



José Mª González Carmona y el doctor Don Valentín Matilla

El colegio en la actualidad



En la actualidad, el antiguo colegio es una Residencia Logística Militar

Si observamos la realidad actual del centro, hay que destacar que desde 2014 su función cambia a la de Residencia Logística Militar, manteniendo la denominación de «La Inmaculada» y pasando a depender orgánicamente de la Inspección General del Ejército.

No obstante, la propiedad sobre el edificio e instalaciones de la residencia sigue siendo del PAHUET, el cual cedió gratuitamente su uso. Este cambio fue motivado por el apoyo que se quería dar a la movilidad geográfica.

Así, hoy día, en la residencia pueden alojarse de forma permanente los cuadros de mando y tropa que, por razón de destino, comisión de servicio o asistencia a cursos, tengan que desplazarse de su residencia habitual.

A las habitaciones disponibles con las que cuenta, hay que sumar otros servicios como pista de tenis, gimnasio, salón de actos, sala de reuniones y sala de juegos, así como servicio de lavandería y comedor.

Colegio de Santiago

«EL BAJO»



Apuntes sobre el colegio



Documento publicado en la página web de la Asociación.

LA FINCA «VISTA ALEGRE»

En 1913 el Consejo de Administración del Colegio de Santiago decide dar un nuevo rumbo a la dirección de la enseñanza de las huérfanas. Abandona la idea de tenerlas bajo la protección de las religiosas, como estaban desde el año 1892, y decide acogerlas bajo una tutela más directa.

Se busca un solar donde construir un edificio de nueva planta, como ya se hizo con el inmueble de la calle Muro de Valladolid, para los varones. Se pretende que la adquisición de terrenos se realice en Madrid y de forma gratuita.

Pero los vientos no parecen soplar favorablemente.

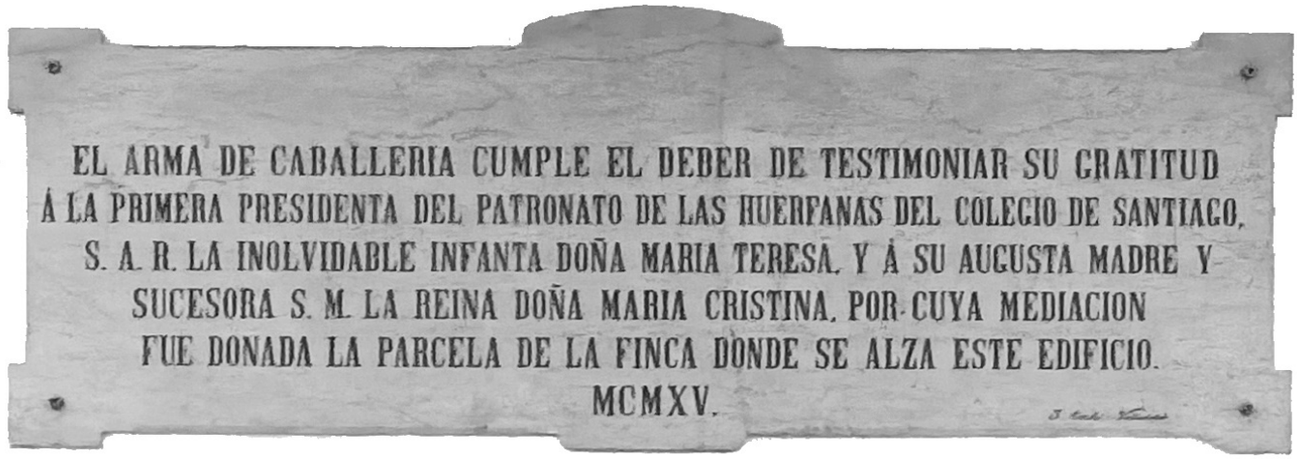
Acaba de fallecer la Infanta María Teresa, hermana del Rey Alfonso XIII, presidenta de la Asociación de Señoras del Patronato de Huérfanos de Caballería, voz influyente en el círculo de la Villa y Corte. Las gestiones para la cesión gratuita de terrenos se enrarecen.

Una vez más, se pone de manifiesto la tremenda sensibilidad de la Reina María Cristina y sus desvelos y preocupación constantes por los huérfanos del Ejército. La Soberana asume la presidencia de la Asociación, ocupando el puesto de su difunta hija y, gracias a su decidido empeño, consigue la cesión de los terrenos de la finca «Vista Alegre», en la por entonces suntuosa zona de Carabanchel Bajo, que había pertenecido a los marqueses de Salamanca hasta que la cedieron al Estado quien, a su vez, la otorgó en usufructo al Ramo de Guerra para la edificación del Colegio.

En 1915 se terminan las obras de adecuación de la finca, que es entregada un año más

tarde a la Asociación, las huérfanas de Caballería son trasladadas a Madrid e instaladas en un Colegio que, por primera vez, era exclusivamente para ellas.

En la escalera principal del Colegio se colocó una placa, que todavía hoy se conserva, actual Residencia «San Fernando», con la siguiente leyenda:



El edificio consta de una planta baja, una planta principal y un segundo piso. En la planta baja del edificio están las salas de visita, la clausura de la Comunidad, la sala del Patronato de Señoras, las clases con graderías para las Pínfanas, la sala de estudios, una amplia galería para recreo durante los días de lluvia, cocina con caldera para elevar agua caliente a los cuartos de baño y aseo, la capilla, sacristía y el comedor con mesas de mármol.

A la planta principal se asciende por una doble escalera de mármol que arranca del vestíbulo y termina en una plataforma en la que se halla la puerta de acceso al salón de actos que, junto con la capilla y el comedor, forman las salas más suntuosas del colegio. A continuación, hay dos dormitorios para 20 estudiantes y una religiosa, cuartos de aseo, baño y tocadores con grandes ventanas laterales para asegurar una correcta ventilación. En esta misma planta está la clase de labores, dotada con máquinas de coser y bordar.

En el segundo piso hay otro dormitorio de idénticas características y otra sala destinada a ropero, con armarios adosados a las paredes en los que, en perfecto orden, se guarda toda la que no es de uso diario, una habitación con tres camas para la enfermería y una habitación para efectuar la visita del médico.

En el extenso parque que rodea al edificio las niñas juegan y ríen en sus ratos de ocio y esparcimiento.

Como dependencias anexas hay un lavadero con secadero y planchador, un cuarto para guardar útiles, la cochera, un cuarto para el mozo que cuida el ganado, habitación para el hortelano y cuadra para las dos mulas que arrastran el coche que posee la institución.

El régimen alimenticio es como el del colegio de Valladolid, nutritivo, sencillo y abundante. Se compone de desayuno, comida, merienda y cena.

La Dirección de Regiones Devastadas, organismo encargado de la recuperación de edificios en ruinas a consecuencia

de la guerra civil, se hace cargo en 1942 del edificio que había ocupado el Colegio de Santiago para huérfanas.

A la vez que se procedía a su rehabilitación se realizaron ciertas obras de ampliación. El edificio había sido diseñado para acoger a unas 80 o 90 niñas, pero las graves consecuencias de la guerra civil hacían prever la necesidad de realizar un cambio significativo.

El nuevo colegio sería destinado a varones y tendría capacidad para doscientas veinticinco plazas que, más tarde, llegarían a las doscientas sesenta.

Desde 1943, al constituirse los Patronatos de huérfanos (Oficiales, Suboficiales y asimilados y de Tropa), que sucedían a los antiguos de las Armas y Cuerpos, el Colegio quedó bajo su dependencia.

En 1945 se llegan a tener ochocientos huérfanos escalafonados en expectación de plaza, concertando este mismo año el Patronato con la Institución Divino Maestro, fundada y sostenida por el Obispo de Madrid-Alcalá, Patriarca de las Indias Occidentales, la regencia del Colegio en el que se cursaban los últimos años de Bachillerato.

Esta misma institución regía el Colegio de Chamartín, donde los huérfanos cursaban los primeros años de bachiller, quedando así la enseñanza media con una sola dirección y el mismo profesorado. Ambos colegios formaban un solo centro docente, impartiendo una enseñanza oficialmente reconocida que les permitía el acceso a la Universidad tras superar el examen de Estado.

Quienes deseaban seguir la carrera militar, al terminar el último curso de bachillerato o tras aprobar el examen de Estado, pasaban al Colegio de Carabanchel Alto, destinado exclusivamente a la preparación para el ingreso en la Academia General Militar.

Los colegios de Carabanchel fueron vivero de ilustres militares cuya trayectoria enalteció el historial del primer centro castrense que, con su impronta, forjó su vocación y espíritu militar.

Así, en los colegios de Carabanchel se formaron los tres héroes de lfni: los tenientes de Infantería Antonio Ortiz de Zárate y Sánchez de Movellán, Antonio Polanco Mejorada y Arturo Martín Gamborino quienes, como tantos otros, tuvieron que abandonar sus hogares para comenzar sus estudios en el colegio de Carabanchel Bajo.

Después de varios años de permanencia en dicho centro y tras pasar muchas privaciones, impuestas por las condiciones de racionamiento y aislamiento de los años de posguerra, aquellos niños se convirtieron en jóvenes que pasaron al colegio de Carabanchel Alto, previo a su ingreso en la Academia General Militar. Era el mejor homenaje que podían rendir a sus antecesores.

La Academia forjó y moldeó el espíritu de estos jóvenes y el día en que por fin se convirtieron en caballeros cadetes del Ejército, su vida cambió por completo.

Dispuestos a cumplir con su deber de servicio a la Patria, los tres tenientes marcharon a tierras africanas. En lfni había estallado una guerra encubierta que amenazaba las posesiones españolas en el África Occidental.

Bandas armadas «no controladas» penetraron en el territorio de lfni, dejando aislados los puestos fronterizos. Los tenientes Ortiz de Zárate, Polanco y Martín Gamborino entienden que su puesto está allí.

Su escuela como huérfanos de guerra, su alto sentido del honor y del valor, el espíritu de cumplimiento del deber y su valentía los llevaron a la muerte y a repetir nuevamente la tragedia en sus hogares.



El 18 de diciembre de 1957, en el vestíbulo del colegio, se realizó un emotivo homenaje con el descubrimiento de una placa en recuerdo a los tres antiguos alumnos, héroes de Ifni, que con su ejemplar comportamiento enaltecieron el historial de los Colegios de Huérfanos donde se educaron y formaron.



Foto durante el acto de homenaje en 1957

En marzo de 1970 una parcela del colegio se enajena, afectado por un expediente de expropiación forzosa, para construir un enlace entre la calle del General Barrón y la de General Ricardos.

En 1981, al crearse el Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra, el colegio de Santiago queda integrado en él.

En 1982 se transforma en Residencia «San Fernando» para estudiantes universitarios. El cambio de Colegio a Residencia supuso la realización de un proyecto de gran envergadura, que fue posible gracias al producto económico obtenido por la venta del castillo de Santa Cruz.

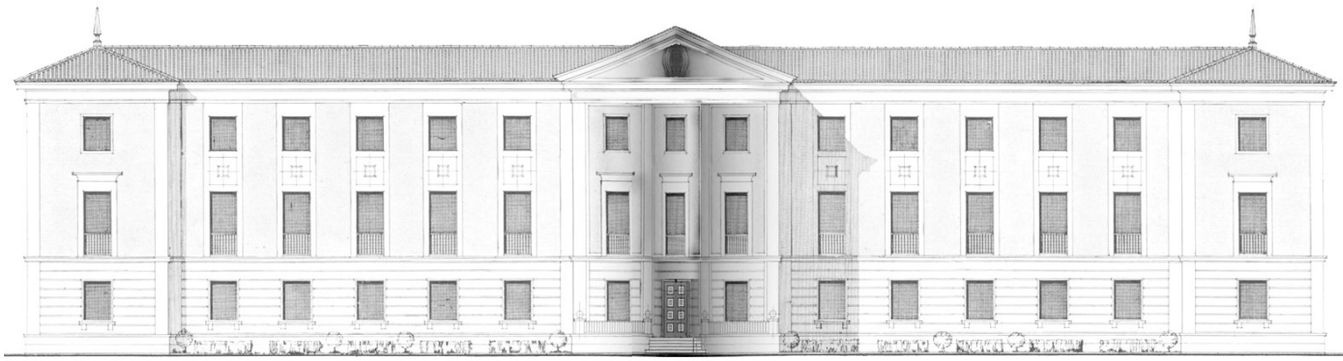
La nueva Residencia fue inaugurada en 1983 por el teniente general jefe del Estado Mayor del Ejército (JEME), empezando a funcionar con el inicio del año académico 1983/84. Como testimonio de este acto se conserva una placa conmemorativa en el pasillo del vestíbulo del Colegio.

«Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra, Residencia San Fernando. Inaugurada por el Excmo. Sr. Teniente General Jefe del Estado Mayor del Ejército D. RAMÓN DE ASCANIO Y TOGORES y por el Excmo. Sr. General de Brigada de Infantería Presidente del Patronato D. JOSÉ A. CLAVERIA SEMENTE. JUNIO 1983».

Hasta 2015 la Residencia «San Fernando» sigue acogiendo a huérfanos varones que cursen estudios universitarios. Tenía capacidad para 117 residentes, contando con una serie de modernas instalaciones destinadas a ofrecer un buen servicio y un ambiente agradable a los universitarios.

Actualmente la residencia "San Fernando" sigue siendo para huérfanos varones que cursen estudios universitarios. Está situada en la calle General Ricardos nº 175, en Carabanchel Bajo, Madrid.

Reconstrucción (1)



Fachada principal

Fuente: Biblioteca virtual Castilla-La Mancha, nº 41, 3/1944 (extracto).

Con el comienzo de la Guerra Civil, y debido a su emplazamiento, el edificio sufrió numerosos impactos de artillería, siendo más tarde saqueado y destrozados los objetos de culto e imágenes, así como también gran número de dependencias, arrancados los forjados y solados, gran número de instalaciones, carpintería, etc., etc.

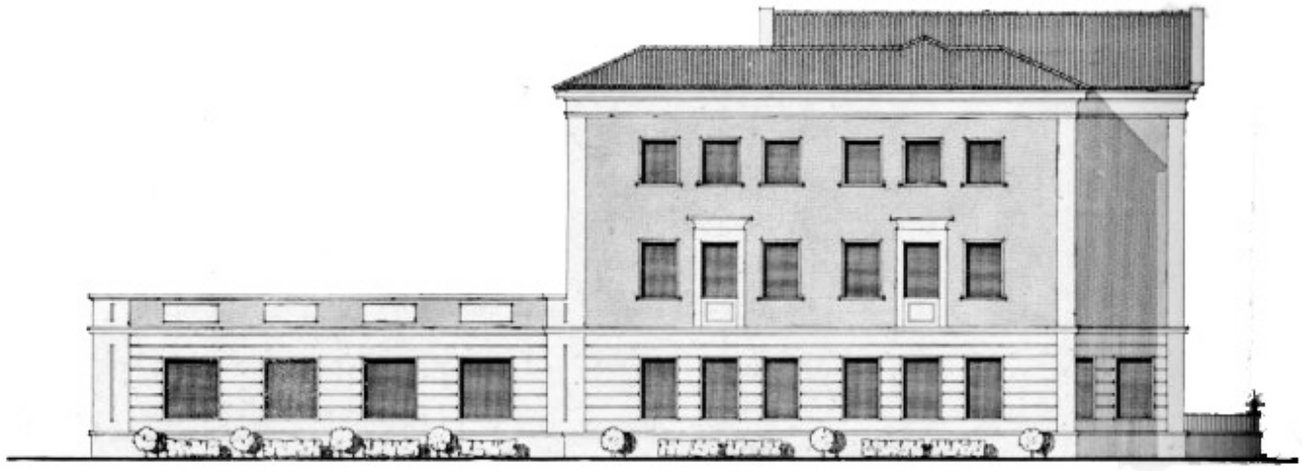
La reconstrucción del edificio, en su totalidad, se compone del Colegio propiamente dicho y Capilla, vivienda de la Comunidad que atiende las necesidades del mismo, enfermería, cocina, lavado de ropa, gimnasio, garaje, campo de deportes y, en pabellón aparte, la vivienda del director y vivienda del guarda.

El edificio principal del Colegio es de planta completamente regular, teniendo la fachada principal y la posterior crujías paralelas enlazadas en su eje por la Capilla y por dos pabellones laterales, a escuadra con la fachada principal, que cierran el conjunto, dando lugar a dos grandes patios.

El cuerpo que compone su fachada principal consta de tres plantas, y el resto del edificio (pabellones), de una sola planta.

Se ha mantenido la distribución existente, si bien teniendo en cuenta los grandes destrozos causados; se ha podido establecer una mejor distribución de

Fachada lateral izquierda.





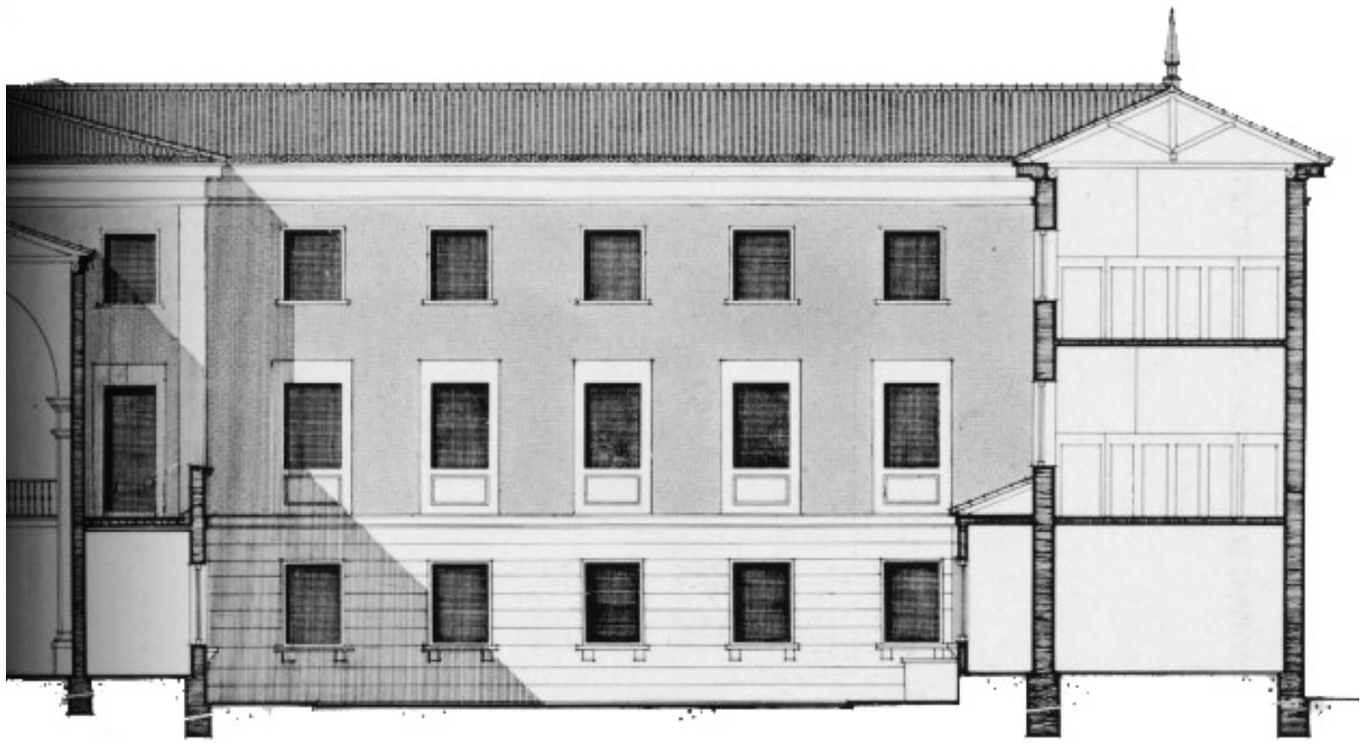
Fachada lateral derecha.

algunas zonas y más fácil enlace de los diferentes servicios del edificio.

El cuerpo del edificio principal se distribuye en la siguiente forma:

Planta baja: en su eje principal, el vestíbulo de entrada, disponiendo en su ala izquierda, así como en el pabellón lateral y fachada posterior del mismo, para clases, en número de cinco; gimnasio, servicio (duchas, lavabos, etcétera); y en la zona simétrica, pabellón lateral y fachada posterior, sala de visitas, despacho del director, Secretaría, sala de Profesores, Biblioteca, Administración y dependencias necesarias para la vivienda de la Comunidad que atenderá los servicios del mismo.

Planta primer; destinada a dormitorios y servicios propios



del mismo (retretes, lavabos, duchas y ropería), disponiéndose en la parte central la Sala de Actos.

Planta segunda: en su totalidad destinada a dormitorios, servicios y Enfermería.

Dado el gran número de destrozos causados, las obras realizadas han sido grandes, siendo necesario el recalce de gran parte de la cimentación antigua, por presentar numerosas grietas; las fachadas, como consecuencia de diferentes asientos por fallos de la cimentación en numerosos puntos; por la misma causa, ha sido necesario demoler en algunas zonas parte de los muros.

Al acometer el proyecto de reconstrucción se ha mantenido el programa de necesidades primitivo, pero teniendo en cuenta las razones de destrucción anteriormente expuestas, se ha podido establecer una mejor distribución y enlace de las diferentes zonas que componen el proyecto.

Las fachadas se enfoscarán y revocarán a la rasqueta, imitando piedra caliza, en la planta baja y pilastras, acusando los entrepaños con el típico color almazarrón, tan clásico y característico de la zona de los Carabancheles; el zócalo será de revoco pétreo, imitando granito.

Queda, pues, con los planos que ilustran estas páginas y la somera descripción en ellas expuesta, la obra de reconstrucción del Colegio de Santiago, que con todo cariño acogió la Dirección General de Regiones Devastadas, juntamente con la llevada a cabo en el Colegio de Santa Bárbara y San Fernando, como muestra del espíritu de justicia y amor a nuestros huérfanos, hijos de los que supieron dar su vida por Dios y por España.

FELIPE J. PÉREZ SOMARRIBA
Arquitecto

Reconstrucción del Colegio (2)



Fuente: Biblioteca virtual Castilla-La Mancha, nº 68, 12/1946.

En el mes de abril del año de gracia de 1945, la Dirección General de Regiones Devastadas entregó a la Enseñanza Militar el edificio reconstruido por aquella, antiguo Colegio de Santiago, en el que durante tantos años cursaron estudios los huérfanos de jefes y oficiales del Arma de Caballería.

A principios del año 1944 fue encargada la Zona Sur de Madrid de redactar el proyecto de reconstrucción correspondiente, que publicamos pocos meses después en el número 41 de nuestra Revista. En el expresado número de marzo de 1944 quedó suficientemente detallado el proyecto que, bajo la dirección del arquitecto que suscribe, realizó con tanto acierto y con tanto cariño el arquitecto don Felipe Pérez Somarriba.



Comedor

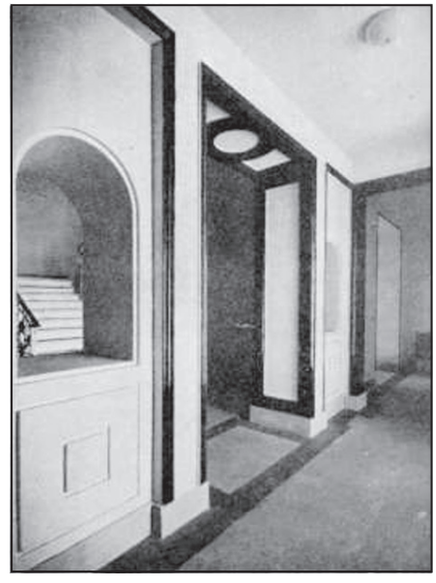
El edificio, en su totalidad, lo forma el colegio propiamente dicho y la capilla, así como la enfermería, cocina, comedor, lavadero, gimnasio, garaje, etc., que juntamente con la vivienda del director y la del guarda, construida en pabellones independientes, forman el conjunto de las edificaciones levantadas en el recinto del colegio de Santiago.

El edificio principal es de planta completamente regular, teniendo sus fachadas principal y posterior crujías paralelas, enlazadas en su eje por la capilla y por dos pabellones laterales, que a escuadra con la fachada principal cierran el conjunto, dando lugar a dos grandes patios. El cuerpo que compone la fachada principal consta de tres plantas y el resto del edificio (pabellones) de una sola planta.

En la reconstrucción del colegio se mantuvo en línea la distribución existente, mejorándola en algunas zonas y consiguiendo un más fácil enlace de los diferentes servicios del edificio.

El cuerpo que compone la fachada principal se distribuye en la siguiente forma:

Planta baja: en su eje principal, el vestíbulo de entrada, disponiéndose su ala izquierda, así como el pabellón lateral y fachada posterior del mismo, para clases, en número de cinco; gimnasio, servicio (ducha, lavabo, etc.), y en la zona simétrica, pabellón lateral y fachada posterior, sala de visitas, despacho del director, secretaría, sala de profesores, biblioteca, administración y dependencias para

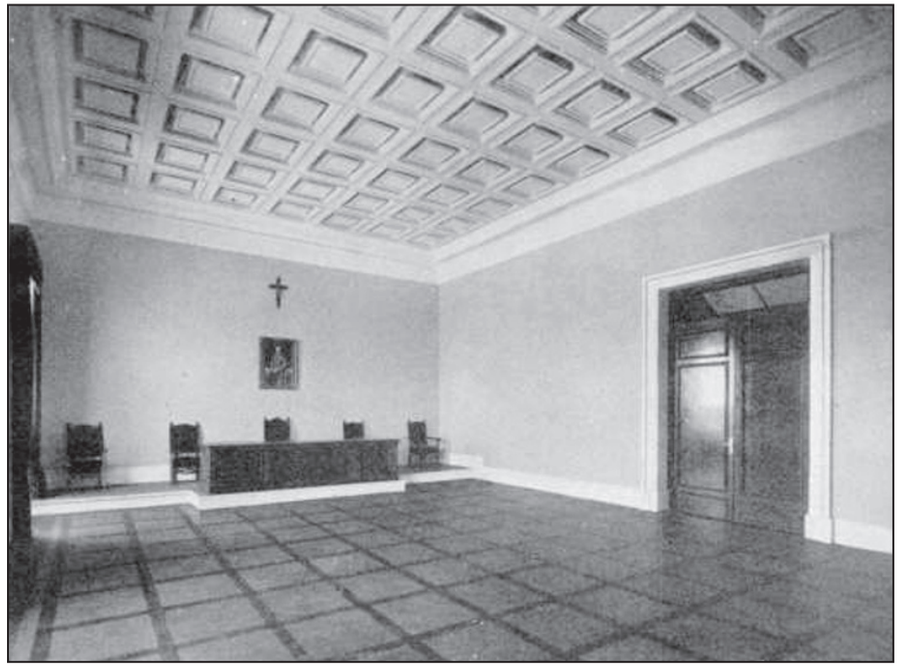




Vestíbulo de ingreso y cuarto de estar de la Comunidad. Detalle de una ventana

la vivienda de la Comunidad que atenderá a los servicios del mismo.

Planta primera: destinada a dormitorio y servicios propios del mismo (retretes, lavabos, duchas y ropería), disponiéndose en la parte central el salón de actos.



Salón de Actos

Planta segunda: en su totalidad destinada a dormitorios, servicios y enfermería. Los destrozos causados en nuestra pasada guerra civil fueron de gran magnitud, por lo cual las obras realizadas fueron muy importantes, ascendiendo el presupuesto total de las mimas a la cantidad de 4.679.457,50 pesetas. Fue preciso recalzar en gran parte la cimentación y reconstruir la fachada casi en su totalidad, previa demolición de algunas zonas de muros que estaban totalmente reventadas. El mismo arquitecto autor del proyecto, don Felipe Pérez Somarriba, ha sido el encargado de dirigir directamente las obras, que ha realizado con toda competencia y cariño.

El Colegio de Santiago, como el de Santa Bárbara, también destinado a huérfanos de militares, tiene ya historia en su vida privada. Por mediación de S. M. la Reina Doña María Cristina fue donada a parcela donde se construyó primitivamente el edificio. Para conmemorar esta donación, el Arma de Caballería dedicó a tan egregia dama una lápida, que tuvimos la suerte de recuperar a la liberación de Madrid, que hoy día ocupa el puesto de honor que le corresponde y del que nunca debió desaparecer.

Esta lápida dice así: «El Arma de Caballería cumple el deber de testimoniar su gratitud a la primera presidenta del Patronato de los Huérfanos del Colegio de Santiago, S.A.R. la inolvidable Infanta Doña María Teresa, y a su augusta madre y sucesora, S.M. la Reina Doña María Cristina, por cuya mediación fue donada la parcela de la finca donde se alza este edificio».

Elocuente inscripción, fiel expresión de lo mucho que por la Patria y el Ejército han trabajado siempre nuestros augustos Monarcas.

La parcela donada al Colegio de Santiago era propiedad del Marqués de Salamanca. El primer edificio se terminó en el año 1945, y en conmemoración a la inauguración del mismo se dedicó la lápida a que antes hemos hecho referencia.

Primitivamente se ocupó del cuidado de este Colegio la Comunidad de Dominicas Francesas, firmándose el oportuno contrato entre el Excmo. Sr. D.

Agustín de Carvajal y Fernández de Córdoba, vicepresidente del Consejo de Administración, y una delegada de la Congregación de la citada Orden, Las enseñanzas que en principio se cursaban eran: Magisterio, Bachillerato, Comercio, etc.

Fueron muchas las personas que, por el carácter benéfico del establecimiento, hicieron donativos para el mismo, figurando entre ellas el Excmo. Sr. General D. Virgilio Cavanillas, que donó la biblioteca, así como los Excelentísimos Sres. Marqueses de Cavalcanti, que en las fiestas culturales y artísticas celebradas en el Colegio le honraban con su presencia, llevando numerosos regalos para los huérfanos que allí se albergaban.

Aparte de la labor cultural y patriótica de los pequeños, realizaron numerosas excursiones, patrocinadas por el General Primo de Rivera y el Duque de Tetuán, entonces ministro del Ejército. En el año 1926, y con asistencia de las primeras autoridades, el Patriarca de las Indias visitó el Colegio, oficiando una Misa solemne y administrando en ella la Sagrada Comunión. En febrero de 1929 se nombró presidente del Consejo de Administración a S.A.R. el General de División D. Fernando María de Baviera, Infante de España.



Dormitorio

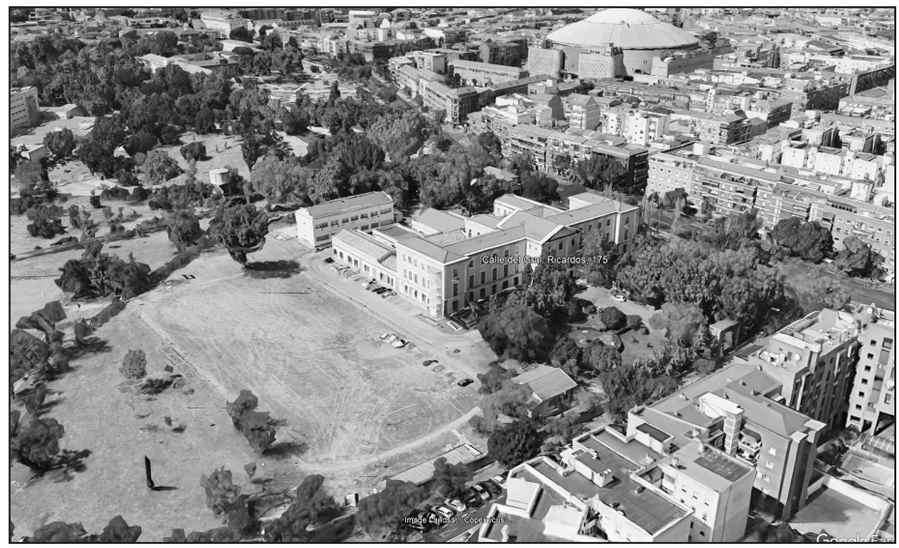
Con el advenimiento de la República empezó el Colegio a recibir intromisiones, pretendiendo la modificación de su enseñanza, llegándose en el año 1934, y por disposición de un Decreto de Beneficencia, de Clara Campoamor, a querer llevar a efecto la incautación del Colegio, que gracias a gestiones particulares pudo impedirse, Por otra parte, la Sociedad de Trabajadores de la Tierra, de Carabanchel, quiso intervenir en el arrendamiento de la huerta del Colegio.

A la Dirección General de Regiones Devastadas cupo el honor de reparar los destrozos producidos en el edificio que nos ocupa, siendo esta obra una de las más importantes, moral y materialmente considerada, entre las muchas que en pro de la reconstrucción de nuestra Patria hemos realizado.

LUIS GARCÍA DE LA RASILLA
Arquitecto

Localización y Entorno

El colegio se encontraba situado en la calle del General Ricardos, número 163 (actualmente 175).



Vista panorámica actual (Google Earth)

CARABANCHEL BAJO Y ALTO

Si deseas alejarte un poco de la zona más céntrica y conocer una parte más desconocida de la ciudad, no te pierdas este pujante distrito. Carabanchel se ha convertido en el distrito 11, foco de una corriente creativa y bohemia albergando a más de 130 artistas distribuidos en unos estudios y talleres de artesanía. Además, cuenta con bares y restaurantes donde degustar las tapas más castizas, así como verdaderas joyas arquitectónicas.

Lo primero, ¿dónde se encuentra? Carabanchel es el distrito número 11 de los 21 que conforman el municipio de Madrid. Se ubica al sur de la ciudad, limitando al norte con el río Manzanares y con el distrito de Arganzuela; al sur, con la localidad de Leganés; al este, con el distrito de Usera; y al oeste, con el distrito de Latina.

Antiguamente se conocía por el nombre de «los Carabancheles» debido a sus dos municipios originales: Carabanchel Alto, que recibió este nombre por situarse sobre una pequeña colina; y Carabanchel Bajo, siendo este último el que se encontraba más cerca del municipio de Madrid. Ambos fueron anexionados a Madrid en 1948, aunque con la restructuración de distritos de 1971, Carabanchel redujo su extensión, puesto que de su antigua zona se crearon los actuales distritos de Latina, Carabanchel y Usera.

Cuenta con los barrios de Comillas, Opañel, San Isidro, Vista Alegre, Puerta Bonita,

Buenavista y Abrantes, siendo Vista Alegre el barrio más poblado con casi 50.000 habitantes. Cabe destacar que en 2018 se registró una población de 243.959 habitantes, siendo por ello el distrito más poblado de Madrid.

Sus joyas arquitectónicas

Este distrito alberga varias joyas arquitectónicas que no pueden faltar en tu visita. En el corazón del barrio de Vista Alegre, destaca la Finca de Vista Alegre, un conjunto monumental y paisajístico, cuyos jardines fueron declarados Bien de Interés Cultural; y el Palacio Vistalegre Arena, un gran edificio multiusos que acoge regularmente eventos musicales y deportivos. Éste último cuenta en la escalinata del acceso sur con un conjunto escultórico de dos toros, la única imagen vinculada al antiguo espíritu taurino del lugar, ocupado desde el año 1908 por la popular plaza de toros de Vista Alegre conocida como "La Chata".

Una parada obligatoria es La Colonia de la Prensa, uno de los ejemplos modernistas que quedan en Madrid. Con entrada principal por la calle Eugenia de Montijo números 61 y 63, se creó en torno a 1910 para escritores y periodistas de la agrupación "Los Cincuenta" con el propósito de urbanizar los terrenos existentes entre Carabanchel Bajo y Carabanchel Alto.

¿Sabías que en Carabanchel se encuentra el edificio más antiguo de Madrid? Hablamos de la Ermita de Santa María La Antigua, el templo mudéjar más antiguo de la Comunidad de Madrid, además de la única ermita de este estilo que se conserva completa. Toda una reliquia románico-mudéjar desconocida para muchos madrileños.

Muy cerca del río Manzanares se encuentra la Ermita de San Isidro, un sencillo templo en el que se rinde culto al patrón de Madrid. Construida en el mismo lugar donde, según cuenta la tradición, San Isidro hizo brotar agua al chocar su vara contra una roca una calurosa tarde de verano con el único objetivo de calmar la sed de su amo, Iván de Vargas. A su lado está el Cementerio Sacramental de San Isidro, el camposanto más antiguo conservado en Madrid y uno de los conjuntos arquitectónicos más importantes de España y más bellos de Europa. Declarado Bien de Interés Cultural está abierto al público y ofrece la posibilidad de realizar visitas guiadas.

También merece especial mención el Cementerio Británico, un singular camposanto de 1854, propiedad del gobierno británico, que se compone de unas 600 sepulturas, rodeadas de unos frondosos jardines al más puro estilo inglés.

Cabe destacar que el distrito cuenta con el yacimiento romano más grande de la Comunidad, descubierto hace más de dos siglos. Comprende una amplia cronología desde la época carpetana (siglos IV – III a.C.) hasta la actualidad. Su legado cultural incluye también el entorno del cementerio de la Antigua y el solar de la demolida Cárcel de Carabanchel, inaugurada en 1944 y, durante mucho tiempo, fue la única cárcel masculina de Madrid. En 1998, la cárcel cerró sus puertas tras 55 años de funcionamiento.

Los bares más castizos

En este popular distrito también es posible degustar las mejores y más auténticas tapas madrileñas gracias a que en él se conservan muchos locales con arraigadas tradiciones gastronómicas.

En la Casa de los Minutejos (Antonio de Leyva, 19), fundada en 1967, es posible saborear una de las tapas más auténticas

de Madrid, los minutejos, una especie de sándwich relleno de oreja de cerdo laminada y aderezado con salsa también picante. También disponen de otro plato a tener en cuenta: la oreja de cerdo asada, que se puede servir con ajo y perejil.

El restaurante Casa Enriqueta (Calle del General Ricardos, 19) es todo un clásico de la casquería de la ciudad donde llevan más de 60 años manteniendo la tradición de la cocina madrileña. Su plato estrella son las gallinejas y los entresijos.

En el castizo barrio de Vistalegre se encuentra la Cerveceria Gonmar (Paseo de Marcelino Camacho, 47) que lleva más de 60 años de recorrido. Su especialidad es la oreja a la plancha, que se prepara al momento, con un punto crujiente y un sabor inconfundible pero tampoco hay que olvidar sus patatas bravas, con una salsa casera picante.

La Finca de Vista Alegre se reconvierte en asistencial (1886)

Dadas las enormes deudas que dejó el marqués de Salamanca a sus herederos, éstos cedieron en 1886 la finca al Estado quien lo reconvirtió en un gran recinto de establecimientos asistenciales y docentes de titularidad pública:

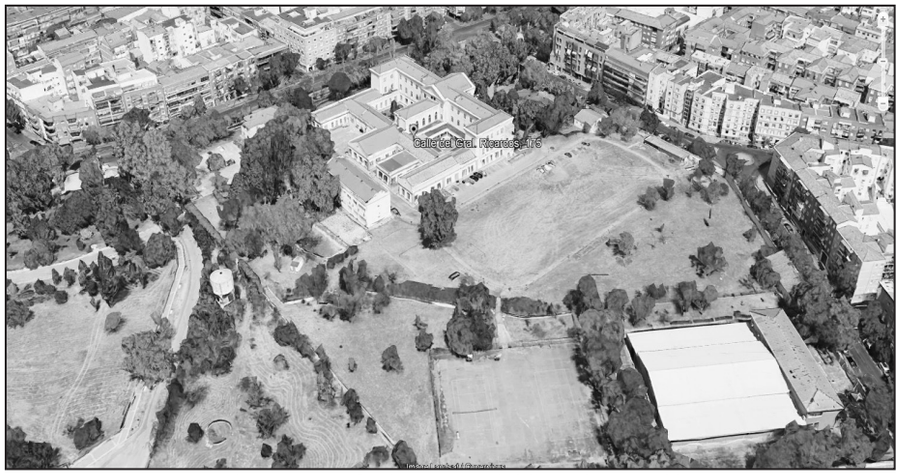
1.- Colegio "La Unión": El Palacio Viejo de la Reina María Cristina fue acondicionado para acoger el Colegio de las huérfanas de militares y empleados llamado de "La Unión", homogeneizándose el volumen y remodelándose sus fachadas, pues a la fachada del jardín se le adosó otra fachada de estilo neogriego y en la principal se construyó la capilla, en perpendicular y con carácter neomudéjar.

2.- Asilo de Ciegos: En la que fuera la antigua Casa de Bellavista.

3.- Reformatorio de menores: Al suroeste de la posesión, en lo que fuera el cerro de los olivos, junto al arroyo del Campo o San Roque, que la atravesaba, y uno de los estanques grandes, se levantó este monumental edificio asistencial, a instancia de los Padres Terciarios Capuchinos y, más concretamente, del que fuera director de la vecina Escuela de Reforma Santa Rita, Domingo María de Alboraya. Su fin iba a ser el mismo de ésta y el de su congregación, la corrección de jóvenes, su moralización y enseñanza para su reinserción social y bajo tutela religiosa, un centro, en definitiva, innovador en su época en cuanto a criterios y gestión. El proyecto realizado por Carlos de Luque López entre 1907 y 1908 y cuyas obras finalizaron en 1924.

4.- Colegio de Santiago: En 1914 se aprueba la fundación de un nuevo centro docente en Vista Alegre: el Colegio de Santiago para albergue de huérfanos de Jefes y Oficiales del cuerpo de Caballería, bajo el patrocinio de la reina madre María Cristina de Austria y de su hija la infanta María Teresa de Borbón, sirviendo así de complemento al denominado colegio de Santa Bárbara y colegio de San Fernando en el municipio cercano de Carabanchel Alto, con el mismo fin pero al servicio del cuerpo de Artillería y del cuerpo de Ingenieros, respectivamente. Para su emplazamiento se eligieron los terrenos inmediatos a la Puerta Bonita, creada por el marqués de Salamanca en 1857, junto al tramo final de la ría, es decir, del estanque estrellado y su isla, los cuales tuvieron que desaparecer. El colegio se construyó en 1915 y, tras su inauguración, se encomendó su cuidado de la comunidad religiosa Madres Dominicas Francesas.

5.- El Asilo de Inválidos del Trabajo: la reina María Cristina de Borbón decidió, en 1887, destinar el edificio del palacio nuevo del marqués de Salamanca a Asilo de Inválidos del Trabajo, inicialmente bajo la dirección



Vista panorámica actual (Google Earth)

de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul. Para adaptar el edificio al nuevo uso, la reina María Cristina de Borbón encargó las obras a Santiago Castellanos Urízar, que las llevó a cabo entre 1888 y 1898, y por las que se conservaría incólume el aspecto exterior y algunos espacios interiores, como el vestíbulo y la capilla, y se compartimentarían los restantes en función de estos nuevos usos. Además, en 1899, José Grases Riera remodeló la terraza y la marquesina, empezando ese mismo año a funcionar. Con el paso del tiempo la institución se iría transformando. Así pasó de Asilo de Inválidos del Trabajo (1889) a Instituto de Reeducación Profesional de Inválidos del Trabajo (1922), posteriormente a Instituto de Reeducación Profesional (1928) y finalmente a Instituto Nacional de Reeducación de Inválidos (INRI) (1933). Tras esto, Eugenio Sánchez Lozano llevó a cabo una nueva reforma del edificio en el que estaba el Instituto Nacional de Reeducación de Inválidos (INRI) entre 1934 y 1935.

Por este popular y populoso barrio madrileño se daban un largo garbeo los pínfanos los fines de semana si las notas y la conducta habían sido buenas, seguro que muchos recordarán el cine Los Ángeles, situado justo enfrente del Bajo en el 188 de la misma calle, o el Cinema España al principio de la calle, al lado del puente de Toledo, los numerosos bares de la zona y el transporte público para acceder a Madrid, un barrio bien comunicado por autobuses y metro.



Dependencias



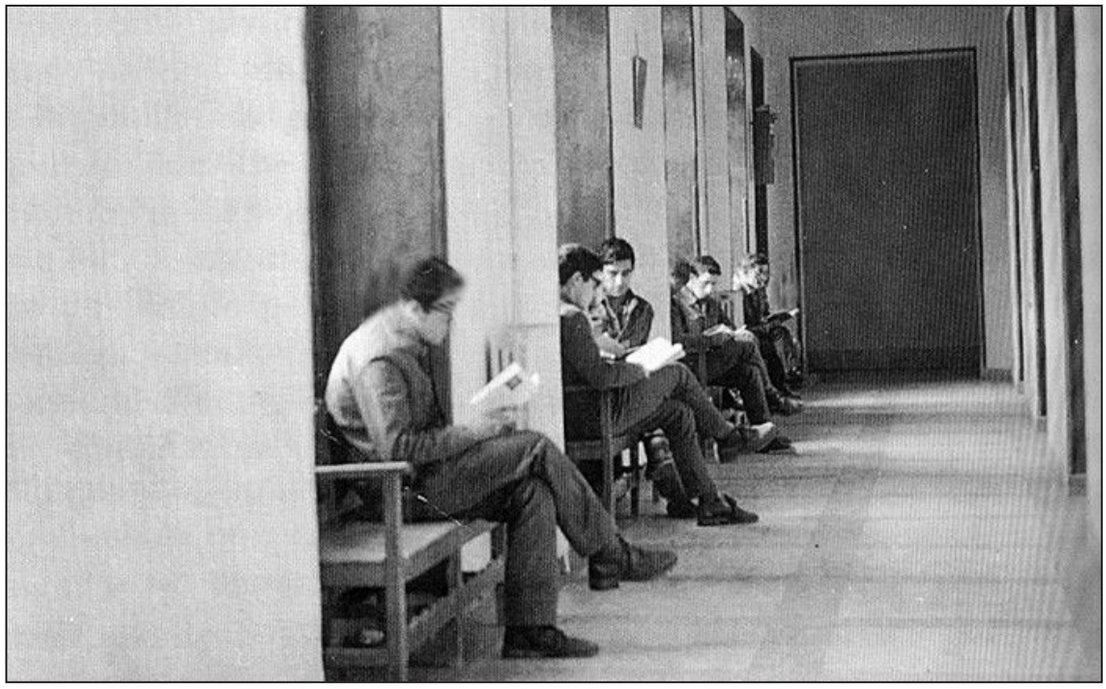
Entrada principal al edificio



Escalera principal



Pasillo actual (en este estuvieron las clases de quinto curso y Preuniversitario)



Pasillo original con pínfanos lectores (clases de sexto)



El mismo pasillo en la actualidad, dónde están situados los despachos y oficinas de la Dirección



Pasillo (de la izquierda) que lleva al comedor (puerta del fondo)



Capilla



Vista del Coro y de «los Cristos»



Detalle de una de las vidrieras de la capilla



Sala de estar y de visitas



Sala de estudio



Comedor actual

Estudios Impartidos

Plan de estudios de 1957 (extracto).

Primer ciclo o Bachiller Elemental que finalizaba con una Reválida.

En **Cuarto** teníamos ocho asignaturas:

Religión, Educación Física, Formación del Espíritu Nacional.

Latín, Lengua española, Historia, Matemáticas, Física y Química.

La Revalida de Bachiller Elemental constaba de tres grupos de asignaturas:

I.- Religión, Idioma Moderno, Formación del Espíritu Nacional y Educación Física.

II.- Latín, Lengua y Literatura españolas, Geografía e Historia.

III.- Matemáticas, Física y Química, Ciencias Naturales.

Segundo ciclo o Bachiller Superior que constaba de 2 cursos y finalizaba con una Reválida

Se podía acceder cuando en el año natural se cumplieran al menos los catorce años de edad.

En Bachiller Superior había que elegir entre Ciencias y Letras.

En **Quinto** teníamos ocho asignaturas:

Religión, Educación Física, Formación del Espíritu Nacional.

Ciencias Naturales, Dibujo, Idioma Moderno.

Letras: Latín, Griego.

Ciencias: Matemáticas, Química.

En **Sexto** teníamos ocho asignaturas:

Religión, Educación Física, Formación del Espíritu Nacional.

Filosofía, Literatura, Historia del Arte y de la Cultura.

Letras: Latín y Griego.

Ciencias: Matemáticas, Física.

La Revalida de Bachiller Superior constaba de tres grupos de asignaturas, a su vez divididas en dos subgrupos: I y II comunes, III específico:

I.- Religión, Idioma Moderno, Formación del Espíritu Nacional y Educación Física.

II.- Filosofía, Literatura, Historia del Arte y de la Cultura españolas, Ciencias Naturales.

III.- Matemáticas, Física y Química (Ciencias) / III.- Latín y Griego (Letras).

La reválida de Sexto era un auténtico dolor de muelas y también se realizaba por libre en el Instituto San Isidro de Madrid que ya conocíamos de la reválida de Cuarto.

Preuniversitario (hasta el Curso 1970-1971).

Religión, Historia de la Filosofía, Literatura española, Historia de España, Idioma Moderno, y Biología.

Ciencias: Matemáticas, Física y Química.

Letras: Latín y Griego.

Finalizaba con la **Prueba de Madurez** que se realizaba en la Universidad Complutense.

Constaba de dos ejercicios en una Prueba Común y otros dos en una Prueba Específica para Ciencias y Letras. En ambos se obtenía una nota media que debía superar el 5 (Apto) y la media de puntuación final que era obligatorio aprobar para poder matricularte en la Universidad.

Curso de Orientación Universitaria (COU) (a partir del curso 1971-1972).

Era una enseñanza no obligatoria en España perteneciente al sistema educativo diseñado en Ley General de Educación de 1970 y constaba de un solo curso, equivalente al último de bachillerato de la LOGSE. Vino a sustituir al anterior Curso Preuniversitario (PREU) de la Ley de Enseñanza Media de 1953.

Se cursó por última vez durante el año académico 2000-2001.

Las materias comunes del COU eran Historia de la Filosofía, Lengua Extranjera, Lengua Española y Religión o Ética. Además, las materias propias de cada modalidad eran las siguientes:

Científico-Tecnológica: Materias obligatorias: Matemáticas I y Física. Materias optativas (a elegir dos): Química, Biología, Geología y Dibujo Técnico.

Biosanitaria: Materias obligatorias: Química y Biología. Materias optativas (a elegir dos): Matemáticas I, Física, Geología y Dibujo Técnico.

Ciencias sociales: Materias obligatorias: Matemáticas II e Historia del Mundo Contemporáneo. Materias optativas (a elegir dos): Literatura, Latín, Griego e Historia del Arte.

Humanística - Lingüística: Materias obligatorias: Literatura e Historia del Mundo Contemporáneo. Materias optativas (a elegir dos): Matemáticas II, Latín, Griego e Historia del Arte.

Personal docente

Descripciones extractadas y adaptadas del documento «Historias de webfanos», generado coralmente por algunos antiguos alumnos. Estas descripciones reflejan los recuerdos de quienes participaron en su redacción, aunque no siempre fueron unánimes por lo que, en casos concretos, pertenecen a una sola persona a la que tal vez las experiencias vividas con alguno de los profesores no fueron como le hubiera gustado.

Inicialmente la enseñanza, administración, gestión y disciplina de los colegios Inmaculada y Santiago de Carabanchel Bajo, estaba encomendada a una institución llamada Divino Maestro[10]. La componía un grupo de maestros que surgieron durante la Guerra Civil o después de ella.

Estaban dirigidos por el obispo don Leopoldo Eijo y Garay y por don Manuel Cuesta del Muro (Director de la Institución del Divino Maestro) que era prácticamente ciego y nos recordaba a los personajes ciegos de Valle Inclán.

Por eso, a él le llamábamos el Tuerto y a los miembros de la Institución «los tuertos».

El director, que lo fue de ambos colegios, Chamartín y Bajo, era D. David de Francisco Allende.

PROFESORADO

Don David

Alias el Willy. Don David de Francisco Allende. Alto, con el pelo negro y la tez aceitunada, no por ser de la familia de los Camborios, sino por sufrir del hígado. Tal padecimiento lo convirtió de por vida en un ser triste que tal vez afectó a su carácter. Más que respetarlo, le temíamos. Comenzó dando clases de Francés, pero tuvo que dejarlo a causa de su precaria salud.

Definir graciosamente al Willy es un empeño imposible. Y además no me arriesgo porque lo mismo me cae un soplamocos de aquellos, nunca se sabe... tenía la mano larga. Lo más gracioso que hizo el Willy fue cambiarle el título a «Una Piccolissima Serenatta» (Renato Carosone) por «Una pijotísima serenata».

[10]. *La Institución del Divino Maestro, cuyo lema es «Id y enseñad», es una fundación benéfico-docente que se encuentra ubicada en Madrid. Fue promovida y patrocinada por el Arzobispado de Madrid en el año 1927 y finalmente fundada por el obispo de Madrid-Alcalá, don Leopoldo Eijo y Garay (1878-1963), para internado de estudiantes de Magisterio.*



A la izquierda Don David, posando con el equipo de fútbol en 1955

Todavía resuenan los ecos de la carcajada del Willy cuando la Sor del lavadero, una mujer grandota, fue a quejarse porque «los chicos escupían en las sábanas». Se ignora si hubo más explicaciones.

Solía darte con el dedo índice de la mano en la zona clavicular, lo cual provocaba depresiones en la zona infraclavicular, ¡qué dedo tenía el Willy! y ¡qué inercia le imprimía!

¿Recordáis cuando ensayábamos con don David los cánticos para el funeral de don Manuel? Nunca me he reído más, menuda parodia, si se entera Alfonso Paso, escribe una comedia de partirse de risa.

Los sopapos del Willy los recibía, no voy a decir con alegría, que masoca tampoco era, pero si con cierto respeto, los veía venir por derecho y no los esquivaba. Había hecho algo mal y, en justa correspondencia, recibía mi castigo, aunque la «paga» me pareciera excesiva.

En los años 1962-1966 don David, impartía Latín a los de 4º. Durante la guerra fue Alférez Provisional. En los años cuarenta, a los Alféreces Provisionales se les dio la opción de ser vice maestros; no sabemos exactamente la titulación docente de este colectivo, pero podemos decir que no eran catedráticos de Instituto, condición indispensable para ser Inspector de Enseñanza Media.

Siguiendo con don David, nos gustaría saber quién le puso el apodo de Willy, en aquella época se comentaba que significaba algo así como jefe de una banda.

Algunos lo tildaron de déspota y toda una retahíla de piropos por el estilo, que en ocasiones se los merecía, porque lo que es mala leche tenía para dar y regalar, y desde luego no se puede decir que fuera exquisito en las relaciones con los alumnos. En cuanto las bofetadas, seguramente hubiera sido preferible que se las ahorrara. Todo eso es cierto, pero...

También es cierto que era, como dicen las Reales Ordenanzas de Carlos III en el capítulo referente al cabo, sostenido y decente[11]. Repartía su agrio carácter con equidad y a tenor del Reglamento, sin preferencias ni enchufes, ordenancista, intolerante con la indisciplina, gritón y de mano suelta, pero con el Willy sa-

[11]. *Los Cabos en su trato con los Soldados serán sostenidos, y decentes; darán a todos el Usted; les llamarán por su propio nombre, y nunca se valdrán de apodos, ni permitirán que los Soldados entre ellos usen de voces, ni chanzas de mala crianza.*

bías a qué atenerte; la hacías, la pagabas (caro, muy caro) y en paz, a empezar otra semana desde cero.

Según fui pasando de curso, mis notas mejoraron ostensiblemente hasta salir incluso los jueves (premio reservado a notas medias superiores a 7 sobre 10) y me mandó llamar a Dirección para decirme «tú has mejorado, vuélvete al estudio».

Tan lacónica frase me compensó de lo peor de la primera época, me llenó de orgullo y hasta le cogí respeto. Pues sí, señores, a pesar de todo, yo al Willy le guardo respeto, y hasta un poco más... no digo cariño, no; al Willy no se le podía querer como a Don José, o a Don Rosendo el del Alto, ni siquiera como a La Trini, pero yo tengo que reconocer que también me ayudó a crecer como persona. Demostró que reconocía el mérito de cualquiera en intentar llegar a ser mejor, progresar, etc...

Estoy de acuerdo con que tal vez no fuera un director ejemplar, quizá por eso me impactó más el destello de humanidad que tuvo conmigo, aunque para algunos no fuera precisamente un prototipo de elevadas virtudes, actuaba siempre sin dobleces.

Don Lorenzo

Don Lorenzo López Jorge, «El Loren». Primero fue administrador y en los años setenta llegó a ser director del CHOE sustituyendo al Willy.

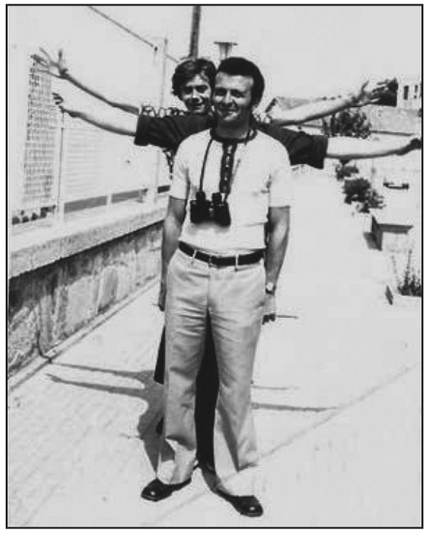


Día de la Inmaculada 1974 - El de traje y corbata es don Lorenzo, presidiendo un partido de fútbol entre un equipo de Inspectores y otro de Alumnos

De don Lorenzo no tengo «grato» recuerdo. En mi primer año del Bajo y en el día de la Inmaculada, haciendo fila para entrar a la capilla a oír misa, me di cuenta de que no llevaba el chaleco gris que nos poníamos en invierno y, haciéndole una seña para hablar con él, me acerqué con su autorización para desfacer mi error de vestimenta y solicitar su permiso para subir al dormitorio a por el chaleco. Apenas pude decir D. Lor.... me calzó tamaña galleta que me caí *patrás* y *patasarriba* arrastrando en el impulso a varios compañeros de la fila; ante la extrañeza general, y la mía en particular, se acercó a mí y me dijo «eso por fumar y gracias a que solo te he olido, porque si te llego a ver te hago tragarte el cigarro». El muy… aún no se había enterado de que el día de la Patrona se permitía fumar hasta en la Inmaculada y que en el Bajo había permiso general para el vicio.

Lo que llevé muy mal, y encima te lo tenías que tragar junto con las lágrimas de rabia e impotencia, eran algunas actuaciones injustas por su parte, por arbitrarias.

Franco



Jorge Franco Romeo. Gallego, de Vivero (Lugo). Primero fue pínfano, de los buenos. Posteriormente ejerció como inspector, profesor de Dibujo Técnico y por último secretario del Bajo en los años setenta y siguientes hasta su jubilación. Toda una institución entre los pínfanos durante muchos años, de quien publicamos en este mismo libro la reseña del merecido homenaje que se le tributó al retirarse de primera línea.

Desde su Vivero natal sigue colaborando con los pínfanos en todo lo que se le pide.

El Virule

Don Francisco de Marco Muñoz. Profesor de Ciencias Naturales y Química en el Bajo. Madridista acérrimo. Su frase preferida era «¡Abrid los vidrios, que huele a choto!». Cuando alguien cuyo nombre no recuerdo le preguntó en clase por las esponjas, solo fue capaz de contestarle que «viven en el fondo del mar».

–Matarile rile, rile... no tiés ni puta idea, tiés un quisco (un cero) – sentenció en su tono castizo de Lavapiés.

Antes de un examen decía: «Traed mucho papel ¡que somos muchos y saben mucho!», nos dejaba estudiar y decía que después pondría el examen, aunque a veces no lo cumplía.

Te preguntaba por la formula del pentacloruro sódico y cuando ponías cara extraña, te decía «He dicho pentacloruro, no pentacampeón de Europa» (esto último con chulería madrileña).

Cuando nos dictaba los apuntes de Biología y hablaba de la hipófisis o decía aquello del «elegante nadar del tiburón…» sonaba más cursi que unos guantes rojos. Algunos decían que el Virule en su casa le diría a su mujer: «Paca, pásame el cloruro», con ese acento chulapón que se gastaba.

Vivía en Carabanchel, muy cerca del colegio, concretamente en las casas de Correos (alguien tenía en ellas una novieta) que estaban por encima del bar el Bloque.



El Virule (sin sombrero) con el sexto curso de 1955

Don Trinidad

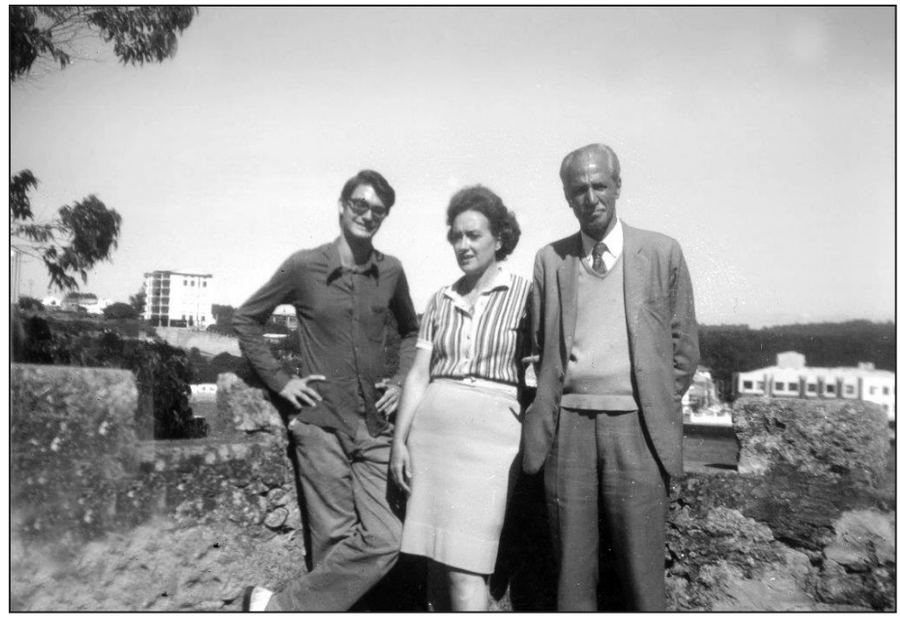
Alias la Trini. Don Trinidad Carnicero Ruiz. Profesor de Historia, Geografía y Filosofía.

Retrato aproximado: Alto, muy delgado; piel muy amarilla, pelo negro, aunque ya blanqueando. Ojos de mirar inquieto. Usa bigote a juego con el pelo. Viste casi siempre traje negro con rayas verticales blancas que le queda muy ancho. Chaleco del mismo color muy cortito y ajustado; corbata a rayas grises y blancas. Peinado impecable hacia atrás, dejando al descubierto dos buenas «entradas».

Retrato psicológico: Carácter agradable y alegre casi siempre. Le gustaba hacer chistes y criticar el progreso en alguna de sus facetas. Tenía mucho miedo y apego por su salud.

Costumbres: Describiremos las que tiene en el colegio, pues pasa aquí días enteros dando clases y también se queda a comer. Los días que hace mucho frío no viene a clase y, si lo hace, es a partir de las 10 de la mañana, cuando ya sale el sol con algo más de fuerza o no hace tanto frío.

Al llegar a clase lo primero que hace es pegarse como una lapa a la calefacción; se sienta a leer y nos deja repasar media hora. Eso cuando no le sacamos



Castillo 1972 - Don Trinidad Carnicero, esposa e hijo

cualquier tema que le interese y entonces termina la clase sin haber parado de hablar. Sostiene que el hombre es pasional y no racional.

Condena las bombas, los aparatos bélicos y los automóviles, por los accidentes. Considera que es mejor viajar en autobús por si hay un choque y porque siempre que viaja en taxi se le estropea. Critica a menudo el modo de construcción de la Gran Vía. Si alguien está acatarrado, no lo quiere tener en clase.

Cuando te saca a dar la lección suele dejar el libro abierto y se repantinga con la silla hacia atrás, en peligroso equilibrio, mirando al techo. Se pierde en sus pensamientos, pero si está de malas, lo cierra de un golpe seco y te presta atención. Entre clase y clase se refugia en la sala de profesores, se tumba en el mejor sillón desmayadamente, estirando las piernas, y lee el periódico.

Cuando toca recreo sale del aula poniendo las manos por delante del cuerpo para protegerse de los alumnos que salen en tromba y si alguien le empuja fuerte o lo tira (no sería la primera vez) le pone un cero en su asignatura o le pide un «parte». Presume de tener mucha vista y en los exámenes suele dejar copiar a propósito, confiándonos hasta que caza a uno o dos in fraganti.

Entonces se muestra orgulloso, satisfecho y halagado, especialmente cuando le decimos «¡Qué vista don Trinidad!» y ya

no se preocupa más de vigilar. Su pasión son los sellos. Desde que yo le regalé uno un poco raro, saco con él la máxima nota que es un 7.

Manías: Condenar lo que no sea saludable y los coches. ¡Ah! Y la comodidad por encima de todo.

Ya sale D. Trinidad con su abrigo rojo chillón y su bufanda del bracete de D. José.

D. Trinidad era un buen elemento, aunque la enseñanza no parecía importarle demasiado; Cuando te preguntaba en clase y estabas pez, solo había que nombrar algún tema de filatelia, su verdadera pasión, y el hombre empezaba a divagar y acababa contando unas batallitas de abuelo Cebolleta que pasaban del piojo a la nicotina, al caballo de Troya, la guitarra de Agapito, la carabina de Ambrosio, o lo que fuera menester.

Se comentaba que tenía el cuello tan alargado porque lo estiraba a tope durante las carreras de caballos que se celebraban en el Hipódromo de la Zarzuela, de las que, por lo visto, era un gran aficionado.

Don Celedonio

El Hijito. El Cele, profesor de idiomas, (bueno, profesor de Francés porque en todo el colegio solo recuerdo a uno, sin duda más práctico que los demás, que diera Inglés), jamás se inmutaba; una tarde cayó de repente una tormenta de mil pares, con un aguacero como para asustar a Noé, nos olvidamos de la clase y nos quedamos todos mirando hacia las ventanas.

–Hijitos, (pausa) eso que cae, (pausa) es agua... –¡nos sacó de dudas el Cele!

Don Carlos

Este profesor de Matemáticas era militar, de Artillería, y algo soberbio en el trato con los alumnos. Te decía en la pizarra: «te falta una coma» y, si no te enterabas, a base de lanzamientos repetidos de tizas te indicaba dónde faltaba. Tenía una frase curiosa: «Me vais a matar a disgustos, pero diré que me entierren detrás de la portería de fútbol y por la noche aparecerá mi espectro y no os dejaré vivir en paz».

Otra parecida: «Hace años mi mujer puso huevos fritos para almorzar y cenar, cuando puso el de la noche lo tiré contra la pared y en mi casa nadie ha tenido huevos de despegarlo todavía», precisamente esta venía a cuento de que, en su opinión, nadie tenía más huevos que él.

Don José Hesse

El Pepe. Don José Hesse Murga. Profesor de Literatura y de Griego. Un hombre abrumado por el mundo.

Retrato aproximado: Bajo, muy delgado, aunque con apariencia de ser fuerte debido a las grandes chaquetas que usa. Pelo canoso peinado hacia atrás y con principios de calvicie. Ojos redondos y hundidos en las cuencas, no tiene bigote y sus dedos son flacos y amarillentos.

Viste descuidadamente, tanto es así que la mayoría de las veces tiene el pantalón desabrochado por delante. Usa traje o combinaciones de chaqueta y pantalón, corbata roja y chaleco. La única característica común en el vestir es su desaliño indumentario y tener todos los bolsillos de las americanas rotos debido a que guarda en ellos demasiadas cosas. Anda muy aprisa, lanzando el cuerpo hacia delante y con los pies abiertos hacia fuera.

Retrato psicológico: Nervioso y con poco carácter, pesimista y supersticioso. Muy cumplidor del deber.

Costumbres: Suele fumar en pipa. Por ser tan supersticioso no viene a clase los 13 y martes y no puede ver un gato negro o un cuchillo. Sus frases preferi-



Don José, en la fila de en medio con abrigo gris

das son: «es de cabeza, chico», «quiero que uséis el cerebro» y «tenéis que asimilar...» las cuales repite cada minuto.

Un año pusieron en su clase un trozo de una lápida mortuoria y al verla dio un salto, se puso pálido y tembloroso y corrió a tocar el hierro de la calefacción. Otra vez preguntó la lección a 13 alumnos, se lo advertimos y –por desgracia para ellos– se la preguntó a dos más. En cierta ocasión, al terminar la clase, se encontró de frente con un papel en el que se había dibujado el nº 13, un gato y una navaja.

No nos movimos esperando que saliera él, pero hasta que no quitamos el dibujo no salió. Alguien puso una esquela en el pasillo con su nombre. No quiso leerla... La cogió, la dobló y quiso demostrarnos que no tenía miedo, haciendo con ella una pajarita, pero le temblaban tanto las manos que no lo consiguió y, finalmente, la tiró. Al salir de clase, más de lo mismo: un chico le enseñó una alegre colección de 20 esquelas recortadas de periódicos. Salió de allí como un cohete.

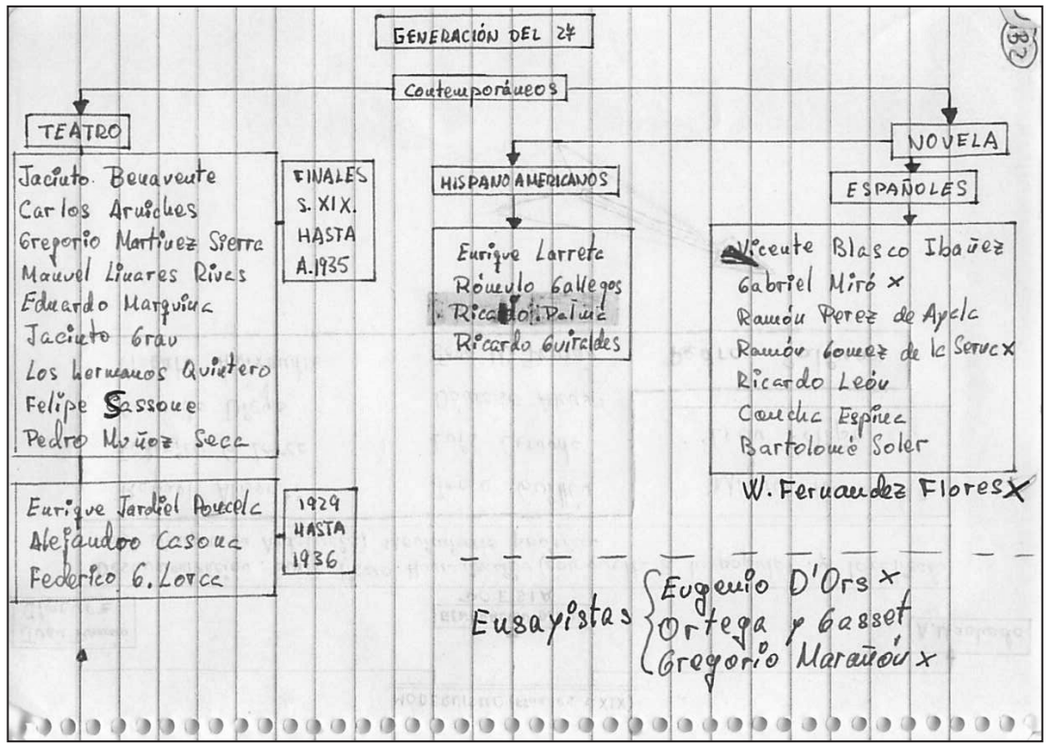
Lo curioso es que le decimos que es gafe y responde que no, pero en varias ocasiones le hemos preguntado si la semana que viene nos va a poner música medieval o si el 19 es su santo y siempre contesta en voz baja que a lo mejor no llega a ese día porque seguro que antes lo atropella un camión. Se pone triste y a mí me da un poco de pena. Su pasión son las obras románticas y se extasía oyéndolas en discos.

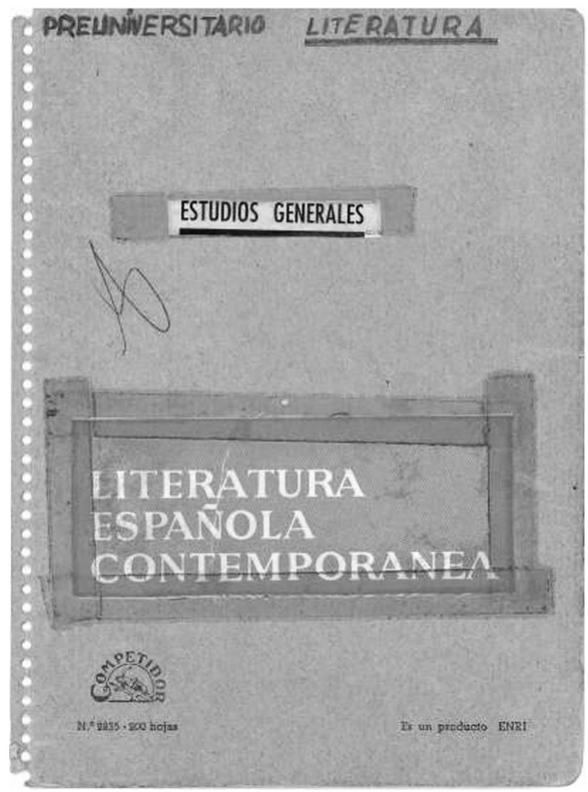
Manías: Ser gafe, gafe y gafe.

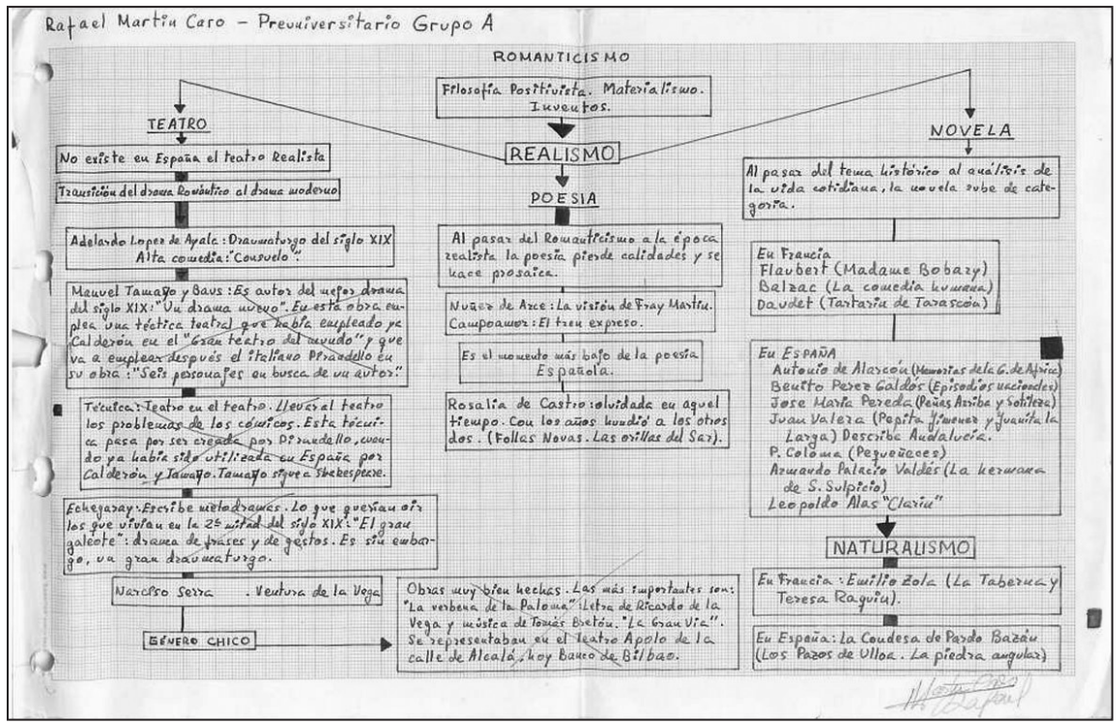
D. José Hesse Murga que no me lo toquen, era el ser más apocado que he conocido nunca, y eso, para los que siempre fuimos de natural tímido, era un valor añadido. Sabía muy poco Latín y me lo enseñó hasta llegar a hablarlo, ¡palabra! No tenía ni idea de Griego, y lo aprendimos juntos. En Literatura era el Rey y en Lengua casi un Dios. Pero, sobre todo, lo que sabía hacer cómo nadie era ser una buena persona. Le sigo queriendo, un sentimiento compartido por muchos pínfanos.

Unos años después de terminar el colegio, me le encontré en Burgos, yo ya era Licenciado con lo cual nos tratamos de colega a colega; estuvimos hablando y me contó que estuvo en el colegio como castigo por estar represaliado.

A propósito de D. José Hesse, que fue mi profesor de Literatura, un gran profesor, tengo un libro suyo, el único que existía en su época, sobre los Grandes del Teatro Ruso cuando aquí ni se sabía que existieran autores y teóricos tan importantes, por eso no me extraña que estuviera represaliado, aunque no en un colegio de pínfanos. Por cierto, estaba dando clase el día que en su aula, por un desgraciado accidente, murió uno de sus alumnos.


GENERACIÓN DEL 27
Contemporáneos
TEATRO
Jacinto Benavente
Carlos Arniches
Gregorio Martínez Sierra
Manuel Linares Rivas
Eduardo Marquina
Jacinto Grau
Los hermanos Quintero
Felipe Sassone
Pedro Muñoz Seca
FINALES S. XIX. HASTA A. 1935
Enrique Jardiel Poncela
Alejandro Casona
Federico G. Lorca
1929 HASTA 1936
HISPANOAMERICANOS
Enrique Larreta
Rómulo Gallegos
Ricardo Palma
Ricardo Güiraldes
NOVELA
ESPAÑOLES
Vicente Blasco Ibañez
Gabriel Miró
Ramón Perez de Ayala
Ramón Gomez de la Serna
Ricardo León
Concha Espina
Bartolomé Soler
W. Fernandez Flores
Ensayistas
Eugenio D'Ors
Ortega y Gasset
Gregorio Marañón


PREUNIVERSITARIO
LITERATURA
ESTUDIOS GENERALES
LITERATURA ESPAÑOLA CONTEMPORANEA
COMPETIDOR
N.º 2835 - 200 hojas
Es un producto ENRI



Guardo con esmero los cuadros confeccionados por siglos, que nos dictaba para ser copiados en aquellos cuadernos de tapas grises con el logotipo del Colegio, y donde distribuía en Poesía, Prosa y Drama, todos los autores importantes de cada periodo con alguna de sus obras emblemáticas. Hasta con mis hijos los he utilizado por su claridad, sencillez y visión panorámica de la literatura española.

Recuerdo con cariño esta frase tan pedagógica de D. José: «De cabeza chico, Santo Domingo, San Millán y Santa Oria» y cuando te equivocabas decía: «A freír puñetas».

Don Félix

Profesor de Formación del Espíritu Nacional. Se llamaba Félix Blasco Sebastián. Recordareis la cantinela: padre de 8 hijos, comandante de Infantería. No sé si recordáis que el hijo venía al colegio, estaba en mi curso. Físicamente pequeñito, pero grande y buena persona.

De don Félix recuerdo su peculiar tono de voz, que era bajito y que le salían los pelos de la nariz cosa mala. Vestía traje gris y corbata y daba la clase de pie, subido en la tarima y apoyada una de las manos en la mesa que le quedaba por encima de la cadera. Podías hacer lo que quisieras (por lo menos en mi época) que no se inmutaba y continuaba su explicación como si tal cosa, de manera que hablábamos, comíamos bocadillos de espaldas a don Félix que, como si tal cosa, continuaba con su explicación como si no nos viera. Si le preguntabas si el burro Cristóbal (ver más adelante) trabajaba te echaba de clase sin inmutarse.

Don Modesto

Don Modesto Ávila Jiménez, alias el Numerillo, era un militar, puede que ya estuviera retirado, que daba clases de Matemáticas en el Bajo; este

cordobés, por lo demás siempre serio, elegante, educado y correcto en las formas, aunque de trato seco y cortante con los alumnos, era muy exigente con los conocimientos de su temida asignatura, una de las más difíciles del Bachillerato, y, probablemente a su pesar, sembraba el pánico escénico entre los alumnos menos dotados para las ciencias exactas.

Algunos alumnos mantienen malos recuerdos de Don Modesto al haber repetido curso por no aprobar su asignatura.

En este mismo libro podrás leer un relato en su memoria escrito por uno de aquellos estudiantes mediocres que eran carne de cañón a la hora de salir a la pizarra, pero lo cierto es que era un profesor respetado por todos; uno de sus hijos también estudiaba en el Bajo, aunque nadie se lo tuvo en cuenta (al hijo).

Don Antonio

Antonio Aguado (Literatura, Latín y Griego). Muy joven, hablaba con nosotros de igual a igual y era buen profesor, muy trabajador, se notaba que traía las clases bien preparadas. Don Lorenzo lo tenía en el punto de mira por rojillo (pensamos). Era licenciado en Psicología y, a la vez, hacía de psicólogo en el colegio. Al cabo de los años, supongo que ayudado por el estudio de todas las patologías pinfaniles, sacó unas oposiciones que lo llevaron a trabajar en Oviedo y también daba clases en la Facultad de Psicología (hace unos años le recomendé a una amiga y la aprobó).

El Venancio

Profesor de Ciencias Naturales. Suponemos que era gran bebedor porque tenía el mapa de La Rioja marcado en la cara. Nunca vi a nadie fumar tantísimo. Fumaba rubio y negro (con la pava del cigarro rubio encendía el negro y viceversa). Sujetaba los cigarrillos hacia arriba con los dedos pulgar e índice para que no se consumieran. Cuando castigaba a alguien le decía: «Nene, al Golán» y le daba a elegir entre mosquitos (golpe en la nariz con el dedo corazón) o platillos (te aplaudía la cara con ambas manos a la vez al ritmo de tarareo de un pasodoble).

Don Felipe

D. Felipe Mateo. Daba Matemáticas. Joven, calvo prematuro y sabía un montón. Ganó una plaza en la Universidad Laboral de La Coruña.

Don Julián

Filosofía. Nunca tuve un profesor más correcto en el trato. A todos trataba de usted y señor. Hasta cuando te echaba fuera de clase decía «Tenga usted la bondad de abandonar el aula».

Moya

Alfredo García de Moya. Gimnasia. Militar. Un auténtico fenómeno. A veces nos hacía marcar el paso durante 5 minutos y luego cada cual podía jugar a lo que quisiera.

El Gallo

Profesor de Francés. Le llegaba la barba casi al ombligo, posteriormente lo sustituyó una profesora que estaba totalmente chiflada (hasta creía que don Lorenzo le ponía micrófonos en las aulas para escucharla).

SACERDOTES

Don Vicente

D. Vicente García de la Huerta. El cura del Bajo. Sus clases eran muy divertidas, no sé si recordareis los rollos que

se marcaba, aunque era un tanto puñetero.

Era de Jaén, no sabemos si propietario o no de olivos. Yo no le encontraba maldita la gracia después de que me pescó, en el libro de Religión, un poema de amor encriptado en caracteres griegos y me humilló leyéndolo en voz alta y haciendo burla del nombre de mi amada (que era bastante cursi, por cierto).

Tenía cierta gracia en clase, aunque en su modo de proceder en ocasiones se comportaba como un hijo de su santa madre, lo digo con autoridad porque soy docente y hablo con conocimiento de causa.

El Padre Pita

El Padre Pita ¡Qué daño nos hizo con sus carnavaladas tétricas!

Si, efectivamente, aquel cura era un oscuro personaje llamado Pita da Veiga; pudo haber hecho mucho daño, pero creo que éramos lo suficientemente listos como para tragarnos aquella sarta de idioteces.

El Padre Almellones

Venía al colegio de cuando en cuando a darnos charlas. Recuerdo perfectamente a este cura y la mala leche que se gastaba, aunque carecía del arte teatral del anteriormente citado (el padre Pita).

En medio del silencio general, roto solo por el discurso del padre Almellones como conferenciante, el Ninfo, sentado delante de mí, decidió aliviarse en plan socarrón, calladito (sabido es que un pedo sin sonido no tiene padre), pero le falló el silenciador y el cuesco chivato se expandió sonoro, explosivo y acusatorio.

Reacción rápida del Ninfo que mira hacia atrás como buscándole padre al pedo huérfano; conociéndole como lo conocía pude prever el movimiento y a mi vez miré para atrás yo también para encontrarme ¡con la pared! Con la cara que se me quedó, no tuve más remedio que asumir la autoría por más inocente que fuera, sufrir la ira de Almellones y, aparte del castigo, aguantar el cachondeo de la clase. Cornudo, apaleado y sacado a bailar para mayor escarnio.

Eran curas de los años setenta. Al principio tuvimos uno un poco modernillo para la época que se condenó totalmente cuando hizo una confesión comunitaria. Qué gozada, nuestros pecados perdonados sin tener que contárselos a nadie.

En la siguiente Misa se acabaron las Hostias (con mayúscula) porque comulgó todo el Colegio. Pero al año siguiente (puede que a consecuencia de la confesión comunitaria) el cura fue relevado por un antiguo coronel o general de vocación tardía y, como dice la canción, «se acabó la diversión», el nuevo páter había sido mando del Director y mandaba más que el Papa.

INSPECTORES

Óscar

Inspector del Bajo: no sé si le recordaréis, era alto y moreno, preparaba las oposiciones para abogado del Estado, era una gran persona, intentaba humanizar aquel ambiente.

Revilla

Se le recuerda paseando entre las camas transistor en ristre y auricular en la oreja para detectar las interferencias que al parecer producían nuestras humildes radios de galena.

El Cerillo

Por su fisonomía parecida a un fósforo, delgado y con la cabeza parecida a la de una cerilla. Lo que relucía por el fondo del

pasillo sin duda era la calva del Cerillo, ínclito inspector. Se comentaba que había sido alumno de los colegios (por tanto, pínfano) y alguno recordaba haberlo visto vestido de bandolero cómo reclamo en Las Cuevas de Luis Candelas, por la Plaza Mayor. Nos preguntaba con su acento andaluz:

–¿Tú, «hase» puente? (dormir fuera el fin de semana).

Y como contestases que sí, él te respondía:

–Pue ya no lo «hase».

Te apuntaba en una libretita que tenía. Lo bueno de todo es que al final le pedías disculpas y siempre, siempre, te levantaba el castigo.

El cerillo era perfectamente capaz –doy fe de ello– de liar un cigarro con una sola mano.

Cuesta

Pelirrojo, era abogado, se marchó porque ganó unas oposiciones de secretario de Ayuntamiento y le destinaron a un pueblo de Lérida. No sé si recordaréis que Cuesta y Moralejo fundaron el Club Musical. Los jueves, después de cenar, nos reunían en la clase de 5º A, nos comentaban la vida de algunos compositores y oíamos su música. Esta actividad, pionera de las actividades extraescolares, me encantaba. Me hacía olvidar que estaba en el colegio, alguien se preocupaba de formarnos en algo que no fuera el estudio.

Otros

Luis Adalid, Enrique Llamas (el Peseto), personaje de reconocida solvencia entre la pinfanada. Era una gran persona, me tenía enchufadillo con eso de que soy asturiano y siempre guardé un gran recuerdo de él; Daniel, Juan Antonio y Pino, inspectores de los setenta.

PERSONAL AUXILIAR, NO DOCENTE Y OTROS

Doctor Ríos

No sé si recordareis, cuando Jacobo Fenech, que era el enfermero, aparecía por las clases diciendo «Dr. Ríos, en la enfermería». Quiero recordar que era un señor muy gordo, llevaba siempre un sombrero tirolés de color verde.

El Morsa

El mismo que antes fue inspector en la Inmaculada, estuvo en el Bajo ejerciendo de médico residente, algo así como ayudante del Dr. Ríos. Nos hizo a todo el colegio un reconocimiento bastante minucioso. Durante varios días íbamos subiendo en grupos de 2 o 3; no recuerdo quién fue conmigo, pero cuando el Morsa fue a mirarle el pito (por la fimosis y esas cosas) pasó esto:

–Saca el pene –le dijo.

–Lo tengo en la chaquetilla –le contestó el pínfano levantándose a por el peine.

Sor Comino

La monja de la lencería que era muy pequeñita y protestona, pero buena persona.

Germán

Aquel gallego que hacía de vigilante nocturno, yo recuerdo una noche que llegué tarde al colegio, estaba en la casetilla de entrada en la verja (Puerta Bonita) con una carabina y me dio un susto de muerte, más adelante descubrí donde guardaba la famosa carabina y era en la biblioteca, allí la descubrimos cuando ensayábamos con los instrumentos de cuerda para la rondalla que, por aquel entonces, inauguramos.

Daba unos sustos de muerte, no sé si por el careto que tenía o por lo inoportuno que era en sus apariciones.

Lo recuerdo siempre vestido con una especie de guardapolvo azul oscuro, y no sé por qué mi mente lo relaciona siempre con el personaje del comic Mortadelo. Creo que solía tener cierta complicidad con algunas fugas nocturnas de los pínfanos.

Leonardo

Trabajaba de conserje, creo que era tío de un compañero mío de clase: Avellas Colmenero.

Pablito

Era bastante menor, no solamente de estatura. En lo que sí destacaba era en mala uva, mal genio y en dinamismo. No paraba quieto ni para dormir (supongo). Por último, era más feo que una blasfemia y cortando las jícaras (vasija pequeña, generalmente de loza, que suele emplearse para tomar chocolate) para la merienda, el bocadillo o el desayuno, se daba una maña y a una velocidad tales, que nunca pude entender cómo no se llevó medio brazo.

Pablito arreglaba las botas. Le llamábamos el Conejo. También hacia los recados, como ir a recoger radiografías, traer los impresos de matrícula para Preu.

Cochisse

Enfrente del gimnasio estaban las duchas, y en una pequeña habitación con ventana al patio interior estaba la peluquería que llevaba un externo del colegio que, en sus ratos de no estar en el cine Granada de acomodador, ejercía de peluquero. Por el corte de pelo a navaja nos sacaba 3 pelas. Lo que costaba un paquete de Peninsulares, casi uno de Celtas cortos, una semana de tabaco.

El arranca cabelleras fue bautizado como Cochisse debido a su escasa habilidad en el arte peluquero.

La Popotitos

Llamada así por lo flaca que estaba y en honor a una famosa canción de la época interpretada por los mexicanos Enrique Guzmán y Los Teen Tops.

Chele y Críspulo

Eran dos hermanos que trabajaban la huerta familiar que había en el Bajo, temibles cuando te pillaban dentro para recoger una pelota perdida o si pisabas el sembrado, algunas veces fueron blanco de nuestra terrible crueldad infantil/juvenil. Solíamos robarles los nabos de la huerta.

La Jamona

¿Algo que aclarar con ese mote? Curiosamente, era hermana de la Popotitos.

La Virtud

Hermana de las dos anteriores, que naturalmente quedaba (muy bien, por cierto) justo en medio.

El Cristóbal

Así llamábamos al burro del hortelano. El animal (el jumento, no el otro...) daba las horas con sus rebuznos. No es que rebuznara a cada hora, no, lo hacía de vez en cuando, pero siempre coincidiendo con una hora exacta y eso que no tenía reloj.

Lo que sí tenía el animalito –mayormente en llegando la primavera– eran unas erecciones espectaculares, que, mire usted por donde, coincidían casi matemáticamente con el paso, camino del lavadero, de la Jamona.

Semblanza de don David de Francisco Allende

Por José Enrique Villarino, agosto 2010

Falleció en Madrid el nueve de noviembre de 2009 a los noventa y cuatro años de edad. Entregó su vida a la docencia, la Institución del Divino Maestro y a los huérfanos del Ejército.

SEMBLANZA PROFESIONAL: LA INSTITUCIÓN DEL DIVINO MAESTRO Y LA DOCENCIA, SUS DOS VOCACIONES

David de Francisco Allende, siempre para nosotros Don David, nace el 10 de noviembre de 1914 en Celorio, Concejo de Villaviciosa, en el Principado de Asturias.

Hijo de Maestros, es el segundo de cuatro hermanos. En 1928 viene a estudiar a Madrid, a la Institución del Divino Maestro, habiendo llegado un año antes su hermano Miguel (q.e.p.d.). Forma parte de la segunda promoción de estudiantes de Magisterio (la casa abría sus puertas por primera vez en Octubre de 1926). Al concluir sus estudios empieza la carrera de Pedagogía, compaginándola con el cargo de secretario de Don Manuel Cuesta del Muro (q.e.p.d.), en estos años, administrador de la Institución, obteniendo la Licenciatura después de la guerra civil, a principios de los años 40.

En 1940 es nombrado Don Manuel director de la Institución y en 1942 designa a Don David para dirigir el colegio de la Inmaculada de la calle López de Hoyos de Madrid. En 1945 le nombra director del colegio Santiago de Carabanchel Bajo. Ambos colegios, La Inmaculada y Santiago, pertenecientes al Patronato de Huérfanos de Oficiales del Ejército y gestionados por la Institución. Ni que decir tiene, que Don David era la persona más cercana a Don Manuel y gozaba de su absoluta confianza.

Por esos años prepara las oposiciones al Cuerpo de Inspectores de Enseñanza Primaria, superándolas en el año 1946 con el nº 5 de su promoción. Durante un largo período hace compatible su trabajo en el Ministerio de Educación con la dirección del colegio de Santiago, hasta que los sucesivos nombramientos (Inspector Jefe de Madrid, Inspector Central de Enseñanza Primaria, Inspector General de

Educación, etc.) le impiden seguir con las dos tareas y le sustituye en el cargo del Colegio de Carabanchel Don Lorenzo López Jorge (q.e.p.d.), también institucionista.

Él sigue vinculado a todas las Obras patrocinadas por la Institución y asesorando en todo momento a Don Manuel. Preocupado Don Manuel por el futuro de la Institución, y consultados los antiguos alumnos que asistían a las jornadas de convivencia dominicales, a finales de los años sesenta, acuerdan, previa consulta al Patrono, votar entre ellos y demás Institucionistas de toda España, una Junta Directiva que pudiera asesorar a Don Manuel y coger el testigo a su fallecimiento. De ahí salen seis personas, tres de promociones anteriores a la guerra civil, entre las cuales se encuentra Don David, y tres de promociones posteriores, que formarían la referida Junta Provisional.

Comunicado todo lo anterior al Arzobispado de Madrid, duerme el sueño de los justos hasta el fallecimiento de Don Manuel, hecho que acaece el cinco de abril de 1972. El Excmo. Sr. Cardenal D. Vicente Enrique y Tarancón, Arzobispo de Madrid, decide convertir a la Junta Provisional en Consejo Rector de la Institución del Divino Maestro y nombrar Presidente a Don David, hecho que ocurre en julio de 1972.

Desempeña este puesto de Presidente del Consejo Rector durante veinticinco años, hasta que, debido a una nueva Ley de Fundaciones que exige adaptar los Estatutos de la Institución al nuevo Reglamento, el actual Cardenal de Madrid, Don Antonio María Rouco Varela entiende que es mejor crear una nueva Fundación Canónica, la Fundación Pía Autónoma Virgen de la Almudena, y absorber a la Institución. Durante más de estos doce años, desde el traspaso de poderes al Patronato de la nueva Fundación, hasta su fallecimiento el pasado nueve de noviembre, Don David ha estado muy pendiente de la Institución y su futuro.

SEMBLANZA HUMANA: UNA INGENTE TALLA MORAL AL SERVICIO DE LOS DEMÁS Y DE LOS PÍNFANOS

Recordar a Don David es hablar de su sobriedad, de su rectitud, de su sencillez, de su seriedad, de su ingenio, de su sentido del humor, de su honradez a carta cabal, de su hombría de bien, de su permanente huida de homenajes y reconocimientos personales.

Todo esto, una talla moral ingente, es decir muy poco para lo mucho que fue y significó para los que le conocimos. Todos aquellos que hemos pasado por el Colegio de Santiago y la Inmaculada hemos de dejar constancia de su gran personalidad y su marcada vocación por la docencia de la que hizo su principal y casi exclusiva pasión, además de su familia.

Su carácter sobrio y fuerte algunas veces, escondía un gran amor por los Pínfanos, a los que quiso servir y educar en la rectitud y en los valores personales, morales y sociales, que hoy le agradecemos desde aquí. Fue para todos un auténtico padre, que a nadie excluyó y que a todos quería por igual.

Decíamos no hace mucho tiempo en nuestro obituario referido al fallecimiento de Don David, que «nadie muere si permanece en nuestra memoria» y hoy, seguro, en la memoria de cientos, miles quizá, de alumnos de los dos Colegios de Huérfanos del Ejército en los que él nos dejó su impronta, Don David no ha muerto.

Le recordamos con, permítasenos por una sola vez, el apodo cariñoso con el que osábamos llamarle, «el Willy», que

forma parte también de nuestra memoria individual y próxima de un hombre recto, enhiesto, exigente, justo, compasivo y padre de quienes no lo teníamos, que gobernaba carencias cotidianas y forjaba duros y templados ciudadanos, capaces, después de muchos años de haber sorteado toda clase de avatares, de permanecer fieles al recuerdo de sus mayores, una patria común y el orgullo de ser españoles.

Don David ha fallecido a la avanzada edad de 94 años, a falta de un sólo día para cumplir 95, conservando una extraordinaria lucidez hasta casi los últimos momentos, testimonio que dan aquellos de entre nosotros que le visitaron no hace mucho tiempo antes de su fallecimiento, salvo la queja de que sus piernas ya no acompañaban en lo que era su afán de mantener una mayor actividad y servicio a los demás.

Tampoco debe ser coincidencia que su fallecimiento haya sido el día 9, festividad de la madrileñísima Virgen de la Almudena. Desde la Asociación de Huérfanos del Ejército deseamos hacer llegar a su familia y amigos nuestras condolencias más sinceras, al tiempo que dejar público testimonio de nuestro sincero agradecimiento por su labor y dedicación a todos nosotros.

DESCANSE EN PAZ

Homenaje a Jorge Franco Romeo

Por Jesús Ansedes Mouronte

Publicado en el Boletín de 2011.

El lunes 30 del pasado mes de mayo, festividad de San Fernando, la Residencia que lleva el mismo nombre, antaño Colegio de Santiago, homenajeó a nuestro compañero Jorge Franco Romeo que en el período 1959 a 1963 fue alumno y compañero de curso en ese colegio, y a partir del año 1965 como empleado ha dedicado, hasta poco tiempo ha, toda su vida profesional y personal, en cuerpo y alma, a los huérfanos que por esta instalación pasaron.

Primero huérfanos y más recientemente, a partir de 1982, también hijos de militares, a quienes los huérfanos, en tiempos de los internados, denominábamos cariñosamente «aspirinos».



Invitado por su director, el coronel de Infantería D. Jesús Fernando Sancho Piedras, encaminé mis pasos a la Residencia con un programa que para ese día tenía tres actos: 12:30 Santa Misa en la Capilla de la Residencia, 13:30 Inauguración de una placa conmemorativa «RINCÓN DE FRANCO Y DEL PERRO BUCK», 14:00 Comida de hermandad en el Comedor de Residentes y para terminar Despedida Oficial del Personal Militar y Civil que últimamente ha causado baja en la Residencia.

Jorge, como normalmente hace cuando quedamos en vernos, me esperó en la parada del autobús 34 y juntos nos encaminamos a la capilla de la

Residencia para participar en la Santa Misa que ofició el Capellán Castrense Coronel Retirado D. Hipólito Machota. El altar, presidido por un Cristo y por las imágenes de La Inmaculada a la derecha y de San Fernando a la izquierda, me hizo evocar la Misa cantada de la Inmaculada, nuestra Patrona, los acordes del armonio y las voces del coro llenando todos los rincones de la nave principal del edificio.

En esta ocasión lamentablemente, ni coro ni armonio acompañaron al oficiante y las voces que respondían a sus cánticos eran las de los pocos asistentes. Tras la Santa Misa salimos al patio y nos encaminamos a la zona deportiva, y entre la línea de la portería sur del campo de fútbol y el campo de vóley playa, donde antaño estaba el campo de baloncesto, protegido por un plátano de sombra, hay un banco donde nuestro amigo Jorge solía, cuando le dejaba el poco tiempo que sus quehaceres con los huérfanos le dejaban, leer el periódico acompañado por el fiel perro Buck.

Ese fue el lugar elegido para perpetuar el recuerdo de un empleado ejemplar que dedicó toda su vida a los huérfanos del Ejército. El Coronel Director de la Residencia pronunció unas emotivas palabras en las que resaltó la entrega de Jorge a la Residencia y su amor por los animales que fueron muy aplaudidas por los asistentes.

Tras las enhorabuenas, abrazos y unos minutos de parloteo, pasamos al comedor del centro donde se sirvió la comida especial, tras la cual el Coronel Director, en nombre de la DIAPER y el PAHUET agradeció la labor desarrollada por el personal militar y civil que últimamente han causado baja en el centro y le hizo entrega a cada uno de un regalo en recuerdo de los servicios prestados. Entre los empleados se encontraban dos pínfanos más, Pablo Aránguez y Luis Adalid, también antiguos alumnos del centro.

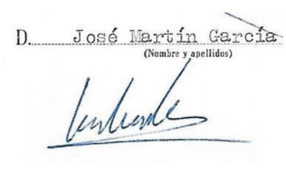
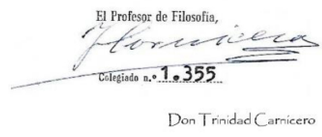
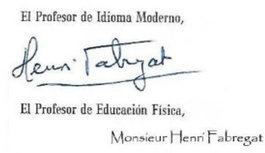
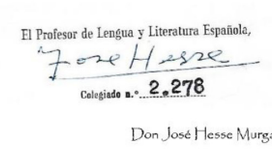
Posteriormente el Coronel Director recordó la presencia en la sala de antiguos alumnos del CHOE cuando era colegio de huérfanos y le entregó a cada uno un rodillo musical con el himno del «Viejo Trapillo». He dicho, y he dicho bien, CHOE, (Colegio de Huérfanos de Oficiales del Ejército) y no CHET (Colegio de Huérfanos del Ejército de Tierra), que sería la nueva denominación tras la unión de los tres antiguos patronatos, porque esta de CHOE es la denominación que utilizábamos en nuestra época y es la que siguen utilizando los actuales residentes, de los que muy pocos son huérfanos, para nombrar a la Residencia.

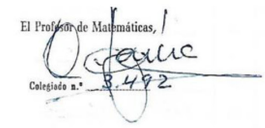
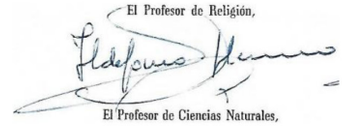
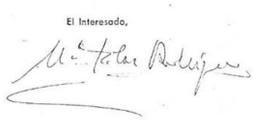
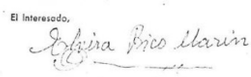
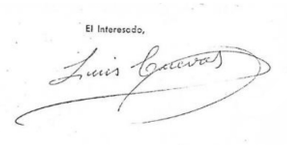
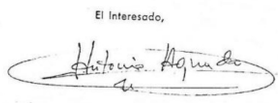
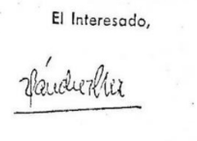
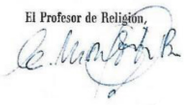
Expresiones como: «Voy corriendo al CHOE» o «el CHOE ha ganado 4 a 0 a…», se pueden oír todavía en las inmediaciones del centro, como antaño. Sus camisetas de deporte llevan impreso CHOE, manteniendo la tradición de muchos años.

No creo equivocarme mucho si, en esta ocasión, me erijo en portavoz de todos los pínfanos que tuvimos la suerte de ser sus compañeros, así como de todos aquellos otros, pínfanos o no, que estuvieron bajo su cuidado y compañeros del centro, para decirle a Jorge que ha sido, es y seguirá siendo para todos nosotros un ejemplo a seguir, un amigo fiel al que no olvidaremos, al tiempo que también le enviamos a Mary, su esposa un cariñoso abrazo y el reconocimiento de todos.

Para ti, Jorge, amigo del alma, el mismo abrazo fuerte, fuerte, de siempre.

CUADRO Y CLAUSTRO DE PROFESORES

		
Director técnico Don Eduardo Cuesta	Secretario Don José Martin García	Secretario Don Pedro Cánovas Cardona
		
Química Don Venancio Giménez Torres	Dibujo Don Jorge Franco Romeo	Educación Física Don Alfredo García de Moya
		
Formación del Espíritu Nacional Don Félix Blasco Sebastián	Filosofía, Geografía e Historia Don Trinidad Carnicero Ruíz	Física Don Cristóbal Jiménez de Francisco
		
Francés Don Henri Fabregat	Lengua y Literatura Don José Hesse Murga	Matemáticas Don Modesto Ávila Jiménez

		
Matemáticas Don Carlos García Valencia	Química Don Francisco Marco Muñoz	Religión Don Ildefonso
		
Dibujo Doña Pilar Rodríguez Ferreras	Francés Doña Pilar Rico Marín	Religión Don Luis Cuevas Vicente
		
Latín y Orientación Pedagógica Don Antonio L. Aguado Díaz	Lengua y Francés Don Tomás Pérez de Castro	Lengua y Literatura, Filosofía y Música Don Julián Sánchez González
FIRMA NO ENCONTRADA	FIRMA NO ENCONTRADA	FIRMA NO ENCONTRADA
Inglés y Francés Don Alberto Araujo Fernández	Inglés y Francés Don Pedro Pérez Rodríguez	Música Don Pedro Brea Gómez
		
Latín y Griego	Idioma Moderno	Religión

CLAUSTRO DE PROFESORES DEL CURSO 1962-1963

Curso 1962-63

D. David de Francisco Allende	48	Ldo. L (Pedag.)	426	Leng. Latina	6	Madrid
D. José Hesse Murga	48	Ldo. L.(F. Mod.)	2.278	Leng. Española Leng. Latina	30	"
D. Trinidad Carnicero Ruiz	44	Ldo. L (Hª)	1.355	Geografía e Hª Filosofía	30	"
D. Antonio Salinas García	48	Ldo. L (F.Clás.)	1.317	Leng. Latina Leng. Española	15	"
D. Luis Rejas Rey	43	Ldo. F.(F.Sem.)	1.205	Leng. Latina Leng. Española	9	"
D. Francisco Marco Muñoz	48	Ldo. C (Natr.)	433	Cien. Naturales Química	24	"
D. Felipe Mateos Mateos	28	Ldo. C (Exac)	4.915	Matemáticas	18	"
D. Cristóbal Jiménez Francisco	37	Ldo. C (Quím.)	4.712	Matemáticas Física y Química	30	"
D. Pablo Dávila Ocampos	28	Ldo. C	4.939	Matemáticas	12	"

Celedonio Riesco Hernández	41	Ldo. Fil y Letras	Francés		18	Madrid.-Gral.Ricardos nº 184.
Leopoldo de la Peña Gil	25	Profesor Idiomas Profesor Idiomas	Inglés Francés		15	Madrid.- Marcelo Usera nº 68.
Francisco Gil García	52	Profesor Dibujo	Dibujo		6	Madrid.- Léperal Pardiñas, 31
Vicente Garralda Iribarren	38	Maestro	Dibujo		9	Madrid.- López de Hoyos, 317.
Félix Blasco Sebastián	48	Dipl. Social	F. E. N.	30- IX Cerrar 1	6	Paseo de la Florida, 4 41.- Madrid.
Luis Rejas Rey	43	Ldo. Filosofía	F. E. N.	18 - IX - 61	5	Madrid.- San Vicente nº 58.
Manuel Martínez Abellán	22	Oficial Instr.	Ed. Física	30 - IX - 61	16	Madrid.- Gral Ricardos nº 163
Albino Corredor del Molino	34	idem	idem	30 - IX - 61	9	Madrid.- Pontejos, 3

CLAUSTRO DE PROFESORES DEL CURSO 1972-1973

CURSO 1972 - 73 **D - T**

ILUSTRE COLEGIO OFICIAL DE DOCTORES Y LICENCIADOS EN FILOSOFIA Y LETRAS Y EN CIENCIAS DEL DISTRITO UNIVERSITARIO DE MADRID

CENTRO Tipo de Centro: Aldeidad, Reconocido, Utilidad, Superior. Número de Empresa en el Instituto Nacional de Previsión 28/59.415 RECONOCIDO SUPERIOR

DECLARACION JURADA PARA DIRECTORES TECNICOS DE COLEGIOS DE ENSEÑANZA MEDIA

NOMBRE DEL CENTRO ..... PATRONATO DE HUERFANOS DE OFICIALES DEL EJERCITO ..... CATEGORIA Especial

REF. ....R.N.m.19..... DOMICILIO ..Gral..Ricardos..161..... TELEFONO 2-28-86-24

POBLACION .....MADRID.-25.....

ADSCRITO AL INSTITUTO .....SAN ISIDRO.....

SECCION MASCULINA ~~FEMENINA~~

PROPIEDAD DE D. PATRONATO DE HUERFANOS DE OFICIALES DEL EJERCITO (Artículos 1.º, 6.º y 7.º del Reglamento de Centros no Oficiales de E. M.)

DIRECTOR TECNICO D. JOSE LUJAN CASTRO-Lic. Filosofía y Letras-Sección Psicología

..... COLEGIADO N.º ..13.764.....

RELACION DE PROFESORES TITULARES EN CIENCIAS Y LETRAS

NOTAS.—En los Centros de la Iglesia y para la Sección de Letras se incluirá los graduados eclesiásticos. Deberán consignarse todos los Profesores Licenciados en Letras y Ciencias del Centro, aun cuando el número de ellos exceditera del mínimo que exige la L. O. E. M.

NOMBRE Y APELLIDOS	Número Colegiado	LICENCIATURA	Núm. de módulos semanales de clase	FIRMA
D. TRINIDAD CARNICERO RUIZ	1355	Historia	30	
D. ANTONIO AGUADO DIAZ	14501	Psicología	15	
D. ANTONIO SALINAS GARCIA	1317	F.Clásica	18	
D. CARLOS GARCIA VALENCIA	3492	Químicas	14	
D. CRISTOBAL JIMENEZ FRANCISCO	4712	Químicas	41	
D. MODESTO AVILA JIMENEZ	4870	Químicas	16	
D. VENANCIO JIMENEZ TORRES	8659	Químicas	14	
D. TOMAS PEREZ DE CASTRO	13420	F.Románica	18	
D. FCO.JAVIER ROIZ PARRA	12196	F.Inglesa	6	
D. JOSE LUJAN CASTRO	13764	F-L-Psicolo	4	
D. ELADIO MONFORTE BERNUZ	- - -	Sacerdote	12	
D. MIGUEL EZQUERRO PRECIADO	- - -	Sacerdote	8	
D.				
D.				
D.				
D.				
D.				
D.				
D.				
D.				
D.				
D.				
D.				

RELACION DE PROFESORES AUXILIARES EN CIENCIAS Y LETRAS

NOTA.—Deberán consignarse todos los Profesores Auxiliares aun cuando el número de ellos exceda del mínimo que exige la L. O. E. M.

NOMBRE Y APELLIDOS	Título o Diploma (Ingeniero, médico, etc.)	Núm. de módulos semanales de clase	FIRMA
D. CARLOS NIHARRA ALARILLA	Diplomado -C 404	6	
D. INOCENCIO ABADIA BAHILE	Diplomado-L. 128	18	
D.			
D. PROFESORES ESPECIALES			
D. ENRIQUE FABREGAT CANDAS	Prof.Idiomas	19	
D. DIEGO DOMINGUEZ BENITO	Prof.Idiomas	12	
D. FELIX BLASCO SEBASTIAN	Dipl. Social	11	
D. JORGE FRANCO ROMEO	Delineante	8	
D. ADOLFO RINCON ESTEBAN	Maestro-	6	
D. ALFREDO GARCIA MOYA	Prof.Ed.Física	13	
D. MARIANO CANTO BORREGUERO	Of.Instructor	6	
D.			
D.			
D.			
D.			
D.			
D.			
D.			
D.			
D.			
D.			
D.			
D.			

Número de alumnos de la Sección

	A	B	C	D	E	TOTAL DEL CURSO
6.º	31	31	37			99
1.º B.U.P.	38	36				74
2.º »						
3.º »						
COU	31	25	31			87
Sumas totales del Centro						260

Esta declaración jurada consta de **CUADROS HORARIOS,** hojas «Relación de Profesores», Copias, declaraciones y una hoja «Relación de Contratos de Trabajo», todas ellas firmadas por mí en el margen izquierdo.

Me hago responsable de todos los extremos consignados en la misma, declarando conocer lo dispuesto en las Normas para el ejercicio de la Profesión dictadas por el Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias del D. U. de Madrid para este curso, de conformidad con las disposiciones legales vigentes.

..... de ..... de 197...

Firma,

(Sello del Centro)

Presentado en el Colegio Oficial el día ..... de ..... de 197...

Por la Comisión de Ejercicio Profesional,

(Sello)

CURSO 197 5 - 7 6 **D - T**

ILUSTRE COLEGIO OFICIAL DE DOCTORES Y LICENCIADOS EN FILOSOFIA Y LETRAS Y EN CIENCIAS DEL DISTRITO UNIVERSITARIO DE MADRID

CENTRO Tipo de Centro: Homologado, Habilitado. Número de Empresa en el Instituto Nacional de Previsión 28/59415 — RECONOCIDO SUPERIOR

DECLARACION JURADA PARA DIRECTORES TECNICOS DE COLEGIOS DE ENSEÑANZA MEDIA

NOMBRE DEL CENTRO HUERFANOS DE OFICIALES DEL EJERCITO

REF. R.S. 39 DOMICILIO General Ricardos, 163 TELEFONO 4628521 4628624

POBLACION MADRID-25

ADSCRITO AL INSTITUTO SAN ISIDRO

SECCION MASCULINA-~~FEMENINA~~

PROPIEDAD DE D. PATRONATO DE HUERFANOS DE OFICIALES DEL EJERCITO
(Artículos 5.º, 6.º y 7.º del Reglamento de Centros no Oficiales de E. M.)

DIRECTOR TECNICO D. CRISTOBAL JIMENEZ DE FRANCISCO — Lic. CIENCIAS

Sección QUIMICAS COLEGIADO N.º 4712

NOTA.—Se anotarán el número de módulos semanales desempeñados por los Profesores del Centro. Reglamentación de Trabajo (Artículo 28).

RELACION DE PROFESORES TITULARES EN CIENCIAS Y LETRAS

NOTAS.—En los Centros de la Iglesia y para la Sección de Letras se incluirá los graduados eclesiásticos. Deberán consignarse todos los Profesores Licenciados en Letras y Ciencias del Centro, aun cuando el número de ellos excediera del mínimo que exige la L. O. E. M.

	NOMBRE Y APELLIDOS	Número Colegiado	LICENCIATURA	Núm. de Módulos asignados de clase	FIRMA
D.	ANTONIO AGUADO DIAZ	14501	SICOLOGIA	22	
D.	TRINIDAD CARNICERO RUIZ	1355	HISTORIA	32	
D.	MODESTO AVILA JIMENEZ	4870	QUIMICAS	19	
D.	VENANCIO JIMENEZ TORRES	8659	QUIMICAS	13	
D.	CRISTOBAL JIMENEZ DE FCO.	4712	QUIMICAS	29	
D.	TOMAS PEREZ CASTRO	13420	F.ROMANICA	27	
D.	FCO. JAVIER ROIZ PARRA	12196	F. INGLESA		
D.	CARLOS GARCIA VALENCIA	3492	QUIMICAS	14	
D.	JULIAN SANCHEZ GONZALEZ	16233	FIL. PURA	13	
D.	LUIS CUEVAS VICENTE		SACERDOTE	13	
D.					
D.					
D.					
D.					
D.					
D.					
D.					
D.					
D.					
D.					
D.					
D.					

RELACION DE PROFESORES AUXILIARES EN CIENCIAS Y LETRAS

NOTA.—Deberán consignarse todos los Profesores Auxiliares aun cuando el número de ellos exceda del mínimo que exige la L. O. E. M.

	NOMBRE Y APELLIDOS	Título o Diploma (Ingeniero, médico, etc.)	Núm. de módulos asignados de clase	FIRMA
D.	PROFESORES ESPECIALES			
D.				
D.	FELIX BLASCO SEBASTIAN	DIPLOM. SOCIAL	6	
D.	JORGE FRANCO ROMEO	DELINEANTE	6	
D.	ALFREDO GARCIA MOYA	PROF. ED. FISICA	14	
D.	PEDRO PEREZ RODRIGUEZ	DIPLOM. ESC.	22	
D.		CENTRAL IDIOMAS		
D.	JULIO BREA GOMEZ	PROF. E.G.B.	4	
D.				
D.				
D.				
D.				
D.				
D.				
D.				
D.				
D.				
D.				
D.				
D.				
D.				
D.				
D.				

NOTA.—Se anotarán el número de módulos semanales desempeñados por los Profesores del Centro. Reglamentación de Trabajo (Artículo 28).

Número de alumnos de la Sección — **Módulos semanales**

	A	B	C	D	E	TOTAL DEL CURSO	Por Titulares	Por Auxiliares	TOTAL CENTRO
1.º									
2.º									
3.º	24	25				49	16	36	52
4.º	23	21	25			69	46	27	73
5.º	35	30				65	38	22	60
6.º	37	37				74	50	8	58
Preu	43	43				86	46	8	54
Sumas totales del Centro						343	196	101	297

Esta declaración jurada consta de **CUADROS HORARIOS,** hojas «Relación de Profesores», Copias declaraciones y una hoja «Relación de Contratos de Trabajo», todas ellas firmadas por mí en el margen izquierdo.

Me hago responsable de todos los extremos consignados en la misma, declarando conocer lo dispuesto en las Normas para el ejercicio de la Profesión dictadas por el Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias del D. U. de Madrid para este curso, de conformidad con las disposiciones legales vigentes.

Madrid de noviembre de 197 2

Firma.

(Sello del Centro)

Presentado en el Colegio Oficial el día ..... de ..... de 197...

Por la Comisión de Ejercicio Profesional,

(Sello)

Relatos

Recuerdos de los Carabancheles

Por Tomás Gamero García

PRÓLOGO

He contado mis recuerdos de Las Mercedes y de Padrón. En estos colegios estuve desde los cinco a los doce años. Entré en la Inmaculada sin tener los trece, hasta los dieciséis que dejé el Bajo.

He querido juntar los años de la Inmaculada y el Bajo, pues forman parte de mi adolescencia. También los hechos son más personales, pues, aunque convivíamos durante toda la semana, sábados y domingos ya íbamos por libre, unos con sus familias y otros en grupos o pandillas que se formaron con gente de gustos afines...

Los relatos son ciertos. Hay algunas lagunas, se mezclan recuerdos, unos me ocurrieron a mí personalmente, otros los viví en directo, otros me los han contado... pero todo es real. Los nombres, por supuesto, son inventados, aunque algunos de los lectores, los reconocerán inmediatamente, pues en esas edades todo se queda como muy marcado.

Tuve episodios agradables, otros menos y algunos muy desagradables... Contaré las cosas como me vengan a la cabeza, más que venganzas o malos rollos, me interesan sentimientos, aunque a veces se mezclen con impotencia y rabia, por lo que considerabas injusto.

Poco a poco el sentido de grupo se va perdiendo. Van apareciendo los primeros enemigos, que no tienen nada en común contigo y que incluso te hacen la puñeta. Los insultos. Las primeras peleas a muerte.

Había un buen número de solitarios, que no cuadraban con nadie. Solía ser a principio de curso, luego, la necesidad, les hacía ir a un lado u otro. Otros eran inseparables, como Zipi y Zape, para lo bueno y para lo malo. Los más formaban grupos de varios que tenían las mismas inquietudes y compartían gustos o aficiones. Recuerdo con pena los desarraigados. Los que se les habían colgado algún sambenito y eran motivo de burla, la mayoría de las veces por cuestiones físicas.

¡Lo crueles que podemos ser a esas edades!

Mirando atrás... sin ira, recuerdo momentos muy buenos, pero en general los sentimientos

son tristes. Algún amigo íntimo llegué a tener... en verdad tuve muy buenos amigos que me ayudaron a vencer inseguridades y timideces que en mi llegaron a tener mucha importancia... aunque en realidad no la tenían. Mis mejores ratos de «conversación intentando arreglar esta cabeza», los tuve con un sacerdote, D. Miguel, y con un amigo, Roberto, al que las circunstancias y la vida acabó por separarnos.

La envidia fue otra de las cosas que más me llamaron la atención. Envidia ¿de qué? Todos éramos iguales, hubiese sido mejor que las fuerzas que gastábamos en llevarnos mal las hubiésemos empleado en ayudarnos, pero eso lo piensas ahora.

Definitivamente la adolescencia es muy complicada, y más si no tienes a alguien a tu lado para superarla. Y ahí estamos nosotros, huérfanos de padre y algunos de madre y metidos internos en un colegio donde tienes que aprender a ventilártelas por ti mismo y a la vez sacar los estudios que el día de mañana te servirán para ser algo en la vida.

ENTRADA INMACULADA

Esta vez sí que me salí con la mía. A estas alturas de la vida (12 años), no me iba a acompañar nadie a mi nuevo colegio. Lo tenía decidido. Tenía decidido molestar a mi madre lo justo, por mí no iba a tener problemas.

Había sido un verano movidito. Con todo mi 2º de bachiller aprobado, me esperaba un verano de no hacer nada, todo el día en la calle, cogiendo nidos, bañándome en la cacera (especie de acequia de agua fresquísima), para mitigar los calores del verano castellano..., pescar anguilas... Pero no.

Mi madre, para ganar algo de dinero, se había puesto a coser. Cosía en casa, pero después de comer y con un caloruzo impresionante, se juntaba con otras señoras que también cosían, en casa de una de ellas que vivía al otro lado del pueblo y allí que me tienes acompañándola y sudando. No me gustaba echarme la siesta, prefería tumbarme debajo de un árbol a la sombra y echar algún sueñecito. Había veces que mi madre incluso nos pegaba para que nos echásemos la siesta. Me descolgaba por el balcón y allá que me iba dónde hubiese quedado con los amigos. Pero este verano tenía que acompañarla.

Al final llegamos a un medio acuerdo y algunos días me quedaba. Era libre, pero sentía como que la vida me la tenía que solucionar yo solito, en esa edad es un sentimiento muy extraño, en condiciones normales tienes a tu familia que te ayuda y arropa en todas las decisiones, no es que mi madre no se ocupara de mí, pero tenía la necesidad de trabajar y en algunas ocasiones en que la necesité, no la tuve... o eso me parecía a mí.

Total, que aquí me tienes en Atocha, después de un viaje triste, intentado llegar a mi nuevo colegio.

No me fue muy complicado, enseguida encontré el autobús y al poco tiempo ya estaba camino del edificio.

En ese corto espacio de tiempo, todo se me vino abajo, ya no estaba tan seguro ni me sentía tan fuerte, el hormigueo volvió a aparecer... de buena gana hubiera dicho a cualquier persona que pasara por allí que me acompañase... estaba solo, me sentía solo.

Respiré y empecé a andar. El edificio, alto y delgado, me dio más sensación de tristeza. Tenía balcones con sus barandillas. Crucé la puerta... Nadie.

–¡Juan, Juan! –oí que alguien me llamaba.

Me asomé a la habitación de dónde había salido la voz.

–¡Juan Antonio! ¿Qué haces aquí?

–Pues lo mismo que tu idiota, he venido solo.

–¿A ti te han acompañado? Ya veo que no.

Nos sentamos. Para mí fue la mayor alegría que en esos momentos pude tener...

Empezamos a contarnos cosas. A Ramón le habían sacado ya del colegio, su madre lo necesitaba para el campo. Javier y Rafa se habían ido a hacer 3º a otro colegio que también estaba en Madrid, Antonio fue el que peor lo tuvo, su madre murió y él estaba trabajando con su hermano mayor.

–Entonces ¿estamos tú y yo de los de Padrón?

Así era. Después coincidimos con otros compañeros, los que faltaban se habían ido a Carabanchel Bajo que también se podía hacer 3º y 4º.

Nos pesaron, nos midieron y nos dieron la ropa con nuestro número correspondiente. También nos asignaron un dormitorio en el segundo piso, no muy grande, con camas individuales y taquilla para dejar las cosas, ¡todo esto ya lo habíamos vivido!

Faltaba el pelo. No tardaron mucho en cortárnoslo. Fue al día siguiente, después del desayuno. Estábamos en mesas de cuatro. Las cosas las ponían en medio. Si no estabas atento, ni te habías sentado y ya habían desaparecido. Con el tiempo llegamos a un consenso y nos repartíamos todo de la mejor manera posible. Galletas, mermelada, mantequilla, nos hacíamos unos mezcladillos que nos sabían a gloria. El primer pan de la mañana no estaba muy blando, sería del día anterior, así que los tazones de sopa de pan eran el manjar exquisito para pasarla sin que sintieses ese vacío en el estómago antes de la hora del recreo que nos daban un bocadillito de fiambre. Tan pequeño era que nos duraba dos bocaos, quién tenía la suerte de repartirlos se quedaba con las sobras, así que nos peleábamos por ir a por la cesta cuando llegaba la hora.

–¡De buena os habéis librado! –me comentó mi compañero de cama. Se llamaba Gabriel y era de Toledo.

–¿Por qué?

Y me contó que a algunos nuevos les habían hecho desnudarse y hacer flexiones. Cuando entraron ayer por la tarde, el director ya no estaba y unos mayores se han disfrazado y les han gastado la novatada. Precisamente en un rincón del dormitorio se había formado un corrillo que escuchaba con mucha atención lo que un compañero contaba.

–Los nuevos debemos de unirnos y tener cuidado con las bromas. Nos tienen preparadas algunas. Lo de la entrada no ha sido más que la primera.

–Yo ya me he quedado con la cara de uno de ellos y os juro que me las va a pagar.

Decididamente había que andarse con cuidado. Era normal que los «viejos» gastasen novatadas a los nuevos, pero en lo de desnudarse se habían pasado. Lógica era la rabia que tenían los compañeros.

El primer día fue muy relajado. Nos llevaron a las clases y estuvimos casi todo el día en el patio. Juan Antonio y yo enseguida nos juntamos con Gabriel y empezamos a charlar de nuestras cosas. Se había quedado huérfano ese verano, así que lo de los internados le venía de nuevo. ¡Qué envidia!, nos decía, pues nosotros ya teníamos la experiencia de Padrón y se nos hacía todo más llevadero. Yo le rebatía que era al contrario, que nosotros al tener «experiencia» sabíamos que lo íbamos a pasar muy mal y por eso sufríamos de antemano. A él ya le vendrían las cosas rodadas. Era muy tranquilo, pero a la vez reaccionaba con energía y mal genio cuando era necesario. Tenía la extraña costumbre de estarse tocando siempre la oreja, así que

la tenía roja como un tomate; cuando alguien se burló de él, le arreó un derechazo que se le acabaron las ganas de volver a hacerlo. Luego me enteré de que iba a un gimnasio y practicaba boxeo. Jugaba de portero y era muy bueno. Pero lo que más nos acercó fue que le gustaba la música. Me enseñó, con gran alegría para mí, un transistor.

–¡Guárdalo muy bien!, me han dicho que los quitan y luego los retocan para que no se reconozcan.

Me lo dejaba algunas veces, sobre todo los fines de semana que se iba con unos tíos suyos. ¡Y nos envidiaba a nosotros! ¡Envidia le tenía yo a él por poder salir y dormir fuera!

–Un día os presentaré a mi prima. También le gusta mucho la música. Me ha dicho que cuando queramos podemos ir a su casa a escuchar discos. ¡Tiene un montón! Como es hija única le compran todo lo que quiere.

Cenamos y nos acostamos. No me podía dormir. Nos habían avisado que a partir de mañana ya empezábamos la vida normal.

¿Qué me esperaría este curso? La sensación de tristeza me invadía. La soledad de siempre.

¡Menos mal que tenía a Juan Antonio y Gabriel para empezar otra nueva aventura!

UN DÍA EN LA VIDA

Nos levantaban a las siete y media, el inspector pasaba por los dormitorios avisando; nos dábamos media vuelta y ni caso... después, como a las ocho teníamos que estar preparados, las prisas nos hacían que muchas de las cosas estuviesen mal hechas... entre ellas la cama. Las taquillas tenían que quedar en orden y a las ocho quien quería ir a misa, iba, y quien no, media hora de estudio.

El desayuno a base de pan mojao, sopas de leche en polvo que te sabían de maravilla, aunque te acordases de la de tu casa.

A las nueve la primera clase. Recuerdo con alegría a algunos profesores, otros me hicieron alguna pasada y otros pasaron totalmente inadvertidos, como un profesor de dibujo que le tomamos la medida y al final se tuvo que ir, aburrido, porque no podía con nosotros. Desde que entraba el cachondeo era total, él no sabía imponerse y así nos iba. Casi no dábamos clases, era dibujo lineal. A mi se me daba muy mal y nos hacíamos las láminas unos a otros. El cambio fue a peor. Vino otro que era totalmente lo contrario, allí no se movía nadie. Era durísimo, quería los dibujos a la perfección. ¡La de veces que me hizo repetir los míos! Total, por un agujerito de nada. Como utilizábamos tinta, hice un borrón y al intentar borrarlo el agujero fue mayúsculo. El dibujo fue de las asignaturas que me costó muchísimo aprobar.

Religión, Latín, Matemáticas, Ciencias Naturales, Francés, Gimnasia y F.E.N. (Formación del Espíritu Nacional).

Religión se me daba bien. Más que la asignatura en sí era quien la daba. Don Miguel, una de las personas que más me ayudó en esta época y de quien guardo un grato sentimiento de cariño.

Era vasco. Su equipo era el Bilbao. Los domingos por la tarde televisaban un partido de Liga. Cuando tocaba el Bilbao no se oía ni una mosca, ya se encargaba él de hacernos callar. Si su equipo marcaba un gol se ponía como un verdadero aficionado, dando gritos y parabienes a todo el mundo, ahora que no hiciesen algo en contra, que por aquella boca salía de todo, pero con mucha educación.

Para mí fue una persona muy entrañable, siempre con una palabra de ánimo. Si te veía sólo o con mala cara, enseguida te sacaba el porqué. Podías hablar con él de todos los temas con libertad. Cuando le necesitabas siempre tenía un

ratito para atenderte. Aparte de la Religión era el encargado «espiritual» de todos nosotros. A veces me pedía que ayudara en misa. Yo atravesaba una época en que lo de la Religión no lo tenía claro. Había dejado de ir a misa y no era uno de sus preferidos. Poco a poco me fue abriendo los ojos a realidades que estaban ahí pero que no las veía. Sobre todo, las injusticias: No es justo que yo sea huérfano, no es justo que esté aquí encerrado y no pueda ver a mi madre, no es justo que… Son las épocas en que todo es tu «enemigo». Allí estuvo para asesorarme. Yo seguía sin ir a misa (siempre me lo respetó), lo que hice alguna vez fue de monaguillo, por eso de comer lo que sobraba de las sagradas formas y ¡del vino!

Nos invitaba a galletas, ¡esas galletas rellenas de nata que a mí me sabían a gloria!

Latín nos lo daba el director. Jamás tuve ningún problema con él. Era buen alumno y no había más problemas. El latín me gustaba, lo que no me gustaba era estudiar. Lo que él quería era que sacara la máxima nota. Cuando hacía exámenes para subir nota, casi me obligaba a presentarme.

–Vd. Puede hacer más de lo que hace.

Después me quedaba con la misma nota, pues yo no tenía ganas de estudiar más. En las clases era muy exigente, te hacía muchas preguntas, traducíamos textos complicadísimos o a mí me lo parecían.

Un día que me echaron del estudio, me pilló. Me dijo que no esperaba eso de mí, que era un buen alumno… sentí vergüenza. Me bajó dos puntos en conducta y me dejó sin salida. Por supuesto, no me volvieron a echar más por la cuenta que me tenía.

Mi mesa daba al lado de la ventana, casi al final de la clase. Tenía de compañero a Gabriel, ¡él sí que estudiaba! Cuando estaba sobre el libro tocándose la oreja no podías molestarle. Estaba concentrado y no quería saber nada de nadie. A la larga fuimos respetando su manera de ser. Al estar al final de la clase nos permitía tener un poco más de libertad, además la puerta estaba enfrente y veíamos si venía el profesor. A la hora de sacar las chuletas también, no nos pillaron nunca. Desde la ventana se veía la calle, aunque no había mucho que ver, los chalecitos y el bar de enfrente. También había un señor mayor que se ponía con su carrito de chucherías y nos vendía a través de la verja del patio. Era agradable. A mí me fio más de una vez, también le aguantaba sus batallitas. Era cojo, mutilado de guerra, por eso le permitían que estuviese allí ganándose unas pesetillas, o eso decían.

Las Ciencias Naturales nos las daba un profesor totalmente calvo. Le cantábamos:

–Qué es aquello que se ve, en el fondo del pasillo, es la calva de Don... que le está sacando brillo.

Teníamos una libreta. Él fue el que me enseñó a hacer cuadros sinópticos. El libro lo utilizábamos de consulta. Con recortes de periódicos hacíamos unos resúmenes que nos quedaban muy bien. No recuerdo exámenes, la nota era la de la libreta, tenía que estar «inmaculadamente hecha». Cuando mi tío me sacaba de fin de semana, toda mi obsesión era que me trajese del cuartel (era militar), revistas especializadas. Me las conseguía y recortaba lo más interesante. Si me sobraba alguna, la vendía al mejor postor. ¡Había que buscarse la vida!

El profesor de francés era, al mismo tiempo, director del coro. Arreaba unos capones de no te menees. Era muy serio y tenía mal genio si no salían las cosas como él quería. Vivía en el colegio, pues además llevaba la administración. Si te apuntabas

al coro ya tenías algo ganado, pero como te tomara ojeriza... Yo venía de dar un curso de francés y no se me hizo muy cuesta arriba. Recuerdo una lección «Le co co ri co du coq». Con tantas ces, al final acababas riéndote. No conseguíamos acabar la lectura y se enfadaba.

De las otras asignaturas casi no me acuerdo. La Gimnasia me traía por la calle de la amargura, era bastante patoso debido a mis piernas largas y a la desconexión que tienes en esas edades. La aprobaba por los pelos. Me las arreglaba para hacer trabajos teóricos. En una clase se propuso hacer combates de boxeo. Se hicieron las parejas y a mí me tocó ¡Gabriel! Hablé antes con él para pactar algo. Me dijo que no me haría mucho daño. Empezó el combate, yo ni idea... Me arreó un derechazo que vi las estrellas. Ganó. Así fue ganando a todos los contrincantes y quedó campeón, lo que le supuso tener el trimestre ya aprobado.

Por las tardes nos daban una pequeña merienda, estudio y la cena. Recuerdo las cebollas hervidas, enteras, no las he podido volver a comer. Las patatas con lunares negros que, para hacerlas más tragaderas, las chafabas y las engullías con buenos trozos de pan.

A la cama pronto, que mañana había que madrugar y pasar otro día.

FINES DE SEMANA

Con autorización, podías hacer puente. Salías el sábado por la mañana, dormías fuera y regresabas el domingo por la tarde. Lo tenía que decir antes, pues así descontaban las comidas y cenas. No es que fuesen mejores, era una medida ahorrativa.

A veces me sacaba algún miembro de mi familia. Recuerdo con mucho cariño a mi tía Antonia, que me ponía unas comidas pantagruélicas y después me «echaba» unos bocadillos de chorizo y jamón que, aún hoy, recuerdo su olor fabuloso y lo bien que me sabían. También me daba algún dinerillo.

Mi tío José también me sacaba a veces. A quién más temía era a su mujer. Me daba muy mal de comer. Por el contrario, mi tío, antes de entrar al colegio, en el bar de enfrente, me compraba unos bocadillos de anchoas para chuparse los dedos. A escondidas me daba algo para mis gastos. No tenían hijos, creo que me tenía algo de cariño... sin estar su mujer al lado.

Mi padrino también me sacaba de puente. Vivían en Moratalaz, un barrio que a mí me parecía una maravilla. El piso no era muy grande y me ponían una cama-mueble en el comedor. Tenía dos hijos mayores que yo. Algunos domingos me invitaban a ir al fútbol a ver al Atleti de Madrid. Ahí creo que empezó a interesarme el fútbol, estadísticamente, pues jugaba muy mal. Seguía los domingos con mucho interés el Carrusel deportivo y con Juan Antonio hacíamos quinielas todas las semanas.

Diariamente había un mayor que salía a comprar las cosas que necesitásemos. Hicimos con él una peña semanal. Alguna quiniela de doce nos tocó, poca cosa. Suficiente para comernos –otros– maravillosos bocadillos de anchoas del bar de enfrente, digo otros porque con uno no teníamos bastante.

Si teníamos dinero íbamos a la Gran Vía a pasear –solo podíamos hacer eso– y ver carteleras de cines, nos perdíamos entre tanta cantidad de gente. Sobre todo, nos parábamos en las tiendas de discos. Nos enrollaba mucho la música, y más después de conocer a Enrique, un gaditano que se sabía todas las canciones de los Beach Boys, un grupo norteamericano, desconocido para mí, pero al que luego me aficioné.

Era muy buena gente. Estábamos muy unidos. Salíamos juntos por el barrio, incluso nos ligamos a unas chavalitas y paseábamos con ellas. Recuerdo el cine Ciudad Lineal, al que íbamos en un extraordinario, pues no teníamos un duro.

En el barrio había un bar que tenía una máquina de discos y mesas de billar. Por poco dinero nos pasábamos media tarde. Allí era dónde dejábamos el uniforme y nos cambiábamos de ropa de casa, teniendo buen cuidado que no nos viese ningún inspector que anduviera por la calle en ese momento. Una vez cogíamos el autobús y salíamos del barrio, respirábamos tranquilos. La impresión era que la gente nos rechazaba por el mero hecho de llevar el uniforme. Algunas personas no nos trataban bien, con desprecio, en esas edades te rebelas contra todo y contra todos y no lo entiendes, así que nos vestíamos de casa y tan felices.

Recuerdo una tarde que fuimos a ver una película de los Beatles. Había un montón de gente, sobre todo chicas. Allí nos tienes al grupo de pínfanos con nuestro uniforme y todas mirándonos con cara extraña, me creía morir. Al entrar me tocó al lado de una chica muy simpática, lo cual bajó un poco la vergüenza, pero también la rabia que sentías. Incluso ligamos, al llegar al colegio decidimos que siempre nos cambiaríamos e iríamos con ropa «de casa».

Los fines de semana que no teníamos dinero, salíamos por la mañana a dar una vuelta, generalmente íbamos al pinar de Chamartín, jugábamos un partido de fútbol y nos tumbábamos en la hierba a descansar y charlar de nuestras cosas. Luego volvíamos a comer y, por la tarde nos dedicábamos a oír los partidos de fútbol. Antes de que empezara el de la TV nos dábamos una vuelta por el barrio, oíamos algún disco en los billares y nos comprábamos unas milhojas que a mí me sabían a gloria. Cuando me mandaban algo de dinero, me guardaba el correspondiente para tan suculento manjar y no lo tocaba para nada, pensando en el banquete que me esperaba el domingo por la tarde.

Solíamos vagabundear por el barrio. Era una zona de chalés, con sus correspondientes jardines y sus perros. La cantidad de carreras que nos hemos tenido que dar después de que algún gracioso tocara al timbre y salieren los perros como fieras ladrando. Además, a nosotros nos reconocían enseguida por el uniforme y alguna queja tuvo el director de vecinos que no entendían estas chiquilladas. Nos lo pasábamos en grande.

Si no dormías fuera, los sábados por la noche aprovechábamos y nos reuníamos en los lavabos. Cada uno traía lo que podía, si alguien había recibido paquete de casa entonces la fiesta era completa. Comprábamos pan, vino y cerveza y montábamos unos banquetes de órdago, ni que decir tiene que nos turnábamos en la vigilancia, pocas veces tuvimos que dar el queo, pues los sábados no eran muy exigentes en cuanto a disciplina.

Recuerdo que en uno de esos banquetes nos despistamos y apareció un inspector ¡horror! No pasó nada, incluso se tomó un vaso de vino, había inspectores que se portaban bien con nosotros, otros no tanto. Incluso te ayudaban a solucionar algún problemilla personal que te surgiera. Bueno, pues los sábados por la noche eran una fiesta. Acabábamos escuchando música en algún transistor, recuerdo que había un programa que repasaba los éxitos de la semana. También nos enganchó uno que hacían de miedo, con sus efectos especiales y todo. Con todas estas emociones tardábamos en dormirnos, aunque no nos importaba mucho, pues al día siguiente nos levantábamos un poco más tarde. Y el

fumeque. A esa edad empecé a fumar Celtas cortos y en algún extraordinario Bisontes. Nos pasábamos la pava y apurábamos hasta el final, lo que hizo que los dedos se nos pusieran amarillos de tanta nicotina, casi lo hacías por aburrimiento, pero el empezar tan pronto me ha acarreado algún disgusto médico, aunque no me arrepiento.

Cuando se acababa el domingo te invadía una especie de melancolía difícil de explicar, sobre todo en esos inviernos tan crudos que me tocó pasar. Se te ponía ahí, en el pecho y no te dejaba ni respirar, ese vacío angustioso que te daba ganas de llorar. ¡Cuidado! Que no te vea nadie.

¡Otra semana más, encerrado y volviendo a hacer lo mismo! ¡Y encima estudiar, con lo poco que me apetece! ¡En la próxima carta que escriba a casa le digo a mi madre que ya no puedo aguantar más y que me saque, aunque sea a trabajar! Iluso de mí, ¡no me quedaban años todavía! Y te entraba esa desazón profunda que no te dejaba ni dormir.

¡Arriba! ¡Vamos, a levantarse! La voz del inspector paseando por el dormitorio. ¡Pero, si me acabo de dormir!

Esta era la cruda realidad.

Bellos recuerdos

Por: Luis Rodríguez Varea

Dedicado a mis casi hermanos PINFANOS.

En distintas ocasiones participé en los Concursos literarios con motivo del Día del PINFANO, y en tres de ellas y al margen de la alegría de colaborar, conseguí tres segundos premios y por ello recibí mis correspondientes preciosas estatuillas del PINFANO/A, lo cual y es natural me colmó de satisfacción, ya que escribir y recordar temas sobre nuestros Colegios, se me antoja algo difícil pero también verdaderamente emocionante, porque al tratarse de asuntos del CHOE, es que me animo y me inspiro, y pienso que nosotros somos personas de categoría, ya que nuestros años en los respectivos Centros, nos sirvieron y valieron de acicate para abrirnos todas las puertas y dificultades de la vida.



El autor

Me viene a la mente a modo de trampolín que me introduce en retroceso en un enigmático túnel del tiempo el verano de 1953, que, tras mi primer año de ingreso en la Inmaculada, acudí al pueblo de mi infancia, allá en el antiguo Protectorado de España en Marruecos, y en el primer domingo de las vacaciones veraniegas, mi madre (que gran mérito, valor y enorme sacrificio entonces quizás incomprendido por nosotros y nuestras madres), me hizo ir a Misa con el uniforme de PÍNFANO. Que dificultad encuentro al relatar aquella emoción al acercarme a Comulgar con mi pantalón corto, mi chaqueta con el escudo sobre las solapas y mi gorra al estilo militar apoyada sobre mi mano derecha, y sobre todo lo que llamó la atención en la abarrotada Iglesia Parroquial de San José, y posteriormente en toda la localidad entonces llamada Villa Sanjurjo (hoy Alhucemas).

¿Qué significaba aquel uniforme? ¿Qué era un PÍNFANO? ¡Creo que se enteró todo Marruecos!

Y memorizando con gran alegría aquellos años, aquellos eventos y tantas aventuras, casi

sin darme cuenta vuelvo a introducirme en el citado túnel, y recuerdo entre otras muchas, una de las grandes travesuras:

Sería sobre el Curso 1955/56 y ya en Carabanchel Bajo (Colegio Santiago), con motivo de la festividad de nuestra Patrona, la Virgen Inmaculada, se había engalanado monumental y preciosamente el altar de la capilla, formándose una especie de escalera que culminaba con la preciosa estatua de la Madre de Dios.

Todo verdaderamente encantador, pero... ¿Como habían construido los bien ordenados escalones?

Aquí entramos mi pandilla de íntimos (Pereyra, Matos, Emilio (q.e.p.d.), Zamora, Poch, Padilla el canario... etc.), cada uno ocupaba en los pasillos un lugar estratégico para vigilar y dar el posible ¡Queo, queo!, Pereyra y Emilio junto a este cronista, entramos por la sacristía y con gran sorpresa y mayor alegría descubrimos que debajo de las blancas sabanas habían montado los distintos escalones con unos largos tablones y… ¡con preciosas y encantadoras latas de cinco kilogramos de leche condesada!

¡Menudo tesoro escondía nuestra Santísima Virgen! No era cuestión de perder el tiempo. Así que cogimos una que reemplazamos con unos ladrillos de las obras de reformas de la piscina y… ya nos figuramos todos la continuación.

Días después, y tras los empalagos y las respectivas descomposiciones de campeonato, quizá la siguiente semana ¡Fuimos todos castigados!

Aún hoy nos preguntamos ¿cómo se enteraron? ¡Solo Dios lo sabe!

Los PÍNFANOS/AS (palabra que siempre uso en mayúsculas), somos o formamos familia. No tenemos parentesco de consanguinidad, pero un día compartimos aulas, comedor, recreos, dormitorios... y a veces tuvimos incluso más vivencias y roces que con cualquier autentico hermano, y cada cual nos rodeamos a lo largo de aquellos años de internado de unos compañeros, amigos íntimos, tu grupo a los que llegamos a apreciar y querer como a un hermano de verdad, y que jamás lo olvidamos en el transcurso de nuestras vidas, y cuando tenemos la suerte de encontrarnos (muchas veces gracias a nuestras Reuniones), es una de las grandes alegrías y satisfacciones que la vida y sobre todo el Todopoderoso nos regala y concede.

El Numerillo

Por Santiago de Ossorno

O me la tenía jurada o poco le faltaba, si no recuerdo mal don Modesto Ávila Jiménez era cordobés por lo que hablaba con un fuerte acento andaluz, si me concentro lo suficiente en el pasado todavía puedo escuchar con temor reverencial su aguda voz diciendo «Ozonno, a la pizarra», un soniquete que el primer año me aterrorizó y con el que tuve que aprender a convivir para superarlo.

La primera clase de Matemáticas en quinto de Bachillerato marcó mi destino para el resto del curso, entró don Modesto en el aula, imponente vestido con traje y corbata, y nos pusimos todos al unísono en pie como era de obligado cumplimiento en todas las clases, además don Modesto era militar de carrera y, si cabe, la obligación y el respeto era mayor todavía.

Mientras llegaba a su estrado ordenó «¡Zientenze!» y al instante todos obedecimos en silencio, los veteranos de sexto ya nos habían advertido que tuviésemos cuidado con él porque era un hueso duro de roer, así que esperamos a ver qué pasaba y si lo que nos habían contado era cierto o una broma de mal gusto, otra más, para asustar a los novatos.

Tras presentarse y aclarar que era el profesor de Matemáticas, cogió la lista de clase y fue nombrándonos uno por uno para ir reconociendo a sus nuevos alumnos, al escuchar nuestro nombre nos levantábamos y poníamos firmes para responder el clásico «Presente» y volvernos a sentar en cuanto empezase a nombrar al siguiente.

Al escuchar «Ozonno», me puse firmes esperando que nombrase al siguiente de la lista que era el granadino Manuel Peinado Lorca –lo sé porque hace unos años conseguí localizar en el colegio la lista completa del curso 1968-69, no porque lo haya recordado–, pero en vez de eso, don Modesto me dijo «Zu hermano mayor de usté era malo, el ziguiente hermano de usté era peor todavía, y algo me dice que usté los va a zuperar a todos», puse cara rara porque, que yo supiera, era el primer hermano que pasaba por sus manos, pero no dije nada, seguro que se había hecho la pirula y me estaba confundiendo con alguna otra saga familiar.

Cuando llegó la segunda clase, entró don Modesto y todos nos pusimos en pie para sentarnos en cuanto ordenó «¡Zientenze!»; a continuación, se dirigió a la clase pidiendo un voluntario para salir a la pizarra, salir a la pizarra era lo peor que

podía pasarte en Matemáticas por lo que toda la clase miró hacia abajo o a los lados intentando no cruzar sus miradas con la del profesor, todos menos uno que se quedó con la vista al frente, desafiante en dirección a don Modesto. Siempre he sido de dar la cara, aunque me la partan.

Rápidamente se dio cuenta de la situación y sin inmutarse dijo «Ozonno, a la pizarra», con las piernas temblando pero tranquilo porque apenas era la segunda clase del curso, me acerqué a la pizarra y don Modesto me pidió que explicase alguna cosa que tendríamos que saber porque era de cursos anteriores; no había terminado de escribir con tiza mis primeros e ininteligibles garabatos matemáticos en la pizarra, cuando me ordenó que me sentase porque no tenía ni puta idea; su forma de expresarlo con precisión ya era famosa en el internado: «Zerillo», es decir que al lado de tu nombre anotaba un cero en la casilla del día.

La tercera clase fue una repetición de la jugada, miró al tendido mientras el tendido miraba para otro lado menos yo, tonto de mí, pensando que me salvaría porque ya me había tocado la china el día anterior: volví a quedarme con la cabeza levantada, mirando al frente, desafiando a la suerte que nuevamente iba a mostrarse esquiva conmigo; don Modesto, sin mirar siquiera la lista, se fijó en mí y pronunció la frase mágica «Ozonno, a la pizarra».

Esta vez me levanté con más miedo que vergüenza, sabiendo lo que me esperaba al llegar a la pizarra porque no había mejorado nada desde la clase anterior; me pidió que explicase cualquier otra cosa, obviamente no soy capaz de recordar el problema concreto por mucho que lo intente, y se repitió el mismo protocolo «Zerillo, vuelva a zu meza».

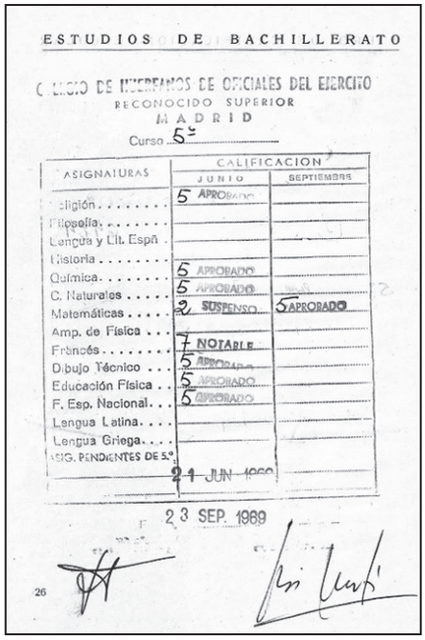
Sin darme tiempo para abandonar el estrado, pronunció la frase que cambió para siempre mi vida escolar desde ese momento, no diría que para bien porque pasé de ser un cero a la izquierda en la asignatura a suspenderla con un dos en junio (el menos no fue un cero) aunque la aprobé en el examen de septiembre, un hito en mi historia de bachiller.

Enfadado por mi absoluto desconocimiento matemático me dijo «A partir de hoy, cuando yo entre en claze, quiero verlo de pie junto a la pizarra zin nesezidá de que yo lo llame». Sentí que la Tierra se abría bajo mis pies para tragarme, pero no lo hizo y no sé cómo conseguí volver entero a mi pupitre sin hacerme pis encima.

Quiso la casualidad que mi hermano Manolo, el que supuestamente todavía era peor que yo, ejerciera de inspector en el colegio durante el curso, así que en cuanto pude le conté lo que me había pasado y acordó con Jorge «Cuco» Franco Romeo, una institución en el internado, que me diera clases particulares de Matemáticas; Franco era inspector y profesor de Dibujo Técnico, todas las noches después de cenar daba clases de refuerzo a algunos alumnos que lo precisaban, cobraba por hacerlo, pero a mí me las daría gratis; me incorporé a regañadientes a las sesiones nocturnas y poco a poco fui mejorando, al principio no lo suficiente como para enfrentarme al mal trago de salir a diario a la pizarra, pero don Modesto debió notar algún cambio porque dejé de escuchar el fatídico «Zerillo» a todas horas.

Don Modesto no me levantó la maldición y durante el resto del curso, cuando él entraba en clase me encontraba de pie al lado de su mesa, nervioso y tiza en mano, esperando como los condenados a muerte cuando los llevan al patíbulo, para intentar contestar algo a lo que

tuviera a bien preguntarme; lo bueno de estas situaciones es que te acabas acostumbrando y vas perdiendo el miedo paralizante del principio, lo cual me ayudaba a mantener la calma y a pensar dos veces la respuesta antes de contestar, a pesar de lo cual suspendí en junio aunque aprobé en septiembre.



ESTUDIOS DE BACHILLERATO

COLEGIO DE HUERFANOS DE OFICIALES DEL EJERCITO
RECONOCIDO SUPERIOR
MADRID

Curso 5º

ASIGNATURAS	CALIFICACION JUNIO	SEPTIEMBRE
Religión	5 APROBADO	
Filosofía		
Lengua y Lit. Espñ		
Historia	5 APROBADO	
Química	5 APROBADO	
C. Naturales	2 SUSPENSO	5 APROBADO
Matemáticas	7 NOTABLE	
Amp. de Física	5 APROBADO	
Francés	5 APROBADO	
Dibujo Técnico	5 APROBADO	
Educación Física		
F. Esp. Nacional		
Lengua Latina		
Lengua Griega		
SIG. PENDIENTES DE S.º		

21 JUN 1966

23 SEP. 1969

26

En sexto Don Modesto había avisado de que en el examen final nos pondría problemas resueltos en clase, por lo que durante el resto del curso preparé concienzudamente un cuadernillo en el que iba anotando todos los problemas y su solución, con la esperanza de que algún día me sirviera para algo; el cuadernillo acabó teniendo un buen montón de problemas que yo repasaba una y otra vez hasta casi aprendérmelos de memoria, ya que tenía la asignatura atravesada.

El día del examen final lo dejé a mano bajo la tapa del pupitre, don Modesto repartió la hoja del examen y advirtió que a quien pillase copiando lo suspendería a divinis; mientras iba y venía por el pasillo de clase dando instrucciones y amenazando con el fuego eterno a quien pillase, de un vistazo urgente leí la lista de problemas para comprobar, no sin sorpresa, que era cierto, los habíamos resuelto en clase y por suerte eran de los últimos días, si espabilaba rápido me salvaría de la quema; con varias acciones furtivas pude sacar del cuadernillo los dos o tres problemas que por supuesto no controlaba pero había reconocido, el resto tendría que intentar resolverlos por mi cuenta, misión difícil pero no imposible porque algo había aprendido, aunque no sabía si sería suficiente para aprobar; los coloqué disimuladamente bajo las hojas del examen de forma que no se vieran y respiré aliviado, confiando en que por una vez tendría a la suerte de mi lado.

Acostumbrado a ver mi cara a diario, apenas me miró mientras paseaba arriba y abajo por el pasillo, lo cual me vino de perlas para que no me pillase in fraganti. Estoy seguro de que en su fuero interno sabía que me iba a suspender por curso, pero hasta que el árbitro no pitase el final no se acabaría el partido.

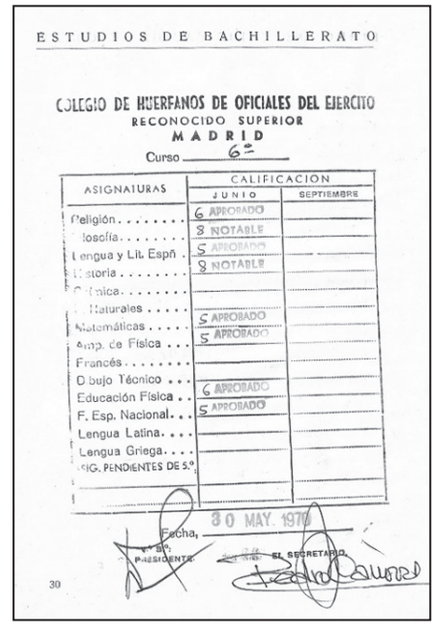
Cuando lo consideró necesario, don Modesto se sentó en su puesto de vigía de Occidente, pero, al no tener otra cosa que hacer y como su clase era la primera después de comer, pronto empezó a amodorrarse y daba pequeñas cabezaditas que yo aproveché para copiar las soluciones y terminar el examen en tiempo récord; fui devolviendo las chuletas al pupitre cuando podía y, sin poder controlar mi ansiedad, me levanté para entregar el examen. Fui el primero en hacerlo y aquello cantaba demasiado, cuando ni los mejores de clase habían terminado lo suyos.

La prudencia nunca ha sido uno de mis fuertes, quizá debí haber esperado astutamente a que se levantasen otros y disimular un poco antes de dar por terminado el examen, pero las ganas de salir de aquella ratonera me impedían pensar con claridad, mi instinto me decía que me largase de allí antes de que sospechase algo; al verme ante sí, don Modesto me miró extrañado y repasó de un vistazo rápido el examen, sorprendién-

dose al comprobar que había contestado a todos los problemas «¡Ay, Ozonno, ezto é matemáticamente impozible, zeguro que ha copiado uzté», sonriendo, acojonado y sin esperar un segundo, tomé las de Villadiego a toda prisa antes de que fuera demasiado tarde y se repusiera de la sorpresa. Soldadito retirado vale para otra batalla.

Conseguí llegar hasta la puerta notando su intensa mirada clavada en mi cogote, esperando una reacción de última hora, pero salí de clase sin escucharle decir ni media palabra; ahora que lo he contado debo confesar que me aprobó por curso y no tuve que ir a la temida recuperación, sin duda aquél fue uno de los mejores días de mi vida escolar, un triunfo en toda regla, la venganza por los malos ratos que había pasado, siento decir que no me arrepiento en absoluto de haber copiado; lo cierto es que podría haberlo evitado porque me sabía casi al dedillo el cuadernillo, pero me arriesgué para asegurar el resultado y pasar un buen verano; ese año terminé aprendiendo algo de Matemáticas aunque fuese obligado y a la fuerza, pero me vino bien para el futuro porque en Preu volví a tenerlo como profesor, aunque sin tenerle tanto miedo porque ya no me obligaba a salir a la pizarra a diario como voluntario forzoso, lo mismo se cansó de verme el careto y la tomó con otro cualquiera.

Como todos los profesores, Don Modesto Ávila Jiménez tenía su propio mote que le venía que ni pintado: «el Numerillo», me las hizo pasar canutas esos tres años, pero a pesar de todo tengo buen recuerdo de él, como ya he dicho antes fue un hueso duro de roer, pero, como suele decirse, «para buena hambre no hay pan duro»; por suerte, y también con esfuerzo, conseguí aprobar por curso dos de los tres años sin tener que hacerme el harakiri.



ESTUDIOS DE BACHILLERATO

COLEGIO DE HUERFANOS DE OFICIALES DEL EJERCITO
RECONOCIDO SUPERIOR
MADRID
Curso 6º

ASIGNATURAS	CALIFICACION JUNIO	SEPTIEMBRE
Religión	6 APROBADO	
Filosofía	8 NOTABLE	
Lengua y Lit. Espñ	5 APROBADO	
Historia	8 NOTABLE	
Física		
Naturales	5 APROBADO	
Matemáticas	5 APROBADO	
Amp. de Física		
Francés		
Dibujo Técnico	6 APROBADO	
Educación Física	5 APROBADO	
F. Esp. Nacional		
Lengua Latina		
Lengua Griega		
SIG. PENDIENTES DE 5.º		

Fecha, 30 MAY. 1970

EL PRESIDENTE

EL SECRETARIO

30

La galena

Por Francisco Antonio Álvarez López

A mediados de los años sesenta, me encontraba yo interno en el CHOE de Carabanchel-Madrid, donde mi principal distracción era escuchar la radio por la noche con un aparato un tanto arcaico ya por aquel entonces. Se trataba de una radio galena. Consistía aquel instrumento en una cajita de plástico con un cable que hacía de antena, otro cable que conectaba al radiador que había al lado de mi cama y un pequeño auricular.

En cierta ocasión y por mera curiosidad, pues era todo un misterio que aquello funcionara sin enchufarlo a la corriente y pilas que ponerle, abrí la cajita para ver su contenido y todo el misterio consistía en una bobina, un diodo y un condensador variable. Increíble que aquello tan simple funcionara, pero lo cierto es que así era para mi goce, diversión y entretenimiento.

Después de mi internado en Madrid, estudié en Valladolid la carrera de Magisterio la cual, una vez terminada, comencé mi andadura profesional en un pueblecito del norte de la provincia de Palencia.

Allí pasé los primeros años de mi nueva vida, recorriendo todo aquello que hasta entonces era desconocido para mí, como es el maravilloso arte románico de toda la provincia palentina.

El pueblo que me asignaron era más bien pequeño, agrícola y ganadero, con su preciosa iglesia románica –por supuesto–, una pequeña ermita a la salida, donde comienza la montaña, mi escuela y el río que serpenteaba todo a lo largo del campo comunal donde pastaba el ganado.

En la escuela solo tenía un grupo de alumnos por lo que había niños de los dos sexos y de distintas edades. Es inevitable que siempre hay alguien que sobresale por alguna circunstancia y a mí me llamó la atención desde el primer momento Toñín, un niño de apenas ocho años que acudía puntual todos los días, un tanto desaliñado, pero siempre sonriendo.

Preguntando a unos y otros, pude averiguar que la madre de Toñín, una viuda llamada Isabel, tenía otros dos hijos, Manolito y Maribel, sin más ayuda para su mantenimiento que dos cabras, unas cuantas gallinas y una pequeña huerta en la parte posterior de su casa, apenas una cabaña con las paredes de adobe y con el piso de tierra.

Pronto llegaría la Navidad y aquella tarde le dije a los niños que hicieran una redacción sobre la misma y que aprovecharan para pedir un regalo a los Reyes Magos.

Una vez recogidos todos los trabajos, leí con avidez el relato de Toñín, pues estaba muy intrigado en saber que podía pedir aquel niño tan humilde. Fue una grata sorpresa para mí ver aquel contenido y se me agolparon en la memoria recuerdos imborrables de mi vida de internado. Toñín pedía a los Reyes nada más y nada menos que una radio, porque se había enterado que algunos vecinos del pueblo tenían aquel extraño artefacto por el que se oían toda clase de cosas maravillosas.

Inevitablemente sonreí con una satisfacción indescriptible porque vislumbraba el desenlace de esta agradable historia.

Mi radio galena del colegio de Madrid, que yo había tenido guardada como un pequeño tesoro desde hacía tantos años, ya tenía un heredero: Toñín, el hijo de Isabel.

Aquel sábado por la mañana y a primera hora, fui con mi radio galena envuelta en una caja de cartón y entregándosela a Isabel, le dije: Estos son los Reyes de Toñín, pero por favor, en absoluto le diga que yo formo parte de este asunto. Esto es cosa exclusiva, como digo, solo de los Reyes Magos.

Pasadas la Navidades y ya de vuelta a la Escuela, se me presenta Toñín con su galena en la mano diciéndome a voz en grito: Mire señor maestro. Los Reyes Magos existen. Claro que existen, Toñín. ¿Como has llegado a saberlo? Porque esto nunca me lo podría haber comprado mi madre.

Aquella cara feliz me contagió una alegría tan grande que cada vez que me acuerdo de Toñín con su regalo en la mano, imposible reprimir una sonrisa en mi rostro, una gran paz interior y tantos recuerdos hermosos de mis noches de internado oyendo mi radio galena.

Agibílibus

Por Santiago de Ossorno

Al comienzo del año escolar acababa de cumplir quince años y cursaba sexto de bachillerato en el colegio Santiago, no tenía edad para fumar ni tampoco permiso materno para hacerlo sin temor al castigo; además no había probado el tabaco en mi todavía corta vida, a pesar de lo cual me dediqué durante el curso a la venta semi clandestina y al por menor de cigarrillos de la marca Celtas.

El comedor del Bajo tenía dos puertas de acceso para los alumnos, de modo que acabados desayuno, comida y cena –la entrada se hacía en silenciosa formación–, a medida que los pínfanos iban saliendo del mismo cuando el Director lo autorizaba, se encontraban conmigo plantado en uno de los pasillos y con mi jefe en el otro; se trataba de un fortachón cordobés, rubio y sonriente, alma mater



A la derecha de la foto aparece el fortachón cordobés

del negocio, que establecía las condiciones de venta y préstamo porque a determinados pínfanos se les fiaba el fumeque, los que no tenían parné debían conformarse con fumar las pavas que recogieran del suelo.

No entiendo por qué me eligió a mí para el puesto, ya que a la sazón todavía era un poco canijo, uno de los bajitos de mi clase y con cara de no haber roto nunca un plato; algo debió ver en mí, aunque el hecho de no ser fumador quizá lo tuviese en cuenta, quien evita la ocasión evita el peligro; el caso es que un buen día me lo propuso, a mí me gustó la idea de trabajar con él y acepté sin más, porque desde que lo conocí un verano en el Castillo de Santa Cruz lo tenía en un pedestal.

Volviendo cinco años atrás, comencé el curso escolar estudiando primero de bachillerato en Padrón, cuando llegó la Navidad no pude volver a mi casa porque no tenía pasaporte militar para viajar y las estrecheces económicas familiares impidieron realizar semejante dispendio con gran disgusto por mi parte, ajo y agua era la consigna; de modo que tuve que quedarme en el colegio con otros veintiséis chicos más y juntos pasamos tan entrañables fiestas, por cierto que en nuestra página web hay una foto del día de Reyes Magos, 6 de enero de 1965, por eso sé cuántos éramos, en la que aparezco con el regalo que me trajeron, lo había pedido yo mismo por carta y los militares de la Región se encargaron de hacerlo realidad: un juego de carpintería. Puede que aquella situación, incomprensible para un crío de diez años que no había sufrido estrecheces hasta quedarse huérfano por la gracia de Dios, sea la explicación racional de la aversión navideña que mantuve hasta que muchos años después, con la llegada de los hijos y más tarde los nietos, pude recuperar en parte la ilusión perdida.

Llegó el cálido verano y se repitió la situación, no pude viajar a casa por falta de medios y de nuevo tuve que quedarme en el colegio; en esta ocasión solo fuimos cuatro o cinco los elegidos para la gloria, pero lo pasamos bien, no teníamos que estudiar, solo jugar y esperar tiempos mejores, con la exigente disciplina colegial en suspenso temporal. A finales de julio o principios de agosto nos llevó una de las monjas a la estación, allí tomamos un tren de aquellos de tercera clase que nos trasladó a La Coruña, en cuya estación fuimos entregados sanos y salvos al director del Castillo que nos esperaba en el andén a pie de vagón; aquel verano el director fue don Trinidad Carnicero, para los pínfanos «la Trini», el cual nos acogió con cariño. Falto de la figura paterna y alejado del resto de la familia, unos pocos profesores e inspectores se convirtieron para mí en los modelos a seguir, máxime estando en una colonia veraniega dónde la vida era más relajada que en los colegios de procedencia y podían mostrarse menos autoritarios.

El primer día que subí a la barca que salvaba el recorrido de unos doscientos metros entre los muelles del Castillo y del pueblo –cuando la marea alta no permitía cruzar andando por donde actualmente se levanta una pasarela peatonal–, tuve mi primera experiencia marinera; Manolo, nuestro querido barquero, llevaba como siempre la caña del timón y varios pínfanos mayores se hacían cargo de los pesados remos cuando, de repente, el viaje se detuvo en mitad de la travesía; el fortachón cordobés, rubio y sonriente, soltó su remo, se levantó, vino hacia mí y me preguntó si sabía nadar, le respondí que no muy bien y entonces dijo «Pues hoy vas a aprender», acto seguido me tiró al agua agarrándome por los sobacos, sin apenas oponer

resistencia por mi parte y sin darme tiempo ni para quitarme la camiseta; antes de hundirme en las procelosas y gélidas aguas atlánticas de la bahía de Santa Cruz, ya estaba él dentro del agua dándome instrucciones para mantenerme a flote «mueve brazos y piernas y no tengas miedo que no te hundes»; reconozco que al principio experimenté un ataque de pánico pero, tras haber superado mis tres primeros años de internado, antes estuve dos años en las Mercedes, había desarrollado el suficiente orgullo pínfanil para no venirme abajo, no podía dejarme superar por los acontecimientos si no quería quedar señalado para los restos.

Nadé, más bien pataleé y braceé, como mejor pude, intentando mantener la boca cerrada y la poca distancia que me separaba de la popa de la barca, que lentamente había retomado el rumbo inicial en dirección al muelle del pueblo; heladito de frío, tragando buches de agua, procurando no irme a pique, hasta que Manolo ordenó enérgicamente al cordobés terminar la prueba y nos izaron a los dos o tres novatos que habíamos sido arrojados por la borda para recibir nuestra primera clase práctica de natación en aguas abiertas; mientras nos rescataban nos mantuvimos flotando agarrados a la barca, bajo la estrecha observancia de los veteranos, nadando cual patitos detrás de mamá pata que en este caso representaba aquel fortachón rubio y sonriente, el único que se mantuvo en el agua hasta que nos sacaron a todos.

Posteriormente nos enteramos de que en el pueblo lo llamaban «O nadador», porque cada verano nadaba la distancia, entre ida y vuelta unas seis millas náuticas, que separan el Castillo del puerto de La Coruña; se embadurnaba de grasa y, seguido de cerca por la barca para auxiliarlo si fuera necesario, procedía a la larga travesía por aquellas heladas aguas; lejos de tomarle manía por el mal trago que me había hecho pasar, al saberlo me convertí en su admirador, aquél tío era Tarzán; cuando se me pasó el susto comprendí que en el fondo solamente se trataba de una especie de bautizo de fuego al que éramos sometidos todos los novatos al llegar por primera vez al Castillo; como todos sabemos, en el colegio a veces convenía tragarse el orgullo, disimular y no tomarse las cosas demasiado a pecho para poder encajar en la vida del internado.

Retomando el relato, los fumadores me pedían los cigarrillos que querían y pagaban el precio establecido; tirando de memoria, un ejercicio arriesgado a cierta edad, un paquete de Celtas cortos costaba en el estanco 4,50 pesetas, casi un duro de la época; para no equivocarme he leído el BOE número 272 del 12 de noviembre de 1968, página 16.025, dónde el Ministerio de Hacienda modificaba las tarifas vigentes por otras nuevas y lo justificaba de esta manera:

«La necesidad de aumentar los ingresos públicos para hacer frente a nuevas obligaciones, aconseja actuar sobre aquellas fuentes de estos cuya alteración resulte menos onerosa para el conjunto de la economía nacional. Tal ocurre con el tabaco, producto de consumo no necesario. Por otra parte, los precios de venta al público, tanto de las labores Extranjeras como de las producidas en nuestra Nación, son inferiores a los vigentes en el exterior, aun ponderando los elementos que intervienen en el nivel general de vida. La preocupación constante del Gobierno de mantener el poder adquisitivo de las clases económicamente débiles ha llevado a no elevar los precios en las labores más baratas y de consumo más generalizado y popular, no obstante, el sacrificio recauda-

torio que ello representa. Por todo lo cual este Ministerio. a propuesta de esa Delegación ha dispuesto lo siguiente: Se fijan los nuevos precios para las labores Peninsulares que se indican, expresados en pesetas por unidades de venta al público en la siguiente Tarifa».

A continuación, hay una larga lista de marcas de tabaco en la que he comprobado que el precio del paquete de Celtas cortos era de 4,50 pesetas (3,15 pesetas de Renta y 1,35 de Impuesto de lujo), tiene narices que los Celtas cortos pagasen impuesto de lujo cuando eran de pésima calidad y venían llenos de estacas. Los pínfanos, ciudadanos pobres debido a su propia naturaleza y condición de orfandad, no podían aspirar a otras labores más selectas como Ducados (12 pesetas la cajetilla), Habanos (17 pesetas), ni mucho menos al tabaco rubio Bisontes con filtro (15 pesetas), Un-X-2 con filtro (17 pesetas), Pipper mentolado (17 pesetas)… a veces resulta muy interesante leer el BOE; las labores estadounidenses se llevaban la palma, Lucky Strike, Marlboro, Kent, Winston o L&M costaban a 18 pesetas la cajetilla de 10 cigarrillos, una barbaridad. También se vendían en cajetillas de 20, Camel, Chesterfield, Phillips Morris, Pall Mall y otros, pero entonces el precio ascendía hasta las 35 pesetas, prohibitivo incluso para los aspirinos.

Que yo recuerde, solamente vendíamos Celtas cortos, aunque puede que en alguna ocasión también hubiera Celtas Largos con filtro (a 9 pesetas la cajetilla), pero soy incapaz de recordar a cuánto se vendía cada pitillo; por una peseta te llevabas tres cigarrillos, la ganancia neta no llegaría ni a dos pesetas por paquete; para una mente comercial, que no era mi caso puesto que trabajaba en negro, pudiera parecer un margen escaso, pero es que en el colegio se fumaba como carreteros y las cajetillas volaban.

El jefe tenía permiso para salir a la calle a comprar, en teoría el permiso era para otro tipo de compras pero los inspectores hacían la vista gorda –creo que acertadamente porque si no hubieran permitido este escape se hubiera creado mucha tensión y la vida colegial ya estaba bien servida sin necesidad de añadir nuevas prohibiciones–, volvía con sus cajetillas y reponíamos existencias; la carga máxima para llevar encima era la que cupiera en el fondo de los bolsillos superiores del trapillo, ni una más ni una menos; descosíamos por dentro las costuras de los dos bolsillos formándose una gran bolsa hasta la mitad superior de la espalda en la que fácilmente entraban cinco o seis cajetillas por bolsillo, meter más no era apropiado porque entonces uno parecería Robocop (que no existió hasta 1987).

Aunque para hacer deporte me quitaba la chaqueta del trapillo y la dejaba apilada en un montón común, nunca nadie cogió ni un solo cigarrillo; hacerlo hubiera sido peligroso para el infractor, no por mí, que como he dicho era más bien enclenque, sino por mi jefe que cabreado era un volcán en erupción, sin humor para ciertas cosas.

Por mi colaboración yo no recibía un porcentaje sobre las ventas, sino que cobraba en especie, un triángulo de leche, un batido de cacao, un bollo, una bolsa de pipas, unos sacis y cosas así que el jefe me traía cuando hacía la compra; no lo he comentado, pero él tampoco fumaba, era un deportista de los de mens sana in corpore sano. Si hubiésemos fumado los dos, aquello habría sido como meter un zorro en el gallinero.

Acabado el curso, mi jefe dejó el colegio y con él se esfumó –nunca mejor dicho– mi etapa como estanquero, supongo que alguien se haría con

tan lucrativo puesto, pero la experiencia me vino de perlas; gracias a los conocimientos adquiridos ese año, durante el curso siguiente me asignaron el negociado de las compras de alimentación; al empezar el recreo de la tarde me ponía en la puerta de secretaría, junto a la escalera principal, la gente me encargaba sus pedidos (previo pago exacto y por adelantado del importe) que yo anotaba en una lista antes de salir a la calle General Ricardos para hacer la compra en las tiendas del barrio; cuando acababa volvía al colegio, dónde los compradores me esperaban ansiosos para recibir y consumir ipso facto su mercancía antes de volver a entrar al estudio.

Es evidente que mi espíritu nunca ha sido comercial, dado que yo no sacaba rendimiento económico a la actividad, pero a cambio salía todos los días media hora a la calle y para mí eso representaba mucho, era el escape diario que me ayudaba a sobrellevar los rigores del internado; me pasaba el día esperando el momento de salir de compras para olvidar durante unos minutos el obligado encierro, pisar la calle, ver a la gente que iba y venía, mirar con envidia a los chicos y chicas de nuestra edad que paseaban por allí y a los que entraban en el cine Los Ángeles; si uno no ha sido pínfano de larga estancia o no ha estado preso un tiempo, puede que no lo entienda.

Bien, esa fue mi experiencia de compraventa en el colegio Santiago, nada del otro mundo, pero a mí me vino muy bien poder disfrutar de aquella válvula de escape.

No he dicho quién era el jefe, se dice el pecado no el pecador, aunque pueda parecer increíble todavía recuerdo perfectamente su nombre, los dos apellidos, el mote y su dirección postal completa en Córdoba, pero seguro que más de uno sabe de quien estoy hablando.

Ingreso al CHOE

Por Rafael Martín Caro

ANECDOTARIO COLEGIAL

INGRESO AL CHOE: 28 DÍAS DE OCTUBRE

Con 14 años me dirigí a Madrid el 4 de octubre de 1964 para ingresar en el CHOE (Colegio de Huérfanos de Oficiales del Ejército) Residencia Santiago, Puerta Bonita, sito en Carabanchel Bajo en la calle de General Ricardos 163, para realizar los estudios de Grado Superior de Bachillerato.



J. Jáuregui, J. Barranco, Suso Muñoz, Darío Negueruela y Rafael Martín Caro (aprox. 1966)

Día 1. Domingo 4.

Por la noche, a las 22:30, salgo de Valencia desde la estación del Norte en el correo-exprés, con mi madre, viuda del comandante Veterinario Bernardino (mi extrañado, por lo poco recordado, padre).

Buen viaje. No dormí. Conocí a varios amigos compañeros que también iban al colegio. Estos son Carbonell y Bautista de 5º y 6º.

Día 2. Lunes 5.

Llegamos a Madrid a la estación de Atocha a las 8 de la mañana. Nos está esperando mi tío Mariano. Vamos a su casa en el barrio de Lavapiés.

Por la tarde voy al cine Albéniz para ver en Cinerama la película «La Conquista del Oeste». Buena. Me gustó. Me

compraron unas perchas para la ropa.

Día 3. Martes 6.

Por la mañana fui con mamá al Patronato. Hablamos con el General Villalba. Después al Colegio-Residencia y vemos al director. Comimos en casa de los tíos. Por la tarde ingresé en el colegio. Me dieron el «trapillo» y subí al dormitorio asignado. Luego al estudio a las 8 de la tarde, conociendo a varios compañeros.

Día 4. Miércoles 7.

Me dieron los libros. Fui por primera vez a clases. Estoy decaído. No he logrado coger todavía el ambiente del colegio.

Día 5. Jueves 8.

Ya tengo varios amigos. Me cambiaron de dormitorio. Añoranza de la familia. No sé qué hacer. Luego he estado con los amigos. Confesé y comulgué.

Día 6. Viernes 9.

He escrito mi primera carta desde este colegio a mi mejor amigo que tenía en el colegio de los Hermanos Maristas en Valencia, en donde terminé el 4º curso del Bachillerato Elemental. Me viene a ver mi hermano mayor, que viene en avión desde Valencia para unos asuntos personales de trabajo.

En la cena no hubo luz. Nos repartieron velas. Se montó algo de jaleo.

Día 7. Sábado 10.

Hoy hace justamente 7 años que murió papá en el Hospital Militar. En el año de la riada de Valencia. No por ella, pero se juntó todo. Tenía justamente siete años. Se pasó el tiempo y no me acordé. Estoy decaído.

A mediodía nos duchamos y cambiamos de ropa. Llamé a casa de los vecinos de mis tíos por teléfono, pero no contestan. Un poco preocupado. Don David no quiere dejarme salir para hacer puente. Dice que no tengo permiso. Hoy es un día muy triste para mí. Cada vez que recuerdo lo poco que sé de papá, me dan ganas de llorar.

Día 8. Domingo 11.

Llamé de nuevo otra vez a la casa de los vecinos de mis tíos. Por fin contestan. Hablo con mi tía. A las 11 viene al colegio y hablamos un momento con Don Lorenzo, y me deja salir. Con ella nos vamos a su casa.

Por la tarde fui al Jardín Botánico. Después al cine San Carlos. Vi dos películas: «Belinda» y «Safari en Malasia». La 1ª antigua, moral, trágica y triste. La 2ª tiene sus actos humanos, aventuras. Regresé a casa de la tía. Cené y me acosté temprano. Estoy cansado. Llovió por la tarde.

Día 9. Lunes 12.

Día de la Virgen del Pilar. Me desperté cuando vino el tío del trabajo sobre las 7:30. Me levanté y estuve viendo su enciclopedia. He estado decaído. No fui a misa. Por la mañana fui al Parque del Retiro. Vi el estanque, parque, zoo, etc.

Me compré el mapa y la guía de Madrid por 50 ptas.

Por la tarde fui a la Plaza de la Puerta del Sol, Plaza Mayor, Campo del Moro y me acerqué a la Casa de Campo, viendo el Lago y un poco del parque. Poco después por la calle Mayor, el Instituto de San Isidro.

Llegué de nuevo a la casa de los tíos sobre las 7 de la tarde. Estoy cansado. Me lavé los pies y merendé. El tío me dio de beber té. A las 8 me fui hacia el colegio. Me compré tabaco. Me dormí enseguida.

Día 10. Martes 13.

Mal día. Para mí, no. Pues no he sido supersticioso nunca. Me enfadé en el juego con varios compañeros. Estoy decaído. Me corté el pelo (por primera vez en el colegio).

Día 11. Miércoles 14.

Me cambian el número de ropa. Tenía el 59 y me asignan el 30. Fui a la lavandería y se perdió ropa mía.

Día 12. Jueves 15.

Me dieron el uniforme de calle. Me queda bastante bien. Está nuevo. Fui a los dormitorios. Hice el gamberro. Don Lorenzo nos revisó los uniformes para ver que tal nos quedaban.

Día 13. Viernes 16.

No ocurre nada anormal. Estoy tranquilo. Me confesé y comulgué.

Día 14. Sábado 17.

El «Virule» me fastidió con el ejercicio de Ciencias. Me duché a mediodía y me cambié de ropa. Por la tarde, en el Salón de Actos, Don David dio la apertura de curso. Avisos y objeciones. Comulgué.

Día 15. Domingo 18.

Oí misa y tomé la comunión. Salí y fui a casa de la tía. Después me acerqué al Museo de Artillería. Por la tarde al cine San Miguel para ver la proyección de la película «Un chiflado en apuros» de Jerry Lewis y Dean Martin. De risa.

Recibí carta de mi hermana Conchita y de mi amigo de Valencia, Felip. Me compré tabaco. Un árbol del patio del colegio ardió.

Día 16. Lunes 19.

Hoy escribí a mamá y a mi hermano Miguel Ángel. Voy a misa todos los días excepto los miércoles y viernes, que tengo que ir al estudio. Estoy bastantes veces distraído. No sé qué hago. Hay malos pensamientos. Decaído. Añoranza de los años pasados.

Día 17. Martes 20.

Estoy más alegre. Escribo a los abuelos y al amigo González. No ocurre nada anormal. Empiezan a vaciar la piscina.

Día 18. Miércoles 21.

La piscina quedó vacía. Está sucia. Luna llena. Las aves emigran. Llegan dos inspectores nuevos. He hecho amistad otra vez con los compañeros. Se rompió el bolígrafo Inoxcrom.

Día 19. Jueves 22.

Fui a secretaría para pedir un vale para unas sandalias. Me las dieron. Son viejas de años anteriores. Llueve un poco sobre las 3 de la tarde. El día está indeciso. Punto en el dormitorio (son anotaciones de los inspectores por mal comportamiento). Repartieron cuadernos (Institución del Divino Maestro).

Día 20. Viernes 23.

Hoy examen de Química. Me salió bien. Hace mal tiempo. Un poco de frío. Realizo apuntes de Matemáticas y de Química.

Conocí a Sanjurjo por la tarde. He hecho amistad con él. Es un buen compañero, natural de Santoña en San Sebastián. Compartimos los cigarros. Buen amigo.

Día 21. Sábado 24.

Es mi santo, San Rafael (posteriormente se trasladó al 29 de septiembre, junto al resto de los arcángeles Miguel y Gabriel). Estoy alegre. He escrito a Llorens Fabregat. Llamó la tía por teléfono sobre las 12. Sólo me dejaron salir a comer y volver a las 6 de la tarde. Recibí carta de mamá y de González. Mamá me da consejos. Un poco romántico. González me dice que se está preparando para contable.

Me duché enseguida. Hizo frío. Me compré bolígrafos. Nombraron las notas (por la noche tras la cena y públicamente). Yo no tengo ningún suspenso. Punto en el dormitorio. Estoy triste y decaído.

Día 22. Domingo 25.

Misa. Confesé y comulgué. Salí y me fui con Sanjurjo en el

suburbano. En la Plaza de España nos separamos. Él se fue hacia Argüelles y yo a Lavapiés. Comí a las 12:30. Me fui con mi tío a la estación de Atocha. Me enseñó el tren Talgo. Muy bonito. Luego me fui yo por ahí. Intenté entrar en varios cines No Aptos, pero no me dejaron. Vi parte del partido del Real Madrid – Zaragoza por la «tele» en el salón de actos del colegio.

Día 23. Lunes 26.

Hoy escribí a mamá. Estoy un poco decaído.

Día 24. Martes 27.

Recibí carta de los abuelos. Me mandan 5 duros en carta certificada. La misma cantidad recibí de mamá. Escribí a Matarredonda y a Víctor.

Vino a dar Matemáticas «el Ross», «el Felipe» va a estar ausente durante un tiempo.

Día 25. Miércoles 28.

El día está bastante mal. Cielo nublado. He escrito a mamá y a mi amigo Felip. Estoy alegre. Misa y comunión.

Día 26. Jueves 29.

Recibí carta de mi hermano mayor José Antonio. Es la primera que recibo de él. Me extrañó bastante. Me ha puesto bastantes objeciones. Por el día (en la hora de comer) quitaron los botijos que antes había en las mesas del comedor y pusieron vasos y jarras.

Me ha salido una herida en la boca. Debo de haber hecho mal la digestión de anoche. Se fue un Inspector.

Día 27. Viernes 30.

No está mal el día. Hace un poco de sol y calor. Voy a escribir a González. Comulgué.

Día 28. Sábado 31.

Confesé y comulgué. No hay notas, debido a que mañana es el día de Todos los Santos y además viene el General Villalba.

Por la tarde me dieron el abrigo. Por la noche me enfadé con Iglesias en la cena. Creo que él no tiene razón. El abrigo me queda bastante mal. Pero, en fin, qué le vamos a hacer. Don David ha dicho que no quiere ropa en los armarios que no sea del colegio. Me dieron un papel con mi nombre y número de ropa para colocarlo en el armario (taquilla personal). Estoy triste. Esta semana he estado bastante decaído. No sé qué hacer. He tenido bastantes disgustos este mes con mis compañeros. He reñido con varios.

Me dieron el pijama y el chaleco. No he rezado bien el rosario bastantes veces.

Así acabó el mes de octubre tras el ingreso en el Colegio-Residencia Santiago.

El horario (de verano)
7:30 Levantarse
8:00 Estudio – Misa
8:45 Desayuno
9:00 Recreo
9:30 1ª clase
10:30 2ª clase
11:30 Recreo
12:00 3ª clase
13:00 Baño
13:45 Recreo
14:00 Comida
14:45 Recreo
16:30 Estudio
17:30 Baño
18:15 Merienda
18:30 4ª clase (1ª de la tarde)
19:30 5ª clase (2ª de la tarde)
20:30 Recreo
21:00 Rosario
21:15 Cena
22:00 Acostarse

Lo cotidiano

Por Santiago de Ossorno



El Bajo (dibujo aparecido en el número 2 del Pinfanario)

La llegada al colegio Santiago (hoy Residencia Logística Militar de San Fernando), representaba alcanzar la cima, llegar a lo más alto que se podía llegar como alumnos de los internados menores (algunos todavía irían a los mayores, como el Alto o Santiago en Valladolid); tan solo nos quedaban tres años más de encierro y podríamos salir de allí en busca de la gloria para nunca más volver; sin duda significaría el mayor cambio sufrido hasta la fecha desde aquel lejano día en que ingresé en el colegio de las Mercedes, seis años antes.

Por fin había llegado la hora de jugar en la liga de los mayores, aquel mítico lugar del que tanto se hablaba en el resto de los internados, un momento largamente esperado con ansiedad. Físicamente hablando, yo no había crecido tanto como algunos compañeros ni como a mí me hubiera gustado, ni siquiera me afeitaba como algunos de ellos, pero llegado el momento tendría que aprender a jugar con las cartas que me habían tocado.

Me bajé en la estación de metro de Oporto, como tantas veces haría durante el siguiente trienio, con los nervios a flor de piel; recorrí el corto y desconocido camino desde la boca del metro, pasando por delante del palacete de la fundación Goicochea Isusi, hasta la entrada exterior del colegio, en la calle del General Ricardos, número 163 (hoy 175) en el castizo barrio de Carabanchel Bajo. Una gran puerta de doble hoja de hierro forjado, la famosa Puerta Bonita, daba paso al cuidado jardín situado frente al edificio principal, una visión que realmente imponía a pesar de mi veteranía en estas lides. Entré porque ya no había vuelta atrás.

Nada más presentarme al secretario me dieron las primeras instrucciones, se me otorgó el número que ostentaría durante el curso, aunque cada año nos lo irían cambiando; estos números codificados eran casi inteligentes, el primer dígito indicaba el curso del portador, un 4 para los de cuarto de Bachiller, el 5 para quinto, el 6 para sexto y el 7 para los de Preu. Gracias a investigaciones posteriores he conseguido saber que mis números fueron el 543, el 616 y el 723; sonrío recordando que cuando en 2011 ingresé en la Asociación de Huérfanos del Ejército, el secretario de entonces, Jesús Ansedes, me asignó un número de socio, me correspondió el 713 que todavía mantengo; numerar a las personas antes siquiera de conocerlas es una rancia costumbre militar que aún perdura.

Tras pasar por el almacén para recibir la ropa de diario del internado, para la de paseo vendría un sastre a tomarnos medidas, subí al dormitorio para tomar posesión de mi litera y taquilla, guardé la ropa de paisano con la que había llegado y me vestí con la recién recogida, antes de bajar a la clase que me correspondía para presentarme al inspector de guardia.

Por fin me dieron pantalón largo, no solo para el trapillo de diario sino también para el uniforme de paseo, igual que el de la Inmaculada, aunque en Preu nos lo cambiaron por uno más elegante, compuesto por pantalón de tergal recto de color gris marengo y americana azul que llevaba el escudo del Ejército bordado en el bolsillo izquierdo, por supuesto camisa blanca y corbata negra. Volviendo al pantalón largo, aquello eliminó para siempre la espinita que arrastraba con el corto.

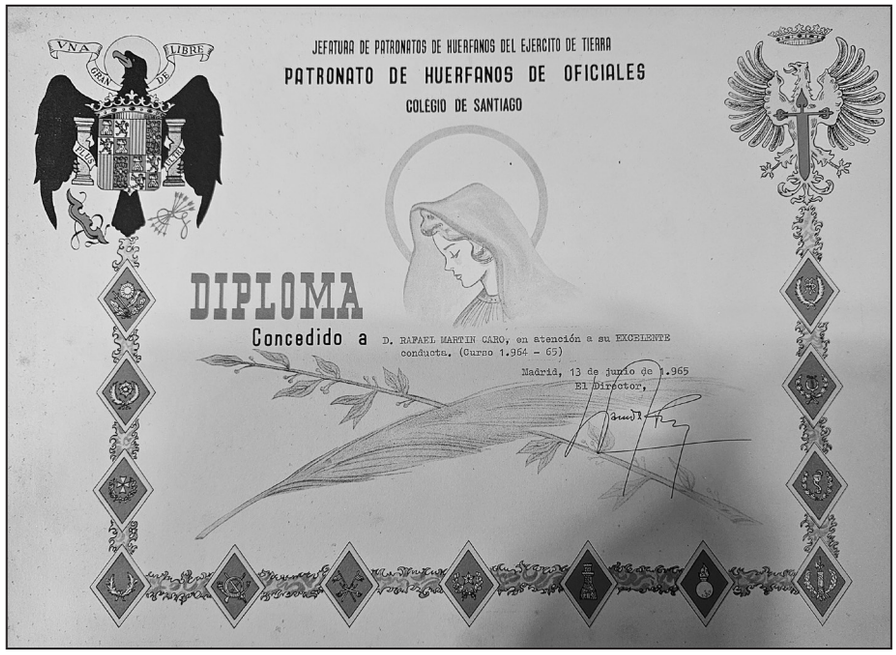
Las normas

En el Bajo había normas diferentes del resto, por ejemplo, a los inspectores había que añadir los galonistas que eran alumnos mayores a quienes se otorgaba mando en plaza al estilo de los gastadores en la milicia, vigilaban en sitios comunes como clases, comedor, pasillos y dormitorios y podían llamarnos al orden restándonos los puntos correspondientes.

Los inspectores eran raza aparte, solían ser antiguos pínfanos que cursaban estudios superiores en la Universidad; a cambio de pensión completa y una pequeña asignación económica para sus gastos personales, asumían la obligación de mantener el orden en el orfanato, una misión complicada porque en el Bajo había alumnos que eran de armas tomar y bregar con tantos pínfanos curtidos en mil batallas no debía ser plato de buen gusto ni sencillo de gestionar

Los puntos

Analicemos ahora el sistema de puntos. Al empezar cada semana se nos otorgaban diez puntos virtuales de conducta, cuando un inspector o galonista te llamaba la atención por lo que fuera (hablar en clase o en



fila, llegar tarde a formar, etc.) te decía «dame un parte» y tú le entregabas un papelito tamaño octavilla que tenías que llevar siempre en el bolsillo del trapillo en el que constaban escritos tu nombre, número y apartados sin rellenar para anotar la fecha, el nombre de quien te lo pedía y el motivo. Cada uno de los motivos llevaba aparejada una rebaja de puntos, por ejemplo, hablar en fila medio punto, fumar sin permiso o en lugares prohibidos un punto, contestar mal a un inspector dos puntos, etc.; al final de la semana los inspectores se reunían para revisar todos los papelitos que habían recolectado y preparar la lista de sancionados; a partir de 5 puntos perdidos los castigos implicaban no salir a la calle durante el fin de semana con distintos grados y horarios de castigo; los casos más graves (peleas, enfrentamientos) se dejaban en manos de la Dirección del colegio que podía tomar medidas disciplinarias de mayor calado, llegando incluso a proponer al Patronato la expulsión, temporal o definitiva, del centro de los infractores cuando la falta se consideraba muy grave.

Los castigos

Ya que hablamos de la cartilla de puntos, ampliaré el espectro sancionador; por un lado intervenía la conducta personal ya explicada y por otro el rendimiento escolar; una semana puntuaban la mitad de las asignaturas y a la siguiente la otra mitad, los profesores daban las calificaciones quincenales al Director y este procedía a preparar el parte semanal de arrestos que era comunicado en voz alta por él mismo, por el Secretario o por un inspector encargado en su ausencia, durante la comida del sábado y que luego era publicado para consulta en el tablón de anuncios. Se ordenaba silencio, qué manía con hacernos callar en todas partes, el Director se paseaba amenazador entre las mesas del comedor mientras procedía a leer en orden ascendente la lista de arrestados sin salir, sábado por la tarde, domingo por la mañana y todo el fin de semana. El Director que yo tuve se llamaba don Lorenzo y no se conformaba con leernos la lista sin más, sino que iba añadiendo «dedicatorias personalizadas», mientras lanzaba miradas asesinas al arrestado, cuando le parecía oportuno, demostrando lo bien que nos conocía a cada uno de nosotros, a veces era peor el escarnio público que el propio castigo.

Con todo, lo peor no es que te quedases sin salir a la calle (o de puente a casa quien pudiera) sino que además tenías que quedarte en el estudio vigilado por un galonista o un inspector;

podías estudiar, leer novelas del Oeste, tebeos, jugar a los barquitos por señas, mirar al techo o hacer crucigramas, pero sin decir una palabra en alto ni molestar a nadie, porque entonces sobre la marcha iba aumentando la condena.

Que te castigasen en alguna de las modalidades del fin de semana, podía implicar quedarte sin permiso para salir a la calle una vez cumplida tu pena en el estudio; esta artimaña la utilicé a veces cuando no me apetecía ir a dormir a casa por lo que fuera, calculaba los puntos de conducta que necesitaba perder y el jueves y viernes procuraba que me pidiesen parte por cualquier falta leve, mi favorita era que me pillasen hablando en fila o en el estudio; cuando superaba los puntos necesarios para que me castigasen el sábado por la tarde, volvía a ser un alumno de conducta intachable.

La piscina

En el Bajo teníamos piscina, como en los colegios de postín; en realidad, técnicamente eran los restos de un antiguo depósito o canal de agua de riego que hubo en la finca cuando todavía era un palacio; en primavera la limpiábamos a fondo un grupo de voluntarios dirigidos por



Carlos Ortega, un servidor, Benito Gómez Lorenzo, Juan Carlos Jiménez Barbadillo y Ernesto «el Tigre» Ortega (aprox. 1969)

Chue entre los que siempre procuraba estar, se arreglaban los posibles desperfectos, se encalaban de blanco las paredes, se arreglaban las escaleras, se llenaba de agua potable y ya teníamos una hermosa piscina a nuestra disposición; entre semana no recuerdo si teníamos turnos de baño o no, seguro



Trampolín de competición (aprox. 1969)

que si porque éramos muchos alumnos, pero bañarnos era una de las actividades más deseadas y esperadas por todos. Los fines de semana había acceso libre y la piscina era lugar de encuentro los días de calor.

Durante la temporada de piscina también había normas de conducta y no cumplirlas implicaba entregar un parte cuando terminaba el baño, algunas noches de calor insoportable no era raro que nos escapásemos furtivamente del dormitorio en cuanto se tocaba silencio y acabásemos en la piscina dándonos un buen chapuzón sin armar ruido, por supuesto a veces nos pillaban con las manos en la masa y te costaba un saco de puntos, pero merecía la pena correr el riesgo.

La enfermería

Un alumno seleccionado por sus cualidades o por lo que fuera ejercía de enfermero, era un cargo de los buenos porque disfrutaba de una habitación individual en la enfermería y prerrogativas que no tenía nadie más; en mi época el puesto lo ostentaba «el Tigre» (Ernesto Ortega), lo conocí estando yo en quinto curso, la primera vez que estuve ingresado en la enfermería; el enfermero era el encargado de atender a los enfermos, tomarles la temperatura, darles la medicación prescrita por el facultativo, practicar pequeñas curas, etc. siempre siguiendo las indicaciones del médico. Todos intentábamos engañarlo cuando nos tomaba la temperatura (poniendo el termómetro en la calefacción, echándole vaho y cosas parecidas), porque si no tenías fiebre te daba el alta ipso facto y te devolvía sin contemplaciones a la vida colegial, pero el Tigre se las sabía todas y siempre nos pillaba; coincidí algún verano con él en el Castillo, dónde también ejerció como enfermero, y hemos vuelto a coincidir en la Asociación[12]; de algo le valdría aquella actividad sanitaria porque acabó estudiando medicina y ejerciendo como médico militar en la rama odontológica.

Diana

Según estaba escribiendo he recordado que los domingos y fiestas de guardar, como el día de la Inmaculada, nos despertaban poniendo música militar a todo trapo por los altavoces, escuchar el himno de Infantería a las siete u ocho de la mañana era habitual y también otros himnos militares que al final reconocíamos de memoria.

A diario nos despertaban haciendo sonar un timbre de sonido estridente y desagradable, seguido de los no menos molestos gritos y pitidos de los inspectores ordenando que nos levantásemos de la cama; había que saltar de las literas, echar mantas y sábanas atrás para que pudieran inspeccionar el estado de las camas y cuadrarse en el pasillo para pasar lista, no fuera que alguno se hubiera escapado por la noche. Una vez contados y revisados, disponíamos de veinte minutos para asearnos, hacer la cama, vestirnos, recoger y ordenar la taquilla y volver a formar en el pasillo; a la media hora sonaba de nuevo el timbre y nos ordenaban bajar en formación por las escaleras; podías elegir acudir a Misa o quedarte en clase, no había otra elección. A las ocho y media volvíamos a formar en los pasillos de acceso al comedor para entrar a desayunar, no sin antes pasar

[12]. *En la comida de Navidad de 2024 le pregunté por qué lo escogieron y me dijo que no lo sabía, lo llamó el Willy a su despacho y le dijo que quería que fuera el nuevo enfermero porque al anterior lo había cesado por algo que debió hacer; pero no le estaba ofreciendo el cargo, era una orden.*



Ilustración de Zoyo

revista de policía, a las nueve se ordenaba «en pie» y había que abandonar el comedor. Media hora de recreo en el patio o en las zonas interiores si llovía o hacía frío, y antes de las nueve y media había que formar de nuevo porque empezaban las clases.

A media mañana teníamos un recreo de media hora, era un momento muy esperado por todos porque nos daban un zumo y medio bocadillo, habitualmente de jamón, chorizo, mortadela o sardinas en aceite, con el que podíamos resistir sin comer otras dos horas de clase antes del recreo de la una y media. A las dos en punto, vuelta a formar para entrar al comedor. Otro momento muy querido porque el pínfano medio siempre tenía un hambre atroz y era capaz de estar zampando a todas horas.

Las comidas

El comedor estaba organizado en largas filas de mesas de cuatro comensales cada una, entrabas, te cuadrabas al lado de tu silla y cuando el Director

lo autorizaba te sentabas a comer; nos dejaban hablar, pero bajito, sin algarabía, en cuanto se formaba un poco de ruido rápidamente nos ordenaban callar, por lo que había que mantener un tono de voz contenido. Nada más sentarnos aparecían las cocineras y camareras civiles empujando los carros de comida y nos servían los platos a toda velocidad, porque teníamos escasamente media hora para comer dos platos y postre, así que no perdíamos mucho tiempo en hablar, plato que te ponían delante era tragado sin miramientos en cuestión de segundos.

Tal vez de aquellas comidas apresuradas me haya quedado la mala costumbre de comer deprisa, más bien tragar, y no consigo hacerlo de otro modo; de haber tenido que masticar cada bocado las 32 veces que aconsejan para una correcta masticación de los alimentos, nunca hubiésemos llegado ni al segundo plato. A menudo la orden de ponernos en pie nos pillaba con el postre a medio acabar, una vez de pie estaba prohibido seguir comiendo (lo hacíamos los del fondo mientras los de las mesas delanteras abandonaban el comedor); en cuanto veíamos que el Director se levantaba de su mesa metíamos en los bolsillos del trapillo



En el centro Jacinto Codosero Lara (aprox. 1969)

toda la comida que quedase en el plato para terminar de comerla en el patio. Enrollados en las servilletas se sacaban los filetes empanados, daba igual si eran de carne o pescado, y hasta las patatas fritas, las piezas de fruta se guardaban en el bolsillo del pantalón; los días que había natillas o arroz con leche no había manera de sacarlos, por lo que muchas veces teníamos que terminarlas a escondidas, allí no podían dejarse bajo ningún concepto.

Después de comer teníamos un recreo largo de hora u hora y media, no consigo recordar bien el horario; luego dos horas más de clase hasta las cinco y media o seis, un corto recreo en el que se repartía el medio bocadillo de la tarde y vuelta a las clases o estudio hasta las ocho, nuevo recreo de media hora para asearnos y relajar un poco el ambiente, a esas horas bastante cargado tras un largo día soportando el rígido reglamento de régimen interno, las órdenes constantes y las clases.

Sobre las ocho y media volvíamos a formar para entrar al comedor y cenar con la disciplina habitual; desde las nueve hasta las diez o diez y cuarto teníamos tiempo libre, porque como muy tarde a las diez y media teníamos que estar todos metidos en la piltra esperando el momento en que se apagaban las luces de los dormitorios al toque de silencio. A diario deseaba con todas mis fuerzas que llegase el momento de ponerme el pijama azul a rayas y acostarme, me acurrucaba bien debajo de las mantas, las mismas que teníamos en casa y que utilizaban los soldados en los cuarteles, y me quedaba felizmente dormido al instante.

Las duchas

Hay un tema que hoy puede parecer extraño, pero ocurría como lo voy a contar: solo nos duchábamos una vez a la semana; los sábados por la mañana bajábamos por turnos a la zona de duchas que estaba en el sótano; las duchas eran individuales aunque sin puertas, separadas por paredes a media altura chapadas con baldosas blancas, la falta de intimidad te obligaba a circular en pelota picada de aquí para allá por la zona medio tapados con una toalla, pero no había problema durante el veloz trasiego, en los internados se superaban rápidamente la vergüenza y el pudor.

Teníamos un tiempo predeterminado para la ducha, el encargado procedía a abrir y cerrar el agua cronómetro en mano avisando a voces del proceso; dos minutos de agua para mojarnos, una breve parada para enjabonarnos y lavarnos el pelo y otros dos minutos para aclararnos el jabón; al terminar el remojado salíamos descalzos a escape desde las duchas hasta el gimnasio, donde terminábamos de secarnos, recogíamos la muda limpia y nos vestíamos; en una bolsa de tela identificada con tu número metías la muda sucia, la entregabas y terminaba el proceso de limpieza semanal; como puedes imaginar, tras una semana vistiendo la misma ropa, olíamos a perros muertos; la muda consistía en camisa, camiseta interior, calzoncillo, calcetines y pare usted de contar; el trapillo, ya fuera el pantalón o la chaquetilla, no se lavaban así como así, era un extraordinario a criterio del inspector, del Director o el tuyo propio, de ahí que tuviera las mágicas propiedades cantadas por Faro en su relato.

Otro pínfano lo cuenta de forma bastante parecida y por eso voy a publicarlo aquí; tras leerlo veo que la duración del proceso difiere un poco entre ambas versiones, pero, en cualquier caso, teníamos que darnos mucha prisa para ducharnos dentro del plazo; lo que se cuenta de Padrón no lo recordaba, lo mismo se hacía así en años anteriores a mi llegada:

«Las duchas del Bajo eran una vez a la semana, los sábados (tampoco hay que escandalizarse que al fin y al cabo era lo que se usaba en el país por entonces). ¡Qué carreras medio en pelotas del gimnasio a las duchas! Atravesando el gélido túnel entre el patio interior y la salida al recreo. ¡Mojarse! (medio minuto), ¡Enjabonarse! (un minuto), ¡Quitarse el jabón! (medio minuto).

Total, tandas de unos quince alumnos por vez despachados cada dos minutos, eficiencia más que germánica.

Vuelta al gimnasio a la puta carrera de nuevo a través de Siberia, esta vez mojados y medio envueltos en la toalla. Ropa sucia a la bolsa con tu número, ropa limpia puesta y ¡hala! otra semanita entera de acumular sudor, polvo (atmosférico, que de los otros ni flores), grasa etc., con los mismos calzoncillos, par de calcetines, camisa. ¡A qué oleríamos! Sobre todo, untaditos en loción Floïd para salir el domingo.

¿Recordáis que en Padrón nos teníamos que duchar con los calzoncillos sucios puestos? ¿Será por esto por lo que después de un tiempo en el colegio presumíamos de tener ya los huevos negros?».

La lavandería

La muda sucia (camisa, pijama, camiseta, calzoncillo, calcetines) se entregaba una vez por semana, tras pasar por las duchas de los sábados, metidas en una bolsa de tela de color blanco que llevaba marcado con bolígrafo el número asignado al alumno.

Para las clases de gimnasia teníamos una equipación es-

pecífica, pantalón azul corto, camiseta blanca de tiras, calcetines blancos y zapatillas Segarra de deporte de color azul; salvo que esté equivocado estas prendas también se lavaban de vez en cuando, pero no consigo recordar la periodicidad ni quien las lavaba normalmente; si alguna prenda (incluidas las dos piezas del trapillo) estaba demasiado sucia, siempre podíamos lavarla nosotros mismos a mano durante la semana en el lavadero con un jabón piedra de color verde, probablemente Lagarto; para lavar el trapillo teníamos que aprovechar los fines de semana porque había que esperar a que se secase y entre semana, con aquellos ajustados horarios, no daba tiempo y el uniforme era obligatorio llevarlo puesto y completo en todo momento. Vale, podríamos convenir que esa parte de nuestra juventud fue un poco sucia y maloliente, pero al fin y al cabo sería como cualquier otra, no nos pongamos tiquismiquis.

Religión

La cuestión religiosa del internado también se trabajaba bastante, aunque no era tan pesada como en los colegios de monjas o en la Inmaculada; por supuesto, no había lo que hoy se conoce como libertad religiosa, la única religión posible era la católica, apostólica y romana. Sin embargo, se permitía cierta flexibilidad en la práctica, se celebraba una Misa diaria de asistencia voluntaria antes del desayuno, pero, en caso de no querer asistir, la alternativa era quedarte en el estudio, es decir estar en clase bajo la permanente vigilancia de un inspector o de un galonista. Ante esto, cada cual obraba según su interés y creencias; al principio, quizá por costumbres adquiridas, yo asistía siempre a la santa Misa, pero pronto opté por quedarme en el estudio para repasar las clases de la mañana.

Cuando se acercaba Semana Santa, los alumnos organizábamos por los pasillos del colegio un simulacro irreverente de los pasos procesionales; no entiendo cómo nos lo permitían porque aquello era tremendo, un escándalo condenado con excomunión si el páter nos hubiera pillado; llevábamos a uno en volandas con los brazos en cruz como si fuera Jesucristo, mientras imitábamos vocalmente la música ceremonial y los tambores. Los desfiles duraban lo que durasen los recreos, recorriendo todos los pasillos permitidos de la planta baja sin nadie que lo recriminase, supongo que nos dejaban desfogarnos. Cuando algún pínfano atrevido se arrancaba a cantar una saeta, se paraba la procesión hasta que acabase y el cantaor se llevase



Coro del colegio en 1957

una estruendosa salva de aplausos.

Los domingos no había alternativa ni libertad religiosa que valga, todos los alumnos teníamos que asistir obligatoriamente a una Misa presidida por las fuerzas vivas del colegio; si no querías rezar hacías el paripé moviendo los labios cuando te miraba el páter y poco más; los domingos y festivos actuaba un coro estupendo al que daba gusto escuchar, de repente ha vuelto a sonar claramente en mi cabeza la voz grave de Javier Topete de Grassa entonando la conocida «Oh, sinner man!» traducida al castellano «Oh pecador, yo me arrepiento, Oh pecador, yo me arrepiento» en plan espiritual del sur norteamericano, solo por escucharles cantar aquellas canciones ya merecía la pena estar en Misa en vez de repicando.



Arriba por la izquierda, Granja en segundo lugar y en cuarto Topete. (Aprox. 1969)

El deporte

Hablando de Topete, por entonces el equipo de balonmano del colegio era portentoso y ganaba a todos los adversarios habidos y por haber; recuerdo a dos grandes jugadores de nuestro equipo, el portero, un rubio de pelo rizado llamado José Granja Albarellos que las paraba todas, y de delantero Javier, el solista cantor, que metía un porrón de goles de fuertes trallazos. Creo que ambos han fallecido, DEP.

En deportes siempre fuimos una potencia escolar, en todos los torneos éramos candidatos al triunfo; en fútbol teníamos duros contrincantes en los equipos del Orfanato Nacional y del Colegio de Huérfanos de la Policía de los que éramos vecinos; en los partidos contra ellos podía pasar cualquier cosa, en casa ganábamos nosotros, en la suya ellos y todos contentos. También nos enfrentábamos regularmente con el Colegio de Huérfanos de la Armada (CHA) y con equipos de las facultades universitarias.

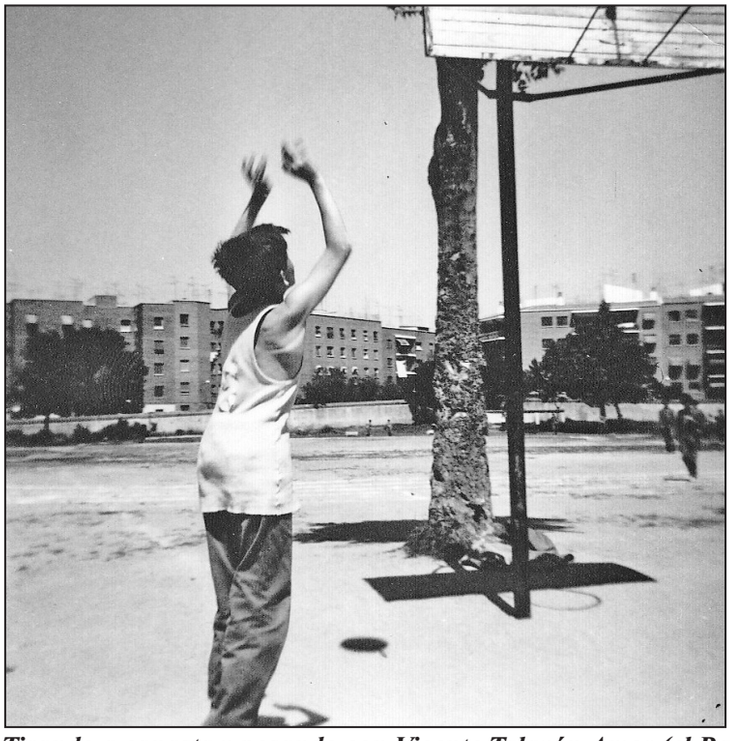
Entre semana competíamos en ligas internas entre las diferentes clases y también los clásicos Norte contra Sur (dependiendo del lugar de nacimiento), en estos partidos era sencillo participar porque había menos seleccionables, a mí me ponían de defensa para molestar a los delanteros rivales porque no confiaban en mis habilidades goleadoras; entonces decidí tomar cartas en el asunto y coger la sartén por el mango; imitando al periódico deportivo As, empecé a escribir acaloradas crónicas de los partidos calificando con ases a los jugadores, todos querían leer mis crónicas y saber cuántos ases les había puesto, aquello me dio una publicidad inesperada que me hizo ser popular durante un tiempo hasta que pasó la novedad, las

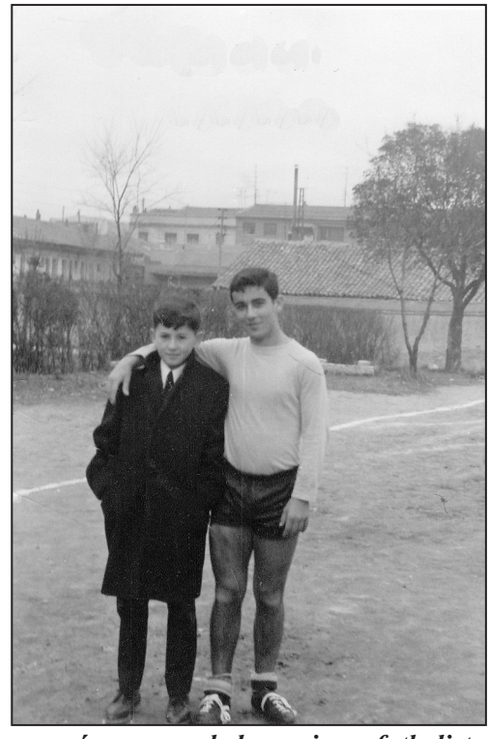
aguas volvieron a su cauce y yo a mis suplencias, pero seguí escribiendo crónicas porque me gustaba hacerlo.

¡Qué periódico el As! El más leído del colegio, en la última página publicaban a diario la sección «Buenos días» ilustrada con la foto de una chica despampanante en bañador o en sugerentes paños menores, aquellas fotos eran el oscuro objeto de deseo de casi todos los alumnos; se recortaban cuidadosamente para poder verlas a solas. ¡Ay, Rilke! No me pidas explicarlo.

La foto de la primera chica del As se publicó el 6 de diciembre de 1967 y tal honor recayó en Conchita Velasco que, por otro lado, era hija del comandante de caballería don Pío Velasco (1909-1995) por lo que tendría con nosotros bastantes cosas en común. Las chicas que fueron posando en los años posteriores iban perdiendo ropa a marchas agigantadas, nada que ver con la recatada foto inaugural. Ella misma lo explicaba: El fotógrafo me dijo: «Quiero sacarte saltando por encima del Palacio Real, así que pega un salto. Y yo encantada. Es que yo era bailarina de ballet artístico».







Tirando a canasta y posando con Vicente Talaván Amor (el Rata), en su época uno de los mejores futbolistas



(1971-72) La afición animando al equipo, entre otros reconocemos a José Mª Moreno Gramaje, Juan Cirujano Pita, Javier Álvarez Abeilhé, Jesús de la Calle Colino y a Jaime Tascón (con gafas sujetando la pancarta)

Junto a la huerta del colegio –que mantenían los hermanos Chele y Críspulo, ambos renegridos por el sol y el aire libre, de nuestra edad o similar y bastante brutos; si alguien pisaba o recogía productos de la huerta corría serio peligro, teníamos que poner sumo cuidado al recuperar los balones que cayeran dentro– construimos los alumnos interesados un campo de voleibol y en aquel deporte encontré la oportunidad que no tenía en otros, no se me daba mal del todo y contaban conmigo; tuvimos un profesor de Francés, galo de nacimiento, llamado Henri Fabregat a quien le faltaba el índice de una mano. Este señor era un apasionado del rugby y se le metió entre ceja y ceja que en el colegio aprendiésemos a jugarlo, así que montaba reñidos partidos en el campo de fútbol para enseñarnos las reglas y aprender a practicarlo, aquel juego nos gustaba, pero durante el curso no terminó de cuajar y nunca llegamos a tener una selección del colegio como en otros deportes.

A toda hora jugábamos a futbol, voleibol, balonmano, baloncesto, tenis, se organizaban carreras pedestres o lo que hiciera falta, todo sobre tierra y con unas instalaciones que dejaban mucho que desear, pero eran las que teníamos, incluso mejores que en algunos colegios, nadie se quejaba y aprendimos a adivinar el bote exacto que seguiría la pelota según el bache que tocase, lo cual desconcertaba a los rivales.

Los equipos del CHOE siempre eran seguidos en sus partidos por animosos grupos de pínfanos cuando nos enfrentábamos a otros colegios, facultades, etc.

La televisión y la sala de juegos

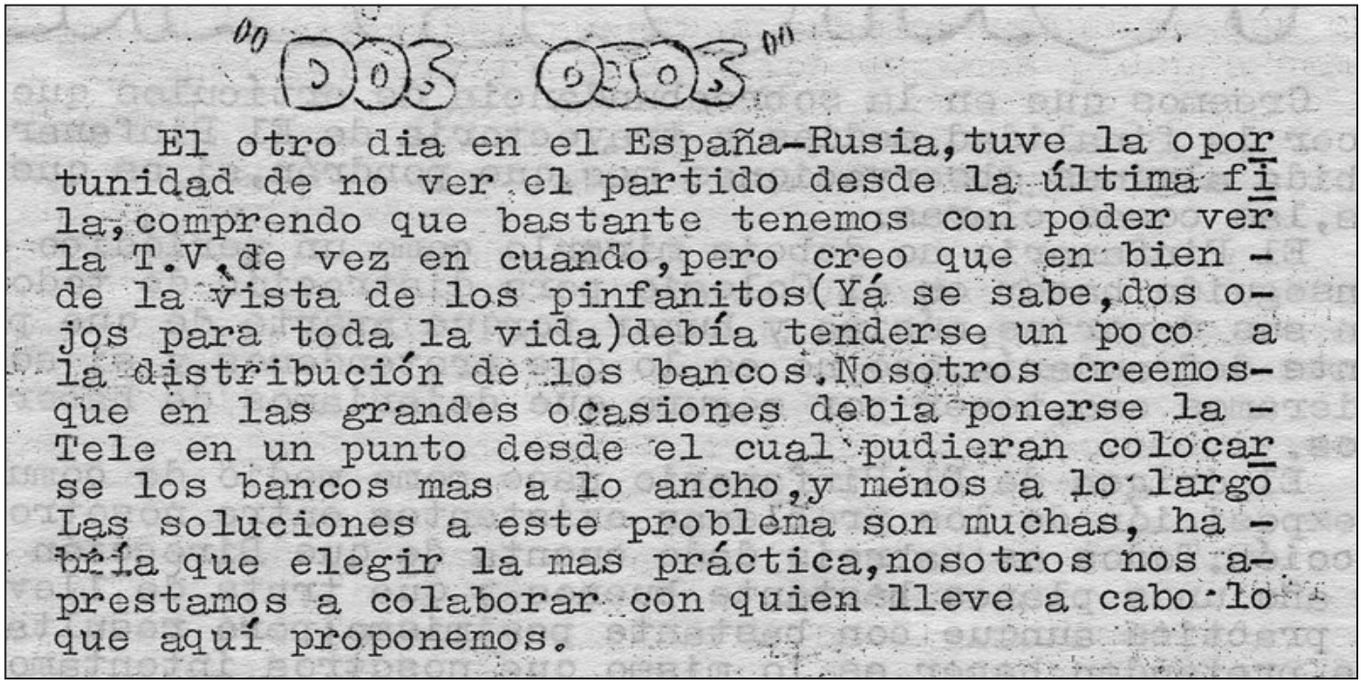
Aparte de los deportes de equipo, en el colegio había verdadera pasión por los deportes de salón, en concreto los futbolines y las mesas de pimpón que había en el llamado salón de televisión; pillar turno de juego era un imposible metafísico porque solían estar siempre ocupados y había lista de espera; se jugaba al pierde paga, aunque en vez de dinero lo que nos jugábamos era poder seguir jugando, quienes ganaban repetían partido hasta que alguien los derrotase; había auténticos jugones que podían estar horas y horas ganando sin parar hasta que se cansaban y lo dejaban.

Estando en sexto trajeron una televisión en blanco y negro, la colocaron en alto en una amplia estancia de la planta baja

que pasó a llamarse sala de televisión; delante de la (pequeña) pantalla se dispusieron varias filas de bancos del gimnasio a modo de improvisada platea, eran bajitos pero no había dónde elegir, todos intentábamos sentarnos en las primeras filas porque desde atrás no se veía un pimiento. A petición de don José Hesse, profesor de Lengua y Literatura, los viernes por la noche nos dejaban ver «Estudio 1» a los de sexto y Preu después de cenar, un programa en el que se representaban conocidas obras de teatro de Jardiel Poncela, Zorrilla, Edgar Neville, Molière, Lope de Vega, Shakespeare, Mihura, Unamuno, Calderón y otros autores de renombre universal, la verdad es que no sé si queríamos ver la representación teatral o evitar irnos tan pronto a dormir un viernes por la noche.

La sala de televisión se llenaba hasta la bandera, completando con creces el aforo disponible, para ver los miércoles algún partido de la Copa de Europa que por entonces casi siempre lo jugaba el Real Madrid, y los domingos el partido de Liga retransmitido por Televisión Española por la primera cadena, aclaro que solo existían dos, primera y UHF, había poco donde elegir; la televisión se sintonizaba regular, a veces la pantalla se llenaba de nieve y perdíamos la imagen cuando menos falta hacía, enseguida alguien tenía que subirse a una silla y mover la antena de posición hasta que los gritos desesperados del resto le indicaban que había vuelto la nitidez a la imagen.

Los inspectores encontraron la que creyeron sería la piedra filosofal para controlarnos, cuando ocurría algún altercado y no sabían quiénes eran los culpables, nos amenazaban «Que se presenten los que hayan sido o toda la clase se queda castigada sin ver el partido de esta tarde», el tiro les salía por la culata salvo que los culpables se presentasen voluntarios, porque



"DOS OJOS"

El otro dia en el España-Rusia, tuve la oportunidad de no ver el partido desde la última fila, comprendo que bastante tenemos con poder ver la T.V. de vez en cuando, pero creo que en bien - de la vista de los pinfanitos (Yá se sabe, dos ojos para toda la vida) debía tenderse un poco a la distribución de los bancos. Nosotros creemos- que en las grandes ocasiones debia ponerse la - Tele en un punto desde el cual pudieran colocarse los bancos mas a lo ancho, y ménos a lo largo Las soluciones a este problema son muchas, habría que elegir la mas práctica, nosotros nos aprestamos a colaborar con quien lleve a cabo lo que aquí proponemos.

Publicado en Pinfanario Año 1 Número 1

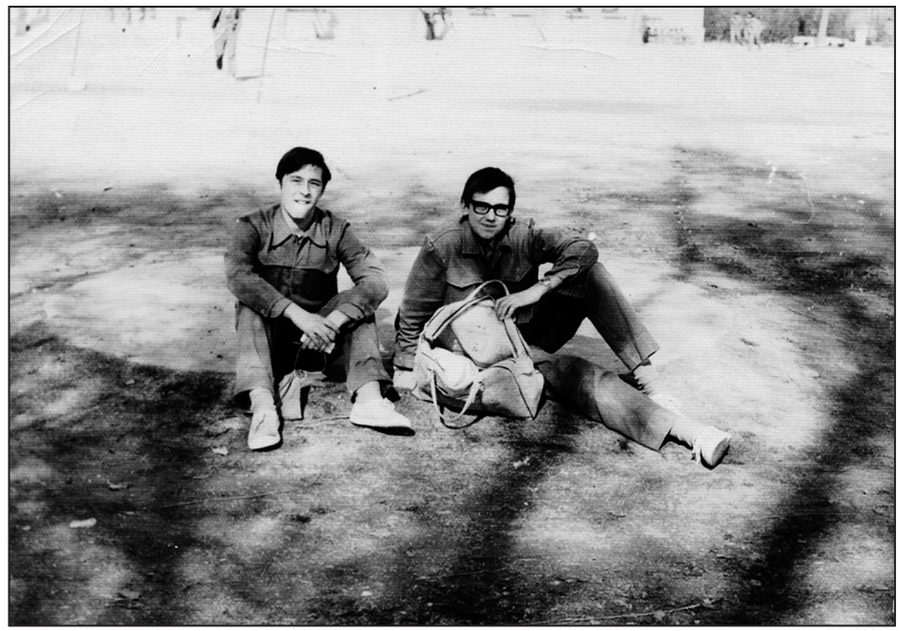
la delación entre compañeros estaba muy mal vista; si acaso, al quedarnos a solas, se les forzaba bajo amenazas a presentarse por el interés común, pero nada de chivatazos, los chivatos se la jugaban.

Los pínfanos usábamos una contraseña especial para avisarnos ante la llegada de directores, profesores, inspectores, galonistas o cualquiera que pudiera pillarnos con las manos en la masa; en cuanto se divisaba a alguno de ellos llegar por el horizonte, rápidamente se corría la voz de alarma ¡queo, queo! No hacía falta repetirla porque al escuchar el aviso todos nos preparábamos para parecer corderitos, puede ser que la palabra fuera utilizada inicialmente por los quinquis, pero nosotros la adoptamos sin saberlo; incluso la RAE tiene definición oficial: «Dar el queo a alguien: Coloquialmente, avisarlo, especialmente para ponerlo en guardia. Darse el queo: Escapar». De cachondeo se decía ¡queo, queo, que viene Macabeo!

Los piperos

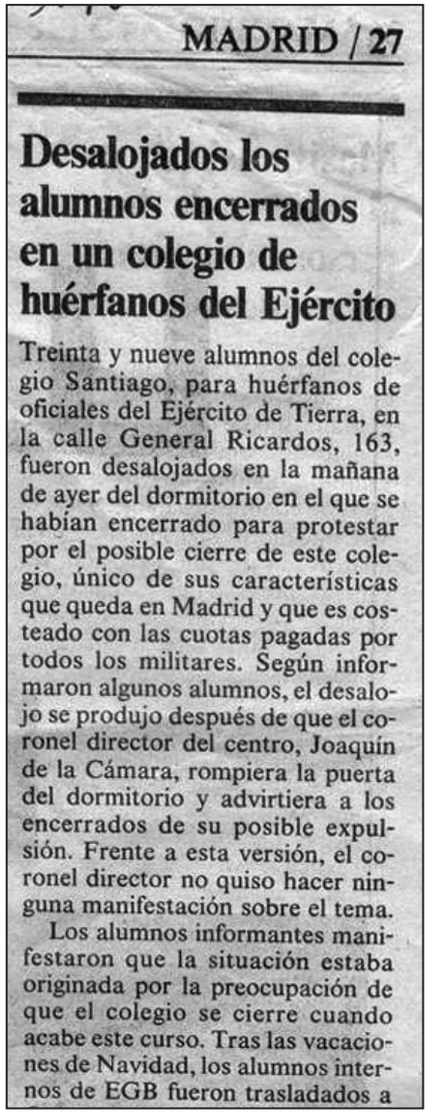
Eran pínfanos con permiso especial de la Dirección para salir a diario entre semana a la calle para realizar pequeñas compras para el resto del colegio, en el recreo de la tarde se apostaban al pie de la escalera, junto a la puerta de salida, y recibían los encargos de los demás, excepto tabaco porque eso lo llevaba otro negociado, fundamentalmente pipas, triángulos de leche, cruasanes, refrescos, charcutería, cuadernos, chucherías y cosas por el estilo, pedidos menores para los que tenían esa posibilidad de gasto.

Cursando Preu yo mismo ejercí un feliz año de pipero, lo que buscaba con el cargo era poder salir todos los días a la calle y en los recados gastaba hasta el último segundo del tiempo disponible, no podía retrasarme demasiado porque podrían anular mi pase y porque los clientes esperaban ansiosos mi vuelta para consumir sus pedidos antes de volver a entrar en clase.



Guillermo Mondelo y Jaime Tascón en su función temporal como piperos (1971)

Encierro estudiantil



MADRID / 27

Desalojados los alumnos encerrados en un colegio de huérfanos del Ejército

Treinta y nueve alumnos del colegio Santiago, para huérfanos de oficiales del Ejército de Tierra, en la calle General Ricardos, 163, fueron desalojados en la mañana de ayer del dormitorio en el que se habían encerrado para protestar por el posible cierre de este colegio, único de sus características que queda en Madrid y que es costeado con las cuotas pagadas por todos los militares. Según informaron algunos alumnos, el desalojo se produjo después de que el coronel director del centro, Joaquín de la Cámara, rompiera la puerta del dormitorio y advirtiera a los encerrados de su posible expulsión. Frente a esta versión, el coronel director no quiso hacer ninguna manifestación sobre el tema.

Los alumnos informantes manifestaron que la situación estaba originada por la preocupación de que el colegio se cierre cuando acabe este curso. Tras las vacaciones de Navidad, los alumnos internos de EGB fueron trasladados a Quintana del Puente, en la provincia de Palencia, y, según rumores, los 150 alumnos internos de BUP y COU serían trasladados el próximo curso a los colegios de Santoña, Ronda y Murcia.

Los alumnos de primero y segundo cursos de BUP decidieron ayer encerrarse para protestar por la ausencia de explicaciones debidas a las madres y por considerar el traslado innecesario. Este encierro, siempre según la versión de los estudiantes, terminó cuando el director del centro rompió la puerta con un hacha, tomó el nombre de los encerrados y advirtió que se les daría de baja para impedir su acceso a los colegios de huérfanos provinciales. El coronel se limitó a repetir por cuatro veces su grado y su apellido y a indicar que para cualquier información se acudiera al Patronato de Huérfanos, en donde en la tarde de ayer no se pudo encontrar a ningún directivo. En la oficina de Prensa del Ministerio de Defensa, a últimas horas de la tarde se desconocía totalmente este suceso.

Ha llegado recientemente a nuestras manos la prueba irrefutable de que en el colegio Santiago hubo un encierro estudiantil que fue abruptamente sofocado por la Dirección. Se publicó en el diario El País el 12 de mayo de 1982 y uno de los treinta y nueve valientes, el aspirino José Luis Barcenilla, conservó el recorte de prensa para la posteridad; bueno, más bien lo hizo su padre que tuvo que abonar 10.000 pesetas de la época para arreglar la dichosa puerta que se comenta en el artículo, junto al informante estaba otro aspirino, hijo de un militar del Cuerpo Jurídico de Sevilla, que también pagó otras 10.000 pesetas en concepto de arreglo de puerta. Así que en total fueron 20.000, al final le salió rentable al Colegio el encierro.

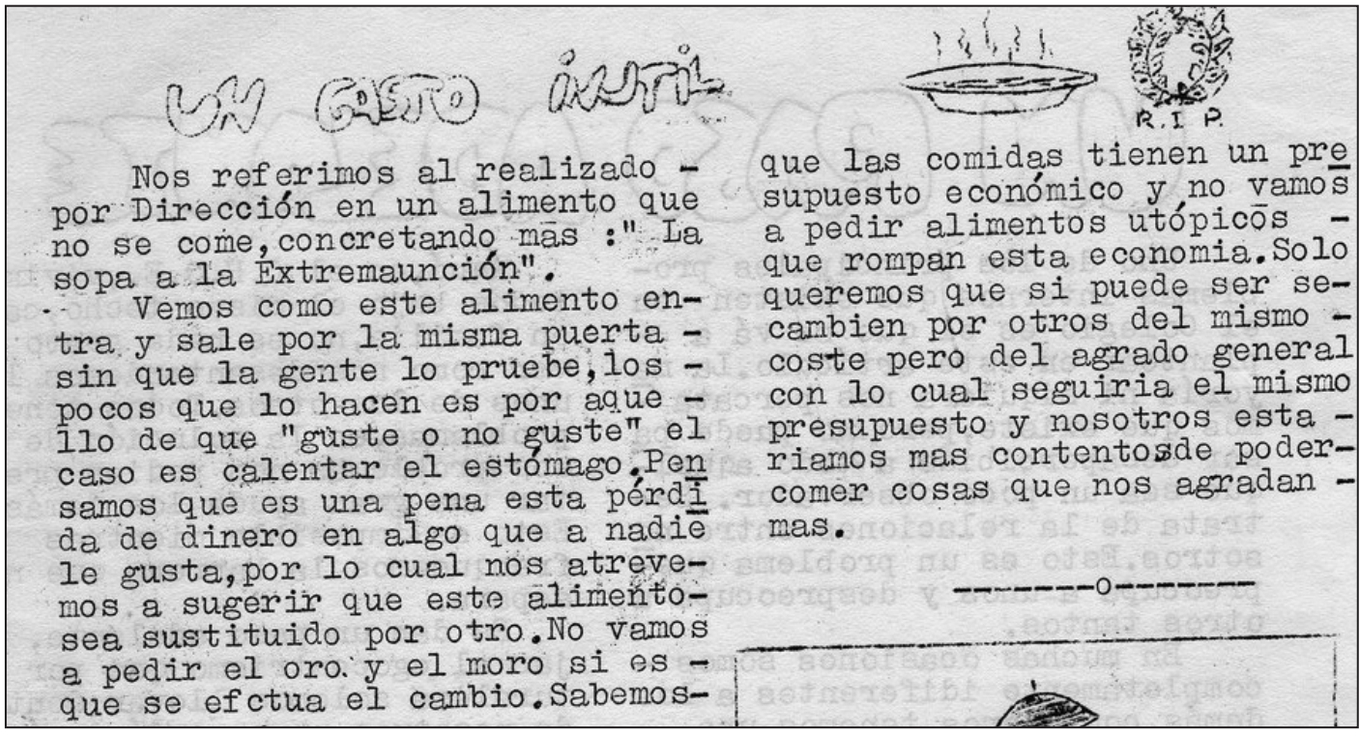
El motivo del motín fue que llegó a oídos de los estudiantes el posible cierre del colegio, lo que obligaría a realojar a los internos en otros centros repartidos por España (Quintana del Puente, Santoña, Ronda y Murcia), ante la falta de explicaciones a sus familias y por considerar innecesarios los traslados, los alumnos de primero y segundo de BUP decidieron

encerrarse en uno de los dormitorios y colgar en las ventanas que daban a la calle General Ricardos pancartas hechas con sábanas y frases alusivas al motivo de su encierro escritas con kanfor negro.

El expeditivo coronel director de colegio no tuvo mejor ocurrencia que echar abajo la puerta del dormitorio blandiendo un hacha a modo de llave, ante lo cual acabó con el encierro en un santiamén, dice nuestro informante que aquel encierro debió ser el más corto de la historia, pues apenas duró veinticinco minutos, los que debió tardar el enfurecido coronel en encontrar el hacha, subir dos pisos hecho un basilisco y destrozar la puerta; según iban saliendo del breve encierro los alumnos, el director les iba imponiendo a uno tras otro su sentencia exprés que consistía en la más que probable expulsión del centro.

Se dice que mientras iba tomando nota de la filiación de los estudiantes, les advertía amenazadoramente que aquello era peor que un motín y que «si esto ocurriese en un barco, la pena sería la horca».

El encierro tuvo un precedente en los primeros años setenta, cuando los pínfanos decidieron hacer huelga de hambre para protestar por la calidad de la llamada «sopa de la extremaunción», insípida sopa de verduras, que daban cada noche en la cena y se negaron a comerla durante varios días, devolviendo los platos sin tocarla, hasta que consiguieron que el administrador la eliminase del menú.



UN GESTO ÚTIL

R.I.P.

Nos referimos al realizado - por Dirección en un alimento que no se come, concretando más :" La sopa a la Extremaunción".

Vemos como este alimento entra y sale por la misma puerta - sin que la gente lo pruebe, los - pocos que lo hacen es por aque - llo de que "guste o no guste" el caso es calentar el estómago. Pensamos que es una pena esta pérdida de dinero en algo que a nadie le gusta, por lo cual nos atrevemos a sugerir que este alimento sea sustituido por otro. No vamos a pedir el oro y el moro si es - que se efctua el cambio. Sabemos - que las comidas tienen un presupuesto económico y no vamos a pedir alimentos utópicos - que rompan esta economia. Solo queremos que si puede ser se - cambien por otros del mismo - coste pero del agrado general con lo cual seguiria el mismo presupuesto y nosotros estaríamos mas contentos de poder - comer cosas que nos agradan - mas.

-------o-------

Publicado en Pinfanario Año 1 Número 1

Diccionario breve

Más que diccionario sería más apropiado hablar de jerga o argot colegial, porque, como pasa en todas partes –sobre todo cuando grupos grandes de personas conviven forzadamente 24 horas diarias durante demasiado tiempo, sin apenas mantener contacto con el mundo exterior–, en el colegio se utilizaban expresiones y palabras que solo pueden darse en este tipo de instituciones; recordemos algunas de ellas gracias a lo que nos ha llegado:

Al Abordaje

Tampoco hay mucho que explicar: El más fuerte, más hábil, o sencillamente el que estaba más próximo al recalar de la bandeja de comida, arramplaba con lo que podía y el más lejano, débil etc. se quedaba a dos velas.

Al pasillo

Castigado fuera de clase. Como agravante estaban los pasillos de Dirección, porque cada uno de estos colegios tenía su propio y tenebroso pasillo.

Me convertí en asiduo visitante del pasillo en sus dos versiones: pasillo a secas –el de las clases– que ya daba miedo per se y el de Dirección que daba verdadero pánico. Alguien más debe de tener el mismo trauma porque he visto algunas fotos del pasillo de Dirección en la web.

Aspirino

¡Hombre, un aspirino! Por si alguien no se acuerda, un aspirino, al menos en los colegios de Madrid, era alguien que aspiraba a no tener padre. En otras palabras, que todavía no era huérfano.

Nunca, que yo sepa, hubo distinciones entre huérfanos y aspirinos. Las dos únicas diferencias consistían en: 1º- Tenían padre, circunstancia biológica opuesta a la necrológica imperante (que habrá hecho en casa, pensábamos, para que lo metan en este antro adrede, así sin más) y 2º- Cuando salían los domingos lo hacían ¡de paisano! que eso sí que daba envidia.

No olvidemos que en el Colegio asumíamos términos propios importados de la Academia como trapillo o galonista (sargento) y por ende el alumno atípico pasó a ser Aspirino. Eran siempre en número reducido, no más allá de un 1 o 2%.

¿Por qué iba a parar al Colegio un aspirino? ¡Vaya usted a saber!

Es de suponer que unos irían a prepararse para Zaragoza ya que el CHOE tenía un caché importante en ese aspecto. Sin embargo, yo conocí y fui muy amigo de varios aspirinos que para nada querían ser militares.

Otro motivo posible es que fuera una especie de arresto en batallón de castigo –¡al CHOE, que allí te enderezan!– para el

clásico chaval díscolo; quien no le haya dicho a un hijo alguna vez «que falta te hubiera hecho a ti haber pasado por el CHOE, como tu padre», que tire la primera piedra.

Tercero y a lo mejor más frecuente motivo, los posibles traslados del padre militar. El chaval iba a un mismo colegio durante toda su vida escolar independientemente del destino del padre, lógicamente interno, y también lógicamente con una cierta disciplina militar; al fin y al cabo, la milicia es (o era) una de las profesiones con mayor tradición familiar y más vocacional. El otro gran grupo vocacional era la Iglesia, pero difícilmente hubieran podido constituir un colegio de huérfanos del gremio.

El trato al aspirino en los Colegios era exactamente igual que al resto de alumnos. Yo no recuerdo ninguna diferencia entre nosotros. El que era una ladilla o un santo, lo era independientemente de su estado civil; el sentimiento de compañerismo era el mismo entre todos, hasta casi diría que les mosqueaba un pelín el no decir «nosotros, los pínfanos», aunque estuvieran legitimados para decirlo.

No tenían derecho a utilizar el esplendoroso uniforme azul de paseo, con capa incluida los primeros años, por lo que seguramente sufrirían en silencio y penarían con dolor; disfrutaban, eso sí, de la gloria de vestir el trapillo. En fin, que vestíamos igual, comíamos igual, vivíamos igual, aguantábamos las mismas putadas y hasta olíamos a lo mismo.

Pero añadiría un cuarto motivo (seguro que hay más) y era el caso de algunos militares destinados en el Sahara o Ifni y que preferían que sus hijos se educasen en la península. Pienso en los hermanos Jáuregui, que, en 2º curso, en Padrón, pasaron tristemente de aspirinos a huérfanos a consecuencia de la guerra de Ifni.

¿Qué motivos tenían para ir al CHOE, como aspirinos, el nieto del general Cabanellas o Sancho que su padre era Director General de Seguridad? Desde luego no eran los mismos que los míos. Mi experiencia con los aspirinos coincide en lo básico con la de muchos otros, me ha sorprendido que en otros tiempos el aspirino fuera objeto de algún tipo de discriminación. Sin embargo, con este tema éramos bastante crueles, una vez escuché a un pínfano decirle a un aspirino: «Tú a callar que tu padre no es terrateniente, el nuestro tiene dos metros cuadrados de tierra y cultiva malvas». Sin comentarios.

Agregado

Caso excepcional de alumno que no era hijo de militar (al único que conocí en mis 10 años de pinfanato era el hijo del Loren, administrador del Bajo) al que, en contraposición con su señor padre, recuerdo como un chaval muy buena persona.

Caraja

Trompa, melopea, borrachera monumental.

Cate

Suspenso en alguna asignatura. Implicaba sufrir los castigos dominicales reglamentados.

Choetano

Sinónimo de pínfano.

Chola

Cabeza, entendimiento o sesera.

Dos de mosqueo

¿Alguien se acuerda de los dos golpes en la frente?

Dreas

Pelea a cierta distancia generalmente a pedradas, entre una especie de trincheras, no sé si hechas por la lluvia. Como munición se empleaban indistintamente cantos rodados de tamaño adecuado o las piñas caídas de los pinos, antes de la

sazón porque las abiertas pesaban demasiado poco. No se recuerdan bajas mayores.

DQFPLVDN

En un ángulo de la pizarra se escribía DQFPLVDN (Días Que Faltan Para Las Vacaciones De Navidad) y a continuación un número que, diariamente, alguien se encargaba de variar. Que yo recuerde casi siempre en las aulas donde he estado se ponía la leyenda, y lo curioso es que era respetada por todos, incluidos los profesores y demás, y nadie la borraba.

Echarlo a dedos

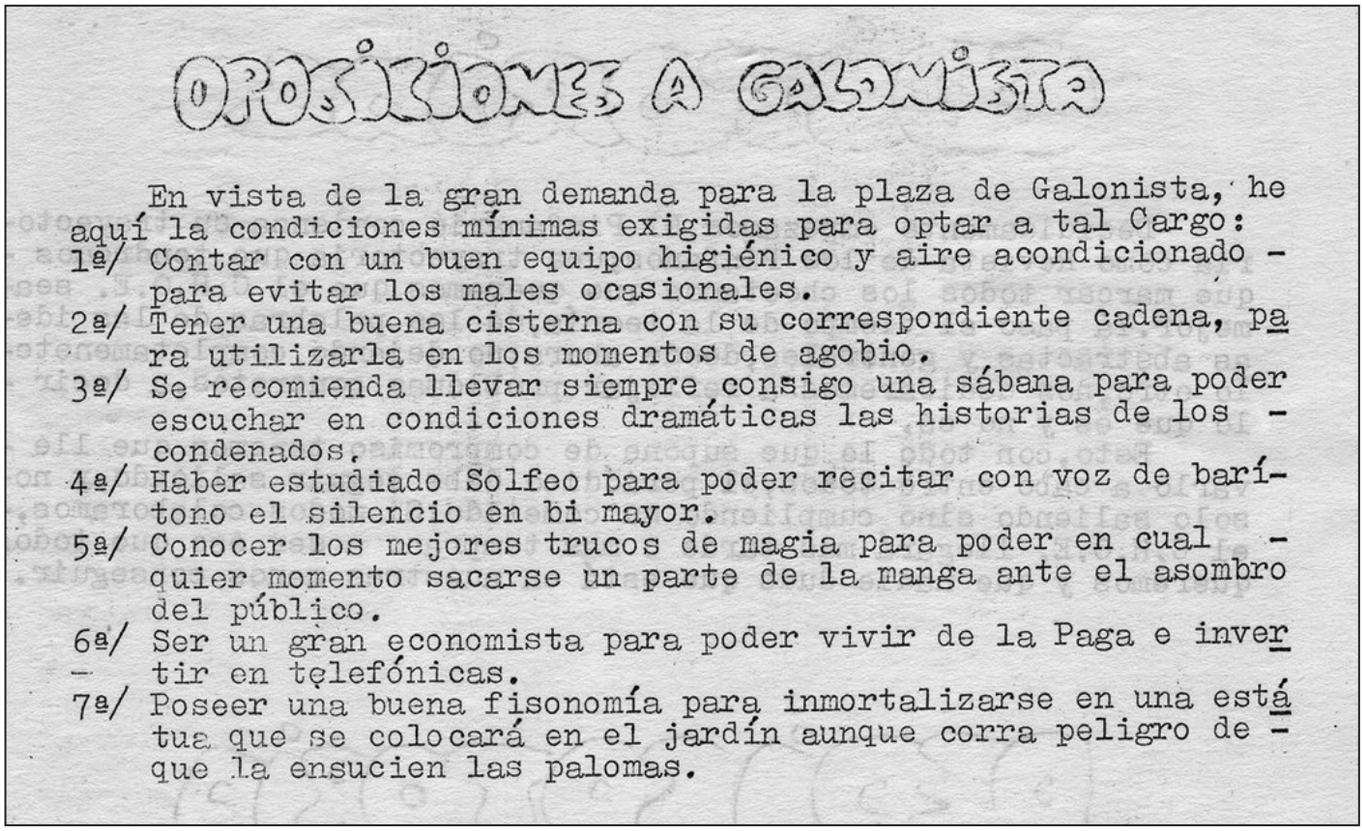
Echarlo a suertes.

Galonista

Alumno especialmente elegido por la Dirección del colegio entre los de mayor edad en el centro, con el fin de colaborar con los inspectores en el mantenimiento de la disciplina del alumnado. Vamos que eran colaboracionistas, metedores de partes de esos que te fundían la salida de los domingos o las tardes de los sábados.

De mis cualidades para el ejercicio de tan insigne servicio, habla el hecho de ser proclamado para el cargo en octubre y llegado diciembre ya había sido depuesto. En tan larga trayectoria, puedo prometer y prometo que nunca actué ni de confidente, ni de casca, ni de medallista.

Los galonistas, por lo menos la inmensa mayoría, no actuaban de confidentes etc., antes bien ejercían su función con limpieza de miras y lo mismo le jodían el domingo al amigo que al enemigo, sin distinción, en aplicación rigurosa del reglamento.



OPOSICIONES A GALONISTA

En vista de la gran demanda para la plaza de Galonista, he aquí la condiciones mínimas exigidas para optar a tal Cargo:

1ª/ Contar con un buen equipo higiénico y aire acondicionado - para evitar los males ocasionales.

2ª/ Tener una buena cisterna con su correspondiente cadena, para utilizarla en los momentos de agobio.

3ª/ Se recomienda llevar siempre consigo una sábana para poder escuchar en condiciones dramáticas las historias de los - condenados.

4ª/ Haber estudiado Solfeo para poder recitar con voz de barítono el silencio en bi mayor.

5ª/ Conocer los mejores trucos de magia para poder en cual - quier momento sacarse un parte de la manga ante el asombro del público.

6ª/ Ser un gran economista para poder vivir de la Paga e inver - tir en telefónicas.

7ª/ Poseer una buena fisonomía para inmortalizarse en una está tua que se colocará en el jardín aunque corra peligro de - que la ensucien las palomas.

Publicado en Pinfanario Año 1 Número 1

Meter petaqueo

Armarla, meter cachondeo en clase, dormitorio etc.

Pares o nones

También llamado «echarlo a los dedos».

Jugarse cualquier cosa a la suerte con los dedos de las dos manos, en ocasiones se intentaba engañar al contrario doblando inverosímilmente alguno de ellos.

Pava, Toba

Dícese de la colilla o resto del cigarrillo tras haber sido fumado previamente por alguien; solía pasarse de uno a otro pínfano, cuando el propietario de este decidía ser generoso con otro vicioso que no había hecho más que mirar mientras él se fumigaba el pulmón con el celta corto que acababa de atizarse.

Palabra muy socorrida para cuando estabas corto de tabaco (casi siempre), colilla que te pasaba alguien antes de tirar el cigarrillo. La subpava y la pava de la subpava se cogían con un alfiler para no quemarse los dedos.

Piltra

Cama.

Piteros, Piperos

Personaje imprescindible para el abastecimiento diario de tabaco, alimentos y otros útiles necesarios. Convenía estar muy a bien con ellos. Incluso te fiaban cuando no quedaba más remedio, te apuntaban el gasto en una libretita y esperaban hasta que el deudor pudiera liquidar la deuda.



Ilustración de Zoyo

Pitoño

Corto de vista, cegato, bisojo.

Pitraca

Se llamaba así a la carne de ternera de categoría indefinida que se utilizaba frecuentemente

para prepararla a la jardinera con sus patatas fritas, a pesar de los supuestos inconvenientes no dejábamos ni las sobras.

También es sinónimo de piltrafa que, según la RAE, es una parte de carne flaca que no tiene más que el pellejo.

Queo, queo

Era el aviso oficial de que se aproximaba el enemigo y se propagó desde Padrón y las Mercedes a la Inmaculada, el Bajo, el Alto y a Valladolid. Su procedencia parece ser el mundo carcelario.

Rasca

Galipa, gazuza, hambre canina.

Traje Chester

Trapillo en lenguaje culto y oficial.

Trapillo

Según Faro: Prenda de vestir de dos piezas, por supuesto de tallas diferentes, de un color indeterminado entre verde, gris y azul tizado (significa mezclado con tiza o clarión de pizarra).

Prenda muy útil de todo tiempo especialmente con lluvia, pues gracias a la capilla de grasa que la cubre la hace totalmente hidrófoba.



Pieza superior conservada en la Sala Histórica

Troya

¡Troya, troya! Grito de guerra que iba precedido de una lluvia de almohadas.

Virus

Universitario introducido en un ambiente semi castrense. La inquietud política en la que hervía la Universidad a finales de los 60, y los hechos que sucedían en ella, no eran bien vistos por mentalidades rígidas como la del Zupo.

Cuando le obligaron a admitir estudiantes universitarios en el Alto, pensó que con ello se introducían los virus que podrían contaminar con sus ideas y actitudes a los alumnos que estaban preparándose para la academia militar.

Pero no solo lo pensó, sino que nos lo restregaba cada vez que tenía ocasión y nos mostraba su más absoluto desprecio hacia ellos. Hizo todo lo posible para que los contactos entre los dos colectivos fueran mínimos y obligó a los inspectores a funcionar como confidentes para dar cuenta de todo lo que hablábamos, leíamos, hacíamos, etc. en fin, de todo lo relacionado con los virus.

Viuda

Dícese de la santa madre de uno o varios pínfanos.

Gastronomía

Cacamarros

Macarrones de un blanco cadáver, reguisados hasta aparecer planos con alguna brizna de restos de carne molida, una muy leve pincelada de tomate (de aquellas latas inmensas que no he vuelto a ver nunca) y desconocimiento total de lo que podría ser el queso.

Cebollas con patatas

¿Nadie se acuerda de las cebollas enteras, cocidas, que nos ponían con patatas también cocidas y enteras? Les tomé tanto asco que hoy no puedo comer cebolla cocida.

Chocolate

Terroso, derretido en el radiador o en el café con leche, después se extendía en el pan con mantequilla. La costrilla blanca que traía de fábrica se quitaba restregándolo contra el trapillo y las protuberancias irregulares era porque tenían algunos cacahuetes.

Confieso humildemente y pido perdón por ello que a mí ¡me gustaba! Ese era un chocolate macho; más tarde lo sustituyeron por unas chocolatinas finitas y alargadas que resultaban hasta cursis en comparación.

Yo lo recuerdo en la Inmaculada y en el Bajo, y lo peor es que recuerdo que ME GUSTABA.

Pese a su dureza (no era infrecuente que se comiera royéndolo por un lateral cual conejo hambriento) y a su sabor y tacto terroso, recuerdo alguna que otra historia para mangar alguna porción de más con la que acompañar el chusco.

Filete empanado

Los filetes escondidos, que intentaban disimular su infame condición bajo la capa de un empanado renegrido en la sartén, retorcidos en sí mismos como tratando de ocultarse, pero bien visibles en su parca soledad apenas mitigada por unas pocas, poquísimas patatas. Y bendecían la mesa los muy...

Filete ruso

Especie de albondigón aplanado, de forma ovalada, confeccionado con carne picada y especias (siempre sospeché que la carne picada provenía de la pitraca sobrante en días anteriores), duro como suela de zapato y tan compacto que nunca conseguí adivinar como conseguían realizar semejante obra maestra de cimentación cárnica. Mas que ruso debía ser soviético.

Mortadela

Tan célebre, la del Alto, que mereció su poema:

«Retira tírame, la mortadela
retira tírala, que no la huela
que, si no la retiras, tenlo por cierto,
cuando vengas mañana
me encontraras muerto».

Todos los días nos daban de bocadillo aquella mortadela, llegó un momento en que hartos de aquella porquería, la tiramos todos en el patio y cantamos la canción el colegio en pleno, en el recreo, lo que originó la ira y cabreo de nuestro dilecto director con correspondiente correctivo a la carrera.

Milongas

También comprábamos otro "llenatripas" que eran las milongas. A mí no me iba mucho el dulce entonces, pero la compraba por lo que me empachaba. Todo antes que la triste cena de los domingos, con aquella especie de natillas con una galleta nadando. Hasta hace 4 o 5 años no las he vuelto a probar.

Pan y quesillo

Recuerdo que los árboles del jardín daban unas florecillas blancas que llamábamos "pan y quesillo" y nos las jamábamos, no por hambre, que para tanto no era, sino en plan golosina.

Pitracas

Llamábamos piltrafa a aquella imitación de carne a la jardinera. Llamar carne a la jardinera a las pitracas queda absolutamente fuera del respeto que se debería guardar, en tu condición de pínfano, a la memoria gástrica de unos pobres «güérfanitos».

Pitraco

Singular masculino de pitracas, degeneración de la palabra piltrafa y denominación de un guisote típico del Bajo y La Inmaculada que pretendía ser algo así como ternera a la jardinera (pero que nunca engañó a nadie con su denominación).

Postres

Los postres de la cena solían ser los más desangelados, como las galletas de coco, que solo eran deglutibles tras una inmersión prolongada en el vaso de agua. El puñadito de pasas, repartido en muchas de las mesas según la más estricta justicia distributiva –contándolas una a una– siempre daban múltiplo de cuatro, ¿las contaría el Benigno?

Aquellas manzanas de la 3ª edad menuditas, descoloridas, encogiditas y arrugaditas –todo en diminutivo–. Suerte tuviste Guillermo Tell al no tener que jugarte la vida de tu hijo acertando con la ballesta a un gurrumino de aquellos (bueno, y de que tu hijo fuera suizo y no un pínfano que se comía cualquier cosa).

El arroz con leche

Se rumoreaba en los 60 que todo el follón que montó Mao Tse Tung emanó de un estreñimiento tras comer aquel engrudo. Y qué me dices de los albaricoques con «habitante» –gusano– que aportaban proteínas.

Las Purrulas

Tenían sus detractores, pero hay que reconocer que eran:

–Pura energía concentrada.

–Una excelente munición para los concursos nocturnos.

–De una densidad espléndida (cuando se dudaba, se contrastaba vertiendo un poco directamente sobre el mantel –que alguna vez fue blanco– y las más de las veces quedaba un manchurrón denso, violáceo y a su alrededor apenas un halo aguachento).

Queso amarillo

Tirando un poco a calabaza, pastoso y muy moldeable a poco que lo calentaras con la mano, era efectivamente de la

ayuda americana. Yo no asistí al lanzamiento masivo, pero en mi época (1957) todavía había tendencia a lanzarlo al techo del comedor, por supuesto unas mesas más allá para que apechugasen otros (si, cabroncillos que éramos...).

Salchichón jabonoso

Aquel embutido de sabor indefinido cuya principal característica era «pintar» el chusco de rojo y que solamente podía comerse si se mojaba en café con leche, algunos privilegiados tenían su Cola Cao y podían mojarlo en él.

Tocino rancio

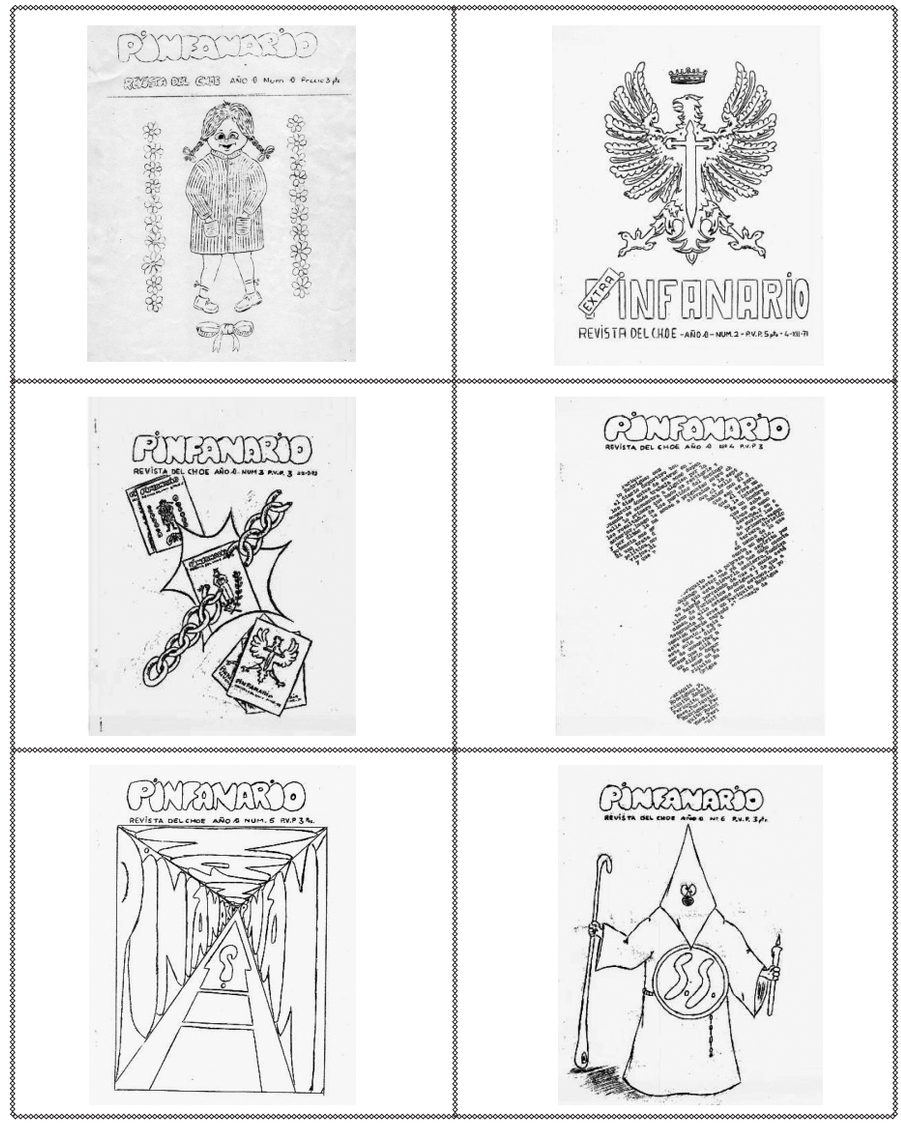
Si por casualidad un día nos tocaba un poco en el plato de las purrulas, había que guardarlo para untar las pelotas de frontón para que quedasen mejor. Otros lo usaban para engrasar y proteger las botas. Incluso hubo alguien que se lo comió.

Tortitas

La materia prima era el chusco cuartelero, se situaba en el asiento del pupitre, se colocaba un libro encima (algunos prescindían de este paso), y toda la mañana permanecíamos sentados encima. Renuncio a describir el resultado, pero ¿cómo nos podría gustar aquello?

El pinfanario

Revista de culto editada y publicada rudimentariamente por un grupo de pínfanos en el Bajo, como no tuvo mucha repercusión mediática acabó cerrando la Redacción, pero han dejado suficientes muestras de ingenio y de cómo afrontar los problemas comunes que aquejaban a los internos. Veamos una muestra de ellos, recordando que en nuestra página web pueden consultarse sin prisas los pocos ejemplares que llegaron a nuestras manos gracias a Ramón Moralejo Hernández (qepd) y a Manuel Balaguer Bernardos.



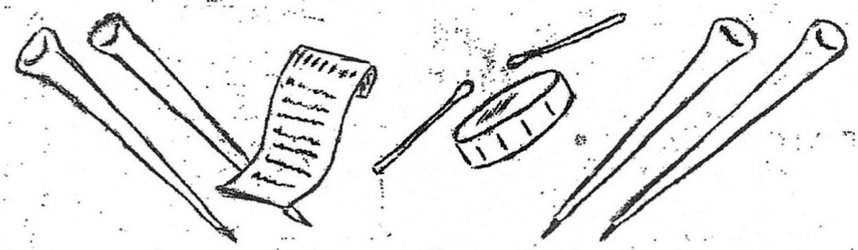
Portadas de los Pinfanarios
números 1 al 6
Curso 1971-1972

EDITORIAL

ALEGRIA Y MUCHO CHOE

Con este título queremos condensar lo que intenta decir este número extraordinario del PINFANARIO, todos sabeis ya lo que es - alegria, ¿Y el C.H.O.E.?, ¿Quién no sabe ya lo que es el C.H.O.E.? ¿Quién, aunque lleve poco tiempo no está calado de C.H.O.E. hasta los huesos?. Pues bien; lo que queremos es que eso se note, que se- note siempre, pero mas que nunca en este dia de la patrona que ya se acerca, grandía, capaz de movilizar a todo el C.H.O.E. y cuya - grandeza se respira en los preparativos de varias semanas antes.

Para preparar el terreno a ese gran día sale este PINFANARIO hoy, para deciros que hay que cortar de una vez la decad ncia del dia de la Inmaculada, unos ya lo están haciendo, preparando con no poco esfuerzo sus pequeñas o grandes cosas para la fiesta, el PIN FANARIO se suma a ellos con este extra, pero lo principal del 8 - de Diciembre está en manos de todos, en el corazón de cada uno - que debe extallar de alegria en esa fecha.



Motivos no van a faltar, el simple hecho de que sea nuestra - patrona, los extrordinarios que se hagan, el significado tradicio- nal, el mismo ambiente, todo colaborará. Solo hay un pero, hemos de- pensar que debemos ser consecuentes, si nuestra alegria parte del mismo C.H.O.E., que no se vuelva contra él bajo la forma de irres petuosidad e incivismo, que sea un dia grande pero un dia grande- completo.

¡Pinfanitos y Pinfanitas!. Hagamos resurgir la fiesta de la - Inmaculada de su parcial apagamiento, respondamos todos con racio nal alegria al esfuerzo de quienes ham hecho tanto por que ese - día sea mejor. Busquemos todas las raices Choetanas de nuestra al ma y logremos que cada ocho de Diciembre todas las estrellas se- enteren de que en un lugar de España existen unos Pinfanitos que tienen a la Inmaculada por patrona.

Los Pinfaños (as) que no pertenezcais al colegio Santiago en contrareis el periodico este un poco vacio aun, esto se debe a la gran escasez de artículos que hemos recibido de fuera, posiblemen te esto se deba a algun fallo en los "Sistemas de enlace", pues - todavia no estan bien organizados, de todas formas esperamos que- este PINFANARIO os guste.

"EL RELEVO"

Queremos hacer mención en esta página a la obra de unos Pín - fanos que nos precedieron, nos- referimos a "SANTIAGO" periódi co que se lanzó aqui en el co- legio en febrero de 1964, hace ya tanto tiempo que nada hubie ramos sabido de él si no fuera por el detalle que ha tenido - el que fué su Director Gabriel Moralejo, quien nada más cono - cer la existencia de PINFANA - RIO nos escribió una carta de- aliento junto con un ejemplar- del número uno y un proyecto - de lo que iba a ser el número- dos que por dificultades tecni - cas no llegó a salir.

Nosotros desde estas pági- nas, que porque las cosas han - mejorado', han podido hacers- realidad, queremos agradecerla su carta y decirle que si, que- cará ocho años después, cogemos la antorcha y seguimos la ruta con su mismo espíritu juvenil- con su mismo mirar hacia el - C.H.O.E. para engrandecerlo en- nuestra pequeña medida. Lo hare mos mejor o peor, pero lo hare- mos lo mejor que podamos, de ma nera que cuando entreguemos la antorcha a la generación de - Pínfanos que nos suceda, ellos- puedan seguir costruyendo so - bre lo que nosotros hayamos - preparado ya.

- A MEDIO CAMINO -

En el periódico a que nos- referimos en el artículo ante- rior, y como muestra de ese hu- mor negro que tenemos los Pín- fanos, venia el chiste que aquí veis y que no llegó a publicar se, nosotros lo publicamos aquí para que os sirva de aliento y para que veais que ya estamos- a mitad de camino de la felici dad, falta aun por recorrer la- otra mitad, mientras tanto se - guiremos con el humor negro, se guiremos soñando.



...En mi bola veo que en- el colegio de Santiago se - levantarán este año a las - once, los domingos habrá am- nistía, se arreglará el cam- po de futbol, pondrán una es tación de metro en la puerta y darán patatas a la Inglesa to - dos los días. Pero no lo tomen muy en serio, porque ya dije que era una bola.

(García Sánchez)

APUNTES LITERARIOS



HOY: QUEVEDO

Aunque el punto fuerte de José Hesse siempre fueron los estudios teatrales, poéticos, etc, tambien cultivó con gran acierto la biografía. Sus obras de este tipo no se limitan a la simple exposición de la vida, ese es un punto secundario lo más importante para este autor son lo principios ideológicos de la persona estudiada.

En esta obra D. José nos narra la agitada vida de Quevedo bajo el marco decadente de la época. Hace un minucioso estudio de su obra, estilo y bocavulario, que como todos sabemos tanto enriqueció nuestro lenguaje. Los títulos mas tocados (Por ser los mas importantes) son: El buscón y los numerosos sonetos entre los que cabe destacar los de contenido satírico-moral.

De todas formas, nuestro profesor deja un poco la vida de Quevedo para entrar de lleno en su pensamiento, pensamiento que, como él repetía en sus clases está en la linea de Séneca, Larra y 98, éste es el profundo y verdadero pensamiento Español es el de unos pocos, pero el de todos porque ellos representan muchos ideales que el pueblo por ser pueblo, no manifiesta. A Quevedo le guía un afán de mordaz sinceridad, era el hombre que, sin rodeos, expresaba sus sentiminetos por la realidad que le rodeaba, sin importarle las consecuencias perjudiciales que podian tener para él sus famosas sátiras y sentencias.

Por ser Quevedo uno de los autores que han marcado una pauta en nuestra literatura, ésta es una obra que todos debemos conocer un poco.

En el próximo número clausuraremos los espacios dedicados a nuestro profesor D. José, con un homenaje póstumo y una relacción de sus mejores obras.

EMIGRACIÓN



Uno de los más graves problemas con que se enfrenta la Dirección de Chamartín, ew el de una serie de chicos que quieren salir de dicho colegio para "Emigrar" al de Santiago, los motivos que alegan som muy simples, y propios de "pequeñuelos":

--- "Es que en el Santiago se puede fumar y aquí no".
--- "Es que en el Santiago los ispectores no castigan"
--- "Es que en el Santiago hay mayor libertad".
--- "Es que en el Santiago se come mejor".

Creemos que no son motivos para que un muchacho que lleva un año en Chamartín, y ya se lo conoce, venga aquí, pero si creemos que estos problemitas se pueden arreglar.

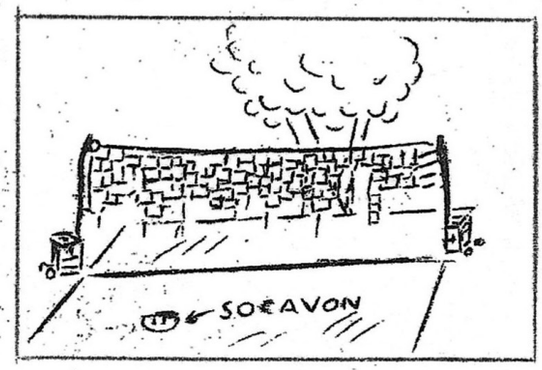
No pretendemos que dejen fumar a todos, pues para información de los "peques" diremos que todo aquel menor de dieciseis años que fume en Santiago lo hace fuera de la ley, pero si que los ispectores pongan un poco de su parte (No queremos decir que no lo hagan) para hacer aquello mas agradable.

"ES UNA PENA"

Nos quejamos de que no tenemos nada,y cuando lo tenemos parece que no nos importa quedarnos sin ello.

Algunos se dedican a poner a su gusto y antojo las redes de las porterias de futbol.Que si un palito por aquí,que si esto mas tirante,que aquí hay que hacer un nudo.Total,que las redes están ya agujereadas por todos lados.

Muchos echamos de menos aquellas estupendas Ligas de Voleibol que otros años se organizaban,y otros cuando ven sus raquetas apolilladas en un armario recuerdan confrontaciones tenisticas muy aconsejables.



Estos deportes que ya venian teniendo algunos adeptos en el C.H.O.E.,yá no se podrán practicar por mucho tiempo,porque no hay ni red ni postes ni nada.

Esto mismo ocurre con otras muchas cosas,¿por qué?.¿Qué ha sido de los Juegos de Ajedrez,Damas Parchís etc etc ?y,¿Que pasará con otras cosas dentro de poco?.

Todos tenemos un tanto por ciento de propiedad en cada una de estas cosas,y aunque ese tanto por ciento sea muy pequeño,nos son de mucha utilidad durante largo tiempo mientras permanecemos en el internado;sería absurdo maltratar lo que nos hace un gran servicio y nos ayuda a hacer mas agradable nuestra estancia en el C.H.O.E.Esto es como tirar piedras a nuestro propio tejado o quizá peor,dejar que otros nos las tiren,porque muchas veces vemos a los demás hacerlo y no les damos un toque de atención.

Pongamos cada uno un poquito de nuestra parte y evitemos ese maldito orgullo que no nos deja aceptar la réplica amable del compañero,porque la verdad, !Es una pena!

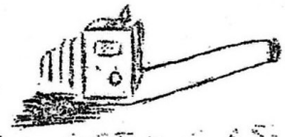
—·SUGERENCIAS·—

Se ha recibido una sugerencia acerca de las duchas,se refiere al corto tiempo que nos dan para algo que debería prolongarse un poco mas.Una cosa tan importante como es la higiene debe ser completa.En ese caso ¿por qué no dan mas tiempo aunque nos levanten un poco antes?.

Todo el mundo ha notado que la iluminación de la Sala de Juegos es bastante deficiente,sabemos que se debe a que hay varios fluorescentes estropeados,y que el cristal que los recubre adolece de una gran falta de limpieza,es de suponer que estos cristales se podran sacar,es por eso que pedimos que caso de que se pudiera,se prestara un poco de atención a este detalle que cada vez se hace mas molesto,máxime con esto de los estudios en dicha sala

Roberto Durán

SOUVENIR



Supongo que ya os habreis dado cuenta, la cosa está la mar de clara, en la estupenda acogida - que ha tenido EL PINFANARIO por- parte de todos, se nota, se palpa- un vacio tremendo, un vacio que - para los que de verdad queremos- un periódico útil resulta verdaderamente doloroso. Si muchachos, EL PINFANARIO se está quedando - en un Souvenir del C.H.O.E., en algo típico que todo el mundo - quiere para guardarlo con la esperanza de enseñarselo algún dia a sus nietecitos.

Esta concepción del periódico-Souvenir ha provocado una acogida enorme entre todo el público que por alguna razón se relaciona con el C.H.O.E. , superándose todas las cifras previstas, cifras que solo producen algo de dinero si se quiere, pero que no son mas.

No estamos en contra de - que compreis el PINFANARIO como algo nuevo y curioso, pero - por favor que la cosa no se - quede ahí, no pedimos nada especial para con él, solo queremos que todos al comprar el periódico pensemos siquiera un momento (Fijaos que es pedir poco) en que se hace por mejorar el Colegio, y que eso es tarea de todos.

-------o-------



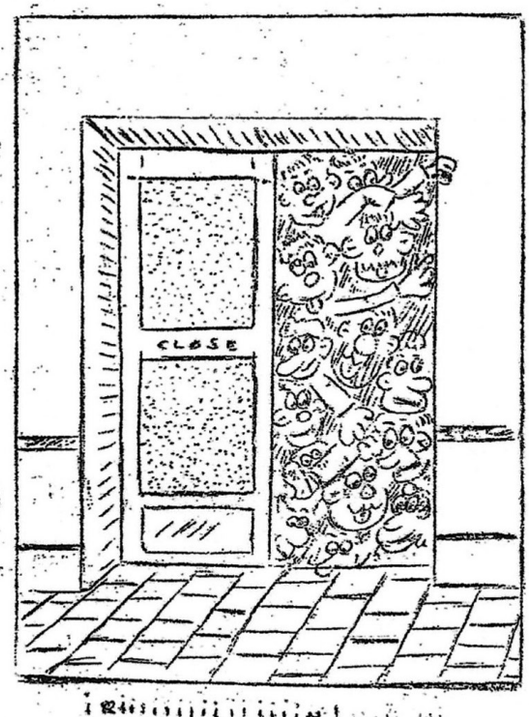
HORA DE SALIDA

Hemos recibido varias quejas de Profesores referentes a la inquietud y nerviosismo de los srs alumnos cuando suena el timbre - que señala el fín de la clase. Se ha dado el caso de incitar al - Profesor a que finalice de un modo no muy ortodoxo.

Tenemos que darnos cuenta de que el Profesor no está allí por gusto y que si se queda no es en beneficio suyo, sino por el contrario en el nuestro, ya que para él sería mas cómodo irse según - acaba la clase, sin esforzarse en explicar una cosa para provecho- nuestro y que no le hagamos caso ninguno.

Tambien pedimos a los Profesores que como lo que aquí demandamos es bastante dificil de lograr, miren el reloj de vez en - cuando.

Gracias.



LAS GRANDES BURRADAS

Hace tres años pasó a los anales de lahistoria del Colegio una de nuestras mas famosas burradas,de las que debemos estar "tan orgullosos"

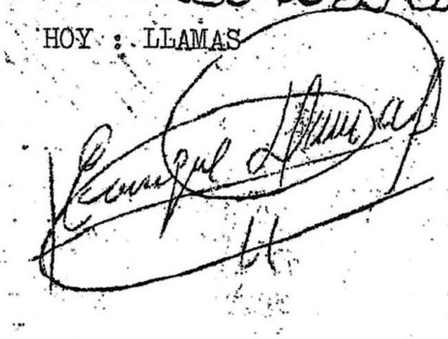
Como muchos sabeis y para que os entereis los que no lo sepais,hace tres años se inauguraron en el colegio los servicios higienicos del sótano,y Dirección,orgullosa de su obra (Que falta hacia)equipó estos servicios lo mejor que pudo dentro del presupuesto economico del colegio.Tambien,¡Ah! tambien tenian papel higienico,con sus correspondientes sujetarrollos de papel higienico si,aunque parezca mentira cada servicio tenia su rollito y su cajita para guardarlo,modestos,si,pero los tenian y a nuestra disposición.

¡Ah!¡Con qué nostalgia recordamos cuando pasamos por"ese sitio" en aquellos tiempos!.

Pero....¿Sabeis que pasó con los rollos y sujeta rollos?.El próximo número de PINFANARIO os contará el tragico fin de"Los rollos y sujeta-rollos de papel higiénico de los servicios higiénicos del sótano".

LOS GRANDES PERSONAJES ATRAVES DE SU ESCRITURA

HOY : LLAMAS

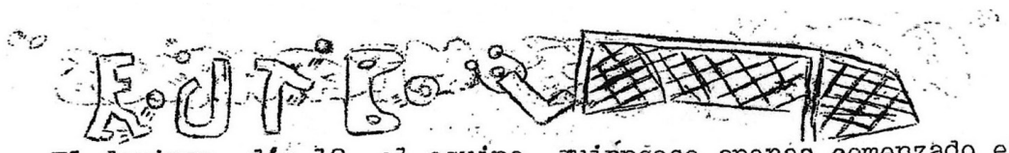


Nos encontramos ante una escritura joven alegre y bonita,de lo que deducimos que su autor es joven como un lirio,alegre como una rosa y lindo como una mariposa.

Su grafismo es irresistible a los ojos de cualquiera,los rasgos de las "tes" son finos y elegantes e indican el éxito que el Sr.Llamas tiene con las mujeres, que al verlo de cerca exclaman: ¡Qué Galán tan imponente!.Sus"es" nos indican el amor de su autor por la ley,sus"aes" y sus "oes" la generosidad y grandeza de corazón,las "efes" su gran olfato policiaco,que le haria el terror de los "Cacos" y las "equis",el hambre que va a pasar como no apruebe.

Sres.Policías,¿Por qué no se enteran de una maldita vez,de que si el Lute está suelto,es porque todavia no han aprobado al Sr. Llamas?.

Vamos no sean tontos y apruebenlo,que se lo merece.



El domingo, día 12, el equipo del colegio jugó su último partido amistoso antes de tomar parte en la competición liguera organizada por la Dehesa y que dará comienzo mañana día 19.

El rival fué el colegio mayor universitario Chaminade, equipo que nos visitaba por tercera vez, habiendo perdido una vez y ganado otra, precisamente el único partido que ha perdido el colegio en este trimestre, así pues este era el partido de desempate.

El PARTIDO - Comenzó el encuentro con un dominio alterno, llegando a coger el centro del campo una vez el C.H.O.E.y otra el Chami, pero siempre fueron de mayor profundidad los ataques locales. Así el primer gol no se hizo esperar mucho, consiguiéndose apenas comenzado el encuentro, Después de este gol el dominio territorial corrió a cargo del equipo del colegio,y fruto de esto fueron tres goles más conseguidos en este primer periodo Con 4 - 0 se llegó al descanso.

El segundo tiempo tuvo fases en las que el equipo visitante mantuvo en ciertos apuros la portería local, pero nunca llegó a fructificar en nada por carecer de profundidad en sus ataques.

En estos 45 minutos el C H O E logró tres goles más y uno el Chaminade de tiro bombeado y cruzado desde lejos, con 7-5 se llegó al final del partido. Así pues nueva victoria para el colegio ante este incómodo equipo, que a pesar del resultado, es un equipo bastante fuerte. Este partido sirve de entrenamiento ante la próxima competición, en la que esperamos vuestro apoyo. El primer partido se jugará en el campo del colegio.

(ALFONSO DE CASTELLVI)



El sábado dia 11 por la mañana se celebran fases clasificatorias para el cmmpeonato provincial que son,entre otras, 110 vallas, 200 lisos, 400 lisos; pertiga y 1500 obstáculos.

Nosostros participamos en 110 vallas,con Nacho, que al final no pudo correr por estar lesionado, en 200 m en una de cuyas series participaba Montón, en 400 con Rosendo y en 1500 obstáculos con Valdés y Cidujano.

Montón corrió el primero del C H O E en la última serie de 200 m lisos en la cual,pese a su mala salida, logró superar a dos adversarios quedando el cuarto.

Rosendo corrió más tarde la serie 10ª de 400 m Y se clasificó el primero a pesar de su costipado Hizo con otro atleta el mejor tiempo de la mañana pero no muy satisfactorio, de todas formas para él.

Y despues la última prueba en la que participó el C H O E :1500 m obstáculos Resultó una prueba cómica,pues en una de las series en la que había que pasar por encima de vallas y de una charca, había participantes que quedaron mojados de arriba a abajo y uno de ellos queriendo eludir la charca no pasó por ella y fue descalificado.

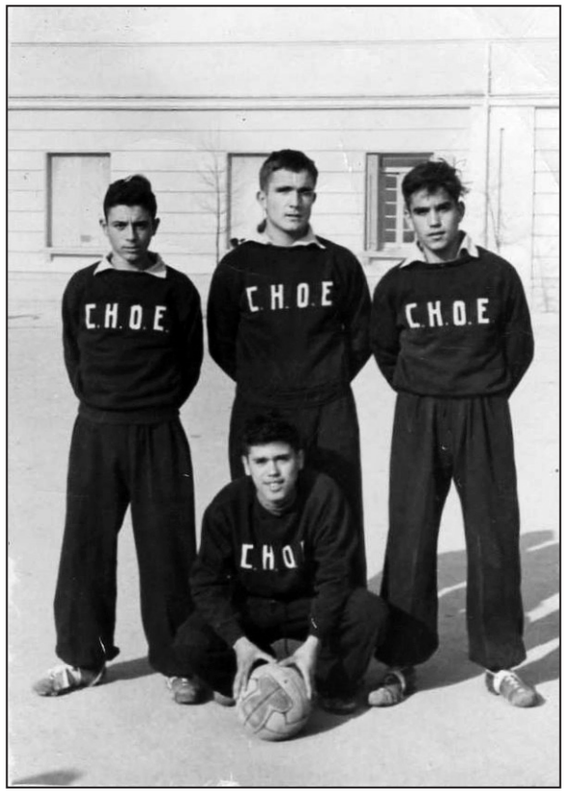
Valdes y Cirujano estuvieron bien, pues se les veia descansados tras la carrera en la que quedaron 5º y 4º de su serie respectivamente.

MONTON

Memoria Fotográfica



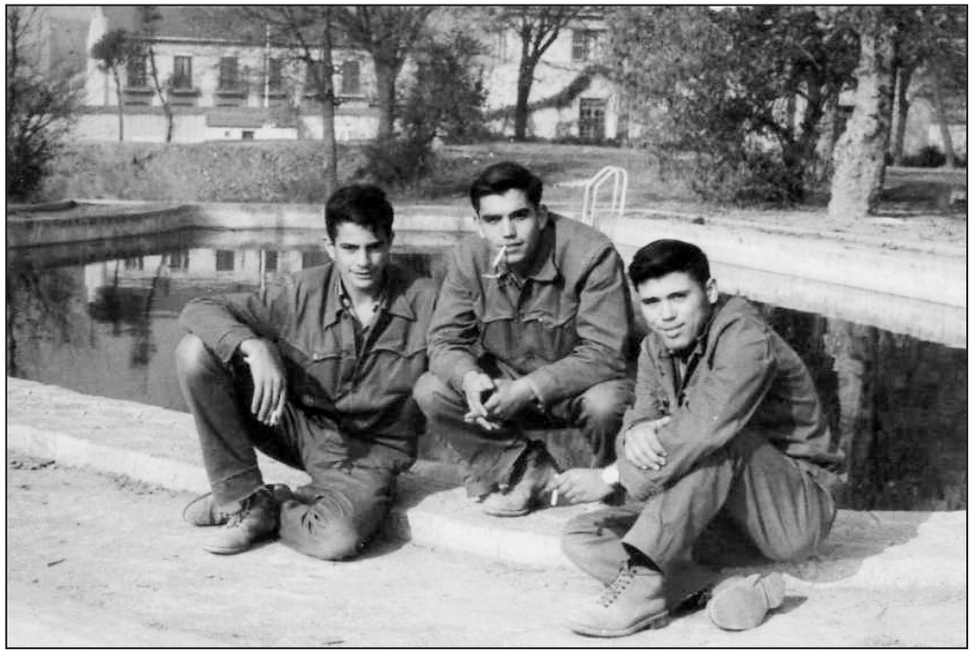
Curso 1954-1955



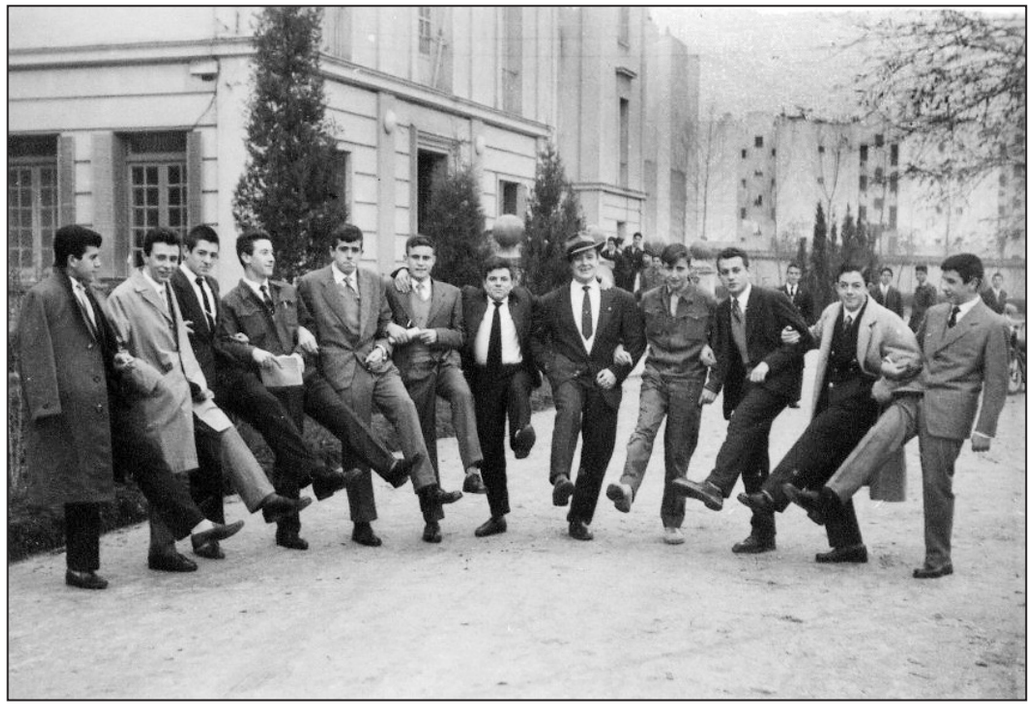
7-12-1956, En pie Arpón, Pieras y Pérez Matos, agachado Piñeiro



José Alejandro de la Orden, Mariano Barrio y Luis Navas (4º curso, 1957)



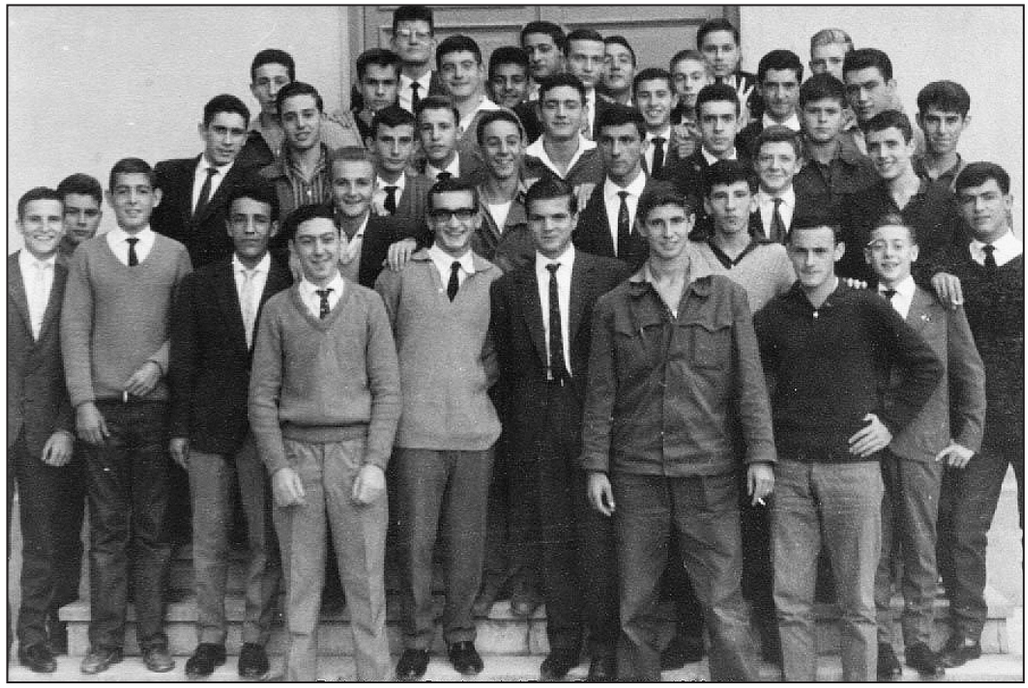
6 de diciembre de 1958, posando junto a la piscina, Pieras, Antonio Pérez Matos y Piñeiro



29/11/1959 Izda. a dcha.: Ruíz, Vitores, Charlo, Sastre, Blázquez, Amaro, Rex, Jimeno, Saavedra, Morera, Álvarez y Pairet



1962 – Equipo de gimnasia

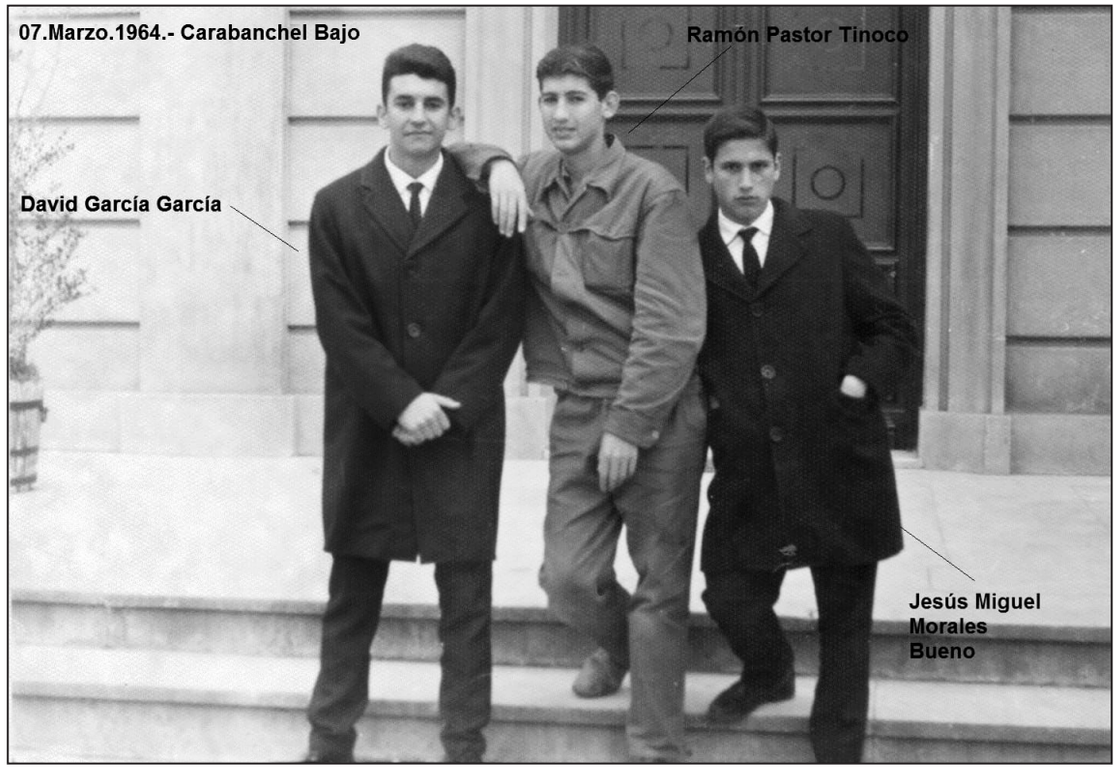


5º Curso 1963-1964: Valverde Herreros, Delgado Almellones, Glez. Corvo, Bello Berlín, Bellido, Pascual del Riquelme, Glez. Álvarez, Rubio, J. López Tapias, Fdez. Moro, Álvarez Diez, Ortega Conesa, Coig O'Donnell, Martin Santos, Morera, Lasquetty, etc...





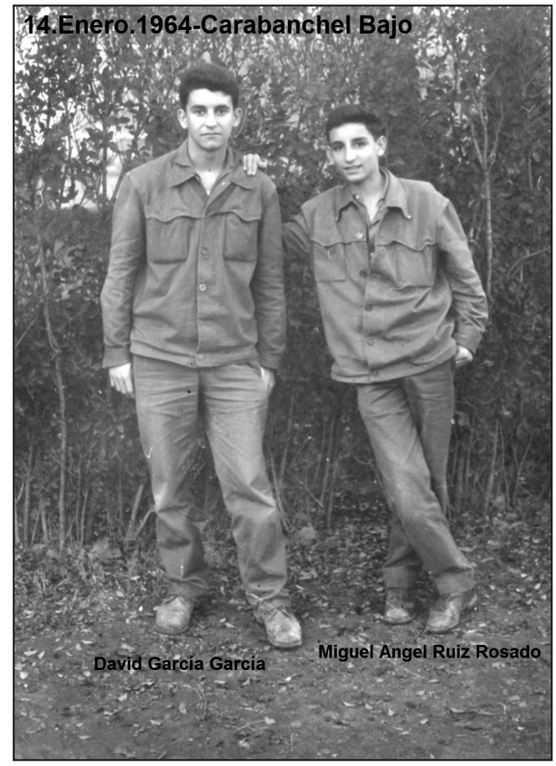
Largas y tediosas horas de estudio, en el centro Miguel Ángel «Paolo» Rodríguez (aprox. 1964)




16.Abril.1964 - Carabanchel Bajo
Jesús Miguel
Morales Bueno
David García
García

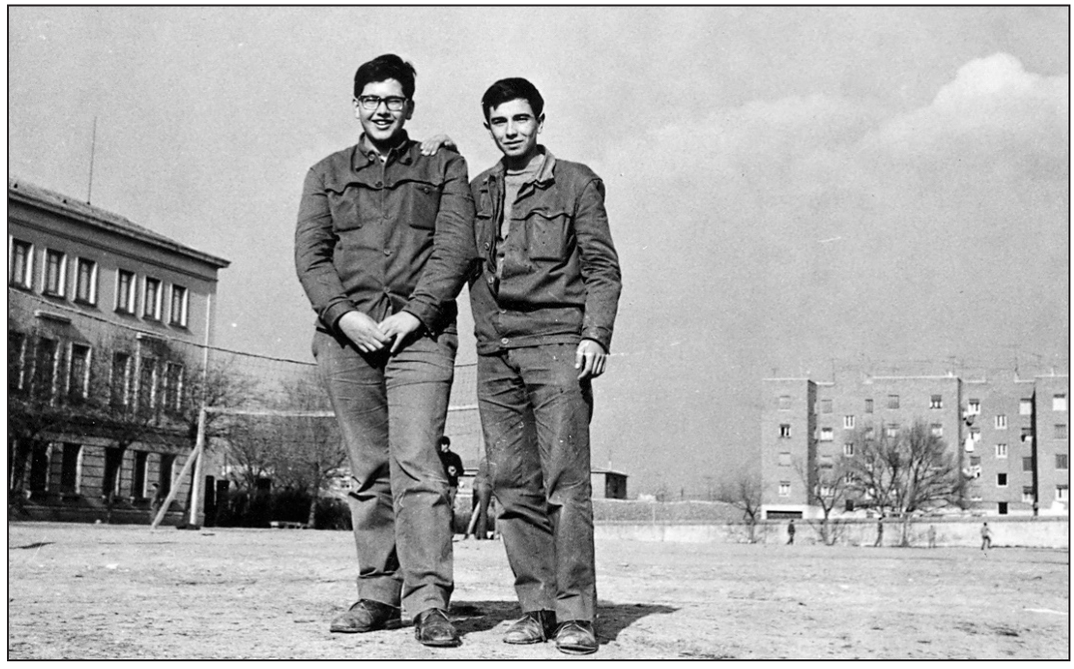

Cayetano Morales Lázaro
David García García
08.Diciembre.1963 Colegio Santiago-Carabanchel Bajo-Madrid


Carbanchel Bajo-05.Marzo.1964
David García
García
Ramón Pastor
Tinoco
Cayetano
Morales Lázaro
Jesús Miguel
Morales Bueno


14.Enero.1964-Carabanchel Bajo
David García García
Miguel Angel Ruiz Rosado



Silvela, Suso Muñoz y Serafín García (1965-66)



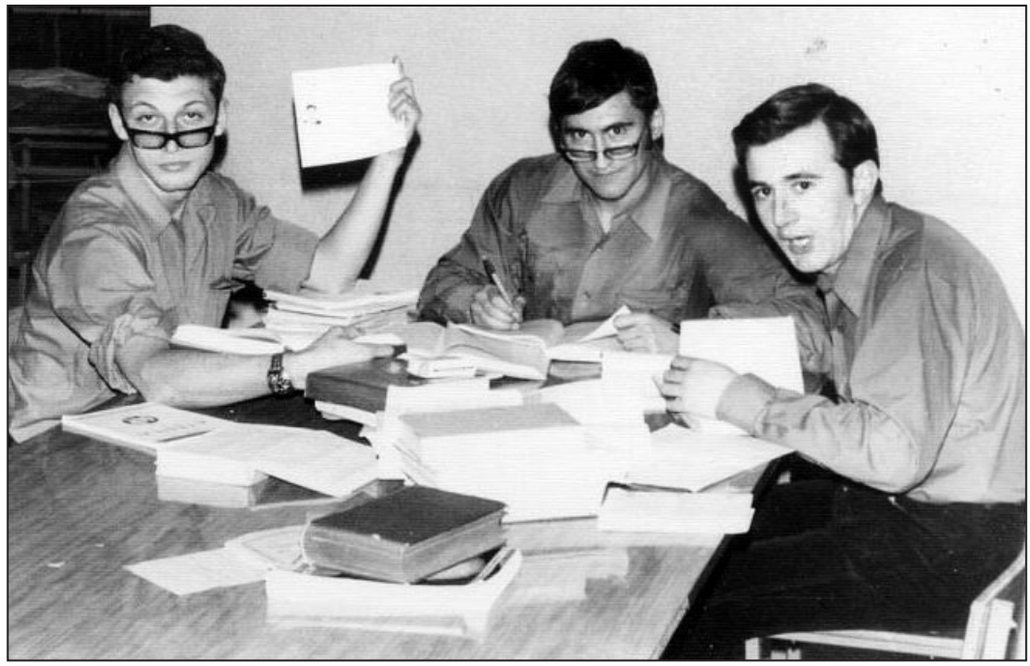
Francisco Navarro del Pino y Rafael Martín Caro (10/02/1967)



1968 – El equipo campeón



6º B 1968-1969 - Campeones de Liga, arriba segundo por la derecha Ramón Moralejo, abajo tercero por la izquierda José Luis Zorrilla Torrent



Preuniversitario 1969 – Salazar, José Javier Palos Yago y Beneyto



Curso 1968-699. 1. Antonio Aizpuru, 2. Ángel Rosendo, 3. Jaime Ruíz, 4. Francisco Alonso Getino, 5. Manuel Calderón, 6. Domínguez Rodicio, 7. Juan Monllaó, 8. Lucas de Mingo, 9. Ignacio Negueruela



Octubre 1970 – Manu Solís y Guillermo Huelin



Jacinto y Pedro Codosero Lara (1971)



Hermanos Villegas Borrás (primero y segundo por la izquierda) y Francisco Javier Beltrán de Heredia (primero por la derecha), 6º B 1970-71



Alonso, Serrano, Durán Mompó, Zamora y Pedro Codosero (Aprox. 1972-73)



Pínfanos recién ingresados, esperando instrucciones en el gimnasio



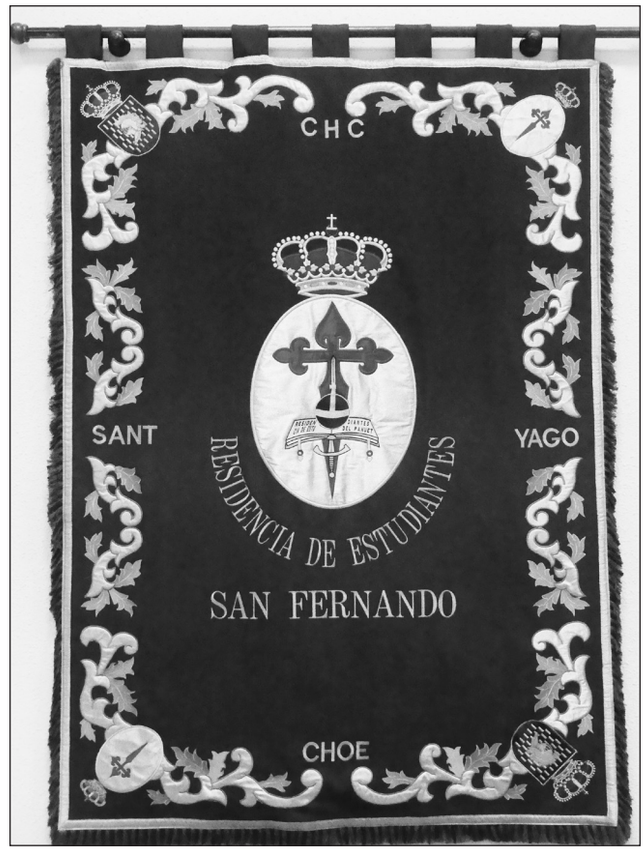
Campo de fútbol de Santa Cruz de Lians, agosto de 1969.
De pie, de izda. a dcha. a partir del segundo, Jaime Ruíz Rosado, Santiago de Ossorno,
Juan Monllaó García y uno de los hermanos Ahumada Haro, puede que Ildefonso

El colegio en la actualidad

Información obtenida de la página web del PAHUET.

La Residencia Militar de Estudiantes «San Fernando», perteneciente en la actualidad al Patronato de Huérfanos dependiente del Mando de Personal, pasará en fechas próximas tras la firma de un convenio a depender de la Inspección general del Ejército (IGE) y a funcionar como Residencia Logística Militar.





Repostero en la Sala Histórica



Futbolín



Sala de juegos

Información obtenida en https://patrimonioypaisaje.madrid.es/

En 1846 la finca fue vallada con una cerca de ladrillo en la que se abrieron varias puertas, una de las cuales estaba situada en su extremo noreste; esta era denominaba puerta de Madrid, si bien el pueblo la conocía como «la Puerta Bonita» por su magnífica reja de hierro forjado de fundición inglesa, lo que acabaría dando su nombre al barrio en el que se encontraba.

La Puerta Bonita, entrada principal al colegio, permaneció



intacta hasta los años 80, época en la que un camión causó cuantiosos daños al chocar contra ella en un accidente durante la enajenación de la finca para construir la actual calle Clara de Campoamor.

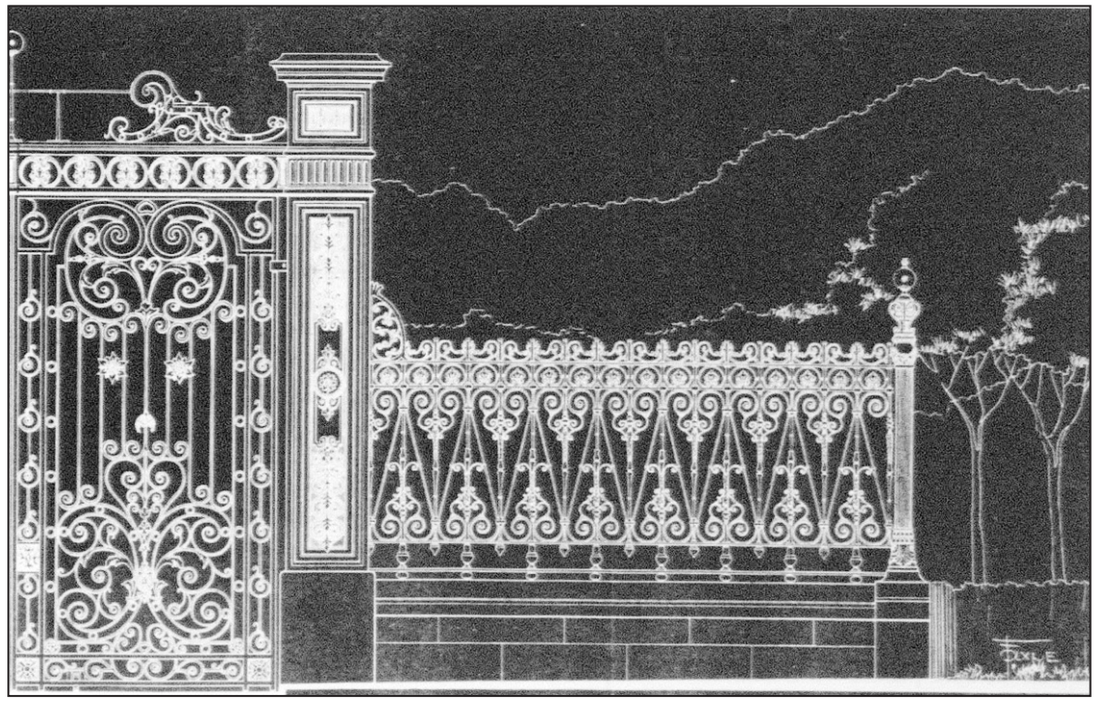
Sus restos permanecieron en el lugar hasta el año 2005, fecha en la que se fue instalada la puerta actual de nueva construcción que fue erigida para sustituir a la desaparecida con un diseño inspirado lejanamente en la original pero con una composición diferente.



La única foto que hemos encontrado en la que se aprecia el arco de la Puerta Bonita original al fondo, tras Jorge Andreu y Marcial Dolz



La entrada actual tanto para peatones como vehículos en la calle Clara de Campoamor



Alzado de la Puerta Bonita original (estilo isabelino)



Copyright © 2018 Antonello Dellanotte

La Puerta Bonita en la actualidad

Colegio de Santa Bárbara y San Fernando

«EL ALTO»



Apuntes sobre el colegio

El 3 de enero de año 1910, se firma la escritura de compra de la finca «La Frontera», situada en Carabanchel Alto. Su dueña, doña Faustina Peñalver, marquesa viuda de Amboage, cede la propiedad a la Asociación de Santa Bárbara por la cantidad de 100.000 pesetas.

La finca poseía un palacete con sótano y tres plantas, una vivienda para el portero, cuadra, cochera y un pequeño pabellón con dos plantas que hacía las veces de gallinero y palomar. Todo ello rodeado de jardines y arboleda, resultando un lugar magnifico para las instalaciones del Colegio-Residencia de Huérfanos.

Carabanchel Alto –al sur de Madrid– era en aquella época una zona residencial noble llena de palacetes, bastante próximo al centro urbano. No se hicieron muchas mejoras en las edificaciones hasta que, después de la Guerra Civil habiendo sido



destruido el edificio principal, se inició la reconstrucción y adaptación de este como Colegio Preparatorio para el ingreso en la Academia General Militar de Zaragoza

El nuevo Colegio de Huérfanos de Oficiales de Carabanchel Alto, que así pasó a denominarse, fue inaugurado en el inicio del curso 1945-46 con capacidad para 170 alumnos.

Se estableció un sistema de control similar a los otros Colegios, es decir se nombró un grupo de Inspectores que, debidamente preparados, tenían la misión de mantener el orden y la vigilancia en cada dormitorio, así como durante las horas de estudio, comida y recreo. Este sistema no prosperó debido a la edad de los estudiantes, edad de difícil control.

Según el libro «Historia de las Instituciones y Colegios de Huérfanos del Ejército de Tierra», se estableció entonces

un sistema militar en el que los alumnos estaban auxiliados por suboficiales y sargentos, regidos por un reglamento especial, en el que los huérfanos juraban bandera, inculcando en el pínfano desde el principio la disciplina militar.



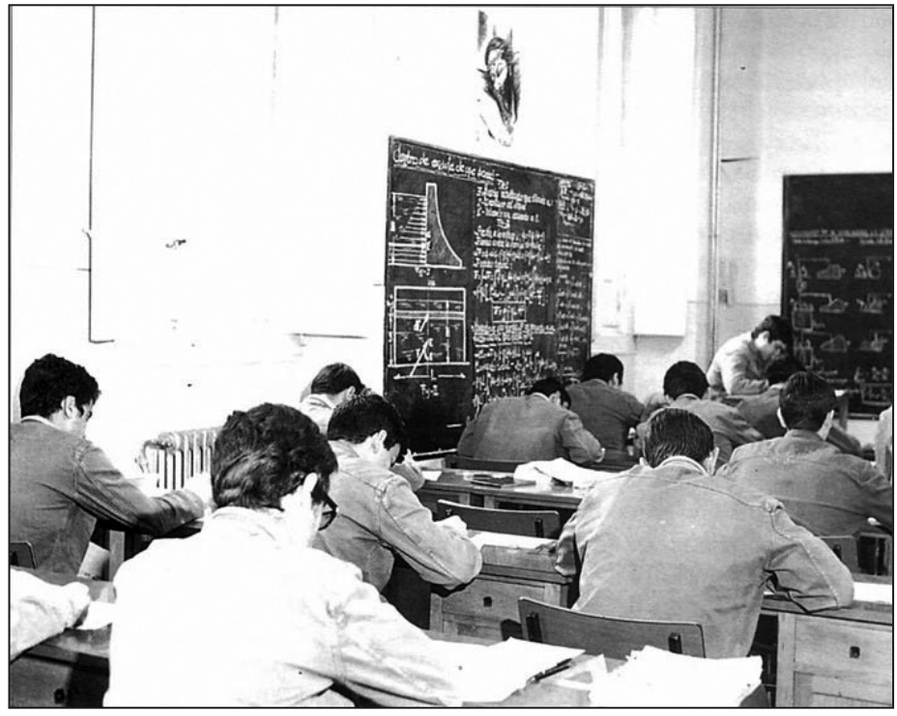
1957 – Jura de bandera en el Regimiento Inmemorial número 1. Ramón Cabezas de Aguilera besando la Bandera, detrás "Paquirri" (Francisco Sánchez López, de Sevilla), Bermejo, "El Lorito", Albert, Luis Collado Espiga, Castro....

Por otro lado, José María Galdiano nos dice: «Yo llegue a ese colegio en el curso 1950-51, la fecha exacta no la recuerdo, teníamos inspectores de estudios como bien relata el libro, pero nunca se quitaron. Sobre esas fechas, 1951 al 1952, aproximadamente, se nos militarizó a todos los alumnos para cumplir el servicio militar, entonces nos enviaron fusiles para hacer la instrucción y nos mandaron al colegio a 3 oficiales de la milicia universitaria –eran tres alféreces–, además de un teniente que recuerdo se apellidaba Fuertes y un capitán que no solía estar mucho por allí.

Mientras unos hacíamos instrucción en el patio, otros estábamos en clase de demostración de cómo se desmontaba un fusil y recuerdo que todos los meses teníamos que firmar una revista para enviarla a los cuarteles correspondientes, así fue y te explico que no se quitaron los inspectores, porque yo después de dejar el colegio me quedé de inspector en el mismo con nuestro director, el coronel Sousa».

Los huérfanos ingresaban en el Colegio a los 16 años y permanecían en él el tiempo justo para preparar el ingreso en la Academia General Militar. Se vivía en régimen de internado y el colegio contaba con tres dormitorios comunes, capaces para 60 alumnos cada uno; además de los estudios, los huérfanos practicaban deporte, compitiendo con otros colegios, entre ellos el del Colegio de Huérfanos de la Armada (CHA).

La vida en el Colegio estaba regida por una rigurosa disciplina



Empollando en el estudio

na, tanto en el estudio como en el comportamiento, habiendo severas penalizaciones para aquellos que suspendían asignaturas durante el curso, con privación de salir los domingos.

Al final de curso había vacaciones que permitían, a los alumnos que podían, irse con la familia y a aquellos que no, veranear siguiendo una disciplina bastante más relajada en el Castillo de Santa Cruz de Lians.

La primera promoción del Colegio de Carabanchel Alto pertenece a la V de la Academia General Militar de Zaragoza. A esta Jura de Bandera de los huérfanos, en diciembre de 1946, acudió el director del Colegio, coronel D. Manuel Sousa, que pronunció un breve discurso con estas emotivas palabras.



Día de la Inmaculada 1956 – Cabezas de Aguilera

«Este día memorable en que habéis consagrado vuestras vidas a la Patria, prometiendo en solemne juramento ante la Bandera el supremo sacrificio en aras de su grandeza, no podía faltar mi presencia en la Academia para traeros personalmente la cariñosa felicitación de todo el Colegio de Carabanchel Alto, con todos sus profesores, la de vuestro Jefe de Estudios, presente, y la mía especialísima.

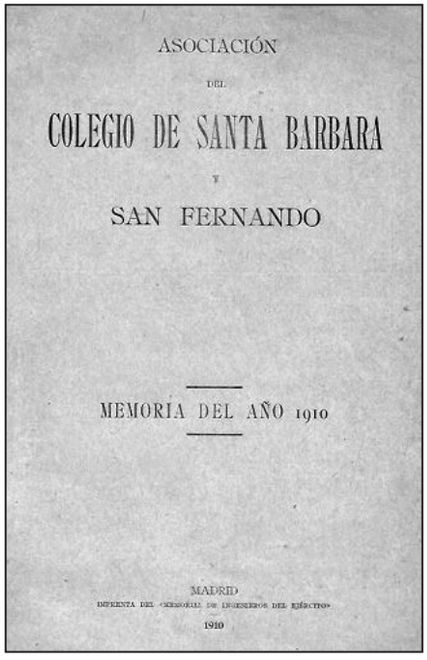
La trascendencia del acto y el cariño paternal que os profeso han desempolvado este uniforme de veterano, que los años me hicieron arrinconar, pero nunca olvidar, con el doble fin de unirlo en apretado abrazo con los vuestros lucientes de Caballeros Cadetes, y hacer entrega de un obsequio al que por su aplicación ha merecido ser el número uno de entre vosotros.

Que vuestros padres, que desde el cielo han presenciado este sublime acto, intercedan con Dios para que os ayude a cumplir fielmente el sagrado compromiso contraído y tú, Lorenzo Martí González, acepta este sable de honor.

Prendido en él, tenéis todos el trofeo de vuestra primera conquista: el corazón rendido de este viejo soldado de España que os lo entrega con toda su alma y que, lleno de cariño e intensa emoción, solo os pide: fidelidad al juramento prestado y una oración ante el Pilar bendito de la Virgen».

Asociación del colegio de Santa Bárbara y San Fernando

Extractado del libro: MEMORIA DEL AÑO 1910


ASOCIACIÓN
DEL
COLEGIO DE SANTA BARBARA
Y
SAN FERNANDO
MEMORIA DEL AÑO 1910
MADRID
IMPRENTA DEL «SEMANAL DE INGENIEROS DEL EJÉRCITO»
1910

CONSIDERACIONES GENERALES

Cumple hoy el Consejo el precepto reglamentario de daros cuentas de sus trabajos durante el año 1910. Este ha sido fecundo en importantes transformaciones que, si bien estaban acordadas en principio, habrá de causaros grata satisfacción el saber que han entrado en vías de hecho. La feliz idea, de reconcentrar en punto próximo a Madrid, los elementos necesarios para que los huérfanos de nuestros compañeros puedan alcanzar la educación instructiva que les asegure un porvenir, dio lugar a la compra de una hermosa finca en Carabanchel Alto, asunto de que ya tenéis Noticia detallada por la Memoria leída en la Junta General última que se celebró el 19 de enero de 1910 y de ese punto arrancan las variaciones de que vamos a enteraros minuciosamente.

Allí se ha constituido el Centro educativo, en el que ya están instalados los huérfanos varones, y ante la conveniencia de reunir en sitio próximo a las huérfanas, cuya traslación también había sido acordada, se eligió, previo detenido examen, el Colegio de las Escolapias, situado en la misma localidad, facilitándose así la inspección inmediata del director del Colegio sobre los huérfanos de ambos sexos, en tanto no sea factible tener casa propia donde instalarlos a todos.

Esto se ha conseguido ya, en lo que ataña a los huérfanos varones, merced a la rápida ejecución de las obras necesarias en el chalé que poseía la finca y a la construcción de un nuevo edificio anexo a ella, así como a la transformación de las demás dependencias antiguas, en forma que permitiera su aprovechamiento para el objeto a que iban a ser destinadas.

Se ha empezado, además, otro edificio, simétrico con el nuevamente construido, al costado opuesto del chalé central, todos en comunicación, de manera que puedan constituir un solo núcleo. A la vez, construyéronse las dependencias indis-

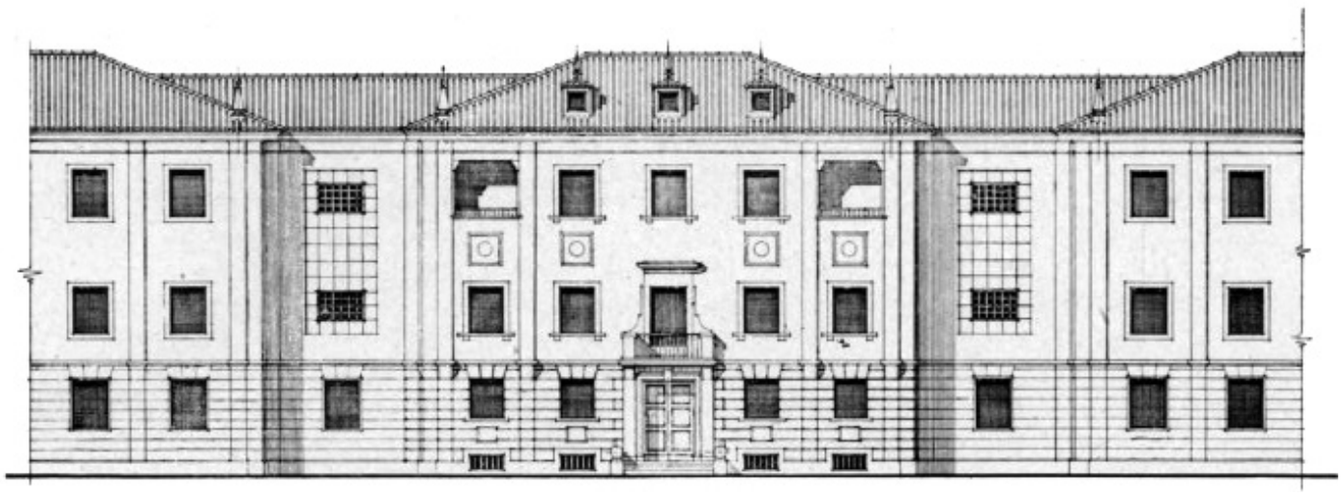
pensables para solaz y ejercicios de los alumnos, consistentes en un recreo cubierto y un frontón. La higienización del conjunto exigió el trazado y ejecución de un alcantarillado visitable, que vierte en el general del pueblo, y algunas obras en el depósito elevado de agua: todo ello aparece descrito en detalle en esta Memoria, especificando el coste de cada una de estas mejoras.

No hubiéramos podido llegar, tan pronto, a tener edificios en condiciones de amplitud para iniciar la realización de nuestro plan, a no haber sido por el donativo que S. M. la Reina (q.D.g.) como Presidenta de la Junta de Damas de la Suscripción Nacional, tuvo a bien asignarnos en el mes de Junio, ascendente a 50.000 pesetas, acto que ha sido acogido con efusivo agradecimiento por todos nosotros, y que es de esperar tenga en el porvenir generosos imitadores para el aumento, que, inevitablemente, irá llegando de los huérfanos y huérfanas. Nuestro ideal debe ser, aparte de la conclusión del tercer edificio, que es de esperar quedará terminado este año, la construcción de otra casa para Colegio de Huérfanas, para lo cual disponemos de terreno propio suficiente en la parcela de nuestra propiedad que se halla frente a la finca cercada y separada de esta por la carretera de Leganés, parcela que mide 8.110 metros cuadrados, y que también entró en la compra de la finca.

Son de tal interés estos extremos de la Memoria, que hemos creído justo darle preferencia al exponer la gestión anual.

Ya la Junta y el Consejo habían tenido en cuenta las poderosas ventajas que aconsejaban el traslado del Colegio a las proximidades de Madrid, acordándolo con unánime decisión, ventajas que cada vez se evidencian más.

Reconstrucción



Fachada principal

Fuente: Biblioteca virtual de Castilla-La Mancha, nº 37, 11/1943 (extracto).

Hasta el advenimiento de la República se celebraban con gran esplendor las festividades de Santa Bárbara y San Fernando, y se conmemoraba anualmente la fecha gloriosa, en la Historia de España, del día 2 de mayo.

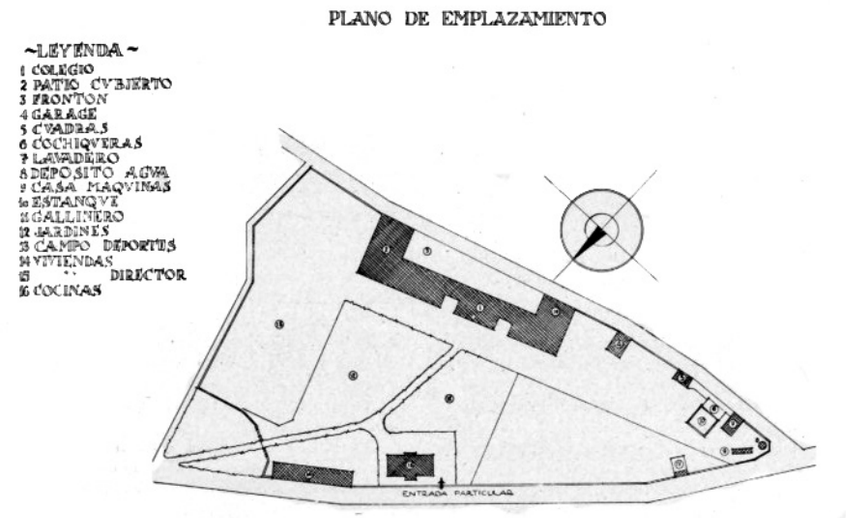
Teniendo en cuenta los fines del Colegio, fueron muchas las personas que con sus donativos le honraron. Merecen destacarse entre los donantes beneficiarios la Compañía Peninsular de Telégrafos y los generales D. Teodoro Ugarte y D. Luis de Santiago y el ilustre prócer marqués de Castelar. El general Ugarte legó a su fallecimiento una valiosa biblioteca.

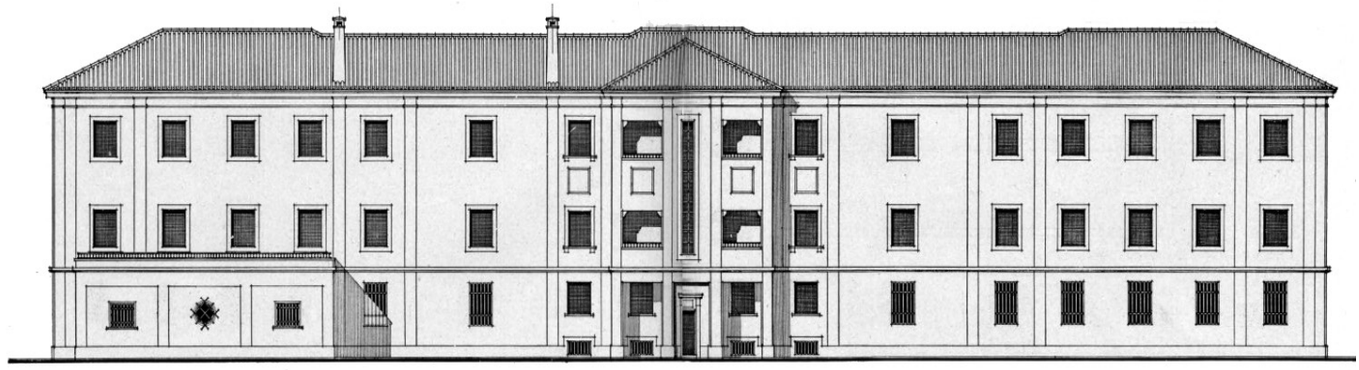
Al iniciarse la Guerra Civil, el director del Colegio fue destituido en unión de los Profesores y del Administrador del mismo, quedando en principio los alumnos bajo las órdenes del personal subalterno.

Este personal destrozó la mayor parte de los objetos de culto e imágenes que se encontraban en depósito en dicho Colegio, desde que fueron retiradas por los Gobiernos de la segunda y última República.

El saqueo rojo completó la destrucción iniciada en los

primeros días de nuestra guerra de Liberación, quedando el edificio destruido en su parte central. Asimismo, quedaron casi totalmente destruidas la mayor parte de las dependencias, arrancadas en su mayoría los forjados y consiguientemente los solados, todas las instalaciones, tanto de calefacción como de agua fría y caliente, la carpintería de taller y la de armar.





Fachada posterior

La reconstrucción del edificio que nos ocupa se hará con arreglo al proyecto que ilustra estas páginas, y cuya descripción es la siguiente:

Colegio propiamente dicho, vivienda del director, frontón, garaje, gimnasio, cuadras, cochiqueras, lavaderos, depósito de aguas, casa de máquinas, estanque, gallineros, campo de deportes y viviendas.

El cuerpo principal del edificio o Colegio propiamente dicho consta de tres plantas y semisótano.

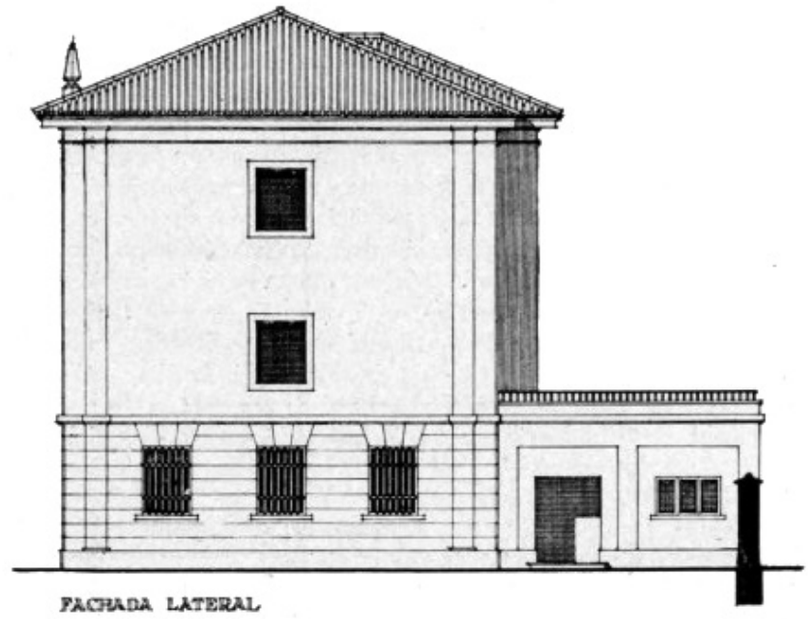
En esta planta se sitúa, como lo estaba con anterioridad al 18 de julio, la carbonera, la calefacción, la zapatería, el cuarto de plancha, almacenes y servicio sanitario.

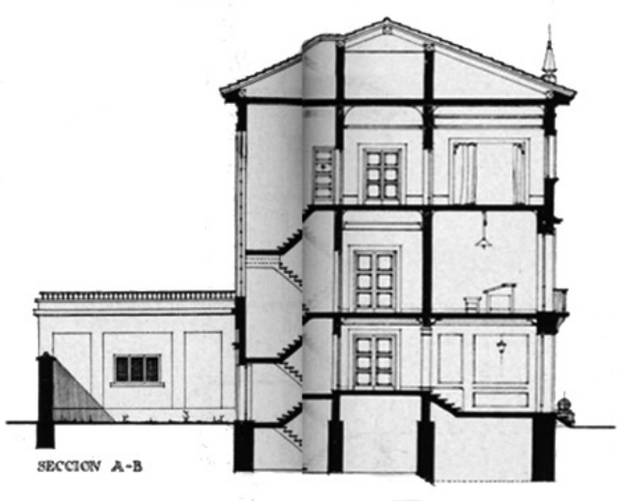
En la planta baja se sitúan los despachos del director y secretario, sala de visitas, sala de Profesores y biblioteca. Estas dependencias están emplazadas en el cuerpo central del Colegio. En los cuerpos laterales se sitúan los comedores, la cocina con sus servicios de despensa, despacho de víveres, fregaderos, etc.; y en la otra ala cuatro clases, con sus servicios correspondientes, y con salida directa al patio cubierto, sobre una de

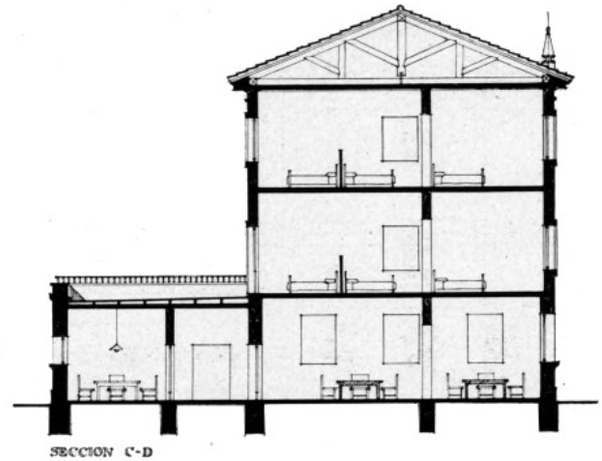
cuyas paredes laterales se forma un frontón.

La primera y segunda planta son destinadas a dormitorios y servicios propios de los mismos: retretes, lavabos, duchas, roperías, etcétera. En la primera planta se sitúa también la enfermería, un dormitorio para el oficial de guardia y, convenientemente situada y emplazada, un aula de dibujo.

En la planta última del cuerpo central se reconstruye la residencia para seis religiosas que cuidan del aseo del edificio, del lavado de ropa de los huérfanos, etc., desde la fundación del


FACHADA LATERAL


SECCION A-B


SECCION C-D

Colegio hasta que en tiempos de la República se prescindió de sus servicios.

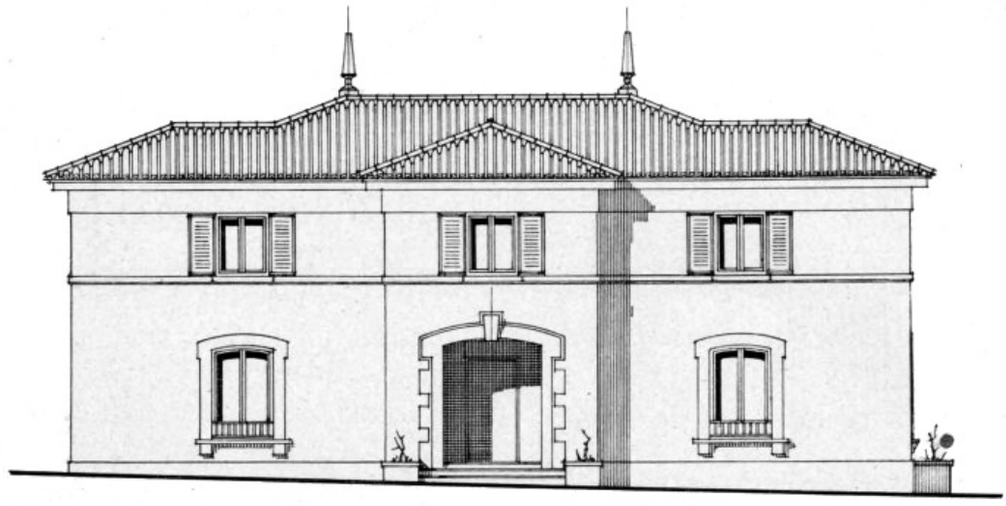
La vivienda del director se distribuye análogamente a como lo estaba con anterioridad a su destrucción. Consta únicamente de dos plantas, en la baja se sitúa el cuarto de estar, que forma, con un pequeño rincón, el comedor; el despacho, y los servicios de cocina: despensa, oficio y plancha. En la planta alta se sitúan los dormitorios, el cuarto de baño y el aseo de servicio.

A simple vista no parecía la destrucción del edificio tan grande como en la realidad ha sido. Al comenzar los trabajos para su reconstrucción se ha

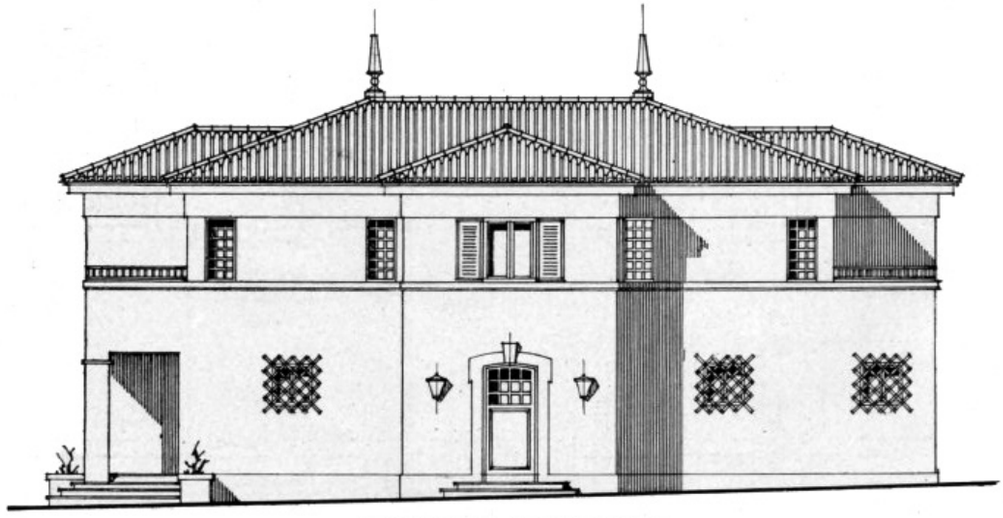
comprobado que era absolutamente necesario recalzar gran parte de la cimentación antigua, ya que esta resultaba insuficiente y había tenido el edificio distintos asientos, por fallos de cimentación, en varios puntos.

Asimismo, era necesario demoler parte de los forjados que habían quedado y de los muros todavía en pie, por estar las bovedillas la primera reventada y gran parte de la segunda enormemente dañada.

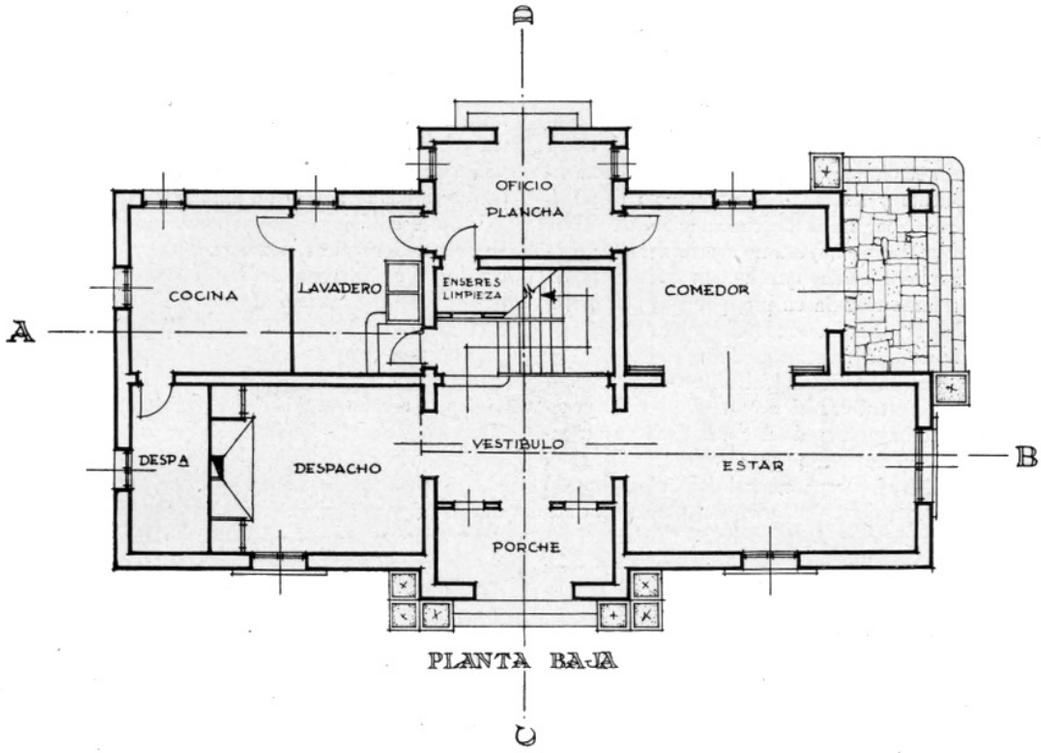
Como la vivienda del director está totalmente destruida, al acometer su reconstrucción se ha procurado dar a la fachada un carácter y un estilo propio de Carabanchel. También el cuerpo central del Colegio quedó totalmente destruido, aprovechándose esta circunstancia para levantar en él una nueva fachada que hermane las dos alas que quedaron en pie, con el estilo con que se reconstruye la vivienda del director.



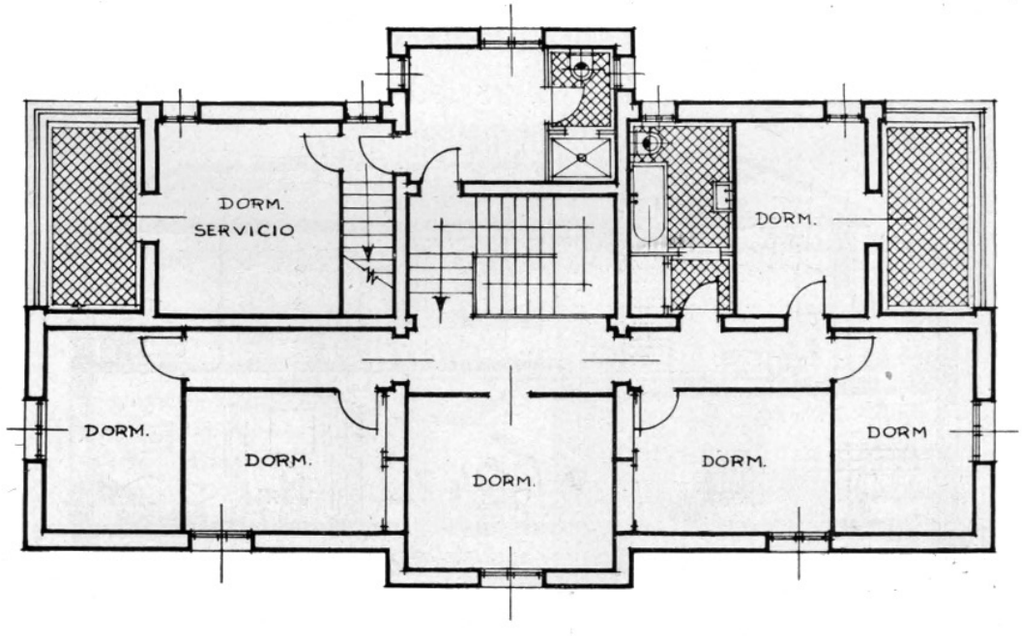
FACHADA PRINCIPAL - SURESTE



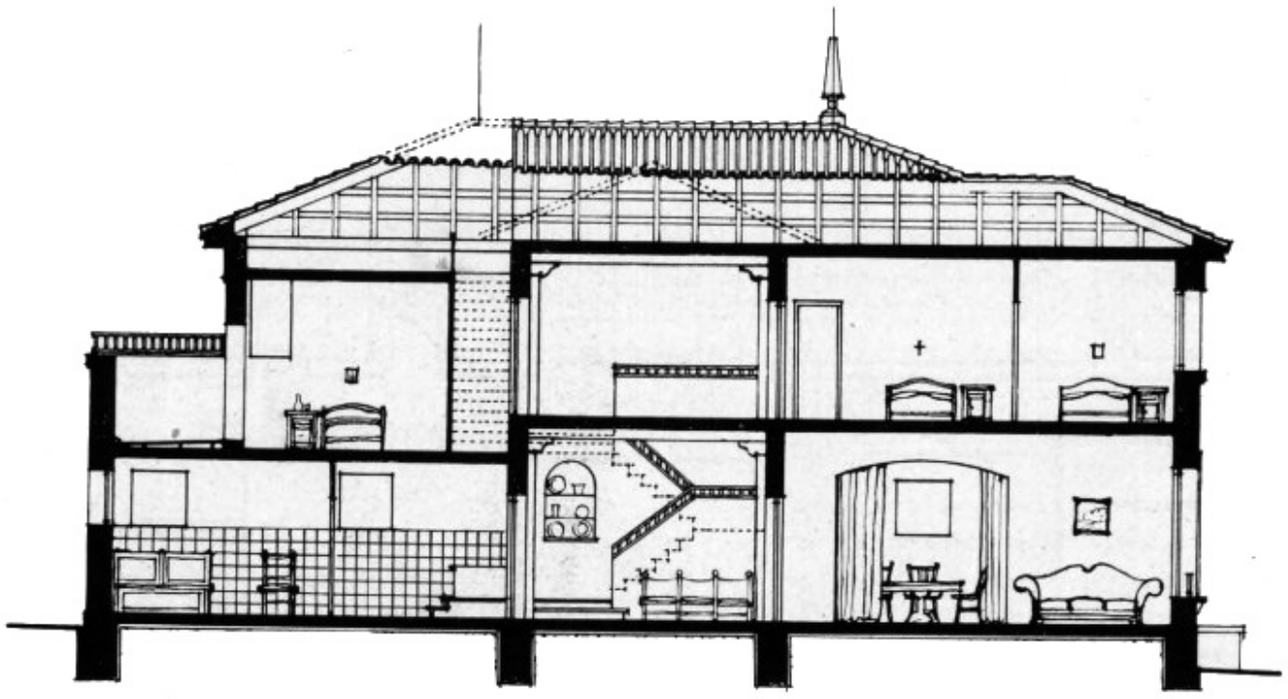
FACHADA NOROESTE



PLANTA BAJA



PLANTA ALTA



SECCION A B

En general, la fachada se enfoscará con cemento, revocándose a la rasqueta imitando piedra caliza la planta baja y las pilastras y tiñéndose con un color salmón, tan clásico y tan propio de Carabanchel, los paños principales. El zócalo y fachadas llevarán un revoco pétreo imitando piedra de granito.

En este edificio, como en todos los que la Dirección General de Regiones Devastadas reconstruye en la zona de los Carabancheles, hemos procurado volver al estilo propio de estos pueblos en una época para ellos histórica, encarnada en la persona de la Emperatriz Eugenia.

Con la reconstrucción del Colegio de Santa Bárbara y San Fernando, que ha acometido la Dirección General de Regiones Devastadas, a la par que la del Colegio de Santiago, realiza España una obra de justicia con su glorioso Ejército.

LUIS GARCÍA DE LA RASILLA
FRANCISCO BELLOSILLO GARCÍA
Arquitectos

Localización y entorno

Carabanchel Alto (antiguamente Carabanchel de Suso) fue municipio de la provincia de Madrid hasta el 29 de abril de 1948, día en que fue anexionado como barrio a la ciudad de Madrid, a la que pertenece actualmente.



Casa del Director y fachada principal

Con la anexión de 1948, el término municipal independiente se pierde y Carabanchel Alto se incorpora a Madrid. La capital englobará Carabanchel Alto y Carabanchel Bajo en un macro distrito denominado Carabanchel, que permanecerá vigente desde 1955 hasta 1970 englobando básicamente a lo que hoy son los distritos de Carabanchel y Latina. Este gran distrito se subdividía en tres barrios según su proximidad a Madrid: San Isidro, Carabanchel Bajo y Carabanchel Alto. Este vendría a coincidir en extensión y límites con el antiguo término municipal altocarabanchelero.



Fachada posterior

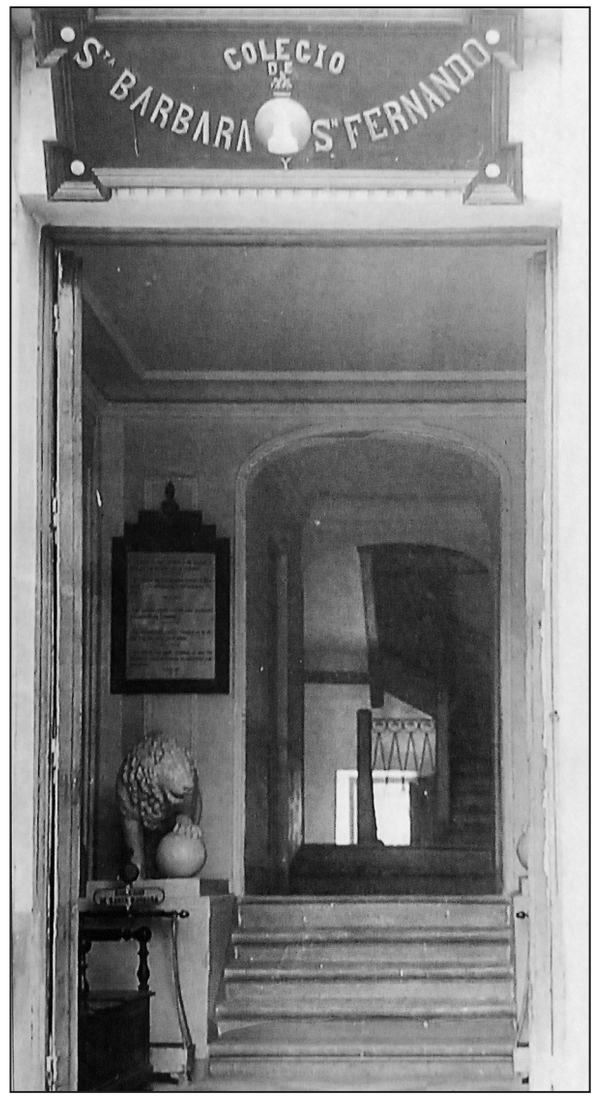
El colegio se encontraba situado en la calle o Travesía del Generalísimo Franco, 21, posteriormente denominada Avenida de Carabanchel Alto, 36.

Dista apenas 2,4 kms del colegio Santiago, a pie es poco más de media hora a buen paso.



Ilustración de Zoyo

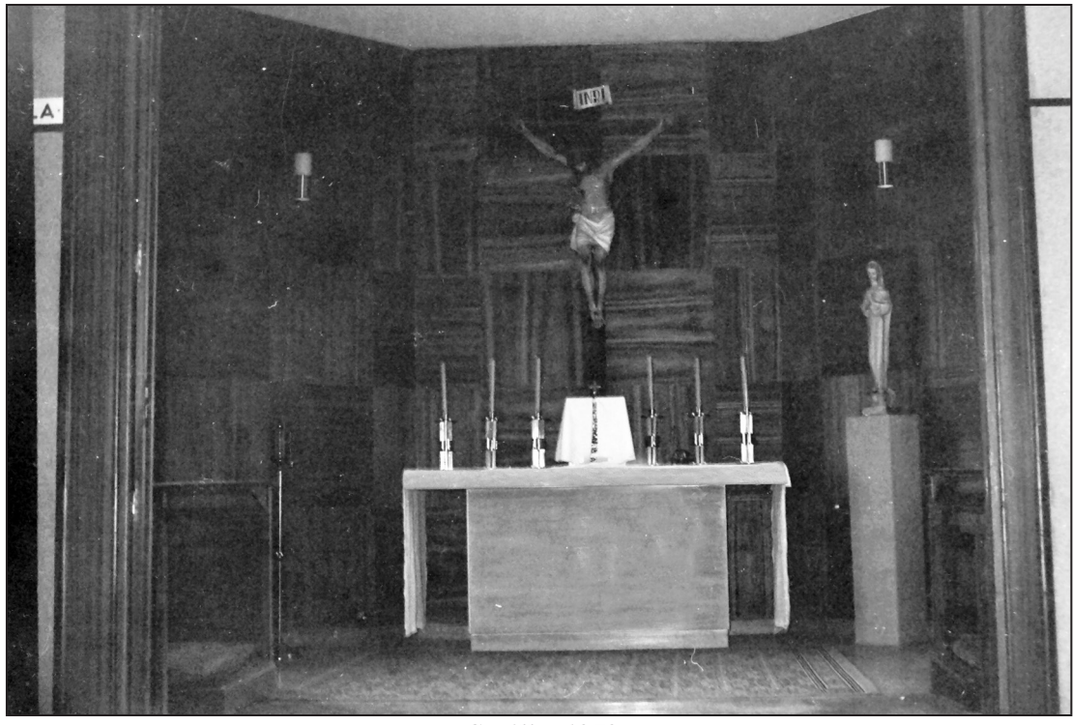
DEPENDENCIAS



Vestíbulo de entrada



Sala interior



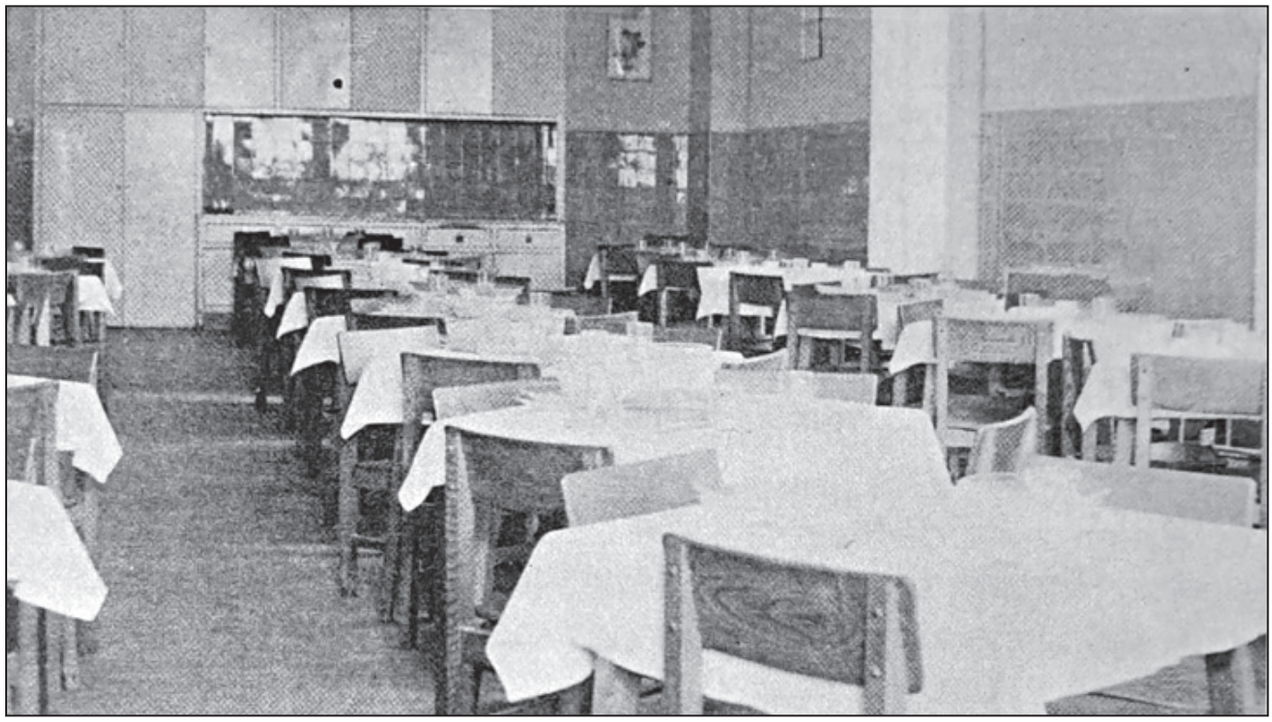
Capilla, 1972



Vista general de un dormitorio



Dormitorio, Lasquetty y Albalate

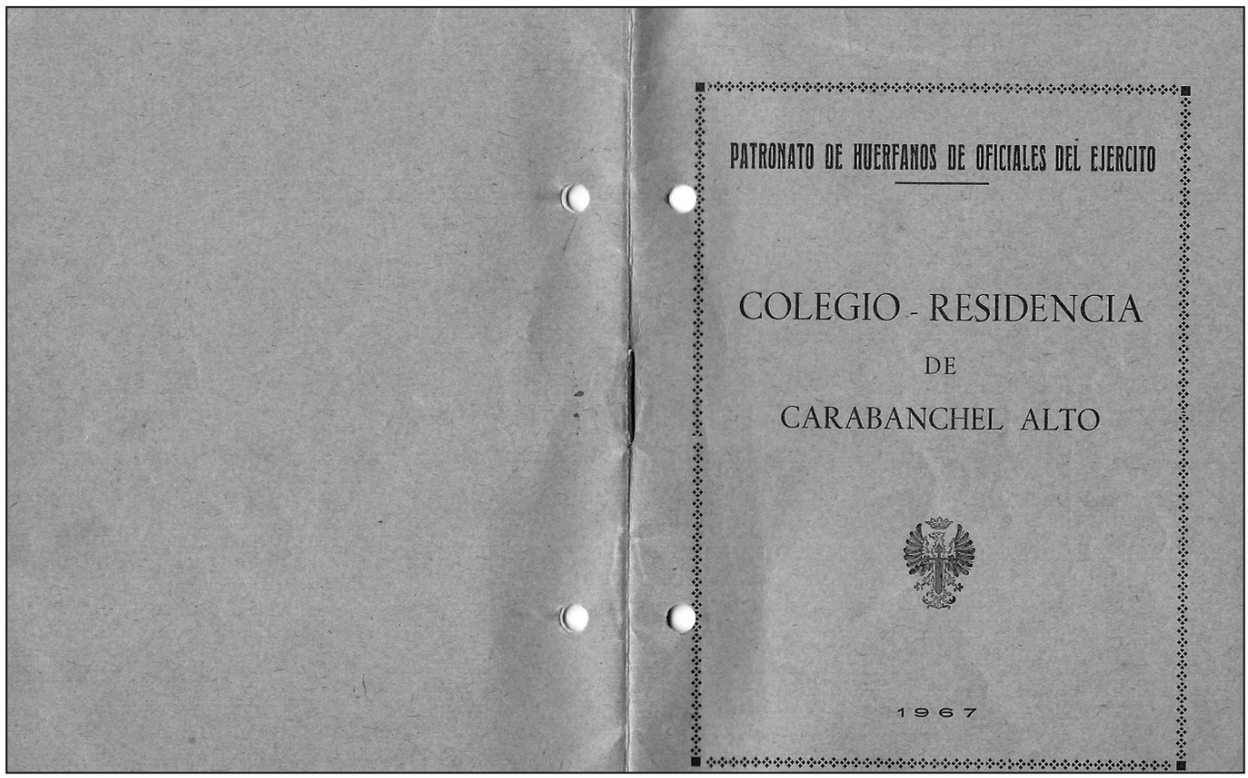


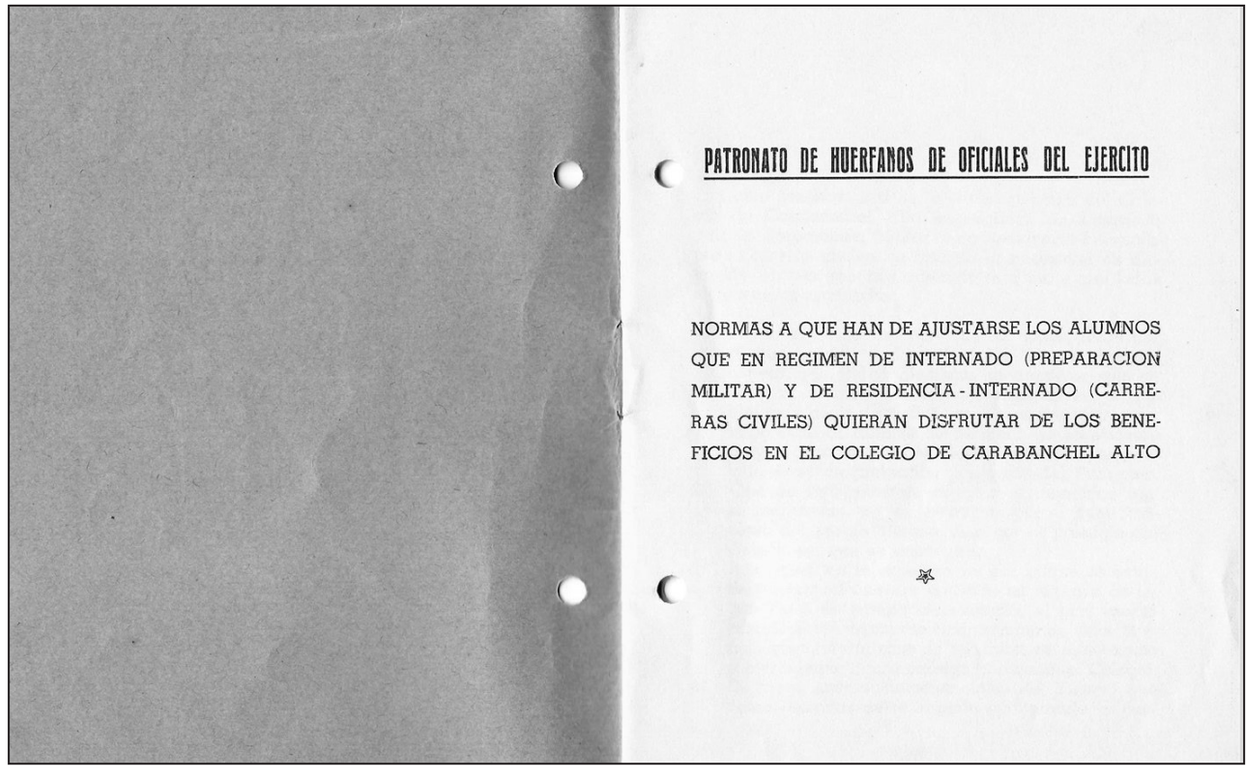
Comedor



Comedor (8-12-1965) Izda. a dcha.: López Fernández, Díaz Herrera, Calvo del Pino, y Rocafort

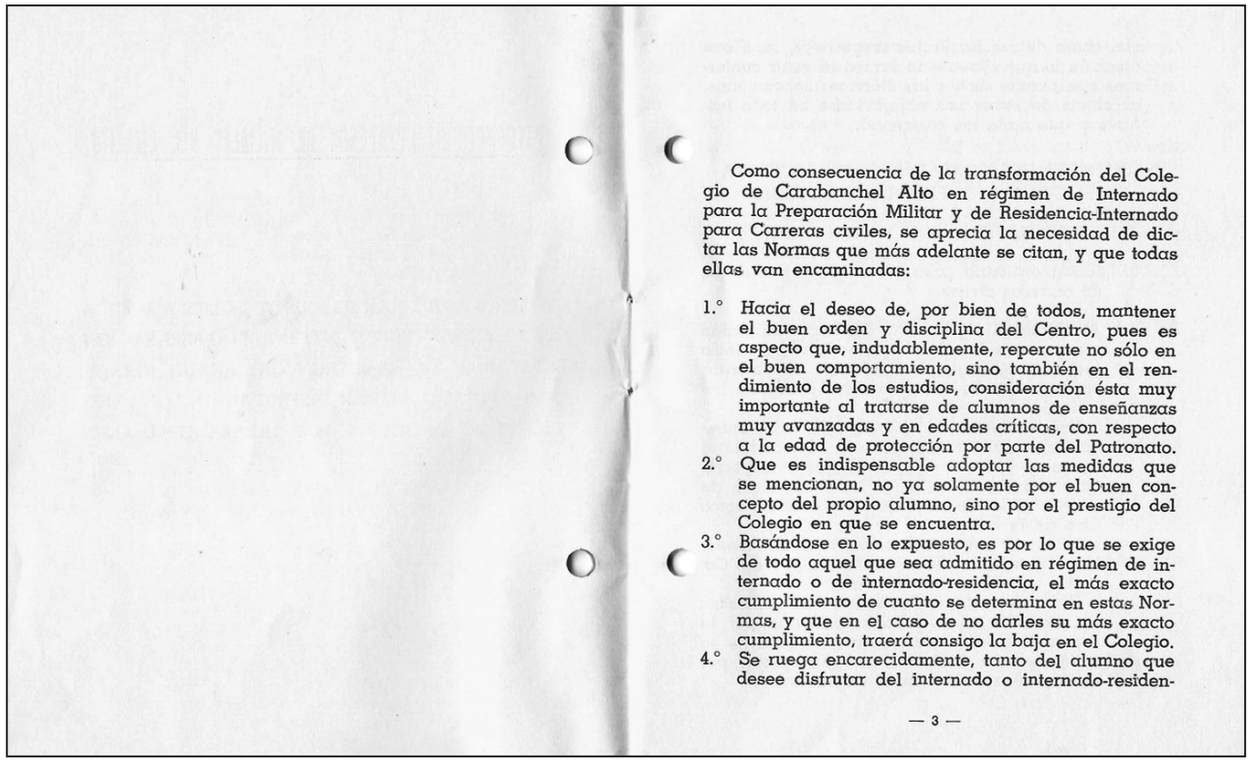
REGLAMENTO


PATRONATO DE HUERFANOS DE OFICIALES DEL EJERCITO
COLEGIO - RESIDENCIA
DE
CARABANCHEL ALTO
1967



PATRONATO DE HUERFANOS DE OFICIALES DEL EJERCITO

NORMAS A QUE HAN DE AJUSTARSE LOS ALUMNOS QUE EN REGIMEN DE INTERNADO (PREPARACION MILITAR) Y DE RESIDENCIA - INTERNADO (CARRERAS CIVILES) QUIERAN DISFRUTAR DE LOS BENEFICIOS EN EL COLEGIO DE CARABANCHEL ALTO



Como consecuencia de la transformación del Colegio de Carabanchel Alto en régimen de Internado para la Preparación Militar y de Residencia-Internado para Carreras civiles, se aprecia la necesidad de dictar las Normas que más adelante se citan, y que todas ellas van encaminadas:

1.° Hacia el deseo de, por bien de todos, mantener el buen orden y disciplina del Centro, pues es aspecto que, indudablemente, repercute no sólo en el buen comportamiento, sino también en el rendimiento de los estudios, consideración ésta muy importante al tratarse de alumnos de enseñanzas muy avanzadas y en edades críticas, con respecto a la edad de protección por parte del Patronato.

2.° Que es indispensable adoptar las medidas que se mencionan, no ya solamente por el buen concepto del propio alumno, sino por el prestigio del Colegio en que se encuentra.

3.° Basándose en lo expuesto, es por lo que se exige de todo aquel que sea admitido en régimen de internado o de internado-residencia, el más exacto cumplimiento de cuanto se determina en estas Normas, y que en el caso de no darles su más exacto cumplimiento, traerá consigo la baja en el Colegio.

4.° Se ruega encarecidamente, tanto del alumno que desee disfrutar del internado o internado-residen-

cia, como de los familiares respectivos, lean con atención lo que libremente firmen al estar conformes con cuanto dictan las Normas mencionadas, al objeto de saber sus obligaciones en todo instante y que nada les sorprenda.

I.—SOBRE EL COMPORTAMIENTO Y DISCIPLINA EN EL COLEGIO Y FUERA DEL COLEGIO

A) Salidas para los alumnos de carreras civiles.

a) Salida ordinaria para clases de los alumnos de carreras civiles.

Al objeto de reglamentar las horas de salida y regreso de las clases que se llevan a efecto fuera del Colegio, todo alumno se enterará con todo detalle sobre su correspondiente horario de clase.

Una vez conocido este aspecto, hará entrega del mismo al Sr. Director, llevándole a efecto en una cuartilla, en la que se especificará con todo detalle las horas de clase de cada una de las asignaturas que curse, como días de la semana en que se realiza.

Con esta determinación se trata de controlar el tiempo de permanencia ausente del Colegio.

Todo alumno, para salir del Colegio, habrá de presentar al Inspector, nombrado por la Dirección a estos efectos, la necesidad de su salida, y entregándole al mismo Inspector, por escrito, la autorización correspondiente.

Cuando sean varios los alumnos que corresponden a un mismo curso, cumplirá el anterior requisito el de más edad de entre ellos, el cual se responsabilizará de su salida y regreso al Colegio.

Al finalizar las clases y regresar al Colegio se presentarán al Inspector, quien comprobará si la hora es la que corresponde.

b) Salida para los de "Preparación Militar".

Con arreglo al horario y al apartado *a)* de premios.

c) Salidas extraordinarias para todos los alumnos.

1. Para dentro de la plaza de Madrid:

Quedará a juicio de la Dirección del Colegio, tanto ante casos posibles de problemas de familia, como por estudio.

Ahora bien: la concesión de permisos para asuntos familiares, como no sean de extrema gravedad o urgencia, solamente se concederá autorización a aquellos que lleven un buen comportamiento total, o sea que lo merezcan por su aplicación y conducta.

2. Para fuera de la plaza:

A los que por diversos motivos, especialmente a los que cursan enseñanzas en la Universi-

dad, soliciten autorización para desplazarse fuera de la plaza, tanto en materia de estudios, como deportivos, se necesitará, con la debida anticipación, permiso de la madre o tutor, y aun concedido éste, no podrá disfrutarlo el interesado si su aplicación o conducta es deficiente.

B) Comportamiento en el interior del Colegio (para todos los alumnos).

a) Uniformidad y aseo personal.

1. A su incorporación al Colegio, a todo alumno le será entregado el vestuario y prendas facilitadas por el Patronato, siendo responsable de su buen uso y conservación.
2. Durante la estancia en el interior del Colegio, tanto para la asistencia al comedor, como para la sala de estudios, etc., sin excusa alguna, llevará el uniforme que se les entrega como vestuario del internado.
3. Conforme a lo dispuesto en el artículo 60 del Reglamento para el régimen interior del Patronato de Huérfanos de Oficiales, los alumnos serán responsables en su forma de vestir y cuidado de las prendas que se les ha entregado, llevándolas en forma adecuada y no desabrochadas, o sea evitando en todo momento dar la sensación de abandono.

Todo alumno cuidará de su aseo personal, estando en todo instante peinado y con el pelo

en forma adecuada y huyendo de toda extravagancia.

4. El alumno ha de saber que, como la vigilancia de tales aspectos corresponde a los Inspectores, han de aceptar las funciones de éstos, y a la que cooperarán en la forma debida los Profesores del Colegio.

b) Libros y material de enseñanza.

Tanto los libros como el material de enseñanza serán adquiridos por la Dirección del Colegio. Pero no así para los alumnos en régimen de "Pensionistas", que han de abonarlo.

Al final del curso se recogerán los libros que hayan adquirido durante el año, y que, en caso de estar muy deteriorados, abonarán el importe de su reposición por descuido o arreglo de los mismos.

Los alumnos qre necesiten utilizar los libros durante las vacaciones de verano, deberán dejar un recibo, y en caso de devolverlos en mal estado, al final del verano les será descontado el importe total.

c) En las salas de estudio y clase.

Tanto la sala de estudios, como las clases, solamente serán utilizadas en los momentos que se determinan en el horario.

Unicamente, como cosa extraordinaria, lo serán por aquellos alumnos que tengan autorización de la Dirección.

Durante el estudio se observará el más absoluto silencio y no podrán ausentarse del local sin permiso del Inspector.

d) En el comedor.

Al tratar de formar el internado con individuos que por su edad han de contar con juicio sobre sus propios actos, y por pertenecer a familias educadas, se hace necesario que el cumplimiento en el comedor sea correcto y lo más perfecto posible, tanto en la forma de hablar, como en el comer, trato con el servicio, limpieza de la mesa, del suelo, etc.

e) En el dormitorio.

1. Camas:

Se evitará en absoluto que las camas sean empleadas fuera de las horas de sueño, que sobre ellas aparezca nada extraño, como prendas de vestir, prensa, etc., y aún menos que se utilicen en ningún momento para sentarse.

2. Taquillas:

A cada alumno, a su incorporación al Colegio, se le destinará un armario y en el cual existirá un porta-tarjeta en el que se inscribirá el número y nombre del alumno a que corresponda.

Todo alumno tiene la obligación de mantener en perfecto estado de limpieza y de orden el interior del armario, aspectos que serán comprobados por los Inspectores por lo menos una vez por semana, y por la Dirección del Colegio siempre que lo considere conveniente.

f) Sobre los deterioros.

1. Libros de estudio y material de enseñanza:

En cuanto a los libros de estudio y material de enseñanza que se entregan al alumno, éste será responsable de su buen uso y conservación, sabiendo que el deterioro por su inadecuado empleo, tanto en su reparación como en su adquisición, correrá a cargo de los familiares del interesado.

Medida necesaria a adoptar, por la repercusión que sus efectos tienen en los gastos y fondos del Patronato.

2. Sala de estudios y clases:

A todo alumno, a su incorporación al Colegio, se le asignará, tanto en la sala de estudios, como en la de clase, su pupitre y silla, insertando, en el tarjetero correspondiente, su número y nombre. De este material, como del buen orden de los libros y demás que contenga el pupitre, será responsable el usufructuario, corriendo a cargo de sus familiares los deterioros que ocasionen.

3. Sobre aspectos de carácter general:

Tanto los daños que se produzcan en el edificio, cuartos de aseo, duchas, etc., serán responsables los que los realicen y corriendo a cargo de los familiares respectivos los gastos de reparación y, llegado el caso, hasta de su nueva adquisición.

C) Sala de recreos y patio del Colegio (para todos los alumnos).

a) Sala de recreos y de lectura.

Será utilizada durante los descansos, y en la cual quedan autorizados los alumnos para poder fumar.

De este local se hará el adecuado uso, como también de los elementos y medios que se entreguen para su recreación.

b) Patio del Colegio.

Este será utilizado para la realización de actividades físicas y esparcimiento saludable al aire libre, pudiendo proporcionar la Dirección del Colegio los medios y materiales que considere necesarios al esparcimiento de los alumnos.

D) Duchas (para todos los alumnos).

Al contar el Colegio, para el aseo personal de los

alumnos, con la instalación de duchas, y que se usarán conforme determine la Dirección, serán responsables, aparte de la sanción disciplinaria, los alumnos que originen desperfectos en ellas o en sus instalaciones.

E) Prohibiciones (para todos los alumnos).

a) Descanso y silencio.

Durante las horas que determina el horario para descanso y silencio, serán observadas y respetadas por todos los alumnos, quedando sometidos a la sanción que la Dirección determine para los que no lo cumplen.

b) Sobre fumar.

Queda absolutamente prohibido el fumar en las clases y sala de estudios.

c) Asistencia a lugares de dudosa moralidad.

Queda terminantemente prohibido el que cualquier alumno del Colegio frecuente lugares de dudosa moralidad o que lleve a efecto manifestaciones públicas que desprestigien el buen nombre del Colegio.

Aquellos que incurran en faltas de esta calidad se verán sometidos a cuanto determina el Reglamento para el régimen del Patronato.

d Faltas a clase.

Toda falta injustificada a clase, tanto en el interior como en el exterior del Colegio, será sancionada, pudiendo llegar, por esta reiterada falta, a sanciones extremas.

F) **Comportamiento con los Inspectores** (para todos los alumnos).

Todo alumno ha de ver en el Inspector no sólo a la persona que vigila su comportamiento, sino que, por su experiencia y edad, trata de guiarle y ayudarle en todo instante; de aquí que ha de merecerle el Inspector el mayor respeto y consideración, y que, de no cumplirlo, se verá sometido a la sanción correspondiente.

II.—MATRICULAS PARA LOS ALUMNOS DE CARRERAS CIVILES

Las matrículas las harán los alumnos en las fechas que se determine por las Escuelas o Universidades, y cuyo importe les será abonado por la Dirección del Colegio-Residencia, previa presentación de los documentos.

Los que sean de familia numerosa, al hacer la matrícula irán provistos de un documento en el que se acredite dicha circunstancia, con el fin de que le sea menos gravoso a este Patronato las citadas matrículas.

Asimismo lo harán los que hayan obtenido matrícula de honor en el curso anterior.

III.—DISCIPLINA: PREMIOS Y SANCIONES

A) **Premios.**

Los alumnos que figuren en el Cuadro de Honor del Colegio, a juicio de la Dirección del mismo, pueden disfrutar de salida en los sábados por la tarde de la correspondiente semana de haber sido brillantemente calificados.

Tal beneficio comenzará a disfrutarse después de finalizadas las clases, con la obligación de estar de regreso en el Colegio, como más tarde, a las 22 horas.

B) **Sanciones.**

Sobre el coeficiente de conducta.

A todo alumno, a su incorporación, se le concederá un coeficiente 10 de conducta, y del cual se irán descontando cantidades conforme a la calidad y calificación de la falta.

En el caso de agotar el coeficiente algún alumno, la Dirección del Colegio podrá proponer la baja en el mismo, dándose previamente cuenta a los familiares.

Al incorporarse el alumno a la Residencia y ser filiado se le asignará un coeficiente de 10 puntos, que si lo agotan serán apercibidos para la expulsión, y en el caso que el Director lo crea oportuno, por no ser ninguna de las faltas graves, podrá dársele otro nuevo coeficiente que, caso de agotarlo, automáticamente será expulsado de la Residencia.

C) **Clasificación de las faltas.**

a) Faltas de primer grado.

Las de aseo personal.
Las de poco cuidado en el vestir.
Las de mala compostura en el comedor o en el estudio.

b) Faltas de segundo grado.

Las de incorrección en las conversaciones y la mesa.
La de falta de puntualidad en los actos del Colegio.
La de morosidad o negligencia en el cumplimiento de órdenes o normas sobre el régimen de la Residencia.
La de deterioro voluntario del material del Colegio.
La excesiva familiaridad o dureza con la servidumbre.
El llegar tarde a la hora de la lista los domingos o días festivos por primera vez.

c) Faltas de tercer grado.

La riña o pendencia entre compañeros sin que se produzcan lesiones.

La repetición en llegar tarde a la lista los domingos y días festivos.
La falta de respeto a los Inspectores.
La solicitud de permisos fundados en motivos inexactos.
La alegación de males imaginarios o supuestos para eludir la asistencia a las clases o los estudios.
El ausentarse del Colegio a las horas de estudios.

d) Faltas de cuarto grado.

El embriagarse, contraer deudas o asistir a juegos prohibidos por primera vez.
El hacer gestos o mostrar actitudes que revelen poco respeto o consideración al Director, Secretario y Administrador. y profesores
El ausentarse del Colegio pernoctando fuera, aunque sea en el domicilio de algún familiar.
El romper, dañar o apoderarse de libros u objetos que no le pertenezcan.
La desobediencia.
El informar en contra de la verdad a sus superiores.
La protesta aislada contra alguna disposición de los superiores.

e) Faltas de quinto grado.

El permanecer fuera de la Residencia sin autorización más de 24 horas y menos de 48 (si la ausencia excediera del lapso últimamente citado, deberá sancionarse con la expulsión).

El embriagarse o contraer deudas o asistir a juegos prohibidos por segunda vez.
La participación en manifestaciones colectivas de desagrado o protesta, o desaprobación de cualquier disposición superior.
El rebelarse ostensiblemente contra estas instrucciones, o contra alguna disposición dada por la Presidencia del Patronato.
La blasfemia.
El abuso de confianza y el vejamen a un compañero.
El reñir con algún compañero, empleando instrumentos que puedan producirle lesiones de importancia.
El escribir anónimos amenazando a superiores suyos.
Y, en general, la realización de actos que relajan la disciplina y afectan no sólo a la moral, sino también al prestigio del Colegio y de los Patronatos.

D) **Los alumnos que cometan las faltas anteriores serán sancionados con los correctivos siguientes:**

a) Correctivos de 1.er grado. Descto. 0,25 puntos.
Correctivos de 2.° grado. Descto. 0,50 "
Correctivos de 3.er grado. Descto. 1,00 "
Correctivos de 4.° grado. Descto. 2.00 "
Correctivos de 5.° grado. Descto. 3,00 "
Apercibimiento para la expulsión. 4,00 "

b) A juicio del Director, en los correctivos de 1.°, 2.° y 3.er grado puede sustituirse el descuento del coeficiente por el castigo de permanecer

— 16 —

los domingos y días festivos en la sala de estudio durante las horas de paseo.

c) El alumno que se haga acreedor por tercera vez a un correctivo, se le aplicará el descuento del grado inmediatamente superior.

d) El apercibimiento para la expulsión es el mayor correctivo que el Director puede imponer por sí, con la obligación de dar cuenta al General Presidente del Patronato.
Cuando el Director considere que la falta cometida merece la expulsión, dispondrá que el Secretario lleve a cabo, con toda objetividad y muy detalladamente, una información en la que figure la declaración del culpable.
Si, a la vista de dicha información, el Director sigue, á su juicio, creyendo que la falta es de las que deben ser sancionadas con la expulsión, propondrá esta última al General Presidente del Patronato, debiendo unir a la propuesta la información determinante, de la cual debe quedar copia en la Dirección.
Cuando la falta haya sido debidamente comprobada y de mucha gravedad, el Director dará conocimiento, por el procedimiento más rápido, al General Presidente para que ordene la inmediata expulsión, sin perjuicio de enviar después la información últimamente señalada.

E) **La expulsión de la Residencia puede producirse:**

a) Por cometer una falta de 5.° grado.

— 17 —

36

Por acumulación de faltas que agoten el coeficiente.

b) Ningún alumno expulsado por mala conducta podrá reingresar en la Residencia ni entrar en otro Patronato.

F) **Observaciones importantes.**

Se pone en conocimiento, tanto de los familiares del huérfano, como a este mismo, que aun habiendo recibido de este Patronato el escrito de admisión en el Colegio, la Dirección no lo ingresará si no presenta, en el momento de su incorporación, el oficio de designación y normas de ingreso debidamente cumplimentado.

Madrid, ... de ..... de 1967.

El General Presidente,

Jesús Lozano y Moreno de la Santa

Conforme:
EL HUERFANO ALUMNO DEL COLEGIO,

Admitido:
EL DIRECTOR DEL COLEGIO,

Conforme:
LA MADRE O TUTOR DEL HUERFANO,

Juana Villegas

Estudios impartidos



Los estudios propios de la preparación para el ingreso por oposición en la Academia General Militar de Zaragoza. Las que se indican eran las vigentes en el año 1972.

Reconocimiento facultativo, según unas reglas establecidas básicas (análisis, peso, altura, vista, oído, corazón, etc.) mediante revisión realizada directamente por médicos militares. Ser considerado «No apto» significaba no poder seguir en la oposición.

Pruebas de aptitud física, mediante las cuales había que superar una serie de pruebas gimnásticas individuales y eliminatorias:

Lección de gimnasia educativa.

Salto del caballo a lo largo con una altura de 1,25 metros y trampolín rígido situado a 0.80 metros.

Salto en longitud, sobre foso y con carrera, debiendo lograrse un mínimo de 3,75 metros.

Salto en altura, con carrera, mínimo de 1,10 metros.

Trepa por cuerda lisa, con mínimo de 4 metros de trepa.

Carrera de velocidad sobre pista, 100 metros en un tiempo máximo de 15,4 segundos.

Examen psicotécnico (de carácter experimental e informativo, por lo que no será calificado).

Pruebas de Conocimiento, idiomas (francés e inglés). Dos ejercicios consecutivos de traducción directa (una hora) e inversa (media hora), en ambas se permitirá el uso de diccionario.

Análisis Matemático y Geometría analítica (ejercicios escritos: práctico y teórico).

Geometría y Trigonometría (ejercicios escritos: práctico y teórico).

Física (ejercicios escritos: práctico y teórico).

Personal docente

Descripciones extractadas y adaptadas del documento «Historias de webfanos», generado coralmente por algunos antiguos alumnos. Estas descripciones reflejan los recuerdos de quienes participaron en su redacción, aunque no siempre fueron unánimes por lo que, en casos concretos, pertenecen a una sola persona a la que tal vez las experiencias vividas con alguno de los profesores no fueron como le hubiera gustado.

El % de alumnos del Alto ingresados en la Academia General Militar era el más alto entre todas las academias preparatorias, lo que demuestra que la formación recibida de sus profesores era de las mejores.



El coronel García-Tejero en el centro con gafas oscuras

PROFESORADO

El Zupo

El director (desde 1962) era el coronel de Infantería don José García-Tejero Áñez, no conocemos el porqué del mote, ni quien se lo puso. Frecuentemente se mostraba malhumorado, era de proceder severo, inflexible con la disciplina y el cumplimiento de las normas y con un dedo índice eternamente acusador.

Tuve la «suerte» de conocer al Zupo como director, y aunque yo allí, en mis dos años de estancia, fui uno de los virus, también recuerdo el temor reverencial que nos provocaba cada salida y entrada al recinto.

El paseíllo por la explanada desde la verja de entrada al colegio hasta la puerta principal del edificio, o viceversa, sintiendo la mirada escrutadora de nuestro director que podía acarrear (frecuentemente por otra parte) llamarte a su despacho para reprenderte por lo que fuera (ropa, pelo o cualquier motivo), era considerado uno de los peores momentos del día.



Coronel Sousa

El Viejo

El director (hasta 1962) era el coronel Manuel Sousa Martorell. Cuando le conocí supe entonces de su paso ligero. Para presenciar tal evento, en aquella ocasión ordenó situar el sitial de su despacho en el patio. Era como un trono de elevado respaldo y tapizado en color grana.

Allí apostaba su delgado cuerpo cubierto por un sobrado abrigo. Al avivar el ritmo en sus arengas, su dentadura afloraba y se ocultaba, como el cuco de un reloj cantando las doce. A su «siniestra», de



8 diciembre 1958, el coronel director entregando un premio de 365 pesetas al capitán del equipo de fondo, Antonio Pérez Matos, se dice que le dijo «Muy pronto has llegado a capitán y aún no has ingresado»

pie, el Culeras y, junto a éste, un botijo, por si fuera preciso atender a algún desfallecido en el trotar. Todo muy gótico.

El coronel, además de sitial y abrigo, se cubría la cabeza con un fieltro o sombrero generalmente de color gris.

Como olvidar los pasos ligeros conque nos obsequiaron a todos los del dormitorio después de comer, durante varios días, porque alguien utilizó el cobertor de una litera desocupada como papel higiénico y las limpiadoras se chivaron.

Recuerdo a algunos compañeros que caían al suelo extenuados (hacer paso ligero nada más terminar de comer era diabólico) mientras el coronel Director gritaba «¡Dejadlos, no rompáis la formación!».

Finalmente, el páter intervino y pactó con el coronel que, si el culpable confesaba su hazaña bajo secreto de confesión, los pasos ligeros cesarían. Y así fue como dejamos de correr.

El Platijo

Administrador del Alto, tristemente célebre. Los administradores con tez roja, verde y azulada existen. Incluso sus calvas pueden adoptar estas coloraciones.



Clase de Geometría y Trigonometría con el Atupin

ATUPIN

El mote hay que leerlo al revés para entenderlo, era un excelente profesor que preparaba fichas y apuntes de su asignatura, las cuales eran muy apreciadas y coleccionadas entre el alumnado.

El Katanga

El Katanga disponía de un panizo, una especie de uña gorda, en el dedo pulgar de la mano derecha, que hacía que cuando escribía en la pizarra, impartiendo su docta doctrina, se produjera un chirrido insoportable que te ponía los pelos de punta.

Gustaba de hacer bromas con los apellidos cuando el alumno se quedaba en blanco en la pizarra.

El Robert

El señee. Profesor de Francés. El tipo era franchute de verdad y buen profesor. Era el Robert un tipo alto, enjuto, rubiales y con pinta de extranjero. Más serio que el escaparate de una funeraria, pero nunca lo olvidaré; gracias a él me aficioné a los idiomas.

Era justo y eficaz en su magisterio. Usualmente vestía de gris. Aventajado siempre por su generosa nariz de caballete y gorgoteando su R franchute. Co-

rría el rumor de que había sido jugador de fútbol del Reims.

Don Rosendo

Traigo hoy aquí el recuerdo de una persona entrañable. Semejaba un personaje escapado de un cuento. Bajito, amable, bonachón y de tímpano prófugo. No usaba casi nunca corbata, pero la sustituía por un lazo colonial negro. Su corta estatura, le obligaba, al subir las escaleras, a izar en alto la enorme cartera que siempre portaba para superar los peldaños.

Impartía las clases de Geometría y corría el rumor pinfanero de haber sido, en su tiempo, uno de los oficiales más jóvenes. De tal manera se abstraía en sus exposiciones en la pizarra que, en ocasiones, aprovechando los repetidos giros obligados por la referencia a los contenidos del encerado, al situarse de espaldas en esos espacios intermitentes y continuos, todos a una, levantando ligeramente los pupitres individuales, nos íbamos aproximando lentamente a él, una y otra vez, hasta cercarlo.

Al finalizar su explicación, agitando las manos, exclamaba «¡Dejadme salir! ¡Venga, venga! ¡Quitad, quitad!». Su evocación me es grata. ¡Va por Vd., don Rosendo! Lo positivo es, que don Rosendo, para mí, es la figura más venerable de mi historia pinfanera. Hasta el nombre resulta entrañable. Dejo aquí mi testimonio.

Sin embargo, estaba la otra cara mala nuestra, sí la de los pínfanos, ya que le hacíamos todos los días putada tras putada para vergüenza nuestra; aunque se diga que eran otros tiempos, que no podíamos salir a la calle, etc., etc. ¿No os acordáis de la gran cantidad de tiza que se llevaba en los bolsillos? ¿Y de que día tras día le machacábamos los huevos que llevaba en su cartera de piel vieja?

Con otros no nos atrevíamos, pero al pobre de don Rosendo...

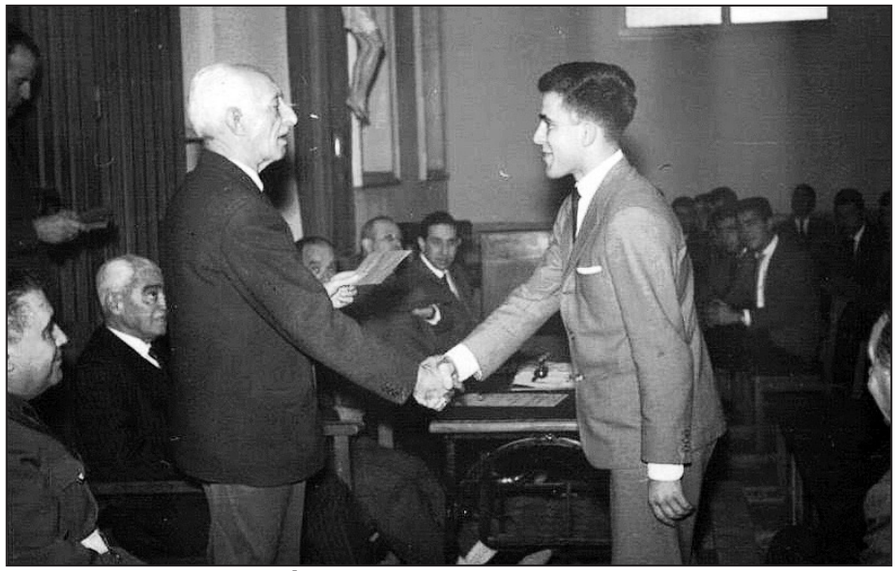


Segundo por la derecha, de pie con corbata negra, don Rosendo Álvarez; a su lado, don Ángel Lobo

Don Ángel

El coronel Lobo Noriega. Me han venido a la cabeza mil y una anécdotas de sus clases. Don Ángel, que así le llamábamos, era coronel de Caballería retirado. Tenía un montón de hijos militares, todos de Caballería excepto uno que era de Infantería y, según su padre, cuando faltaba sal en la mesa era el que se tenía que levantar a por ella por no haber mantenido la tradición familiar.

D. Ángel era profesor de Geometría en todas sus variantes y daba clase en la 1ª sección, y



Don Ángel Lobo entregando un premio

creo que también en la 2ª, que era donde estaban los que se suponía estaban mejor preparados y tenían muchas probabilidades de ingresar.

Como se ve en la foto, era muy delgado y puro nervio, fumaba un montón y a mi entender sabía otro montón. Sólo tenía una pequeña pega, cuando el pínfano que estaba en la pizarra, bien explicando un problema o un teorema o una papeleta entera, metía la pata y él consideraba que debía de sabérselo, se levantaba de la mesa, se dirigía hacia el interfecto diciéndole alguna de sus frases preferidas: «Estás atontao» o «chiquito que eres tonto» o «no tienes ni idea», y lo normal es que le diera o cachetes con los nudillos en la cabeza o seudo puñetazos en el pecho mientras le quitaba la tiza y corregía lo que el alumno hubiera hecho mal.

Os podéis figurar a tíos de 20 años aguantando mecha estoicamente, cubriéndose como podían para parar los golpes. A pesar de todo, creo que la mayoría lo apreciábamos y yo, particularmente, guardo buen recuerdo de él, aunque no me libré de algunas de sus actuaciones y eso que mido cerca de 1’90 de altura.



El coronel Weber entregando un premio de atletismo a Balmori Ruíz el 8-12-1966 ante la plana mayor del Alto, al fondo el capitán Suárez (Gimnasia)

El Persianas

El comandante Domínguez daba clases de Francés y era aragonés (Zaragoza).

El Coronel Weber

Fue Jefe de Estudios.

Calatayud

Don Anselmo Calatayud, fue profesor de Historia cuando en la preparación militar también se estudiaba lo que lla-

maron «las literarias», Historia, Geografía, Gramática, Francés y Dibujo. Aparte, también era comisario principal del Cuerpo Superior de Policía y Jefe de la Interpol para España.

Era impecable en el vestir y extensa su colección de corbatas. En los exámenes escritos se sumergía en su particular lectura, ignorando si dabas o no en copiar. Allá tú responsabilidad. Rememoro su cara de asombro cuando Tocino, desconociendo la predilección sentida por Calatayud hacia la figura de Fernando VII, comenzó la disertación oral que le había sido requerida sobre este personaje, diciendo: «Fernando VII, fue un rey de carácter apático y abúlico...».

Con cada cigarro prendía el siguiente, si bien no se tragaba el humo. Fumaba Chester, incienso olímpico comparado con el tufo de nuestros Peninsulares.

SACERDOTES

Páter Cuevas

El páter Cuevas llegó de capellán al Alto creo que en 1966. De vocación tardía, era Teniente Coronel y dejó el Ejército para hacerse sacerdote.

Era hermano de uno de los autores del libro C.A.C. de Análisis Matemático, con el que nos preparábamos para el ingreso en la General. Se instaló en el colegio y, al poco de llegar, compró una televisión que donó al centro y así los pínfanos pudimos ver los partidos del Real Madrid en la Copa de Europa; eso sí, en blanco y negro, porque, en aquellos años, el invento no daba para más. Siempre que charlabas con él, lo primero que hacía era ofrecerte un pitillo que podías fumártelo entero, incluyendo la pava y la subpava.

Cuando las primeras tandas empezaban los exámenes en Zaragoza, se instalaba en la Hospedería del Pilar y además de dar ánimos, era frecuente verlo por el Tubo, con tres o cuatro huérfanos, poniéndose ciegos a bocatas de calamares que por supuesto pagaba él. El páter Cuevas era un buen tío y en su memoria escribo estas letras porque fue uno de los nuestros y he querido presentároslo a los que no tuvisteis la suerte de conocerlo.

Don José Rico

Recuerdo con afecto al padre salesiano D. José Rico que era teólogo y con el que mantuve varias charlas del tema y creo que al final me dejó por imposible. No sé si en tu época seguían viniendo los jueves los salesianos del colegio cercano a darnos charlas.

«Amén, amén… ¡no me tosáis en la capilla!» Aquella capilla practicable. El servicio religioso del Alto, de esa época, en principio salesiano, fue sustituido posteriormente por unos frailes que ocupaban el antiguo palacete de Godoy (Valderrama arriba) y creo marianistas.

Yo estuve en el Alto de 1963 a 1965 y no recuerdo a ningún Páter de aquella época, de asuntos religiosos solo me viene a la memoria, que nos llevaban a todos en fila los domingos por la mañana a Misa, a un convento de monjas o tal vez un asilo de ancianos y después todos de vuelta a Sing Sing, menos los listos que se libraban porque tenían día libre, eran listos por estudiar (sin cates en la semana).

INSPECTORES

El Culeras

Se apellidaba Suárez, inspector y huérfano. Por cierto, era primo hermano del capitán de Infantería don Carlos Suárez Ramos, el profesor de Gimnasia.

En el patio, bajo un tibio sol otoñal apurábamos el último

cigarro de la mañana, antes de pasar a despachar la pitanza. Conocíamos que, a esa hora, el Culeras partía de Santa Bárbara en su Vespa. Burla burlando, sin acuerdo preconcebido, fuimos situando estratégicamente piedras en la rampilla descendente hacia la cancela de salida. El propósito de esta siembra de guijarros era conseguir que la moto del «dober» topara con alguno, dejando el desenlace a la providencia.

Finalizada la caritativa labor de sembrado de piedras, quedábamos disimuladamente a la espera del suceso. Fue entonces cuando apareció el Duende y lentamente, con parsimonia, tomó uno de los guijarros allí colocados y con gesto solemne lo cambió de emplazamiento. Al poco, accedía al escenario el Culeras. Flamante caballero a lomos del indómito corcel vespasiano. Podéis creerme o no, pero no existe aquí interés alguno en mentiros. El Culeras, sorteó hábilmente todos los pedruscos... bueno, todos menos uno. Precisamente el que estáis pensando, es decir aquél cuya ubicación había modificado el Duende. Comprendí entonces la sapiencia pinfanil a la hora de atribuir apodos.

Aclaración. El Culeras no se llegó a caer. Derrotó en descontrolados bandazos aunque perdiendo la compostura, salvando la situación con escasa soltura y un evidente susto. Mejor así.

Herrero

Alias «Tifirriero» que cuando oía lo de ¡Arriba España!, por lo bajini contestaba: «Que la alce el que la tiró, que, a mí, viva la madre que me parió». Pero, aunque rojillo, era buena persona. Entró en el Alto gracias a la inestimable ayuda de su yerno, el señor Calatayud.

Estaba represaliado por haber sido «colorao» y fue condenado a ser fusilado, pero lo salvó su yerno (eso nos contó el mismo).

Era Capitán de la Marina Mercante, y durante la 2ª Guerra Mundial, navegaba de Oficial o Capitán en un buque de bandera inglesa que fue torpedeado por un submarino alemán y hecho prisionero, fue entregado en un puerto del Norte a las Autoridades Españolas que, efectivamente, lo condenaron a muerte, no por este hecho en sí, sino porque durante la República había desempeñado un cargo público (al parecer Capitán Marítimo).

Se recuerda la frase del Sr. Herrero: «¡Que viene el Bicho!» Lógicamente se refería al Zupo.

El Cirineo

Llamado así porque vino a ayudar al «senor» Domínguez a llevar la cruz.

El Mariachi

Llamado así por su tono de voz. Se pasó al Bajo donde en noviembre del 75 expresó: «Vamos niños, arriba, arriba, que el Caudillo ha muerto esta noche y no sabemos lo que se nos viene encima».

Domínguez

Inspector, gallego de fuerte acento, nos despertaba cada día a la hora más inoportuna. Conocido como Domanguez por su dificultades lingüísticas, en el relato Memorias del Viejo Trapillo se escribe algo más extenso sobre él.

Dos de sus frases: «Si no se comprotan bien, les mandaré a ver al senor diretor». Furelos Mogo, alumno y gallego como él, jamás consiguió que lo llamara correctamente «Sea correto, senor Forelos».

El 716

Por Jesús Ansedes Mouronte



Publicado en el Boletín nº 9 (2012).

Estas líneas pretenden recordar cómo se recuperó para los Pínfanos el Cristo del Alto, «El 716», no cómo y porqué se compró, que eso es otra historia. «El 716» formó parte de los enseres del Colegio de Santa Bárbara y San Fernando cuando pasó a pertenecer al IPE Nº1. Allí permaneció en una capilla, situada en la parte posterior del Pabellón de Mando, varios años hasta que en la primavera de 2008, al poco tiempo de tomar posesión de la dirección de la Residencia San Fernando, el coronel Sancho Piedras se interesó por el destino del 716.

Ese mismo año 2008, siendo Jefe del IPE Nº 1 el coronel Tárrega y después de haberse celebrado en sus instalaciones el V Día del Pínfano, el coronel Sancho Piedras envió a Jorge Franco para que localizara la imagen. Jorge, que no había estado en el Alto y no conocía la imagen comunicó que en una capilla de la parte trasera del edificio de mando se encontraba un Cristo similar al de la Residencia San Fernando.

En la primavera de 2009, dos miembros de la Junta Directiva de la Asociación, Carlos Piserra y un servidor, realizan una visita a las instalaciones del antiguo IPE Nº 1 ocupadas en ese momento por un hospital de campaña al mando de un coronel médico que, en su despacho, nos comunica textualmente: «Los únicos Cristos del acuartelamiento son los dos que he traído yo». No conocía la existencia del 716.

El 14 de junio de 2010, Ernesto Domínguez Nimo, destinado años atrás en el Instituto Politécnico, y Jorge Franco Romeo, fueron a ver al brigada Arellano, perfecto conocedor de las instalaciones, quién los acompañó a una de las tres capillas existentes en el acuartelamiento donde Jorge había visto, con anterioridad, el Cristo del Alto y allí estaba.

El brigada Arellano no reconoció que ese fuera el del colegio de Santa Bárbara y San Fernando, pero era el de la fotografía que llevaba Jorge, el 716. A continuación fueron a visitar al páter Anastasio en las Escuelas Salesianas, quién en un principio les rehuía, y que tras detenerlo tampoco reconoció que el Cristo visitado anteriormente, fuera el del Colegio de Santa Bárbara.

En el año 2011, representantes de la Asociación trataron el tema con el general Maldonado un mes antes de dejar éste la Dirección del PAHUET, quién se interesó por el tema. Tras la toma de posesión de la Dirección del PAHUET el general Coloma, una representación de la AHE, encabezada por su presidente visitó al general Coloma para saludarlo y, entre otros temas, le narraron la historia del Cristo del Alto y nuestra voluntad de recuperarlo.

Tratado el tema en posteriores visitas al PAHUET, el general Coloma pedía garantías de que el Cristo al que nos referíamos era realmente el del Alto, el 716. Y en el invierno de 2011 la suerte nos sonrió, en una comida de José Paredes Pedrosa, Julio Villas Tejada (qepd), José Alejandro de la Orden y Jesús Ansedes, Julio Villas nos mostró un recordatorio de los ejercicios espirituales celebrados en el CHOE de Carabanchel Alto en 1961 que en el anverso tenía la imagen del 716.

¡La prueba irrefutable! Al día siguiente ya tenía el general Coloma en su despacho una copia del recordatorio. A partir de ese momento todo fue «coser y cantar», el 18 de enero de 2012 el 716 estaba en la capilla de la Residencia San Fernando.

Aparte de lo narrado, muchos fueron los pínfanos que se interesaron por el 716, entre los que destacamos a los hermanos Jesús y Eduardo Dolado que «airearon» la historia a las más altas esferas militares. Gracias a ellos y, sobre todo, al actual director del PAHUET, el general Coloma, el 716 se recuperó para los Pínfanos.

Relatos

Memorias del Viejo Trapillo

Por Ramón Faro Cajal

CAPITULO I
A MODO DE INTRODUCCIÓN

Higinio Zardoya Tardón era huérfano. Era ese ser que a veces nos encontramos en la vida y que transpira orfandad por todas partes. Tenía tipo de huérfano, cara de huérfano y sobre todo mirada de huérfano. Cuando se cruzaba con alguien por la calle, la gente comentaba «mira un huérfano».

Higinio había vivido muy tranquilamente sus primeros 16 años. Su padre, teniente de Intendencia de la escala auxiliar, desde sus tiempos de sargento había desarrollado sus funciones en el Grupo Regional número 1 de Madrid, antigua Agrupación Divisionaria de Intendencia y más concretamente en la panadería.

Higinio aquella mañana había salido más o menos contento al instituto, llevando las matemáticas más que flojillas en espera de su examen de reválida de sexto, para acabar con su bachiller.

En pleno examen el catedrático, con cara de circunspecto, le dijo que se fuera para casa que había ocurrido una desgracia.

Su padre murió en el camión que llevaba el pan del grupo a los distintos cuarteles.

Con el accidente, Higinio cambió.

En el instituto, aunque el examen fue un desastre, le aprobaron el bachiller y a nivel oficial a su padre no le dieron la muerte en acto de servicio, pues el que fuera en el camión fue debido a que aprovechó que el vehículo pasaba cerca del Ayuntamiento, donde debía de ir a resolver asuntos personales.

A Higinio se le quedó el porte triste, del hombre que ha sufrido una desgracia y que cuando hablas con él por primera vez, en la frase de inicio de conversación, te suelta a modo de excusa «es que soy huérfano».

Son esos tíos que, en mitad de una frase, es como si tuvieran un flash retrospectivo y pasan de una expresión afable y risueña a ponérsele unos ojos de carnero y la boca arqueada hacia abajo. Lo dicho, ponen cara de huérfano.

De este ser anodino, triste, espeso, aburrido y mortalmente negativo no vamos a hablar, vamos a relatar su segunda

transformación, vamos a partir del momento de su vida en el que se entera que ser huérfano no es una desgracia ¡ES UN DELITO! y que a su madre no se le llama mamá, se le llama «la viuda».

De que aparte de apellidarse Zardoya Tardón, también se apellida piedra, pero... ¡ASI DE GORDA!

De que Ramón Angulo, aunque también se apellida piedra, no es familiar suyo.

De que a partir de un momento de su vida habrá de compartir los cigarrillos con otras bocas sedientas de humo y que una colilla es una pava respetabilísima, que en su momento será la envidia de alguien.

De que las señoras se visten con cualquier trapito y tú con un trapillo.

De que un virus no es un bicho pequeñajo.

De que te van a dar un número para toda la vida y de que el siete dieciséis no ingresó, aunque tenía enchufe.

De que el aspirino es un ser que cuando te ataca llamándote huérfano, has de contestarle que «para la mierda de padres que tienen algunos...».

De que la quiniela que va a rellenar no tiene premio, ni catorce resultados.

De que hay un «papel para el pecho» y este último no coincide con la anatomía que él conoce.

Así, poco a poco, a base de pequeños cuentecillos, anécdotas y demás vicisitudes, haremos de este Zardoya «Piedra» su transformación de ese personaje que abandonamos al principio de estas líneas y haremos que se convierta en ese individuo que no necesita de descripciones ni de definición, pues la misma palabra denota un ser de unas características tales que muy bien puede aparecer en la historia como el descubridor de la máquina de pelar langostinos o el hombre que terminó con el hambre de los «matongos» porque montó una fábrica de «papel para el pecho», o también puede ser que terminase como representante de los presos de Carabanchel. En fin, un hombre llamado a ser líder. Y como resumen ese hombre se va a transformar de huérfano a ¡PINFANO!

¡Dios mío! Solo de escribir la palabra, un escalofrío me ha recorrido la espalda.

¿Qué es un pínfano? Casi nada. Pínfano soy yo.

Cuando la Real Academia de la Lengua determine, por fin, la definición de pínfano, creo que dirá algo así:

Pínfano: Animal mamífero y vertebrado, de la familia de los huérfanos, que con la transformación en el CHOE (fórmula secretísima) se le dota de superpoderes, como el de oler un duro a distancia, aprovechamiento de desechos, visión nocturna y supervivencia suma. Su hábitat lo resume la frase «en donde menos piensas que hubo nada... ya allí un pínfano se fumó una pava».

Estudios de la NASA han determinado que después del holocausto nuclear de los pocos que quedarían con vida sobre la Tierra serían las cucarachas, algún chino (es imposible matarlos a todos) algún gallego (están en todos los sitios) y una gran parte de pínfanos.

Estos últimos están dotados de una capa exterior en la piel muy poco permeable y resistente a las radiaciones que se fue creando gracias al jabón Lagarto que utilizaban en la ducha semanal.

Su aparato digestivo es a prueba de neutrones y capaz de digerir cemento armado (y si no, qué era aquello que le llamaban arroz con leche...), o someterse a dietas escasas y prolongadas (de eso si que sabemos un rato largo). Su capacidad de aguantar sin moverse hasta pasados los efectos nucleares es ilimitada. El pínfano lo aguantaría estoicamente, no en vano ha sido capaz de estar seis horas de cualquier examen de sábado sentado en una silla,

sin tener ni idea de lo que tenía delante y pegándose una pensada capaz de recorrer los más extraños vericuetos que dejarían chica la imaginación de Julio Verne.

Si a todo esto le ponemos su protección auxiliar de un trapillo usado, con sus correspondientes capas de tiza, sudor, grasilla y polvo, tenemos al pínfano poco menos que inmortal. Prototipo de protección de la guerra ABQ (Atómica, Bacteriológica, y Química. Esto lo aclaro para los que no ingresaron... ¡pobrecillos!) y modelo de supervivencia.

De todas formas, la historia nos demuestra que en todas las grandes obras o hechos de la humanidad hubo un pínfano.

En las cuevas de Altamira he visto dibujado a un hombre que ha matado a un mamut. Debajo tiene apuntado un número ¿qué ha de ser más que el número del CHOE?

De Heráclito «el carabanchelero» dice la Historia que se vestía solo con harapos y que se lavaba una vez al mes ¿qué prueba más fehaciente de su condición?

César al cruzar el Rubicón dijo: «Vini, vidi, vinci», que traducido dice:

«El vino emborracha a veces». ¿A quién se le puede ocurrir tamaña reflexión que no sea a un pínfano de pro?

Volviendo a nuestro Zardoya y a modo de introducción, lo situamos en la puerta del colegio de Santa Bárbara, dispuesto a vivir intensamente su metamorfosis y haciendo válida esa frase maravillosa del himno de la Legión que parece escrita por un pínfano: «... cada uno será lo que quiera, nada importa su vida anterior».

Higinio Zardoya Tardón nº 1232, primer dormitorio, cuarta sección. Quizás durante las historietas alguien se vea reflejado en ellas y piense en la casualidad. Ha de saber que han sido pensadas, reflexionadas y transcritas de forma directa y totalmente intencionadas para máximo regocijo del lector.

O sea, que cualquier parecido con la realidad es totalmente coincidente y a los personajes ni se les ha cambiado el nombre, ni el mote, ni el número.

¡Faltaría más!

¡Ah! Reclamaciones al maestro armero.

CAPITULO II
EL ZUPO

Por fin lo iba a conocer. Todas mis visiones, todas las formas imaginables que mi mente había formado al escuchar a los demás, se iban a fundir en una figura y en una voz. Yo, Higinio Zardoya Tardón, dentro de unos momentos, iba a conocer al Zupo.

Al entrar en el colegio con mi maleta, más que cargado, e ir acercándome al edificio atravesando la pequeña explanada que hay delante, la puerta del edificio, pequeña desde lejos con sus tres escalones y franqueada por dos bolas de piedra de dudosa belleza, se me antojó una boca enorme que me iba a comer. Era como si fuese una aspiradora que me atrajera hacia sus entrañas. Me dio la impresión de estar hipnotizado y caminar hacia un mundo desconocido; sabía o intuía que siempre, a partir de traspasar aquella puerta, habría un antes y un después.

El tiempo me dio la razón ¡y de qué manera!

Allí estaba yo preparado a traspasar aquella puerta cuando de repente y como salido de la nada apareció lo que por un momento creí que era San Antonio. Alto, con esa franja de pelo que monta sus orejas y recorre el cogote dejando la parte alta del cráneo como una bola de billar.

¡Gracias, Dios mío! murmuré. En estos momentos de angustia me mandas a uno de tus santos a confortarme.

Una voz sonó alta y grave y la verdad que un poco desagradable:



Ilustración de Zoyo

–¿Ha visto ya al «senor director»?

La visión de San Antonio desapareció para encontrarme con la cruda realidad: ¡EL CALVO!

De pie, con la maleta descansando a mi lado y tras la puerta de cristales, esperaba que el Zupo (el senor director) me hablara.

Había escuchado tantas historias suyas que casi lo que veía era la realidad de lo que me había imaginado.

Me habían contado que, en cierta ocasión, al Teco Teco, un pínfano de hacía años, el 1109, que había tenido un hermano antes que él, el Zupo, le preguntó si iba a ser mejor que su antecesor, que había sido un trasto. El Teco Teco, por echarle un piropo a su hermano, le dijo al Zupo que él era el peor de los dos, que su hermano era más inteligente, más buena persona, etc.

Conforme hablaba, la cara del Zupo se fue congestionando de ira y de rabia y explotó, gritando lo que se conocía como la parábola del Zupo, y sus palabras bíblicas:

–¡Cabrón, cabronazo, coge tu maleta y vete!

La verdad es que suena a algo así como ¡coge tu camilla y anda...!

En otra ocasión contaban de Faro, el once treinta y dos, o sea mi padre, que era jefe de clase de la cuarta, que fue a pedirle al Zupo la baja de su jefatura por no sé qué problemas. Mi padre medía uno ochenta, era deportista y además de ser maño ejercía de tal.

Cuando expuso sus penas al coronel, éste le respondió:

–Mira, maricón de playa (insulto que nunca supo por qué), te he puesto jefe de clase no por lo listo que eres, sino porque eres más bruto que los demás y así me mantienes el orden.

Mientras chillaba, un angelote de bronce que hacía las veces de pisapapeles salió proyectado en la dirección de su cabeza.

La verdad es que, como tal maño, podría haberla rematado de cabeza, pero prefirió la esquiva y la huida.

Se cuenta que mi padre ahora, cada vez que ve una imagen sacra con angelotes, pone cara de perro y adopta una posición de «en guardia», aduciendo que esos bichos son kamikazes que tienen como objetivo su cabeza.

Pues bien, haciendo antedespacho en el pasillo, esperaba ser recibido por ese ser.

Salió el Calvo, me dijo que pasara y allí estaba ÉL. Detrás de la mesa con la mirada baja escribiendo no sé qué en un papel sobre la mesa.

Como seguía escribiendo tuve unos momentos para, desde mi posición de firmes, echarle una prolongada mirada.

Tendría pasados los sesenta, bajito, muy bajito. Sentado como estaba en la punta del sillón llegaba escasamente con los pies a tocar el suelo. Los bracitos eran cortitos, las manos pequeñas y regordetas, casi calvo, con unos pelos blancos peinados hacia atrás, gafas oscuras y graduadas y pienso que no muy bien, pues para escribir lo que estaba escribiendo se acercaba en demasía al papel.

Intenté imaginarlo vestido de uniforme, ya que era coronel, y la visión que se me formó fue horrible. Su uniforme era negro, llevaba botas de montar, pistola al cinto, fusta, monóculo y en el cuello de la guerrera aparecieron dos eses rasgadas como rayos y una calavera. Yo no me llamaba Higinio, me llamaba Samuel y a su derecha, tumbado en el suelo y enseñándome los dientes, apareció un dóberman que tenía la cara del San Antonio que acababa de conocer.

De repente todo se esfumó pues un sonido terrible, como el tragar de un sumidero, bajo y sin apenas expresión se escuchó:

–¿Como te llamas?

A partir de ese momento supe que la angustia se resume en cuatro palabras:

–Te llama el Zupo.

Actualmente cuando me entero de que un compañero del CHOE tiene estreñimiento lo llamo por teléfono y, después de los saludos de cortesía, le digo las cuatro palabras mágicas «te llama el Zupo». El efecto es inmediato.

Abandona el aparato y una colitis galopante alivia su mal anterior.

A veces es peor el remedio...

Entré en el dormitorio, enorme, grande, lleno de literas y de taquillas de madera pegadas a la pared.

Pululaban por todas partes entes vestidos de verde-gris plomizo que me miraban y sonreían. Tomé posesión de mi taquilla y fui colocando mis pertenencias. Dejé encima de mi litera un paquete con rosquillas, última dádiva de mi madre, con la recomendación de tomármelas en el desayuno poco a poco. Calculo que fueron 5 segundos los que dejé de posar mi mirada sobre el paquete y, como por arte divino, el paquete había desaparecido y 20 bocas masticaban disimuladamente.

Chillé fuertemente.

–¿Quién ha robado mis rosquillas?

Del grupo de observadores se levantó un cíclope que luego me enteré de que era el 1049, un tal Ansedes Mouronte, que me espetó con un acento gallego más que acentuado.



El cíclope y su trapillo

–Mira rapaz, aquí nadie roba, aquí a las cosas se le ponen ruedas y desaparecen.

Mi cara debía ser de un idiota subido.

¿Qué a las cosas se les ponían ruedas? Yo me imaginaba a las rosquillas con ruedas y la idea me resultaba incongruente.

Afortunadamente aprendí pronto.

Hace poco llevé mi coche al mecánico diciéndole que me lo pusiera en condiciones. En un momento me dijo.

–¡Le pondré ruedas!

Salté al volante y salí echando humo dejando al mecánico con cara de besugo al tiempo que yo le chillaba.

–¡Es viejo, pero hacen falta muchas narices para ponerle ruedas a algo de un pínfano!

CAPITULO III
EL TRAPILLO

Todavía no había salido de un sobresalto que me metían en otro.

–¡Al almacén a por el trapillo! –chilló alguien.

El trapillo. ¿Qué era el trapillo? La primera vez que escuché la palabreja se me antojaba que me iban a dar un trocito de tela así de pequeño y además sucio, con el cual escasamente iba a tapar mis vergüenzas.

Me imaginé al Ángel que expulsó a Adán y Eva del Paraíso chillándoles:

–Ganaréis el pan con el sudor de vuestra frente y taparos, guarros... tomad un trapillo.

Trapillo, para aquel que ha pasado por el CHOE qué cantidad de imágenes le vienen a la mente. Cuando se cree el Diccionario Pínfano dirá algo así:

Trapillo: Prenda de vestir de dos piezas, por supuesto de tallas diferentes, de un color indeterminado entre verde, gris y azul tizado (significa mezclado con tiza o clarión de pizarra).

Prenda muy útil de todo tiempo especialmente con lluvia, pues gracias a la capilla de grasa que la cubre la hace totalmente hidrófoba.

Sirve a la vez de prenda de deporte y para estar por casa, así como de pequeño almacén de pavas y de papel pal pecho.

Como prenda militar al usuario que lo porta en la oscuridad lo hace invisible, aunque sea fácilmente detectable por el olor.

Solo se adquiere con todas sus propiedades en establecimientos especializados del ramo.

Me recuerdo saliendo del almacén con mis calcetines de lana y mis sandalias, mi camisa que picaba como un demonio, una camiseta y unos calzoncillos marcados con mi número en rojo que daban la apariencia de estar en una cárcel.

Y, por encima de todo, como la guinda de un pastel, el trapillo.

Hace poco, me invitaron a la boda de la hija de un antiguo pínfano. Al preguntar cómo de-

bía ir vestido, pues había varios actos, me dijeron: A la iglesia con corbata, pero al vino que hay antes de trapillo.

Estaba totalmente claro. Siempre surgen cosas como estas e incluso otras más o menos solemnes como la de acudir a la reunión y comida que se celebra en el CHOE todos los años, quisiera tener mi trapillo y volver a vestirlo aun a costa de algunas lágrimas propias y ajenas.

El trapillo, todo un símbolo.

Isabel la Católica dijo que no se cambiaría de camisa hasta la toma de Granada. Los Templarios dijeron otro tanto hasta no recuperar los Santos Lugares. Los pínfanos no se quitaban el trapillo hasta ingresar en la AGM, aunque sinceramente creo que, a diferencia de Isabel o los Templarios que tendrían otras prendas, el pínfano adolece de otras propiedades que no sean del Estado.

Cuando en Zaragoza nos examinábamos, nos sacudían un traje azul con camisa blanca, corbata negra y en las solapas de la chaqueta llevábamos dos óvalos con el escudo del Ejército. En otro tiempo se llevó gorra de plato blanca.

Al preguntar el porqué de aquello se me dijo que era para distinguirlos de los demás y que los «protos» nos tuvieran más consideración e incluso podía llegar el caso de echarnos una mano.

¡Qué falta de asesores de imagen!

Dónde va a parar el efecto que puede producir en mitad de un aula de exámenes un individuo que, rodeado de señores con traje, viste con calcetines de lana, unas sandalias gastadísimas, que saca de su bolsillo ¡no un paquete de cigarrillos! sino varias pavas, que devora su bocadillo y pide dos más, todo esto dentro del cuadro inmejorable de su trapillo sudado, raído y descolorido.

Qué proto no se hubiese conmovido al ver a ese ser desconsolado y desvalido huérfano. De ver esa imagen y pasarle el resultado de los exámenes solo había un paso.

¡Pero no! Limpios, peinados y con traje azul.

Volviendo de la AGM de un examen y ataviado con el vestuario azul descrito, me encontré con un amigo de la infancia que después de unos saludos afectuosos me preguntó qué hacía yo. Me puse en su lugar y me vi de aquella guisa y, para evitarme explicaciones, le dije: Trabajo en Correos y reparto telegramas.

Ni una sombra de duda atravesó su frente, mi uniforme era la fiel estampa de lo que acababa de decir.

¡Ah, qué otra historia podría haber contado de ir con mi trapillo! Licenciado de la guerra de Vietnam, superviviente de Auschwitz y Dachau, agente secreto disfrazado de pobre, tranviario en paro, desactivador de minas, explosivos y cohetería en general, mamporrero en huelga de hambre...

El que no ha vestido un trapillo no sabe lo que es sumergirse en el laberinto de la impronta magnitud y del ser como ente pensante (ruego no me preguntéis que significa esta frase).

Como frase histórica me remito a la famosa que pronunció César al entrar en el Senado y ver a Bruto sin la corona de laurel en la cabeza: ¿Tú también de trapillo... hijo mío? De lo cual se deduce que él tampoco llevaba la corona.

Esta frase le debió de cabrear pues acordaros de lo que pasó después.

Bueno, pues heme aquí revestido con el trapillo. Había vestido la prenda que ya jamás abandonaría mi existencia. Decían de los templarios, que cuando les ponían la cruz sobre la capa, dejaban de ser lo que eran y sufrían una transformación. El trapillo ofrecía a su

portor el éxtasis, no de ser otra persona, era la de ser muchas más, pero bajo el mismo título: PINFANO.

«Viejo trapillo mi mejor compañero...»

Una verdad como una catedral de grande.

«... pronto presiento que te voy a dejar...»

Ni de coña. Vestirás trapillo toda tu vida, pensarás en él más que a menudo, hablarás de él, te sentirás seguro pensando que lo llevaste, sentirás un especial afecto a los que te digan que lo llevaron y muchas veces sentirás, con lágrimas en los ojos, que, pese a todo, los años que lo llevaste son quizá los momentos de tu vida que te han hecho ser como eres actualmente.

CAPITULO IV
INSPECTORES

Antes de que Higinio se incorporase al colegio «su viuda» recibió en su casa una carta con muchos panfletillos y uno de ellos rezaba así, transcribo:

«Normas a las que han de ajustarse los alumnos que en régimen de internado (preparación militar) y de residencia internado (carreras civiles) quieran disfrutar de los beneficios en el colegio de Carabanchel Alto...».

En su apartado II, punto F, dice:

«Comportamiento con los inspectores (todos los alumnos): Todo alumno ha de ver en el inspector no solo a la persona que vigila su comportamiento, sino que, por su experiencia y edad, trata de guiarle y ayudarle en todo instante, de aquí que ha de merecerles el inspector el mayor respeto y consideración y que de no cumplirlo, se verá sometido a la sanción correspondiente».

A la vista de esta lectura, Higinio supuso que al entrar al colegio vería por los pasillos a unos seres, mayores eso sí, pero con un aspecto angelical que en todo momento con una voz acariciadora, suave y tremendamente paternal le dirían «qué te pasa hijo...».

Tal parecía así que, para proteger a aquellos seres idílicos, que merecían, según reza el apartado II, punto F, el mayor respeto y consideración, se castigaba al infractor con ser sometido a la sanción correspondiente.

Si antes de pinfanear alguien me hubiese dado la lista de sanciones, puede que fuese algo así:

- No podrá ausentarse del colegio durante la semana, excepto la tarde del domingo.
- Será suspendido de duchas de agua caliente hasta el sábado.
- Como correctivo se levantará a las 7 de la mañana y estará sin probar bocado al menos hora y media durante un tiempo.
- Se le restringirán las cuartillas a tres diarias (si estuviese en la sección primera o segunda se aumentan a cuatro) y en ellas se le obligará a hacer todos los deberes.
- Solo podrá cambiarse una vez a la semana. Si la sanción es en invierno se le obligará a llevar sandalias.
- Será racionado en la comida, condenado a no saciarse nunca y tener cierto gusanillo siempre en el estómago.

La lista podría ser larguísima, pero si sólo hubiese estos puntos, la impresión de las sanciones hubiese sido más que terrible.

Total, que Higinio que siempre esperó que el primer inspector le acariciase el oído con el nombrado «qué pasa hijo», muy por el contrario, sonó la trompeta del juicio final con aquél.

–¡Ha visto al senor director!

El Calvo, San Antonio, Domanguez, el motorista y algún que otro mote alusivo al oficio de su madre (por otra parte,

sin confirmar) se aplicaba a un personaje tremendamente curioso.

De él se contaba que había sido guardia civil motorizado (en moto) de la escolta de Franco, y que le fue entregada como premio la jefatura de inspectores de este colegio. Que había sido legionario, era otra versión, y que incluso el padre Cuevas sabía su historia pero que jamás soltó prenda. Que...

Lo que si era cierto es que era gallego y que ejercía. Era famosa su frase:

–Senores, voy a tener que hablar con el senor director y os va a poner una sación.

Anda que no pasé tiempo aguzando el ingenio y el oído hasta que descubrí que lo que quería decir era sanción.

Era tremenda la facilidad que tenía para cambiar apellidos y nombre. Furelos Mogo durante su permanencia en este centro no consiguió un Furelos como Dios manda pese a ser gallego dicho apellido, hubo de conformarse con un «¡Senor Forelos!».

El bueno de Higinio Zarzoya Tardón ¡piedra! se tiró 6 meses detrás del Calvo diciéndole que no soy senor Zarzioya, soy Zarzoya, y Domanguez, en un gesto de ingenio y de reflejos, empezó a llamarle senor Hilginio para desespero de la pobre víctima.

En el colmo del paroxismo y para orillar a tamaño personaje, diremos de él que cuando se presentaba decía soy el senor Domanguez, con lo cual queda reforzada la idea de que o es que oía mal o tenía un defecto en la boca, aunque para mí el defectillo lo escondía un poco más arriba, detrás de la frente.

Durante una Semana Santa, para ayudar a otros inspectores, apareció por el colegio un ser tremendamente español. Pequeño, moreno y con mala leche. Como su aparición fue en fechas tan señaladas y venía a ayudar, el mote casi fue una consecuencia el Cirineo.

Hoy en día, si quiero llamar la atención a alguien para que se ponga alerta me sale la frase «¡keo, keo, que viene el Cirineo!», con el correspondiente mosqueo de la persona aludida que, mirándome con ojos inquisitivos, cejas interrogantes y boca torcida, dice ineludiblemente: ¿Qué...?

Estando en la cuarta sección en pleno mes de febrero con un ambientillo de humo, sudor, calorcillo humano y olor a hogar, asomó las narices el Cirineo y en una demostración de pulcritud nos abrió las ventanas. Alguien murmuró «¡Vaya! Ahora se nos va el tigre...». El Cirineo en un alarde de conocimiento del argot replicó: «Ya sé que me llamáis el Tigre y no pienso irme de este colegio». Y con paso firme, hinchado el pecho, salió de la sección.

La verdad es que no sé la primera vez que lo vi ni dónde, pero figura, no muy alta, poco cuello con la cabeza metida entre los hombros, incipiente tripilla, con las manos cogidas debajo de la misma siempre con chaqueta y corbata, con más miedo al director que nosotros mismos. con más miedo a nosotros que el Sr. director, con sus acciones de buena persona, y por supuesto su voz. Una voz chillona, aguda y bastante desagradable que hacían que su mote le fuera como anillo al dedo: el Mariachi. Su voz era lo mismito que el grito que dan los mejicanos cuando cantan rancheras.

En cierta ocasión al ir por el pasillo tropecé con él y por hacer una payasada hice como que rebotaba e incluso me tiré al suelo dando una voltereta y quedándome quieto como desmayado. Como siempre iba con Balmori con el cual, no es que haya convivido día a día, es que creo que pensamos con el mismo cerebro (lo cual no es hacernos ningún favor al decirlo), como decía, Balmori

montó el número de que me había desmayado, de que me había matado, etc., etc.

Por un momento pensé que la ambulancia había entrado por el pasillo y venía a buscarme con la sirena puesta, pero no, era la voz del Mariachi que pedía ayuda a gritos pensando que me había hecho daño de verdad.

Punto y aparte merece el Sr. Herrero.

Culto, impecable, afable, diciéndote siempre las cosas razonablemente y sin chillar, siempre de parte del huérfano frente a los demás inspectores y llamándote la atención a espaldas de aquellos si no tenías razón. Quizá la imagen que más se me ha quedado en la retina es la de él mirándome a través de los cristales de la puerta de la sección y haciéndome gestos avisando que el coronel estaba en el pasillo.

Parece ser que tuvo un cargo de responsabilidad en un buque mercante y de esta vivencia le venían los conocimientos de geografía que a nosotros nos dejaba con la boca abierta.

En resumen, que si alguien daba la talla y se ceñía a lo que decía el reglamento del colegio de lo que tenía que ser un inspector, ese era el Sr. Herrero.

En fin, sirvan estas líneas como recuerdo a aquellos personajes que nos llamaban al toque de diana, no nos dejaban fumar en los váteres, nos daban las hojas y las cuartillas para hacer los ejercicios, vigilaban nuestras comidas y nuestros estudios, abrían puertas y cerraban la cocina y velaban por que se cumplieran los horarios.

La verdad es que si no fuera por ellos de qué íbamos a hablar ahora... de todas formas «gracias por todo».

CAPITULO V
LA DUCHA

El telediario daba noticias de las importantes movilizaciones de trabajadores en los astilleros de fuera de nuestro país. La sociedad se inquietaba de la tirantez entre Occidente y el telón de acero, el Banco Internacional miraba con preocupación el estado económico del mundo... y en el colegio de huérfanos a Higinio, lo que era su máxima preocupación, su mundo, su tragedia, era simplemente que su trocito de jabón Lagarto se acababa. Hoy, a la hora de la ducha, en aquel sábado de fin de mes, se imponía el ahorro.

Era lo que le faltaba. Llevaba casi 15 días de un humor de perros y en el centro de su frente, entre las dos cejas, una V permanente le daba una expresión de mal café impresionante.

Se pegaba unas pensadas terribles, se separó de los amigos en los recreos y en los estudios por más de tres veces el Lobo dijo que lo iba a mandar al Cotolengo y el Katanga dijo: «Evidentemente usted no me estudia y esto es un pitote que evidentemente tiene que solucionar». La frase, como es natural, la remarcó con unos golpes de la uña del dedo gordo de la mano derecha contra la pizarra. Tenía la uña ligeramente deformada y nunca supe si se la había deformado por los golpes que de continuo daba con ella o por el contrario esperaba que con ellos se le corrigiera. Verdaderamente la cosa era evidente, pero lo cierto es que Higinio rumiaba algo.

Había momentos que estaba mucho peor, que era a la vuelta del váter y a la hora de levantarse. Para colmo allí estaba con su toalla al cinto, preparado para bajar a las duchas y con su trocito de Lagarto. Debía de haberse pasado en higiene aquel mes, pues de manera normal la mitad de tajo de Lagarto que le daban a principios de mes valía para 30 días.

Hace menos de tres meses, Higinio, ya casado y con tres hijos, dio una vuelta turística

por Europa y al llegar a Múnich y ver las dos cúpulas de estilo bizantino de su catedral se quedó de piedra mirándolas boquiabierto. Lo que le llamó la atención no fue el estilo de la construcción ni sus perfiles, ni sus formas. Fue su color. Eran de ese color entre verde y carne de membrillo que le hizo preguntar al guía: ¿Estarán hechas de jabón Lagarto...?

El pobre estudiante de la escuela de turismo en prácticas, que sólo conocía el Heno de Pravia como jabón histórico, le miró con ojos inexpresivos al tiempo que observaba como la mujer de su interlocutor le hundía el codo en su costado y los hijos de ambos le miraban con ira, asombro y bochorno.

Higinio inició un «Es que me acuerdo de...», pero hizo un mutis. Que le importaba a los demás. Que si verdaderamente fuesen de jabón Lagarto la cantidad de pínfanos que se podrían duchar. Verdaderamente qué sabrían ellos de lo que estaba pensando. Se alejaron del lugar, pero Higinio de vez en cuando se volvía, miraba, sonreía, y decía para sí... «son de jabón de Lagarto».

Volvamos años atrás con Higinio, su trocito de Lagarto y su cabreo.

Del dormitorio a las duchas había un trozo y hacia frio. La piel del pínfano estaba ya tan en íntima comunión con su trapillo que le había traspasado parte de sus propiedades, por lo que el frío era una mera anécdota. Higinio esperó su turno y ¡hala! al desmugre.

Primero un primer contacto con aquella cascada de agua caliente que hacía rememorar la sensación de una de las muchas comodidades de la casa familiar, de la cual adolecía el colegio.

Higinio se dejó llevar, el agua le caía por la cabeza y le resbalaba por todo su cuerpo. Aquello era relajante, era maravilloso, era lascivo, era... ¡Dios mío! Cuando Higinio se dio cuenta quiso chillar, quiso salir de la ducha en pelotas y gritarle a todo el mundo que los viera:

–¡Ves, no soy impotente!

Llevaba dos semanas que no había notado nada, ni el más leve cosquilleo había surgido de su entrepierna. Se levantaba con la terrible sensación de ser un anciano. ¿Dónde estaban aquellas erecciones maravillosas de sus pocos años?

Lo había intentado todo delante del aquel Playboy manoseado y ajado que corría por el oscuro mundo del mercado negro choetano.

Se acabaron los malos modos, las cejas arqueadas y su mal humor. Aquella erección maravillosa lo devolvía al mundo de los vivos y ¡qué vivos!

Volvió al dormitorio con un bulto más que sospechoso debajo de la toalla que hizo volver la cabeza a la Irene, que estaba limpiando las escaleras.

Con qué alegría hizo su quiniela.

Calzoncillos: 2
Camisetas: 1
Calcetines: 2
Pañuelos: 2

El examen de la tarde podía esperar a un Higinio, despierto, inteligente y ágil mentalmente. Y mañana domingo, cuando tocaran marcha, ¡que temblara Madrid! No habría metro ni autobús, ni fila de cine que la moza de turno no sufriera a Higinio, el más rápido en poner rabos a falta de otro consuelo sexual.

Cuando hoy en día Higinio le pregunta a su mujer qué hay para comer y le anuncia rabo de buey no puede aguantar una carcajada, y cuando le interrogan siempre contesta... cosas mías...

CAPITULO VI
PAPEL PARA EL PECHO

Higinio ya por la mañana sintió frío en el vientre y aquello no representaba nada nuevo.

Hoy le tocaba salir en Física y en Geometría y como también

los problemas a entregar eran de aúpa, había puesto la toalla atada al pie de cama que era la contraseña para aquel ser tremendamente extraño, que era el sereno. Armado de su tranca recorría entre las 5 y las 6 de la mañana los dormitorios y cuando veía la señal te agitaba o te pinchaba con el garrote y cuando abrías los ojos te dirigía un sonido gutural, inexpresivo que todos suponíamos que sería un «buenos días» o vaya usted a saber. Lo cierto es que él diría lo mismo del primer sonido que saliera de nuestra garganta dormida.

Higinio la verdad es que se encontraba mal, fue al baño por primera vez y sintió como iba ligerillo. Cuando estaba metiéndose en la cabeza el polipasto, volvió a visitar al señor Roca y allá por las 7 de la mañana, al toque de diana, fue a por la tercera.

Una de las tragedias más terribles rondaba ya en los alrededores de Higinio.

De las faltas innumerables de las que el colegio era modelo, la peor era la falta de papel higiénico en los váteres, con lo que el pínfano tenía que hacer acopio de dicho material. Como depósito portátil y muy a mano se utilizaba la parte interior descosida de la pieza que formaba la parte superior que cubría los hombros de la chaquetilla del trapillo, por la parte de atrás terminaba en una costura y la parte delantera era a su vez la solapa de los bolsillos. De tal manera que si descosía por la parte interior la solapa del bolsillo podías introducir lo que fuere entre las dos telas, de tal forma que todo aquel que fuese desprendido de hombros podía llegar a lucir una espalda digna de un jugador de fútbol americano.

Durante los fines de semana, en la corta salida del domingo, no había váter de bar, papel de seda o de textura más o menos suave, que no pasase a engrosar el almacén del pínfano y, como la denominación de papel higiénico resultaba más bien cursi, pasó a llamarse «papel para el pecho».

Bien, pues ahí hemos dejado al pobre Higinio en la terrible tragedia que se le avecinaba. A él no le preocupaba la colitis, extrañarle ya le extrañaba pues ir al váter es para echar algo y la máquina más perfecta de funcionamiento con el mínimo de consumo es un pínfano, eso sí, lo poco que le eches lo aprovecha en un 100%, por eso estaba muy mosqueado con lo que quisiera su cuerpo evacuar, pero...

Lo terrible, lo horrendo, lo fatal es que con esta historia había disminuido enormemente su reserva de «papel para el pecho». Hoy venía el médico y desde luego esperaba que el remedio fuese rápido y eficaz. Había que ver al pobre Higinio cuando salía del botiquín con el remedio universal: dos bucofaríngeos.

Era maravilloso, llegabas con un dolor de cabeza, se echaba las gomas a las orejas, te auscultaba y ¡hala! dos bucofaríngeos.

Te habías dado un bofetón de aúpa en el frontón y llegabas con una muñeca inflamada, sin problemas, auscultación y dos bucofaríngeos.

¿Qué esperaba Higinio que le iba a recetar, arroz cocido y carne de membrillo? Nada, nada, todos lo mismo para que no hubiese favoritismos.

La verdad es que siempre creí que el médico nos confundía con los Niños Cantores de Viena, solo le preocupaban nuestros pulmones y nuestra garganta.

Cuando al pobre Higinio en su enésimo viaje al país de la taza y la cadena, sólo le quedaba como medio confeti para limpiarse, la sagrada providencia hizo que el Mariachi, bendito donde los haya, estuviese leyendo el ABC. Higinio, pálido, con paso lento y vacilante (la

verdad es que no se va muy rápido cuando tienes que andar apretando el culo) y poniendo en su voz toda la dulzura de que era capaz, le dijo al inspector:

–Si ha leído ya ese periódico, ¿podría dármelo?

El interrogado, con cara sorprendida de que un pínfano se interesase por el mundo exterior a las tapias del colegio, preguntó a su vez:

–Y usted señor Zarzoya, ¿para qué quiere el ABC?

Higinio, como la cosa más normal, respondió:

–Lo necesito para el pecho.

Hacía no más de dos días que por la televisión habían echado un reportaje de una anterior vuelta del Tour en la que los ciclistas, al terminar de coronar un puerto, para parar el aire se metían papeles dentro de su camiseta.

Al oír aquellas palabras el Mariachi y recordar el reportaje, a la vista de lo que veía enfrente de él, casi con lágrimas en los ojos le pasó el periódico.

Higinio no tardó ni un segundo en desaparecer en el váter y durante aquella semana su culo fue el más informado de todo el colegio al pasar por él todas las noticias de interés nacional e internacional.

Lo curioso fue que a partir del día de la fecha el Mariachi, cada vez que veía a Higinio, le preguntaba si tenía frío y le hacía abrocharse hasta el último botón de la camisa diciéndole con una voz aflautada:

–Venga, venga señor Higinio que luego se le mete el frío en el cuerpo y se le pone muy mala cara.

Hace poco me enteré de que el Mariachi todavía vive con sus ochenta y largos años y que goza de una memoria envidiable. Me gustaría preguntarle si ya sabe lo que es «el papel para el pecho».

Para Navidades, ahora con mis hijos, nos regalamos lo típico en esas fechas envuelto en unos papeles de seda suaves, blancos inmaculados y que huelen maravillosamente. En mi casa aseguro que no falta el papel higiénico, pero cuánto hay de fetichismo, de morbo o simplemente de nostalgia, cuando tomo las envolturas de los regalos y...

CAPITULO VII
HOY TENEMOS ARROZ CON LECHE

La Irene depositó la bandeja del pollo con tomate en medio de la mesa de los cuatro comensales. Como siempre, Higinio echó un vistazo e hizo la misma reflexión. Debía ser avestruz pues los trozos que se veían eran cuello y culo, aunque, la verdad, flotaban varias piezas que podían ser apreciadas. Lo cierto es que el pollo podía ser apetecible, pero el tomate lo mataba. Tenía un punto ácido que a veces recordaba el olor a la tinta de escribir.

El ritual se repetía: cuatro manos sacando dedos y por riguroso orden, empezando por la derecha, se iban escogiendo sin ningún pudor ni recato los mejores trozos para uno mismo. Era tal el vicio y la manía de «echar dedos» que se usaba hasta para elegir los montones de galletas que, en número de cinco, algunas veces nos daban de postre para cenar.

Higinio recordaba que le habían contado que ahí, en la mesa que hay al lado del ventanuco por donde sale la comida, se sentaba su padre pínfano y que con los otros tres componentes de la mesa habían batido el récord de comer pelotas.

Contaban que el récord individual estaba en 30 y el de la mesa en 100. Pues bien, aquellos tragaldabas decidieron, en complicidad con el resto del colegio, superar la prueba. De primer plato hubo sopa de fideos, el resto del colegio les decía que no comiesen para hacer más hueco, pero siguien-

do la máxima pínfana «antes reventar que tirar» se comieron su ración.

Salieron las pelotas, 5 por cabeza; las suyas desaparecieron por encanto y empezaron a acudir a su mesa las bandejas con las renuncias de los demás compañeros para hacer caer el récord.

¡Y cayó! Toma si cayó.

El récord individual quedó en 33 y el de la mesa pasó de 100 a 124. Los resultados públicos fueron:

Balmori 33
Faro 33
Pindao (Pichurri) 30
Guillén 28

Como muestra de chulería salieron del comedor comiéndose el bocadillo de la merienda. A partir de aquel día se les llamó «los insaciables».

Todo esto recordaba Higinio mientras devoraba sus piezas de pollo cuando ¡sorpresa! de postre tenían arroz con leche. Este plato ya era costumbre comerlo hacia abajo. Era tal la consistencia que vuelto el plato se le clavaba la cucharilla de abajo a arriba y se sacaba hacia afuera. No sé el poder alimenticio de aquel cemento, pero nos llenaba el estómago y le daba una sensación de saciedad que duraba días.

Estaba en aquella faena cuando la primera pelotita de arroz con leche se pegó en el techo. A esa siguió otra y a esa otra. En el colmo, apareció una bolita pegada de la que colgaba un muñequito de papel.



Los Insaciables, de izda. a dcha.: Balmori, Guillén, Ramón Faro y Pindao

Todos los días un inspector comía con nosotros para vigilarnos y ese día estaba el Calvo. Cuando vio semejante tropelía pidió culpables y, como siempre, nadie se presentó voluntario. Entre los elegidos Higinio, al paredón, o sea al despacho del «senor director». Gritos, palabrotas, promesas de expulsión etc., etc.… todo normal.

Todavía hoy se pregunta Higinio por qué no pasó nada, qué estrella divina les sacó del apuro. Algunos opinan que «Papá Villalba» tuvo algo que ver, o sea que la estrella divina tenía cuatro puntas.

A partir de aquel día hubo para comer lo de siempre: más avestruz, tiburones (sardinas así de pequeñas), filetes tímidos (los muy puñeteros se escondían debajo de una patata frita), tomatitos y lechuga en cantidades masivas, pelotas... hubo de todo, pero el arroz con leche desapareció del menú.

Hoy Higinio recuerda aquellos días y muy especialmente cuando ve coliflor con patatas que recuerda a su amigo el Hipo (llamado así porque cuando le daba era capaz de estar tres horas dando unos hipos terribles que recordaban al grito del mambo de la Orquesta de Pérez Prado), el cual se metía un gran plato entre pecho y espalda, de

los cuales estaba bien dotado, la ración de al menos seis y por la noche se ponía malísimo y daba unos ¡ayes! lastimeros tocándose una tripa enorme, hinchada y tirándose unos pedos que no dejaba dormir a nadie.

El otro día, con sus cuarenta y siete años, Higinio comió en casa de su hermano y a la hora de los postres su cuñada anunció:

–¡Hoy tenemos arroz con leche!

Higinio se quedó mirando al plato fijamente, y al rato ya no lo veía, estaba lejos, muy lejos, estaba a muchos años y veía rostros y oía voces y sus ojos se llenaron de lágrimas.

P. D. Esta historia que cuento en boca de Higinio podía haber sido escrita con nombres y apellidos reales, pero si una historia ha tenido más protagonistas que esta, creo que, descontando el episodio histórico de los 100.000 hijos de San Luis, ninguna.

Debido a mi mala memoria he interrogado a más de 30 pínfanos y todos sin excepción tiraron pelotillas al techo y estuvieron en el despacho del «senor director».

Ante la posibilidad de dejar a sus verdaderos héroes sin nombrar y poner alguno de clavo, cometo la argucia de ponerla en boca de este Higinio que es un poco yo y un poco todos.

CAPITULO VIII
LOS VIRUS

Hay motes que caen por su propio peso y a lo largo de mi vida he oído algunos francamente buenos. Recuerdo de mis tiempos académicos de cadete aquel teniente coronel bajito y con cara muy arrugada, muy arrugada que le llamábamos el Berberecho; o aquel otro comandante muy alto, pero de espaldas estrechísimas y de culo enormemente gordo, conocido como el Calisay.

Luego, a la hora de poner los motes, está la oportunidad.

Después de una semana a aquel capitán no había manera de ponerle mote.

Llegó el sábado con su revista de taquillas y de policía; terminada y formada la compañía en el pasillo dijo:

–No me gusta nada la tónica de la Compañía.

De 100 gargantas al unísono sonó como una sola voz.

–¡EL SWEPPES!

Bien, pues anterior a estos casos, en el CHOE el personal estaba inquieto. Se rumoreaba que en el colegio se iban a instalar los que estudiaban carreras civiles.

Los «uni» como se les empezó a llamar, eran aquellos pínfanos privilegiados que estudiaban en la universidad y tenían la gran suerte de.... no de comer en los establecimientos donde estudiaban, no a eso no. Todo el mundo sabe que el individuo que se alimenta de patatas toda su vida no echa en falta la langosta, puesto que no la conoce.

También tenían el privilegio de salir todos los días. No, a eso tampoco. ¿Qué iba a hacer un pínfano con su libertad?, seguro que se pondría a recoger pavas por las calles como un loco o recogería de las papeleras toneladas y toneladas de papel para el pecho.

Y qué decir si todos los días tuviese que vestirse de paisano abandonando su cascarón, su intimidad, su tigre, su identidad. En una palabra, ¡su trapillo!

No, verdaderamente esos puntos no eran ventajas, lo auténtico, lo real, lo envidiado, el sueño, el privilegio de los privilegios, el súmmum... ¡era ver tías todos los días! Y como toda consideración al respecto me parece obvia o evidente, dejémoslo para otro momento.

Hemos dejado al resto del pinfanato pensando en lo que se les venía de nuevo al colegio cuando sonó la voz del Calvo

que avisaba: «Todos a la sala de juegos, les va a hablar el senor director». Era tan bruto que estoy seguro de que hablar lo decía sin hache.

En tres filas nos.… más o menos formaron y el Zupo nos largó la perorata que, como siempre en el mejor estilo castrense, fue precisa, concreta y escueta. Cuánto hubiese dado porque posteriormente algunos Generales, sin ir más lejos Iniesta, hubiesen hecho buenos en sus discursos estos tres conceptos y sobre todo el último.

–A partir de la semana que viene se van a instalar en este colegio los alumnos de carreras civiles, espero que el virus que lleva consigo la vida universitaria no os haga mella.

La suerte estaba echada, es algo así como decir: el mote estaba puesto... ¡LOS VIRUS!

El primer día que vi a uno me esperaba que fuese un ser cabezón, con gafas, hombros estrechos, muy cursi y que me iba a tratar con desprecio y ¡anda la osa! era una fotocopia mía, más limpio eso sí, pero la verdad es que me sorprendió. Tan en la cabeza se me había metido aquello de los virus que yo mismo casi me defraudé.

Hace poco uno de mis hijos se puso enfermo y el médico sentenció que había sido un virus. No pude menos de sonreír y le comenté: «Si en vez de un virus le ataca uno de preparación militar podía haber sido mucho más grave».



Una mesa «infectada» por los virus (1969)
RAE: Dicho de algunos microorganismos patógenos, como los virus: Invadir un ser vivo y multiplicarse en él.

El médico me miró con cara de aspirino (en este caso me refiero al marido de la aspirina) y encogió los hombros.

Lo que no podemos olvidar nunca es que el virus, pese a todo, es un pínfano y como tal merece respeto y a él dirijo estas líneas.

Tú que naciste de una viuda, por lo que eres un pobre pinfanillo, no albergue tu alma ni una duda de que somos hermanos de trapillo.

Lo normal es estudiar para cadete y dejarse llevar por nuestros idus ¡pero no! tu libro de petete decía que tenías que ser virus.

Recuerdo que la amistad es una joya que el tiempo estropear no supo y nos unen, la quiniela y «la poya», el trapillo, el Calvo y hasta el Zupo.

Por supuesto que se han dado casos de deserción que después de pasar por preparación militar terminaron de virus, aunque esto no es una deserción pura, podríamos llamarla un cambio de chaqueta necesario.

CAPITULO IX
EL HÉROE

Los atacantes eran mayores en número y la cosa estaba muy

fea. Aquella posición defendida por aquel puñado de Regulares parecía destinada a ser aniquilada o rendida.

El jefe de aquel reducto estaba herido de un balazo en la rodilla izquierda, llevaban todo un día combatiendo, pero por la cabeza de aquel capitán ni siquiera había pasado la idea de rendirse. Sus órdenes eran de aguantar a toda costa y aguantarían.

Al tercer día la rodilla tenía un aspecto muy feo; alguno de los Regulares había dicho que, amparándose en la noche, podían sacar a su capitán y llevarlo a retaguardia. Al insinuárselo, aquel hombre pequeño se volvió un gigante y sacando su pistola avisó, que, si se intentaba, se llevaba puesto al primero que lo tocara.

El capitán aguantaba con un tosco vendaje y arrastrando su pierna recorría la posición, daba órdenes de tiro, repasaba la reserva de munición y granadas y daba ánimos a los heridos. Él dando ánimos, él que cuando nadie lo veía se cogía la rodilla y casi gritaba de dolor.

Cuánto daría por echarse a la boca un pitillo de picadura, de esos que, con el cuarterón de la ración de combate, ese de un paquete verde, se hacen unos liados cargados y duros que como por arte de magia desaparecen en pocas chupadas en su boca.

Aguanta y calla y sólo se olvida de su dolor cuando el enemigo ataca y la adrenalina le sale a borbotones. Le han ordenado que aguante y aguantará.

Sus Regulares lo respetan y admiran en una mezcla de amistad y orgullo de estar a las órdenes de un hombre que tanto es capaz de aplicar la disciplina militar, y lo estaba demostrando, como de preocuparse por los problemas tanto castrenses como particulares de cada uno de sus soldados.

Había pasado una semana y cuando ya sólo quedaba prácticamente la munición de las recámaras, el comer era un recuerdo en el tiempo, las gangrenas el factor común de las heridas y lo único que alentaba a aquellos hombres era la postura inquebrantable de su capitán, llegó su liberación. Su hazaña fue de boca en boca, el mando estudió el caso de aquel hombre, que cuando todo se puso en contra él supo cumplir como el mejor. Y no solo él, sino hacer que aquel puñado de soldados fuesen rocas clavadas en el suelo.

Como todas las mañanas, sentado en la mesa donde los inspectores comían, con su inseparable pitillo pegado a la boca y con una leve sonrisa, el páter del Colegio de Huérfanos de Carabanchel Alto veía como se jugaban a los dedos su ración de galletas, pues él sólo se tomaba su café con leche. Era la única comida que hacía en el comedor, el resto del día la capilla y su cuarto eran su puesto.

El cuarto del páter era el muro de las lamentaciones, el reducto de las confesiones, el lugar donde consolarse y encontrar una voz amiga que te reconfortase.

–¿Qué pasa, maño? –era muchas veces el preámbulo de una conversación larga, tranquila, mitad confesión mitad cuchicheo, mitad sermón mitad penitencia, que te hacía salir de aquel cuarto con bríos y ganas de seguir adelante.

Hoy guardo en mi casa un retrato de mi padre pintado por él. Soy quizás el único que tenga un cuadro suyo y lo guardo como el tesoro que te ha donado alguien especial.

Escondido, muy escondido en un armario de madera oscura, había entre la sotana y un clériman, un uniforme casi desteñido de teniente coronel de Regulares que en su pecho ostentaba la medalla militar individual. Estuvo a punto de ser la laureada.

Para mí, que de todo esto me enteré, no por sus labios,

sino por casualidad y cuando ya estaba fuera del colegio, la laureada se me queda pequeña para premiar a aquel ser maravilloso, humilde, volcado a su tardía vocación, de una paciencia rayana en santidad que, por lo menos a mí, me hace sentirme bien el haberlo conocido y tener el orgullo de, en alguna ocasión, haber sido motivo de su atención.

Páter Luis Cuevas, allí donde estés no te olvido, estás en mi corazón.

CAPITULO X
EL 716

¡Madre mía! La cantidad de veces que el pobre 716 habrá escuchado en más de mil versiones...

–Este año tiene que ser el último. Me tienes que echar una mano, yo te juro que si ingreso...

Lo que son las casualidades, tengo un pariente que era el 692 y que ahora trabaja en Iberia (o sea que no ingresó) y me contó la historia.

Debió ser por los aledaños del 60, año arriba o abajo. Visto desde la perspectiva de nuestros años actuales podíamos decir la clásica frase de «cuando se hacían guardias con arcos y flechas» (lo de las flechas que cada uno lo tome como quiera).



En el CHOE el coronel vestía de uniforme de los de las botas de montar, cuello cerrado y un buen puñado de medallas en el pecho.

Los inspectores eran ayudados por otros pínfanos que llevaban un galón en el pecho que se me antojaban a los capos de los campos de concentración judíos.

Las órdenes dentro del colegio se regían por toques de trompeta, se hacía instrucción con mosquetones de madera y al que se portaba mal nada de dejarlo sin postre, al calabozo de cabeza.

En este ambiente idílico surgió la tragedia. Un pínfano cuyo nombre no he sido capaz de memorizar dio el keo. Si su madre no se sana de una dolencia interna habrá un pínfano por partida doble.

El problema no está en la operación, sino en un medicamento o un tratamiento que vale 3.000 pesetas que hay que pedirlo al extranjero y que la asistencia farmacéutica militar no acoge, con lo cual todo el gasto ha de asumirlo la viuda.

La trompeta del Juicio Final ha sonado. Los pínfanos están en pie de guerra.

Todos los asuntos se posponen, acaba de quedar relegado a segundo término todo lo que no sea cómo encontrar dinero.

Se llamó al CHA (Colegio de Huérfanos de la Armada), al CHAPA (Colegio de Huérfanos de la Policía Armada) y a todos los C.H. del listín de Madrid.

Se organizan rifas, cuestaciones, venta de chatarra y cristales, consecuencia de esto desaparecieron 20 literas viejas del almacén con el consiguiente escándalo.

A la vuelta de un mes, delegados de los distintos colegios se reunieron.

Cuando hablo de delegados es curioso, pero siempre nos representamos en la mente al delegado como un tío serio, responsable, en fin y resumiendo un «repipi». Pero claro, eso ocurre en la sociedad normal llena de normas estrictas y escritas. Entre pínfanos, es curioso, el delegado es un tío aclamado por la mayoría (la democracia es pínfana) que normalmente es un punto que está metido en todos los follones, jaleos, bullas, motines y mítines de los más variopintos objetivos.

Suele ser un buen deportista, un especialista en planchar problemas y chuletear exámenes que, al final de su vida pínfana, tiene solo dos salidas, o la AGM o algún puesto importante dentro de la vida pública o comercial, Iberia, Galerías Preciados, Pryca, IBM, jefe de galería en Alcalá Meco, etc.

Como decíamos, los delegados se reunieron con la recaudación total de 2.800 pesetas. Increíble, una vez más los pínfanos habían logrado otro milagro.

Por otro lado «la viuda» no se había estado quieta. No sabemos nosotros nada de lo que ha sido capaz cada una de nuestras madres para sacar a su prole adelante. Total, que llamada aquí y allá, suplicando, llorando y rogando, la viuda comunica a su retoño (angelito de 18 añitos, dulce animalillo del colegio de Santa Bárbara, o sea «un bárbaro») que después de un mes de peregrinar por oficinas, asociaciones, y congregaciones de carácter benéfico, ha conseguido reunir las dichosas 3.000 pesetas.

Alegría, sorpresa, preocupación, deliberaciones y demás soluciones diversas.

Los delegados están perplejos. Imposible devolver el dinero. La contabilidad nunca ha sido el plato fuerte del pínfano.

Después de algunas soluciones la mar de curiosas, quedaron dos encima de la mesa. O hacer una fiesta que ni los más viejos del lugar recordarán o hacer donación a alguien o a algo de aquella fortuna.

¡Increíble! Los pínfanos decidieron adquirir un Santo Cristo para la capilla del colegio, que recordase la epopeya de la postulación de los distintos C.H. en un objetivo noble.

Cuando el Cristo tomó posesión de la capilla, alguien apuntó:

–¿Este es pínfano o aspirino?

Ser pínfano es tener el padre en «la Gloria», la solución era obvia. Era un pínfano.

Ahora bien, todo pínfano tiene su número.

Se habló con el director y afortunadamente no era el Zupo

pues, de serlo, me imagino a dónde hubiesen ido a parar la comisión del Cristo y hasta el mismo Cristo. Total, que se miró la lista y había quedado en el 715.

Cristo, pínfano número 716.

No tiene ni sección ni dormitorio.

Por prerrogativa divina vivirá en la capilla.

A partir del día de la fecha está condenado a soportar todas las lloradas de sus compañeros de pinfanitis y a elevar a la superioridad todas las peticiones que se le hagan.

Como recompensa recibirá las cadeteras de los compañeros que ingresen.

Tres notas para el final:

–En la época que ocurrió esta historia una barra de pan costaba 5 pts., un litro de leche 10 pts. y un kilo de carne 20 pts. Una viuda de comandante con tres hijos cobraba 1.123 pts. al mes.

Pese a su enchufe, el 716 no ingresó.

El pínfano 616, pasó a llamarse San José.

En fin, así me lo contaron y así lo cuento y si no fue así, mereció serlo.

CAPITULO XI
LA INMACULADA

Tengo en mis manos un programa amarillento en forma de tríptico, adornado en su interior con una estampa de la Purísima Concepción de Murillo y relata lo que era el día más grande en la vida del Colegio.

Programa de fiestas que el Colegio de Huérfanos de Oficiales del Ejército de Carabanchel Alto dedica a su excelsa patrona María Inmaculada.

8 de diciembre de 1966.

De esta forma rezaba en su portada. En el interior paso a relatar, ya comentado, lo que era y para mí sigue siéndolo, pese a las influencias de El Corte Inglés, el Día de la Madre, que para un pínfano como es natural y lógico pasó a titularse el Día de la Viuda.

DIA 7

Final de las competiciones deportivas. Balonmano, baloncesto, frontón y atletismo.

Si una persona ajena al colegio echase un vistazo a este programa pensaría que un mes antes los distintos equipos habrían hecho los octavos de final y después unos cuartos etc., etc.

¡Qué risa! Como podría hacerse eso si sólo teníamos un equipo. Se formaba, se entrenaba y después retábamos a los de Carabanchel Bajo, víctimas propiciatorias y cómplices indirectos de nuestros triunfos.

¿Cómo podrían ganarnos si al marcar el campo de balonmano, con un palo sobre la tierra, claro, lo de la cal y el césped era para gente civilizada, cómo –repito– podrían sólo intentar un «tet a tet» si su área siempre era menor que la nuestra? Lo curioso es que si protestaban se medían unas siete veces y siempre daba que eran iguales.

¿Cómo podían ellos saber las imperfecciones de los tableros de baloncesto que si tirabas normalmente no entraba el balón ni con vaselina?

Había que saber que el tablero pintado de rojo tenía el aro más duro que el pintado de azul y que este último si tirabas a la derecha del aro había un nudo en la madera del tablero que hacía que el balón bajase como una flecha.

Y qué hablar del frontón. ¿Cómo competir con un zurdo que a ojos vistas tenía la parte derecha del cuerpo como Rambo y era su parte floja al lado de su izquierda? ¿Cómo ganarle a un hombre que era el rey en que la pelota diese entre la pared y una canalera y cayese rebotando de una a otra posándose suavemente en el suelo del frontón? Hubiese sido imposible repetir la hazaña de hacer que la pelota rebotase 12 veces en 12 tantos, no en el suelo sino en la ventana de la izquierda o en las columnas de la pared derecha.

Para finalizar, hay que decir que cuando todo esto lo tenías controlado y corrías como un poseso a estos puntos, aquel malvado zurdo podía soltar un zambombazo que ponía la pelota a 30 metros del frontón, con lo cual la moral, y por supuesto la fortaleza, sufría un poquito.

En fin, ¿cómo un pobre pínfano del Bajo iba a ser rival del 1009, un tal Felipe García Gómez, el zurdo con más «Gómez» que he conocido?

Finales de atletismo.

¿Quién es capaz de conocer en un simple reconocimiento del terreno, dónde está el maldito hoyo que siempre que corres hace que te dé un tirón la pierna? ¿Cómo apreciar que en la mitad del pasillo de salto de longitud hay un montículo que te hace perder el paso? ¿Cómo saber que al soporte izquierdo de la barra de salto de altura le puedes pegar una patada, que el listón ni se inmuta? ¿Cómo saber que el peso que lanzan los del Bajo y los del Alto no son iguales por que hay uno que está hueco?

En fin, como se podrá deducir de estas pequeñas tropelías, los del Bajo subían a pasar la tarde, comerse un bocadillo y ver a sus hermanos mayores cómo se divertían con sus hermanos pequeños.

¡Ah! Una aclaración, aunque también era su Patrona las finales deportivas nunca se celebraron en sus instalaciones.

Está claro.

Sigo con el programa.

A las 18.00 horas: Final de la competición de los juegos de ping-pong y ajedrez.

Sería porque nunca me fijé, sería porque coincidían con el atletismo, la verdad es que no sé si se celebró nunca una competición de estos dos últimos juegos.

Estoy convencido de que cuando estas líneas caigan en manos de mis compañeros, seguro que me recordarán amigablemente (que Dios nos coja confesados) más de mil anécdotas que ahora mi mala memoria me niega. La visión de un pínfano pensante ante un tablero de ajedrez casa poco con la visión que tengo de nosotros mismos, pero...

¡Que suenen las fanfarrias, timbales y chirimías, todos en pie, el Himno Nacional!

HA LLEGADO EL DÍA 8

Para empezar hoy nos vestiremos de personas. Dejaremos en la taquilla nuestro trapillo y nuestras sandalias y hasta nos pondremos calzoncillos limpios.

Somos así. Pasamos de la armadura y de las abarcas al algodón, al tisú y al cuero repujado. Es una forma muy elegante de decir pantalón vaquero y mocasines.

DIA 8

A las 8.00 horas

Desayuno.

De 10:30 a 11:00

Misa de comunión.

De 11:00 a 13:00

Entrega de premios.

De 13:00 a 14:00

Sesión de cine.

De 13:00 a 14:00

Concierto del quinteto del colegio.

A las 14:00

Comida bajo la presidencia del señor coronel director, con asistencia del profesorado y empleados del colegio.


Patronato de Huérfanos de Oficiales del Ejército

COLEGIO-RESIDENCIA DE CARABANCHEL ALTO

PROGRAMA DE FIESTAS

DEDICADA A SU

EXCELSA PATRONA MARIA INMACULADA

8 de diciembre de 1972



DIA 7

A LAS 16 HORAS: Competiciones deportivas.

DIA 8

A LAS 11 HORAS: Santa Misa.

A LAS 12 HORAS: Entrega de premios y trofeos de las competiciones. A continuación concierto por el conjunto musical el C. H. O. E.

A LAS 13,30 HORAS: Comida extraordinaria para los Señores Alumnos, con asistencia del Coronel Director, Profesorado, Personal Administrativo e Inspectores.

DIA 9

A LAS 9 HORAS: Misa en sufragio de los padres de los huérfanos y de los Profesores y alumnos fallecidos.

DIA 7

COMPETICIONES DEPORTIVAS

A LAS 10 HORAS: Final del Torneo de Fútbol.

A LAS 11,30 HORAS: Final del Torneo de Baloncesto.

A LAS 13 HORAS: Finales de Frontón.

A LAS 16 HORAS: Final del Torneo de Ajedrez y Ping-Pong.

DIA 8

A LAS 11 HORAS: Santa Misa, con la intervención del Coro del Colegio.

A LAS 12 HORAS: Entrega de premios y trofeos de las competiciones. A continuación, intervención del Cuadro Artístico y del Conjunto musical el C. H. O. E.

A LAS 14 HORAS: Comida extraordinaria para los Señores Alumnos, con asistencia del Profesorado, Personal Administrativo e Inspectores, presididos por el Coronel Director.

MINUTA

DESAYUNO

Chocolate, leche, suizos y churros

COMIDA

Entremeses:

Jamón serrano
Jamón de York
Chorizo de lomo
Chorizo de Pamplona
Salchichón de Vich
Queso manchego
Aceitunas rellenas
Sardinas en aceite
Patatas a la inglesa

—:—

Consomé de ave
Merluza con gambas y mahonesa
Lomo de cerdo en su jugo con guarnición
Vinos de marca

—:—

POSTRE

Fruta variada
Tarta helada
Sidra achampanada
Café y licores

DIA 9

A LAS 9 HORAS: Misa en sufragio de los padres de los huérfanos y de los Profesores y alumnos fallecidos.

¡Dios mío! ¡Cómo empezaba el día! Anunciando el desayuno que, en un apartado, decía: minuta (siempre he pensado que esta palabra es muy pínfana pues debe llamarse así por el tiempo que a un choetano le dura la comida más copiosa del mundo en el plato): Chocolate, vaso de leche, churros, mermelada y suizo.

Tan separados estábamos del mundanal ruido que hubo alguno que preguntó qué era el suizo. Las respuestas fueron variopintas.

Desde que al ser mejor la leche la suiza, por no repetir en el programa otro vaso de leche, con poner suizo se sobrentendía. Hasta hubo uno que dijo que durante el desayuno vendría Guillermo Tell a contarnos alguna batallita.

La verdad es que allí ponía churros y al menos nos comeríamos 2.

A las 10.30 horas, misa de comunión. ¿Qué pasa, que el resto de las misas no son de comunión...?

Después llegaba la entrega de premios donde a los ganadores de cualquier prueba de los días anteriores se les entregaba un sobre con dinerete.

En la capilla se cerraban, mediante puertas o fuelles, el Altar Mayor y la capillita del 716, quedando un magnífico salón de actos que era el marco ideal para cualquier celebración. En ese marco excepcional se iban nombrando a los héroes que de uno en uno salían a recibir su óbolo.

Siempre dije que esa entrega de premios se podía celebrar antes de los juegos. ¿Quién iba a quitarle el premio de frontón a Felipe?, ¿y el correr en lo que fuera a Balmori?, ¿y si era a saltar a Juan Enrique García Sán-



1964. J. R. García García recibiendo del coronel Sousa el premio al ganador de los 100 metros (era un billete de 100 pelas), a peseta el metro

chez (número 1148). Así y todo, el protocolo era el protocolo.

Yo me llevé un sobre que decía (el cual todavía guardo): Al mejor deportista: 50 Pts.

Lo que se traduce en que participé en todo y no gané nada.

Después de esto venía el cine que si he de ser sincero y como estaba en lo del quinteto que venía a continuación, o sea más nervioso que un flan y dando los últimos guitarrazos, no recuerdo la película que nos sacudían, pero conociendo el percal apuesto por «La fiel Infantería», «Bienvenido Míster Marshall» o «Locura de amor», que todo podía ser.

A continuación, lo del quinteto.

La verdad es que se traducía en una serie de actuaciones de todo tipo que tenían como núcleo central o plato fuerte al quinteto músico-vocal de la Promoción XXVI.

Teníamos a un cantante con cierto aire de Elvis en sus movimientos, con la mandíbula ligeramente torcida y con su maravilloso carácter que llevaría un libro así de gordo hablar de él. Sólo diré que mi cariño por su persona me obliga a obviar todo lo que no sea anécdota, por no ser yo en absoluto objetivo.



Promoción XXVI, actuando en el Segundo Festival del Tajo celebrado en Aranjuez.
De izda. a dcha.: Medina, Cánovas, Chiqui, Almellones y Faro, se comenta que quedaron los cuartos y que sobrevivieron gracias a los bocadillos que les suministraron nuestras hermanas cristinas

En plena actuación del conjunto, Chiqui se contorsionaba al ritmo de la música y su cara reflejaba ese éxtasis que los músicos sienten dentro.

El Zupo, en un alarde de displicencia (estábamos en el día de La Inmaculada), observó:

–Chiqui tiene que ir al botiquín, por la cara que pone y por lo que se retuerce debe tener úlcera o algo del estómago.

En fin, la verdad es que el Teco-Teco, Medina, Javier Cánovas, Chiqui y yo, con unos medios más que discretos, conseguidos según supimos más tarde con el pecunio del páter Cuevas, hacíamos aquellos ruidos que decían música, que cantábamos en italiano (macarrónico) que era lo que se llevaba y que nos quitó alguna hora de estudio obligatorio, lo cual se puede clasificar de milagro.



El grupo Géminis, formado por Javier Cánovas, Jesús Ansedes y Delgado Almellones

Y, por fin, LA COMIDA. Lo anterior y lo siguiente eran meras anécdotas, pajillas en el viento, pelusillas.

COMIDA

Entremeses variados, Queso, jamón, salchichón, aceitunas y vino

1er plato

Consomé de pollo.

2º plato

Merluza con mayonesa y espárragos.

3er plato

Pollo asado con champiñón y ensalada.

Bebidas

Vino tinto.

Postres

Manzanas, plátanos, tarta helada, café, anís o coñac.

Este menú era leído, releído, memorizado, cantado y rezado desde los 10 días de antelación que era cuando nos entregaban los programas.

¡Pero lo habéis leído bien!

En los entremeses había hasta eso que llaman jamón. Pequeño, delgado, solitario, con más tocino que otra cosa, pero ¡jamón! Y el vino, ¿qué tenéis que decir del vino? La verdad es que no lo querría un pacifista. Lo digo porque más que peleón

era un boina verde «cabreao», pero vino al fin y al cabo.

Consomé de pollo, nada de avestruz, consomé y con la merluza mayonesa. Nada de mahonesa traída de Mahón, mayonesa fresca del año, hecha en mayo, de ahí su nombre.

Y luego pollo y más vino y frutas y tarta fría (lo de helada, dadas nuestras instalaciones, era difícil) y agua negra que llamaban café y licores. Total, un derroche.

¡Ah! Y nada de productos extranjeros, champiñón y coñac, que los «champignones» y el «cognac» son frivolidades y aquí somos muy españoles.

Total, que todo esto que a cualquiera hubiese hecho quedarse como una boa, a un pínfano se le podría dar a comer todo de nuevo a los 10 minutos de terminar.

Reza el programa que el día 9 a las 8:30 horas misa de difuntos en sufragio de los padres de los alumnos huérfanos, de los jefes, oficiales, profesores y alumnos fallecidos.

No tengo buena memoria, pero no sería nada de extrañar que, para poner orden en nuestros espíritus después de tanto desenfreno, no nos metieran dos exámenes de 6 horas, uno de Trigonometría espacial y otro de Teoría de errores, pongo por caso.

Y otra vez a la rutina, Correa Morilla queriendo dar un parte de la Antonia que nunca dio, Molano chillando más que de costumbre, Navas haciendo de... de Navas y todos de vuelta a nuestras manías y ya casi oliendo a Navidad, que lo de oler a un pínfano siempre se nos ha dado muy bien.

CAPITULO XII
EXAMEN

Hace pocos días.

–Hijo, ¿hoy qué tenéis en el instituto?

–Nada importante. Un examen en forma de test. Media hora y a tomar el sol al parque.

Y se fue tan feliz al examen.

Hace algo más que unos pocos años.

–Mañana examen. El libro primero de Análisis matemático, 10 preguntas y 4 problemas.

¡Madre mía!, (traducido a pínfano ¡la viuda!) 6 horas de sufrimiento, parto, estrujamiento cerebral y fumada de pavas en grado sumo. Y lo que más animaba era nuestra especial forma de test.

Todo lo que sepa de las ecuaciones diofánticas.

Había auténticos artistas de unir la pregunta con el teorema de Pitágoras, con el triángulo de Tartaglia y la caída del imperio romano de Occidente, con lo cual llenaban folios y folios que a los pobrecillos que estábamos a su lado, que nuestros conocimientos y habilidades eran más bien escasillos, nos entraba un complejo tremendo.

–¿Qué sé yo de ecuaciones diofánticas?

Si fuese de ecuaciones dio-fácticas o de ecuaciones pónticas. Para canciones fantásticas las de la tarde del Domingo con Angelines. Qué risa más tonta le entró cuando le dije aquello de:

–Angelines se te ven los pirulines.

Y después... ¡Ah! Después cuando...

Señores, la trampa acaba de caer. Se impone un éxtasis transitorio en el cual el pínfano desaparece del lugar físico en el que está, para que su espíritu haga la traslación más absurda y más extraña por los lugares más fabulosos que seamos capaces de imaginar.

Si observamos su cara de cerca, veremos que no ve y escucharemos que no escucha. Sus pupilas están dilatadas, una cara de pánfilo y de lelo impronta su cara. Está relajado, su respiración es lenta e incluso un poquillo de baba le puede caer de la comisura de sus labios.

A esta situación, a este viaje astral, el pínfano lo ha bautizado como «PENSADA».

Es el arma secreta del pínfano. Las cosas pueden ir mal, el que te habla puede ser un ladrillo tremendo, lo que estás viendo puede ser desagradable o traerte sin cuidado, entonces en ese mismo momento se impone «LA PENSADA».

Estoy convencido de que un ser psíquicamente invencible es un espía pínfano.

Me imagino a la CIA o a la KGB intentando sonsacar algo de dicho personaje y él a lo suyo. Físicamente está allí pero su espíritu... si ellos supieran.

–¡Díganos cuáles son los planos de sus aliados!

El pínfano analiza.

–¿Planos de aliados? Yo sí que me he liado con algunos planes... y para plan, el de Angelines la de los pirulines, aquella que conocí cuando estaba en el CHOE. Recuerdo aquella tarde que... ¡Ah! y después cuando...

–¡Háganos un examen analítico de la situación!

El pínfano analiza.

–¿Examen analítico? Qué sabrán estos de exámenes. Para exámenes analíticos y matemáticos los que nos clavaban en el CHOE. Seis horas, seis. Recuerdo uno que nos preguntaban por las ecuaciones diofánticas que me metí una pensada con Angelines la de los pirulines que... ¡Ah! y después cuando...

Total, lo dicho. El espía pínfano terminaría con toda la paciencia, lógica y sabiduría de aquel que intentara sonsacarle lo que fuere.

Esta propiedad, que parece en sus principios buena, es también un problema si no se sabe dominar. Sabido es que nuestro mundo está más lleno de cosas desagradables que buenas, bellas y bonitas (recordar aquello del valle de las lágrimas) con lo que corres el peligro de pasarte la vida en una pensada sin fin.

Sócrates dijo del hombre que era la medida de todas las cosas, en tanto que piensa. Eso está bien para la normalidad de las personas, pero para un pínfano no sé si vale la definición porque a saber qué es en lo que piensa.

De todas maneras, a Sócrates lo tachan de pensador, pero yo creo que jamás se pegó una pensada como Dios manda y menos con Angelines, la de los pirulines, aquella que una tarde yo le dije... ¡Ah! y después cuando...

Higinio, como pínfano veterano de primer año de preparación militar, aprendió.

¡Toma que si aprendió! Aprendió a hablar y pensar como un pínfano, a guardarse y racionarse sus papeles para el pecho y a fumar pavas y a tratar a los inspectores y no tratar al Zupo e ir capeando el temporal.

Lo cierto es que el examen fue un completo fracaso. Dibujos bien hechos sí que había, que un pínfano con un cordón de un zapato hace auténticas maravillas, rectas, circunferencias, ángulos y hasta una copia de la Maja de Goya si hubiese menester (la desnuda, se entiende).

Quién no recuerda aquella anécdota de Úbeda (1067) en la pizarra con el capitán Lobo García. Este último tenía mil veces dicho que para trazar una circunferencia primero había que marcar el centro con una crucecita así de pequeña. Úbeda, sin hacer dicho protocolo, quiso trazar su circunferencia con el susodicho cordón de zapato.

Al ir a dibujarla el Lobo con aquella voz melodiosa, dulce y acariciadora donde las haya dijo:

–¡¡¡NO!!!

Volvió a intentar el dibujo cruzando los brazos de derecha a izquierda pensando que la cuestión era que saliera de un solo trazo. Lobo espetó de nuevo.

–¡¡¡NO!!!

Volvió el pínfano a retorcerse en su afán de que sus brazos hiciesen la circunferencia feliz.

–¡¡¡NO!!! ¡¡¡NO!!!

Con cara de desespero, con los brazos caídos y con su voz un poco gangosilla, se volvió a Lobo y le dijo:

–Pero, bueno... ¿la pinto o no la pinto?

En Londres, en el museo de los horrores, hay una escena de figuras que representan lo que pasó después.

Como podéis comprobar el autor de estas pobres líneas, este modesto escribidor, pínfano al fin, en vez de hablar de un examen que era la cuestión de este capítulo, navega en las nubes, PENSADA dejándose transportar por los aires cual si fuese un ángel. Hablando de ángel, me acuerdo de una tal Angelines la de los pirulines que una tarde... ¡Ah! y después cuando...

CAPITULO XIII
A MODO DE EPILOGO

Como se pretendía en un principio, Higinio se ha transformado. Ya es un pínfano (¡casi ná...!).

A base de levantarse a las 7 de la mañana, vestirse de trapillo, usar sandalias con calcetines de lana, fumar pavas, aguantar a inspectores, comer arroz con leche, pelotas y tiburones y sobre todo estudiar. Estudiar hasta lo indecible, soñar con problemas, fichas de Física, Trigonometría espacial, Análisis matemático, Teoría de errores, Geometría, etc., etc.

Higinio ha cambiado, a partir de ahora palabras como «queo queo, Zupo, CHOE, pínfano, pava, trapillo, quiniela o viuda», tendrán un significado distinto al de otra persona que no sea de su entorno.

–El virus que estaba con el 716 es un aspirino que utiliza las quinielas para papel para el pecho.

–¡Jo! ¡Que pegada! Su viuda es amiga de Catanga.

–¿Del Evidente o del Zupo?

–¡Queo, Queo! ¡El Cirineo!

Como muestra vale un botón.

Si a su manera de pensar nos referimos, el pínfano Higinio sólo tiene dos fijaciones, ingresar y mujeres.

«Siento en mi pecho
ostentar los cordones
de la Academia General Militar,
cuando con ellos
me presente a mi madre (novia)
cómo voy a fardar».

Lo de mi madre o mi novia depende del grado de nostalgia que padezca en ese momento.

Esperará con ansiedad la carta que recibirá la viuda días antes de los exámenes de la AGM, que le dirá de parte del coronel director aquello de: Su hijo Higinio tiene o no tiene posibilidades de ingreso, por lo que...

Y aquel telegrama postal de la jefatura de estudios de la AGM que le comunicará qué día ha de presentarse a los exámenes. Entre otras cosas le dirán «tiene que presentarse provisto de los efectos que a continuación se expresan»:

Paso a citarlos textualmente:

«Efectos:

–Pluma estilográfica. Bolígrafo azul o negro.

–Regla de cálculo.

–Útiles de dibujo. Tablas de logaritmos (Graiño, Schton, Sánchez, Ramos o Gallet).

–Diccionario de inglés o francés.

–Camiseta, pantalón de gimnasia y alpargatas».

Palabrita del Niño Jesús que ya teníamos zapatillas de deporte.

Total, que tenemos a Higinio como un flan colocando la toalla todos los días al pie de su cama, durmiendo apenas, descansando apenas y comiendo apenas, esto último como siempre y como es

natural. Está en el CHOE, ¿que se ha creído éste?

Pasará por la clásica crisis de que cada vez se acordará menos de las cosas, de quedarse con la mente en blanco, de que aquello que sabe de sobras no le vendrá a la cabeza, de... en fin qué os voy a contar que no sepáis ya.

Pasará por el almacén donde le sacudirán el uniforme azul con óvalos en las solapas con el emblema del Ejército, corbata negra, zapatos negros y calcetines negros.

Entregará, a falta de dos días para el viaje a Zaragoza, los libros. Se los mirarán uno por uno a ver si los ha deteriorado, cosa que sí así fuese se los harían pagar y pasará por el almacén a entregar sus prendas que sufrirán la misma inspección.

Aparecerá por el colegio la lista de los oficiales y jefes que componen los distintos tribunales de la AGM y los más veteranos del colegio irán diciendo aquello de:

–Pues este es una madre, pero este otro...

Es curioso, pero es seguro que él tiene en el tribunal a las madres y los demás a los otros.

–El Martín Pérez ¡anda que no es majo ese tío! Tú le dices que eres del CHOE y te echa una mano en lo que sea.

Estos que hablan así, hablan por boca de compañeros cadetes ya ingresados y que cuentan cómo les va en la Academia.

Esa es otra. Cuando un antiguo pínfano aparecía vestido de cadete en el colegio producía más revuelo, admiración, respeto y envidia que si un marciano hubiese aterrizado en la Cibeles.

–¡Un cadete! ¡Un cadete!

Se le hacía corro, se le escuchaba, se le ofrecía de fumar (un cigarro, no una pava) y se quedaba uno con una cara de pasmarote que se tardaba en reaccionar.

En el colegio podían aparecer alféreces, tenientes, capitanes o generales con mando en plaza, pero no, lo que organizaba el revuelo era el cadete. Aquellos angulitos maravillosos de la gorra y sobre todo aquellos cordones granates con unos clavos dorados dando destellos por doquier.

Después de aquellas visitas se imponía una pensada general.

Zaragoza. Primera visita, a falta del 716, a la Virgen del Pilar. Con fervor, devoción, súplica, lágrimas y miedos le pedíamos el ingreso.

Higinio no faltó a su cita a los pies de la Pilarica y cómo estaría que ni se enteró de la cagada de paloma que llevaba en el hombro derecho. A continuación, a la pensión a darle al estudio. Después le llamaron para ir a Larfán, aquel sastre de la calle Don Jaime que te tomaba medidas para el uniforme en espera de si ingresabas o no. Siempre me pregunté cómo conseguían las listas de los que ingresaban antes de que se publicasen en la mismísima Academia.

Y una mañana ¡hala!, a verle los «congojos» al caballo de Franco y a los tuyos no los busques en su sitio.

Higinio pasó bien el examen médico, aunque se atascó con el trabalenguas aquel de:

–Tercer regimiento de Artillería Ligera de Montaña.

Por un momento pensó que lo echaban por tarta.

Pasó las pruebas físicas, ni que decir tiene.

Un tío que es capaz, después de comer una fabada, pegarse un partido de béisbol con una pelota de frontón y por bate un palo de espaldera, vestido con el trapillo y en sandalias, le van a asustar las pruebas físicas de la Academia.

–Eso está chupao.

Lo malo empezó al día siguiente. Análisis matemático, teoría. De 8 de la mañana a 2 de la tarde. Bocadillo, paquete de cigarrillos y ¡hala! a parir.

Para salir al baño, aquellos ordenanzas que te acompañaban

y te vigilaban y que tenías que hacerlo todo con la puerta del servicio abierta. Higinio, en un momento en el baño, pudo echar una ojeada a sus chuletas, pero justo llevaba la pregunta anterior y posterior. Murphy vencía de nuevo.

Al día siguiente, sin solución de continuidad, Análisis matemático, problemas.

De 8 de la mañana a 2 de la tarde.

Higinio, como es natural, a la vuelta de cada examen analizaba, comparaba, y recordaba lo que había puesto con las fichas y apuntes, alegrándosele la cara y arrugándosele el corazón.

Y así día tras día hasta acabar los exámenes. Ahora sólo quedaba esperar la comunicación de la Academia.

Por fin llegó el oficio del Ministerio del Ejército que rezaba:

Su hijo Higinio Zarzoya Tardón ha sido designado para ocupar plaza como alumno interno en el Colegio de Huérfanos Carabanchel Alto, c/ Generalísimo Franco, 21, Madrid, debiéndose atener, a los efectos de incorporación, a la instrucción que a continuación se menciona, etc., etc.

Higinio, como es natural en el primer año, no ingresó.

¡¡¡FALTARÍA MAS!!!



Ilustración de Zoyo

Preparando el ingreso

Por Vicente Torres Cunill

Volviendo al Colegio, era normal salir a Madrid, cuando estábamos aprobados, varios compañeros juntos. En la lectura de mi diario de cualquier domingo, cito mi salida junto a varios pínfanos, cuyos apellidos menciono, para ir al cine. Después casi siempre nos acercábamos por dos bares, como por ejemplo El Quinto Toro, que ahora no recuerdo dónde se encontraba; y también El Patio, en la calle Arlaban. Eran como nuestros puntos de reunión.

Allí, fuera de las cuatro paredes del Colegio, cada uno, cuando podía, iba contando su vida, sin estar vestidos con el trapillo de todos los días y sin miedo a que detrás nuestro se encontrara algún inspector. El caso era echar una charla o palique, de anécdotas ocurridas en el cole a cada uno de nosotros, durante la semana. Y, normalmente, buscando provocar la risa de los demás.

Extracto de mi diario:

«Día 19 de febrero 1957. Fui a ver al médico porque tenía hinchada una parte de la oreja izquierda. Me miró y me envió rápidamente a la enfermería. Porque me dijo que tenía paperas. Por la noche ingresó también Sánchez Pérez, pero no era por paperas, sino por otra cosa. Me ponen una inyección de vitamina C que me duele muchísimo. Al día siguiente me dejan una radio galena y me pongo a oír música por la única emisora que se oía, de Radio España. El viernes, día 22, abandona la enfermería Sánchez Pérez y me quedo solo, pero con la radio galena. Me cambié a su cama porque se veía un poco la calle, si me sentaba en ella. Día 25: Dice la radio que han cambiado varios ministros. Día 26: Vino el médico a verme a las 11:30 y me dio el alta, tras un nuevo pinchazo que me hacía ver las estrellas».

Como resumen, me tiré una semanita en la enfermería y, si no hubiera sido por los pinchazos, diría yo que habría sido una semana maravillosa. Descansando y oyendo la radio. Aunque fuera una radio galena y con auriculares. Pero no había otra cosa por entonces.

Sin querer lo comparo con los medios audiovisuales que tengo yo ahora mismo en mi poder y me llevo las manos a la cabeza. Pero aquello tenía su encanto. Era otra cosa. Y el pensar en ello, me produce unas sensaciones maravillosas, y me dan motivo para pensar que ahora vivo mucho mejor. Aunque, sin embargo, tenga otros problemas distintos, como todo el mundo. Ya que tengo tras

de mí, toda una prolongación de cuatro hijos y ocho nietos que, aunque me dan una enorme alegría, también, por un motivo u otro, vienen sin querer, traen contrariedades y preocupaciones lógicas.

En las secciones 3ª y 4ª, de los primeros años en el Colegio, tuvimos diferentes profesores, que, lógicamente, se dedicaban a enseñarnos sus materias correspondientes. Aunque de esas secciones difícilmente debería ingresar ese año alguno en la Academia. No es que fuera imposible ni mucho menos.

Recuerdo al bonachón de Don Rosendo, al que le llenábamos de trozos de tiza los bolsillos de la chaqueta, día tras día, y al que aplastábamos el huevo frito que llevaba en su cartera de mano, dándole puñetazos. Esto era a diario. A mí me daba vergüenza de todo ello, y todavía me la da. Don Recuero, Sol, etc., eran otros nombres de otros profesores.

En las otras secciones, 1ª y 2ª, eran otros los que impartían las distintas materias. Como Don Ángel Lobo, padre de una generación de hijos militares, muy serio en clase y en todo lo que hacía. Qué pocas veces la sonrisa aparecía en su cara. Pero un gran profesor.

Hacia el mes de abril, dejaron de funcionar las clases y por lo tanto, ya no vinieron los profesores. El objetivo era, que dedicásemos todo el tiempo a estudiar las «papeletas» de los exámenes de Zaragoza. Todos los días en clase sacábamos a boleo una de ellas y nos dedicábamos a explicarla como si estuviéramos encima de la tarima y enfrente del tribunal militar. Claro que no era lo mismo.

Según se iba acercando el día de tu marcha a Zaragoza, los nervios se adueñaban de tu estómago de una forma que se notaba palpablemente. Mucho más tranquilos estaban los pínfanos que se examinaban por primera o segunda vez, que el que se examinaba en su última ocasión. Ese día, se la jugaban o nos lo jugábamos, al todo o al nada.

Siempre era una lucha contra otros diez aspirantes. La primera vez que te presentabas, la participación en los exámenes era muy tranquila. Pero tenías que pasar bien la gimnasia, el examen médico, y las asignaturas del primer grupo, que con anterioridad cité, sabiendo que te suspenderían en Matemáticas o en Geometría, que era donde estaba el coco.

Mención aparte merece el dedicar un párrafo a la clase de gimnasia. Parece mentira el miedo que daba a muchos



Duarte, Torres, del Agua, Obregón y Puente entre otros

aspirantes, el salto del caballo o del potro. Cuántos aspirantes no ingresaron en la Academia por ese motivo, teniendo todo el año para intentarlo una y otra vez. Porque el que no saltaba el caballo en su academia preparatoria, tampoco lo saltaba cuando llegaba el momento definitivo, en el campo de deportes de Zaragoza. Yo mismo he oído decir:

–No. Yo allí me lanzo con todas mis fuerzas y, aunque me mate, yo lo salto.

Qué va. Nada más lejos de la realidad. Al lanzarse con todas sus fuerzas, tampoco lo saltaba. Un año entero perdido. Tengo presente en mi retina el día que yo también me examinaba de gimnasia. Los tres anteriores a mí en el salto del caballo, por fallar al tercer intento, les echaron del citado examen. Después, este pínfano, a la vista de lo ocurrido con los anteriores, realizó el mejor salto de ese año.

También perdió el año uno de mis compañeros, Segura, según anoto en mi diario. Un día de mayo, al ir a saltar el mencionado caballo, se rompió la muñeca y se lo llevaron al hospital, y de allí a su casa, a intentarlo el siguiente año. Por este motivo, y con mucha razón, estaba prohibido desde el mes de abril, jugar a cualquier deporte, para evitar que nadie se perdiera ir a examinarse.

Extracto de mi diario:

«Día 15 de mayo. Después de la misa y del desayuno, le regalamos al Sr. Franco (uno de los inspectores, pero buena persona) una maleta, pagada por todos nosotros, ya que nos enteramos de que no tenía ninguna y se emocionó mucho. Por la tarde salí con Casal y con Obregón Roviralta (muy amigo mío, también coronel de Intendencia). Canté con Obregón (pero no digo donde). Raúl García se lesionó el hombro jugando al futbol. Reiterando que estaba prohibido hacerlo, nos quitaron los balones. Se marchan a examinarse a Zaragoza, Cabezas de Aguilera (acaba de fallecer), Duarte Moreno y Sánchez Muñoz, el Rana».

Normalmente, todos los días salían hacia Zaragoza, unos cuantos, los de la tanda de examen, con una bolsa que contenía un bocadillo de tortilla de patata y otro con pollo. Algunas veces, los acompañábamos hasta la estación de Atocha y les cantábamos, mientras ellos nos decían adiós desde las ventanas. Qué jaleo armábamos. Lo cuento en plan resumido, ya que nos estaríamos con ellos en el andén, más de una hora. Al terminar cogíamos la camioneta, para el Colegio. Así día tras día. Qué tiempos aquellos, qué tiempos felices, que no volverán. Es la letra de una canción.

He pasado de puntillas, sobre el tema religioso en Carabanchel Alto. Pero no ha sido queriendo y, como he dicho en alguna ocasión, hay tiempo para todo.

La instrucción y la orientación religiosa en este Colegio, donde no había monjas, por cierto, estaba encomendada a los Salesianos, los cuales tenían, muy cerca del Colegio, un seminario con un número de alumnos considerable. Solían venir semanalmente para inculcarnos la doctrina católica, así como para impartir los domingos la Eucaristía, además de escuchar las confesiones, de todos aquellos que lo necesitasen.

Eran gente buena y se les recibía de buena gana. En los dos últimos años, el salesiano José Antonio Rico, relativamente alto y verdaderamente delgado, era el director del tema religioso.

A él se debe el himno del Colegio «Viejo Trapillo», que todavía, en algunos actos, cantamos todos juntos. Así mismo, la realización de una colecta para la adquisición de un Cristo crucificado, del que carecía la capilla. Como todos teníamos

un número, a Él se le otorgó el número siguiente, el 716.

Se dio la circunstancia que el edificio, con el paso de los tiempos, dejó de ser un Colegio preparatorio del ingreso en la Academia General Militar, para los pínfanos, vaciándose de muebles, literas, pupitres etc. El Cristo desapareció, sin que nadie supiera dónde había ido a parar. Hasta que se encontró, gracias, sobre todo, a la labor de Jesús Ansedes, secretario de la Asociación de Huérfanos, y un poco a la mía. He comentado anteriormente que lo vamos a colocar en el Colegio anterior de Carabanchel Bajo, en la capilla y casi pegado al Cristo de ese Colegio.

El padre José Antonio murió en Madrid, en el año 2010. Descanse en paz, porque era una buena persona.

Antes de que se me olvide, jugamos dos partidos contra los Salesianos, estando yo en el Colegio. Como ellos jugaban con sotana, se las ingeniaban para meter el balón dentro de la misma y vaya usted a quitárselo. Era francamente difícil. Y otra cosa, un poquito marranitos sí que eran y, que Dios me perdone, porque se notaba que Él iba con ellos, descaradamente. Lo digo porque tuvieron una suerte increíble. Solo la presencia en el campo de ciertas acciones «milagrosas», que vaya usted a saber de dónde salieron, y yo no digo nada porque después todo se sabe, impidieron un claro y rotundo triunfo de los pínfanos.

Entre mis viejos papeles y antiguas fotos da la casualidad de que he encontrado una foto de ese partido. Qué alegría me ha dado. Al dorso escribí lo siguiente:

«Día de San José (19 de marzo). En los salesianos ganamos por 3-2. Jugué de interior izquierdo, formando un ala muy peligrosa con Fajardo. No marqué ningún gol. Cada día juego mejor, y eso que no me cuido».

Es una foto que envié a mi madre y, por arte de magia y de mi hermana, la he recuperado con gran alegría.

Para mis compañeros, diré que de izquierda a derecha y de arriba abajo, están Vieira, Rodas, apoyado en otro, Pedro Moraza Olite, muy amigo mío, de Navarra y con el cual coincidí en el Sahara, y por aquél entonces, un poco noviete de la amiguísima de mi mujer, Carmen Ramos, El Chulez, Urios, el Peque de portero, Duarte mi compañero de Barcelona, Palomo, otro que no recuerdo, yo y Fajardo el cordobés.

Es de justicia resaltar el juego de Fajardo. Qué movimiento natural con el balón en los pies. Qué velocidad corriendo la banda izquierda. No había defensa que pudiera pararle. Me recuerda muchísimo a nuestro Messi actual, pero muchísimo. Vamos, que no. Que el cabrito no se movía ni «pa tras». Ni empujándole,



vaya. Pero era tan simpático. Y además era rubio, que quieras o no, en las fotos de color, daba su cosa y quedaba bien.

Extracto de mi diario:

«Día 21 de mayo, nos han dejado salir a la calle, a las 11 horas, para que vayamos a aplaudir y a hacer bulto a la Gran Vía, porque han llegado a Madrid, invitados por Franco, el Sha de Persia y su bella esposa, la Emperatriz Soraya».

Fuimos cinco del cole, juntos, a ver a Soraya, que era lo único que nos interesaba y que, según las fotos de ella, era de una belleza increíble. Y de verdad, era guapísima, por lo poco que pudimos ver.

Por la noche se escaparon del Colegio unos 40 y llegaron a las 8 de la mañana. Lo tenían todo perfectamente estudiado y sin dejar ningún cabo suelto. Así sí que se puede escapar uno. Unos minutos antes de las 8 de la mañana, tal y como teníamos planeado, yo tenía los trapillos de todos ellos, que se dice pronto, preparados para tirárselos por la ventana, y así entrar en el Colegio, ya vestidos reglamentariamente. Cosa que así hice.

Extracto de mi diario:

«Los han cogido a todos. Qué fracaso. A mí no me ha pasado nada, porque nadie dijo quién les había tirado desde la ventana los trapillos. No sé qué les pasará mañana. Se van de la tanda a examinarse, Fajardo, Munuera y Antolín. Suerte».

Les iban a cortar el pelo al cero a los 40 escapados, pero como en unos días debían ir a Zaragoza a examinarse, el coronel les dejó el pelo, pero les quitó la salida a la calle hasta el mismo día de coger el tren en la estación de Atocha. Presentarse al examen en la Academia con el pelo al cero, en aquellos tiempos, podría ser perjudicial ante un tribunal militar, ya que siempre existiría la duda de «¿por qué le han cortado el pelo al cero?».

No sé si lo he dicho con anterioridad, pero si no, lo digo ahora. Yo aprobaba los cursos todos los años en los exámenes de junio, sin mucho esfuerzo. Pero mi entrega al estudio era cosa secundaria, siendo prioritario el pasármelo bien, con los muchísimos compañeros que tenía a mi alrededor. Motivo por lo cual, en Carabanchel Alto, seguí con la misma política, ya que tenía cuatro intentos para aprobar los exámenes en la AGM de Zaragoza. Y, como buen optimista, ya aprobaría en alguna de ellas.

Como, de entrada, me colocan en una sección de clases, donde ninguno «debía» de ingresar, me dio base para pasarme un par de añitos sabáticos y Dios diría después lo que tuviera que decir.

Mi periplo por los colegios

Por José Antonio Duarte Moreno

Queridos Pínfanos: Acabo de leer el último Boletín de «pa a pe», como decía una ahijada mía cuando era chiquitina. Veo con satisfacción que un íntimo amigo mío, Vicente Torres Cunill, ha escrito con su gracejo habitual, un entrañable artículo contando algunas de sus vivencias en los muchos y variados colegios por los que pasó, que dicho sea de paso, os recomiendo que compréis su libro, extensísimo, escrito por él, sobre la vida en los mismos, teniendo en cuenta que empezó su caminar a los 6 años en Padrón para acabar en el colegio de Carabanchel, donde estudió para ingresar en la AGM con la XIX Promoción, a la que también pertenezco yo.

Bien, una vez hecho este preámbulo, os diré que he ido a pocas reuniones debido a multitud de problemas, ya que creo que sólo han sido tres en las que



Torres Cunill, Cerdá Horrach y Duarte Moreno

incluyo la fundacional en 2003, de la que soy socio protector. No sé si en estos momentos hay algún compañero que me recuerda, pero como espero ir a la próxima reunión, allí os lo recordaré, si es que todavía queda alguno, partiendo de la base que ya tengo 84 años.

He tenido varios cánceres, prótesis por todo el cuerpo y una columna vertebral hecha añicos. Soy duro de pelar, y todavía me quedan fuerzas para seguir, pues yo a los médicos cuando me empiezan a decir cómo se curan mis dolencias, les digo: «bueno doctor, ¿y cuál es la solución más rápida?». Lógicamente me dicen que operar, a lo que les digo: adelante, de tal forma que, en 10 años, he entrado 14 veces en un quirófano, ya que pienso que, si me muero, el problema es para los que se quedan, y si me salvo, perfecto. Qué egoísmo, ¿no?

Empecé mi periplo allá por el año 1953, año en el que había fallecido mi padre, y como los militares y sobre todo sus viudas en aquella época estaban tan bien pagadas (viuda de Coronel, 500 pts./mes), mi madre, con harto dolor en su corazón, tuvo que mandarme al Colegio de Huérfanos, cosa que nunca le agradeceré bastante, pues si no hubiera sido un tío de cuidado.

Cuando llegamos (de riguroso luto como era lógico), mi madre y yo pasamos por delante de la fachada que daba a la calle, la cual tenía una verja, (que los de la escuela no sé si recordáis). Pues bien, en esa verja, un alumno con cara llena de pecas gritó, ¡UN NUEVO!, a lo que se agolparon a la verja un montón de alumnos que estaban jugando en el patio (con tierra). Eso no se me olvidará nunca, se me heló la sangre, ya que desconocía lo que iba a ser mi vida desde ese momento.

Una vez hechas las presentaciones al director, que no recuerdo como se llamaba, me entregaron el correspondiente trapillo. Mi madre se marchó, no puedo imaginarme su sufrimiento en aquel momento, y yo, ya vestido con mi trapillo, me fui a un rincón del patio y me senté en el suelo. Cuando llevaba un rato sentado, no me imaginaba yo que iba a recibir la primera lección de lo que era pagar por ser protegido, un niño se sentó a mi lado y me dijo «no te preocupes yo te protegeré» para a continuación añadir «¿tú recibes paquete?», después me enteré de que algunos alumnos recibían un paquete de sus familias con cosas para comer y así mismo entendí por qué me preguntó mi compañero «protector» si recibía paquete, era obvio que llegado el momento quería participar del mismo.

La segunda lección, entre muchas que iba a recibir, fue en la primera comida, creo que recordareis, los que estuvisteis en el colegio, la disposición de las mesas en el comedor, eran para 5 personas, 4 de ellas dándose frente y la quinta dando frente al pasillo por donde recibíamos la comida y a su espalda una ventana. Pues bien, llegó un plato que eran albóndigas con tomate, traído por Elena que era una de las muchachas que servían en el colegio. Antes de que la bandeja tocara la mesa, el alumno que estaba a mi derecha en la cabecera de la mesa, que dicho sea de paso no era persona de grandes luces, se abalanzó sobre la bandeja de las albóndigas, y con una técnica asombrosa con su tenedor y por un resbalamiento suave, las albóndigas que habían dejado los otros tres compañeros fueron directo a su plato, y yo me quedé asombrado y sin albóndigas, lección aprendida, hay que darse prisa.

Para desayunar nos daban un tazón de leche, de ayuda americana, algo malteada para darle color, con un cuarto de chusco; creo recordar que se podía pedir otra ración de pan que observé que muchos la

ponían debajo de la mesa que tenía un resalte en el cual cabía el trozo de pan, que era para la merienda que, creo recordar, se repetía lo del desayuno y ese trozo de pan complementaba la misma, pero ¡ah! había que darse prisa a entrar en el comedor porque si no lo hacías, corrías el riesgo de quedarte sin él, era fundamental «la prisa».

Podría estar contando infinidad de anécdotas que me ayudaron mucho a espabilar. Era el primer año en que el plan de estudios contemplaba una reválida, al finalizar el cuarto de bachillerato, y una vez aprobado, uno tenía el Bachillerato Elemental, y al finalizar el sexto curso de bachillerato había otra reválida, con lo que, una vez aprobada, obtenías el Bachillerato Superior.

No sé cómo pude aprobar el curso y la reválida, lo que sí sé es que las pasé canutas, por cuanto en Barcelona, donde vivía, el tercero de bachillerato, acostumbrado a que mi padre me ayudara (y ese año no fue así, debido a que mi padre estaba en el hospital y mi madre no podía controlarme, no iba a clase y estudiaba menos), creo sin temor a equivocarme, que me aprobaron por enchufe y por pena, ya que mis notas fueron todas 5.

Qué bien me sentó el colegio, visto desde ahora, la disciplina y, una vez pasados los primeros meses, el compañerismo, me sirvieron para darme cuenta de lo que había tenido y lo que había perdido.

Cambio de colegio. La entrada en Carabanchel Bajo fue distinta, la experiencia es un grado, y en ese colegio estábamos los que estudiábamos para ingresar en la AGM o la Armada o el Ejército del Aire, o una carrera superior, o bien ir al colegio de Valladolid (Pucelas) a estudiar para una formación profesional.

En este colegio, iba a vivir nuevas y distintas experiencias, empezando porque éramos mayores y también eran mayores los sucesos. Por ejemplo, viví la primera huelga que acabó de una forma un tanto radical. Los alumnos estábamos un poco hasta las narices de pasar hambre, y no sé cómo fue que me vi envuelto con mis compañeros en una manifestación por los pasillos, gritando todos los alumnos ¡HAMBRE, HAMBRE…!, rompimos unas lámparas de luz del techo de los pasillos, hasta que apareció el profesor de gimnasia, (8 de la mañana) que a la sazón era un Comandante del Ejército con uniforme y bota alta, el cual «a gorrazos» nos sacó al patio, que era el campo de jugar al fútbol, a darnos la clase de gimnasia que en aquella ocasión fue algo más dura.

Nuestro empuje y valentía se vino abajo, pero ¡oh, milagro! al día siguiente al desayunar, nos encontramos junto al tazón de leche malteada y el cuarto de chusco, ¡una pella de mantequilla!, novedad esta que nos hizo pensar que por lo menos había servido de algo la manifestación. Quiero recordar también que la comida mejoró algo, no mucho, pero algo es algo.

El comedor lo servían unas chicas jóvenes que las monjas les enseñaban lo fundamental para que pudieran ganarse la vida sirviendo en una casa al irse del colegio. Recuerdo que desde el dormitorio donde dormíamos 40 o 50 alumnos y a través de una ventana, un día me picó la curiosidad, pues ví a Barrachina Gorgozo (gran defensa central del equipo de fútbol del colegio) el cual, a través de una ventana del dormitorio, veía el dormitorio de las chicas de servicio entre las que había una rubita que era una monada. Transcurrido un cierto tiempo apareció la pobre chica embarazada. Don David de Francisco Allende, director del colegio, con «la mano izquierda» que le caracterizaba,

llamó a dos alumnos a su despacho, no sé cómo los descubrió, posiblemente la chica cantó ante un «hábil» interrogatorio de don David, uno de ellos Barrachina y el otro no lo recuerdo, y les preguntó quién había sido, contestando «ah, yo no» y el otro, «yo tampoco». Al ver que no podía aclarar el asunto, les tiró una máquina de escribir a la cabeza, no sé con qué resultado pues esto me lo contó un inspector que estaba presente, la conclusión es que la pobre chica desapareció, Barrachina siguió en el colegio y el otro no recuerdo.

La religión en el colegio era fundamental, misa los domingos y rosario, a lo mejor me equivoco, todos los días a última hora antes de la cena. Llevaba el tema religioso un sacerdote que no recuerdo su nombre, pero sí su mote: le llamábamos «el Memo», el motivo de este mote le venía dado porque los domingos en misa y cuando nos dirigía el sermón, en infinidad de ocasiones se olvidaba, y nos dejaba solos con el consiguiente cachondeo, entraba en la sacristía y al cabo de un rato salía y continuaba el sermón. Los alumnos tan comprensibles con la situación, le pusimos ese mote.

En la hora del rosario, no entendía cómo los muy mayores se sentaban al final de la capilla y se ponían a jugar a las cartas mientras el resto rezábamos. Se puede entender pasado un tiempo y una vez terminado los estudios y durante los años posteriores, que, con esta clase de angelitos, salieran militares, médicos, abogados, curas y hasta atracadores, como fue el caso de Marquina, que fundó una banda, no recuerdo si en Ceuta o en Melilla, que funcionó hasta que los cogió la Guardia Civil.

El colegio era medianero con otro colegio, en este caso de chicas. El colegio tenía una piscina de agua verdosa, y el otro tenía otra piscina que se comunicaba con esta a través de una esclusa cerrada, pero que los mayores sabían abrirla y pasar al otro lado.

Cuando hablo de mayores, es que los que estábamos en quinto o sexto de bachillerato teníamos 14, 15 o 16 años, mientras que los mayores tenían 19, 20 o más, pues hasta los 22 años, creo recordar, los protegía el Patronato de Huérfanos de Oficiales del Ejército.

Una vez terminada la reválida de sexto curso, ya éramos bachilleres superiores, y nos visitó el General Villalba (en aquella época era el director del Patronato) para preguntarnos qué queríamos estudiar a partir de entonces. Los que queríamos ingresar en la AGM íbamos a hacerlo en el Colegio de Carabanchel Alto y los que querían hacer una carrera civil o formación profesional iban a Valladolid al colegio que allí tenía el Patronato (Pucelas).

No quisiera olvidarme aquí de nuestros compañeros Ortiz de Zárate y Polanco Mejorada, que recordareis, ya tenientes y destinados en África, fallecieron en una emboscada que les tendieron los moros.

Con el motivo anterior os voy a contar una anécdota: el General Villalba programó un acto en el colegio al que asistimos todos los alumnos con la gorra blanca y perfectamente en formación, así como las esposas de los dos tenientes (tengo dudas si Polanco estaba casado) y las madres y familiares de estos, que consistió en colocar una lápida que todavía existe con el nombre de los dos tenientes y la forma heroica en la que murieron.

Y ahora viene la anécdota, el General hizo una alocución llena de espíritu militar acabando con la siguiente frase: «yo os digo que he probado muchas mujeres y como la española ninguna» … hubo un sonoro silencio, aunque por dentro la sonrisa se dejaba entrever.

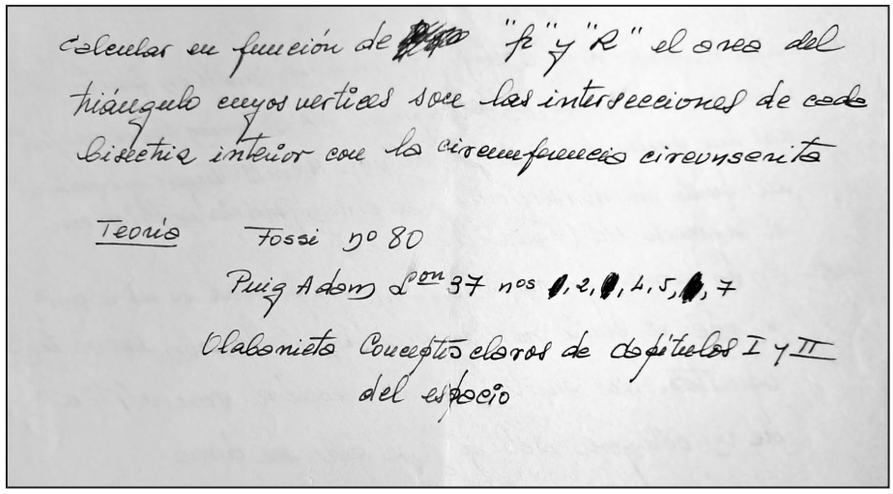


Visita del general Villalba

Empezó el curso siguiente, os voy a hablar del de Carabanchel Alto que es donde yo estuve.
Como todos los años, las clases empezaron en septiembre y la historia es bien distinta que las de otros colegios. Como conoceréis, para ingresar había dos exámenes en Zaragoza, un primero que era lo que llamábamos «literarias» y un segundo que era de Matemáticas, había que aprobar el primero para pasar al segundo. Ahí se notaba lo listos o inteligentes que eran los que ingresaban en 2 años, los normales que lo hacían en 3 y los menos normales (entre los que me encuentro yo) en 4 años. Aunque sufrí una injusticia de la que nunca me voy a arrepentir pues mi promoción creo que ha sido la que más compañerismo ha tenido y sigue teniendo a lo largo de la vida.

Los profesores además eran buenos o muy buenos, el de Álgebra y Aritmética se llamaba Aldama (no tiene nada que ver con el famoso actual) que siempre venía en coche con chófer. Nunca supe si era militar o un alto funcionario del Ministerio y luego estaba el entrañable coronel Lobo que daba Geometría y Trigonometría.

En el colegio teníamos dos inspectores que nos vigilaban en todo lo que hacíamos, uno que se llamaba Calenti, un desagradable, y el otro el Sr. Herrero, muy buena persona y se hacía querer por los alumnos. Había hecho la guerra en aviación y su avión fue derribado y cuando


Calcular en función de [illegible] "R" y "r" el area del triángulo cuyos vertices son las intersecciones de cada bisectriz interior con la circunferencia circunscrita

Teoría Fossi nº 80

Puig Adam Lecc 37 nos 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7

Calonieta Conceptos claros de capítulos I y II del espacio

le preguntábamos ¿y Vd. qué hizo? nos contestaba con mucha gracia «¡Bah! al saltar del avión, una ligera flexión de piernas».

No me olvido del peluquero «el Miserias» del que una de sus características era que, cuando nos cortaba el pelo, a la hora de peinarnos, escupía en el peine, nunca he sabido si era verdad o lo parecía, ya que el gesto y el sonido eran tal cual.

El director del colegio era el coronel Sousa que, dicho sea de paso, había sido alumno de mi padre. Mi padre tendría ahora 144 años pues nació en 1881, esto lo comento porque un día que me escapé del colegio con un grupo de compañeros, no recuerdo si a tomar un vaso de vino en el bar Valderrama o al cine, al volver por el mismo camino, es decir saltando por el frontón, todos nos fuimos a clase pues era el tiempo de estudio, todos menos el ínclito Losada que como tenía hambre se fue a la despensa. Y ahí estaba Calenti con la que se encargaba de la despensa, desahogándose… cuando vio a Losada le hizo cantar y este nos descubrió a todos. Yo era cabo galonista, me llamó el director a su despacho y, a pie firmes delante de él me dijo «Si te viera tu padre ¿qué crees que diría?», a lo que yo ni contesté y de un tirón me arrancó el distintivo de cabo galonista y me arrestó con 8 días en el calabozo, del cual no salíamos nada más que para ir a clase y comer.

El colegio no se caracterizaba por tener varios aparatos de gimnasia, pero para la época algo había, sin presumir, yo era bueno en salto de altura y longitud y velocidad. Teníamos una pista de ceniza de 50 metros y, como es lógico, los 100 metros eran de ida y vuelta. Pero sí iba bien para correr relevos de 4 x 50. Por último había unas espalderas, una cuerda o pequeña maroma, y aparatos, potro, plinto y caballo que se saltaban individualmente o mezcla de los mismos, a mí me gustaba mucho, todo ello me sirvió muchísimo para no tener ningún problema ni en los exámenes en Zaragoza ni en mi estancia en la AGM.

La comida no se caracterizaba por su calidad y abundancia, pero un día Amadeo Palomo y yo descubrimos que en la buhardilla había un secadero de embutidos, con lo que, juramentados de nuestro silencio, nos hacíamos con algún salchichón y/o algún chorizo. ¡Nunca jamones! Pero un día que subimos, habían puesto un candado con lo que no tuvimos más remedio que meter en el juramento a uno de confianza que supiera abrir candados y encontramos a Collado Espiga, con el que solucionamos momentáneamente el problema pues, al cabo de pocos días, las medidas de seguridad fueron estrictas y el motivo fue porque habían robado un jamón… a continuación a un tal Salamanca lo echaron del colegio.

Independientemente del hecho, esto nos hizo reflexionar de cómo podía ser que hubiera una

buhardilla llena de embutidos que nosotros no veíamos más que en el día de la Inmaculada, Patrona del colegio, nos daban un plato que llamaban «huevos a caballo» que consistía en un huevo frito sobre un trozo de tocino frito y todo sobre un trozo de pan también frito. Todo eso no aclaraba qué pasaba con el cerdo, que uno o dos días antes de la Inmaculada mataban en el patio del colegio, era una fiesta, el cerdo corriendo, detrás el matarife con gancho largo, y detrás del mismo el resto del colegio acorralando al cerdo hasta que el matarife cogía al cerdo por debajo del morro con el gancho y ahí terminaba la diversión.

Bueno, todo eso no aclaraba nuestras dudas, ya que pensábamos, el cerdo no sólo tiene tocino sino también otras partes, independientemente del tocino, los chorizos, salchichones, jamones, todo esto en el secadero. Pero ¿y los lomos, la papada, los pies, las criadillas etc.? Esto no puede ser, algo pasa, hasta que un día por la noche vimos a un hombre que debía ser el cocinero o alguien relacionado con la cocina que llevaba una gran bandeja con solomillos del cerdo a la casa, que estaba a la entrada del colegio, de un tal Tortajada y que era el «administrador» del colegio.

Bien, creo que me he alargado mucho por lo que aquí termino este relato que, espero y deseo, no os haya parecido un tostón. Un fuerte abrazo a todos los Pínfanos.

Fin del internado

Por Vicente Torres Cunill



Preparados para ir a examinarse a Zaragoza

El mes de mayo de 1960 fue un difícil mes. El nerviosismo se iba adueñando de mí, sin que los intentos de animarme por parte de Carmen y de mis compañeros, sirvieran para otra cosa que ponerme más intranquilo.

Rebuscando entre mis papeles, fotos antiguas del Colegio, encuentro entre ellas, el escrito del coronel jefe de Estudios de la AGM, de fecha 25 de febrero de 1960, donde quedo admitido para examinarme en la próxima convocatoria. En la parte inferior, y con un poco de buena voluntad, se puede ver la señal dejada en el escrito, por los labios de mi novia, Carmen, para darme suerte en el examen.

En mi mente se quedó grabada perfectamente la llegada al Colegio de compañeros de vuelta del examen de Zaragoza que no habían podido aprobar, siendo esa su última oportunidad. Sus apenados y entristecidos semblantes los mantenían a pesar de nuestros intentos por animarlos. El golpe era muy duro y quieras que no, el simple hecho de que yo pudiera acabar como ellos, me llenaba de nerviosismo y, por qué no decirlo, de miedo.

No podía dormir por las noches y, ya al final, pero muy al final, me llené de valor (no sé cómo), y levantando la cara, me fui hacia el toro, diciendo, si Dios quiere, ingresaré y si no (de esto no me acuerdo).

Como tampoco recuerdo, el día que a mi tanda le tocó la marcha hacia la estación de Ato-

cha y con ello, con la maleta en la mano, nos tocó también decir adiós a los 14 años de internado. Ya nunca más, fuera el resultado que fuera, mis pies pisarían otro centro similar.

Durante el corto trayecto hasta la estación, donde debíamos coger el tren, pasaba por mi mente el desfile de mis años pinfaniles. Qué lejos quedaba mi Colegio de monjas de Padrón, la música de los jardines Villa Rosa durante los meses calurosos, endulzando mis oídos en las noches del Colegio de López de Hoyos, mis partidos de futbol en Carabanchel Bajo, así como mis últimos años en el Alto con los maravillosos compañeros que el destino quiso que yo conociera, y con mi querida Carmen, que el Señor tuvo a bien poner en mi camino.

Pero bueno, llegó la hora de la verdad, y yo ya me encontraba al lado del rio Ebro, con la santa misión de aprobar todo lo que me echaran encima.

El reconocimiento médico fue duro y severo. Pero lo pasé sin ninguna dificultad, ya que yo tenía todo en mi sitio y, gracias a la cantidad de zanahorias que había comido en la calle Arturo Soria, mi vista era muy buena, así como el oído.

Al día siguiente, nos enfrentamos a la prueba de gimnasia, con los saltos del caballo, potro etc. Aquí ya empezaban a echar gente a su casa, y no pocos, como comenté anteriormente.

Recuerdo un huérfano que no pudo superar la prueba de los 100 metros lisos, llegando el último de la tanda de los 8 que corrían.

El comandante jefe de esa prueba lo llamó para comunicarle que estaba eliminado. El aspirante a cadete le rogó que no le suspendiera ya que era su última oportunidad, por la edad, para ingresar. El comandante le expresó que no era posible y que tenía que retirarle el dorsal. Entonces, el frustrado corredor, con lágrimas en los ojos, le contestó al Juez:

–Es que soy huérfano de guerra. No me suspenda.

El militar se emocionó, pero no cedió en su veredicto. A pesar de la segunda negativa, el joven insistió:

–Mi comandante, en mi casa somos muy pobres, mi madre recoge carbón en las vías del tren y mi hermana está de puta en las calles de Sevilla. Yo soy la única esperanza en mi familia.

Todo era una sarta de mentiras, claro. Pero, ante tal cúmulo de desgracias, y llorando con el alumno, el comandante le dijo.

–Váyase con el resto de los aspirantes y que tenga suerte en los demás exámenes, hijo mío.

El huérfano aprobó el resto de las pruebas e ingresó de Cadete en la Academia General Militar.

Este huérfano, al que yo conozco, con el tiempo, además de militar, fue articulista y novelista. Claro.

Yo, desde el mes de abril, tenía sumo cuidado de no lesionarme, ya que cualquier problema físico, de cierta relevancia, podía ser causa de no poder examinarme y ya entonces se hubiera acabado la historia.

El caso es que, a las 09:00 de la mañana, estando al aire libre en el campo de deportes de la Academia General y con la vestimenta adecuada, un comandante, con la lista de aspirantes en la mano, nos iba llamando de uno en uno, para que iniciáramos el oportuno salto de los aparatos.

En mi fila yo debía ser, más o menos, el décimo. Se dio la circunstancia que los dos anteriores a mí, se dieron una torta mayúscula al ir a saltar, no llegando a intentarlo, en la tercera oportunidad. No es que me animase mucho lo anterior ocurrido a los dos aspirantes, pero hice lo imposible por olvidarlo. Y la verdad es que, me lancé con todas mis fuerzas, saliéndome unos saltos muy buenos.

Nada más salir del examen, me cambié y cogí el tranvía con Juan Ochoa Galicia y nos fuimos a la Hospedería del Pilar, pegadita a la Basílica del Pilar, donde, normalmente, estábamos ubicados los pínfanos en Zaragoza, a la espera de ir al «matadero». Me puse a estudiar en el dormitorio junto a otros compañeros, para el examen del día siguiente, hasta la hora de cenar y ya un tanto cansado, me dispuse a dormir, para así estar en forma de cara al examen.

Como dije en otra ocasión, los exámenes duraban, entre los dos grupos, unos diez días. El caso es que, llega el día del último examen. El oral, de Geometría. Aquí se decidía todo. El ser o no ser. La nota de este oral se podía compensar con la nota que habías obtenido en el examen escrito de Geometría del día anterior, donde me pusieron un 4. Es decir, que me tenían que poner un 6 en el examen oral para poder aprobar todo.

La noche anterior, la pasé fatal. A pesar de los ánimos que el director me dio por la tarde, de lo cual le doy las gracias, el desfile por mi mente de recelo, pesadumbre y desasosiego, era continuo. No podía quitármelo de encima.

En la entrada a la Hospedería del Pilar, recuerdo que se encontraba una capilla, con una Virgen muy bonita. Entré en ella y descubro que, dentro, estaban casi todos los pínfanos que durante esos días coincidíamos en los exámenes de las distintas pruebas. Le insinué a la Virgen que primero echara una mano a los que teníamos la «última oportunidad», a los otros, que esperasen al año siguiente.

Bueno, pues me levanto a las 7 de la mañana. Apenas pude probar bocado alguno en el desayuno y, pasando previamente por la capilla a recordarle a la Virgen la petición del día anterior, nos dirigimos a la plaza de la Seo, a coger el tranvía que nos dejaba enfrente mismo de la Academia General Militar.

La sensación que yo tenía en ese momento de enfilar la avenida de la entrada en la Academia debía ser la misma que tienen los toreros cuando van a salir al ruedo a lidiar su toro. Si no peor.

Ya llevábamos cinco días de exámenes el grupo de aspirantes que nos encontrábamos juntos, en la antesala del salón donde el público se encontraba sentado, a la espera de la entrada de seis en seis, a efectuar el examen final.

El número de papeletas que teníamos que haber estudiado previamente no lo recuerdo, pero todas estaban representadas por un número, que se encontraban en unas bolitas dentro de un bombo.

En un momento determinado, un auxiliar, con la lista de los aspirantes de ese día en la mano, empezó a llamar por el nombre y apellido a los seis primeros. Entramos en perfecto orden hacia una enorme mesa alargada, donde se encontraban los comandantes y algún teniente coronel, jueces y árbitros de nuestro destino en la vida. Yo los miraba a la cara, y me parecían seres diabólicos, con expresiones malignas.

La visión del bombo, con las famosas bolitas y el número correspondiente, estaban fijas en nuestras mentes. El coronel me nombró, para que me acercara al bombo y le diera a la manivela, al objeto de que saliera la bolita de la suerte o de la desgracia. Lo normal era que llevásemos unas papeletas mejor preparadas que otras, pero, por mi parte, me daba igual el número que me saliera en la bolita.

Mis piernas parecían que se negaban a ir hacia el bombo, de miedo que tenía, pero creí ver en el rostro del presidente de la mesa, un ligero gesto de contrariedad, que hizo que mis piernas volasen hasta el bombo.

El 37. Esa fue la papeleta que me tocó. La verdad, re-

cuerdo que en ese momento yo tenía la mente en blanco, no me acordaba absolutamente de nada y no recordaba si la papeleta 37 era buena o mala. Respiré profundamente, cogí el papel de la papeleta y me dirigí hacia una enorme pizarra negra como el carbón.

Allí de pie y dando la espalda al tribunal, igual que los otros cinco aspirantes, nos dispusimos a desarrollar, con la tiza en la mano, cada uno la papeleta que en suerte nos había tocado.

Debo reconocer que a mí siempre me ha gustado escribir y dibujar en la pizarra. Se me daba muy bien el desarrollar cualquier tema con una tiza en la mano. Como el examen era de Geometría y Trigonometría, tuve ocasión de exponer y componer en la pizarra, de 2 por 1,5 m., unas figuras geométricas angelicales, amén de unas llaves explicativas que acompañaban a las figuras, desarrollando las respuestas que, además, las aclaraban de una manera diáfana.

Estando en el Colegio de Carabanchel Alto, ya el profesor coronel Lobo, sabedor de mi facilidad con la tiza, me hizo hincapié en que abusase de ello cuando me tocase plasmar la papeleta en la pizarra.

Cuando un aspirante había terminado de exponer la papeleta en la pizarra, debía dejar la tiza y dar media vuelta en posición de firmes. Y esperar a que el tribunal se dirigiera a él, para empezar a explicar la lección.

Pensaba en esos momentos, antes de contestar, que la papeleta estaba muy bien expuesta y todas las preguntas perfectamente contestadas. Si querían aprobarme, allí tenían suficientes razones para hacerlo. No obstante, todos los aspirantes teníamos miedo a las preguntas, que cualquier miembro del tribunal hacía, una vez terminada tu disertación de lo escrito en la pizarra. La pregunta o las temidas preguntas podían ser de cualquier tema que el componente del tribunal quisiera. Eso era lo más temido de los aspirantes, sabedores de que, aunque hubieras explicado la papeleta en suerte muy bien, podían mandarte a tu casa si fallabas las preguntas.

Procuraba respirar profundamente a la espera de la dichosa preguntita. Me la hizo el coronel presidente. Respiré con cierta tranquilidad, porque sabía la respuesta, relativamente fácil, habiendo estudiado, claro. Era un problema de trigonometría, en donde te daban los senos, cosenos y tangentes, de los ángulos de un triángulo y tenías que hallar su valor en otros ángulos. Para no cansar al lector, hube de dibujar una circunferencia (las hacía perfectas) y unos grados y triángulos. Ese día las figuras geométricas, me salieron perfectas, parecía que mi mano la cogía alguien de allí arriba, y que era Él quién realmente cogía la tiza y plasmaba en la negra pizarra, las figuras necesarias. Gracias.

Mi posición de firmes delante del tribunal tampoco podía ser más perfecta: tacones unidos, los pies con un ángulo de 45º, brazos pegados al cuerpo, manos cerradas, pero no apretadas. En fin, creo que el tribunal, ante el pínfano que tenían delante, no podía hacer otra cosa más que aprobarle.

Cuando el coronel presidente, me dijo «Muy bien, puede retirarse», lo que significaba que había aprobado todo, di un taconazo, como yo solo puedo hacerlo: ni muy fuerte, ni muy flojo.

José Antonio Duarte, que casualmente estaba en la pizarra de al lado, terminando de escribir su papeleta, me susurró: «Enhorabuena».

Estaba borracho de felicidad, en ese momento todo el mundo era bueno para mí. Quería que todas las personas con las que me cruzaba se enterasen que había ingresado en

la Academia General Militar, aunque creo que se me notaba en el semblante.

El coronel director del Colegio me abrazó, y me recomendó que me fuera a la Hospedería a meterme una buena ducha y a animar a los que el día siguiente, tenían que sufrir los exámenes.

La vuelta a Zaragoza en el tranvía se me pasó volando, ya que por mi cabeza iban pasando infinidad de personas, momentos, hechos, pero sin ningún orden. Mi cabeza parecía que iba a estallar en cualquier momento. El tranvía cruzaba el rio Ebro, cuando volví a la realidad, bajando de los últimos sin prisa alguna, ya que me encontraba como un autómata y deambulaba como si estuviera en una nube.

Como para llegar a la Hospedería tenía que pasar por delante del Pilar, pasé a dar las gracias a la Virgen, por haberme ayudado.

Cuando entré en la nave del dormitorio, ya todos conocían la noticia y vinieron a abrazarme. Las preguntas se sucedían una tras otras, estando todos ansiosos por saber de mi boca, cómo había sido el examen oral, qué papeleta me tocó, si había mucho público en la tribuna, qué pregunta me hicieron al final etc.

El caso es que les recomendé, con una poquita autosuficiencia y un pelín de chulería, que lo mejor que podían hacer, era seguir estudiando las pocas horas que les quedaban y que estuvieran tranquilos, como yo estuve.

Eso sí, al comentarles que se lo pedí a la Virgen que estaba en el recibidor de la Hospedería, me dejaron solo y se fueron a rezar la mayoría.

Qué ducha. Maravillosa ducha. Mi vecino en la cama me dejó su gel de baño y me dijo que no me preocupara de usar todo el que quisiera. Que no me preocupase por el gel. Y allí estuve durante media hora. Me puse ropa de paisano y me fui volando a la Telefónica, en el Paseo de la Independencia, para llamar a mi madre y decirle la noticia. Porque la pobre estaba más que asustada.

Ya más tranquilo, llamé a Carmen, comunicándole también que había aprobado y planeando con ella una visita en agosto, a Benidorm, donde ella siempre veraneaba.

Terminadas mis conversaciones telefónicas, me tomé unas cañitas en el bar La Espiga y, a continuación, al cine Palafox. No recuerdo la película, pero sí la música que, en el momento de entrar en el cine y antes de apagarse las luces, se oía por todos los salones. Era una canción que hacía referencia a Brigitte Bardot, BB, una guapa y rubia francesita.

Terminada la película, marché a la Hospedería, donde mis compañeros todavía estaban hincando los codos.

Tardé mucho todavía en dormirme, ya que alguno me pidió por favor que le ayudase a resolver un problema de Geometría, cosa que naturalmente hice con sumo placer, pudiendo comprobar lo bien que se ven los toros desde la barrera.

Esta foto es especial para mí y para todos los pínfanos. En ella se puede contemplar perfectamente, en el centro, la Basílica del Pilar. En el extremo derecho la torre de la Seo, catedral de Zaragoza, a cuyo pie salían los tranvías que nos llevaban a la Academia General Militar. Y en la parte izquierda, y a continuación de la Basílica, se puede ver un edificio con cuatro arcos, que pertenecen a la Hospedería del Pilar, testigo en 1960, de mi felicidad y de mi tranquilidad celestial.

Era norma de la Academia General que los que habían ingresado el día anterior, debían presentarse en la Jefatura de Estudios al día siguiente, a fin de recibir las instrucciones de



Recreación actualizada

los primeros pasos a realizar durante el verano. Amén de ir a la sastrería de Zaragoza que quisiéramos, a que nos tomasen medidas para el uniforme de Cadete, así como una primera prueba, sin la cual no deberíamos salir de la ciudad.

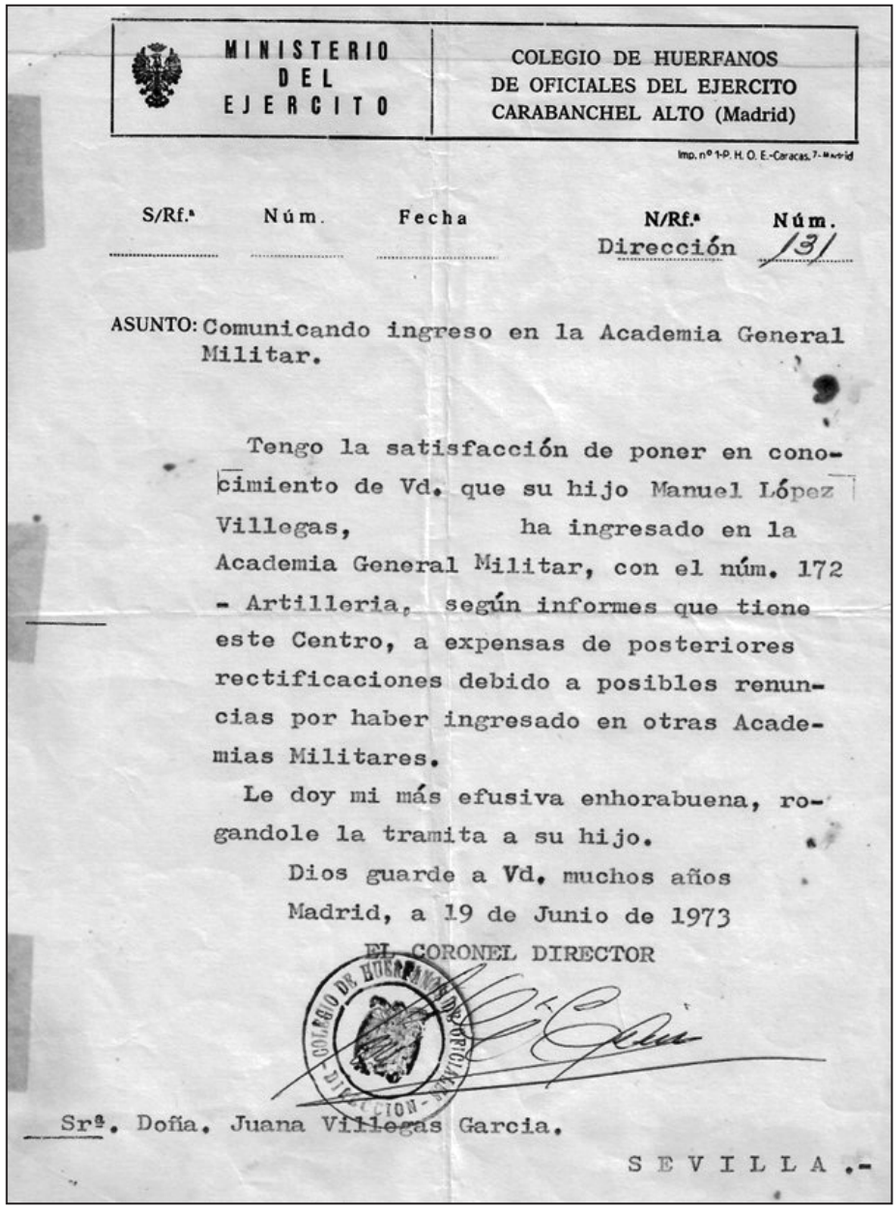
Con la entrega por parte del coronel jefe del Detall de unas cadeteras rojas (que todavía tengo), para la madre o para la novia, nos despedimos momentáneamente de la Academia, con la promesa de que volveríamos a ella, un día del mes de septiembre.

Y, aunque esta historia ya se va acabando, no quiero terminar este relato. Ya que cuando me despido de algo muy importante para mí, como es mi tiempo pasado, mis antiguos compañeros, parece que, a la vez, te estás despidiendo de ti mismo.

Porque en el fondo, una parte de ti se está yendo al decir adiós.

No recuerdo quién dijo que se tarda un minuto en decir «hola» y toda una vida en decir «adiós». Así que he decidido alargar la despedida para alegría y felicidad mía. Aunque, la verdad, pienso que mis recuerdos los llevaré siempre conmigo y nadie me los podrá arrebatar. Además, pretendo «vivir siempre» y, por ahora, lo voy consiguiendo.

En el párrafo anterior, comento que he decidido alargar mi despedida, pero en realidad, no nos engañemos, es que no sé cómo acabar esta historia de los pínfanos, representada en mi persona, porque nunca he escrito más de una página, y por lo tanto nunca me había encontrado ante una situación semejante. Os comento un secretillo, sobre esto anterior. Más de diez veces he ido a El Corte Inglés de la calle Goya a la sección de libros y he estado ojeando muchos de ellos, para empaparme la terminación de



MINISTERIO DEL EJERCITO

COLEGIO DE HUERFANOS DE OFICIALES DEL EJERCITO CARABANCHEL ALTO (Madrid)

Imp. nº 1-P. H. O. E.-Caracas, 7.-Madrid

S/Rf.ª ..... Núm. ..... Fecha .....

N/Rf.ª Dirección Núm. 131

ASUNTO: Comunicando ingreso en la Academia General Militar.

Tengo la satisfacción de poner en conocimiento de Vd. que su hijo Manuel López Villegas, ha ingresado en la Academia General Militar, con el núm. 172 - Artilleria, según informes que tiene este Centro, a expensas de posteriores rectificaciones debido a posibles renuncias por haber ingresado en otras Academias Militares.

Le doy mi más efusiva enhorabuena, rogandole la tramita a su hijo.

Dios guarde a Vd. muchos años

Madrid, a 19 de Junio de 1973

EL CORONEL DIRECTOR

Srª. Doña. Juana Villegas Garcia.

SEVILLA.-

estos. Y al final solo he conseguido calentarme la cabeza, sacando la conclusión de que no me ha servido absolutamente para nada.

Bueno, volviendo a la Academia. Comento que después de hacerme la primera prueba del nuevo uniforme, y de hacer la despedida sentida de mis compañeros, que todavía se encontraban en la Hospedería pendientes de alguna prueba de ingreso, cogí el tren a Barcelona. Para comenzar mi nueva vida, planificar la visita a mi familia y ver si podía ir a darle en persona, a Carmen, las «cadeteras». Acompañado de algún beso, que me compensara los malos ratos que había pasado en Zaragoza.

Ya en mi compartimento del tren, camino de la ciudad condal, en la tranquilidad que me daba en aquel momento el traqueteo del tren, me fue imposible el no rememorar la vida que, ya definitivamente, acababa de dejar atrás. Quizás en ese momento, en la soledad física en que me encontraba dentro del compartimento del tren, después de mucho tiempo, entré en un estado sensible y me dejé impresionar pensando en la vida que anteriormente me había tocado vivir, por circunstancias ajenas a mi persona. Fue cuando, en realidad, mi mente hizo un repaso de todo lo ocurrido en mi vida: Cuando, con solo siete añitos, mi querida madre, a la que nunca supe demostrarle o compensarle, todo mi amor y agradecimiento por los sacrificios que tuvo que padecer, al tener que separarse de su hijo más pequeño, durante tantos años, repito, con solo siete años y en un tren un poco más antiguo que el presente, me llevaba a Padrón.

De pie y apoyado en la ventanilla del compartimiento,

iba dejando que mi mente, siguiera recorriendo libremente mis distintas estancias en los internados. No pude impedir que unas lágrimas fueran recorriendo mis mejillas, primero despacio y después no tanto, al recordar los catorce años anteriores, encerrado la mayor parte del tiempo, entre cuatro paredes y sin poder salir a la calle muchos domingos.

Lo primero que me vino a la mente, en ese paso de la película de mi vida, fue el frío. La falta de ropa de abrigo suficiente para vencer el frío hizo de ello un problema urgente a resolver, usando hojas de papel que me colocaba debajo de la camisa. No lo había citado anteriormente. Como meter un ladrillo caliente, dentro de mis sábanas en el colegio de La Inmaculada, siguiendo el sabio consejo del obrero. Siempre he sido muy friolero. Ya he mencionado mis carreras a coger, en los descansos entre las clases, un sitio pegado a los radiadores de la calefacción, situados en los pasillos, ganando a Manolo Puente, Antolín o a Fajardo, que intentaban hacer lo mismo.

En ese recorrido mental, a continuación, entraba el importante capítulo de la alimentación. No podía dejar de pensar en mi lucha por buscar algo que llenara mi estómago, de lo cual no me avergüenzo. Las argucias que inventaba (los cuadernos de 25 hojas que por la noche sentado en el plato de la ducha y a la luz de una vela fabricaba para tener pan el día siguiente). Eso hacía que mi mente discurriera a más velocidad que la de mis compañeros, para intentar solucionar ese problema, ya que quieras o no, ellos eran mi competencia. Ejemplo de ello, mis conquistas matutinas del gofio canario del bueno de García Robayna y del aceite de oliva de Martínez de Cazorla.

No sé si fue que entraron personas en el compartimento. El caso es que cortaron mis pensamientos, pero solo momentáneamente, ya que una vez que nos sentamos todos en nuestra plaza, mi mente voló alegre y nuevamente a repasar en detalle, paso a paso, mi vida. Aunque aquí solo describa lo más sustancial.

Enumerar las personas que, durante esos catorce años, me hicieron compañía en un sentido o en otro, compañeros, profesores, hermanas de la Caridad en los primeros años, traería consigo alargar este relato muchas páginas, ya que me acuerdo de muchos de ellos. Todos sirvieron para moldear mi forma de ser, mi modo de pensar. Cada uno una parte. En fin, mi estilo de hacer frente a los distintos y continuos problemas, que todos tenemos o nos encontramos, en el largo recorrido de nuestro caminar por la vida.

Me estaba dando cuenta, de que solo contaba cosas del pasado que eran positivas, y es verdad. Pero siempre ocurre lo mismo: «la memoria del corazón elimina los malos recuerdos y hace mucho más grandes los buenos. Y gracias a esto, logramos sobrellevar el pasado».

Esta despedida, quizá sea para siempre, pero los recuerdos imborrables de mi etapa pinfaníl, nunca se esfumarán de mi pensamiento.

Bueno, adiós.

Anécdotas

El Pínfano y el oso

Aquel año, una novedad vino a romper la monotonía pinfanera de Santa Bárbara. Recibíamos la visita de un grupo de alumnos de una academia premilitar francesa, ubicada en La Flèche (valle del Loira). Franceses y con uniformes fardones y peliculeros. ¡Vamos! Para los pínfanos... extraterrestres. Hospedados en el redil pinfanero, salían y entraban, cumpliendo un programa que nos era totalmente desconocido.

Una noche, tibios todavía los estómagos por la sopa nocturna, y en el tiempo a correr entre el cenorrio y la pitada de orden dormidera, formábamos, sentados en el suelo del dormitorio, un corrillo coloquial hispano/francés. Pretendíamos alucinar a los franchutis con las maravillas made in Spain. No faltó, incluso quién, tomando una colcha, se despachó unas verónicas. ¡Por cierto! Nunca he sabido si existe algún pínfano que haya sido torero. Profesional, claro. En el curso de aquella tertulia, de pronto, apareció enmarcado por la puerta. No recuerdo su apellido. Creo que se llamaba Manuel y era malagueño.

Bueno, afloró este pínfano, con los pantalones del trapillo calzados hasta el pecho, es decir con las canillas ventiladas y marcando paquete en toda su dimensión. La camisa anudada a la misma altura y los brazos alzados para dar palmas, simulando el golpear rítmico de una pandereta. Cimbreando las caderas voluptuosamente, deambulaba entre los reunidos a los que marcaba con su insinuante mirada. Aquella zíngara, con barba de cuatro o cinco días, con sus evoluciones de peonza torpe, se aproximó a una taquilla cercana ligeramente entreabierta. Con gesto misterioso, tomó el cabo de una correa que de ella pendía y pronunció una orden:

–¡Uk! ¡Uk! (en albano de curso acelerado).

No terminó su segundo pronunciamiento, cuando, al final de la cincha formada por dos cinturones unidos, y asido por el cuello, súbitamente, precedido de un estremecedor alarido, dando un esperpéntico salto, irrumpió Aquello. Aquello, brincaba, rebotaba, arremetía, trasponía el corro, quebraba, izaba los cuartos traseros y simulaba zarpazos.

Aquello inquietaba con su aterradora mirada. Aquello bramaba, bufaba, aullaba y rugía. Aquello, era el Pelos –no diré su nombre–, corito (en esta tierra, en pelotas), pínfano así apodado por la gran cantidad de vello que adornaba todo su cuerpo y que en esta ocasión pudo mostrar sin interrupción de continuidad. Las pupilas de los franceses se dilataron y sus rostros tornáronse

pálidos. Muchos, como rayos, se pusieron de pie en inicio de huida, pero estaban petrificados. Sin duda, la trama urdida por el pínfano malagueño y el Pelos, y desconocida por el resto, consiguió sobradamente el efecto pretendido de sorprender a los pipiolos de La France. Añadiré, si me guardáis el secreto, que mi corazón también se aceleró y se me subieron aquí.

El calabozo

¿Alguno de ustedes estuvo en el calabozo del Alto? Yo fui inquilino durante unos quince días. Estaba situado a la salida del comedor, a la derecha, frente a la enfermería. Allí te confinaban bajo el control de los «dober» y únicamente se salía para los tiempos de comida, clases (por la tarde), cena y horario de «dormida».

Las celdas eran angostas, pero de total altura de la planta. Su espacio admitía un pupitre de estudio y poco más. No tenían ventanas y, para su ventilación, los tabiques separadores no cerraban totalmente al techo, dejando una escotadura en su parte más alta. Pues bien, en el intento de dificultar, que acercando el pupitre y subiéndote sobre él, intercambiaras objetos con el posible vecino por esa abertura, –¡oh refinamiento!– habían anclado aquél a la pared frontal con gruesos ángulos de hierro.

Yo estuve en varias ocasiones, más bien muchas, en ese famoso calabozo del Alto. Nos quitaban el colchón al tocar diana, estudiábamos o lo que fuera en una pequeña mesa, o sentados en el somier durante las horas de estudio, después a clase, casi escoltados, hora de comida, de nuevo estudio mientras los demás se desfogaban en el patio o pasillos. A clase, estudio, cena, estudio, colchón y hasta el día siguiente. Todo por hablar sin permiso ante el «señor» director alias el Zupo o por un mínimo suspenso en la semana. Coincidí por lo menos en dos ocasiones (en el calabozo, por supuesto), que yo recuerde, con otra persona, que también era asiduo del susodicho «hotel» con frecuencia; una vez, al enviar una carta a su familia, puso como remite «Prisión de Sing-Sing». Supongo que alguien del año 65, lo recordará. Bueno, esos tiempos afortunadamente, ya pasaron.

El Platijo y su botijo

Corría un mes de abril y estrenábamos nuevo administrador. Con su arribo, la cuestión del papeo había empeorado notablemente. En la mañana de un domingo, a la hora del desayuno, el flamante iniciado comparecía en el comedor. Advertida su presencia, la plebe situada al fondo inició un tímido murmullo de protesta. El murmullo fue ganando seguridad y vigor, sumándose a él toda la concurrencia. Y rolando, rolando, se acrecentó hasta venir a ser un abucheo general acompañado del correspondiente pateo rítmico.

Sí, sí. Los administradores con tez roja, verde y azulada existen. Incluso sus calvas pueden adoptar estas coloraciones. ¡Se evaporó! Veloz, como el rayo, debió llegar el informe del hecho al irascible señor de la Z, puesto que raudos irrumpieron los «dober» en el refectorio.

–¡Vamos! ¡Rápido! ¡Todos al patio! ¡Ya! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Formad en el patio!

Allá corderos, entre risitas celadas, formamos frente a la fachada principal, a la espera del alegato de amonestación. Pero no. La sutileza del Irascible nos reservaba otra sorpresa. Fue mantenernos en formación vigilada y posición de firmes hasta la hora de la comida. Superamos las cinco horas.

¡Tíos, como en el Puente sobre el río Kwai! Bueno, sin

la música de fondo de aquella marcha «al silbo». No, no se oía silbido alguno, pero si recuerdo el zumbo de un «jodío» abejorro, empeñado en su cachondo slalom entre las filas. Hubo quien no soportó el turno, y al mareo, midió su altura, dando con sus huesos en el suelo patrio. Mi disco duro tiene ya partes blandas, y he olvidado qué fue de aquella tarde dominical. ¿Nos dejaron salir? ¿Chupamos estudio? No alcanzo.

Días más tarde, un grupeto de pínfanos, con nocturnidad, del árbol central del patio colgaban un botijo por su pitón, adornado por un cartel con la siguiente proclama:

¡Platijo! (apellido figurado del mentado administrador, pero de misma rima):

Como a este botijo,
por malo y por cabrón,
te colgamos por el pijo.

A la mañana siguiente ¡Oh milagro! El cantarillo y la leyenda habían desaparecido, sin que la pinfanada pudiera gozar de aquel espectáculo. Ningún comentario ni reacción de la superioridad superior. Mutis oficial. El más absoluto de los silencios.

Tal vez el abucheo fue desmedido. Quizás el administrador pasaba por allí. No sé. Sólo estoy seguro de una cosa, y es que el más inocente de esta historia era el botijo.

¡Ah! Se me olvidaba. El condumio, no mejoró.

Aquellos libros

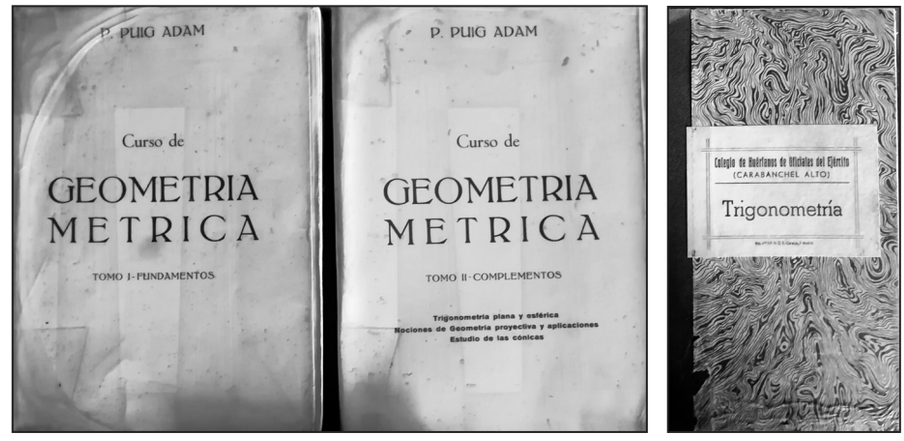
Al manosear esta agenda, me llegó el recuerdo de aquellos libros heredados de curso en curso. Tenían su lomo de color siena tostada y con una encuadernación en negro/gris comando. Su interior, a pesar de la prohibición existente, estaba repleto de anotaciones, sentencias, reflexiones filosóficas y paridas de los sucesivos herederos. También allí, el tampón con una advertencia que, textualmente, indicaba:

«Este libro es propiedad del Colegio de Huérfanos de Oficiales del Ejército y, caso de ser vendido, se perseguirá judicialmente al vendedor y al comprador».

El Katanga

Año 1962. Santa Bárbara. En fechas cercanas a la celebración de La Inmaculada, bregaba con Cuto Carballés en la elaboración de ornamentos para la festividad. Confeccionamos un gran escudo de España, a la usanza gloriosa del momento que apantallaba todo el altar de la capilla. Estábamos además en la confección de algunos módulos decorativos para ambientar las paredes del comedor.

En ese empeño, se me ocurrió pintar en el tablero y recortar después un grupo de porteadores nigerianos, fornidos y con enormes fardos a sus cabezas. Tras ellos, un diminuto personaje, minúsculo, vestido con uniforme de calzo corto y sombrero de explorador,



portando a su hombro un gran cazamariposas. Este meñique batidor, era una caricatura del Katanga, profiterol (profesor) de Análisis matemático.

Llegada la conmemoración de la Patrona y en los actos de convivencia, el Katanga observó con todo detenimiento la representación. Permaneció impávido, sin emitir comentario alguno y manteniendo un rictus de sonrisa empeñada. Nada más.

Salvados los festejos, en el primer día lectivo, me invitaba el Katanga a ponerme de pie en clase, increpando:

–¡Lazo! En primer lugar, le expreso mi felicitación por sus cualidades artísticas, pero... en segundo lugar, por el contenido irrespetuoso de su obra, estoy obligado a sancionarle. ¡Este fin de semana, sin salida!

Toda esta exposición viene a cuento de dejar constancia de aquel extraño síndrome euclidiano del Katanga. ¡Coño! Siempre con sus paralelismos.

Cómo cuando frecuentemente, al comprobar flojedad en tu desarrollo del tema, exclamaba:

–¡Dos fines de semana sin permiso!

–Uno, por no saber la lección. Otro, por haber desobedecido la orden que tiene de estudiarlo.

Deporte en el Alto

Nunca tuve clara la razón de negarnos, en el Alto, la posibilidad de jugar al fútbol. Me parece recordar el argumento de las posibles lesiones que dificultaran la realización de las pruebas físicas en el examen. Tendría sentido en fechas o meses próximos a la cita en Zaragoza, pero no durante todo el curso.

A pesar de la prohibición, en ocasiones, cuando la inspección se relajaba, alguien en la cancha de baloncesto (de tierra), daba suelta a una pelota de tenis y con ella, en aquél reducido espacio, igual competíamos veinte contra veinte futboleros (o más). Era un triunfo alcanzar, entre tanta pierna de torcida intención, aquella nimia pelota sin poner en grave riesgo las propias.

Era una sucesión de acaloradas exclamaciones:

¡Pasa! ¡Pasa! ¡Toma! ¡Va! ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Joder! interrumpidas frecuentemente por otras de mayor intensidad:

¡Ay! ¡Ay! ¡Vete a tomar...! ¡Cabrón! ¡Mira donde pegas!…

NOTA. –No había árbitro.

Mi deporte era el frontón y era bastante bueno. Recuerdo que el único año que estuve de virus en el Alto, organizaron diversos campeonatos con motivo de la Inmaculada entre los sanos y los infectados. Según avanzaban los campeonatos, se veía que la mayoría de los juegos los ganarían los infectados, por lo que el Zupo decidió suspender los juegos.

Yo participaba en frontón y fui un poco culpable de la suspensión.

¡Una de veterano!

En las mañanas domingueras, mediaba corto tiempo entre la suelta festiva y la hora de la comida. Siendo así, y con el fin de dedicar más tiempo al galanteo de mi novia carabanchelera –hoy aquí omnipresente–, este devorador de piedras sacrificaba el rancho y no acudía al comedor.

Mi novia, sí comía. Me decía que con muchos nervios. Durante el lapso empleado por ella en tan sagrado cometido, el menda se internaba en el Valderrama. Allí, me acomodaba junto al ventanal que daba a la plaza Eugenia de Montijo. Sí, sí, en aquella mesa de mármol con soporte modernista parecido al de las máquinas de coser Singer. Con voz que pretendía curtida, pero seguramente era de gilipollas, pedía el menú del día.

¡Juanito! ¡UNA DE VETERANO! De esta manera, en tanto observaba la llegada y partida de cada tranvía, colocaba el brebaje, plato único, entre pecho y espalda. Sin más bendiciones. Al trinco, como los machos; y quedaba en orden de marcha para acudir a la sesión del Salaberry. Será de entender la voracidad de mis ataques a los acostumbrados huevos con papas fritas de las cenas de los domingos. Aquellos huevos de yemas descoloridas y pegados unos a otros en ristra de encaje de bolillos.

¡Rediós! ¡Qué bien sabían! Los engullía que..., parecía no hubiera comido.

Milagro

¡Qué atónita mirada, la de aquel «dober»! Media tarde invertida en nuestra búsqueda. Cancerbero de todas las entradas. Y ahora, en el momento de la cena, emergíamos, integrados con toda naturalidad, a la avenida de los pínfanos hambrientos al comedor.

¿Cómo era posible? Había escudriñado hasta el último rincón y vigilado todos los ingresos y nada. Sus ojos inquirían, al acecho de una duda en los nuestros o de un gesto delator. Y nada. Milagro, milagrero. Este suceso, se repetía en aquella historia choetana. Pero siendo los milagros de dudosa reputación, vaya aquí una explicación para los escépticos. Detrás del altar de la capilla practicable, existía un pequeño recinto que oficiaba de mini sacristía.

En su techo, por una trampilla se accedía al entramado de traviesas, puntales y tirantes de la techumbre; lugar donde previamente se había situado la ropa de calle. Llegados aquí, se realizaba el cambio de vestimenta dejando el trapillo y, deslizando unas cuantas tejas, se alcanzaba el techado. Recorriendo a continuación el perímetro del frontón por su cornisa, daban tus pies en la tapia. Sólo un salto nos separaba ya de unas horas de holganza. El regreso concluía por la misma vía y con el tiempo calculado, para advenir en la movida de pínfanos por los pasillos con destino al cenorrio.

Nunca pudo imaginar el «dober» evasiones tan litúrgicas. Sucedían en el Alto. Ya no tuve conocimiento de ningún otro milagro por aquellas tierras, hasta el de Prado Nuevo, en 1980. Bueno, pero este de El Escorial, lo era al modo de los censados por el amigo Pirulo y queda al sesudo estudio de su especialidad.

Tocata y fuga

Corría el año ¿1963?, ¿1964?, no estoy seguro. Alguien decidió hacer unas obras en una zona próxima a la terraza a la que daban las puertas-ventanas del dormitorio del primer piso, hablo del Alto. Creo que esas obras eran el embrión de lo que luego debió ser la ampliación del colegio. Las susodichas ventanas estaban condenadas a no abrirse con unas pletinas que unían ambas hojas y se sujetaban con dos pernos de cabeza lisa por el interior y roscados por la parte de la terraza con potentes tuercas.

En toda obra que se precie debe haber una escalera más o menos larga, en este caso hecha de forma manual con dos trozos de poste y travesaños de tablón de obra, para que los obreros accedan al tajo y una grúa más o menos potente para subir los ladrillos, la masa, etc. Aquí una pequeña grúa con un motorcillo que ya era adelanto, pues, en aquella época, lo que se llevaba era la polea movida por el motor de los brazos del peón correspondiente.

Os podéis figurar: pínfano que mientras toma el sol después de comer apoyado en la tapia otea con mirada perdida la instalación, pínfano que se le

enciende la bombilla, pínfano que convoca a la peña de amiguetes del primer dormitorio, pínfano de Madrid que trae de casa una llave inglesa, pínfanos que echan a dedos para ver quién sube el domingo por la noche por la escalera para desatornillar las tuercas antes de la hora de la cena y… ¡aleluya! Ya había una puerta ventana que por el interior tenía la misma apariencia que las demás, pero si tirabas de los pernos, al no tener tuercas, salían limpiamente, la pletina se soltaba y la ventana se abría.

Cuando los que por la noche decidían darse un paseo, por el Bajo o por donde fuera, salían, se colocaban nuevamente los pernos y la pletina desde dentro y hasta la vuelta. Los grupos no eran de más de cuatro cada día y la cosa resultaba sencilla: ventana, terraza, escalera de madera, tapia... y la libertad. Todo trascurría con normalidad hasta que Vílchez (canario de 80kg largos), con una pierna escayolada, decidió que él también quería irse. Cuentan los que aquella noche, porque las fugas eran todas por la noche una vez que se apagaban las luces, se escaparon con él que lo que fue salir a la terraza y bajar por la rústica escalera de mano hasta el suelo, salió bien: los problemas empezaron a surgir a la hora de saltar la tapia. Por más que intentaron no hubo manera, pues entre el peso corporal en sí y la escayola no había forma de que saltara la tapia por más que alguno hiciera de escalón humano a base de dejarse los riñones en el empeño.

Así que decidieron desandar lo andado y volver al dormitorio. Entonces es cuando de verdad aparecieron los problemas. El primero y el segundo subieron bien por la escalera, pero al subir el tercero y el de la escayola, cuando iban por el tercer o cuarto escalón, como la escalera estaba hecha para soportar pesos de los en aquellas épocas magros obreros y no pesos pesados, se rompió. Y ahí estaban los dos fugatas en el suelo midiendo con la mirada los cuatro metros y pico que les separaban de la terraza. ¿Qué hacer?

La historia se repite: pínfano que se le enciende la bombilla y propone subirlos con la grúa, pínfanos que les parece buena la idea, pínfano que empieza a manipular el motorcillo de la mini grúa hasta que da con la palanca adecuada de subir y bajar la sirga, al final de la cual tiene un gancho y en él enganchan un cubo. Pie bueno dentro del cubo, pie con escayola fuera, manos agarradas a la sirga y ¡aleluya! el Vílchez en la terraza, luego el otro compa y ¡a correr!

El ruido de la grúa en mitad de la noche no pasó desapercibido. Luces que se encienden en el dormitorio, inspector que entra (creo que era un tal Corchado que había sustituido al Culeras), recuento del personal, todo en orden y vuelta a dormir.

Todos pensábamos qué pasaría al día siguiente. No pasó nada, nadie dijo ni pío, pero durante bastante tiempo ninguno se animó a fugarse. Cuando, por fin, alguien lo quiso intentar, los pernos de las puertas ventanas no podían sacarse y los obreros, cuando se iban de trabajar por la tarde, dejaban la escalera que usaban bien guardada.

Fue una pena pues, además de la escapada en sí, que te daba un aire de libertad robada y conseguida a base de ingenio, desapareció esa movida soterrada que se organizaba en las horas preliminares, incluida la cena, entre los fugatas y sus cómplices.

Memoria Fotográfica



Entre otros, Losada, Obregón, Duarte y Antolín
Al fondo el edificio de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados,
actual Hogar Santa Teresa Jornet (al otro lado de la tapia, callejón de la Rosa)



Año 1960



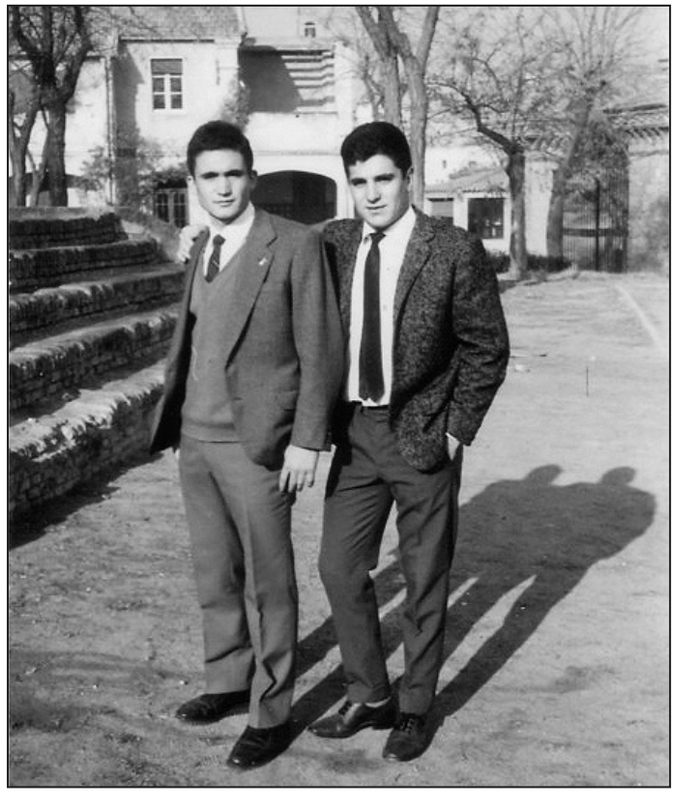
El Peque, Goas, Otero y Cabezas de Aguilera



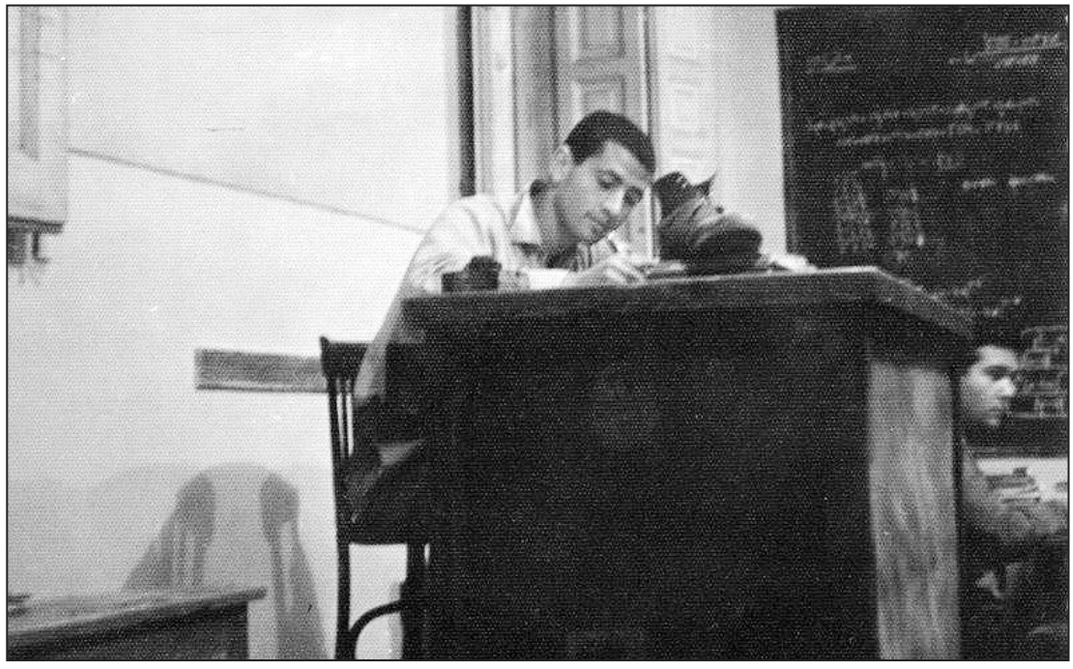
8 diciembre 1953 – Secciones 3ª y 6ª – Matemáticas, profesor comandante Aparicio



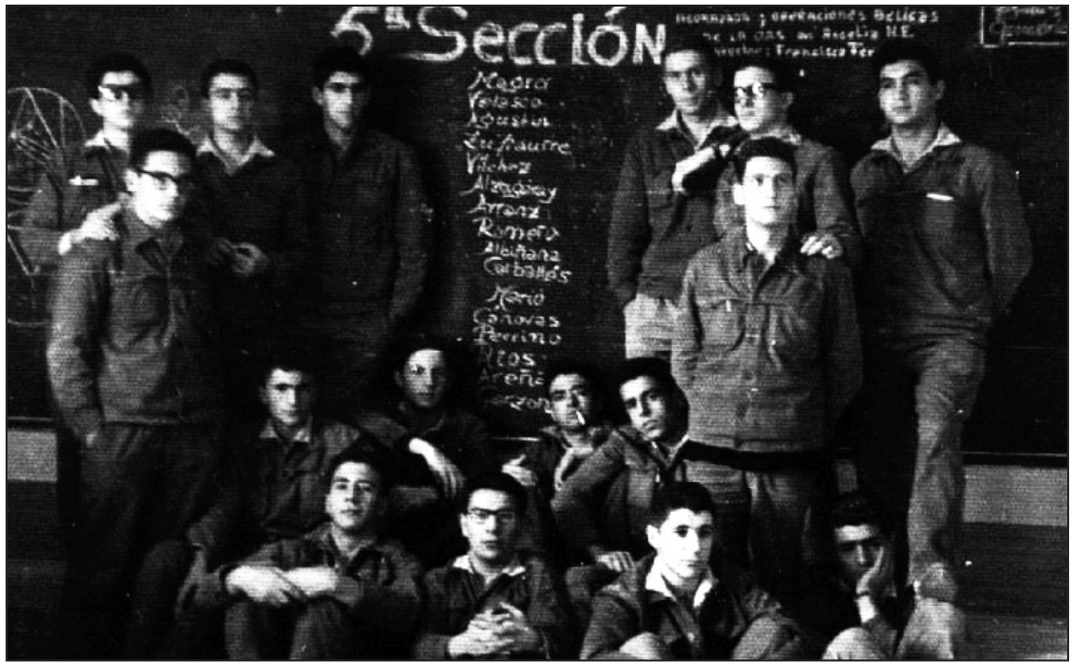
Equipo de balonmano: de izquierda a derecha y empezando por arriba: Ulpiano, Faro; Balmori, Furelos, Chiqui y Marcilli. Agachados, de izquierda a derecha: Crespo, Argueso y Eiroa



Pedro Miguel García (Pandu) y José Furelos Mogo (el Farda)



Fernando Lazo Payo (Zoyo) con una bota encima de la mesa y al fondo Neira (Aprox. 1962)



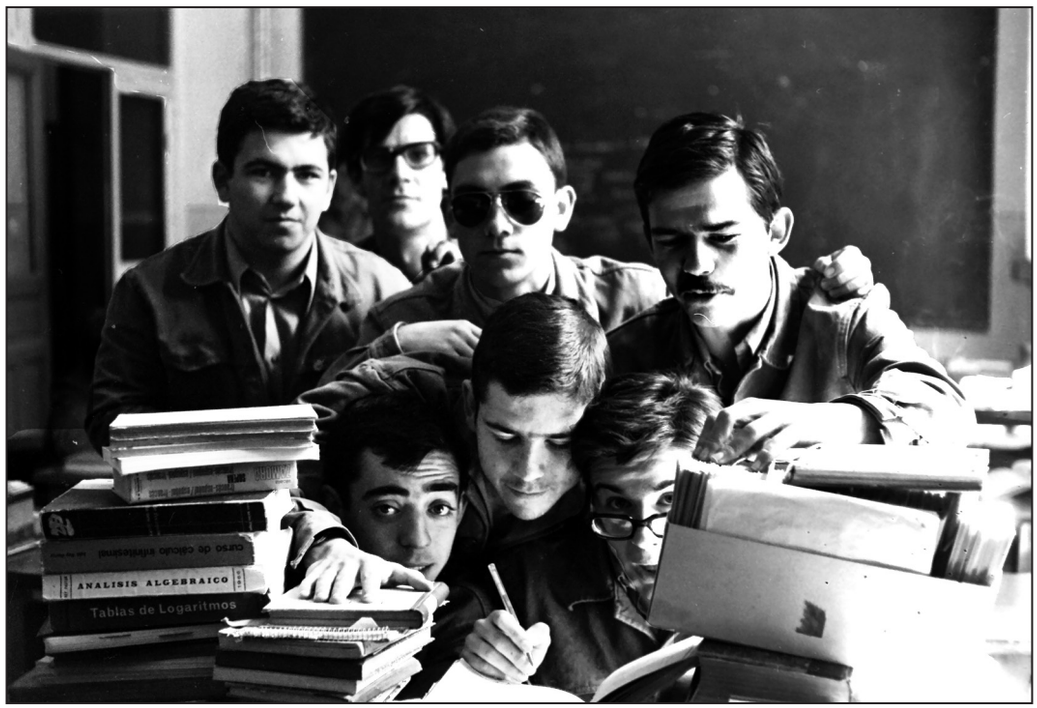
1962-63 – 5ª Sección (algunos de la futura Promoción XXII)
De pie tercero por la derecha, al lado de la N, José Ángel «Cuto» Carballés Romaní



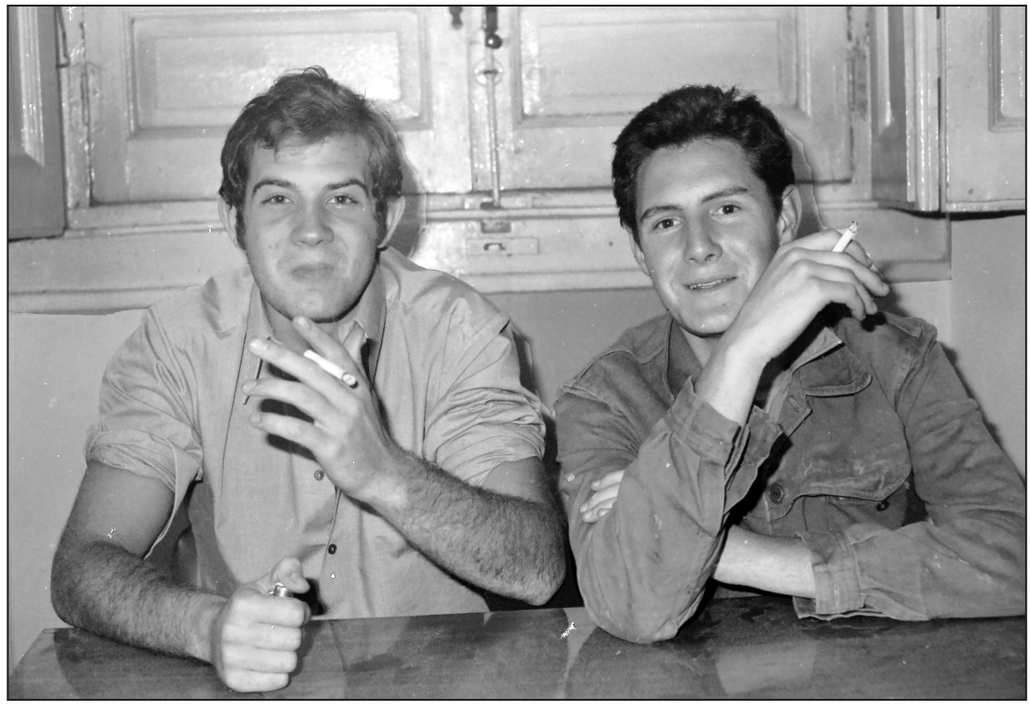
Aprox. 1963-64 Lete y Lucas Remírez luciendo trapillo



En sentido dextrógiro: Emilio Tomé, José Antonio Cordón, Ignacio Negueruela, Ramón Moralejo, Fermín Ruíz Ferro, García Velo, Alfonso Monge, Guillermo Huelin y Jaime Tascón (8 de diciembre de 1972)



Abajo, izquierda a derecha: Chamorro, Fernando Villegas y Balaguer
Arriba, izquierda a derecha: Gutiérrez, Álvarez Abeilhé, Tascón y José Villegas



1972-1973 Moreno Gramaje y Vidal



1972-73 Cuarta fila (con gafas) Jaime Tascón, tercera (con gafas) Alfonso Monge, segunda (pegado a la pizarra) Francisco Chapa, primera izda. Pepe Chamorro (✝) y bajo la ventana Manolo Balaguer



1971-1972 Primero de la derecha Manuel López Villegas



1972-73



1972-73 Secciones 3ª y 4ª

El colegio en la actualidad

Información obtenida de la Revista Ejército nº 965, septiembre 2021.

El día 20 de marzo de 1975 se aprueba el cierre del colegio-residencia Santa Bárbara y San Fernando de Carabanchel Alto. El 31 de agosto de ese mismo año se da por desaparecido dicho colegio, convirtiéndose en la Escuela de Formación Profesional nº 1 y posteriormente, tras levantar nuevas edificaciones y ampliar las existentes, se transforma en el Instituto Politécnico nº 1 del Ejército de Tierra.



HEMEROTECA

Una pocas fotos de los primeros años del colegio de Santiago, obtenidas gracias a internet en el fondo documental de la agencia EFE.



Madrid, 23/02/1945. Vistas exteriores del Colegio de Santiago para huérfanos de militares en Carabanchel. EFE/Vidal



Madrid, 23/02/1945.- Vistas interior del Colegio de Santiago para huérfanos de militares en Carabanchel. EFE/Vidal



Madrid, 26/02/1945.- Inauguración del Colegio de Santiago para huérfanos de militares en Carabanchel, con asistencia del ministro el Ejército, Carlos Asensio (d); ministro de Gobernación, Blas Pérez (c); y José Moreno Torres (i). EFE/Vidal



Madrid, 26/02/1945.- Inauguración del Colegio de Santiago para huérfanos de militares en Carabanchel, con asistencia del ministro el Ejército, Carlos Asensio (2d); ministro de Gobernación, Blas Pérez (7d); el obispo de Madrid-Alcalá, Leopoldo Eijo Garay (4d) y otras personalidades. EFE/Vidal

Epílogo

A lo largo de las páginas precedentes hemos dado un rápido, emotivo y exhaustivo repaso al pasado común de muchos de nosotros, de los que tristemente ya se fueron, aunque los mantengamos presentes en nuestros corazones, y de los que todavía seguimos dando guerra, al pie del cañón; ciertamente, fueron aquellos tiempos duros y difíciles en los que durante años nos vimos forzados a convivir, recluidos entre cuatro paredes, veinticuatro horas al día con chicos de nuestra edad y en la misma situación que nosotros.

Tal vez no fueran días de vino y rosas, pero tuvimos momentos de felicidad y disfrute de la vida que, aunque efímeros, dejaron una huella imperecedera en nuestros recuerdos; compartimos vivencias exigentes y casi siempre críticas, sobre todo por ocurrirnos a edades tempranas, en la fase de formación de nuestra todavía incipiente existencia, pero, de alguna manera, nos prepararon para afrontar el reto de vivir nuestras vidas con fuerza, optimismo, experiencia y la esperanza de un futuro mejor.

Hemos escrito este libro con un claro propósito, centrarnos en los aspectos positivos de aquellos años, suavizando en lo posible los peores momentos vividos, aunque sin olvidarlos por completo ni ocultarlos; obviamente los hubo negativos y afloran a la superficie al leer entre líneas los relatos y descripciones de personas y situaciones, pero gracias a la indulgente y valiosa perspectiva que nos aporta mirar hacia atrás desde el presente, es más sencillo pasarlos por alto dándoles una importancia relativa, porque la publicación del libro debía ser motivo de alegría y reencuentro, la oportunidad de rememorar nuestra juventud una vez superadas las vivencias de entonces.

Es el caso de las descripciones de los profesores y personal de los colegios en general, en su redacción se ha respetado lo que originalmente escribieron los pínfanos que aportaron sus opiniones en el documento conjunto «Historias de webfanos», pero se han eliminado algunas expresiones hirientes o malsonantes porque quedarían fuera de lugar en un libro como este, que no pretende juzgar a nadie ni una época concreta sino presentar los hechos tal como se recuerdan, en lo fundamental se ha mantenido el espíritu crítico y en ocasiones mordaz de sus autores.

Nuestro libro tuvo un precedente, en septiembre de 2000 un grupo de antiguos alumnos consiguieron reunirse en el Bajo para conmemorar el aniversario de su salida del colegio, el documento, encuadernado sencillamente, lo había elaborado Ramón Cabezas de Aguilera

trabajando paciente y calladamente durante dos años, lo tituló «El Colegio de Santiago hace 50 años» y como autores queremos rendirle homenaje con estas líneas porque fue la chispa que prendió la mecha que más tarde dio lugar al nacimiento de la Asociación, de seguir entre nosotros seguro que hubiera participado activamente en su edición.

Que aquellos años no hayan sido olvidados por completo, sin duda se debe a la decidida y continuada labor realizada por nuestra Asociación a través de sus socios, familiares, compañeros, amigos y colaboradores que, desde hace más de veinte años, quien iba a pensarlo cuando un pequeño ramillete de pínfanos la crearon en 2003, se ha preocupado por recuperarlos, conservarlos y publicarlos para mantenerlos vivos como punto de partida de nuestra memoria colectiva, fomentando el contacto posterior entre todos nosotros.

También ha sido posible gracias a otros libros precursores –como son los dedicados a las Mercedes, Aranjuez, El Pilar y Padrón y el Castillo de Santa Cruz– que quedarán para la posteridad, cuando los colegios de huérfanos tan solo sean recuerdos antiguos, porque son viva muestra y prueba de nuestra lucha contra el olvido, y también a otras actividades que se han mantenido vigentes para compartir vivencias a pesar de la dispersión geográfica, como están siendo los Días del Pínfano en los que anualmente visitamos ciudades de España dejando presente con tales celebraciones nuestra impronta y el ferviente deseo por mantenernos unidos.

O como sin duda también pueden serlo la página web de la Asociación (nuestro digital vademécum colegial, verdadero Archivo de Indias de los pínfanos), las revistas anuales y los boletines de noticias que acercan la actualidad de la Asociación a aquellos que prefieren el papel al complicado mundo electrónico, o los libros de bolsillo que se han ido publicando desde hace años con relatos escritos por los propios protagonistas.

Los epílogos se colocan al final de una obra literaria y deben revelar los destinos de los personajes o narrar los hechos que ocurren después del final del texto. Por lo general, los escritores usan el epílogo para atar cabos sueltos y resolver los problemas pendientes de la historia principal, a fin de que el lector quede satisfecho tras su lectura.

Nosotros no somos escritores ni, al menos que sepamos, tenemos capacidades adivinatorias, por lo que no podemos revelar lo que el destino tenga reservado para cada uno de nosotros, ni por supuesto narrar los hechos futuros a partir del momento en que cierres las páginas del libro; seguro que habrán quedado cabos sueltos y algunos problemas seguirán sin resolverse, pero el resultado es el que es, como suele decirse «más vale pájaro en mano que ciento volando» y como autores confiamos en que tú, como lector, también quedes satisfecho.

En cambio, sí nos atreveremos a predecir algo sobre el futuro, tan solo dos años después de empezar a trabajar en el libro, presentaremos el resultado de nuestro trabajo en la celebración del XX Día del Pínfano que tendrá lugar a mediados de mayo de 2025 en la ciudad de Burgos, y sin temor nos atrevemos a decirlo hoy, con cinco meses de antelación, porque que estamos escribiendo este epílogo el 8 de diciembre de 2024, día de la Inmaculada, que siempre fue el día grande de los colegios.

Desde que el 25 de mayo de 2023, la Asamblea General aprobase la propuesta de escribir este libro, nuestro objetivo principal ha sido conseguir pu-

blicarlo lo antes posible, porque sabido es que el tiempo pasa volando, a costa de arriesgarnos a perder mayor profundidad en su contenido, sin tener que esperar, tal vez infructuosamente, la aparición milagrosa de improbables nuevas oportunidades en la búsqueda y recuperación de información.

La mayor parte de los contenidos del libro nos pertenecen a todos porque forman parte del legado disponible que estaba a nuestra disposición, el resto ha sido producto de investigaciones posteriores que han sido difíciles de localizar y poner en contexto, dando carta de naturaleza a la opinión generalizada que afirma que «lo que no existe en internet, no existe».

Agradecemos especialmente a los pínfanos de las Promociones XXXI, XXXII y XXXIII de la Academia General Militar que estudiaron la preparación en el Alto y finalmente se sumaron con ímpetu al proyecto compartiendo documentos y fotografías, verdaderos tesoros, de aquellos años.

Esperamos que el resultado te guste, sea de tu agrado, te divierta y traiga recuerdos, buenos y malos, del pasado y que lo compartas en familia, ya no solamente serán las batallitas del abuelo contadas en las largas sobremesas familiares ante la incredulidad e indiferencia general, lo tendrás como apoyo y podrás enseñarles el libro con legitimo orgullo a los descendientes más jóvenes, que tal vez no conozcan nuestra historia y peripecias ni, por fortuna para ellos, habrán tenido que sufrir nuestras penurias, para que sepan de una vez por todas que tú también fuiste uno de aquellos huérfanos.

Va por ¡Nosotros los pínfanos!

Bibliografía

1910-1975 Colegio de Santa Bárbara y San Fernando. (Septiembre 2021). *Revista Ejército nº 965*, 112 a 114.

AHE. (2024). *Asociación de Huérfanos del Ejército*. Obtenido de Pínfanos: https://www.pinfanos.es/

Bellosillo García, F. (octubre de 1944). *Orfanato nacional, Reconstrucción número 46.* Obtenido de https://ceclmdigital.uclm.es/

Biblioteca Virtual de Castilla La Mancha. (s.f.). Obtenido de https://ceclm.digital.uclm,es/

Camarero Gea, A. (s.f.). *Antonio Camarero. Derechos y libertades*. Obtenido de Estudios de Bachiller 1960 a 1970: https://antoniocamarero.es

Díaz Miguez, D. (1997). *Algunos datos para la historia del Palacio de Vista Alegre en Carabanchel Bajo.* Madrid: Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte (U.A.M.) Vols. IX-X.

Dolado Esteban, J. (12 de noviembre de 2014). Apuntes sobre el origen de la palabra pínfano. *La Luz de Melilla*.

Donderis Gustavino, A., & Isabel Sánchez, J. L. (1996). *Historia de las Instituciones y Colegios de Huérfanos del Ejército de Tierra.* Madrid: Ministerio de Defensa ISBN 84-922460-6.

García de la Rasilla, L. (diciembre de 1946). *Reconstrucción del colegio de Santiago en Carabanchel Bajo. Madrid, Número 68.* Obtenido de https://ceclmdigital.uclm.es/

García de la Rasilla, L., & Bellosillo García, F. (noviembre de 1943). *Reconstrucción del colegio de Santa Bárbara y San Fernando en Carabanchel Alto. Madrid. Nº 37.* Obtenido de Biblioteca Virtual de Castilla La Mancha: https://ceclmdigital.uclm.es/

Localización barrios de los colegios. (s.f.). *Diario Madrid*. Obtenido de https://diario.madrid.es/

Madrid, A. d. (2005). *Patrimonio Cultural y Paisaje Urbano*. Obtenido de https://patrimonioypaisaje.madrid.es/

Ossorno de la Puerta, S. (2023). *Mi patria según Rilke.* Madrid: Bubok. Obtenido de http://www.ossorno.es/PDF/prev_1728403099.pdf

PAHUET. (s.f.). *Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra*. Obtenido de https://ejercito.defensa.gob.es/unidades/Madrid/pahuet/

Pérez Somarriba, F. J. (marzo de 1944). *Reconstrucción del colegio de Santiago en Carabanchel Bajo. Madrid, Número 41.* Obtenido de https://ceclmdigital.uclm.es/

Trabajo colectivo. (2014). *Pínfanos.* Obtenido de Historias de webfanos: https://www.pinfanos.es/docs/HISTORIAS_DE_WEBFANOS.pdf

Vercher, A. (agosto de 2021). Residencia La Inmaculada, más de un siglo de historia. *Tierra Digital. Ejército de Tierra. Ministerio de Defensa*.

Anexo

Asociación de Huérfanos del Ejército

Inscrita en el Registro Nacional de Asociaciones con el número 170750 desde el 2 de julio de 2003.

Abierta a los huérfanos de todos los Ejércitos y familiares, aunque en su gran mayoría los asociados somos antiguos alumnos de los diversos Colegios de Huérfanos gestionados por el Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra.

Surge la idea de una Asociación

La pretensión de cubrir el vacío existente en la continuidad de relaciones al dejar definitivamente los colegios, así como el interés demostrado en el reencuentro con los antiguos compañeros, llevó a un reducido grupo de antiguos alumnos a proponer la creación de una Asociación.

Así, los promotores de la idea decidieron crear una Asociación de ámbito nacional para recuperar la memoria y raíces históricas de nuestro paso por dichos colegios.

El sábado día 8 de marzo de 2003, con asistencia de antiguos alumnos que se habían organizado previamente para tal fin, tuvo lugar en Madrid una reunión cuya finalidad era debatir la creación de la Asociación de Huérfanos del Ejército.

Pasados unos meses, una vez acordados y redactados los Estatutos y el Reglamento por los que se habrían de regir, se presentó la documentación necesaria y una solicitud formal en el Registro Nacional de Asociaciones, siendo esta aprobada con fecha 2 de julio de 2003.

Entre sus objetivos fundacionales destacaríamos:

–Generar una estructura organizativa para la gestión diaria de la Asociación basada en una Junta Directiva y Delegaciones en las Comunidades Autónomas que por el número de socios en cada una se determine.

–Potenciar, actualizar y difundir por distintos medios la historia e identidad común de los huérfanos de todas las épocas sin distinciones, recuperando y fomentando los valores tradicionales.

–Crear y mantener un registro permanente y actualizado de antiguos alumnos que permita la localización del mayor número posible de ellos.

–Obtener recursos de financiación propia estableciendo cuotas anuales a satisfacer por

los propios asociados para dar soporte económico suficiente a las distintas actividades a realizar.

–Establecer y estrechar las relaciones futuras con los gestores del Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra.

–Utilizar, en la medida de lo posible, medios de comunicación modernos, como internet, móviles o redes sociales, creando y manteniendo actualizado un sitio web bajo el dominio genérico «pinfanos» en el que ir depositando, de forma ordenada y fácilmente accesible por todos, los contenidos que se fueran consiguiendo.

–Organizar reuniones y asambleas periódicas entre los asociados para abordar y debatir todo lo concerniente a la Asociación y estudiar propuestas e iniciativas que tiendan a mejorar su funcionamiento.

–Promover todo tipo de eventos sociales que potenciasen el contenido social, cultural y de ocio de los asociados mediante viajes, excursiones, visitas, conferencias etc.

–Establecer el llamado Día del Pínfano organizando, un fin de semana al año, jornadas de convivencia con diversos actos en las ciudades que se determinasen, siendo uno de ellos la celebración de la Asamblea General.

Desde entonces, la Asociación ha mantenido de forma ininterrumpida, intacto y renovado, el espíritu de quienes lideraron la iniciativa, sucediéndose las distintas Juntas Directivas, de renovación periódica según marcan los Estatutos, formadas por Presidente, Vicepresidente, Secretario, Tesorero, Asesor Jurídico y una vocalía por cada Delegación, cuyo buen funcionamiento ha permitido consolidarla en el tiempo.

Hoy día la Asociación, contra viento y marea, mantiene con firmeza el rumbo marcado y continúa fomentando, con la misma ilusión del principio, la unión y compañerismo entre sus asociados, pero cada vez más necesita del apoyo decidido de todos para no decaer en el esfuerzo y lograr sus objetivos.

Visítanos

https://www.pinfanos.es

Orfanato nacional

Por Santiago de Ossorno

Las antiguas escuelas citadas en el documento que se publica a continuación se corresponden con su adaptación como sede del Orfanato Nacional, colindante con el colegio Santiago, al otro lado del muro de separación que delimitaba el terreno dedicado a feraz huerta con la finca del orfanato.

Siendo nuestros ilustres vecinos, no podíamos dejar de tener una sana rivalidad deportiva, igual que con el Colegio de Huérfanos de la Policía o el Colegio de Huérfanos de la Armada (CHA) en el que posteriormente estudié dos años, y algunos domingos jugábamos al fútbol y a otros deportes, a veces como locales y otras como visitantes contra ellos.



5 febrero 1967 - Partido Orfanato Nacional vs CHOE

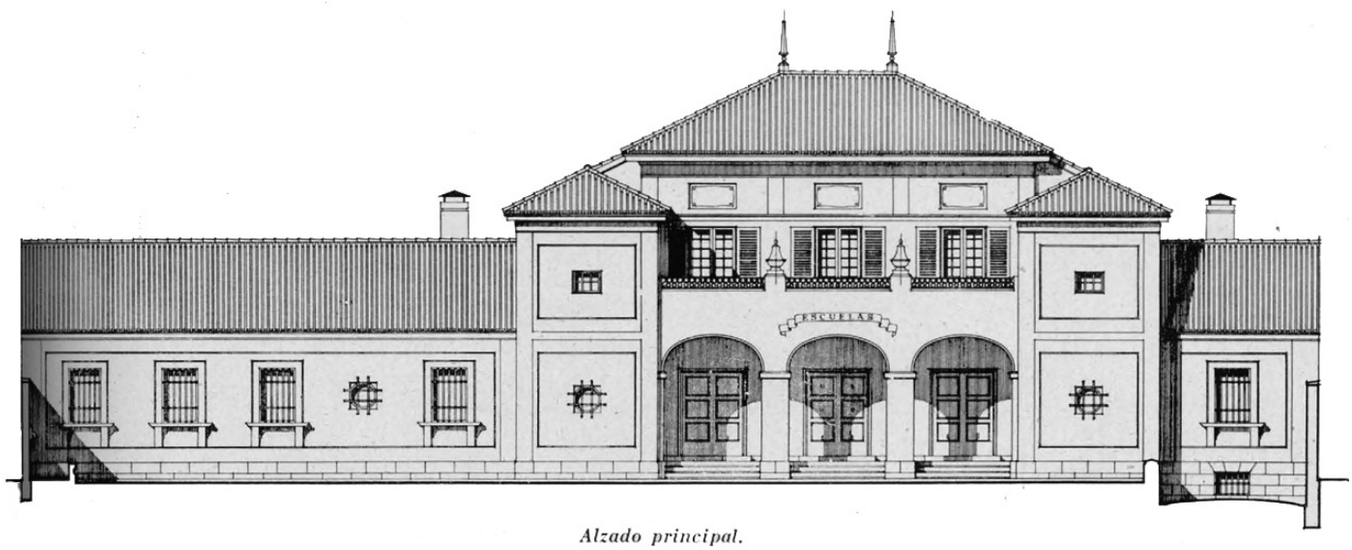
Futbolísticamente hablando, mi día más feliz fue cuando en un partido de la máxima rivalidad contra el Orfanato en su campo, el pínfano que hacía de entrenador del CHOE me sacó a jugar unos minutos tras el descanso; tras todo el año deseándolo sin conseguirlo, por fin pude enfundarme la camiseta amarilla de nuestra selección colegial; fue por casualidad pero a mí me dio igual, ese domingo hubo jugadores arrestados que no pudieron acudir y faltaba plantilla, yo siempre asistía como público para ver los partidos, animar y echar una mano en lo que hiciera falta; en esa ocasión se alinearon las estrellas, se lesionó un jugador, no había reservas en el banquillo y me tocó saltar al terreno de juego a darlo todo.

Cómo sería que todavía no lo he olvidado, en aquellos años me gustaba mucho jugar al fútbol, lo hacíamos a todas horas, aunque como jugador era prescindible, uno más del montón, pero aquel día conseguí llegar a lo más alto representando, aunque fuera brevemente, al CHOE.

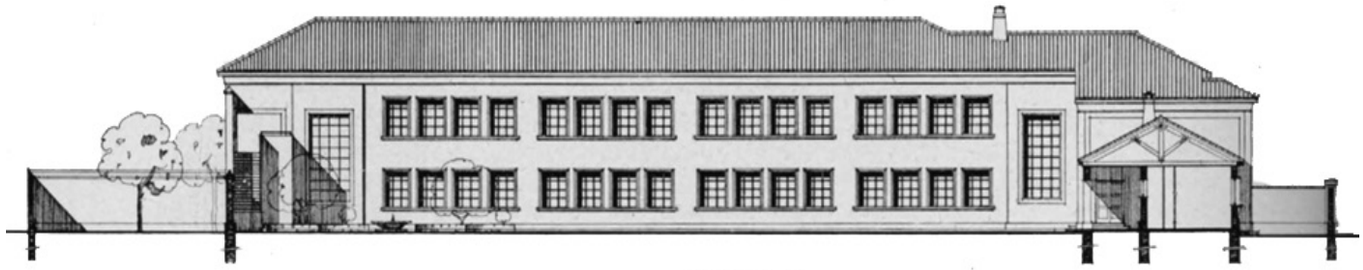
Documento obtenido en la Biblioteca Virtual de Castilla La Mancha. Reconstrucción nº 46, 10/1944 (Bellosillo García, 1944)

Son muchos los problemas de toda índole que se presentan con urgencia en la reconstrucción de las poblaciones; entre ellos, y en lugar preferente, debemos considerar siempre el problema escolar. En Carabanchel Bajo existen hoy día unas escuelas que no merecen tal nombre, pues a más de ser desproporcionadas en relación con el número de escolares de la población, no poseen las condiciones mínimas para ser utilizadas siquiera con modestia. Unos locales de la Casa del Ayuntamiento son empleados hoy día como clases. Además, se ha proyectado la reforma y ampliación de este edificio, destinándose las habitaciones dedicadas a Escuela a otros usos del mismo Ayuntamiento.

Creemos que estas razones son suficientemente poderosas para animar la voluntad menos emprendedora a la creación de un edificio apropiado, digno y capaz para cumplir con las necesidades docentes de la población carabanchelera.



Alzado principal.



Alzado C. D.

Se calcula el número de niños con asistencia efectiva en unos 180, siendo menor la cantidad de niñas, pues no llegan a 130. Tomando estas cifras como base y dándoles una cierta amplitud, hemos proyectado siete clases de 50 alumnos: cuatro destinadas a niños y tres a niñas, dotándoles a estas las de otra clase más para labores.

El solar, de forma irregular, tiene una sola fachada a la calle de José Antonio. Va situado el edificio formando un pequeño retranqueo respecto de la alineación en fachada, con objeto de crear una zona de remanso a la entrada y salida de los escolares. Hemos distribuido las clases en dos plantas, destinándose la baja



Alzado E. F.

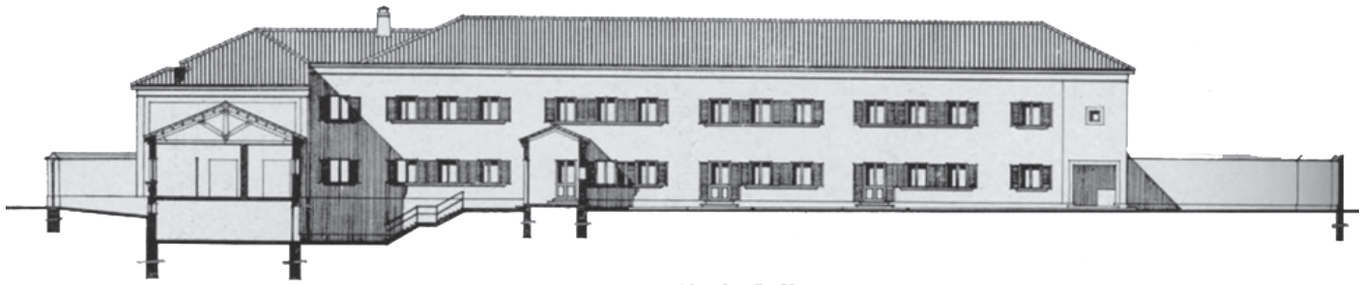
para los niños, y para las niñas la superior.

La superficie de aquélla es de 54 metros cuadrados, dotándola de orientación suficiente y luz y cubicación suficiente. Los campos escolares tienen un coeficiente de superficie superior al establecido, y son completados por cobertizos o recreos cubiertos, en comunicación con los vestíbulos o galerías.

Los guardarropas tienen acceso desde los vestíbulos de ingreso correspondientes, y los servicios sanitarios están relacionados directamente con la galería de la clase y con los patios de recreo. Ha sido nuestra preocupación principal la de establecer una independencia absoluta entre las circulaciones y estancias de los niños y las niñas.

Una vez efectuado el ingreso al porche que protege la entrada principal, se separan los unos de las otras. El programa. del edificio es completa con una sala para maestros, vivienda para el conserje, en comunicación directa con la portería, y servicio de calefacción y carbonera; estos últimos situados en planta de semisótano, con entrada independiente para transporte.

En lo referente al aspecto exterior, bastará decir que lo hemos estudiado con el deseo de hermanar las exigencias de la utilización y la estética, que forman los dos cauces de la composición, inspirado en



Alzado G. H.

los principios o cualidades básicos de toda obra de arte: la verdad, la bondad y la belleza. no hemos olvidado tampoco, al menos así lo pretendemos, el respeto y la simpatía que ha de guardar la arquitectura individual al ambiente local que envuelve y acompaña al edificio. Ambiente de romántico abolengo en la población a que nos referimos.

Todo esto, que no es poco, tratamos de hacerlo realidad en la obra que nos ocupa el cariño y el afán que merecen temas de tal naturaleza.

FRANCISCO BELLOSILLO
Arquitecto

La finca vista alegre

Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte (U.A.M.). Vols. IX-X, 1997-199

RESUMEN

Entre las muchas posesiones de la familia real en el siglo XIX ha habido una que ha pasado prácticamente desapercibida: la de Vista Alegre, en Carabanchel Bajo. Fue una finca de recreo, similar a la que muchas familias aristocráticas tenían en las afueras de Madrid. Iban allí María Cristina y sus hijas a descansar, a disfrutar de una vida bucólica, cercana a la naturaleza.

En qué momento y cómo llegó a sus manos tal finca lo ignoramos, pero aportamos unos planos ciertamente interesantes, pues por ellos conocemos su magnitud, los distintos tipos de construcciones campestres, los diversos juegos al aire libre ... y nos podemos hacer una idea más clara del tipo de vida que llevaban.

A través de la documentación aportada, entrevemos la autoría de Martín López Aguado, la intervención de Pascual y Colomer y las distintas reformas que ha debido haber a lo largo de la historia de la finca (sin meternos en la reforma de este siglo para habilitar el nuevo palacio en Centro de Reeducación de Inválidos).

Conocemos mejor el funcionamiento de la Real Casa y del Patrimonio, y observamos los gastos e ingresos que obtenían de lo cultivado en esta posesión. Posteriormente, la finca fue comprada por el Marqués de Salamanca quien, al morir, dejó cuantiosas deudas, por lo que el edificio pasó a ser posesión del Estado (actualmente de la Comunidad de Madrid).

HISTORIA DE LA FINCA VISTA ALEGRE

En 1847 Pascua1 Madoz, en su Diccionario geográfico estadístico histórico de España, describe profusamente la finca de Vista Alegre, posesión real: «la magnificencia de esta posesión revela desde luego que pertenece a S.M.: se compone de 400 fanegas de terreno cercado por altas tapias, con 4 puertas de comunicación, la una de hierro y las demás de madera: es la primera posesión que se encuentra antes de llegar al pueblo, a la izquierda del camino de Madrid, y encierra en su vasto recinto innumerables árboles de todas las especies, formando calles en varias direcciones, laberintos y jardines, 2 olivares, 4 fanegas de viñedo en alto sobre hierro, 4 norias, siendo las llamadas del Oratorio y la Alfarfa, de abundantes aguas, tanto que por mucha agua que se saque, no parece que se las ha tocado; y otra llamada del Olivar, está situada en un cerro desde el cual se descubre en todo el círculo muchas leguas de terreno,

distinguiéndose perfectamente los Carabancheles, Madrid, Leganés, Getafe, Villaverde y otros muchos pueblos que presentan una vista agradable; 4 fuentes (...), 5 estufas (...) entre ellas es digna de particular atención la que se halla inmediata al palacio (...): hay un canal de 7 varas de ancho por lo común, 3 de profundidad y 700 de longitud, más de 260 en círculo que forman una especie de isla frente al embarcadero; en su nacimiento se encuentra una cascada, y otra al extremo opuesto, en donde se halla la casa del embarcadero (...): se encuentran asimismo columpios y otros juegos; una magnífica naranjera de figura circular, con una pajarera en su centro de la misma figura (...); una faisanera, un palomar y varias estancias de pavos reales una casa de vacas destinada para los gusanos de seda; otra en que se hallan los útiles para poner en juego los columpios ya mencionados; otra para el portero, además las destinadas para el jardinero mayor y el administrador, y por último, un hermoso palacio que se está construyendo de nueva planta, la casa llamada de Navarro, palacio de Bella Vista, del Sr. Duque de Rianzares (esposo de la regente María Cristina), y el principal de Vista Alegre que son otros tantos puntos de recreo y diversión, el último que hemos nombrado es el principal de la posesión: delante de su fachada hay una gran plazuela en cuya circunferencia se encuentran 16 estatuas de mármol; su interior se compone de 36 habitaciones (...); los techos de todas las habitaciones citadas son de mérito extraordinario, pintados con mucho gusto por Ribelles, Carderera, Federico y José de Madrazo, Anselmo Alonso, Buguini, Tejeo, Ribera (hijo). López (Vicente) y Blanchar. Como se puede apreciar por la bella descripción, era un imponente palacio de recreo de S.M., en las afueras de Madrid, en Carabanchel Bajo, lugar donde había igualmente otras posesiones de recreo».

La finca fue adquirida por el ayuntamiento de Madrid en 1829, fecha de casamiento del rey D. Fernando VII, y regalada por la Corporación madrileña a la Reina Doña María Cristina de Borbón como regalo de boda.

Fue precisamente en el reinado de Fernando VII cuando la finca toma su dimensión e importancia. El Rey compra más terreno y edifica en su interior pabellones, el palacio antiguo, y servicios, de forma que a su muerte en 1833 había gastado ya 30.000.000 de reales en mejoras efectuadas en la finca.

La Real Posesión de Vista Alegre tenía una extensión de 1.289 fanegas y 224 estadales: 400 de superior calidad, valorados en 3.000 reales y 889 y media a 2.000 reales. Total, valor: 2.979.000 reales. Se hallaba esta superficie ocupada por las diversas edificaciones ya indicadas, las nueve fanegas sembradas de trigo, las dos de cebada, un cerro de olivos, almendros y romero y lo dedicado a huerta y jardín.

POSESIÓN DEL MARQUÉS DE SALAMANCA

Pasarán todavía unos cuantos años hasta que el Marqués de Salamanca compre la finca en 1859. Varios meses antes, el 19 de noviembre de 1858, sus dueños en ese momento, los Duques de Montpensier si hacemos caso a Girbal, habían anunciado la venta de la finca en el periódico La España: “Se vende. Desde luego, la real posesión íntegra de Vista Alegre con todas sus dependencias, sus edificios y todos sus preciosos muebles, pinturas y efectos de adornos. Mientras no se presenta comprador de toda la posesión, se admitirán proposiciones de compra por el término de dos meses

de cada uno de los once lotes, con sus edificios o edificio, con muebles y adornos o sin ellos: cuyos lotes, su comprehensión y tasación pericial, se pondrán de manifiesto a los que quieran ser compradores. Si pasados dos meses desde el 20 del corriente no hubiere comprador de toda la posesión y de su mobiliario, tales como hoy se encuentran, se procederá a la venta separada de cada uno de los once lotes, partiendo de su tasación pericial con muebles y adornos o sin ellos".

Desde el 29 de enero de 1858 en que la Reina Madre la cede a María Luisa Fernanda, tasada en 11.545.000 reales, hasta el 12 de febrero de 1859, en que es vendida al Marqués de Salamanca por escritura pública, la posesión baja en su precio a 2.500.000 aunque realmente son 2.200.000 de la finca y 300.000 de los muebles y enseres. Quizá bajara tanto porque los Duques de Montpensier trasladaran muchas de sus pertenencias a sus viviendas en Sanlúcar y en Sevilla.

Posteriormente, la posesión es embellecida mejorando el jardín y la huerta, y es agrandada considerablemente al agregarle una dehesa que al efecto compra en el término de Carabanchel Bajo. Años más tarde, cuando la esposa del marqués, la sra. doña Petronila Livermoore fallece en 1866, y se evalúan los bienes (14 de febrero de 1868), la posesión de Vista Alegre –junto con la dehesa de Carabanchel Bajo– es tasada en 9.200.000 reales de vellón, que muestra las mejoras introducidas.

Al adquirirla el Marqués de Salamanca, el palacio nuevo estaba todavía sin terminar como hemos visto en los presupuestos. En muy pocos años hizo fuertes inversiones en la decoración y arreglo del jardín y de la casa. Quizá hacia 1862, habían llegado a su término las reformas y ampliaciones que acometió en Vista Alegre.

(...) Algo más de 26 millones de reales le costó convertir la antigua posesión real en el paraíso que soñara. Los edificios que compró, casi en ruinas, habían sido reconstruidos y el palacio que ideara Fernando VII, cuya extensión es de 64.000 pies, se alzaba ahora orgulloso en medio del soberbio parque. Aquéllos y este los llenó de objetos de arte. Bajo los polícromos artesonados abundaban los cuadros de los grandes maestros, los artísticos muebles del renacimiento y del Imperio, las arañas suntuosas, las ricas alfombras y un sinfín de curiosas y valiosísimas antigüedades.

El salón árabe, con sus dobles columnatas, era un dechado de fantasía, de gracia y de color. (...) Con destino a la capilla, y para separar el presbiterio del atrio de la antigua iglesia, adquirió la soberbia verja procedente de San Juan de los Reyes, de Toledo, que hizo colocar sobre una base de mármol blanco. Con todo ya arreglado, pudo reanudar con lujo exorbitante, sus famosas comidas de los jueves, que durante largas estancias en el extranjero declinaron y aún en algunos instantes llegaron a desaparecer. Concurrían a ellas lo más florido de Madrid. Se celebraban unas veces en el palacio de Recoletos y otras en el de Vista Alegre. Pero aquello no duró eternamente. Al poco de morir su esposa, comenzó el declive de Salamanca, con el fracaso del barrio madrileño que lleva su nombre. Prueba de ello es la primera subasta que hizo de sus enseres, en su hotel parisino –rue de la Victoire– el lunes 6 al jueves 9 de junio de 1867, tras dos días de exposición particular, el martes y miércoles 28 y 29 de mayo, y de exposición pública el viernes y sábado 31 de mayo y 1 de junio.

Posteriormente, realizaría otra en 1875, en el hotel Druot, además de realizar su segundo testamento (15 de agosto) y al

año (16 de febrero) vendería el palacio de Recoletos al Banco Hipotecario de España en 2.050.000 ptas.

Al final, muere el Marqués de Salamanca, en su finca de Vista Alegre, el 21 de enero de 1883, lleno de acreedores. La tasación de la finca en los inventarios de los bienes ascenderá a 2.300.000 ptas., por el palacio, trece edificios de comodidad y recreo, jardines, plazas, paseos, bosques y viveros.

El activo ascendió a 10.449.043 pesetas, mientras que el pasivo fue de 12.060.178 pesetas. Por esta deuda, el Estado adquiere el edificio, posesión que se mantiene actualmente con la función ya citada de Centro Público de Educación Especial de Reeducación de Inválidos.

Listado de alumnos

La lista es incompleta, a pesar de lo cual hemos identificado a más de 2.500 antiguos alumnos; a medida que se consiga localizar a nuevos alumnos, se mantendrá un listado accesible en nuestra página web.

Abad Saldaña, Vicente
Abajo Alonso, Andrés
Abajo Alonso, Isidro
Abajo Martín, Alberto
Ábalo de Dios, Fernando
Ábalo de Dios, José Manuel
Abellán de los Santos, Luis
Abril Vizcaíno, Enrique
Acedo Campiña, Manuel
Acedo Cotallo, José
Acereda Valdés, Gerardo
Acosta Romero, Luis
Adrada Mayorga, José Joaquín
Adrada Mayorga, Luis
Adrada Mayorga, Roque
Afonso Cabrera, Carlos
Agar Arozarena, José María
Agos Carrión, Fernando
Agua Fernández, José del
Agua Fernández, Mario de
Agudo Gómez, Ángel José
Agudo Mayorga, Carlos
Agudo Mayorga, Joaquín
Agudo Mayorga, Julián
Agudo Ramírez, José Ángel
Aguilar Hernández, Carlos
Aguilar Hernández, Fernando
Aguilar Hernández, José Luis
Aguilar Sánchez, José
Aguilera Martínez de Marigorta, Julio
Aguilera Salvetti, Juan
Aguilera Sánchez, Juan Luis
Aguirre Arana, Tomás
Aguirre Escoz, Francisco
Agustín Castillo, José A.
Agustín Castillo, Manuel
Ahumada Haro, Francisco
Ahumada Haro, Ildefonso
Ahumada Haro, José Antonio
Ahumada Haro, Juan José
Aisaín Sastre, José
Aizpuru Tomás, Antonio
Aizpuru Tomás, Gabriel
Alarcón Rodríguez, Fernando
Alarcón Rodríguez, José Antonio
Alba Cuevas, Rafael
Alba Gámez, Manuel
Alba Rojas, Antonio
Alba Rojas, José Alberto
Albadalejo Martín, José Luis
Albajara Alonso, Alfonso
Albajara Alonso, Alfredo
Albalate Gómez, José María
Albandoz Ortiz-Vivanco, Julio
Alberca Morales, José
Albert Robatto, José Vicente
Albiñana Morán, Francisco
Albizu Eraso, José Luis
Alcaide Pérez, Carlos
Alcántara Armero, Javier
Aldaiturriaga Gil, José
Alegre Alonso, Carmelo
Alegre Alonso, José Antonio
Alfaro Campos, Carlos de
Alfayate Blanco, José Marcos
Alfín Massot, Fernando
Alhama del Haro, Joaquín
Alía Muñoz, Jesús
Allué González, Adrián
Almenara Martínez, Vicente
Alomar Cerdó, Manuel
Alonso Alaminos, Francisco Antonio
Alonso Alonso, Daniel
Alonso Alonso, José Luis
Alonso Alonso, José María
Alonso Alonso, Miguel Ángel
Alonso Álvarez, Amancio
Alonso Álvarez, José
Alonso Antonio, Manuel
Alonso Cabezas, Romualdo
Alonso Comas, Santiago
Alonso Corcuera, Tomás
Alonso de los Reyes, Pedro
Alonso Díaz, Enrique
Alonso Díaz, José Antonio
Alonso Gargallo, Alfonso
Alonso Getino, Francisco
Alonso Getino, Miguel
Alonso Las Casas, J. Andrés
Alonso Marcili, Alfredo
Alonso Marcili, José Manuel
Alonso Martínez, José Antonio
Alonso Miranda, Ángel
Alonso Miranda, Francisco Javier
Alonso Miranda, José Antonio
Alonso Miranda, Julio

Alonso Montalbán, Félix
Alonso Moreno, Ángel
Alonso Rica, Fernando
Alonso Rubias, José
Alonso Rubio, Francisco
Alonso Siles, Antonio
Alonso Teixidor, Bernardo
Alonso Valerón, Francisco
Alonso Valerón, Pedro
Alonso Veiga, José
Alonso Veiga, Santiago
Álvarez Abeilhé, Carlos
Álvarez Abeilhé, Javier
Álvarez Abeilhé, Jorge
Álvarez Abeilhé, Juan
Álvarez Abeilhé, Luis
Álvarez Aragón, Lorenzo
Álvarez Beruete, José
Álvarez Beruete, José María
Álvarez Cuende, Arturo
Álvarez de Sotomayor, Pedro
Álvarez Díaz, Ángel
Álvarez Fernández, Francisco
Álvarez Gómez, Demetrio
Álvarez López, Francisco Antonio
Álvarez López, Manuel Marcos
Álvarez Mateus, José
Álvarez Mateus, Ramón
Álvarez Montenegro, Enrique
Álvarez Orellana, Eduardo
Álvarez Pérez, Juan Andrés
Álvarez Romero, Joaquín
Álvarez Sotomayor, Pedro
Álvarez-Espejo García, Ricardo
Álvaro Ortega, Pedro Manuel
Amador López, Jesús Orencio
Amat Márquez, Antonio
Ambrosio Flores, Alfonso
Ambrosio Flores, Antonio
Ambrosio Flores, Claudio
Andrés Santos, José Salvador
Andreu Abela, Jaime
Andreu Abela, José Joaquín
Andreu Gallardo, Gabriel
Andreu Gallardo, Jorge
Andreu Gallardo, Manuel
Andrió Rodríguez, Ramón
Andueza Rodríguez, Francisco
Anguita González, José Luis
Anguita González, Juan Carlos
Ansedes Mouronte, Antonio
Ansedes Mouronte, Jesús
Antolín Morón, Jesús José María
Antolín Morón, Luis
Antolín Morón, Marceliano
Antón de la Iglesia, Ignacio
Antón Nardiz, Francisco
Antón Sanz, Miguel
Aoiz Castán, Vicente
Aparicio García, Guillermo
Aparicio Gil, José Antonio
Aparicio Pérez del Pulgar, Javier
Aracama García de Salazar, José Miguel
Aracama García de Salazar, Santiago
Aragón Fontela, Fernando
Aragón Fontela, Tomás de
Aragón Mendoza, José Luis
Aragón Mendoza, Juan Carlos
Aragonés del Campo, Ignacio
Araguás Sánchez, Jesús
Aramendia Pérez, Jesús
Arana González, Fernando
Arana González, Francisco Javier
Arana González, Javier
Arana González, José Luis
Aranda Sánchez, Francisco
Aranda Sánchez, José María
Aranguren Garmendia, Carlos
Araque Cundín, Jesús
Arce de la Fuente, Carlos
Arce de la Fuente, Juan J.
Arce Temes, Juan Jacobo de
Arderius González, Francisco
Ardoy Martínez, Manuel
Ardoy Martínez, Mariano
Arellano Salafranca, José Ignacio
Arellano Salafranca, Juan Ramón
Arellano Torvizco, Julio
Arenal Cano, Francisco
Arenas Soler, Rafael
Arencibia Álamo, Julio
Areñas Azcárraga, Carlos
Areñas Azcárraga, Emilio
Areñas Azcárraga, Jesús
Areñas Azcárraga, Luis
Areñas Azcárraga, Victoriano
Areste García, Carlos
Argüelles García, Carlos
Argüelles García, José María
Arias Palacios, Ricardo
Arimany Cayol, Agustín
Ariza Sánchez, Miguel Ángel
Arjona Crespo, Ricardo
Arjona Santana, Luis
Armesto Bermúdez, Carlos
Arnaiz Hidalgo, Alejo
Arnaiz Seco, José de
Arnal Ortiz, Alejandro
Arnaldes Villar, Carmelo Guillermo
Arnica Meridiano, Mario
Arozena Conejo, Carlos
Arozena Conejo, Sebastián
Arpa Ormad, Agustín
Arpón López, José Luis
Arriaga Bataller, Antonio
Arriaga Bataller, Juan Ignacio
Arriba Manrique, Jorge
Arriba Manrique, Santiago
Arroyo Martín, Millán
Arroyo Pérez, Jaime
Arroyo Pérez, Ramón
Arroyo Pérez, Vicente
Arteaga Arrieta, Augusto
Artiles Artiles, José Daniel
Asenjo España, Santiago
Asensio Abuja, Ángel
Asensio Abuja, Carlos
Asiaín Sastre, José Ignacio
Astillero Miranda, José Luis
Atacama García Salazar, José Miguel
Atacama García Salazar, Santiago
Ávalo de Dios, Fernando
Avellás Colmenero, José
Avellás Colmenero, Valentín
Ávila Jiménez, Alberto
Ávila Jiménez, Alberto Javier
Ávila Jiménez, Miguel Ángel
Aymerich Cabrera, Fco Javier
Aymerich de S. Román, Javier de
Aymerich García, Francisco
Ayora Pareja, Luis
Aysa Verdú, Luis de
Aysa Verdú, Reinaldo de
Ayuso Sahogar, Luis Ricardo
Ayuso Sahogar, Saúl
Azcárate Morante, Juan Antonio
Azcárate Morante, Patricio
Azcárraga Salvadoras, Rafael
Bacas Fernández, Fernando Tomás
Bacigalupi Cuervo, Ángel

Baeza Nuín, Gonzalo
Baige Franco, Antonio
Balaguer Bernardos, Manuel
Ballade López, Santiago
Ballesteros Ripoll, Carlos Francisco
Ballesteros Ripoll, Salvador
Ballesteros Solas, Luis
Balmori Pérez, Carlos
Balón Moleróm, Francisco
Balsera Irlés, Juan Carlos
Balsera Muro, Ramón
Bañeres Rodríguez, Pedro
Baral Lamuza, Enrique
Barber Buesa, Enrique
Barber Buesa, Fernando
Barber Buesa, Luis
Barbero Herrero, Roberto
Barcell de Frutos, Juan Luis
Barco Parra, Fernando del
Barco Parra, Francisco del
Barco Parra, José Luis del
Barcos Saráchaga, Julio
Barcos Saráchaga, Miguel Ángel
Barea González, José Luis
Bareño López, Pedro Pablo
Barja Paz, José María
Barón González-Tablas, Fernando
Barrachina Gorgozo, José Luis
Barrachina Gorgozo, Vicente
Barragán Varela, Ángel
Barragán Varela, José Antonio
Barran Artray, Fernando
Barranco López, Juan Ramón
Barranco López, Vicente
Barreales Aragüez, Cristóbal
Barreda Barreda, Alfonso
Barreda Barreda, Ignacio Javier
Barreda Barreda, José Salvador
Barreda Barreda, Juan Antonio
Barreda Soria, Jesús Ángel
Barreiro Sánchez, Antonio
Barreiro Sánchez, Jesús
Barrena Arjona, Antonio
Barrera Fernández, Carmelo
Barrera Fernández, Miguel
Barriga Fattore, Enrique
Barriga Fattore, Francisco
Barriga López, Antonio
Barrio Rodríguez, Mariano José
Barrios Barbero, Julián
Bastardés Palacios, Ramón
Batanero Bravo, Juan
Batún Herrerías, José Antonio
Baturone Marín, Norberto
Bautista Sellés, Rafael
Bautista Sellés, Vicente
Bayo García, Manuel
Bazán Laclaustra, José Antonio
Bella Crespo, José Antonio
Bello González, Carlos
Bello Martí, Pedro José
Bellostas Chaves, Luis
Belmar Ceballos, Rafael
Beltrán de Heredia, Álvaro
Beltrán de Heredia, Francisco
Benavides Sánchez de Molina, Ignacio
Benavides Sánchez de Molina, Luis
Benéitez Ballesta, Antonio
Benéitez Ballesta, Carlos
Benéitez Ballesta, José Manuel
Beneito Abellán, Juan
Bengoa Román, Álvaro
Bengoa Román, Eduardo
Bengoa Román, José
Bengoa Román, José Eduardo
Bengoechea García, José
Benito Revilla, Carlos
Benito Revilla, Jesús
Benito Sánchez, Mariano
Bento Álvarez, Carlos
Berasategui Garaizabal, Rodrigo
Bercedo Rodríguez, Alberto
Bercedo Rodríguez, Ángel
Bermejo Zofio, Rafael
Bermúdez de Castro, Jorge
Bernal Casero, Leopoldo
Bernal Casero, Víctor
Bernal Pin, Manuel
Berzosa Corcobado, Bernardo
Berzosa Corcobado, Jacinto
Bescós Vázquez, Juan Pedro
Besteiro Álvarez, José Luis
Betancor Iglesias, Antonio
Betancourt Iglesias, Miguel
Bienes Cordobés, Benedicto
Bienvenido Sánchez, Carlos
Bilbao Romero, Gonzalo
Bilbao Romero, Miguel
Blanco Barbado, Juan José Miguel
Blanco Díaz, José Luis
Blanco Díaz, Norberto
Blanco González, Ricardo
Blanco Ramos, José Manuel
Blasco García, José
Blasco Morales, Adolfo
Blázquez Ortega, Francisco
Blázquez Rubia, Lucrecio
Blázquez Rubia, Manuel
Blesa Pallarés, Francisco
Bocino Miranda, Bernardino
Bodoy Barea, José
Bolaños Domínguez, Antonio Vicente
Bonal Lanuza, Enrique
Bonet Torruella, Eugenio
Bonet Torruella, Jaime
Bordonado Lacambra, Leopoldo
Bordonado Lacambra, Luis
Bordonado Lacambra, Mario
Borque Iñurrieta, Jesús
Borque Iñurrieta, Rafael
Borrego Aroca, Rafael
Borrego García, Francisco
Borromeo Canela, José
Boullón García, Javier
Boutellier Caparros, Carlos
Boyer Barea, Aníbal
Boyero García, Francisco Javier
Boyero García, Manuel
Boyero García, Tomás
Boza Rodríguez de León, Rafael
Brasa Sanjurjo, José
Brasero Martínez, Federico
Bravo Burgos, Santiago
Bravo Guerreira, Carlos
Bravo Guerreira, Vicente
Bravo Serrano, Francisco
Brea Méndez, Miguel
Brito Rodríguez, José
Budiño Carballo, Antonio
Buelta Carrillo, Ángel
Buelta Carrillo, Luis
Buelta Carrillo, Manuel
Buelta Carrillo, Ricardo
Buenaventura Pons, Francisco
Buenaventura Pons, Gonzalo
Buendía Cuevas, Gabriel
Buendía Martos, Andrés
Bueno Valero, Francisco Javier
Bueno Vallejos, José Antonio
Burdallo Benito, Jesús

Burgos Carcaño, Ángel
Burgos Mora, Ángel
Burgués Aparicio, Fernando
Burgués Aparicio, Francisco
Burgués Aparicio, Ignacio
Buros Mora, Ángel Antonio
Bustamante Bustillo, Ángel
Bustamante Unzurrunzaga, Juan
Bustillo Mateos, Ignacio
Bustillo Wirtz, Fernando
Caballero Falcón, Félix
Caballero Fernández, Santiago
Caballero Melero, Manuel
Cabanas López, Francisco
Cabello de la Torre, Alfredo
Cabello de la Torre, Francisco Javier
Cabeza Álvarez, Manuel
Cabeza Martínez, Octavio Jorge
Cabezas de Aguilera, Ramón Antonio
Cabezas Fernández, Esteban
Cabezas Fernández, José
Cabezas Franco, Fernando
Cabido Lorenzo, Federico
Cabrera Chacón, Francisco Javier
Cáceres Barona, José María
Cáceres Barona, Juan Carlos
Cáceres Barona, Juan José
Cáceres Barona, Rafael
Cáceres Moreno, Miguel Ángel
Cáceres Peñate, Remigio
Cacho Arpa, Fernando del
Cadorniga Besteiro, José
Calbacho Lacasa, Carlos Alfonso
Caldero Saldaña, Andrés
Calderón Gómez, Emilio
Calderón González, Manuel
Calderón Jaquotot, Mario
Calderón Varela, Vicente
Calero Fresneda, Francisco
Calle Colino, Alfredo de la
Calle Colino, Fernando de la
Calle Colino, Jesús de la
Calleja Sánchez, Mariano
Calmaestra Zurita, Rafael
Calvo Belmonte, Pedro
Calvo Fernández, Santiago
Calvo Muñoz, Antonio Javier
Calvo Muñoz, Félix
Calvo Muñoz, Jesús
Calvo Muñoz, Manuel
Calvo San Miguel, Juventino
Calzada Rojas, Diego
Camacho López-Casero, José
Camacho López-Casero, Leopoldo
Camacho Martín, José María
Camino Caturla, Miguel
Camino Caturla, Teodoro
Campagnti López, Rafael
Campana Medel, Ramón
Campo Fernández, Santos del
Camponar Cuetglas, Jaime Bernardino
Campos Alonso, Francisco Ramón
Campos Espiga, José Vicente
Campos Novo, Roberto
Campos Sancho, Juan
Campos Vázquez, Oscar
Canales Hernando, Manuel
Canales Villarino, Emilio
Canelas Villarino, José
Canella Curbera, Juan M.
Canomanuel Alvarzuza, Manuel
Cánovas Cardona, Javier
Cánovas Cardona, Pedro
Cantero Rodríguez, José Luis
Canto Piñeyro, Arturo
Canto Piñeyro, Eduardo
Cañamares Lage, Mario
Cañas Moreno, Eduardo
Cañas Moreno, Federico
Cañete González, Arturo
Cañete González, Francisco Ramón
Cañizares Delgado, Antonio
Cañizares Delgado, Francisco
Cañizares Rincón, José María
Capaz Fuentes, Luis
Caral Laín, Alfonso
Carbajal Navarro, Fernando
Carbajal Navarro, José Antonio
Carbajo Avendaño, Eduardo
Carbajo Avendaño, Miguel
Carballés Romaní, José Ángel
Carballo Rodríguez, Alfonso
Carbonell Nebot, Javier
Carbonell Pastor, Ignacio
Carcaño Alonso-Cuevillas, Fernando
Carcaño Alonso-Cuevillas, Luis F.
Cardero Saldaña, Agustín
Cardona Galera, José Luis
Cardóniga Besteiro, José Vicente
Cardoso González, Gabriel
Cardoso González, José Gracián
Carmetro Suárez, Carlos
Carmona Aparicio, José Ángel
Carmona Ordoñez, Mariano
Carnicero Dorado, Juan
Carranza Manzano, José de
Carrasco Muñoz, José María
Carrera Fernández, Antonio
Carrera Herrera, Federico
Carrera Sieiro, Ignacio
Carretero Mateo, Ángel
Carro Albeira, José María
Cartagena Delgado, José Antonio
Carvajal Pérez, José Luis
Carzón Babio, Severino
Casado Casado, Manuel
Casado Rodríguez, Jesús
Casal Leira, Alfonso
Casal Vázquez, José Claudio
Casal Vázquez, José Luis
Casas Hita, Luis
Casas Hita, Rafael
Casas Sánchez, Bonifacio
Casaus Balao, Francisco
Casaus Balao, José Antonio
Casaus Balao, Luis
Cascante Burgos, Antonio
Cascante Burgos, Juan Ángel
Casillas de la Cruz, Francisco
Casillas Madroño, Francisco
Cassinello Pérez, Andrés
Cassinello Pérez, José
Castañares Ramiro, Emilio
Castañeda Salvador, Adolfo
Castañón Fierro, José María
Castejón Regúlez, José
Castela Pinilla, Manuel
Casteleiro Villalba, Manuel
Castells Gutiérrez, Alejandro
Castells Gutiérrez, Francisco
Castells Gutiérrez, José
Castellví Jarillo, Alfonso de
Castellví Jarillo, Eugenio de
Castellví Jarillo, Jaime de
Castellví Jarillo, Jorge de
Castilla Ortiz de Elguea, Enrique
Castillo Cuervo, Gabriel
Castillo Ortega, José J.
Castresana Antuñano, José Luis
Castro Aljama, Rafael

Castro Arpa, José A. del
Castro Cano, Raimundo
Castro Castro, Santiago
Castro Cebrián, Adrián
Castro Cebrián, José Ignacio
Castro Lapina, Pedro
Castro López, Fernando de
Castro Muloz, Antonio
Castro Muloz, Juan
Castuera Echegoyen, Luis
Catalinas Maroto, José
Cauder Hernando, Manuel
Cea García, Antonio
Cebollero Alonso, Alfonso
Cebollero Alonso, Ángel
Cedrés Díaz, Miguel Ángel
Centeno García, Jacinto
Cerdá Benito, Pedro
Cerro Utrilla, Félix del
Cerro Utrilla, Javier del
Cervera Roig, Luis Francisco
Céspedes del Rey, Francisco
Céspedes del Rey, Joaquín
Chamorro Cherino, José
Chamorro Rivera, Gonzalo
Chamorro Rivera, Joaquín
Chapa Aguilera, Francisco
Checa Gutiérrez, Agustín
Checa Gutiérrez, José
Chicharro González, Casimiro
Chicharro González, Manuel
Chinarro Hervás, Luis
Cibrán Martínez, Mariano
Cid Escobar, Francisco
Cid Fernández, Juan René del
Cifuentes Mellado, Felipe
Ciria Lagrela, Javier
Cirujano Gutiérrez, Julio
Cirujano Pita, Francisco
Cirujano Pita, Jesús María
Cirujano Pita, Juan Ignacio
Cisneros Abril, Nicanor
Civit Pérez, Ramón
Claudio Raggio, Juan Antonio
Clavo Muñoz, Jesús
Cobo Insausti, Fernando
Codosero Lara, Francisco
Codosero Lara, Jacinto
Codosero Lara, Pedro
Coig O'Donnell Durán, Rafael
Colas García, Vicente
Coll Escacena, Manuel
Collado Espiga, Francisco
Collado Espiga, Luis Antonio
Collado Espiga, Valentín
Colodrón García, Francisco
Coloma Contreras, Adolfo
Colomer Llácer, Luis
Conde Basilio, Fernando
Conde Monge, José Antonio
Conde Monge, Rafael
Corbalán López, Antonio
Cordero Hurtado, Pedro
Córdoba Alba, Juan
Córdoba Trujillano, Antonio
Córdoba Trujillano, Ignacio
Cordobés López, Gerónimo
Cordón Hernández, José Antonio
Cordón Hernández, Juan Antonio
Cores Fernández de Bobadilla, Ramón
Corredoira Praga, Julián
Corrochano García, José
Cortina Simo, Jorge
Cotarelo Cotarelo, Emilio
Cotelo Iradier, Fernando
Crespo Gómez, Francisco
Crespo Gómez, Jerónimo
Crespo Navarro, Antonio
Criado Borrego, Adriano
Criado Gómez, Cándido
Criado Gómez, Luis Fernando
Cruz Bernad, Ignacio de la
Cruz González-Novelles, Manuel de la
Cruz López, Álvaro
Cruz López, Francisco
Cruz Palomino, Ignacio
Cruz Rodríguez, Miguel Ángel
Cuartero Sarria, Jesús
Cuesta Espejo, Ricardo
Cuesta Mula, Francisco
Cuesta Mula, Julio
Cueto Rodríguez, Rafael
Cuevas Landrove, Gerardo
Cuevas Medero, Francisco
Cuevas Puente, Emilio
Cuevas Puente, Juan Carlos
Dávila Wesolowski, Guillermo
Delgado Aguado, Julián
Delgado Almellones, Antonio
Delgado Arnaiz, Eduardo
Delgado Asenjo, Fernando
Delgado Calvo-Rubio, Fernando
Delgado Cerezo, Enrique
Delgado Cerezo, Raimundo
Delgado de Arnaiz, Eduardo
Delgado Hernández, Juan Antonio
Delibes Liniers, Rafael
Díaz Carballera, Esteban
Díaz Carballera, Pedro
Díaz Castroverde, Luciano
Díaz de Mier, Manuel
Díaz Durán, José
Díaz Fajardo, Rafael
Díaz Franco, Manuel
Díaz Fuentes, Evaristo
Díaz García, Juan Manuel
Díaz Lafuente, José Luis
Díaz Lobo, Ernesto
Díaz Lobo, Miguel
Díaz Losada, Ángel
Díaz Losada, Francisco
Díaz Losada, Julio
Díaz Martínez de Ron, José Luis
Díaz Martino, Juan María
Díaz Mato, Iván
Díaz Murillo, Juan José
Díaz Pérez, Jaime
Díaz Ramos, Julio
Díaz Rodríguez, Faustino
Díaz Ruíz, Jaime
Díaz-Merry Navarro, José A.
Diego Segura, Alejandro de
Diego Segura, José Luis de
Diego Segura, Pedro de
Díez Domínguez, Ángel
Díez Gimbernat, José Luis
Díez Hormilla, Dionisio
Díez Molist, José Antonio
Díez Molist, Luis
Dolado Esteban, Eduardo
Dolado Esteban, Jaime
Dolado Esteban, Jesús
Dolado Esteban, Juan José
Dolz del Castellar, Marcial
Domínguez Arciniega, Juan
Domínguez Clemente, Julián
Domínguez Escartín, José
Domínguez Larios, Ignacio
Domínguez Magdalena, Antonio
Domínguez Manso, José Luis

Domínguez Nicolás, Ángel
Domínguez Nimo, Ernesto
Domínguez Nimo, Manuel
Domínguez Nimo, Ricardo
Domínguez Rodicio, Luis
Domínguez Sánchez, Francisco
Domínguez Sánchez, José
Domínguez y Escartín, José Ramón
Doste Ochoa, Ramón
Duarte Moreno, José Antonio
Dueñas Faraco, Marcelino
Durán Acmero, Francisco
Durán Cánovas, José Luis
Durán García, José Antonio
Durán González, Francisco
Durán López, Eduardo
Durán López, Francisco Javier
Durán López, Santiago
Durán Mompó, José Manuel
Durán Mompó, Juan Manuel
Durán Romero, Francisco
Durán Romero, Roberto
Durán Sarmiento, Francisco de Paula
Durán Sarmiento, Francisco Javier
Echegoyen Vera, Juan Carlos
Echeverría Cabrero, José Luis
Elbo Nieto, José Luis
Elúa Vadillo, Miguel Ángel
Ena Márquez de la Plata, Gonzalo de
Ena Márquez de la Plata, José Manuel de
Ena Márquez de la Plata, Mariano de
Encinas Sánchez-Escribano, Manuel
Enríquez Entrecanales, Francisco
Enríquez Pérez, Antonio
Erlanz de Miguel, Alberto
Erroz Serrano, Antonio
Escanciano Sastre, Cándido
Escario Chapa, José Luis
Escario Matres, Carlos
Escario Matres, Miguel
Escassi García-Escámez, José María
Escauriaza Lázaro, Ignacio
Escobar García, Antonio
Escribano García-Quijada, Luis
Escribano Ruíz, Alberto
Escribano Ruíz, Pablo
Escudero Ramos, Lorenzo
Escuín Trellez, Carlos
Escuín Trellez, Francisco
Escuín Trellez, José
Escuín Trellez, Santiago
Esparza González, Agustín Vicente
Espejo Barneto, Leopoldo Jorge
Espejo Ortiz, Adolfo
Espeleta de Castro, Joaquín
Espíldora Peñarrubia, Antonio
Espino Díez, Lino
Espinosa Chinchón, Carlos
Espiñeira García, Aquilino
Espiñeira García, José
Espiñeira García, Manuel
Esquiroz García, José Antonio
Esquiroz Romero, Miguel Ángel
Esteban Hernández, José Antonio
Esteban Leiva, Juan Jesús
Esteban Serrano, Juan Carlos
Esteban Yécora, Pedro
Estévez Quintana, Guillermo
Estruch Bolaño, Mariano
Ezpeleta de Castro, Joaquín
Faerna Bueso, Adolfo
Faro Cajal, Ramón
Fauríe Samperio, Carlos
Fe Casas, Ricardo
Felipe Fernández, Enrique
Fenech Fernández de Quincoces, Jacobo
Feria Herrera, Manuel
Fernández Blanco, Fernando
Fernández Bulnes, Antonio
Fernández Canto, Joaquín
Fernández Cañas, José
Fernández Conejero, José
Fernández de Arévalo, José
Fernández de la Puente López, Manuel
Fernández de la Puente, Manuel
Fernández de los Ríos Gutiérrez, Juan María
Fernández del Amo, Lauro
Fernández Fernández, José Luis
Fernández Galán, José María
Fernández García, Juan José
Fernández González, Francisco Javier
Fernández González, Joaquín
Fernández González, Lisardo
Fernández Gorostegui, Juan Carlos
Fernández Izquierdo, José Luis
Fernández López de Arechaga, Jesús
Fernández Lubiano, Carlos
Fernández Medina, Enrique
Fernández Medina, Jesús Mª
Fernández Medina, Juan
Fernández Morato, Joaquín
Fernández Moro, Ricardo
Fernández Mota García, Francisco
Fernández Mota García, Jorge
Fernández Ortiz, Joaquín
Fernández Osorio, Ramón Enrique
Fernández Pardellas, Manuel
Fernández Ramírez, Antonio
Fernández Ramírez, Gabriel
Fernández Ramírez, Jesús
Fernández Ramírez, Miguel Ángel
Fernández Ramos, Carlos
Fernández Regueira, José Luis
Fernández Rodríguez, Juan V.
Fernández Rodríguez, Luis
Fernández Ruano, Amable
Fernández Salort, Joaquín
Fernández Salort, Juan Carlos
Fernández Sánchez, José
Fernández Sánchez, Martín
Fernández Santander, Carlos
Fernández Savín, Andrés José
Fernández Suárez, Elías
Fernández Suárez, Rafael
Fernández Taboada, Jesús
Fernández Torres, Luis
Fernández Troconiz, José
Fernández Troncoso, Manuel
Fernández Vera, Julio
Fernández Vera, Laureano
Fernández-Gaytán González de Uzqueta, Ángel
Fernández-López Arechaga, Jesús
Fernández-Mota Gracia, Francisco
Fernández-Mota Gracia, Jorge
Fernández-Mota Gracia, José
Fernández-Portal Pérez, José Luis
Fernández-Troconiz Rovira, José Ángel
Ferreira Fernández, Luis
Ferrer Álvarez, Manuel
Ferrer Ros, Carlos
Ferriz Sánchez, José
Flaquer Bueso, Francisco
Flores González, Joaquín
Flores González, Luis
Flores Mir, Enrique
Flores Osorio, Ignacio
Flores Thies, Jesús
Flores Thies, Rafael
Fombellida Prieto, Luis
Forés Díez, Ángel

Forés Díez, Miguel
Formoso Vázquez, Antonio
Fraile Capablo, José Luis
Francisco Sánchez, José Ángel de
Franco Pomares, Adolfo
Franco Pomares, Arturo
Franco Pomares, Julián
Franco Romeo, Jorge
Frutos Arredondo, Luis
Frutos Arredondo, Miguel A.
Frutos Rodríguez, Antonio
Fuente Cólera, Guillermo
Fuente Requejo, Jesús de la
Fuertes Roig, José Maria
Fuster Montes, José Luis
Gajete Gómez, Juan Sebastián
Gala González, Alfredo
Gala González, Federico
Gala González, Jorge
Galán Berroya, Manuel
Galán Bueno, Carlos Javier
Galán Bueno, José
Galante Serrano, Miguel
Galdiano Sánchez, Fausto
Galdiano Sánchez, José María
Galende Alonso, Carlos
Galiana Blanco, Alberto
Gallango Donamaría, Fco. Javier
Gallango Donamaría, Jesús María
Gallango Donamaría, José Luis
Gallardo Fuentes, Elías
Gallardo Izquierdo, Julián
Gallardo Izquierdo, Pedro
Gallego Almansa, Manuel
Gallego Renart, Héctor
Gallego Renart, Ramón
Gallego Veciana, Rafael
Gallo Montilla, José
Gallo Montilla, Juan
Galván Sierra, Juan
Galván Sierra, Rafael
Gálvez Huertas, Antonio
Gálvez Santos, Rafael
Gamero García, Tomás
Gámez Sierra, José
Garachana Román, Miguel
Garay Moreno, José
Garay Moreno, Rafael
Garcés Gutiérrez, Mariano
García Abadía, Juan
García Acevedo, Félix
García Allegue, Santiago
García Amenedo, Eduardo
García Andrés, Juan T.
García Arcaya, José Manuel
García Arroyo, Joaquín
García Arroyo, Miguel Ángel
García Arroyo, Pedro
García Beiras, Carlos
García Bescós, Enrique
García Bescós, José Antonio
García Bescós, Rafael
García Brunetón, Alfredo
García Brunetón, Mariano
García Buil, Adelardo
García Buil, Ángel
García Buil, José Ramón
García Calleja, Conrado
García Calleja, José Carlos
García Camblor, Emilio
García Camulla, Emilio
García Carbajal, Santiago
García Castillo, Antonio
García Castillo, José
García de la Noceda Fierro, Álvaro
García de la Noceda G. Fierro, Alfonso
García de la Noceda G. Fierro, Álvaro
García del Blanco, Felipe
García del Cueto, José Fernando
García Díaz, Raúl
García Díez, Carlos
García Fernández, Enrique
García Fernández, Ulpiano
García Galván, Mariano
García García, David
García García, Enrique
García García, Fernando
García García, José
García García, José Andrés
García García, José Ramón
García García, Julián
García García, Pedro Miguel
García García, Serafín Pedro
García González, Tomás Vicente
García Gutiérrez, Miguel Julián
García Hernando, José
García Hernando, Pedro
García Herrera, José Luis
García Herrero, Luis
García Higuera, Miguel
García Hortelano, José
García Izquierdo, Juan Benito
García Jiménez, Rafael
García Legido, Arturo
García Lober, Nicolás
García Loma, José Antonio
García Loma, Senén
García López, Manuel
García López, Miguel
García Marcos, Joaquín
García Marquina, Rafael
García Martín, José
García Martín, Juan Carlos
García Martínez, Enrique
García Martínez, José Antonio
García Martínez, José Luis
García Martínez, Juan Carlos
García Mendoza, Juan J.
García Mulet, Juan
García Muñoz, José María
García Naranjo, Antonio
García Pérez, Francisco Javier
García Polavieja, Guillermo
García Robayna, Arístides
García Robayna, Artemi
García Robayna, Gonzalo
García Robayna, Manuel
García Rodríguez, Francisco
García Rodríguez, Manuel Lesmes
García Romero, Juan José
García Sánchez, José
García Sánchez, Juan
García Sancho, Lucrecio
García Saura, Tomás
García Setién, Jaime
García Setién, Luis
García Sillero, José Luis
García Vallejo, Amador
García Velo, José Luis
García Viedma, Rafael
García Vilar, Antonio
García-Ganges Díez, Federico
García-López de la Vega, Enrique Arístides B.
García-López de la Vega, Victorino
García-Mendoza Raso, Enrique
García-Mendoza Raso, Juan José
García-Morato Saro, Javier
García-Polavieja Piñerua, Francisco Javier
García-Polavieja Piñerua, Guillermo
García-Polavieja Piñerua, Juan

Garnica Rodríguez, Jesús María
Garnica Rodríguez, José María
Garnica Rodríguez, Juan José
Garnica Rodríguez, Julio
Garrido de Arroquia, Francisco
Garrido de Arroquia, Jesús
Garrido de Arroquia, Torcuato
Garrido López, Javier
Garrote Coco, José Alberto
Garrote Sobrino, Ángel
Garrudo González, José
Garzón Sabina, Francisco
Gaspar Cedrián, Valentín
Gastón de Iriarte Munar, Enrique
Gatius Donlo, Fernando
Gazules Casademont, Juan
Gelabert Vidal, Bernardino
Gelabert Vidal, Pedro Francisco
Gener Vitini, José Manuel
Gener Vitini, José María
Gener Vitini, Leopoldo
Gener Vitini, Ramón
Genicio Castro, Manuel
Gibert Crespo, Joaquín
Gibert Crespo, Santiago
Gil Barberá, Ángel
Gil Barberá, Luis
Gil Colón, José
Gil Galindo, Diego
Gil Galindo, Domingo
Gil Gómez, Francisco
Gil González, Manuel
Gil Hernández, Mariano
Gil Lasierra, Agustín
Gil Martín, José
Gil Palomo, Juan Antonio
Gil Piña, Basilio
Gil Romeo, Jesús
Gil Romero, Nicolás
Gilabert Bernal, Guillermo
Girón Carrillo de Albornoz, José Luis
Goig O' Donnell, Rafael
Gómez de Salazar Arroyo, Enrique
Gómez de Salazar Arroyo, Juan
Gómez de Salazar Díaz-Faes, Alfonso
Gómez de Salazar Díaz-Faes, Federico
Gómez de Salazar García Saliano, Francisco Javier
Gómez de Salazar, Federico
Gómez de Salazar, Francisco
Gómez Fungairiño, Antonio
Gómez Fungairiño, Emilio
Gómez García, Enrique
Gómez Gilabert, Manuel
Gómez Herrera, Ramón
Gómez Herrero, José Antonio
Gómez Herrero, Pablo
Gómez Ibarrondo, Jesús
Gómez Ibarrondo, José María
Gómez Julián, José Luis
Gómez López, Gonzalo
Gómez Lorenzo, Benito
Gómez Lorenzo, José Melchor
Gómez Martín, Manuel
Gómez Martínez, Juan Carlos
Gómez Martínez, Santiago
Gómez Puebla, Enrique
Gómez Puebla, Fernando
Gómez Salazar García Galiano, Mauro
Gómez Sánchez, Isidro
Gómez Sánchez, José Manuel
Gómez Sánchez, Juan A.
Gómez Sánchez, Pedro
Gómez Sempere, Rafael
Gómez Serrano, Matías
Gómez Torreiro, Enrique
Gómez Vergés, Carlos
Gómez Wolgescheffen, Enrique
Gomila Arredondo, Lorenzo
González Álvarez, Francisco
González Artigot, Francisco
González Bejarano, Víctor
González Bernal, Armando
González Bernaldo de Quirós, Julio
González C. Rivero, Pedro
González Cantero, Carlos
González Carmona, José Antonio
González Carmona, José María
González Carmona, Juan Manuel
González Carmona, Mario
González Cerecedo, Juan Francisco
González Cerecedo, Pedro
González Charlo, Rafael
González Cutre Rivero, Pedro
González de Buitrago, Gonzalo
González de Caldas Paniagua, Jesús M.
González de la Fe, Isidoro
González de la Fuente, Luis
González de la Fuente, Pedro Marcos
González de Mendiguchia Ballesteros, Jesús
González del Alba Baraja, Ángel
González del Alba Baraja, Manuel
González Díaz, Darío
González Domindo, José
González García, Hermenegildo
González García, Luis
González Jiménez, Félix
González Jordá, Héctor
González Juliana, José Antonio
González Juliana, Marcelo
González López, Alejandro
González López, Antonio
González López, Enrique
González López, José
González López, Santiago
González Martín, Luis
González Peña, Carlos
González Pérez, Manuel
González Quevedo, Miguel
González Revuelta, Juan Carlos
González Rodríguez Trujillo, Jesús
González Romero, Alfonso
González San Miguel, José
González Sánchez, Enrique
González Sánchez, Manuel
González Sierra, Antonio
González Suárez, Asterio
González Suárez, Julio
González Urbaneja, Daniel
González-Aller Beardo, José
González-Aller Boardo, José
González-Auleo Grande de C., Gonzalo
González-Cutre Rivero, José M.
González-Cutre Rivero, Pedro
González-Mata Cuervo, Fernando
González-Prida Izaguirre, José
Gortazar O´Ryan, Francisco
Gortazar O´Ryan, Ignacio
Gortazar O´Ryan, Javier
Gortazar O'Ryan, Luis
Gotarredona Cobos, Juan José
Gotarredona Serra, José M.
Gracía Uriol, Fernando
Granados Baeza, Fernando
Granados Baeza, Jorge
Granados Baeza, Juan
Granados Montoro, José Mª
Granados Pacheco, Manuel
Granados Ramos, Basilio
Grandal López, José Ramón
Grandal López, Marino

Grande Sáenz de Cenzano, Juan
Granja Albarellos, José
Granja Albarellos, Roberto
Grávalos Muiño, Antonio
Grávalos Muiño, Carlos
Gregorio Najarro, Francisco
Grosabel Fernández, Jesús
Gude Ruíz, Manuel
Guede Traseira, Federico
Guerrero Márquez, Manuel
Guido Bermúdez, José Julio
Guijarro Paredes, Cipriano Ramón
Guillén Alcaraz, Antonio
Guillén Alcaraz, Diego
Guillén Alcaraz, Juan
Guillén Alonso, Martín
Guillén Álvarez, Rafael
Guillén Domínguez, Antonio
Guillén Domínguez, José
Guillén Hernández, Francisco J.
Guillén Macías, Antonio Alberto
Guillén Macías, Diego
Guillén Macías, Jesús María
Guillén Moragas, Isidoro
Guillén Moragas, José
Guimare Calvo, Alfredo
Guimare Calvo, Emilio
Gurrea Garcés, Alfonso
Gutiérrez de Nestares, José Mª
Gutiérrez de Rubalcava M., Alejo
Gutiérrez de Rubalcava M., José Mª
Gutiérrez de Rubalcava M., Joaquín
Gutiérrez de Terán Suárez-Guanes, Ignacio
Gutiérrez de Terán Suárez-Guanes, Ramón
Gutiérrez de Terán y Menéndez de Castañedo, Arturo
Gutiérrez de Terán y Menéndez de Castañedo, José Luis
Gutiérrez de Terán, Alfonso Carlos
Gutiérrez García, Ricardo
Gutiérrez López, José Luis
Gutiérrez Maturana Villalta, Alfonso
Gutiérrez Sampedro, H. Alberto
Gutiérrez Valiño, Javier
Gutiérrez Valiño, Juan
Halcón Pacheco, Fernando
Halcón Pacheco, Julio
Heredia García, Antonio
Heredia García, Jacinto
Heredia García, Salvador
Herguedas Carpio, Pedro
Hermida de Castro García, Manuel
Hermida Domínguez, José María
Hermida Domínguez, Mario
Hermosa Álvarez, Gonzalo
Hernández Artuñedo, Manuel
Hernández Blanco Díaz, Emilio
Hernández Borrazas, Eugenio
Hernández de Ayala, Lorenzo
Hernández Díaz, Carmelo
Hernández Díez, Manuel
Hernández Durán, José
Hernández Gómez, Ángel
Hernández Gómez, Herminio
Hernández Gómez, Manuel Fabriciano
Hernández Hernández, Esteban
Hernández López, Felipe
Hernández López, Juan María
Hernández Martín, Manuel
Hernández Merino, Ángel
Hernández Merino, Víctor
Hernández Ruano, Amable
Hernández Ruano, Jaime
Hernández Segura, Gregorio
Hernández Urbano, Amable
Hernando Arias, Luis
Herráiz Hidalgo de Quintana, Agustín
Herráiz Hidalgo de Quintana, Cesar
Herráiz Hidalgo de Quintana, Raimundo
Herranz Villafruela, Fernando
Herrera Barona, Adolfo
Herrera Barona, Alfredo
Herrera Barona, Luis
Herrera Montes, Juan Antonio
Herrera Mulero, Rafael
Herrero Batalla, Manuel
Herrero Francia, Juan
Herrero Pardo, Santiago
Herrero Pérez, José
Hevia González, Jesús
Hickman Fernández, Julián
Hidalgo Esteve, Miguel
Hidalgo Landáburu, Alfonso Carlos
Hidalgo Romero, Francisco Javier
Hidalgo Romero, José
Holgado Vicente, Marcial
Hormigo Soto, Juan Manuel
Hornero Cortés, Victoriano
Horrillo D'Anjou, Juan
Huarte Salvatierra, Enrique
Huelgo Colunga, Cipriano
Huelin y Martínez de Velasco, Guillermo
Huertas Ejarque, Jesús
Huertas Márquez, Ángel
Huertas Márquez, Joaquín
Huertas Márquez, José Luis
Huertas Molpeceres, Manuel
Huete Heredero, Julián
Hurtado Alastuey, Federico
Ibáñez Escuder, Agustín
Ibarz Soria, José María
Iglesia Fernández, José Vicente de la
Iglesia Pérez-Alejandro, Ángel de la
Iglesia Pérez-Alejandro, Carlos de la
Iglesias Bilbao, Miguel
Iglesias Cano, Jesús Manuel
Iglesias García, Aquilino
Iglesias García, José
Iglesias Roldan, Francisco
Igual Gil, Ángel
Ingles Cerezo, Ramón
Isidro Hernández, Román Luis
Isla García, Francisco Javier
Ituarte Rozas, Juan
Izquierdo Esparza, Gonzalo
Izquierdo Gispert, Gonzalo
Izquierdo Migueliz, Miguel
Izquierdo Peraita, Justo Manuel
Izquierdo Peraita, Victorio
Izquierdo Sánchez-Ajofrín, Eduardo
Izquierdo Sánchez-Ajofrín, Francisco
Izquierdo Tolosa, Manuel
Izquierdo Tolosa, Salvador
Izquierdo Vison, Florencio
Jáuregui García, Agustín
Jerez Esquivel, Antonio
Jerez Funes, Carlos
Jiménez Antón, Alberto
Jiménez Barbadillo, Juan Carlos
Jiménez Berruete, José
Jiménez Catena, José Luis
Jiménez Correa, Antonio
Jiménez de Cisneros H., Vicente
Jiménez Jimena, Miguel Ángel
Jiménez Madridano, David
Jiménez Martínez, Marcelino
Jiménez Muñoz, Germán
Jiménez Muñoz, Teófilo
Jiménez Rodríguez, Ángel
Jiménez Rubio, José María
Jiménez Ruíz, Rafael
Jiménez Salamanca, Luis

Jiménez Sánchez-Ocaña, Constancio
Jiménez-Alfaro Marina, Antonio José
Jiménez-Alfaro Marina, Juan Carlos
Jimeno del Hoyo, Eugenio
Jofre Manuel, Saturnino
Jorde Urrutia, Fernando
Josa Tena, Fernando
Josa Tena, Joaquín Luis
Juan Herrero, Joaquín de
Juan Martínez, Antonio de
Juan Pozuelo, Vicente
Judel Rivera, Juan
Juez Reoyo, Alfonso
Julbez Beneroso, José Antonio
Julia Nadal, Bernardo
Junquera Pardo, Francisco
Jurado Rodríguez, Alberto
Justo Fernández, Miguel Ángel
Justo Guisado, Carlos León
Kadar Alonso, Sergio
Knörr Borrás, Roberto
Labajos Hernández, José
Lafita Togores, Fernando
Lafranke Carmona, Eugenio
Lafuente Romeo, Miguel
Lage Barón, Manuel
Lage Dávila, Ángel
Lage Dávila, Jesús
Lalaguna Nieto, José Luis
Lama-Noriega del Bosque, Carlos de la
Lama-Noriega del Bosque, Fernando de la
Lama-Noriega del Bosque, Luis de la
Lamarca Montes, Fernando
Lamas Carril, José Luis
Lamas Carril, Vicente
Lambarte Espinosa, Aurelio
Lamo Díaz, Gabriel
Lamo Díaz, Luis
Lanches Carrasco, Luis
Lanza Rubio, Segundo
Lardiés Cerdán, José Ramón
Lardiés Cerdán, Luis Enrique
Lassa García, Emilio
Lasso Cullare, Gonzalo
Leardy González, Manuel
Lebrero Eguizábal, Jesús
Lechuga Resa, Jesús
Lechuga Serrano, Fernando
Ledesma Puente, Hilario
Lega Madera, José Manuel
Lence Bravo, Miguel
Lendoiro Salvador, Isidro
León Llorente, Joaquín de
León Moya, Ángel
León Núñez, José Luis
Limón Domínguez, Juan
Lina Carrasco, Juan José
Linares Assiego, Jorge
Linos Quintana, Eduardo de
Lisbina Gil, Francisco
Liste Vidal, Rafael
Lizaur Navarro, Bernardo
Lizaur Navarro, Domingo
Lizaur Navarro, Salvador
Lizcano de la Rosa Martínez, Fernando
Lizcano de la Rosa Martínez, José Fernando
Llamas González, José Ramón
Llamas Martín, Ramón
Llamas Martínez, José
Llamas Martínez, José Enrique
Llevot Fillias, Rafael
Llinares Blanco, José
Llorens Inglés, Gonzalo
Llorente González, Jorge
Llorente González, Nicolás
Llorente González, Rafael
Llorente González, Raimundo
Llorente Lafuente, Guillermo
Llorente Lafuente, Roberto
Lluna Reig, Luis
Lluna Reig, Rafael
Lobato Iglesias, José Luis
Lobato Iglesias, Juan Antonio
Lobo Pérez, Manuel
Lobón Ortiz, Manuel
Lombarte Espinosa, Aurelio
Lombo de Luelmo, José
López Aguilera, Manuel
López Alonso-Majagranzas, Gonzalo
López Alonso-Majagranzas, José Julio
López Alonso-Majagranzas, Pedro
López Borrero, Julio
López Checa, Agustín
López Checa, Antonio
López Checa, Manuel
López Checa, Rafael
López de Frutos, Alfonso
López de Frutos, Pablo
López de la Lama, Carlos
López Fernández, Rafael
López García, Alejandro
López García, Juan
López García, Rafael
López González, José
López Herrerías, José Miguel
López Lago, Antonio
López Lago, Carlos
López Méndez, Manuel
López Méndez, Miguel
López Mendía, Adolfo
López Merino, Modesto
López Mira, Luis
López Olgado, Rafael
López Peno, José Ignacio
López Picazo, Ramón
López Ponce, Antonio
López Redondo, Juan Antonio
López Rodríguez, Francisco
López Ruíz, José
López Salas, Miguel
López Sánchez, José
López Sánchez, Rafael
López Trujillo, Balbino
López Ugidos, Enrique
López Vidalle, José
López Villegas, Manuel
López-Tapias Cabral, Juan Manuel
Lorda Navia, Agustín
Lorduy Cremata, Emilio
Lorenzo Castillo, Eduardo
Lorenzo García, José
Lorenzo González-Corvo, José María
Lorenzo Lorenzo, Enrique
Lorenzo Lorenzo, José María
Lorenzo Lorenzo, Juan María
Losada Delgado, Ángel
Losada López, Fernando Gustavo
Losada López, Rafael
Losada Rodríguez, Enrique
Losada Rodríguez, Juan
Losada Sanz, José
Losana Vigil-Escalera, Cristóbal
Lozano Choza, Domingo
Lozano Choza, José Antonio
Lozano Gutiérrez, Magín
Lozano Méndez-Núñez, Fernando
Lozano Serrano, Vicente
Lucas García-Quijada, Ángel
Lucas Saiz, Jaime
Lucas Saiz, Luis Herminio

Lucena Bermudo, Fernando
Lucena Bermudo, José Luis
Lucena Bermudo, Miguel
Lucena Bermudo, Pedro
Luengo Barrios, José María
Lugones López de Sabando, Domingo
Lugones López de Sabando, Juan Francisco
Luna Barbero, Francisco
Luque Martí, Francisco
Luque Perea, José Luis
Macho Pradera, Juan Carlos
Macias Sagastuy, Alberto
Maestre García, Ángel
Magaz Rodríguez, Leonardo
Magdalena Cardoso, Ricardo
Maldonado Aranaz, Andrés
Maldonado Aranaz, Luis
Malibrán Moreno, Alfredo de
Mallo Esteban, Juan
Mandillo Quirós, Eduardo
Manrique Miguel, Tomás
Manso de Zuñiga Jounger, Carlos
Manso Ipiña, José María
Manso López, Luis
Manso Rodríguez, Fermin
Manso-Pedrosa Novo, Iván
Marchessi Guerra, Fernando
Marcho Millán, José
Marco Rojí, Carlos
Marcos Vara, Gonzalo
Marcos Vivo, Casimiro
Marí Marí, Ángel
Marín García, Julián
Márquez Conejo, Daniel
Márquez Garrido, José
Márquez Hornillo, Rafael
Márquez Lladó, Manuel
Márquez López, Sebastián
Márquez Viñés, José
Marquina López, Gilberto
Marquina López, Manuel
Marquina Sacristán, Ramón
Marquino Ramos, Jesús
Martero García, Ángel
Martero Salcedo, Miguel A.
Martí González, Lorenzo
Martín Benito, Ángel
Martín Bermejo, José
Martín Caro, Miguel Ángel de
Martín Caro, Rafael
Martín Chico, José Antonio
Martín Chico, Julio
Martín de Viguera, Enrique Miguel
Martín Dupetit, José Luis
Martín Fernández, Héctor
Martín Filgueira, Arturo
Martín Francia, Juan
Martín Gamborino, Arturo
Martín García, Ángel
Martín Gutiérrez, José Ignacio
Martín Gutiérrez, José Luis
Martín Gutiérrez, Luis
Martín Ledesma, Miguel A.
Martín Ledesma, Roberto
Martín Martín, Felipe
Martín Martínez, Ignacio
Martín Olarte, Alfio
Martín Posadillo Muñiz, Carlos
Martín Rodríguez, Agustín
Martín Rodríguez, Juan Francisco
Martín Ruíz, Javier
Martín Ruíz, José Antonio
Martín Santos, Antonio
Martín Santos, Juan
Martín Viguera, Enrique
Martín Viguera, José Antonio
Martín-Caro Sauna, Faustino
Martínez Aller, Fernando
Martínez Álvarez, Odilo
Martínez Borrego, José María
Martínez Cabrera, Julián
Martínez Corral, Luis
Martínez de Baños García, Luis
Martínez de Lagos Herrero, José Luis
Martínez de Luna Peciña, Alberto
Martínez de Luna, José Luis
Martínez de Velasco Salazar, Carlos
Martínez Esparoner, Ignacio
Martínez Esparza Valiente, Juan
Martínez Esparza Valiente, Luis
Martínez Esparza Valiente, Vicente
Martínez Fernández-Miranda, Carlos
Martínez Francos, Salvador
Martínez García, José
Martínez García-Figueras, Carlos
Martínez García-Figueras, Javier
Martínez García-Figueras, Juan A.
Martínez Gavira, Rafael
Martínez Jiménez, Francisco
Martínez Jiménez, José
Martínez Jimeno, Antonio
Martínez Lanao, José
Martínez Lanao, Ramón
Martínez Lavilla, Gabriel
Martínez Llano, Fernando
Martínez María, Arturo
Martínez Marticorena, Francisco
Martínez Martínez, Carlos
Martínez Martínez, Julio
Martínez Mateos, José C.
Martínez Olmos, Antonio
Martínez Prior, José
Martínez Rama, Julio
Martínez Rodríguez, José Luis
Martínez Sambeat, José Manuel
Martínez Solano, Fernando
Martínez Tajadura, Antonio
Martínez Tarazona, Miguel
Martínez Tirado, Pedro
Martínez Varela, Joaquín
Martínez Zarandia, Miguel
Martínez-Esparza Valiente, Francisco
Martínez-Esparza Valiente, Juan
Martínez-Fernández Miranda, Carlos
Martín-Posadillo Muñiz, José María
Más Pérez, Luis
Mas Salgado, Carlos
Mas Salgado, Juan Antonio
Massanet Hernández, Víctor
Mata Moreno, Juan
Mata Vílches, Julián
Mata Vílches, Luis
Matamala Altabella, Fco. Javier
Mateo García, José
Mateos Bermejo, Manuel
Mateu Álvarez, Francisco
Matute Sarnago, Fco. Javier
Máximo Álvarez, Mariano
Mayans Martín-Romo, Joaquín
Maza Alcázar, Juan
Maza Alcázar, Tomás
Medialdea Fernández, Carlos
Mediavilla Cuyás, Manuel
Mediavilla Cuyás, Pedro
Medina Brito, Javier
Medina García, Carlos
Medina Martínez, Manuel
Mejuto Somorrostro, Gabriel
Melchor Hernández, Ángel
Mellado Bernal, José

Mena Reigada, José
Méndez Gallardo, José
Méndez Gómez, Florentino
Méndez Gómez, Francisco
Méndez Gómez, José Luis
Méndez Paredes, José Antonio
Méndez Sendin, Alfonso
Méndez Vigo Vega, Ignacio
Mendicuti Castillo, Carlos Enrique
Mendoza Rodríguez, Alfonso
Mendoza Rodríguez, Manuel
Menéndez Piñeiro, Joaquín
Mengual Tolón, Julio
Mengual Tolón, Luis V.
Mercadé Farré, Francisco Javier
Mercado Acero, José
Mercado Acero, José María
Merello Álvarez, Eduardo
Merello Álvarez, José
Merinero Domingo, Hilario
Merino Casals, Luis
Merino Navarro, Antonio
Mesa Herrera, Antonio
Mesa Herrera, Luciano
Mesa Miró, Francisco
Mesa Miró, Jesús María
Miguel Herrero, Luis
Miguel Menéndez-Morán, José de
Miguel Menéndez-Morán, Luis de
Miguel Sanguero, Ángel
Miguel Villanueva, César de
Millán Montoya, Ladislao
Millán Morera de la Vall, Vicente
Mingo Misena, Lucas de
Mingo Valle, Agustín de
Mingo Valle, Luis
Mínguez Yugueros, Santiago
Miranda Álvarez, Francisco Javier
Miranda Álvarez, Juan Carlos
Miranda Jolo, Rafael
Miranda Peláez, José Ramón
Miranda Saavedra de la Peña, Enrique
Miró Mancebo, Carlos
Molina Arias, Lorenzo
Molina Enríquez, Manuel
Molina Valls, Daniel
Molinero Fernández, Miguel
Mollá Maestre, Enrique
Mollá Maestre, Fernando
Mollá Maestre, Luis
Moncho Millán, José
Mondelo García, Guillermo
Mondelo Somorrostro, Manuel
Monge González, Alfonso
Monís Catalina, José María
Monje Hernández, Pedro
Monje Navarra, Félix
Monllaó García, José
Monllaó García, Juan
Monreal Romero, Emilio
Monroy Lausada, Antonio
Montalvo Escobar, Antonio
Montero Bautista, Carlos
Montero Carrasco, Rafael
Montero García, Ángel
Montero García, Antonio
Montero García, Manuel
Montero Plaza, Dionisio
Montero Salcedo, Juan Antonio
Montero Salcedo, Miguel
Montes Galán, José Luis
Montes Hernández, Antonio
Montón Salvador, Joaquín
Montufo Gutiérrez, Juan Ignacio
Moral Martínez, Pelayo del
Moral Sánchez, Juan de Dios
Moral Zurita, Antonio
Moral Zurita, Juan
Moral Zurita, Miguel
Moralejo Hernández, Antonio
Moralejo Hernández, Francisco Javier
Moralejo Hernández, Gabriel
Moralejo Hernández, Ramón
Morales Gallego, Alfonso
Morales Gallego, Juan
Morales Gil, Alberto
Morales Gómez, Eusebio
Morales Gómez, Pedro
Morales Izquierdo, Francisco
Morales Lázaro, Manuel
Morales Parrondo, Jorge
Moraza Olite, Emilio
Moraza Olite, José
Moraza Olite, Pedro
Moreno Bustamante, Ángel
Moreno Castañeda, Antonio
Moreno Falcó, Antonio
Moreno Falcó, Félix
Moreno Gramaje, José María
Moreno Martorell, José Ramón
Moreno Rodríguez, Ramón
Moreno Rondón, Francisco José
Moreno Sánchez, José Antonio
Moreno Thome, Antonio.
Moreno Valderrama, Regino
Moreno Wirtz, Enrique
Moreno Wirtz, Francisco
Moreno Wirtz, José Luis
Morera Triana, Enrique
Morera Triana, José María
Moret de la Higuera, José Ramón
Morgado Tabarés, Javier
Moriche Mostajo, Francisco Antonio
Morillo-Velarde Ortiz, Juan
Moro Álvarez, Juan Antonio
Moro Álvarez, Manuel
Mosquera Areces, Alfonso
Moxi Martínez, Juan I.
Moxi Ortiz de Villafos, Agustín
Moya Lara, Rómulo
Moya Muñoz, Antonio
Moya Muñoz, Francisco
Moya Muñoz, José
Moyano Quiroga, Jesús
Moyano Quiroga, Luis
Muiños Baño, Rafael
Mula Espinosa, José
Mula Espinosa, Juan
Mula Espinosa, Manuel
Mulet Chueca, José
Mulet Chueca, Melchor
Munuera Pozo, Mariano
Muñiz Rodríguez, Alfonso
Muñoz Agea, Manuel
Muñoz Agea, Pedro
Muñoz Arroyo, Antonio
Muñoz Arroyo, Jesús
Muñoz Arroyo, José Luis
Muñoz Bouzo, Javier
Muñoz Caballero, Francisco
Muñoz Caballero, José
Muñoz Césaro, Ángel
Muñoz Césaro, Francisco
Muñoz de Salazar, Servando
Muñoz Egea, Pedro
Muñoz Gil, Alfonso
Muñoz Hernández, Fabio
Muñoz Hernández, José Luis
Muñoz Hernández, Pablo
Muñoz Jofre, Emilio

Muñoz Lorente, Gerardo
Muñoz Molina, Fernando
Muñoz Molina, Javier
Muñoz Olivares, Antonio
Muñoz Rodríguez, Manuel
Muñoz Rodríguez, Maximiliano
Muñoz Rodríguez, Santiago
Muñoz Rodríguez, Santos
Muñoz Sarmiento, Santiago
Murga Ulibarri, Carlos
Narváez Alaya, José Carlos
Navacerrada López de Haro, José Luis
Navarro Apellániz, Santos
Navarro de la Chica, Juan
Navarro del Pino, Antonio
Navarro García, Jesús
Navarro Mayorga, Francisco Carlos
Navarro Pariente, Francisco
Navas Bedia, Luis
Navascués Castilla, Manuel de
Negueruela Martínez, Darío
Negueruela Martínez, Iván
Negueruela Martínez, José Ignacio
Neira Reyes, Antonio
Neira Reyes, José
Nevado Bermejo, Vicente
Nicieza Viña, Carlos
Nicolás Egea, Jorge
Nieto Álvez, Alfredo
Nieto González, Álvaro
Nieto González, Avertano
Nieto González, José María
Nieto González, Julio
Nieto Martínez, José
Nieto Martínez, Valentín
Nieto Miqueles, José
Niño Fernández, José A.
Niño Fernández, Lorenzo
Noguerol Santurtún, Julio
Núñez Alonso, Conrado
Núñez Ferraz, Manuel
Núñez Martínez, Alejo
Núñez Pérez Galdós, Domingo
Núñez Pérez-Galdós, José María
Núñez Rivero, José
Núñez Rodríguez, Cipriano José
Núñez Serrano, Agapito Adrián
Ocaña Cruz, Rafael
Ocaña Ortega, José Luis
Ocaña Ortega, Juan
Ochoa Galicia, Juan Antonio
Ochoa Galicia, Juan José
Ochoa Sánchez, Alberto
Ocón Terrasa, Armando
Ocón Terrasa, Carlos María
Ocón Terrasa, José Luis
Olavide Verdía, Ignacio
Olavide Verdía, José Luis
Olmo Comella, Alejandro
Olona Armenteras, Eduardo
O'Neill Pecino, Luis
O'Neill Pecino, Miguel
Ontañón Vuilliomenet, Luis
Oña Ibáñez, Juan José
Orden Blanco, José Alejandro de la
Orduna Martínez de Zuazo, Alfonso
Orduna Vela, Diego Ignacio
Orduna Vela, Fernando
Orellana Díaz, Sebastián
Orellana Duarte, José A.
Orio García, Román
Oro Arana, Justo
Oromi Ciganda, José Luis
Oromi Ciganda, Juan
Oronoz Larregui, Javier
Oronoz Larregui, Jesús
Orozco Márquez, Leonardo
Ortas Sánchez, José
Ortega Álvarez, Carlos
Ortega Álvarez, Ernesto
Ortega Ballesteros, Felipe
Ortega Conesa, José María
Ortega Conesa, Santiago
Ortega González, Francisco
Ortega Martínez, Juan Miguel
Ortega Martínez, Manuel
Ortega Martínez, Pedro
Ortega Parra, Carlos
Ortega Rodríguez, Ángel
Ortega Rodríguez, Juan
Ortega Ruíz, Alonso
Ortega Ruíz, Juan
Ortiz de Zarate y Sánchez de M., Antonio
Ortiz Gómez, Manuel
Ortiz Muriel, Gonzalo
Oses Sánchez, Jesús
Oses Sánchez, José Luis
Osset Vicente, José
Ossorno Almécija, Jesús de
Ossorno Almécija, José Luis de
Ossorno Almécija, Luis de
Ossorno de la Puerta, José Ignacio de
Ossorno de la Puerta, Juan Pedro de
Ossorno de la Puerta, Santiago de
Osuna García, José
Osuna Rey, Antonio
Osuna Rey, Gerardo
Osuna Rey, Jesús
Osuna Rey, José
Osuna Rey, Juan M.
Osuna Rey, Pedro
Otero Delgadillo, Gregorio
Otero Frades, Ramón
Otero Lastres, Miguel Ángel
Padilla Barrera, Carlos
Padilla Puig, Ramón
Padilla Sanchiz, Juan José
Padilla Sanchiz, Vicente
Pairet Blasco, Antonio
Pairet Blasco, José María
Pajares Lizarán, Ángel
Pajares Lizarán, Carlos
Pajares Lizarán, Fernando
Palacio Allo, Ramón
Palacios Jurado, Rafael
Palazuelos Arnaiz, Emilio
Palmeiro Díaz, José María
Palomo Miguelena, Antonio
Palomo Miguelena, José
Palos Yago, José Javier
Pan Faritia, José Antonio
Paniagua Calvo, Francisco
Pantín Domínguez, Juan Carlos
Para Díaz, José María
Parajo González, José
Pardos Fernández del Pino, Mauricio
Paredes Pedrosa, José
Paredes Pedrosa, Juan
Parra Díaz, José María
Parra Galto-Durán, Fernando
Parra Sedano, José María
Parreño Lázaro, Ramiro
Parreño Lezano, Luis
Pastor Tinoco, Francisco J.
Pastor Tinoco, Ramón
Pavia Servet, Mariano
Payán Fernández, José Luis
Pazos Viana, Rafael
Peinado Lorca, Manuel
Pejenaute Moraga, Pedro

Peláez López, Carlos
Pelegrí Escrivá de Romaní, Vicente
Pellicer Bergós, Samuel
Peña Roig, Humberto
Peña Roig, Manuel
Peñaranda Buil, Juan José
Peñas González, Aníbal
Peralta Romero, Alfredo
Peralta Romero, Ernesto
Peralta Romero, Julián
Pereira Berrocal, José Miguel
Pereira Pinilla, Mª Jesús
Pereyra Murto, Antonio
Pereyra Murto, José Juan
Pereyra Soliva, Juan
Pérez Álvarez, Miguel
Pérez Campañy, José
Pérez Castillo, Rafael
Pérez Cuadrado, Manuel
Pérez Cuadrado, Pablo
Pérez Desoy, Luis
Pérez Fernández, Santiago
Pérez González, Emilio
Pérez González, José Antonio
Pérez Herbón, Antonio
Pérez Hernández, Clemente
Pérez Lorenzo, José
Pérez Matos, Antonio
Pérez Mora, Ángel
Pérez Mora, Nicolás
Pérez Moreno, Miguel
Pérez Pérez, Miguel
Pérez Ríos, Augusto
Pérez Ríos, Mario
Pérez Riquelme, Alejandro
Pérez Ruíz, Vicente
Pérez Santamaría, Diego
Pérez Silva, Eduardo
Pérez Silva, Fernando
Pérez Silva, Manuel
Pérez Sosa, Agustín
Pérez Sosa, Ángel
Pérez Torres, Juan Antonio
Pérez Vidal, Juan
Pérez Zorrilla, Fernando
Perteguer Rey, Francisco
Perteguer Rey, Juan Antonio
Perteguer Rey, Tirso
Piera García, Eduardo
Pieras Balle, Mateo
Pineda Montero, Fernando
Pino Gutiérrez, Juan
Pintado Camacho, Antonio
Piñeiro Armesto, José
Piñeyro Salvidegoitia, Antonio
Pio Trujillo, Alejandro
Piris Perpen, José Domingo
Piserra Velasco, Carlos Miguel
Pisón Garcés, Juan
Planells Boned, Francisco
Plaza Macías, Fernando
Plaza Macias, Luis
Poch Rodríguez, Manuel
Poch Rodríguez, Ramón
Polanco Mejorada, Antonio
Ponce de León Rojas, Eduardo
Pons Vinent, José María
Pons Vinent, Juan Miguel
Pontinjas Calderón, José
Porres de Miguel, Juan Manuel
Posadas Martín, Francisco Javier
Pou Jorge, Bernardo
Pou Jorge, Ventura
Povedano Alba, Antonio
Povedano Alba, Cándido
Povedano Alba, Valerio
Poyo-Guerrero Sancho, Emilio
Poyo-Guerrero Sancho, Julio
Poza González, Francisco
Poza Martín, Francisco de la
Poza Quintas, Jaime
Prada Canillas, Luis
Prada Poole, Francisco Javier de
Prada Poole, José Miguel de
Prada Poole, José Ramón de
Prada Ramírez, José Luis
Prado Lamas, Francisco
Prado Rivero, Juan Ignacio
Priego Ferro, Celestino
Prieto del Val, Tomás Fernando
Prieto Jiménez, Juan M.
Prieto Jiménez, Pedro José
Prieto Landáburu, Jaime
Puente Abejon, Julián
Puente Casanova, Jesús
Puente Gallego, Manuel
Puertas Rodrigo, Pedro
Puerto Gómez, Daniel
Pueyo Domínguez, Juan B.
Puig Brull, Pedro
Puig Lozano, José Luis
Puig Parra, Arturo Enrique
Puyó Gómara, Antonio
Puyó Gómara, Ricardo
Quecedo González, Luis
Quero Rubio, Ceferino
Quesada Gómez, Carlos
Quilez Alesanco, Jesús
Quinoá Arangüena, Manuel
Quinoá Arangüena, Miguel Ángel
Quintana González, Emiliano
Quintano Martínez, José
Quiroga Iglesias, Alberto
Quirós León, Jacinto
Quiros León, Víctor
Ramas Ramírez, Luis Miguel
Ramírez Echániz, Javier
Ramírez Pedro-Viejo, Timoteo
Ramírez Roldán, Ignacio
Ramos Almenara, Manuel
Ramos Aspiroz, Carlos
Ramos Bautista, Victorino
Ramos Boguerín, Ricardo de
Ramos Ferrero, Alonso
Ramos Gómez, Carlos
Ramos Gómez, Eduardo
Ramos Gutiérrez, José Luis
Ramos Mercado, Antonio
Ramos Mercado, Germán
Ramos Ramos, Benito
Ramos Regidor, Luis
Ramos Rey, Isidoro Andrés
Ramos Rodríguez, José L.
Ramos Sieiro, Juan
Ramos Vázquez, Ramón
Rasero Pérez, Alberto
Rebollo Palacios, Gonzalo
Rechs Varela, Cesar
Recio Carnero, Juan Ricardo
Recio Carnero, Miguel
Recio Carnero, Ricardo
Redondo Atienza, Luis
Redondo Ponze de León, Julio
Redondo Saussol, Luis
Regueral Cutillas, Fernando
Reig Guadalupe, Álvaro
Reig Guadalupe, Juan Carlos
Reina Fabre, José María
Reina Fabre, Luis
Reinlein García-Miranda, Álvaro

Reinlein García-Miranda, Guillermo
Reinlein García-Miranda, José Fernando
Reinoso Castro, Victoriano
Remírez Eguía, Lucas
Renedo Orts, Francisco
Renedo Orts, Luis
Resano Pablos, José Ramón
Resch Varela, Cesar
Reval García, Jaime
Reval García, Jorge
Revenga Fdez-Villarán, Francisco
Revenga Penelas, Nicolás
Revilla Ahumada, Luis Mª.
Revilla Ruíz, Pedro
Rex Palacios, Carlos
Rex Palacios, Fernando
Rey Álvarez, Ignacio
Rey Moreno, Juan Luis
Rey Moreno, Leandro
Ribelles Gómez, Antonio
Ribelles Gómez, Fernando
Ribelles Gómez, Ramón
Ribera Berdugo, Carlos Félix
Ribera Berdugo, Miguel
Ribot Armendia, Genaro
Richard Grandío, Santiago
Rico Muñoz, Ángel
Ríos Bescós, Jaime
Ripoll López, Francisco
Riquelme Hervias, José
Riva Zorrilla, Javier
Rivas Álvarez, Carlos
Rivera Ferro, Benito Arturo
Rivera Rodríguez, Javier
Robles Díaz, Enrique
Robles Díaz, Pedro
Robles Jiménez, José María
Roblizo Colmenero, Luciano
Rocafort Mielgo, Salvador
Rodas Gil, Felipe
Rodas Gil, José
Rodrigo Escudero, Cesar
Rodrigo Victoria, Justo
Rodríguez Amaro, Andrés
Rodríguez Carbonell, Feliciano
Rodríguez Carnota, José Manuel
Rodríguez Carnota, José María
Rodríguez Carnota, Miguel
Rodríguez Casademont, Carlos
Rodríguez Cerreijo, Emilio
Rodríguez de Brea, Francisco
Rodríguez de Brea, José
Rodríguez de Dios, Francisco
Rodríguez de Dios, José Luis
Rodríguez de Dios, Juan A.
Rodríguez de Hera, Adolfo
Rodríguez de la Calle, Francisco
Rodríguez de Llera, Adolfo
Rodríguez de Llera, Justiniano
Rodríguez de Velasco, Alfonso
Rodríguez García, José
Rodríguez González, Andrés
Rodríguez González, José
Rodríguez González, José Luis
Rodríguez González, Juan Manuel
Rodríguez González, Manuel
Rodríguez Ibarz, José Ramón
Rodríguez Márquez, Antonio
Rodríguez Márquez, Bernabé
Rodríguez Molina, Eduardo
Rodríguez Molina, Francisco
Rodríguez Rey, Luis
Rodríguez Rey, Valentín
Rodríguez Ruíz, José
Rodríguez Ruíz, José Luis
Rodríguez Ruíz, Rafael
Rodríguez Sánchez, Miguel
Rodríguez Usatorre, Ricardo
Rodríguez Varea, Luis
Rodríguez Vázquez, Fernando
Rodríguez Vázquez, Joaquín
Rodríguez Vega, Luis
Rodríguez Vélez, Bernardo
Rodríguez Vélez, Juan J.
Rodríguez Victoria, Justo
Rodríguez Zarzosa, Guillermo
Rodríguez-Colubi Balmaseda, Gonzalo
Rodríguez-Colubi Balmaseda, Jaime
Rodríguez-Colubi Balmaseda, José
Rojas Jiménez, Pedro Antonio
Rojas Pizarro, José
Rojo Martín, Pío Antonio
Rojo Molina, Valentín
Roldán Tudela, Pedro
Román Jiménez, Obdulio
Román Jiménez, Rafael
Román Manso, Antonio
Román Manso, Jorge
Román Pastor, José Manuel
Romeo Pérez, Francisco
Romeo Rotaeche, Francisco
Romeo Rotaeche, Ramón
Romero Chinea, Arístides
Romero Faus, José L.
Romero Faus, Juan Francisco
Romero Faus, Miguel Ángel
Romero Jordá, Carlos
Romero Jordá, Federico
Romero Jordá, Francisco
Romero López, Daniel
Romero Mené, Conrado
Romero Mené, Enrique
Romero Mené, Rafael
Romero Núñez de Prado, Ignacio
Romero Ramband, Francisco
Ropero Plá, Luis Antonio
Ros Serrano, José
Rosado Ruíz, José
Rosal Busto, Luis Ángel
Rosendo García, Alfonso
Rosendo García, Ángel
Rosendo García, Fernando
Rosendo García, Jesús
Rosendo García, José
Rosso Sánchez, Luis Miguel
Roy Camps, Emilio
Rubia Pacheco, Juan de la
Rubio Azcue, Juan L.
Rubio Díaz, José
Rubio Escalante, Abelardo
Rubio Gómez, Antonio
Rubio Gómez, Carlos
Rubio Gómez, Evangelino
Rubio Gómez, Guillermo
Rubio Gómez, José Luis
Rubio Morales, José Luis
Rubio Requena, Antonio
Ruíz Álvarez, José
Ruíz Álvarez, Miguel Ángel
Ruíz Azcárate, Gumersindo
Ruíz de Almirón Durán, Antonio
Ruíz de Almirón Durán, José
Ruíz de Almirón Durán, Luis
Ruíz de Azcarate Marset, Gumersindo
Ruíz Ferro, Fermín
Ruíz Ferro, Santiago
Ruíz Gil, Luis
Ruíz González, Rafael
Ruíz Jiménez, José Luis
Ruíz Jiménez, Juan Miguel

Ruíz Jorquera, Santiago
Ruíz López, Cándido
Ruíz Martín, Sebastián
Ruíz Orante, Félix
Ruíz Oranto, José
Ruíz Rosado, Jaime
Ruíz Rosado, Miguel Ángel
Ruíz Rosado, Rodolfo
Ruíz Ruíz, Antonio
Ruíz Ruíz, Guillermo
Ruíz Sánchez, Manuel
Ruíz Vicente, Guillermo
Rumbo Muñoz, Castor
Rumbo Muñoz, Germán
Rupérez Martínez, José
Saavedra Maldonado, Álvaro
Saavedra Maldonado, Enrique
Saavedra Maldonado, Jaime
Saavedra Maldonado, Luis
Sabat Serrano, Carlos
Sabat Serrano, Evaristo
Sacanell Ruíz de Apodaca, Enrique
Sáenz de S. Pedro y Alba, Francisco José
Sáinz Lamas, Guillermo
Sáinz Lamas, Víctor
Sáinz Torres, Rafael
Sáinz Torres, Tomás
Sala Suardíaz, Luis
Salado Argibay, Jesús Luis
Salafranca Moneo, Ricardo
Salazar de Andrés, Antonio
Salazar Yáñez, Enrique
Salazar Yáñez, Jaime
Salceda Centeno, Bernardo
Salgado Gómez, José Antonio
Salgado Tejada, Arturo
Salinas Gómez, Ángel
Salmerón Contreras, Pascual
Sampert de la Gángara, Manuel
Sampol Domínguez, Juan
San José Sacristán, Miguel Ángel
San Juan Martell, Ignacio
San Laureano Palomero, José
San Martín Mena, Rafael
San Pedro Goytre, Ignacio
San Pedro Goytre, José Enrique
Sánchez Albiñana, José
Sánchez Bordetas, Juan Antonio
Sánchez Botas, Gerardo
Sánchez Carracedo, Gregorio
Sánchez Casado, José María
Sánchez Díaz, Valentín
Sánchez Díez, Santiago
Sánchez Frías, Manuel
Sánchez Frías, Pablo
Sánchez Gamboa, Juan
Sánchez García, Gregorio
Sánchez Gil, Antonio
Sánchez González, Juan Antonio
Sánchez González, Julián
Sánchez González, Rafael
Sánchez González, Ramón
Sánchez Guinea, Francisco Javier
Sánchez Guinea, Ignacio
Sánchez Gutiérrez, Ramón
Sánchez Herrada, Francisco
Sánchez Hidalgo, José Enrique
Sánchez López, Francisco
Sánchez Lozano, Jesús
Sánchez Menéndez, Francisco
Sánchez Mercader, José Manuel
Sánchez Morales, Rafael
Sánchez Muñoz, Luis Antonio
Sánchez Navarro, Francisco
Sánchez Nogues, Rafael
Sánchez Ocaña-Rico, Francisco
Sánchez Pardo, Ángel
Sánchez Pazos, José L.
Sánchez Pazos, Manuel
Sánchez Pereira, Epifanio
Sánchez Puente, Antonio
Sánchez Quilez, Fernando
Sánchez Requejo, Rodolfo
Sánchez Requejo, Santiago Luis
Sánchez Rivas, Felipe
Sánchez Rivas, Pedro
Sánchez Sánchez, Juan
Sánchez Vergara, José
Sánchez Vergara, Leovigildo
Sánchez-Mayoral Caldera, Adrián
Sánchez-Mayoral Caldera, Julián
Sánchez-Ocaña Gil, Álvaro
Sancho Beltrán, Jesús
Sancho de Sopranis Andújar, Juan Manuel
Sancho Martínez, Francisco
Sancho Quilez, Fernando
Sandino Carreño, Guillermo
Sandoval Fontcuberta, Alberto
Sanguino Castañeda, Juan A.
Sanjuan Martell, Fernando
Sanjuan Martell, Ignacio
Sanjuán Serrano, José Luis
Sanjuán Serrano, Ramón
Sanjurjo Crespo, Pablo
Sanmartín Gómez, Fernando
Santa-Olalla Grau, Adolfo
Santiago Caamaño, Andrés
Santiago Caamaño, Antonio
Santiago Caamaño, Doroteo
Santiago Caamaño, Javier
Santiago Caamaño, Jesús
Santiago Montiel, Agustín
Santiago Montiel, José Ramón
Santonja Gómez, Fco. José
Santonja Gómez, Tomás
Santos López, Luis
Santos Zugasti, Pedro
Sanz Arias, Rafael
Sanz Flores, Benigno
Sanz Flores, Carlos
Sanz Mateos, Manuel
Sanz Mejías, Antonio
Sanz Mejías, Joaquín
Sanz Mejías, Julián
Sanz Mejías, Vicente
Sanz Simancas, Jesús
Sanz Simancas, José Antonio
Sanz Simancas, Luis
Sanz Sousa, Antonio
Sarro Gracia, Pedro
Sastre Arrieta, Miguel
Sastre Caballero, Francisco
Segado García, Rafael
Seguí Gómez de la Torre, Juan Félix
Segura Montoliu, Enrique
Segura Montoliu, Ernesto
Seijo Flores, Manuel
Senac Calderón, Francisco
Serantes Artola, Alejandro
Serichol Aguilera, José María
Serichol Aguilera, Rafael
Serna de la Peña, José Miguel
Serrador Ornilla, José
Serrano Aguilera, Carlos
Serrano Aguilera, Luis Javier
Serrano Aizpuru, Gabriel
Serrano Amores, Rafael
Serrano Gutiérrez, Salvador
Serrano Pérez, Luis
Serrano Pizarro, Alejandro

Serrano Pizarro, José
Serrar Calderón, Francisco
Serres Rodríguez, Gonzalo
Serres Rodríguez, Javier
Sevilla Palancares, Jesús
Sevillano Pérez, José
Sierra Martín, Manuel
Sierra Martínez, Salvador
Sierra Moldero, Román
Sierra Sedano, Rafael
Sierra Soriano, Rafael
Silio Power, Manuel
Simo Vázquez, José
Simón Jiménez, Juan
Sobrado Castellano, Jesús
Sobrino González, Eduardo
Sobrino González, Enrique
Sobrino González, José R.
Sola Rabadán, Amadeo
Solabre Goñi, Francisco Javier
Solanas Ramband, Agustín
Solans Rodríguez, Fernando
Solans Rodríguez, José Luis
Soler Gallán, Santiago
Soler Martín, Basilio
Soler Oliva, Vicente
Soler Tirado, Francisco
Soler Tirado, Rafael
Soler Vélez, Enrique
Solís Bermejo, José
Solís Puerto, Ángel
Solís Verastegui, Manuel
Somolinos Miró, Rafael
Soria Rocafort, Antonio
Soto Navarro, José Luis
Souto Fernández-Lomana, Francisco
Souvirón Guijo, Bernardo
Suárez Álvarez, José
Suárez Curbelo, Joaquín
Suárez Pulido, Antonio
Suárez Teijeiro, Alfonso
Suárez Teijeiro, Manuel
Suárez Valle, José María
Suevos Orduna, Jaime
Suevos Orduna, Santiago
Talaván Amor, Enrique
Talaván Amor, Vicente
Tamayo López, Antonio
Tamayo López, Braulio
Tamayo Monedero, José Luis
Tárrega Gallín, Manuel
Tascón Casals, Alfonso
Tascón Casals, Jaime
Tascón Casals, Laureano
Teijeiro Revilla, Jesús
Tejada Roselló, Juan Luis
Tejada Roselló, Salvador
Tejedor Corral, Francisco
Tejera Castillo, José Manuel
Tejera del Pozo, César
Tejera del Pozo, Gonzalo
Tejera del Pozo, Marco Antonio
Tejero Fernández, Mariano
Tejero Rivera, Antonio
Téllez Lorenzo, Andrés
Téllez Lorenzo, Julio
Tello Barco, HipóIito
Tello Prado, Fernando
Temiño Aguirre, Ignacio
Temprado González, Pedro
Tena Villalvilla, Carlos
Tena Villalvilla, Juan Tomás de
Tena Villalvilla, Rafael de
Tenorio del Río, Manuel
Tenorio del Río, Santiago
Tola Sánchez, Juan
Tomé Delgado, Emilio
Tomiño Aguirre, Ignacio
Tone Delgado, Mariano Luis
Topete de Grassa, Javier
Torcida Álvarez, Andrés
Torcida Álvarez, Ignacio
Torcida Álvarez, Jaime
Tordesillas Martín, Esteban
Torre Lara, Lucas
Torre Muñoz, Antonio de la
Torre Muñoz, Rafael de la
Torrella Fernández, José
Torrente López, Antonio
Torres Arenas, Luis
Torres Bravo, Fernando
Torres Cunill, Vicente
Torres Hernández, Miguel Ángel
Torres Manzanares, Diego
Torres Martínez, Fernando
Torres Martínez, Francisco
Torres Martínez, José Luis
Torres Onetto, Rafael
Torres-Pardo Rodríguez, Manuel
Torres-Pardo Rodríguez, Rafael
Toscano de la Flor, Francisco Javier
Toscano de la Flor, Juan Francisco
Tous López, Juan
Trallero Rivas, Miguel
Trallero Rivas, Rafael
Trashorras López, Álvaro
Trevilla Guerrero, Pedro
Trillo-Figueroa Morales, José María
Trillo-Figueroa Morales, Juan
Triviño Susanna, Gracián
Trujillo Martínez, Miguel
Trujillo Sánchez, Antonio
Trujillo Sánchez, Javier
Tudanca Suárez, Fernando
Tudanca Suárez, Jesús
Tudanca Suárez, José Carlos
Tuells Roig, José
Úbeda Sanchiz, Federico
Ubisto Garcés, Juan Luis
Uceda Galán, Francisco Eugenio
Ucelay Sanjuán, Antonio
Ugarte España, José Luis
Urios Ten, Juan
Uríos Ten, Ramón
Urman Ogueta, Carlos
Urosa Salcedo, Juan
Urueña de la Fuente, Alfonso
Urueña de la Fuente, José Ignacio
Utrilla-Layna Utrilla, Jesús
Vadillo Maroto, Francisco
Vadillo Maroto, Tomás
Valcárcel de Urruela, Juan Luis
Valcárcel Lorenza, Manuel
Valcárcel Moreno, Manuel
Valdés Escobar, Francisco
Valdés Librero, Juan Manuel
Valdivia Sánchez, Luis Fernando
Valencia Roldán, Alejandro
Valencia Roldán, Miguel Ángel
Valle Colina, Juan Javier
Valle Palacios, José Antonio
Vallejo Ayllón, José Manuel
Vallés Estrada, José
Vallespín Glez.-Valdés, José F.
Valls Luque, Francisco
Vaquero Cabrero, Ángel
Varela de Castro y Hurtado de Mendoza, Antonio
Varo Carmona, Antonio
Vasallo Sánchez, José María
Vázquez Gimeno, Camilo

Vázquez Gimeno, Gregorio
Vázquez Hervás, Manuel
Vázquez Villegas, José Antonio
Vega Fernández, José
Vega González, José Luis
Vega Maté, José Luis
Vega Paine, Jesús
Vegas Vegas, José Luis
Velao Gonzalo, Ramón
Velasco López, José Antonio
Velasco López, Miguel Ángel
Velasco Marcelo, Pedro
Velasco Zuazola, Jesús Mª.
Velasco Zuazola, José Mª.
Velasco Zuazola, Pedro
Vélez Vázquez, José
Velloso Romero, Agustín
Velloso Romero, Antonio
Velloso Romero, Pedro
Velo Gómez, Luis
Verdoy Herrero, Valentín
Vicente González, José
Vich Landa, Javier
Vicioso Calvo, Gerardo
Vidal Alayo, Emigdio
Vidal López, Francisco
Vidal López, Francisco Javier
Vidal López, Javier
Vidueira Cebrián, Celerino
Vieira de la Iglesia, Ángel
Vieira de la Iglesia, Modesto
Vigara Gómez, Miguel Ángel
Vilalta Alonso, Miguel Ángel
Vilches González, Cristóbal
Vílches Rubiales, José
Vílchez Baudín, Luis
Vílchez Baudín, Serafín
Villaescusa Aranda, José
Villalba Vidal, Dámaso Jesús
Villalobos Villar, Rafael
Villalón Batut, Antonio
Villalonga Morell, José
Villalta Montero, Antonio
Villalta Montero, Francisco
Villalta Montero, Jesús
Villanueva Pérez, Carlos
Villarino Valdivielso, José Enrique
Villarino Valdivielso, Miguel Ángel
Villas Tejada, Julio
Villas Vicente, Antonio
Villas Vicente, José María
Villegas Borrás, Fernando
Villegas Borrás, José Fernando
Villegas Borrás, Miguel
Villegas Chicoy, José María
Villén Campos, Alfonso
Villoria Suárez de Cepeda, Manuel
Viñolo Gómez, Ángel
Visiers Pérez, Nicolás
Visiers Pérez, Ricardo
Vítores Lozano, Luis Alfonso
Vivar López, José Luis
Vizoso Pasarius, Julio
Von Schereco Fernández, Enrique
Voyer Barea, Jesús
Yagüe Gómez, Mariano
Ygual Gil, Ángel
Zacagnini Zubiaurre, Enrique
Zafra Sierra, Francisco
Zalama Guinot, Carlos
Zalama Guinot, Fernando
Zamora del Río, Julián
Zamora López, Jesús
Zamora Resina, Antonio
Zamora Resina, Felipe
Zanfaño Mateos, José Luis
Zardoya Lleo, Enrique
Zas Escotto, Domingo
Zazo del Castillo, Tomás
Zorrilla Nieva, Esteban
Zorrilla Riera, Eduardo
Zorrilla Torrent, José Luis
Zorzano Sáenz, Alfonso Carlos
Zufiaurre Fernández, Agustín
Zufiaurre Fernández, Andrés
Zufiaurre Fernández, José Luis



Este libro
se escribió en Madrid
entre los años 2024 y 2025
y se publicó en mayo de 2025
en la ciudad de Málaga

